

CRÓNICAS DEL MULTIVERSO



VÍCTOR CONDE

premio minotauro 2010

Lectulandia

Entra en un universo repleto de extrañas criaturas y peligrosos enigmas. La Variedad: una isla de soles rodeada por un inmenso vacío cósmico. Las quince especies inteligentes que habitan en ella están atrapadas, sin posibilidad de escapar aunque siguen tratando de desarrollar sus civilizaciones.

Lina Kolbrand es una corsaria estelar, capitana de la nave **Eurídice**. En un audaz golpe de mano, roba una valiosísima mercancía a los urtianos, misteriosos seres inteligentes que funcionan como un ente colectivo y que son la especie más desarrollada de la Variedad. La desmesurada reacción de los urtianos parece anunciar una guerra total contra las restantes especies inteligentes. Pero los urtianos tienen un objetivo muy distinto. Antes que nadie, han comprendido que el universo que habitan se está muriendo. Los soles se apagan y los límites de la Variedad se colapsan. Todo el cosmos parece desintegrarse. ¿Podrán los habitantes de la Variedad escapar a su prisión, al universo burbuja que los alberga? ¿Podrán salvar su cultura y sus logros intelectuales? ¿Y qué hay más allá de los límites de ese universo? **Crónicas del Multiverso** es un regreso al auténtico espíritu de la ciencia ficción, una novela en la que no hay límites para la imaginación, pero cuyos personajes viven situaciones y se enfrentan a dilemas que resultarán tremendamente cercanos al lector.

Lectulandia

Victor Conde

Crónicas del multiverso

METAVERSO - 3

ePUB v1.2

Mezki 23.11.11

más libros en lectulandia.com

Título: Crónicas del multiverso
Autor/es: Conde, Víctor (1973-)
Lengua de publicación: Castellano
Edición: 1ª ed., 1ª imp.
Fecha Edición: 03/2010
Publicación: Ediciones Minotauro
ISBN 13: 978-84-450-7773-3
Materia/s: 821.134.2-3 - Literatura española. Novela y cuento.
Notas: Premio Minotauro

Para mis padres

Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta
—no fue por estos campos el bíblico jardín—:
son tierras para el águila, un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín.

ANTONIO MACHADO

Sabe que tuvo un hogar, pero vagamente recuerda dónde; Dice que se encuentra tan
lejos que ya no sabe cómo regresar a él.

VAUGHAN, *EL HOMBRE*

El universo tiene la costumbre de suprimir los anacronismos. No, no los suprime; los
liquida, y de la forma más cruel posible.

PHILIP K. DICK, *VALIS*

«Navegamos a la sombra del mar de constelaciones, saboreamos la luz virgen que las
estrellas envían antes de que alcance las órbitas de sus planetas; descubrimos su
misterio, abrimos la caja de los enigmas. Pero cada vez que damos respuesta a la
Última Pregunta, surge otra que nos recuerda la única verdad absoluta del Cosmos:
Que la Última Pregunta no existe. Siempre hay otro misterio más complejo que el
anterior esperando a la vuelta de la esquina.»

Libro Orgánico Murakay, capítulo cinco.

3... Norte

El viajero ya había estado antes en aquel lugar. O en uno tan parecido que habría resultado imposible separar un recuerdo de otro y decidir cuál era real y cuál no.

Avanzó por la calle con un andar rápido y enérgico, una actitud que contrastaba con su cabeza agachada y oculta por una capucha gris. Sus atuendos no llamaban la atención en aquel entorno, lleno de los más variopintos ejemplares humanos y alienígenas, pero se obligó a andar más despacio, con menos resolución, porque en aquel feudo de fracasados y soñadores sin esperanza era delito saber con tanta claridad adónde se dirigía uno, y qué pensaba hacer una vez que llegara.

Lyndur era una ciudad cambiante, tanto como sus habitantes. Pero también tenía aspectos inmutables, como sus habitantes. Uno podía caminar por las callejuelas de sus barrios, admirar los ejemplares humanos que se amontonaban en la periferia de un sistema social que era a su vez una periferia de otra cosa, y pensar que había llegado más allá (en todos los sentidos y dimensiones de esa palabra) que ninguna otra persona de su entorno. Que había viajado lo más lejos que una nave comercial podía llevarlo jamás... Y no andaría desencaminado. También podría pasear por las amplias avenidas llenas de tiendas caras y de clínicas de neurocortado que brotaban radialmente del espaciopuerto —verdadero corazón ardiente de la ciudad— y sentir que la condición humana era una barrera invisible contra la que estaba chocando a diario. Sentir que sólo por ser un bípedo de cerebro bicameral y mente apoyada en un sucio montón de circuitos de carbono, ninguna nave podría llevarlo más allá. Ya no había mundos colonizables después de Lyndur, sólo un angustioso vacío que tenía tanto de eterno como las cualidades que esos mismos amasijos de carbono atribuían a los dioses, a las leyendas y a las canciones.

Sentirse un humano, un ente vivo, abandonado en las frías calles de esa ciudad, era la condición más baja, la más terrible a la que se podía aspirar; la única que te garantizaba no poder seguir viajando para perseguir unos sueños que a todos les venían impresos como equipaje racial, grabados en el mismo cerebro que no dejaba de inventar nuevas formas de estar siempre pasando página. Viajar sólo le estaba permitido a la materia que no estuviese viva. Soñar no.

El viajero paseó rumbo a su bar favorito. Era una figura alta y fibrosa, oscura en sus ropajes y en su modo de desplazarse, como si tuviera miedo de que alguien pudiese apartar de golpe su capucha y reconocerlo. Llevaba seis días en aquella ciudad, varado como un pecio, y ya ardía en deseos de abandonarla. Pero aún no tenía la información que necesitaba.

El cielo estaba azul y radiante, más de lo que parecían permitir los edificios. Varias circunnavegadoras solares caían a la tierra desde un lugar que él conocía bien: una órbita donde la luz de estrellas era como el acero templado. ¿Hermosas? Todo lo

que volara era hermoso, sólo por eso. Con su geometría de piña atrofiada, las circunnavegadoras eran de las pocas naves capaces de transportar humanos de un planeta a otro sin matarlos en el proceso; pero eran lentas, muy, muy lentas, y jamás tendrían la capacidad de una naveluz para atravesar el Vacío. El viajero las vio aterrizar, cabalgando tecnología Ur o Lamsoniana, y se preguntó cuántas almas perdidas estarían admirando la ciudad desde sus ojos de buey en aquel instante. ¿Habría neuro-operadores especializados en sueños en los catálogos de los turistas? Y si era así, ¿eran legales o había que sobornar a alguien para sacarlos de sus madrigueras?

En el aire flotaba un tenue olor a pescado rancio. Era el olor del código que rezumaban las naves mientras caían, amortajado en crípticos abismos de matemáticas. El viajero aspiró aquel perfume de computación, esperando, como siempre, que aunque él no pudiese entenderlo su cerebro sí lo hiciera. Pero era un anhelo imposible, incluso para el consabido «algún día». Sólo las naves podían aspirar, transpirar y entender su propio código. En él viajaba camuflada la comprensión del cosmos, la noción misma de las estrellas y su dédalo de fisión, otra de las maravillas que los humanos tenían prohibido asimilar.

El viajero no sabía qué hora era, pero el bar estaba en plena ebullición. Incluso las tiendas de comida rápida estaban abiertas, regalando atisbos de paredes de color fucsia, cascadas de anuncios personalizados y áreas de degustación instantánea, donde el regusto final de una comida era transmitido a través del oído en lugar de pasar por el sentido del gusto.

En esencia, el bar era un tugurio como cualquier otro, a la vera del astropuerto y con todo lo que ello implicaba, pero tenía algo especial, único, que atraía a la gente del negocio como moscas a un abandonado terrón de azúcar. Poseía una barra, sí, y un viejo cartel (no inteligente, sino plano y sin luces) que anunciaba una bebida retro que no se comercializaba en ningún planeta. Era un antro embarcado en un largo viaje hasta la madrugada, cuyo plato insignia era mejor no probar hasta que hubiese macerado.

El viajero entró. Localizó una mesa libre y esperó a que alguien viniese a atenderlo. Los altavoces zumbaron y un negro enorme armado con un saxo surgió de ellos para cuestionarles cosas tan básicas como el amor, la soledad o el placer de ver cómo se va derritiendo un helado. El viajero deslizó una mano dentro de sus ropajes, raídos como si hubiesen visto muchos horizontes antes de quedarse anclados en aquella silla. Extrajo un objeto que se esforzó por ocultar bajo la mesa, a salvo de miradas ajenas, mientras lo acariciaba. Era un trozo de metal partido, con unas extrañas inscripciones en su superficie que brillaban en un espectro que el ojo no podía captar. Estaba frío al tacto, y una leve vibración se transmitía en oleadas por su superficie, haciéndole cosquillas.

—Ya estamos cerca... —dijo el hombre en un volumen tan bajo que casi pareció que lo había soñado. Agitó sus afilados dedos, estudiando el retorcido trozo de metal como si contuviera un secreto—. Nuestro viaje por fin va a concluir.

Otras personas entraron en el bar. Exploradores. Gusanos del Margen, los llamaban. Era fácil reconocerlos por su aire de desorientación constante, y por sus ojos, radicalmente distintos a los suyos, lastimados, como si su encuentro con la consabida mujer fatal ya hubiese tenido lugar. Justo la clase de personas con las que necesitaba charlar.

Los gusanos también debieron de reconocerlo como uno de los suyos porque se aproximaron (tras echarle sólo dos o tres miradas de soslayo) y, sin pedir permiso, ocuparon las sillas libres. El viajero los miró.

—¿Vienes o te vas? —preguntó uno de ellos, un hombre de mentón enérgico y ojos rendidos. Sostenía una copa con un líquido que o bien era invisible o bien lo habían servido en tan escasa cantidad que ni zarandeándolo llegaba al borde.

—Estoy tratando de irme —contestó el hombre de la capucha.

—Aquí todos estamos igual... Pasajes muy caros o falta de rutas. Una de dos.

—Yo sé a dónde quiero ir, y tengo dinero para comprar el pasaje —puntualizó el viajero—. Pero necesito confirmar una cosa. Una información.

El segundo gusano, un joven que parecía estar madurando al revés, pues lo que se le caía de la cabeza eran las canas y no los cabellos marrones y fuertes, arrugó el entrecejo.

—¿Qué clase de información?

El viajero se cernió tanto sobre su copa que pareció que iba a caerse dentro. En tono confidencial, dijo:

—Cuentan que hay un planeta no lejos de esta estrella, con un anillo muy delgado de detrito espacial. Chatarra sin valor. —Se acodó sobre la mesa—. Dicen algunos pilotos que en uno de los continentes de ese planeta se ha divisado... bueno...

—¿El Cubo?

El viajero alzó la cabeza y miró al gusano a los ojos. La capucha se le deslizó hacia atrás, sin llegar a despegarse de su pelo pero revelando un rostro anciano, de ángulos fuertes y decididos, unos labios finos y apretados y una nariz torcida.

—Sabes de lo que estoy hablando. —No era una pregunta.

El gusano que maduraba al revés sacó un pequeño puerto de datos de su mochila. Lo encendió y buscó una imagen en la memoria.

—Yo estuve una vez allí —aseguró.

Su compañero lanzó un bufido.

—¡Mentiroso!

—¡Es verdad! —reaccionó el primero, enseñándole la fotografía que había seleccionado. Era una imagen desvaída, como si la misma antigüedad del soporte

hubiese corrompido el fichero. El viajero se dio cuenta entonces de que el joven se parecía tanto a su compañero que lo podrían haber confundido con su hermano, o con su hijo. Una vez había conocido a dos personas así, corredores del hielo de Praxis que se deslizaban a tal velocidad que, según contaba la leyenda, algunos se desdoblaban en entes gemelos.

—Abandoné en aquel maldito desierto a una mujer que amé —aseguró—. Hace tiempo.

—Enséñame esa imagen, por favor —pidió el viajero.

El gusano se la tendió, reticente, pero no puso objeciones cuando lo que recibió a cambio fue otra copa de lo que fuera que estaba tomando. El viajero tomó el puerto de datos y lo sostuvo con ambas manos, con dedos firmes, como si a pesar de su poco peso se le pudiera escurrir y romperse.

No podía creerlo. Era cierto lo que contaban en el gremio de exploradores, hogar de los gusanos y de las rémoras que llevaban siempre pegadas a sus naves. Aquella imagen estaba llena de estática y parecía tomada desde un vehículo que se moviera haciendo piruetas, pero servía para mostrar una gran estructura poligonal apoyada en una planicie desierta. No había modo de averiguar cuál era ese mundo, pero en la base de aquel cubo gigantesco (si los rumores no mentían, tenía trescientos metros de arista y estaba hecho de un mineral desconocido, igual que el pequeño fragmento con el que jugueteaba con sus dedos) se apreciaba algo, un amontonamiento de pequeñas formas geométricas. Por el tamaño y los pequeños pozos de oscuridad que horadaban aquí y allá sus fachadas, el viajero dedujo que eran viviendas: las casas de adobe de un poblado que había crecido apoyado contra el leviatán. Y si los pequeños puntitos que mostraba la foto eran lo que parecían, aquel conjunto de covachas estaba habitado.

—El Cubo —murmuró el gusano del mentón enérgico. Dejó que la palabra hiciera su efecto durante un momento, como un ambivalente monolito verbal—. Es un asesino. Algunos afirman que no es más que una leyenda. Hay mundos enteros que han basado sus mitologías más arcaicas en estas... cosas.

—No es una leyenda —refutó el viajero—. Existe. ¿Tienes las coordenadas de este sitio?

Los gusanos soltaron un exabrupto, los dos a la vez, y exclamaron:

—¿Estás loco? ¿De veras quieres ir allí?

—Llevo años buscándolo. Sé que allí hay una pregunta esperándome.

—Escucha, amigo, esas cosas no son de este... este... —le costó elegir una palabra que expresase la suficiente alienidad—. Son monstruos, monstruos despiadados, y matan a la gente. No sobrevivirás al contacto con semejante engendro.

Un resplandor extraño cruzó la mirada del viajero de izquierda a derecha.

—Conozco los riesgos —aseguró—. Por eso quiero ir.

—Allá tú —dijo el hombre de las canas marrones—. Si estás lo suficientemente loco, puede que nada pueda pararte.

El viajero se puso en pie, apurando la copa.

—Ya me he enfrentado antes a esas cosas —sonrió—. Y también mataré a ésa.

* * *

El nombre del planeta era Gemish III. No había transportes regulares que lo visitasen, así que el viajero tuvo que emplear casi todo el dinero que le quedaba en alquilar (después de una discusión bastante acalorada) una nave privada que lo llevase. Ahora, mientras la veía despegar y hacer polvo el mach doce al salir de la atmósfera, supo que había hecho bien. Mientras menos constancia quedase de sus movimientos, mejor.

Sus botas se hundieron un centímetro en la arena con un sonido que evocaba alfombras de corcho. Un abanico de luz dorada hizo su aparición cuando el sol rebasó el horizonte. En pocos segundos, todo el espectro de colores llenó de vida a un mundo antes mortecino. El viento, que levantaba una película de polvo a pocos centímetros del suelo, adquirió un brillo blanco; las nubes parecieron aureoladas de un contorno azul de arco voltaico; la lejana muralla de picos de una cordillera se cubrió de diversos tonos de oro y esmeralda, y el mundo mismo pareció exudar un calor que surgía de dentro, del corazón de la tierra, y no de su estrella amarilla.

Y en el horizonte, más cerca de lo que la perspectiva de sus aristas parecía indicar, estaba el monstruo.

El viajero inició su lento andar hacia la sombra que proyectaba el coloso. Le había pedido al piloto que lo dejase a pocos kilómetros de su objetivo, pues dudaba de cómo reaccionaría éste a la física de unos motores cercanos. Podría haber destruido la nave, quizá, o no haber hecho nada en absoluto, como el elefante que ve pasar una mariposa por encima de sus orejas sin que ésta signifique nada para él.

El monstruo aparecía difuminado por una especie de neblina. La mole perfectamente cúbica no estaba posada horizontalmente en la arena, sino inclinada, medio hundida por una de sus aristas. Tenía el mismo color que el desierto, aunque el viajero supuso que se debía a la arena estratificada que lo cubría como una mortaja. En su base, alrededor de la esquina que desaparecía tragada por las dunas, crecía el poblado. Era una acumulación de espacios deformes, abigarrados, como barro derretido que los siglos hubiesen petrificado a su capricho. No se podía hablar de edificios, sino de una pelea de habitáculos a cual más caótico y peor diseñado.

Cuando los moradores divisaron al encapuchado, salieron a recibirlo. El viajero se encontró con una fila de hombres y mujeres, todos humanos, vestidos a la usanza de

los cava-aguas del bosque de oasis del sur, con túnicas blancas y vaporosas que flameaban al viento. Tenían la piel cubierta de tatuajes, y aunque aún estaba demasiado lejos de ellos para verlas bien, el viajero creyó reconocer en esas marcas sutiles correspondencias matemáticas.

Uno de los nativos lo saludó, adelantándose. Tenía una nariz puntiaguda, con dos fosas nasales en forma de hendiduras, y una boca que parecía una grieta en un tablón de madera. En el aire había un olor particular, una especie de almizcle con notas de enebro que no arrastraba el viento.

—Saludos, extranjero —dijo el nativo en una lengua que recordaba a otras más antiguas y comunes a los planetas del Borde. Su voz, parecida al viento que atravesaba las viejas piedras, hacía pensar en un interminable lamento solitario—. ¿Por qué te ha traído el sol?

El viajero alzó la vista hacia el coloso, sobre cuya cima comenzaban a arremolinarse unas nubes pardas.

—He venido para responder a la pregunta.

El nativo afiló los ojos. No interpretó las palabras del extranjero como nuevas o insultantes. Seguramente habría oído esa bravata infinidad de veces, en boca de otros errantes a los que escupió el desierto.

—Sabes que si lo haces morirás, ¿verdad? —le advirtió.

—Lo sé —dijo el viajero—. Pero estoy decidido a intentarlo.

—Si ésa es tu voluntad... —se resignó el nativo, con aire de tristeza (¿decepción, tal vez?). La fila de personas se partió en dos, y entre todos, hombres, mujeres y niños tatuados, condujeron al insensato extranjero hasta la base del Cubo.

El viajero se paró delante de él y lo contempló con respeto. Alzó una mano y lo tocó. Era áspero, pero reconfortante a la vez. Era como palpar algo que se sabía a ciencia cierta que no podía existir, y encontrar placeres ocultos en la misma paradoja.

En cierto modo, también era su dios. Y a su fría y analítica manera, el viajero también lo adoraba.

—¿Cuál es tu nombre, extranjero? —preguntó una mujer.

El viajero se echó hacia atrás la capucha. Una melena rizada y canosa se desplegó alrededor de su rostro.

—Me llamo Norte —contestó—. Y he venido para matar a vuestro dios.

2... Jan

La segunda vez que Jan Delvian pensó en la edad aquel día fue mientras se miraba a un espejo. Unas hebras grises eran visibles en su melena azabache, perfectamente cortada y recogida con un lazo formado también por cabellos, pero no suyos, sino de su esposa, Ann. Aquellas hebras le recordaron que ya estaba próximo a los cuarenta, a ese momento decisivo en que un hombre debe saber con certeza cuál es su lugar en el mundo y hacia dónde se dirige.

El traje resbalaba sobre su piel como una película de espines; un instante de lluvia electrónica congelado en torno a su silueta. No se reflejaba en el espejo, así que Jan sólo pudo contemplar con nitidez su cabeza y parte de su cuello. El resto era una figura desdibujada cuyos movimientos producían fisuras en el cristal.

Cerró el puño y evaluó el gesto. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué pensar en la edad justo en ese preciso instante, minutos antes de una batalla en la que iba a jugarse la vida?

Era extraño cómo funcionaba su mente. Cerrar el puño. Anticipar la vejez. Tal vez fuera parte del proceso de búsqueda de aquella respuesta sobre la que nunca había hablado con Ann.

—Jan, estamos a punto —dijo una voz que provenía de algún lugar junto a su oído—. Doce minutos para el primer contacto. ¿Cómo vas tú?

—Bien. —Extendió los dedos falange a falange. El movimiento le recordó a una estrella de mar—. Estoy tranquilo.

—Perfecto. Vamos a mandar el servidor a buscarte. Puedes ir inicializando la armadura si quieres.

—Gracias, control. Activando noción de inteligencia.

El traje despertó a la vida como un bebé. Los átomos de su tejido se alinearon con las invisibles máquinas que flotaban a su alrededor, orbitando en torno a su cuerpo a un segundo de distancia, lanzadas con precisión hacia el futuro. Jan nunca podría alcanzarlas en vida, pero sabía que estaban allí, muy cerca, velando por su seguridad. Confiriéndole poderes prácticamente divinos para que él los empleara en la batalla.

—*Hola, Jan.*

—*Hola, preciosa. ¿Cómo has nacido hoy?*

—*Sin dolor* —respondió la armadura—, *aunque preveo nuevas facultades que antes no poseía. La organización espontánea de mi cerebro acaba de inventarlas.*

—*Te felicito. Me gusta que te vuelvas más inteligente cada vez.*

La puerta descorrió sus hojas. Un robot flotante apareció en el umbral, dispuesto a guiar al soldado a los niveles superiores del edificio.

Jan se despidió del espejo, rompiéndolo con una pulsación de su dedo. Ya habría tiempo para completar los rituales después.

Siguió al servidor mientras calibraba los sistemas de la armadura, ajustándolos a su secuencia de ADN. Para estar totalmente sincronizado con ella no bastaba con encenderla y ceñirla: debía fundirse con la maquinaria a un nivel tan profundo que resultase difícil saber dónde acababa el hombre y dónde empezaba su coraza. De hecho, estaba alcanzando cotas realmente altas de fusión con el traje, casi del orden del noventa y dos por ciento. Todo un récord.

Llegó a la plataforma de aterrizaje, en la cúspide del edificio. Era un espacio circular abierto, sin presencia humana pero vigilado por docenas de robots. Jan miró al cielo, una cúpula verde azulada salpicada de nubes. Algunas estrellas brillaban lo suficiente para imponerse a ese escudo de luz, hiriendo con su presencia el dulce despertar del amanecer. La brillante Tetis se ocultaba tras el horizonte, dejando que su gemela, la melindrosa Styrge, dominara el firmamento.

Aún no había rastro del enemigo.

—Noventa y tres por ciento de fusión.

¿Por qué aquellas máquinas se sentían tan cercanas hoy a su alma?

Estrellas de mar. Ahora lo recordaba. Su hijo pequeño le había pedido en una ocasión que le explicara qué diferencia había entre los meses de octubre y noviembre: por qué uno tenía que durar más que el otro. Él había respondido que se trataba de un error topográfico: los enanitos trabajadores que habían proyectado los meses del año se habían confundido de instrumentos al medirlos. Su hijo le trajo entonces su pequeña regla de cincuenta enooooormes centímetros, y le pidió que, por favor, midiera noviembre para él. Jan se excusó, claro, alegando que tenía prisa por completar alguna nimiedad, y ahora se descubría arrepintiéndose.

Ojalá pudiera haberlo hecho tiempo atrás. Ojalá él también poseyera un mapa de noviembre.

—Estoy listo —anunció por el comunicador—. Cuando queráis podemos desatar los gritos.

* * *

—No te impacientes, amigo —sonrió la experta en estrategias Gáimbeli Smakys en la sala de guerra, a medio mundo de distancia. Conocía a Jan desde hacía años y había aprendido a interpretar su taquigrafía verbal, más expresiva en ocasiones que el lenguaje convencional—. El contacto aún no ha rebasado el anillo defensivo en torno al sol.

Dejó el canal que los unía en espera. Tenía mucha experiencia con los guerreros y sabía lo verborricos que se volvían cuando se ponían nerviosos.

—¿Estado del objetivo? —preguntó.

—A punto de atravesar la cromosfera —respondió un analista. La sala de guerra estaba llena de ellos, chicos y chicas jóvenes vestidos de blanco como niños pequeños, llenos de inocencia, o ancianos a punto de morir, dispuestos en anillos humanos que flanqueaban máquinas y abrazaban hologramas. Ni siquiera Gáimbeli podría asegurar qué parte de la sala era real y cuál existía sólo en un plano virtual—. Se ha situado en una trayectoria que interceptará la órbita de nuestro planeta en once minutos.

—¿Velocidad?

—Dos potencias de c . Tiene una masa de aproximadamente dos mil toneladas métricas, y una longitud de novecientos metros.

Gáimbeli arrugó el entrecejo. Era demasiado pequeño. Las últimas cinco manifestaciones que les habían visitado tuvieron el tamaño de la segunda luna de Fraal, y un quinto de su masa. ¿Por qué ésta era comparativamente tan minúscula? ¿Había un propósito inteligente en esa variación?

—No me gusta —masculló—. Usaremos el cordón defensivo lejano. Preparados para disparar.

La computadora obedeció, impartiendo órdenes a las naves de guerra que defendían el planeta. La respuesta de sus respectivos capitanes no se hizo esperar: una retahíla de protestas e intentos de aclarar las órdenes invadió los canales. No entendían por qué debían arriesgar sus naves acercándose tanto al enemigo, si en cada ocasión previa el armamento convencional había demostrado ser inútil contra las manifestaciones. Por algún motivo, éstas sólo eran vulnerables al contacto directo con un ser humano.

Para ser franca, Gáimbeli tampoco podía explicarlo, pero prefería arriesgarse con tácticas nuevas a recurrir a las que habían tenido éxito en el pasado. El enemigo, fuera lo que fuese, podría haber estudiado sus estrategias y haber diseñado esta forma específica para combatirlos.

—Cordón defensivo preparado —insistió—. Abran fuego en cuanto estén listos.

—Allá van... —murmuró el analista, cerrando los ojos.

Las cortinas de datos quedaron cegadas durante breves instantes, mientras cientos de pequeños soles en miniatura ardían sobre el enemigo. No eran núcleos de luz aislados, sino colmenas de destellos. Ciento sesenta mil toneladas de bombas detonaron, ardieron, rabiaron y rugieron en unos segundos demasiado cortos para contarlos. Fue tal la potencia de la detonación que la energía liberada envolvió a todos los planetas del sistema con un manto de rayos gamma.

Gáimbeli tableteó con los dedos en la consola.

—Vamos, vamos —urgió—. Necesito conocer el estado del objetivo. ¿Ha sido destruido?

—Negativo —informó con voz relajada el ayudante—. Las lecturas muestran una

atenuación muy leve en el campo R, pero se mantiene estable. No parece haber sufrido daños de importancia.

Por primera vez apareció una imagen nítida del objeto en las pantallas. Gáimbeli oyó que una voz lanzaba una exclamación de asombro por el canal secundario: era Jan, que podía ver todo lo que ocurría en la sala de guerra gracias a la conexión a través de la armadura.

El objeto al que llamaban prosaicamente «el enemigo» parecía una metáfora de la alienidad. De lejano parecido a una mancha solar compuesta de mercurio, su movimiento y la capacidad de reflejar el universo que lo rodeaba cambiaba cada pocos segundos. Las computadoras lo analizaron y trataron de inferir sus propiedades, imaginar su estructura o establecer su auténtica naturaleza, pese a los poquísimos datos con los que contaban para empezar a apilar teoremas. A pesar de su increíble rapidez de procesamiento, cuando se enfrentaban a las manifestaciones, las IAs eran como simios amontonando cubos de colores para intentar alcanzar de un zarpazo cuántico la comida. Miraron al objeto cara a cara, de igual a igual, de un ser superior a otro. Trataron de sumergirse como ballenas invisibles en los misterios de su física, cribando con tamices barbados un enigma que era demasiado extremo para una mente basada en el carbono. Tal vez incluso para la de una inteligencia artificial.

Aun así, lo intentaron. Cualquier información, por nimia que fuese, les sería tremendamente útil en los próximos minutos.

—Su eje F parece ser el que gobierna su física. A partir de ahora lo llamaremos cuerpo extraño Y-26 —decidió Gáimbeli, recogiendo el pelo.

—Catalogado —respondió el ayudante—. Atención: segunda andanada entrando en el espacio normal... ahora.

El siguiente ataque estuvo compuesto por proyectiles de masa digital. Gáimbeli no sabía si tendrían alguna utilidad contra la manifestación (era imposible establecer si poseía algún sistema nervioso que la gobernara. Había muchas otras maneras de controlar un ente con cierto grado de autonomía en el universo, aparte de la inteligencia), pero quería agotar todas las posibilidades.

Tampoco pareció verse afectado en lo más mínimo por las bombas de pulverización lógica. Maldiciendo por lo bajo, la estrategia maximizó la ventana que la mantenía en contacto con su soldado.

—Jan, prepárate —advirtió—. Entrás tú.

—De acuerdo. Todos los sistemas listos.

De repente, sucedió algo imprevisto, una variación no catalogada en ninguno de los ataques anteriores. El objeto aceleró sin previo aviso, acercándose a la órbita de Fraal de un salto instantáneo. Las alarmas se dispararon. Los cruceros de combate alzaron los escudos y se prepararon para vaciar las santabárbaras.

En la sala de guerra, Gáimbeli alzó una mano perentoria, obligando a la flota a

permanecer tranquila.

—¡No ataquen al enemigo! —gritó por el comunicador—. Que nadie abra fuego. Volvemos al plan original. Jan, puedes comenzar tu ataque.

Los capitanes asintieron, preparando sus ojivas y poniendo distancia entre sus naves y el blanco. Los sensores de puntería de un centenar de destructores se fijaron sobre éste mientras, muy abajo, en el planeta, un hombre hablaba con la armadura que lo llevaría a la batalla.

* * *

—¿Estás lista? —preguntó Jan.

La coraza indicó que sí, acelerando al máximo las máquinas de desfase temporal. El flujo de energía alcanzó cotas similares a las que la ciudad que descansaba a sus pies gastaría durante una década de existencia.

—*Nivel de defensa operando sobre límites. Cuando tú quieras, Jan.*

El soldado contuvo el aliento.

—Pues vamos a explorar noviembre —murmuró, y se colocó en cuclillas.

Un estampido sacudió sus oídos: la barrera del sonido se rompía.

Como un proyectil acelerado a velocidades prodigiosas, Jan salió disparado hacia el cielo. Desapareció durante dos segundos de los radares que lo seguían, saliendo de la atmósfera, y entró de nuevo en el espacio normal, a cincuenta kilómetros del enemigo.

Éste reaccionó cambiando de forma: se replegó sobre sí mismo en una décima de segundo, formando una esfera perfecta de mercurio.

—Sabe que vamos a matarlo —dijo Jan.

La voz de Gáimbeli le respondió serena:

—No pierdas tiempo. Creo que trama algo.

Jan se abalanzó sobre el enemigo, golpeándolo con toda la cinética de su movimiento. Hubo un encontronazo de fuerzas de gran magnitud. Las IAs aprovecharon este breve acercamiento al blanco para analizarlo más exhaustivamente; la coraza física de mercurio parecía tener el mismo espesor que una hoja de papel, y no era compacta.

Gáimbeli se preocupó. En lugar de una muralla, parecía algún efecto de tensión superficial del campo R.

Pero su hombre no lo había atravesado.

—¿Qué haces, Jan? ¿Por qué no lo golpeas? —preguntó.

El soldado describió una órbita veloz en torno al objeto. Este contraatacó, lanzándole haces de rayos de alta energía que esquivó a duras penas.

—He retrasado mi ataque. Observa mi reflejo sobre esa superficie.

En la sala de control, los analistas advirtieron el problema. El reflejo del traje de Jan aparecía nítido en el espejo de mercurio, un fenómeno que desafiaba todas las leyes de ese plano de la existencia.

—Esto no me gusta —masculló la estratega—. Será mejor que retrocedas. Trazaremos un nuevo plan cuando sepamos con exactitud a qué atenernos.

—Negativo. Lo tengo al alcance de la mano. Basta con que traspase ese blindaje y toque su núcleo. Si me alejo, es posible que ya no pueda volver a acercarme tanto.

—¡Obedece, Jan! Algo me dice que lo que ese campo protege no pertenece a este universo.

—¿Análisis? —preguntó a la armadura.

—*Imposible de determinar. El ente alienígena es distinto a todo lo que hemos visto antes, incluso a las otras manifestaciones. Aconsejo prudencia.*

A regañadientes, el soldado retrocedió. Era una minúscula mancha humana volando a velocidades supersónicas en torno a una masa especular de casi quinientos metros de diámetro. Una mota de polvo atacando a un leviatán.

La esfera volvió a cambiar de posición. La supermanada de naves más cercana disparó cuñas de proyectiles que se dividieron en un enjambre de pequeños cohetes. Una escuadra de veloces caza-bombarderos la atacó desde su misma trayectoria. Abrieron sus pétalos y ametrallaron al blanco con salvas de proyectiles.

El enemigo no pareció verse afectado por ninguno de los ataques. Viró en redondo, despreciando toda la cinética de su movimiento, y atacó a los cazas que lo perseguían. Una docena de ellos se volatilizaron sin dejar rastro. Los cruceros disparaban desde la misma curva del planeta, dibujando ríos de luz y haces de fuego, arrojando lanzas hechas de la misma materia que formaba el corazón de las estrellas. El espacio se convirtió en un lienzo de colores actínicos y explosiones cuánticas, una batalla en tiempo real que se desarrollaba en varias dimensiones paralelas.

Y Jan, en medio del armagedón, hacía girar aún más rápido sus máquinas.

—Necesito más energía... —musitó, y describió otra órbita en torno al enemigo.

* * *

—Está usando el pozo de gravedad del planeta como ancla —comprendió Gáimbeli—. Es como un iceberg: lo único que vemos de él es esa esfera tridimensional, pero por debajo... —Un escalofrío recorrió su espina dorsal—. ¡Jan!

—Te escucho.

—La tensión superficial del campo es como la capa de hielo de un lago.

—¿Podremos romperla?

—Creo que lo que quiere ese engendro es precisamente eso —caviló la estratega, muy concentrada—. Debes rozarlo, pero sin llegar a romper la cáscara de mercurio. Las propiedades de tu traje detendrán su capacidad de regeneración el tiempo suficiente para que puedas atacarlo.

—¿Estás segura? Me estaré arriesgando mucho si no la penetro al primer golpe.

—Confía en mí. —Gáimbeli cruzó los dedos a la espalda.

La estratega sudaba, a sabiendas de lo arriesgado del plan: si lograba insuflar suficiente calor en la grieta para que el volumen de espacio contenido en el enemigo se mantuviese estable, tal vez Jan pudiera alcanzar el núcleo. Pero si la energía no llegaba a un límite mínimo, explotaría con una fuerza equivalente a cientos de bombas nucleares.

El guerrero obedeció, acercándose al blanco mientras ejecutaba complejas cabriolas. El objeto no cesaba de bombardearlo con haces de partículas. Al mismo tiempo, Gáimbeli ordenó al destructor insignia de la flota que se aproximara con sus pantallas levantadas y se preparase para emitir una enorme cantidad de calor. El navío encendió sus motores, expeliendo un haz de plasma de cien kilómetros de longitud.

Jan rozó al enemigo con los dedos, obligándolo a retrasarse unas millonésimas de segundo respecto al flujo temporal estándar. En respuesta, la esfera se plegó en torno a él, anclándose tenazmente a su brazo. Su diámetro total disminuyó en un parpadeo, de quinientos a sólo un par de metros de anchura.

El soldado gritó, sintiendo cómo el enemigo penetraba en su coraza. El brazo derecho le ardía como si estuviese hirviendo.

Gáimbeli agitó los puños.

—Vamos —rogó—. Ahora déjate arrastrar, maldito cabrón...

Jan aceleró al máximo, empujando la esfera hacia la antorcha de fusión. Pesaba. Algo la anclaba con dedos invisibles al pozo de gravedad de Fraal.

—¡Muévete! —gritó.

Los gigantescos impulsores del crucero se aproximaron a menos de doscientos metros, y el universo ardió.

Jan no podía ver nada, salvo un flujo infinito de energía que bañaba ferozmente su cuerpo. Se sintió infinitamente pequeño en comparación a los gigantescos ingenios que proyectaban calor a su espalda. El traje aumentó al máximo la rotación de las máquinas de desfase temporal, tratando de protegerlo de la vorágine de fuego y los disparos a quemarropa del enemigo.

Su brazo hirvió aún más. El soldado chilló de dolor, pero no cesó su ataque. Empujó con todas sus fuerzas, introduciendo la mano unos centímetros más en la coraza del enemigo. Sus dedos se extendieron con lentitud, con la parsimonia de una estrella de mar, falange a falange.

El núcleo tenía que estar muy cerca. Sudor, calor, centímetros que parecían

kilómetros, su brazo que dolía como el infierno...

De repente tocó algo sólido.

Rió salvajemente, saliendo del cono de plasma convertido en un pequeño cometa humeante. La esfera de mercurio, aún pegada a él, se arrugó como un pergamino consumido por las llamas.

El soldado respiró con alivio: era el efecto habitual. Ahora desaparecería, demostrando una vez más que el contacto directo con un ser humano era anatema para lo que guardaban aquellas cosas en su misterioso núcleo.

No sucedió.

En lugar de encogerse hasta desaparecer, el objeto comenzó a hincharse.

Asustado, Jan convocó energía dentro de un campo moldeable en su mano en forma de cuchillo. Se dispuso a golpear la esfera con intención de desprenderse de ella.

El ayudante virtual de Gáimbeli se envaró por la tensión:

—¡El artefacto está comprimiendo grandes cantidades de energía!

—¡Cuidado, Jan! —advirtió Gáimbeli, aterrada—. ¡Está entrando en...!

La estática cegó su señal. El soldado dudó, retrasando su ataque un brevísimo instante.

—¿Qué...?

El objeto alienígena explotó.

La realidad pareció astillarse a su alrededor. El tiempo mismo fluyó más lentamente. Las neuronas de su sistema nervioso se encendieron debido a la formidable onda de energía. Las naves dispararon sus misiles. Jan sintió que se iba, que se perdía... su conciencia se fracturó en imágenes inconexas. Momentos de su niñez, besos robados, incógnitas súbitamente despejadas...

Las naves continuaron disparando alocadamente. El universo se expandió un poco más.

Jan Delvian cerró los ojos, y dejó de existir.

1. LINA

La capitana Lina Kolbrand se encontraba flotando en el Halo de su nave, disfrutando de la sensación de caída libre a través del nexo gaseoso. Su pájaro, un elegante balandro con dos mástiles de impulso, cortaba las concentraciones de hidrógeno de la nebulosa como un bisturí plateado.

Lina estaba triste, pero no sabía por qué. Tal vez la sensación de soledad extrema estuviese jugueteando con sus sentidos, acostumbrando a su cerebro a percibir que no había absolutamente nada en un radio de cien años luz. Hacia estribor, el cúmulo Sentrigys (una breña orbital clásica de gigantes azules) atraía con sus zarcillos enormes columnas de polvo. Era el objeto más alejado del núcleo de la Variedad, el último remanso de materia antes de la nada del Bolzai.

A menudo, Lina había observado en esas estructuras cósmicas una cualidad que se acercaba a la sensibilidad. Sentrigys parecía irradiar una majestuosidad serena y a la vez trágica. ¿Era real, o sólo una proyección de la mente humana? ¿Estaba adjudicando sentimientos a los accidentes naturales que divisaba desde el puente de su pájaro?

Por fortuna, Sentrigys no obedecía ni desafiaba a su sentido de la cordura, sino que parecía inocentemente ajena a sus intentos por humanizarla.

Lina llevaba tiempo en el espacio. Flotar en el Halo era una experiencia única, una comunión con el siguiente paso evolutivo al que aspiraba todo aquel que se lanzaba al vacío cabalgando tecnologías incomprensibles, pero algo en su interior comenzaba a reclamar la fisicidad de un planeta. A reclamar la tierra, el aire, la luz no totalizada por los instrumentos, experimentada como una caricia cálida y no como un mero flujo de partículas lleno de información sobre el pasado y el futuro. Echaba de menos un estado menos complejo de su mente, aquel con el que había nacido cuando sólo era una niña y su cerebro no se había añadido como un disco duro externo a la mente global de la nave. ¿Era la sencillez de la materia un premio al que aspirar, un descanso para una mente acostumbrada a ser más que humana? ¿Estaba buscando la diosa celeste, la vagabunda cósmica, involucionar por unos minutos a una forma más simiesca para reposar de su estado divino?

Se había preguntado en numerosas ocasiones si valdría la pena retroceder a una fase anterior de su vida, más relajada, antes de saber que el precio de la sabiduría y de la inmortalidad que buscaba se encontraba más allá de lo que podría pagar. Podía jugar como una niña con hojas rotas y conchas de mar, lanzando al océano de las estrellas sus pedazos; pero las ondas de esos chapoteos seguirían estando siempre demasiado lejos para que mojasen sus pies. Era el misterio congelado de los cuerpos celestes. El enigma de las Antiguas Edades, que la llamaba con un canto de sirena que podía oír, y muy nítido, dentro de la calidez uterina del Halo.

Sí, estaba triste. Y ninguna de estas cábalas explicaba por qué.

—Sé que estáis ahí —murmuró, para nadie en particular, salvo quizá para la breña de gigantes azules—. Salid de la madriguera, vamos...

Los zánganos que la perseguían estrecharon el perímetro de búsqueda. Sabían que la *Eurídice* estaba allí, en alguna parte, riéndose de ellos. Lina se sentía orgullosa de su habilidad para sortear las defensas Ur, del juego mortal que sostenía con unos sistemas de vigilancia capaces de detectar variaciones químicas en la nube a media unidad astronómica de distancia, pero no tenía ganas de reír: su ansia de matar había sido saciada por aquella noche.

Tres horas antes había emboscado un transporte de enlaces por nucleón procedente de Dérelon, en los sistemas de la Espingarda Púrpura: cuatro naves pesadas, un nautilo de comunicaciones y seis balandros de vigilancia. Poseían suficiente potencia de fuego para arrasar toda una colonia, pero eran muy lentos. Lina había aprendido a engañar a su software predictor de trayectorias con un truco tan simple como peligroso.

Había colocado a la *Eurídice* al acecho, cabalgando la onda de choque de un lejano quásar. Se había pasado jornadas enteras en vela elucubrando un complejo plan de aproximación al convoy, que incluía mover de su sitio un púlsar y hacerlo estallar para que el frente electromagnético confundiera sus antenas. Pero se llevó una grata sorpresa cuando la cognoscitiva la puso al día de los fenómenos locales: un anillo de agujeros negros se había desplomado cincuenta mil años atrás en las proximidades de Calipsos, enviando una onda de choque en todas direcciones. Casualmente, esa onda iba a alcanzar al convoy en menos de doscientas horas.

Lina postergó astutamente su intervención cinco días, esperando a que el fenómeno estelar los alcanzara. Cuando sucedió, su ataque relámpago fue devastador. Las pantallas de radar del enemigo quedaron cegadas quince angustiosos segundos, durante los cuales el mundo exterior dejó de existir. La *Eurídice*, con las posiciones de todas las naves del convoy memorizadas, sólo tuvo que bombardear despiadadamente (y a ciegas) los puntos en los que preveía que estarían los transportes al cabo de unos segundos.

«Resplandece. Mi universo resplandece. Con luz y vida, con oscuridad y muerte. Con las decisiones de simples corsarios como yo, que acaban por afectar a los destinos de muchos.»

Redujo las naves Ur a chatarra. La carga útil de estas naves, ahora una densa nube de energía, se desparramó por el vacío. Lina logró pescar casi un cuarenta por ciento de aquellos enlaces atómicos, un tesoro en energía pura que valía su peso en oro, por utilizar una expresión popularizada por los antiguos piratas de los océanos.

Por supuesto, las patrullas Ur no habían tardado en reaccionar. Una vez que obtuvo su premio, Lina alzó contramedidas y abandonó el lugar de la matanza como

si la muerte le pisara los talones, huyendo hacia las profundidades de la nebulosa.

Lina se despejó. El Halo entró en modo de alerta: había captado una señal, una débil pulsación de motores semejantes a los de la *Eurídice*.

La capitana ordenó al reactor principal desconectar la energía. La nave se convirtió en un proyectil azul que caía hacia el punto de salto, silenciosa y majestuosa como el grito de un dios que hablara en pájaros.

—Vamos, salid de donde estéis... —masculló, inquieta.

Ese fue el momento que otra nave similar a la *Eurídice* escogió para hacerse visible, surgiendo de los zarcillos de gas como un cetáceo cromado. Navegaba con impulsión propia, acercándose a ella como un tigre al acecho.

Lina blasfemó y reactivó los sistemas. De nada le servía navegar en silencio absoluto si a otra nave le daba por cantar ópera en todas las frecuencias a mil metros de su posición.

Activó los cañones y apuntó al recién llegado. En menos de lo que tardó en realizar la primera exploración con sus sensores, recibió un mensaje directo de la otra nave.

—Vaya, parece que el imbécil quiere dialogar. —Se dirigió a su cognoscitiva—: Abre el canal dos.

Una ventana mostró el busto de un hombre corpulento, de rostro dócil y barba rala. Era tan feo que resultaba repulsivo a la vista, con ojos demasiado separados, una nariz roja y bulbosa y una túnica de seda que le caía sobre el pecho montañoso, formando arrugas sobre el vientre.

—¡No dispires! —rogó el hombre—. Estamos en el mismo bando, compañera.

—Yo no soy compañera de nadie —contestó Lina glacialmente—. Y menos aún de un furtivo.

—El demonio se reconoce en el espejo. He visto los restos de la calamidad que dejaste ahí atrás.

—¿Cuánto tiempo llevas en este sector?

—Más o menos el mismo que tú. Los urtianos deben de estar realmente cabreados. ¿Cuánto les has robado, quince mil megatonnes sin adulterar? Ha sido el golpe más impresionante que he visto en años.

—Corta la cháchara —le ordenó Lina, comprobando las posiciones de los zánganos Ur. Algunos se acercaban peligrosamente—. ¿Qué quieres?

—Tal vez podríamos compartir una parte de esa preciosa carga que llevas si te ayudo a deshacerte de las patrullas. He captado la baliza de reconocimiento de un destructor a tres UAs de aquí.

—¿Un destructor? Imposible.

—Ahora mismo está escudado por el reflejo de Sentrigys en la nube, pero no tardarás en localizarlo. Y entonces será muy tarde para escapar. Esos monstruos sólo

enseñan los dientes cuando ya te tienen entre sus garras.

—Espera... yo te conozco, ¿verdad? —Lina ubicó aquel rostro deforme en otro decorado menos majestuoso—. Te vi en la Reserva de Beltra, en la Espingarda. Eras uno de aquellos apestosos comerciantes de monos.

—¿Te ofrecí degustarlos, por casualidad?

—Le partiste el cráneo a uno durante mi almuerzo.

—Yo no tengo la culpa de que los sesos pierdan su frescura si no se mata al animal justo antes de consumirlos. Para eso sirven los orificios que hay en el centro de las mesas, ¿no lo sabías? Tienen el diámetro justo de sus testas.

—Sentí náuseas durante tres días. Gracias por recordármelo. Ahora quiero ver cómo te largas de aquí a toda velocidad antes de que decida hacer lo mismo contigo.

El hombre sonrió con falsa beatitud.

—Calma, calma. La crueldad también forma parte de la naturaleza humana. Nuestra prioridad ahora son los urtianos. Da la casualidad... de que conozco un atajo para atravesar la nube sin colisionar con ningún asteroide vagabundo. Tengo las coordenadas de un túnel memorizadas en mi cognoscitiva. Podríamos salir de aquí sin esperar a alcanzar el punto de salto seguro.

—¿Cómo has cartografiado la nube?

—No he dicho que el trabajo sea mío, sólo que poseo el resultado —puntualizó—. Se lo robé a una aspilla zonográfica que hacía un reconocimiento cerca del borde, hace un semestre. Sólo hay que extrapolar las trayectorias de los cuerpos errantes y jugar un poco a las canicas.

Lina se sintió tentada; una señal muy potente emanaba del otro lado del cúmulo de nubes, algo lo suficientemente grande como para despertar a su sexto sentido. Por primera vez temió que el cuento del destructor fuese verdad.

El furtivo prosiguió:

—A cambio de un rápido desestibaje de tu carga, puedo facilitarte las coordenadas y salir zumbando.

—Ya. Te doy un porcentaje del botín y un segundo después me veo convertida en átomos en el corazón de alguna nova.

—Qué desconfiadas sois las mujeres...

—Lo justo para seguir vivas.

La señal se hizo patente en el radar. Ya no era una interferencia: un objeto de gran masa y velocidad se acercaba. Por su eco de impulso, Lina dedujo que cabalgaba tecnología Ur.

El furtivo parecía nervioso.

—¿Y bien? ¿Hay trato? —urgió.

La capitana encogió los hombros.

—Pásame las coordenadas. Las verificaré.

—Una mierda.

—Estoy a cuarenta segundos del punto de salto. O lo hacemos a mi manera o no hay negocio.

El hombre se mordió el labio inferior. Lina conocía de sobras a la gente de su calaña. Se había encontrado con muchísimos vagabundos que querían sacar tajada de los logros de otros. A menudo le parecía que el complicado carácter de esos furtivos, junto con su astuta y cruel inteligencia, se concentraba en sus cejas de rata y sus habituales mentones huidizos, un rasgo común (o al menos a ella se lo parecía) de cualquier rata de cloaca lo suficientemente rica como para haberse comprado una nave propia.

Tras unos segundos de indecisión, al tiempo que los perros exploradores de los zánganos los localizaban y apuntaban con sus armas, el furtivo escupió:

—Eres una chupapollas.

—Ya te gustaría.

—Está bien —claudicó él—. Aquí van los datos. Pero date prisa en analizarlos o te van a pillar con las bragas bajadas. Y a mí también.

Instantáneamente, la *Eurídice* recibió un paquete de bits. Lina minimizó rápidamente la ventana que la mantenía en contacto con el furtivo y pidió a la cognoscitiva que lo comprobase. Una línea quebrada apareció superpuesta al plano estelar, zigzagueando peligrosamente cerca de enjambres de meteoros, pero desembocando finalmente en una región segura a media docena de segundos luz.

En principio no parecía haber truco. Pacientemente, empezó a comprobar si alguno de los fenómenos a los que se aproximaba la curva podía haber afectado a los cálculos.

—¿Lo hacemos o no? —la apremió el furtivo, sudando—. ¡Los tenemos encima!

—Un segundo.

—¡Ni un segundo más, puta! —gritó—. He cumplido con mi parte: ahora dame la mitad de la carga.

—¿La mitad? Estás loc...

La capitana enmudeció. Dos pulsaciones se hicieron visibles en el radar a menos de cien kilómetros de su popa.

Activó los sistemas defensivos y alzó contramedidas. La *Eurídice* viró a estribor, casi chocando con la nave del furtivo, y ejecutó una maniobra que la impulsó lateralmente. El Halo impidió que Lina saliera despedida de su puesto de mando, pero notó el brusco acelerón.

Unos cuantos indicadores despertaron, fluctuaron, volvieron a caer a cero. Los sensores creyeron detectar algo justo en su ruta. Lina, aterrada, ordenó virar.

La violencia de la maniobra hizo temblar el casco. Como si hubiese chocado con una roca y rebotado, su nave soportó un viraje tan brutal que a punto estuvo de

partirla en dos.

De la nube surgieron los zánganos, cayendo sobre su sombra. La estela de la *Eurídice* entró en contacto con la malla que habían tendido, chisporroteando en el vacío. Maldiciendo, la capitana recuperó la verticalidad dentro del Halo y confirió máxima presión a los propulsores. Los mástiles ventrales de impulso brillaron como soles.

—Animo, preciosa —suplicó—. Vuela, por lo que más quieras.

La vaporosa tirantez de la nebulosa se quebró, dejando pasar el corpachón de un destructor urtiano. Lina tragó saliva. Tenía expuestas sus bahías de lanzamiento de misiles.

Pero no iban a disparar. Rezó por no equivocarse esta vez. Si había algo que podía interesarles más que castigarla por su atroz crimen, era recuperar la carga.

Tratarían de cogerla viva, y si veían que era imposible, la volarían en pedazos. Las preocupaciones filosóficas con las que se había divertido elucubrando antes volvieron a ella. Querer regresar a un estado más simple de la existencia, y con él a una vida sencilla (como la de su hermana, allá en la colonia) era un juego mental con el que entretenerse imaginando posibilidades: Lina dejando de asaltar convoyes urtianos, buscándose un marido y un trabajo como mensajera varios saltos arriba y debajo de su planeta natal, viendo cómo se le hinchaba la barriga al son de la canción de cuna de varios hijos... no estaría mal, y menos cuando las consecuencias de sus actos hacían aún más deseable esa vida. Aquellas elucubraciones dejaron de ser un agradable juego en cuanto tuvo al destructor en su popa, para convertirse en una lejana utopía.

Su teoría parecía ir bien encaminada. Delante del destructor, un enjambre de zánganos y naves rápidas cerraron filas en torno a su trayectoria.

El balandro del furtivo le mostró su cuaderna por babor.

—Te dije que no quedaba tiempo —graznó el hombre, arrugando como un pepino su nariz roja—. ¿Sabes qué? Me voy a largar tan deprisa de este matadero que no voy a dejar ni un miserable eco de plasma. Que te follen, a ti y a tu carga.

—Parece que tú tampoco juegas limpio, ¿eh? —gruñó Lina en respuesta—. Las coordenadas que me diste me conducirían a salvo por el interior de la nube, pero de cabeza al cuadrante que ocupaba ese destructor hace unos minutos.

El furtivo hizo un mohín.

—Te lo dije: la crueldad es intrínseca a la naturaleza humana. Si hay que caer en sus garras, mejor tú que yo, preciosa.

—Entiendo. —Lina entrecerró los ojos, cargando una salva de torpedos de masa digital. No dañarían la integridad de las naves urtianas, pero muestrearían su software a través del casco y lo confundirían con oleadas de datos.

Los sensores del furtivo debieron captarlo, pues opinó, divertido:

—Eso no te servirá de nada, chochito. Las cognoscitivas Ur no siguen una pauta lógica fractal, como las nuestras. No piensan de la misma manera.

—Lo tengo presente. Por cierto, «amigo» —Lina esbozó su sonrisa más sarcástica —, ¿cuándo dijiste que habías entrado en la nebulosa?

—Al mismo tiempo que tú. ¿Por qué?

La sonrisa se le congeló en la cara.

—Porque no es a los urtianos a quienes estoy apuntando —puntualizó Lina, dando la orden mental para el disparo.

Al momento, varias esferas de interferencia digital estallaron en torno al balandro del furtivo. Su imagen virtual se deshizo en una sacudida de estática, y el navío empezó a escorar.

Lina lo esquivó y siguió de largo, recorriendo a la máxima velocidad posible la distancia que la separaba del punto de salto. Los urtianos cayeron sobre el furtivo, que siguió volando inercialmente unos segundos más. Los zánganos se posaron sobre el casco del balandro, bombardeándolo con cascadas de neutrones. El desgraciado debió morir en el acto, imaginó Lina.

La capitana sintió algo de lástima por él, pero la sensación pasó rápido (de hecho, en cuanto la palabra «mono» vino a su cabeza). La apuesta había sido arriesgada, pero con toda la interferencia de la nube era casi imposible que los urtianos supieran con certeza cuál de las dos naves había asaltado el convoy.

—Algunos tienen más «naturaleza humana» que otros —murmuró, y preparó la nave para el salto.

PRIMERA PARTE

Humanidad

Capítulo 1

Zhinz

El relámpago bailaba en torno a las torres de vigilancia, sombríos colosos dispuestos en hilera tras el perfil dentado de la montaña. Una falange de estructuras de acero sostenía en alto un cable sobre el que chispeaba la lluvia.

Zhinz extrajo los prismáticos de su marsupio y se los colocó frente a los ojos. Odiaba las noches sin lunas. Deseó poseer la tecnología necesaria para explorar la oscuridad como si estuviese a plena luz del día, como había visto hacer una vez a su respirador de oxígeno favorito, un humano llamado Jules Van Zan, con quien había apostado unos litros de veluvona a que jamás volvería a poner las patas en aquel lugar. También había apostado por muchas otras insensateces en otros momentos de su vida, arrebatos de juventud que con la distancia parecían incluso justificables e inteligentes, pero ninguno tan arriesgado como la solemne promesa que estaba violando en esos instantes.

Siguió con la vista el perfil montañoso hasta detenerse en una quebrada, al pie de una cascada de unos doscientos metros. Por esa caída se había desplomado la nave de los aerobios meses antes, al tratar de despegar para huir del hostigamiento de una patrulla urtiana. Los desgraciados lo habían pagado con sus vidas. Aún se podían ver los restos del navío a los pies de la cascada, flotando como una abandonada isla de cromo. Se encontraban bastante lejos, a casi mil metros de su posición, pero Zhinz no deseaba acercarse más a las quebradas donde moría la selva; ya corría suficiente riesgo activando un aparato electrónico tan cerca de las torres. Sólo la escasa potencia de su batería y el fuerte componente eléctrico de la tormenta lo escudaban de los ojos urtianos.

Un picor detrás del segundo conjunto de orejas (las largas y cónicas, que le colgaban por detrás semeando las de un cuadrúpedo, cosa que le hacía mucha gracia a Jules) hizo que se rascase un eccema de la piel. Un par de insectos de alas brillantes volaron entusiasmados en torno a sus dedos; al rascarse, Zhinz concentraría aún más la sangre en esa zona de su cuello, y ellos se volverían a posar para libarla por osmosis. No les interesaba el plasma en sí, que jamás podría atravesar la piel sin un corte, sino los pequeños elementos que aquél transportaba.

El marsupial ni siquiera se había percatado de la molestia, más allá del picor: todos sus sentidos, hasta los más improbables, estaban puestos en la cascada y en las nubes de tormenta que se condensaban amenazadoramente por detrás. Una vocecilla insistente le repetía una y otra vez que él no tendría por qué estar allí, metido en aquel lío. Los asuntos de los aerobios eran demasiado complejos y peligrosos para que otras

especies se vieran involucradas, y tenían que lidiar con ellos a solas. O más bien, *deberían* hacerlo, por propia voluntad y para ahorrar sufrimientos a los demás. Era una simple cuestión de moral que los inventores de ese concepto, los humanos, olvidaban a menudo. Zhinz estaba de acuerdo con esos argumentos, pero a pesar de todo, le tenía demasiado cariño a su gran amigo Jules como para abandonarlo justo cuando se estaba jugando la vida.

Su mente regresó involuntariamente a unos meses atrás, cuando había visitado el mundo nido y su genoplia. Llevaba preparando el viaje desde hacía años, soñando con él como una de esas experiencias que le devuelven a uno la perspectiva sobre el lugar que realmente ocupa en el universo, en el complejo y misterioso esquema de las cosas. Pero no fue así. Cuando Zhinz llegó por fin a su antiguo hogar y paseó al estilo de su raza, dando grandes saltos de canguro sobre las ramas de los enormes árboles juk, viendo cómo había cambiado el paisaje con el paso de las estaciones, sintió que el sentimiento de bienestar que le producía estar allí era en buena medida falso. Se estaba forzando a sí mismo a sentir cariño y bienestar al cruzar de una ciudad colgante a otra y escalar los kilométricos troncos de los juk, al visitar los nidos y asimilar a través de la piel la dulce canción de las feromonas maternas. No era un sentimiento contradictorio, sino más bien una ausencia de sentimientos, la misma falta de algo que a menudo Jules pretendía suplir con copas de licor. Una especie de vacío hormonal y psicológico. Ya no se sentía en casa en aquel lugar.

Y a eso se sumó la tristeza. Un marsupial sin nido era como un aerobio sin colchón en el que reposar su dolorida y mal diseñada espalda por la noche. ¿Tanto había cambiado en aquellos años de corretear por el cosmos? O mejor dicho, ¿tanto lo habían cambiado las experiencias vividas junto al impredecible Jules? El humano le había salvado la vida años atrás, cierto, y desde entonces se habían convertido en algo parecido a compañeros de camada; pero aquel fatídico día del regreso al hogar, Zhinz se asustó por cómo había cambiado. Ahora era más Jules que Zhinz, en ciertos aspectos. Y no sabía si quería seguir siéndolo.

La señal que aguardaba apareció de improviso, tan débil que casi la pasó por alto. En la quebrada, a cien metros de la nave, un destello rojizo parpadeó tres veces en rápida sucesión. Luego se extinguió. Pasaron unos segundos y volvió a palpitar de nuevo.

A Zhinz se le aceleró el corazón.

Una figura bípeda se encaramó a un risco. El marsupial la enfocó con los prismáticos: era un humano, polaridad masculina del sexo. Desde su posición dominaba toda la nave. Estaba tan cerca que casi podría saltar encima. El casco yacía tumbado sobre su cuaderna derecha con un brazo estabilizador apuntando al cielo. El brazo gemelo permanecía bajo el agua, anclando el pecio a la cuenca; eso evitaba que la corriente lo arrastrase.

La figura se ciñó unos guantes de escalada, contrajo sus piernas y saltó. Voló unos metros desde el risco hasta dar con sus huesos contra el casco de la nave.

Zhinz apretó los dientes. Consultó su cronómetro: dieciséis minutos. Dentro de dos comenzaría otra exploración rutinaria de los centinelas. Si el humano no estaba dentro de la nave para entonces...

Algo atravesó la cascada por el extremo opuesto. Los prismáticos volvieron a enfocar rápidamente al humano, que tosía y trataba de recuperar el aliento. Montaba a horcajadas los tensores de titanio, dando la espalda a la pared de espuma. Manipuló algo a sus pies: una esclusa de vacío.

Zhinz apuró el teleobjetivo. Sí, era posible que lo consiguiera. Había tardado... ¿cuánto tiempo? Consultó el cronómetro.

Dio un respingo. Había estado casi tres minutos bajo la cascada. ¿Cómo era posible? No podía haber avanzado tanto en...

Enfocó las torres. Las nubes descargaban con feroz contundencia, iluminando los cables tendidos entre ellas.

Con terror, Zhinz vio que unos ojos se deslizaban velozmente por los cables. Dos se detuvieron sobre la vertical de la cascada. Sus misteriosos controladores, fueran quienes fuesen, observaron atentamente la nave de los respiradores de oxígeno.

El humano no se había percatado de la presencia de los espías y seguía manipulando la esclusa. Giraba el pivote hidráulico que la abriría sin necesidad de usar electricidad. Cansado, sacudió sus brazos y miró arriba, a la montaña. Debió notar algo, porque inmediatamente se ocultó bajo la cascada, sus hombros aplastados por el martilleante caudal.

Los centinelas se presentaron en el lugar en un tiempo inusualmente corto. Una distorsión de gran volumen en el aire, visible gracias a que la lluvia impactaba sobre ella, flotó sobrevolando el risco hacia el humano. El patrullero urtiano se hizo visible en cuanto sobrevoló el lago, apagando su campo de ocultación. Semejaba una terrible ave de presa celestial con el fuego de las microondas chisporroteando sobre el casco, un ave hambrienta e imparable que no tardaría en sacar las garras.

Unas hormiguitas se movieron en la selva, junto a la orilla del lago: carroñeros humanos de chatarra que habían divisado al monstruo y echaban a correr por acto reflejo, huyendo hacia el interior del bosque. Mala idea, pensó Zhinz: sus instrumentos eran especialmente sensibles a los movimientos bruscos. Se suponía que los clanes de chatarreros que vagaban por la selva, buscando restos de naufragios y de naves derribadas por los urdanos, tenían mucha experiencia en pasar desapercibidos, pero el miedo era una pulsión traicionera, con la que no se podía razonar. Cuando un ave de presa urtiana aparecía de repente a cincuenta metros sobre tu cabeza, el hipotálamo (ese santuario para todo lo que la evolución supuestamente olvidó) tomaba el control y te hacía cometer errores fatales. Errores que normalmente se

pagaban con la vida.

Ignorando a los humanos, el patrullero viró lentamente. Sobrevoló el pecio tan cerca de la cascada que, por unos instantes, ésta se combó hacia dentro por la presión de los campos. Otro rayo cayó sobre un árbol y lo cercenó de raíz.

Zhinz vislumbró un movimiento, posiblemente Jules (o quien quiera que fuese aquel estúpido explorador). Estaba tratando de huir de allí. Sólo tenía dos posibilidades: o se lanzaba al agua y nadaba desesperadamente corriente abajo, rezando porque el río lo arrastrara a un lugar cubierto entre los meandros, o continuaba en su empeño por abrir la esclusa.

El humano no saltó.

Un panel chorreante se descorrió en la panza del acorazado. Jules miró al cielo y vio que el asesino le apuntaba con sus armas. Giró frenéticamente el pivote de la esclusa, pero algo fue mal. Incluso a esa distancia, Zhinz pudo distinguir que un engranaje que debía haber funcionado se atascaba.

El acorazado disparó. Sólo fue un destello azulado, un chispazo de longitudes de onda próximas al ultravioleta que ardían con un fuego frío, pero toda la superficie del lago saltó por los aires. El último tramo de la cascada explotó en una nube de gotas que se transformaron en rastros de vapor. Los restos del navío siniestrado se convulsionaron, perdieron su anclaje, y el estabilizador que apuntaba a los cielos se desplomó sobre el lago. Un brillo acompañó a una humareda muy negra.

Cuando la lluvia disipó el humo, Zhinz, tan aterrorizado que su marsupio estaba contraído en un rictus muscular, no pudo distinguir forma alguna sobre el cuello de la nave. Donde antes había una malla de titanio y una esclusa, ahora sólo quedaban hierros retorcidos y una mancha negruzca.

No había rastro del humano. No podía saber si había conseguido entrar o si la descarga lo había vaporizado, como a todo ser vivo en un radio de veinte metros.

Impotente, Zhinz observó cómo los urtianos olvidaban el pecio y dirigían su proa hacia las formas que huían a través del bosque.

Mel

¡Mel, despierta!

—¿Qué?

Despierta, eres necesario.

Cripto:

1

Asunto:Cazadores de Mitos en la Frontera (*fragmento*).**Extensión:**7,402 Lymes; 0,03 segundos de anchura de canal (*subvencionado por el Ministerio de Comunicación y Relaciones Panculturales de Ciudad de Cruces*).**Adjunto:**

Vídeo y audio. Dos horas y media de duración. «Persiguiendo Ángeles, por A. A. 2.1, derechos reservados.»

Remite:

Agencia Portland // Simulación Agnes Anncourt dos punto uno.

Texto:

PREGUNTA: ¿Qué es el Mar de Bolzai? Respuesta simple: acumulación de gas con densidades del orden del millón de moléculas por centímetro cúbico. Nebulosa que rodea la Variedad en todas direcciones, con una extensión similar a la de seis galaxias espirales encadenadas, completamente imposible de franquear por medios comunes. No se conocen cuerpos estelares importantes en su interior que pudieran servir como oasis de repostaje para expediciones futuras. Ninguna nave estelar ha logrado atravesarlo nunca, o al menos no hay ningún viaje exitoso documentado por las especies sofontes.

PREGUNTA: ¿Qué es el Mar de Bolzai? Respuestas populares más extendidas: el infierno, la nada, el Vacío de Barda Kathira, el lugar al fin de la Eternidad, los desiertos infranqueables, Esa Jodida Inmensidad [...]

No es posible definir con exactitud qué originó un cúmulo de nebulosas no activas y vacíos encadenados de tal extensión. Éste es el primer gran escollo que los estudiosos del Bolzai encuentran cuando tratan de hallar una explicación al enigma que rodea los mundos de la Variedad. ¿Quién diseñó esta isla de soles? ¿Quién colocó las cincuenta mil estrellas en su centro para que iluminaran los mundos que giran a su alrededor? Si el Mar es infranqueable, ¿cómo llegaron hasta aquí las Quince Especies, y cómo pudieron hacer frente a los primeros milenios de oscurantismo y barbarie?

No son preguntas fáciles. Tal vez sea ese afán por ver más allá lo que impulsa a los cazadores de mitos de la Frontera, héroes románticos que luchan por rescatar fragmentos de la cultura perdida a costa de sus propias vidas.

Esta investigadora tuvo la ocasión de enrolarse en uno de esos grupos mientras trataban de capturar un Ángel en las profundidades del Bolzai. En Ciudad de Cruces y el resto de los enclaves civilizados, los misterios del cosmos están domesticados, atrapados en cárceles de enciclopedias y leyes de indiscutible causalidad. Pero en el Bolzai las cosas son distintas. Un fallo desconocido puede matarte antes de que descubras su existencia. La vida y la muerte son fortuitas en el Bolzai. No hay segundas oportunidades, no hay terceras, a veces ni siquiera primeras. Tú no decides tu suerte: él permite que avances hasta que lo considera oportuno.

Quizá tantos mitos agrupados en un único entorno sea lo que favorece la existencia de Ángeles, así como la de la gente que los persigue. Es posible que el peligro extremo sea el hábitat perfecto para los sueños de todos aquellos que, a pesar de las abrumadoras posibilidades de morir, siguen creyendo en la magia [...]

¿Posees más datos sobre esto?

—No sé qué ocurrió en el interior del Bolzai —bostezó el hombre, frotándose los ojos—. Sé que ella estaba allí, en nuestra nave. Sé que no volvió cuando regresamos. El resto es oscuridad.

Debes hacer un esfuerzo por recordar, Mel. Es importante para muchas personas.

—¿Cuántas personas?

Todas, Mel. Todas las que puedas imaginar.

* * *

Informe horario n.º 6557043 / P114

Cripto:

3

Asunto:

Cazadores de Mitos en la Frontera (*fragmento de la versión completa*).

Extensión:

5,998 Lymes; 0,06 segundos de anchura de canal (*subvencionado por el Ministerio de Comunicación y Relaciones Panculturales de Ciudad de Cruces*).

Adjunto:

Vídeo y audio. Dos horas y media de duración. «Persiguiendo Ángeles, por A. A. 2.1, derechos reservados.» Material clasificado.

Remite:

Agencia Portland // Simulación Agnes Anncourt dos punto uno.

Texto:

[...] Registramos un contacto al vigésimo día de búsqueda. Se trataba con toda seguridad de un Ángel. La tripulación de nuestra nave, el *Lazirian*, estaba muy nerviosa y excitada. Los relatos de taberna de los viejos astronautas no mencionan un ser tan enorme que pudiera dejar rastros con la intensidad que registraban nuestros instrumentos.

El Ángel apareció a las tres en punto de la madrugada, horario de a bordo [...]

Aquí termina la narración de Agnes Anncourt sobre los hechos acontecidos a bordo del *Lazirian* en la fecha referida. El único superviviente de la expedición, el segundo oficial Mel Pankratis, aún permanece en fase de recuperación en el hospital. Lo único que ha permanecido grabado al final de los discos de memoria fueron las últimas palabras del (táchese lo que no proceda: difunto / desaparecido) capitán, Valasnian Yerkog. Su significado es desconocido. Su propósito, desconocido. A quién iban dirigidas, desconocido: «Herido iba el venado. Herido iba... herido iba...»

Mel, eres necesario ahora. Debes decidir qué hacer con estos datos y arrojar algo de luz sobre los puntos oscuros. ¿Qué ocurrió en realidad con Agnes? ¿Por qué

desapareció de la nave en pleno vuelo? ¿Qué os sucedió a todos vosotros en el interior del Bolzai?

—Herido iba el venado, herido iba...

¿Adónde fue el sujeto Agnes Anncourt cuando contactó con la anomalía llamada «Ángel»?

—Herido iba...

Zhinz

Una hora después de que el acorazado urtiano hubiera abandonado el valle, Zhinz sacó la cabeza de su escondite.

El paisaje que habían abandonado la lluvia y los sucesivos arco iris que vinieron después, asaeteando el valle con sus flechas cromáticas y sus claves ocultas para el apareamiento de miles de insectos, era hermoso. Hermoso pero letal. Las nubes se dispersaban rápidamente, y la luna declinaba clara y luminosa; un parapeto de quejigos y melojos formaba una muralla donde ni los lince tauro eran capaces de encontrar un paso, y donde ni siquiera el sol habría podido clavar una pica. El cielo abierto sobre la selva se desteñía de azul a turquesa y de ahí al color oscuro del mar, un paño aterciopelado que hacía resaltar aún más las estrellas.

Zhinz estiró unos centímetros el cuello, oteando. De la inacabable extensión verde de árboles, aquí y allá, surgían volutas de humo de incendios prácticamente extinguidos. No había rastro de los carroñeros. Los ojos electrónicos acoplados en las torres también se habían ido, deslizándose en silencio como gotas de aceite por sus cables, una vez que comprobaron que ya no quedaban presas con las que divertirse.

Zhinz sacudió la cabeza, lamentando la suerte de los humanos. ¿Por qué se habrían arriesgado a acercarse tanto a la frontera? ¿Acaso con el avanzado órgano que albergaba su cráneo no eran capaces de intuir el peligro? Tal vez el pensamiento a esos niveles fuese algo demasiado complejo para que el pobre Zhinz lo entendiese. Un hermano de la camada le había asegurado una vez, con orgullo, que el hecho mismo de que se hiciese esas preguntas ya denotaba una inteligencia aguda, pero para él no era signo de nada. Los humanos estaban locos, ésa era la explicación más sencilla, y en la mayoría de las ocasiones no había necesidad de buscar otros motivos para su estúpida conducta.

Se concentró en el lago. La nave siniestrada, tras haber sido golpeada por la descarga, perdió su anclaje en el fondo del lago. La esclusa por donde había tratado de penetrar Jules no se veía desde su posición: había quedado sumergida cuando la nave escoró.

Miró al cielo, buscando siluetas en la tormenta que se alejaba. La tecnología Ur podía ocultar sus naves de la luz, pero no del impacto de la lluvia. Lamentablemente, apenas quedaba lluvia en suspensión en cantidad suficiente como para que delatase al enorme cazador, al menos en las cercanías de la cascada.

Guardó los prismáticos en su marsupio y echó a correr colina abajo. Sus patas lo propulsaron a base de potentes saltos, lanzándolo de roca en roca hasta que sus pies chapotearon en la orilla del río. Zhinz recobró el equilibrio instantáneamente, ayudándose de la cola, y examinó la nave. Pudo distinguir la esclusa a un par de metros bajo la superficie.

Contrajo el morro con fastidio. A los individuos adultos de su especie no les agradaba demasiado el agua. Preferían la sequedad de los bosques pétreos de su mundo, donde la tierra era pobre en nutrientes pero agradecida para con las débiles precipitaciones que caían una docena de veces al año.

Preguntándose por enésima vez por qué demonios no se había quedado en el árbol-madre cuando lo visitó, el marsupial se preparó para un salto largo desde la roca. Flexionó sus potentes patas, doblando la rodilla. Treinta grados hacia atrás y ganaría casi un cuarto de impulso extra. Tomó aliento y se lanzó hacia la nave como un resorte de piel moteada.

Voló más de diez metros. Pasó por encima de las olas que impactaban contra el casco y aterrizó limpiamente sobre su estabilizador de babor. La estructura se balanceó unos centímetros, produciendo un suave chapoteo, pero al cabo de un momento recuperó el estado de reposo.

Zhinz sonrió. Aún estaba en forma. Cinco años antes (años de su mundo, un poco más cortos que los del calendario aerobio estándar), cuando acababa de concluir el ciclo de apareamiento, llegó a dudar seriamente de que fuese a saltar otra vez. La tensión que soportaban los músculos de los concelebrantes en la ceremonia del parto era tan brutal, tan desmedida, que muchos de ellos terminaban lisiados e ingresaban de manera natural en la siguiente fase de aquel proceso: en cuanto sus cuerpos se daban cuenta de que habían perdido la mayor parte de la fuerza en los tendones, mutaban espontáneamente de sexo en cuestión de pocos meses y se convertían en hembras, aptas para fecundar pero no para cazar. Envidió a las mujeres humanas, diseñadas para hacer lo mismo ellas solas y en períodos de hasta nueve meses.

Zhinz inclinó el morro hasta casi tocar el agua. La olió. Luego se sumergió lentamente, con infinito cuidado, sujetándose bien al fuselaje con las cinco extremidades. Introdujo el resto de los enseres electrónicos en su marsupio y contrajo los músculos para aislarlo. Tras descender apenas medio metro, el agua se volvió completamente negra, como si alguien hubiese apagado las estrellas. Había cierta fosforescencia animal o vegetal allá abajo, en el lecho del lago, pero no era más que un fantasma en la distancia: paisajes submarinos de vida etérea, fluctuando

delicadamente en misteriosas corrientes. Zhinz palpó el fuselaje de la nave, tratando de usar el sentido del tacto para guiarse.

Por los dioses terrenos, aquello estaba destrozado. ¿De verdad había tenido la más mínima oportunidad Jules de colarse por aquel agujero para evitar la muerte?

Milagrosamente, no hubo problemas; pudo sortear la compuerta derretida. Nadó a través de la cámara de descompresión hasta encontrar los mandos y activó la secuencia de presurización. La cámara rotó noventa grados y dragó el agua, sustituyéndola por aire. Aire humano básico, sin mezclas añadidas. Zhinz tosió. Su especie no era capaz de respirar esa mezcla de gases de manera natural. Él se había hecho instalar pulmones para realizar incursiones en los mundos aerobios, pero había veces en que la pleura no refinaba bien las sustancias antes de pasarlas al torrente sanguíneo. Sentía como si la sangre le pesara en los brazos.

La cámara volvió a rotar, abriendo la compuerta interior. Detrás apareció un pasillo apenas iluminado, un túnel lóbrego cuyo aspecto le contrajo aún más el marsupio.

El silencio era sobrecogedor. Ni siquiera el impacto de las olas contra el casco se transmitía a las dependencias internas. Y hacía bastante calor.

Se golpeó la frente, contrariado. Otra vez estaba metido en aquella situación; y de nuevo le fallaba todo el entrenamiento mental que siempre ensayaba para la siguiente. Suspiró. Solía rendirse al miedo al principio, aún a sabiendas de que el consabido coraje de los marsupiales acabaría apareciendo. La nave estaría llena de cadáveres, cierto, los de los tripulantes y el medio centenar de refugiados que trataban de huir cuando los motores fallaron y se precipitó por la cascada. Aún no los había encontrado, pero toparse con ellos era inevitable. El olor de la descomposición era tan potente que cerró los orificios de su nariz y procuró respirar por la boca.

Abandonó la cámara, avanzando por el pasillo inclinado. El maldito coraje aún no había hecho acto de presencia. No encontró huellas húmedas de pies ni de manos. Si Jules había conseguido entrar, no había dejado señales de su paso por aquellas dependencias.

Quiso gritar su nombre, pero se impuso la prudencia. Creyó oír un ruido, un tintineo de metal lejano. Su cuerpo se paralizó totalmente. Permaneció atento a cualquier sonido durante dos minutos. Nada. El coraje perdió todo el terreno ganado hasta entonces, y fue a esconderse como una nutria cobarde al fondo de su cerebro, justo detrás del pánico.

Con extrema cautela, el marsupial se obligó a caminar de nuevo. Llegó hasta el cruce principal, un anillo de cambio de gravedad diseñado para ayudar a los bípedos cuando la nave se encontraba en órbita. No había agarres adicionales para un apéndice trasero, como en las naves diseñadas por su especie, pero sí una escalinata para manos y pies.

Allí encontró los primeros cuerpos.

Dos hembras humanas, jóvenes, abrazadas una a la otra y atadas por la cintura. Tal protección no les había servido para amortiguar los terribles golpes del zarandeo: sus cráneos estaban quebrados y hundidos por uno de los senos. Seguramente habrían rebotado como peonzas durante la caída, muriendo al instante al fallarles la protección de las manos, y habrían seguido rebotando durante mucho tiempo después, ya muertas.

Frutos podridos en las ramas de un árbol de titanio.

¿Por qué siempre se los encontraba cuando su miedo había alcanzado el clímax? ¿Por qué no un poquito antes, cuando la promesa del tesoro aún prestaba algo de firmeza a sus rodillas?

Procuraba no mirar nunca a los cadáveres a la cara: no soportaba aquellas bocas tan abiertas, su grito tan silencioso, los rictus congelados en una expresión a medio camino de ninguna parte.

Sacudió la cabeza, despejándose.

Los humanos decían que respirar hondo cuando la tensión te estaba venciendo ayudaba, pero a él sólo le provocaba un incremento en el peso de la sangre.

Examinó los controles de los anexos. Recordaba bien en qué posición estaban la última vez que estuvo allí.

Casi en seguida dio con uno que había sido manipulado.

Era la boca de la esclusa veintiséis.

Comunicaba con una zona de la nave en la que no se había aventurado nunca: las salas de esparcimiento de la tripulación.

Accedió al habitáculo. Casi al instante se arrepintió. Tuvo que dar media vuelta y apoyarse en el umbral, controlando las arcadas.

La sala estaba abarrotada con lo que parecía una sencilla y desorganizada montaña de cadáveres. El hedor lo golpeó como un puño de gases que hirió sus fosas nasales con una contundencia absolutamente tangible.

Lo comprendió. Era lógico, tratándose de una de las cubiertas más amplias de la nave. Allí se habían refugiado la mayor cantidad de tripulantes. Se contaban por docenas, todos horriblemente inmóviles. Al volcar el pecio se habían amontonado contra la pared de babor.

No pudo soportarlo más.

Había algo que le llamó poderosamente la atención, un objeto indefinible que emitía luz al fondo de la sala, pero Zhinz cerró los ojos demasiado rápido para que su cerebro tuviese tiempo de averiguar qué era.

Algo se apoyó en su cuello, un objeto afilado que amenazaba con cortar la cabeza si osaba hacer el menor movimiento, a la vez que una mano caía sobre su boca, reduciéndola al silencio.

Una voz entrecortada le susurró al oído:

—Ésta es tu última incursión entre los despojos, hiena...

Mel

La pesadilla lo despertó justo cuando el sol asomó su disco por el horizonte. La macilenta luz se iba concretando, y la manta de atmósfera onduló alrededor del astro, llenándose de arrugas y pliegues.

Mel Pankratis se apoyó en el borde del sillón, desorientado. Como había aprendido a hacer en los largos años de viaje por el espacio, cuando todo se mantenía igual y a la vez mutaba a cada segundo, se situó en tiempo y lugar muy rápidamente.

Análisis: aún estaba en el hospital de Ciudad de Cruces, en el segundo continente por orden de extensión de su planeta adoptivo, Ionosis. Estado: humm... ya no era un paciente.

Los recuerdos florecieron con lentitud. Le habían dado el alta aquella misma noche. Se había quedado dormido en el mullido sillón de la sala de recepción mientras esperaba a que un transporte viniera a recogerlo. Iban a llevarlo al Instituto Clerv, donde estaban siendo analizados los restos de su nave. Sólo un corte en la mano, ahora vendado, le recordaba las heridas que había sufrido cuando la cápsula de salvamento del *Lazirian* se estrelló.

¿Había caído del cielo?

Su mente era una nube de recuerdos fragmentados, que batallaban entre sí como avispas en celo. Le llegaban destellos de un suceso traumático, un aterrizaje abortado, tal vez un incendio a bordo... y algunas imágenes que eran demasiado extrañas. En lo más profundo de esos recuerdos, en la zona de penumbra que acababa de entrever en la pesadilla, se movía algo que carecía de palabras para describir; algo que estaba fuertemente vinculado a los sucesos del Bolzai.

Me alegra que estés despierto, Mel.

El auricular implantado en su oído desgranaba las palabras de Gill en copos tan perfectamente muestreados que adquirirían la textura de cristales sonoros.

—Yo también estoy contento de oírte, Gill —respondió. En realidad, no hacía falta que hablase para que ella lo entendiera, pero le gustaba escuchar su propia voz. Una conversación sólo resultaba satisfactoria si se oían las dos partes—. ¿He dormido mucho?

Has pasado varios meses en coma. Despertaste anteayer, y tu cerebro se ha recuperado a un ritmo exageradamente eficiente desde entonces. Ninguno de los médicos puede explicarlo. ¿Puedes tú, Mel?

—No me hagas reír...

Mel se acercó a un espejo que colgaba de la pared, un elemento decorativo sin ninguna justificación en medio de aquel pasillo. Su propio reflejo lo examinó con ojos azules, profundos y preocupados. No le gustó lo que vio en aquellos ojos; desde que tenía uso de razón, la gente lo había definido por su mirada ligeramente acerada, como si su forma de ver el mundo lo definiera a él. Al igual que la de su padre, su nariz era chata y con ventanas muy abiertas. Desde la mata de pelo azabache hasta los pies, su cuerpo exhibía la tez dorada y veteada de estigmas rojos que provenía de la herencia genética de algún antepasado. ¿Qué habría hecho ese ilustre ancestro para que alguien maldijera a su linaje con una marca cutánea tan evidente? Una vez su abuela le dijo que traficaba con la glándula pineal de pájaros loke, inductora de sensacionales orgasmos tántricos y de visiones sobre el futuro, pero no el de uno mismo, sino el de la persona que uno pudo llegar a ser si hubiese tomado otras decisiones a lo largo de su vida. Lo habían colgado de la rama más alta que encontraron por vender esas glándulas a los miembros de una secta que habían renegado de la experiencia sexual, la cual redescubrieron a su pesar en forma de una insidiosa adicción química. Continuaron siendo una secta, sí, pero abandonaron sus creencias religiosas. Desde aquella época todos sus descendientes llevaban el estigma carmesí en la sangre. Su pizpireta abuela solía decir (no sin cierta jactancia) que si uno podía imaginar la existencia de un pecado imperdonable, éste se hallaba sin duda en los anales de su familia. Mel se preguntó por enésima vez por sus cromosomas, y si acabaría jactándose de los pecados heredados, igual que ella.

Gill solía preguntar por Agnes, su antigua novia. Tenía esa rara costumbre. Mel nunca había sabido qué contestar. Era difícil ocultar a una presencia que estaba dentro de su cabeza los secretos sobre aquella relación que quería que continuasen siendo secretos. Mel se había espabilado mucho gracias a la cercanía de Agnes, contagiado por su humor dicharachero y su manera luminosa de entender la vida. Hacía años ofrecía el aspecto de un hombre hosco a quien lo mirara, con una chispa de locura en sus ojos, que tenían una expresión que indicaba brumas heladas, noches sin dormir y arrebatos de pasión irracional. Otra herencia genética que no controlaba. Agnes cambió todo eso. Con ella habían llegado los amaneceres radiantes, los besos limpios, las frases cortas, los sobreentendidos inocentes, el perfume a lirios. Agnes podía haber sobrevivido al incidente del *Lazirian* y haber llegado a tener una cara vieja y arrugada, pero la ilusión jamás se habría borrado de la suave curva cínica de su sonrisa.

«Sobrevivido.»

—Justo antes de partir en este viaje consulté con un heptólogo —confesó, sintiéndose la persona más idiota a este lado del Bolzai. Gill sabía a qué se dedicaban esos augures, sabios estadísticos que vaticinaban la buena marcha de una misión

basándose en unas complicadas fórmulas que desgranaban las posibilidades teóricas del universo—. Me prometió que todo iba a salir bien. Que regresaríamos a casa sin mayor percance...

Eso es como vaticinar la lluvia por el vuelo de los pájaros, Mel.

—No —sacudió la cabeza, sabiendo que las connotaciones eran mucho más profundas—. Es como ver Ángeles en medio de la nada.

En una ocasión tuvo un sueño, un anhelo de juventud: quería ser bailarín y moverse como mecido por un viento hecho de música ante un público cuyo cabello engominado relumbrara. En ese escenario, demasiado bosquejado para ser una metáfora del escenario de la vida, huecas resonancias trepaban por el foso de la orquesta, y sus miembros se doblaban en posturas imposibles. Ese era el baile que Mel, el Manchado, imaginó de niño: una danza hecha de dientes de criaturas alienígenas.

Ahora, mientras reflexionaba sobre los augurios, se preguntó en qué momento los pianofortes habían dejado de tocar.

El transporte apareció un minuto después. Era una barcaza para diez pasajeros, abarrotada de personal militar. El oficial encargado de escoltarlo se presentó y lo acompañó a bordo, haciéndole preguntas sobre su estado de salud que sonaron muy artificiales. Mel contestó lo mejor que pudo, suponiendo que el oficial consultaría los informes del hospital para rellenar los agujeros.

Seguro que, en ese momento, cualquiera sabía más sobre su vida y su estado de salud que él mismo. Incluida Gill.

* * *

Ciudad de Cruces tenía el aspecto de un sueño hecho piedra, con edificios con forma de manos suplicantes que brotaban del suelo y se llenaban poco a poco de ventanas, y rascacielos apoyados unos sobre otros mediante brazos gigantescos de factura indudablemente humana, provistos de dedos e insinuaciones de músculos que filtraban astutamente el sol y la lluvia. Altos pilares y muros cóncavos servían de puntos de enganche para los aleros que separaban la anatomía de un edificio y otro. Era el sueño (o más bien la pesadilla) de un arquitecto loco al que le hubieran dado carta blanca para erigir en cemento su paranoia. Mel había disfrutado muchas veces de ese paisaje urbano, esa línea de edificios que en la distancia parecía un baile de almas en pena, y ya no lo impresionaba. La aberrante geometría de dedos, ojos, espaldas y pies gigantes... eran constantes agradables en un mundo por otro lado hostil a la vida humana si uno abandonaba la relativa seguridad de la urbe y se internaba en las selvas que había más allá...

Mel prefirió no imaginarlo. Esas selvas prehistóricas tenían un profundo conocimiento del tiempo, tanto de su fluidez como de su inmutabilidad. Y habían decidido permanecer congeladas en una época pretérita donde los indefensos simios lo habrían tenido muy difícil para sobrevivir.

El transporte lo llevó al otro lado de las pistas del astropuerto, donde hangares de un kilómetro de largo perdían su silueta en la distancia frente a naves posadas que eran tan grandes que se divisaban como manchas difusas en la neblina. Una luz prismática se reflejaba en los motores de aquellos ingenios, subrayándolos con esquejes de fosforescencia que chorreaban con vida propia. Zánganos robot subían y bajaban por la geometría del metal, reparando pequeñas taras y haciendo comprobaciones de rutina. Algunos caían en la trampa de luz y eran asimilados por la estructura atómica de la nave, como si siempre hubiesen formado parte de ella. Estas bajas eran reemplazadas al momento por nuevos zánganos inmunes a tal parasitismo, diseñados y contruidos por las fábricas de herramientas antígenas.

Mel evitó mirar los impulsores, esas máquinas gigantescas que movían las circunnavegadoras, pues lo que albergaban no tenía una lógica comprensible, sino que era un complejo inasible de mecánicas cuánticas, de normas quebradas, de instantes de luz y calor que apenas eran describibles como «reales». Conceptos del viaje espacial en los que más valía no pensar para no volverse esquizofrénico.

El hangar donde yacían esparcidos los restos del *Lazirian* era uno de los mayores del complejo.

En el extremo opuesto a la enorme entrada, separado de la zona de inspección, el corpachón de un C-92, un transporte civil, era recorrido por grúas llenas de obreros. Aún había espacio para otro gigante más en la vasta área de trabajo, pero ésta estaba ocupada por miles de diminutas piezas etiquetadas. Alguien se había tomado muchas molestias por recuperar el cadáver del *Lazirian* y practicarle una autopsia.

En medio de aquel muestrario de catástrofes se levantaba una pequeña oficina, un edificio aislado entre las montañas de piezas. A su alrededor, pequeños grupos de personas y androides parecían interpretar escenas vivientes en las que todos eran el forense de la nave.

«La disección de las entrañas, Psicología de una mente artificial, Secretismo y conspiración de ingenieros...»

Un sargento acompañó a Mel hasta la espartana oficina y golpeó con los nudillos en la puerta.

—Adelante —invitó una voz.

El sargento dejó a Mel con dos hombres que trabajaban intentando poner un poco de orden en aquel caos. No conocía a ninguno, pero en cuanto cruzó el umbral uno de ellos le tendió la mano.

—Mel Pankratis, ¿verdad? —dijo a modo de saludo.

—Me temo que sí.

—Es un alivio verlo tan recuperado tras esos días en el hospital.

—Yo estoy más contento que usted, créame —bromeó Mel, aceptando el apretón—. ¿Qué está pasando aquí?

El militar contempló a Mel unos segundos de más, dejando claro que aquella no era una pregunta fácil. Parecía un aristócrata chapado a la antigua, alto y delgado, con un flequillo juguetón que apenas aguantaba unos minutos pegado por la colonia y que luego se descolgaba por la frente a modo de crin. Era un hombrecillo ciertamente gracioso, de no ser por el respeto (y el temor) que sus modales refinados inspiraban en Mel. Algo le decía que tras aquella fachada de gentileza había unas intenciones mucho menos afables.

—Permítame que me presente. Soy el comandante Delmor Zayb, ingeniero en jefe de la sección de Investigación Astronáutica de Cruces. Me he ocupado personalmente de examinar su antigua nave, el carguero *Lazirian*. No sé si sabía que flotaba abandonada en una zona prohibida de la frontera con el Bolzai...

Mel iba a explicarse, pero el militar levantó una mano.

—No hace falta que se excuse. Mi trabajo no es averiguar por qué motivos volaron hasta allí. Sólo quiero que me facilite algunos datos referentes al cómo y al qué. Hay muchas incógnitas que nos gustaría desvelar acerca de cómo fue destruida su nave, y qué encontraron en su persecución de la anomalía.

—¿La anomalía?

—El «Ángel», como ustedes lo llaman. Yo prefiero usar un término neutro hasta que averigüemos exactamente lo que son esos seres, si es que están vivos... —El inicio de una frase apareció en sus labios, pero la cambió por—: ¿Lograron acercarse lo suficiente a él como para comprobar de qué estaba hecho antes de... ya sabe?

Mel empezó a sentirse incómodo. El comandante lo miraba a los ojos de un modo extraño, sin parpadear, como si quisiera asegurarse de que estaba allí.

—Está dando por sentado que fue el Ángel lo que destruyó nuestra nave —comentó.

—¿Y no es así?

Mel trató de escarbar bajo la fachada amable del comandante. Los modales gentiles seguían constituyendo una férrea defensa, y ocultaban con eficacia todo lo que pudiera haber detrás.

«Otra vez estoy siendo paranoico —pensó—; pero no me importa. La paranoia es buena, una amiga fiel. Me ha mantenido vivo durante estos años. Me salvó del Bolzai.»

—No estoy tan seguro. —Se encogió de hombros—. No recuerdo lo que ocurrió. Bien pudo haber sido él... u otra cosa completamente distinta. Tal vez fuera un fallo de los motores lo que provocó la explosión.

—Si es así, ¿cómo es que desapareció del interior de la cabina de mando la investigadora Agnes Anncourt, aparentemente volatilizada, mientras que el resto de la tripulación permaneció intacta?

Zayb le mostró varios documentos.

—Hemos detectado un flujo de energía residual emanando de los mamparos de la nave —explicó—. Mediante las grabaciones de seguridad podemos determinar la hora en que los tripulantes supieron que algo raro pasaba con Agnes Anncourt. Desde luego, fueron muy conscientes de su desaparición repentina.

Mel se cruzó de brazos, asintiendo como si aquel dato no fuese un simple lugar común. Desde que había despertado, en el hospital, la gente no hacía más que mostrarle pruebas y hechos, demostraciones y testimonios, cuando la única verdad era que ninguno de ellos había estado allí.

—Se refiere a que la tripulación la llegó... la llegamos a echar de menos.

—Agnes Anncourt desapareció del interior del *Lazirian* durante casi cincuenta minutos. Luego volvió a materializarse de nuevo. —Zayb se rascó la nariz, meditabundo. Realmente no albergaba duda alguna sobre aquellos datos, era sólo para ver cómo reaccionaba Mel a la fría exposición de los hechos—. Y volvió a desaparecer otra vez. La conclusión a la que hemos llegado —recalcó el plural— es que pudo tratarse de un error de las grabaciones, un fragmento de información ignorada o sustraída, pero esta energía remanente es demasiado inusual como para que los tripulantes del *Lazirian* pudieran generarla sin un equipo muy sofisticado.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Nada —sonrió el militar—. Como usted, queremos encontrar a su pareja sentimental, la señora Agnes.

—¿Cómo demonios saben...?

—O tal vez no fuese un accidente, como usted ha recalcado —derivó Zayb, dirigiendo la conversación a su antojo—. Hemos detectado la presencia de naves urtianas en las proximidades de ese sector. Puede que considerasen que habían invadido un espacio neutral y los atacaran.

—¿Estoy detenido? —lo interrumpió Mel, hastiado de la conversación.

—En absoluto. Usted no era el propietario de la nave, ni hemos encontrado evidencias de contrabando entre los restos, así que no podemos exigirle responsabilidades. Pero le ruego —recalcó esa palabra— que no abandone la ciudad hasta que hayamos concluido la investigación. Es posible que se me ocurran más preguntas que hacerle.

Un alférez acompañó a Mel al exterior del recinto. Hacía un espléndido día de verano, el sol brillaba alto y las pocas nubes condensadas al amanecer se habían esfumado.

Necesitaba descansar, quitarse aquella ropa sucia y darse una buena ducha... pero

¿dónde? Había vendido su piso cuando se enroló en el *Lazirian*, y no tenía familiares en la ciudad a quienes acudir. Le quedaban algunos amigos, pero hacía ya dos años que no recibían noticias suyas, y en los planetas el tiempo transcurría infinitamente más rápido que en el espacio. Ni se acordarían de él.

Acabó por resignarse. Si lo pensaba bien, sólo tenía un sitio adonde ir, uno donde quizá pudiera encontrar algunas respuestas.

Zhinz

—Esta va a ser tu última incursión entre los despojos, hiena.

El cuchillo tanteó la piel de su cuello. Zhinz giró lo que pudo los ojos hasta que apareció una cabeza humana, adosada a un hombro ancho y un brazo muy musculado.

—¿Ju... *Julaysan*?—preguntó, la voz temblorosa. El extraño encendió una linterna, abandonando las sombras. Apuntó directamente al rostro de Zhinz.

—¿Marsupial?

El cuchillo se apartó de su cuello. Zhinz respiró aliviado, reconociendo a su viejo amigo respirador de oxígeno.

—¡Jules-maestro-de-serpientes! —dijo en cumular uno, el idioma preferido por los humanos—. ¡Sigues vivo! ¿Cómo no moriste / falleciste bajo descarga de urtianos?

—Si tenemos tiempo esta noche, te lo contaré. Ahora hay cosas más importantes de las que ocuparse. ¿Dónde está el pecio en este instante? —preguntó el explorador. Su calva relucía cubierta de gotas de sudor, una exudación fría que resbalaba mejillas abajo humedeciendo su barba. Zhinz había oído opinar a otros humanos sobre el aspecto general de su amigo (sobre todo a las prostitutas, cuya compañía parecía ser indispensable cuando estaban de regreso en la civilización), y aunque él mismo no disponía de herramientas para saber cuándo un humano era guapo o feo, atractivo o amenazador, las mujeres dejaban claro que el caso de Jules era el de la fealdad extrema convertida en encanto. La hosquedad seductora del bárbaro de los pantanos, o algo así de romántico. Y, desde luego, rudeza sí que sobraba en su figura salpicada de tatuajes: unos rasgos duros, repasados a buril; un rostro anguloso perdido en algún punto entre los treinta y los treinta y cinco; un cuerpo enorme, muy musculado, de culturista... y sobre todo aquellos ojos, unas diademas grises que te escrutaban con el silencio sagrado de los rituales.

—Nave desprendida / deshecha de su asidero inicial —resumió Zhinz, rápidamente—. Flotamos río abajo / por debajo de anclados en meandro irregular / lo

siento / no hay palabra alternativa para definir esto...

—Hemos descendido arrastrados por la corriente hasta encallar en un meandro, vale —comprendió el humano. A veces, la forma de desgranar el lenguaje de los marsupiales, exponiendo todo el árbol de ideas a la vez en lugar de elegir la interpretación más simple, le ponía de los nervios—. ¿A cuánta distancia estamos de la cascada?

—Unos... dos kilómetros, menos... tal vez... tú no matar Zhinz, ¿vale?

El humano rompió a reír.

—No, hiena, no te mataré. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Tú no recuerdas señal / impulso que emitiste bajo cascada, ¿verdad? ¿No fue dirigida a Zhinz?

—Ah, sí, la señal. Era para avisar a los carroñeros de que se mantuvieran a distancia. No imaginé que tú también la verías. Espera —chasqueó los dedos—, espera, espera, espera... A lo mejor fue eso lo que atrajo al destructor... —caviló, molesto consigo mismo y con sus prisas de novato.

Se suponía que un carroñero experimentado se ejercitaba en muchas artes de combate y cultivaba virtudes que luego le salvarían el pellejo en las zonas. Disciplinas intelectuales y físicas que los humanos consideraban nobles y dignas de ser transmitidas de padres a hijos, o de maestros a alumnos, la más importante de las cuales era la paciencia.

Zhinz notó que pisaba la mano de un cadáver. Nervioso, apartó el pie. Apenas apartó la vista de ella, sintió que algo o alguien en la montaña de cadáveres giraba la cabeza para mirarlo.

—Zhinz no tiene otro remedio que volver / retornar. En mi pueblo pasar hambre ahora. Cinco crías haber sobrevivido de la última camada / prole en lugar de las tres habituales, así que no haber recursos para todos. Sólo quería registrar vieja nave de los humanos por si...

—¿... Había sobrevivido algo a la masacre de los urtianos? Me temo que no, amigo. Los muy hijos de una cerda tumefacta hicieron bien su trabajo. A menos que...

Sus ojos brillaron. Zhinz contuvo el aliento y siguió con la vista la dirección que marcaba su dedo.

—... A menos, claro, que te interese *eso*.

Apuntó hacia el lugar donde flotaba el artefacto brillante, que había llamado la atención del marsupial segundos antes de que el destello del puñal rompiera las tinieblas. Era un objeto que emitía una luz que resbalaba por la retina sin penetrar en ella, salvo por algunos destellos que se colaban en el iris cuando las longitudes de onda coincidían. Eso hacía que el objeto (que no se parecía a nada, absolutamente a nada que Zhinz hubiese visto antes, y había visitado muchos mundos) fuera percibido por sus cerebros como una sucesión de instantáneas que taladraban el tiempo, en

lugar de como algo sólido y real. Su fulgor adquirió la consistencia de una letanía que se expandió por el espacio cóncavo de la sala, retumbando con tonos de fotones. Mirarlo (o más bien, intentar encuadrarlo en la realidad usando el sentido común) tenía efectos colaterales en el cerebro, como degustar unas hierbas alucinógenas cuyo efecto era inmediato e intenso. Zhinz se sintió como si estuviera atravesando una puerta existencial desconocida.

Ambos, el marsupial y su amigo el carroñero, se quedaron estupefactos cuando el objeto pareció desvanecerse en la nada y su figura, más un espejismo que un sólido, dejó de derramarse por sus retinas.

Mel

El segundo oficial del *Lazirian* abrió la puerta del apartamento de Agnes usando la tarjeta que ella escondía en la lámpara del pasillo. Se subió a un macetero, desenroscó con cuidado el plafón y sacó la tarjeta de su escondite.

—¡Ay! —protestó Mel. Aquel trozo de metal estaba ardiendo. Eso implicaba que las luces habían estado encendidas recientemente y durante un largo período de tiempo.

Con cautela, entró en el apartamento. Agnes vivía en uno de los locos edificios humanoides de Cruces, tras el inmenso pabellón de piedra de una de las orejas. La rotundidad de aquella piedra estaba disimulada por enredaderas, árboles y bejucos plantados en terrazas, que constituían un verdadero derroche de colores y formas en un entorno tan plano.

Lo primero que Mel notó al entrar en el apartamento fue el hedor. Un olor particular, una especie de almizcle con notas de enebro y humo y deposiciones de pájaros, que se estrelló contra su rostro como un muro sólido y lo obligó a detenerse. Agnes era de esas personas que se preocupaban, y mucho, por la limpieza del entorno que les servía de hogar, de residencia habitual o como ella quisiera llamarlo. Su apartamento era una promesa de tabiques sin construir, sus líneas sólo estaban trazadas en el suelo. Era un piso de soltero, una única habitación muy grande con el dormitorio mezclándose con la cocina, que a su vez invadía la sala de estar. Lo único que estaba apartado del resto era el excusado, y una habitación adyacente que Agnes usaba como trastero.

De la parte de debajo de aquella puerta surgía un trazo de luz intenso, como dibujado a lápiz, que contrastaba con el suave ambiente del resto. La domótica había encendido las luces tenuemente cuando Mel entró, iluminando los muebles con una luz grisácea, lunar, impregnada de una plomiza melancolía. Dudaba de que aquello hubiese sido programado así por alguien tan vivaz como Agnes.

Intentó encontrar el origen del hedor. Sobre el mostrador de la cocina había un plato a medio acabar, un guiso de fécula espesa junto al cual descansaba un gato muerto, medio podrido. Mel se llevó las manos a la boca, conteniendo las arcadas. Era Grozpo, el gato de Agnes. Pero aquello no tenía sentido. Una persona tan meticulosa como ella jamás se habría marchado de viaje dejando a su animal abandonado en el piso. Ni platos a medio consumir que atrajeran todo tipo de insectos. Allí había sucedido algo malo.

Un movimiento le hizo dar un respingo. Un gato se subió al brazo del sofá, se lamió una pata y se quedó allí, mirándolo, los bigotes pintados de gris por la luz del plafón.

Mel sintió miedo por primera vez. No era inquietud, ni turbación ni una leve congoja, sino miedo de verdad. Aquel animal era Grozpo, no había duda. Lo había acariciado muchas veces sobre aquel mismo sillón, después de hacer el amor con Agnes (un acto que se traducía en aromas que su cuerpo emanaba y que el felino parecía disfrutar), como para no darse cuenta. Pero también era el mismo gato que estaba sobre el mostrador, cadáver, con gusanos en la tripa y en las orejas, y las mismas manchas de nacimiento en el pelaje.

¿Qué cojones estaba pasando allí? ¿Cómo podía estar un gato vivo y muerto, en dos sitios a la vez?

De repente, la puerta que comunicaba con la otra habitación vibró, como si un viento que no afectara a nada más en la casa hubiese presionado la madera. Con cautela, Mel se acercó al trazo de luz. Pegó el oído a la puerta, por si había algo moviéndose al otro lado, pero lo único que oyó fue un inclasificable zumbido.

Se giró. El gato seguía allí, mirándolo en silencio. Estaba muy cerca de su otro yo, pero el vivo no le prestaba la menor atención al muerto, como si no pudiese verlo ni olerlo.

Con extremo cuidado, Mel abrió la puerta.

—*Hola, Mel. Por fin has llegado.*

De todas las cosas que en aquel momento pasaban por la mente del astronauta, de todos los peligros que había imaginado llegar a encontrar, ninguno se parecía ni lo más mínimo a lo que vio allí dentro.

La habitación estaba vacía salvo por un objeto. Era un óvalo de cristal de tonalidades entre naranjas y rojas, más ahusado por su extremo superior que en la base, que flotaba en medio del habitáculo. Rotaba lentamente sobre su eje irradiando destellos eléctricos y, aunque pareciera una locura, había pronunciado su nombre con la voz de una persona que Mel conocía bien.

—¿A... Agnes? —balbuceó.

—*¿Dónde estás, cariño?* —dijo el objeto flotante—. *No puedo verte con claridad.*

La voz del artefacto sonaba tan irreal como la aterciopelada luz que emanaba de él. Parecía como si la mujer le hablase desde el interior de una cueva lejana, profunda y reverberante.

Cuando su lengua por fin consiguió despegarse de la garganta, Mel preguntó:

—¿E... eres tú, Agnes? ¿De veras? ¿Dónde estás?

—*Pues... aquí, creo.* —La voz dudó—. *En mi apartamento. ¿No es éste mi apartamento?*

—Lo es —confirmó Mel, acercándose. En realidad todo su ser clamaba por hacer otra cosa (correr, tal vez, en dirección al salón, donde lo esperaba el gato cuántico), pero sus pies no respondían.

Cuando estuvo a un metro del objeto tuvo que detenerse por fuerza. El calor que emanaba de su interior era muy intenso. Por la forma como parpadeaba y flotaba en el aire, a Mel se le antojó que aquella especie de huevo no estaba avanzando junto con él en el tiempo normal, segundo a segundo, sino que estaba rebobinándose, avanzando hacia atrás en el tiempo mientras él lo percibía como una sucesión de estampas; ecos en una sinfonía de relojes estropeados.

—Agnes —lloró—, ¿qué te ha ocurrido? ¿Eres realmente tú? ¿Qué es este...?

—*Preguntas, preguntas...* —susurró el artefacto—. *Mel, necesito que vengas a buscarme. Estoy aquí... pero no sé cómo salir.*

—¿Salir? ¿De dónde?

—*Del laberinto. Necesito que vengas a buscarme. Que seas mi faro en la noche.* —Se oyó un lamento lejano—. *Por favor, no me dejes sola.*

—No te entiendo... ¿Realmente estás aquí, en esta habitación, dentro de ese chisme?

—Sí.

—Pues... dime cómo puedo llegar hasta ti. Cómo rescatarte de donde quiera que estés.

—*Tienes que llegar por el camino correcto. Debes ir hasta el Bolzai y girar por los mismos lugares por los que yo pasé. Si no, jamás entrarás.*

El astronauta miró al artefacto en silencio durante casi un minuto. Minuto en el que el objeto retrocedió aún más en el pasado.

—¿Me estás diciendo... que tengo que dar un rodeo de cientos de años luz para volver a esta misma habitación? ¿Por qué?

—*Es un simple paso, amor mío. Él me ha enseñado cosas, Mel. Cosas que ninguno de nosotros estaba preparado para conocer. Eso me ha hecho daño. Ahora quiere seguir mostrándome la Verdad, pero yo no seré capaz de soportarla. Por eso necesito que me rescates, antes de que me vuelva loca.*

—¿Él? —Mel se quedó rígido. La sola idea de que alguien o algo pudiese estar junto a ella, dentro de esa cosa, se le antojó aterradora—. ¿Quién es «él»? ¿Es la

persona que te ha raptado?

—*El Ángel. Me ha traído hasta aquí. Ahora estoy detrás de sus ojos. Veo la realidad tal cual es. Estábamos equivocados, cariño. Ellos son los únicos que lo comprenden, los que pueden ver más allá de las ilusiones. Y pensábamos que sólo eran criaturas mitológicas sin alma...*

—¡No te vayas! —exigió Mel, acercándose todo lo posible al artefacto. Tuvo que detenerse a medio metro de distancia, o el calor le habría provocado quemaduras. La música de luz que emitía se enredaba en las circunvoluciones de su cerebro—. ¿Qué es lo que ves, Agnes, por todos los dioses? ¿Adónde quieres que vaya?

—*Has decidido no ver en lugar de ver lo que ofende a tus creencias. Lo entiendo. Yo antes era así, también.*

De repente, el objeto dejó de rotar, y desapareció el calor.

—*Tócame, Mel—suplicó la voz—. Acaríciame como hacías antes. Hazme el amor con tus dedos.*

—Agnes...

—*Tócame, amor. Siénteme con tu piel, encadéname con tu sangre. Por favor.*

Vacilante, el astronauta alzó una mano. Extendió los dedos hacia la superficie reflectante del objeto y...

* * *

... estuvo allí, en el espacio profundo. Era como un espectador situado ante el escenario de un gigantesco teatro, una pantalla geodésica que le mostraba imágenes en tiempo real del espacio profundo. Flotaba cerca de una estrella doble, una gigante roja y otra mucho más pequeña, y con un quinto de su masa. Ésta desgarraba con invisibles garfios de gravedad un caudal de materia de su hermana mayor, un río del espacio que las enlazaba mediante cordones umbilicales de plasma.

Y lo que sus desorbitados ojos vieron frente a aquella descomunal escarapela de llamas fue una gigantesca batalla: enormes naves luchaban unas contra otras sin cuartel. Trazos de cinética, puntos de calor, estallidos de rabia orgánica y tecnológica; muerte y resurrección de la materia y de la esperanza. A simple vista había sólo dos bandos. Uno lo componían los urtianos, de eso estaba seguro: la forma agresivamente agudizada de sus aves de presa era reconocible por cualquier humano, incluso por los niños, pues era la protagonista de los cuentos de terror que las madres les contaban por las noches, olvidados ya los lobos parlantes y los horrores folclóricos del pasado. El enemigo de los urtianos ni siquiera parecía racional, pues semejava una simple cáscara de metal que surcaba el vacío entre las estrellas. Eran manchas de mercurio, entes alienígenas del tamaño de pequeñas lunas, instantáneas de sombras que

disparaban haces de energía y se tragaban (literalmente) a los destructores urtianos como remolinos de un océano de nada.

Mel estaba mirando con ojos que no eran suyos, con sentidos que habrían estado prohibidos a cualquier humano. Lo que él percibía como tonos de color eran sin duda ondas de radio, vibrantes campos de electromagnetismo y otros fenómenos que se disolvían en un complejo muaré de remolinos, vaporizaciones de color y líneas entrelazadas. Lo que percibía como canicas que chocaban locamente entre ellas era en realidad radiación; partículas casi tan rápidas como la luz, cuyo ínfimo tiempo de vida las hacía entregar su masa en forma de energía.

Se estaba desplazando a gran velocidad por el campo de batalla, cerca de pecios atrapados en la escarapela. Muchas naves urtianas vagaban a la deriva, horriblemente destrozadas por las armas del enemigo, partidas en dos limpiamente o desgarradas por manos invisibles de energía. Cruzó ante un destructor cercenado en dos, el cual, mientras rotaba a la deriva, iba expulsando un caudal de máquinas y de fluidos densos y cristalinos al espacio.

¿Quién sería el testigo de todo aquello? ¿Sería el Ángel del que había hablado Agnes? ¿Y qué terrible enemigo era aquél capaz de poner de rodillas a la invencible armada urtiana, tan poderosa como todos los ejércitos de la Variedad juntos?

Ese pensamiento lo llenó de congoja. Como cualquier habitante de los mundos aerobios, Mel veía a los urtianos como invasores, la facción que atacó primero en una guerra que duraba ya varios siglos. La humanidad había aguantado todo lo posible su embate, y eso la hacía crecerse, sentirse orgullosa de no haber capitulado ante el avance de unas fuerzas tecnológicamente superiores. Pero ahora se daba cuenta de la verdad: tal vez los urtianos no hubiesen llegado al espacio del hombre con ansias de conquista, sino huyendo de otros seres aún más peligrosos que ellos. Seres que habrían destruido sus mundos y su estrella original, obligándolos a refugiarse en la Variedad.

Entonces la visión cambió, y Mel pudo ver la nave. La nave en la cascada. Una tumba volante llena de cadáveres, con una tripulación de sapientes de dudosa reputación. Y frente a la cascada...

* * *

... Mel cayó al suelo, gritando. Un dolor atroz laceraba su cabeza. Poco a poco fue remitiendo, pero aún pudo oír una voz de mujer que reverberaba en su cerebro.

—*Háblame, Mel. ¿Va todo bien?*

Tardó unos instantes en reconocerla.

—¿Gill?

—*Lamento haberte dejado solo, pero al cruzar el umbral algo cegó temporalmente mis engramas de memoria. Permíteme sugerirte que apartes la mano de delante de tus ojos. Si no veo nada, no podré analizar la situación.*

—Oh, sí, perdona. —Obedeció, parpadeando varias veces y enfocando bien el entorno. Seguía en el piso de Agnes, en la habitación contigua al salón, pero el gato (los dos) había desaparecido.

—*¿Qué ha ocurrido en estos ochenta minutos?*

Mel se sentó en la alfombra. Su sentido del equilibrio regresaba, a duras penas y chirriando. Tardó unos segundos en procesar la pregunta de Gill.

—*¿Ochenta minutos? —se asombró—. ¿Tanto ha durado la visión?*

Miró en derredor, buscando el artefacto.

Había desaparecido.

—Hay un cambio de planes, Gill —murmuró—. No nos vamos a instalar aquí.

—*¿Ah, no? ¿Adónde iremos, entonces?*

—Nos marchamos a la frontera con el puesto permanente de los urdanos. Debemos buscar un río que nace al pie de una cascada.

Esta vez le tocó a Gill guardar silencio. Mel se asomó a una ventana. Vio la parte interior del pabellón auricular del edificio y los jardines de la ciudad que se extendían más allá, con un esplendor derrocado.

—*¿Tan cerca de los urtianos? ¿Qué piensas encontrar allí?* —preguntó Gill, inquieta.

—Un billete de ida hacia Agnes... donde quiera que esté.

Capítulo 2

Informe horario n.º 6557092 / P114

Cripto:

0

Asunto:

«Por allí resopla», dice Ishkan (*No hay datos aclaratorios*).

Extensión:

4,501 Lymes; 0,0023 segundos de anchura de canal (*subvencionado por el Ministerio de Comunicación y Relaciones Panculturales de Ciudad de Cruces*).

Adjunto:

Sólo audio.

Remite:

Astronave NCP Zindell (*número de identificación disponible para personas autorizadas*) en ruta hacia la frontera con el Mar de Bolzai.

Texto:

[...] cosa jodidamente grande! Bloqueó nuestra pantalla de aceleración con su estela. Nunca habíamos visto nada igual. Triangulamos nuestra posición con los púlsares P8234+4197 y P1003-9180 por si hay más naves cerca que puedan confirmar el avistamiento. Nos ha venido siguiendo media docena de zánganos urtianos desde que rebasamos el núcleo cometario de Langs. Hay mucha actividad en la frontera. ¿Me está recibiendo alguien? Creo que ellos también lo han visto. Tiene que ser real, el maldito hijo de p... [...]

Norte

El pueblo del Cubo no parecía incómodo con su presencia, ni tan siquiera molesto por su ofensiva declaración de intenciones. «He venido para matar a vuestro dios», les había dicho Norte, y en cierto modo era cierto, aunque las probabilidades de conseguirlo se le antojaban ínfimas. Seguramente, eso era lo que los tranquilizaba. Aquellos hombres y mujeres tatuados sólo estaban allí esperando acontecimientos y ofreciéndole hospitalidad, como el tipo de gente noble y sencilla que hacía eones desapareció de los libros de historia.

Se llamaban así mismos los Axha. A Norte le gustaba aquel nombre. En varios dialectos arcaicos que él conocía, esa expresión podía traducirse más o menos por «la síntesis de todos los dogmas». Era más un principio filosófico que un indicativo de lugar o de procedencia, y era lo que definía a los moradores de aquel poblado que crecía apoyándose en los márgenes del Cubo. Por qué entre ellos sólo había humanos, y no otros sofotes de cualquiera de las Quince Especies, era algo que aún se le escapaba. Pero en el poco tiempo que llevaba a su lado, como huésped, ya había

averiguado cosas interesantes: que eran personas muy religiosas, que gran parte de los misterios de fe a los que rendían pleitesía eran variaciones matemáticas, y que veneraban por encima de todo a lo que creían que era el resumen hecho piedra de los misterios del universo: el Cubo.

Aquella gente, sin embargo, tenía un motivo distinto al recelo o al miedo para no quitarle ojo de encima: la pura y simple curiosidad. Norte era un anciano, una persona vivaz y muy fuerte pero que no podía en modo alguno ocultar que había rebasado los setenta. La persona más vieja de los Axha, en contraposición, no superaba los cincuenta años.

Él ya se había encontrado antes con ese fenómeno en comunidades aisladas: se llamaba «obsolescencia evolutiva», un mecanismo de supervivencia de algunas comunidades ante la falta de recursos y la dificultad para transmitir la información genética. En eras pretéritas, los ancianos de la tribu permutaban su valor como cazadores y recolectores con el de pozos vivos de sabiduría. Dejaban de ser fuertes, o ágiles, pero eran necesarios para servir de ancla moral e intelectual de los jóvenes, como libros vivos que podían instruirlos sobre el pasado y el futuro. En las tribus aisladas modernas no sucedía así, y la culpa la tenía el desarrollo del lenguaje.

La capacidad de los sofotes para transmitir ideas, bien a través del boca a boca generacional, bien en un soporte cifrado (como libros o terminales de datos), implicaba que el precioso tesoro intelectual de los ancianos podía ser asimilado por los jóvenes en un tiempo inusualmente corto, y con una efectividad fuera de toda duda. Ya no hacía falta la presencia física de los mayores para aconsejar a la tribu; bastaba con recurrir a los escritos, cuyo lenguaje era tan complejo que podía sintetizar cualquier idea, por extraña que fuese. Esa versatilidad de la palabra provocaba que la vejez se transformara en una enfermedad, en un estado de decrepitud sin valor evolutivo, y la propia evolución se encargó de erradicarla. En tribus como la de los Axha, las personas morían al alcanzar determinada edad. No se sabía por qué, ni cómo, simplemente se marchaban de sus casas para que se los tragara el desierto. En ocasiones, era el desierto el que acudía a ellos para llevárselos. Su legado verbal era lento y torpe, y su final una tumba en un cementerio perdido lleno de antiguos marfiles.

Norte se preguntó, mirando al Cubo, si aquel artefacto no sería lo único que el desierto no podía arrebatarse a sus fieles, lo único que no podía arrastrar con sus vientos hacia la nada y el olvido.

* * *

Se llamaba Zula. De todas las jóvenes recientemente tatuadas, era la que permanecía

más tiempo cerca de Norte. No había visto, por lo que le había contado una tarde, un hombre tan mayor como él en toda su vida. La primera vez que lo vio desnudo, aseándose en una bañera con agua de lombriz de arena, el estupor se le propagó por la cara como un incendio descontrolado. El anciano se estaba frotando la curtida piel; el enrejado de sus costillas daba la impresión de que el pecho le sobresalía, pero sólo era la delgadez propia de la edad. Su envoltorio era una piel que parecía un campo de arcilla; sus motores, músculos que formaban protuberancias sobre los huesos. Había tanta distancia entre su cuerpo desnudo y la vibrante juventud de Zula como entre los estilos de vida de sus planetas natales. Pero a la joven esa fealdad intrínseca no parecía molestarla. La primera vez que sorprendió a Norte en la bañera se marchó corriendo, asustada por la promesa de lo que el tiempo podía llegar a hacer con su cuerpo, pero las siguientes veces permaneció a su lado, e incluso lo ayudó a lavarse.

En una ocasión, en la tercera o cuarta semana de su estancia allí, le preguntó:

—¿Por qué has permitido que le pasase esto a tu cuerpo, *lanhut*?

Norte estaba sumergido hasta la cintura en la secreción de lombrices, y tenía el cabello cubierto por aquel líquido hediondo. Los Axha lo usaban en lugar del agua porque dejaba una pátina de aceite sobre la piel que protegía contra los rayos UVA y la abrasión de la arena del desierto. Zula le estaba frotando la espalda con una esponja de helechos mientras contemplaba absorta sus arrugas. El mapa de su senectud.

—No es que yo lo haya permitido —sonrió Norte, contento porque ella lo llamase así, *lanhut*, «la duna lejana», una metáfora sobre lo que no se entiende, lo abstracto—. Es que las cosas naturales son de esta manera. Me temo que he llegado a la fase en que la vida reduce a un hombre a lo elemental. No puedo quejarme, porque en cierto modo disfruto de una salud que ya quisieran muchos.

—No lo discutiré, pues nada sé de estas cosas —murmuró la joven. Los tatuajes que lucía sobre los pechos desnudos brillaban con el aceite del lapsa (así se llamaba el jugo de lombriz), creando mandalas que bailaban al sol—. Pero ¿por qué te empeñas en conservar esta carcasa? ¿Por qué no reciclarte y renacer en una nueva expresión de tu alma?

Ésa era una parte del misticismo de los Axha que a Norte le había costado bastante esfuerzo comprender. Ningún Axha temía a la muerte porque creían firmemente en la reencarnación, aunque ésta sólo se aplicaba a la esencia del individuo, no a sus recuerdos ni a un hipotético karma acumulado en vidas pasadas. A diferencia de otras religiones, la de los adoradores del Cubo contemplaba una limpieza total del espíritu cuando morían, para regresar limpios y libres en una nueva manifestación de su yo. Nadie arrastraba recuerdos, pecados o culpas de un ciclo al siguiente. De ahí que el ramidabra, esos mandalas que contaban la historia de cada uno en su piel, se hiciera desaparecer al morir.

—Es un punto de vista interesante —asintió el viajero—, pero no casa con mi forma de ver la vida. Compréndelo, llevo muchas décadas acumulando experiencia y sabiduría, reuniendo la mayor cantidad de bits de información que me fuera posible, como para borrarlo todo de un golpe y nacer otra vez para aprenderlo. Para mí sería un enorme esfuerzo desperdiciado.

—La vida nunca se desperdicia. Se vive —dijo ella, como si fuese una verdad que los niños nacían sabiendo. Norte se puso en pie y dejó que ella le frotase las nervudas piernas. Zula ya lo había visto desnudo muchas veces, pero no dejaba de asombrarse por sus codos (tan redondos que parecían albergar cojinetes de bolas aceitadas) o por los huecos en hombros y caderas, un relieve del que colgaban unos genitales apergaminados y casi reabsorbidos por el cuerpo. Cuando se los tocó para lavárselos, Zula le preguntó si aún era capaz de concebir hijos.

—La verdad es que nunca me he preocupado por eso —reflexionó Norte—. He viajado por tantos mundos y he visto tantas cosas que supongo que mi único vástago será la herencia de conocimientos que deje tras de mí.

—Eso es triste —opinó ella—. Con un montón de libros no puedes jugar al «ven, que te persigue la lombriz». O sentir su calor cuando es de noche y estás durmiendo bajo la duna.

Norte asintió.

—Es cierto. No puedes. Un niño es como un libro en blanco esperando a que escribas en él. Absorbe datos, no los da.

—Sí que los da. —Las frases de Zula eran cortas y contundentes, sin malicia pero sin posibilidad de discusión. Era la forma de hablar de aquella gente, producto de años y años de observar la vida sin sacar conclusiones. De acumular ideas simples y enseñanzas básicas. Norte se descubrió incapaz de sostener una conversación razonada con ellos, pero no porque no quisieran escucharlo, sino porque, por primera vez en su vida, no tenía argumentos para impugnar sus discursos.

—Los niños enseñan muchas cosas —prosiguió la joven, exprimiendo la esponja de helechos en un recipiente. Allí no se desperdiciaba nada, y mucho menos el agua, ni siquiera la sucia—. Nos hacen recordar experiencias que creíamos olvidadas, y que en su momento fueron importantes para que entendiéramos el mundo. Los niños hablan a todas horas, aunque no conozcan palabras.

—¿Has tenido hijos, Zula? —preguntó Norte, intrigado. Aquella joven era apenas una adolescente, pero hablaba como alguien con muchos más años y experiencia vital. Le gustaba.

—Aún estoy esperando a mi pareja adecuada —fue su respuesta. Tan sencilla y directa como todo lo demás en ella.

Zula acabó de lavarlo y le tendió algo parecido a una toalla. Era sólo para que se quitase el aceite de los ojos, ya que el resto del cuerpo debía secarse al sol, sin frotar,

o la pátina protectora desaparecería.

La joven se despidió de él y fue a atender sus demás quehaceres. Su hermano de mandala (un joven cuyo tatuaje matemático expresaba un corolario al de la propia Zula) la estaba esperando para que lo acompañase a cazar lombrices de arena. La sombra del Cubo cayó sobre ella y unos niños que la rodearon mientras se dirigía a su cubículo, como si la oscuridad fuera una égida que protegiera a aquellas personas de los peligros de la necedad o la sinrazón.

Norte no pudo sino coincidir con el criterio de aquellas gentes. Teniendo jóvenes tan ilustrados y decididos, ¿quién necesitaba viejos?

Lina

La *Eurídice* completó el salto hasta la Espingarda Púrpura, a poca distancia de un gigante gaseoso al que los pilotos habían bautizado como Horus por su semejanza con un colosal ojo verdinegro. Tuvo que hacer cola junto a su delgado anillo de polvo, esperando a que la torre de control de la Clepsidra le diera permiso para aproximarse. Tras tantas semanas en el espacio, a su capitana se le antojó una demora insoportable, pero era consciente de los motivos: los túneles que usaban las naves de gran tonelaje tendían a interferirse unos con otros, dificultando las maniobras de ataque. Las cognitivas de cada nave mapeaban la estructura del tiempo local, cartografiándola con malabarismos cuánticos asincrónicos, y lo atravesaban como una dimensión espacial más. Por eso, las estaciones no eran otra cosa que gigantescos relojes cósmicos, en torno a los cuales las especies sapientes habían edificado sus muelles mientras navegaban al son de su música. Los humanos mantenían funcionando uno de segunda categoría en la Clepsidra, justo por debajo de su ecuador de giro.

Lina soportó la demora y dirigió su balandro al hangar principal, cayendo hacia el reloj como un arpegio en una sinfonía de cronomanía tecnológica. Los pilotos comenzaron a enviarse sus respectivas imágenes, de nave a nave, mientras hacían cola, y pronto hubo cabezas flotantes de mercaderes, contrabandistas, fugitivos, cazadores y cartógrafos en todos los Halos. Lina creyó reconocer a algunos. Una mujer cuyo pelo crecía formando palabras sobre su cráneo la saludó mientras comía bombones. Sus palabras fueron apenas comprensibles, una burbuja de saludos y buenos deseos a través de una boca llena de chocolate masticado. Lina la saludó también, a sabiendas de que esa mujer era en realidad un corsario que le había tirado los tejos en más de una ocasión. Era muy raro que un piloto cambiase de corcel a lo largo de su vida.

En cuanto tuvo vía libre hizo un picado sobre la pista y ancló la nave en una grúa de gravedad. El bullicio de los muelles estimuló en su cerebro algo parecido a un sentimiento de nostalgia, de regreso al hogar. Esquivó exoesqueletos de carga, cruzó los raíles de enormes grúas y saludó a un viejo conocido antes de entrar en los edificios de la colonia. Penetró en atestados pasillos que olían a polvo, vino rancio, cebollas y pescado. Era un verdadero placer volver a respirar aire refinado, el olor del césped artificial y el del pan recién horneado, el perfume a conversaciones sin prisa en salones llenos de tazas humeantes. Su mente le decía que allí no había tantos seres humanos como parecía, que el rumor del hormiguero era un efecto colateral de los meses de aislamiento dentro del Halo; pero Lina disfrutó observando aquellos enjambres de humanidad mientras iban de un lado para otro, como invasiones planificadas de chinches, intercambiando bienes materiales o intelectuales y anécdotas de sus respectivos viajes. Cientos de pilotos que normalmente estaban esparcidos por el cúmulo como diamantes arrojados al océano, se reunían para engarzar sus propias vidas con las de otros desconocidos, una fricción de la que no sólo surgía sexo, hambre, venganzas, amor, hijos, odio o hagiografías de personajes famosos, sino algo mucho más sutil. El sentimiento de pertenecer a algún sitio, a una especie, a un colectivo. A una idea.

Lina cogió número para ser atendida en la oficina de aduanas, e intentó convencer al funcionario para que le concediera un visado de prioridad en la inspección. El hombre frunció el ceño de cuatro o cinco maneras complejas, y decidió que no merecía la pena molestar a los tasadores antes de su descanso del mediodía. Su expresión era imposible de describir, una especie de estupor reacio a comprender los garabatos que Lina le mostraba en las casillas del formulario, como preguntándose qué argucia tenía en mente. Además, el tipo tenía algo realmente perturbador en su sonrisa: caras. Caras de gente. Aquel individuo, siguiendo probablemente los cánones de un ritual o una moda absurda surgida de la contracultura más teológica, se había tatuado rostros humanos en el esmalte de los dientes. Puede que fueran los de su familia o amigos, la gente que más quería en el mundo y a los que quería mostrar al mundo orgulloso, o los de aquellos a quienes más odiaba, para darse el gusto de masticarlos a diario, pero lo cierto era que cuando sonreía su boca parecía una manifestación.

De allí poco más iba a sacar, aparte de un asco que le estaba revolviendo el estómago. La capitana esperó a que le diera la espalda para enseñarle la lengua, y se marchó al cubículo que tenía arrendado en la estación.

Esa traba administrativa complicaba las cosas: mientras más tiempo permaneciera la carga quemándose en sus bodegas, mayores serían las posibilidades de que algún oficial de aduanas notara que algo raro pasaba con el nivel de radiación del muelle. Debía encontrar un comprador antes de seis horas o todo se perdería. Para ello, era

necesario que los tasadores abandonaran su pútrido bar de camioneros, movieran sus orondos culos hasta el lugar donde esperaba la *Eurídice*, e hicieran su trabajo. Una hazaña.

Llegó al bloque residencial. Bajó de la acera móvil y esquivó un grupo de somnolientos gobys, —¿Qué hacían allí? ¿No estaban enemistados con los demás aerobios?— que entonaban sus cantos de apareamiento en medio de introspectivos cambios de sexo. Una mujer limpiaba los cristales de su negocio mientras otras dos, de edad similar, parecían censurarla con sus miradas por motivos que escapaban a la comprensión de Lina. Alguien hizo una pausa para reírse de un chiste y siguió pregonando los precios de la fruta madura.

Enjambres de humanidad, entremezclándose como cartas barajadas, caminaban sobre trampillas de las que manaba vapor. Supervivientes sobre unos agujeros que abrían sus bocas a canales de desagüe medio embozados por el uso. Lina se preguntó cómo era posible que aquella semblanza de civilización, aquel chiste sin desenlace, funcionara; cómo tanta gente podía vivir junta, hombres y mujeres apretados unos con otros, sin una válvula de escape, sin una nave con la que huir despavoridos hacia lo desconocido cuando la presión se volviera insoportable.

De repente se consideró una persona muy, muy afortunada, y de esa sensación brotó un efecto sedante. Como el chocolate.

La capitana sorteó el primer estrato de gente y subió las escaleras hasta el cuarto piso. La disposición radial de los edificios hacía que diera la impresión de que querían huir hacia el espacio como obeliscos de arte centrípeto.

Al llegar a su puerta, un silbido la puso en guardia: el sonido de una cafetera expulsando aire llegaba nítido a través del panel.

Lina sacó una pistola de su mochila. Miró en derredor: salvo alguna que otra cucaracha y el pliego del papel que se desprendía de las esquinas, no había más movimiento en aquel ala del edificio. Los campos de fuerza del cargador del arma le hacían cosquillas en la mano.

Cogió su tarjeta y abrió la puerta. Al instante, una alegre musiquilla tintineó a modo de timbre.

Apretó los dientes: se había olvidado de desconectar aquel estúpido regalo de cumpleaños. Cuando entró en el apartamento —palabra generosa para describir aquel espacio compartido por una cocina, un salón-dormitorio y un minúsculo aseo—, sorprendió a un hombre poniéndose un delantal.

—¡No te muevas! —ordenó.

El hombre miró la pistola.

—¡Lina! No pretenderás usar eso conmigo, ¿verdad?

La capitana notó el brusco descenso en la actividad de su corazón.

—¡Heith...! Maldición. Acabas de darme un susto de muerte. ¿Qué estás haciendo

aquí?

El hombre miró el arsenal culinario desplegado en la encimera, como si fuera obvio.

—Tostadas, café y unas galletas que encontré en la despensa. Traté de aprovechar un cartón de leche que había en el congelador, pero como no lo donemos a la ciencia...

—Anda, cállate —dijo ella, melindrosa, y se arrojó a sus brazos. Lo besó apasionadamente, explorando con ansiedad cada centímetro de su boca, sorbiendo cada gotita de saliva que desprendía su lengua. La pistola dio un golpe sordo al caer sobre la alfombra.

Heith. Heith abrazándola y dándole la bienvenida al hogar. Heith sosteniéndola en alto contra la cocina mientras encajaba sus caderas entre las suyas. Heith ocupando todo su mundo. Era un hombre delgado, fibroso, de mentón triangular y pómulos resaltados. Sus ojos gris pálido poseían el don de permanecer siempre brillantes, dispuestos a subrayar sus ademanes diestros, casi impertinentes. Dependiendo del ángulo de la luz se volvían dorados, y cuando la miraba a ella parecían adquirir siempre ese color. Lina sentía que el corazón le temblaba cada vez que él abría sus brazos y la dejaba penetrar en ese espacio vital junto a su pecho donde resonaba con tanta fuerza su corazón.

Su novio sonrió y la obligó a apartarse, tratando de intercalar unas palabras entre el bombardeo de besos.

—Despacio, cariño. Aún no me has contado cómo te ha ido durante estas semanas.

—¿Para qué? —dijo Lina, abalanzándose de nuevo sobre él. Heith retrocedió y no tuvo más remedio que tumbarse en el sofá mientras ella le desabotonaba la camisa. Unos cachivaches hicieron ruido cuando ella golpeó los estantes que había sobre la cama plegable—. Ya habrá tiempo para las palabras. Ahora quiero tu amor, tu tacto, tu poesía...

—No sospechaba que me hubieses echado tanto de menos —logro articular él, medio asfixiado.

Lina se montó, muy erguida, a horcajadas sobre su cintura. Deslizó la nariz por los bucles de su pelo, mientras reseguía los contornos de su columna vertebral, sus hombros y sus costillas. Él le besó la oreja. Su lengua era como el hocico de un animal travieso que le hacía cosquillas.

—Ni te imaginas lo sola que puede sentirse una persona en el espacio —dijo gravemente. A continuación bajó la cremallera de su uniforme y liberó sus pechos, pequeños y separados. Se irguieron como masas de harina deseosas de ser moldeadas por las ágiles manos de Heith. Éste atrajo el torso de Lina hasta su cara, hundiendo el rostro en el espacio de carne flanqueado por los pezones. Su lengua se deshizo de las

palabras que tanto había esperado pronunciar, y se convirtió en un mero instrumento capaz de encender todos y cada uno de los poros de la capitana como si en ellos durmiera un dragón enfurecido.

Las horas transcurrieron rápidamente.

Zhinz

—Dime, Jules-maestro-de-serpientes, ¿qué premio fantástico estamos buscando / escrutando?

El musculoso humano ignoró la pregunta y se acercó con precaución a la montaña de cadáveres. El artefacto alienígena había estado allí hacía unos segundos, no cabía duda: aún se advertía ozono en el aire, cierto paroxismo de color en los fotones del ambiente. Pero se había volatilizado. Sin más. Sin fogonazos simétricos ni generación de calor ni ninguno de los efectos colaterales de la desintegración de la materia. Jules cortó el aire con sus manos en la zona que había ocupado el objeto y sintió una sensación extraña en la piel, como si ésta se congelara y bullese en pequeños segmentos microscópicos.

Zhinz reunió el valor suficiente como para adelantarse. Caminaba anadeando, con las piernas separadas, temeroso de pisar los cuerpos. «Siguen mirándome, siguen mirándome, siguen mirándome.» Sus fosas nasales se dilataron; junto con el olor a ozono (o más bien, por debajo de él) se escondía un perfume a flores del desierto, abanicos de estambres de arena propios de su mundo. Pero ¿qué demonios hacían allí?

Jules comentaba cosas para sí mismo, con los resoplidos nasales propios de los adictos a la hierba nuht:

—No puede haberse volatilizado, joder. Esto es cosa de magia.

—¿No hay premio fantástico?

—Dímelo tú. También has estado aquí.

El marsupial contempló en silencio a su amigo mientras escalaba la montaña de cadáveres y buscaba huellas de quemaduras por radiación en los cuerpos de arriba, los más expuestos al artefacto. Suspiró. Uno de los escasos pero contundentes rasgos de carácter que definían la personalidad de su amigo era la terquedad. Se habían conocido años atrás en la Espingarda, a medio camino entre el consabido «¿Adónde vas?» y el inevitable «A ninguna parte». En un momento de sus vidas en el que Zhinz necesitaba de un guía que le evitase complicaciones en el inmenso patio de juegos de la Variedad, y Jules todavía era dos personas distintas: él y su hermano gemelo, un paralítico llamado Kharos. Inseparables, irreductibles, irresponsables y... y muchas

otras cosas que empezaban por «i». Ambos recorrían los mismos mundos y vivían las mismas aventuras. La minusvalía de Kharos nunca supuso un problema para Jules, no importaba cuán extrema o peligrosa fuese la experiencia; es más, el carroñero parecía encontrar en las flaquezas de su hermano nuevos estímulos para hacerse más fuerte, más astuto, más previsor, y mantener con vida, con sólo dos piernas y un par de cabezas, a semejante asociación de individuos. Zhinz entró en la disparatada ecuación Jules más / menos Kharos cuando se topó con ellos en la recuperación de un pecio en la frontera, y sus habilidades físicas resultaron determinantes para escapar con vida del cerco de los urtianos. Jules no era tonto, y sabía que de la alianza con semejante criatura, un marsupial con pulmones falsos procedente de un mundo no reclamado por ninguna especie navegante, tendría más ventajas en una dirección que en otra. Y esa dirección era hacia sí mismo.

Al principio, los hermanos lo adoptaron casi como a una mascota. Le dijeron que era el tercer vértice en un triángulo donde todos eran iguales, pero no que ese triángulo tenía un arriba y un abajo, y que el vértice que él ocupaba era el que apuntaba hacia el suelo. Le hablaron con aire de suficiencia incluso cuando Zhinz ya hubo dominado lo suficiente su idioma como para captar los giros y los modismos. Incluso lo invitaron a sus juergas sexuales, desquiciadas orgías en tugurios donde Jules fornicaba delante de su hermano y éste gemía como si ambos fuesen un solo cuerpo, y compartiesen la santa dualidad de los orgasmos.

Zhinz los observaba con espíritu de antropólogo, mientras trasegaban la cerveza y Jules sujetaba con ambas manos a una mujer, moviéndola como si fuese una marioneta sobre la cintura del paralítico, mientras éste aullaba de placer y entonaba viejas canciones de piratas. La mecha de aquella vida sin brújulas no tenía más remedio que ser corta, y cuando por fin llegó a su final lo hizo de la manera más dolorosa concebible: el hermano de Jules murió durante un bombardeo de los urtianos. Desapareció sin más en el destello súper energético de una bomba K. Zas, como si nunca hubiese existido. Zhinz todavía creía reconocer un atisbo de estupefacción mezclado con agonía en la mirada de su amigo, estuviese o no recordando aquel trágico día, cuando el vino llegaba más adentro que de costumbre.

Dejó atrás sus pensamientos. Su agudo sentido del olfato captaba otra señal: un componente gaseoso inusual manaba de alguna fisura en las paredes. Conforme pasaron los minutos, se hizo tan fuerte que la pleura de sus pulmones apenas pudo procesarlo. Jules, por el contrario, no parecía percibir nada con su nariz, pero sí que veía cosas que el marsupial no. A veces bajaba la cabeza como esquivando algo, y otras hacía el gesto de acariciar una superficie que para Zhinz, desde luego, no estaba allí.

El marsupial se preguntó qué les habría hecho aquella cosa para alterar así su

percepción del entorno. A ellos y a la propia nave. ¿Acaso su presencia era tan aberrante que distorsionaba la realidad, haciendo que cada cual la percibiese de manera distinta?

—Por favor, gran-amigo-Jules —suplicó—, movámonos / desplazémonos antes de que esa cosa vuelva.

El humano sonrió de medio lado, como las barracudas.

—¿Tienes miedo de un pedazo de piedra luminoso, hiena?

—Sí —corroboró el marsupial, con la mayor sinceridad del mundo.

Una vez, un anciano muy sabio, un venerable de la tribu, le había confiado una perla de sabiduría que se le había grabado a fuego en la mente: es muy difícil enfrentarse a lo desconocido porque acabas combatiendo contra tus propios miedos. Cuán acertadas habían sido esas palabras.

—Haces bien... —aprobó Jules—. Pero esa cosa quizá valga millones, puedes apostar tu cola. Sólo porque no sé lo que es, y porque jamás he oído hablar de que exista nada parecido, te prometo que nos la tasarán al alza.

—¿Y si se nos come? —Esa pregunta, ese miedo cerval a ser devorado por otra criatura, era hasta cierto punto infantil si provenía de un aerobio, pero muy normal en boca de un marsupial. Jules recordó que, en su mundo, el pueblo del que provenía Zhinz no constituía, ni de lejos, la cima de la cadena alimenticia.

—Nadie te va a comer, hiena, a menos que tú metas la cabeza a propósito dentro de su boca. Confía en mí. Ésta es la oportunidad de nuestras vidas para hacer un buen negocio.

—Jules... ¿crees que urtianos abatir / destruir nave aerobia por causa de ese... objeto?

Jules se detuvo un momento. Ya se lo había planteado, pero la idea era muy improbable.

—Lo dudo mucho —aseguró—. Si hubiesen derribado este pájaro por algo que llevaba en la bodega, ¿crees que lo habrían dejado abandonado después a su suerte? No. Dudo mucho que los urtianos supieran que esa cosa estaba a bordo. —Frunció el ceño—. Aunque me pregunto por qué no detectaron semejante flujo de energía con sus sensores...

Jules dio por concluida su inspección de los cadáveres. Salió con rapidez al pasillo y selló la esclusa. Zhinz lo siguió, preguntándose por qué no agarraba algo, cualquier cosa, y abandonaba aquella tumba de una maldita vez. Recordó un axioma de los buscadores: hay tesoros cuyo valor no compensa. El gusanillo de su estómago comenzó a etiquetar al pecio con ese aforismo, aunque su cerebro aún no lo había hecho.

—Tenemos que conseguir arrastrar este montón de chatarra hasta Puerto Kaidok —dijo Jules—. Es una ciudad de madereros colindante al río. Tengo amigos allí.

—¿Qué vamos a sacar de estos restos / cementerio, Jules? ¿Qué de valor queda ya, aparte de cadáveres de tu propia gente?

—Podemos vender los motores por piezas. Conozco unos talleres donde desmontan viejos trenes robot; apuesto a que pueden reducir este trasto a chatarra.

—Pero ¿cómo vamos a arrastrar / tirar de la nave? Tan pesada es que ni con tren robot poder moverla...

—¿Quieres averiguar qué hacía aquí esa maldita cosa brillante?

Zhinz vaciló.

—Eh... Claro. Decir Jules que cosa extraña poder valer / ser tasada por mucho dinero. Cosa extraña poder regresar o tener similares.

—Pues cierra el marsupio y sígueme.

Lo condujo hasta las dependencias de popa. Aunque toda la electrónica y los paneles espejo de chips estaban quemados, el ambiente se mantenía seco. Zhinz calculó que se encontraban a diez o doce metros bajo la superficie del río. Por fortuna, éste era caudaloso, una verdadera serpiente de agua de escamas iridiscentes y bordados de espuma que trazaba su camino a través de la selva durante varios cientos de kilómetros.

—Bien, no hay fisuras en el casco —comprobó Jules, satisfecho—. Podremos navegar a favor de la corriente si logramos apartar la nave de este recodo.

—¿Vamos a convertir / transformar nave en balsa?

—Ésa es la idea. Pero hasta que no nos alejemos lo suficiente de las montañas, tiene que parecer casual. Que los urtianos creen que el río se lleva este despojo igual que arrastra los troncos de los madereros.

Registraron el almacén. Una de las virtudes de los depósitos de abastecimiento de las naves estelares era que estaban muy bien aprovisionados, pues la tripulación tenía que estar preparada para cualquier contingencia que se presentase en el espacio profundo. Tras desprecintar unas cajas, Jules consiguió dos ovillos de alambre de alta resistencia y una pistola de goma adherente.

—¿Qué hacer con eso? —se interesó Zhinz.

Jules se quitó la camisa. Las marcas de antiguos interrogatorios aún trazaban mapas de cicatrices entre sus omóplatos. Zhinz veía en esos mapas una clave de los días en que su hermano aún estaba vivo, y sobre todo de los años posteriores a su muerte; una época de rabia arrolladora en la que Jules se volvió más salvaje e incontrolable que nunca.

Usando esparadrapo, el humano se fijó al pecho una botella de oxígeno. Le arrancó la mascarilla adosada y rompió la válvula de presión, tapando el agujero con un poco de goma.

—Quiero que ates fuertemente los extremos de estos cables a los puntales del tren de aterrizaje —le ordenó—. Son los mejores puntos de tensión que podremos

conseguir. Si no te sirven, prueba con el costillaje. Suéldalos si hace falta, pero que no se desprendan, ¿vale?

—Entendido / Asimilado por. ¿Y tú...?

—Voy a nadar, a ver si encuentro un poco de tracción animal que nos saque de aquí.

Espoleado por la determinación del humano, Zhinz obedeció. Corrió a los encastres de los estabilizadores y se sumergió en el agua. Los compartimentos que albergaban los patines del tren de aterrizaje estaban inundados, aunque la presión de campana impedía que el líquido se filtrase al resto de la nave.

Zhinz soldó los cables. Se llevó un susto de muerte cuando una sombra pasó buceando junto a su cola.

La sombra emergió: era Jules.

—Muy bien —aprobó, escupiendo un chorro de agua entre los dientes—. Afianza el otro cable y corre hasta el empenaje de cola. Voy a necesitarte allí para que maniobres el canard a modo de timón.

El marsupial asintió. Jules tomó aire y volvió a sumergirse, buceando hacia el lecho del río. Se había calzado unas botas de astronauta con dedos sindáctilos, unidos por una pequeña membrana, para impulsarse mejor.

Zhinz corrió hacia el empenaje de cola. Era mejor no discutir con su amigo cuando tenía esa mirada, la mirada de las grandes ideas. O de las grandes locuras.

Las astronaves de clase Esturión poseían dinámica atmosférica, capacidad para planear en atmósferas que superaran los trescientos torrs de presión; eso implicaba que existía un empenaje de cola y una superficie móvil. Localizó el conjunto de servos que manipulaban la superficie horizontal de la cola e introdujo sus dedos en las válvulas de aire. Cuando éstas rotaron, Zhinz se permitió un resoplido de triunfo: la cadena hidráulica movió el canard de arriba hacia abajo. El plan de Jules tenía posibilidades.

Sin embargo, la presión disminuyó rápidamente. Aterrado, Zhinz se quedó inmóvil: había creído oír un leve siseo, como si su prueba hubiese destapado una grieta por la que se filtraba el aire de los servos.

—Oh, no... Amigo-Jules va a hacer bolso muy bonito de mí —sollozó.

* * *

El humano buceó con cautela hasta el fondo del río. El corpachón de la nave apenas era distinguible entre las cortinas de partículas terrosas y los crustáceos, como si fuera una enorme sombra que flotase sobre las cascadas del color de las algas. Las mareas de luminiscencia que había visto Zhinz al sumergirse eran ahora más suaves y

extensas, un circo de color tan diáfano como un arco iris nocturno, a medida que las algas colonizaban el lecho del río y su quimiosíntesis se adaptaba al ritmo del caudal.

El lecho estaba plagado de vida. Algas y miríadas de pequeños animales de caparazón blando formaban un ecosistema tan complejo en sí mismo como toda la selva que los rodeaba. Era el entorno perfecto para que las hembras walabs, enormes y peligrosas mantas de agua dulce, desovaran. Esos animales constituían, por desgracia, su única oportunidad de sacar la nave del atolladero, pero si no tenía cuidado una de aquellas aplicadas madres iba a convertirlo en su cena.

Una convulsión en el fango llamó su atención. Apenas un metro por delante, la tierra rieló y se descorrió como una cortina, perfilando el caparazón (una especie de exoesqueleto fibroso) de una enorme manta raya con la envergadura de un caballo. El ser abandonó su nido, una depresión con forma de cóclea que recordaba a un caracol aplastado. Un batallón de pequeños crustáceos se desencajó de su perfil de ala delta, regresando a la arena del fondo para enterrarse y continuar con otro ciclo reproductivo, después de haber tomado de la piel de la walab todos los nutrientes necesarios.

Jules aspiró un poco de aire de la botella. Su corazón latía frenético, pero hizo un esfuerzo por tranquilizarse. Había hecho aquello otras veces, aunque nunca ofreciéndose él mismo como cebo. Si quería que el animal tirase con fuerza de la nave tenía que enfurecerlo a conciencia.

Deshilvanó los ovillos de cable, agarró sus extremos con la zurda y empuñó la pistola. La walab probablemente se habría percatado ya de su presencia, pero aparte de orientar hacia él una de sus antenas, no hizo nada más.

Jules nadó hasta colocarse sobre su vertical. Su inquietud aumentó cuando otras formas se movieron en la oscuridad: un enjambre de afiladas puntas de flecha evolucionaba a su alrededor, trazando elipses salpicadas de destellos eléctricos, con la curiosidad del cazador que se sabe dueño y señor del territorio. Había invadido un nido lleno de machos.

El corazón de Jules latió aún más deprisa. Eso no era bueno para él, pues los walabs veían la electricidad que circulaba por el cuerpo de sus víctimas, y sus miembros estaban generando en ese momento tanta corriente como para encender una bombilla. Fijó la vista en el caparazón de la walab. La base de su espina bífida sobresalía entre el escudo cartilaginoso. Era el lugar ideal para anclar los cables.

Con una contracción de piernas se lanzó hacia abajo. Las membranas sindáctilas de sus botas hicieron su trabajo y le proporcionaron el impulso que necesitaba. Rozó un conmutador en la culata de su pistola; la pila interna comenzó a calentar el cañón. Un pequeño rosario de burbujas dibujó una estela en el agua. En cuanto se puso al rojo, Jules apretó el gatillo, descargando borbotones de goma adherente sobre el caparazón. La sustancia se endureció, soldando el extremo de los cables al animal.

Este se revolvió furioso. La goma se había filtrado hasta unas zonas tan sensibles como sus lóbulos branquiales, y los estaba quemando. Jules se colocó en la dirección hacia la que deseaba que el animal tirase con fuerza de la nave, y apartó con el pulgar la ventosa que tapaba la válvula de la botella.

Al instante, el aire escapó formando un chorro de burbujas. La walab se revolvió, abriendo unas espantosas fauces dentadas, y mordió el lugar que ocupaban las piernas de Jules apenas un segundo antes.

El humano se dejó propulsar. Rotó sobre su eje para formar un torbellino. Sabía por experiencia que eso pondría aún más furiosa a la manta.

La manada de walabs se irritó. Ocho ejemplares más surgieron del fango, cortando el agua con el afilado borde de sus aletas. La hembra que Jules había enganchado se propulsó con una potente sacudida de cola hacia él, convirtiendo todo su cuerpo en una flecha submarina, dispuesta a arrancarle ambas piernas por su osadía.

Jules cerró los ojos, rezando porque hubiera calculado bien las distancias. Cuando el animal estaba a menos de un metro, los cables alcanzaron su máxima longitud y lo frenaron con un estampido. El cable latigueó, dejando un vector de burbujas en las tinieblas.

El humano calculó que disponía de unos veinte segundos más de impulso antes de que el aire de la botella se agotase. Adoptando la postura de una flecha, igual que sus perseguidores, dirigió su cuerpo hacia la zona del río opuesta al lugar donde permanecía varada la nave.

Lentamente, ésta comenzó a desplazarse, milímetro a milímetro, y cada vez más deprisa a medida que la inercia del impulso primario empezaba a funcionar. La walab tiraba de ella con furia, remolcándola sin pensar en nada más que no fuese capturar a su presa. Jules dio gracias a los dioses porque medio casco estuviese todavía por encima de la superficie: aunque se tratase de un cuerpo de gran tamaño, las leyes de la física permitían desplazarlo con una fuerza proporcionalmente pequeña.

Llegó el momento en que Zhinz tendría que empezar a gobernarla, para mantenerla alejada de los escollos, pero el timón no se movió. El empenaje de cola permanecía estático. Jules se preguntó qué demonios pasaba con el maldito marsupial, por qué no obedecía sus órdenes. ¿Habría metido la pata ese saco de despropósitos gemebundo? ¿O se habría estropeado el mecanismo hidráulico?

En aquel momento, con los pulmones casi vacíos, Jules comenzó a preguntarse si lo de arrojarle al agua y molestar a los walab no habría sido una mala idea.

Mel

La inquietud no desaparecía: por más que espiase de reojo, Mel Pankratis no lograba mitigar la sensación de estar siendo seguido, observado, controlado por cada figura que cruzaba la calle y cada ojo electrónico que se movía en su dirección.

Aún se hallaba en la zona metropolitana de Ciudad de Cruces.

Y aunque su objetivo final era salir de allí lo antes posible, no se atrevía a acercarse más al extrarradio. Fantasías de rostros surgiendo de los callejones y manos que lo arrastraban hacia las tinieblas lo acosaban cada vez que llegaba a un tramo desierto. La conversación que había mantenido con los militares en aquel hangar había calado hondo en su paranoia.

—Poner las ideas en orden, ahora.. —musitó, en una espontánea declaración de intenciones.

Localizó la entrada de un pequeño bar, con una zona ajardinada en un ángulo protegido del viento. El paisaje era muy verde; había caléndulas, geranios, hortensias e incluso una mata de bambú. El lugar estaba decorado con gusto, con verbenas color limón colgando del techo y centros de flores en las mesas.

Mel tomó asiento junto a una arcaica estufa de hierro forjado. No había visto ninguna desde que era niño. Pidió al camarero una copa de licor y un lápiz, y desplegó una servilleta, anotando con caligrafía nerviosa las ideas que pasaban raudas por su cabeza:

Problema: Averiguar el paradero de Agnes.

Situación actual: ¿Perseguido por los militares? ¿Estaré metido en una absurda pesadilla de la que no puedo despertar? ¿Qué demonios quieren esos tipos trajeados de mí, si ya tienen lo que quedó del Lazirian?

Posibles soluciones:

a) Preguntarle a Gill qué ocurrió durante todo el tiempo que pasé en coma en el hospital. Si ella también navegaba en el Lazirian conmigo, ¿desapareció igual que los demás tripulantes? ¿Mantuvo Gill la funcionalidad dentro de mi cabeza durante ese intervalo crítico?

a.1) Espero que Gill no me esté ocultando información a propósito. ¿Habrá algo que no quiera decirme? (Nota A: Tengo que hablar seriamente con ella.)

b) Regresar al hangar y someterme a cualquier exploración o sondeo mental que deseen hacerme los militares. Si de todas formas piensan hacerlo, es preferible pasar el mal trago cuanto antes.

c) Obedecer al artefacto alienígena que apareció en el apartamento de Agnes (Nota B: Si empiezo a ver artefactos alienígenas flotando como si nada en el apartamento de mi novia es que estoy como un cencerro). Ir a buscar la misteriosa nave varada en la cascada, desobedeciendo la orden directa del comandante Zayb de no abandonar Cruces.

d) *Mandarlo todo al carajo y meterme a monje.*

De todas las opciones, la última parecía la mejor. Las otras irradiaban un aura de peligro que empezaba a parecer excesiva para un hombre de cuarenta años. Las aventuras estaban bien cuando uno tenía veinte o veinticinco, cuando sólo se piensa en comerse el mundo y no en evitar que el mundo se lo coma a uno. A partir de cierta edad, las acrobacias se vuelven más difíciles.

Quizá nada de esto habría ocurrido si no se hubiese enamorado de Agnes, pensó. Y hasta le pareció una idea razonable. Torpe, tardía, carente de sentido, pero de algún modo razonable en lo más profundo. Al fin y al cabo, si rebobinaba lo suficiente la madeja de circunstancias de su vida, hasta llegar a aquellos lejanos días en los que todas sus decisiones parecían tener sentido, fue ella la que lo puso todo patas arriba; la que le consiguió el puesto de segundo oficial en el *Lazirian*, al mando del vitriólico capitán Valasnian Yerkog. Este era un elemento del que se mantenían alejadas las personas honradas, un antiguo corsario metido a explorador por cuenta de la Panoplia Yenensis, un consorcio aerobio de científicos interesado en la cartografía del Bolzai. Esta abejera de lumbreras cargados de dinero estaba empeñada en averiguar si los grandes mitos de los que hablaban los pilotos borrachos (entelequias tan poco palpables como los Ángeles de alta energía, la misteriosa Entidad de Carbono Pensante o los esquivos Semilleros del Infinito) existían de verdad. Una forma tan tonta como otra de tirar el dinero, opinaba Mel, pero si parte de ese desperdicio iba a parar a sus arcas, qué demonios, bienvenido fuera.

El hecho —y algún día tendría que enfrentarse a ello— era que se había arrimado a Agnes porque su anterior matrimonio fracasó. Agnes no sólo representaba la oportunidad de abandonar un celibato al que estaba sometido contra su voluntad desde hacía tres años, sino que realmente le parecía bonita. Bonita e inteligente, el clásico cúmulo de promesas que acaba rompiendo el saco por alguna parte. Su antecesora en el cargo de «gran luminaria de su corazón» se llamaba Ilba, y era programadora de datos. Estaba en nómina de una empresa que llevaba a cabo una de esas labores que son imprescindibles para el buen funcionamiento de la sociedad, pero que suenan estúpidas si se describen en voz alta, como la redacción de los folletos de instrucciones de los medicamentos o el mantenimiento de las redes de datos de los anuncios automáticos de los edificios. Un trabajo carente de cualquier cualidad heroica. Y eso era lo que a Mel más le gustaba de ella, que era una persona sencilla.

Sin embargo, el sentimiento no era mutuo. Ilba le decía a menudo que lo había escogido a él, de entre todos sus pretendientes, por la posibilidad (bastante remota) de que algún día acabara por convertirse en alguien importante; el contrapunto que la mediocridad de ella necesitaba para sentirse realizada socialmente. La tercera vez que

Mel se presentó ante el capataz de una nave y fue rechazado, ella tuvo la amabilidad de demostrarle cuán lejos y rápido puede irse una persona si se lo propone. Lo dejó plantado, con una sensación de fracaso planeando sobre su cama y su vida, y un millón de proyectos a medio acabar que de repente parecían las peores ideas del mundo. Pensó en llamarla y apabullarla con uno de esos discursos que engloban todas las súplicas conocidas por la razón, pero su dedo se enredaba en la terminal cada vez que intentaba marcar su número. La sensación de que aquel adiós era irreversible, de que no había disculpa ni promesa en el lenguaje de los hombres capaz de hacerla cambiar de opinión, le indicó que lo que los separaba era algo más que un fracaso laboral. Era un asunto demasiado profundo para plantearse cualquier tipo de intimidad futura, dentro o fuera de la cama.

Armisticios coléricos en lugares vacíos, en eso había desembocado su platónica historia de amor.

La consecuencia lógica de esa separación tenía un nombre: Agnes. Sólo que por aquel entonces Mel aún no lo sabía. Una ironía más que tuvo que soportar su ya rendida bandera fue su ingreso como oficial de intendencia en un carguero de salto lejano, pocas semanas después de la ruptura con Ilba. Al fin había logrado lo que su relación (no él, ni ella, por separados, sino la correlación entre ambos) tanto demandaba: podía salir al espacio y ganarse la vida como un ciudadano honrado.

Agnes ya era una periodista más o menos famosa cuando todo aquello ocurrió, y conoció a Mel en las circunstancias más indeseables que preverse puedan: encima de un prospector minero orbital, una especie de taladradora planetaria que se había estropeado y que, para colmo, tenía varios obreros en huelga de auxilio (es decir, que no estaban dispuestos a permitir que nadie los ayudase a salir de aquel embrollo) en su interior. Las autoridades hicieron lo que pudieron por sacarlos, pero fue una combinación de suerte y arrogancia, más la presencia de Mel y de Agnes en el momento y lugar adecuados, lo que salvó la situación. Mel creyó que podía hacerse el héroe ante aquella dama tan hermosa, y ella disfrutó del espectáculo de la hombría del caballero hasta que los cuerpos de rescate tuvieron que intervenir para salvarlos a ambos, y de paso a los mineros, antes de la hecatombe final.

Un fracaso con final feliz.

Todo fue como la seda entre ellos desde entonces. Mel sentía que, a escondidas, crecía en su interior un antiguo impulso. Agnes estaba un montón de pasos por encima de él en el escalafón social y profesional, y si acababan saliendo juntos, no lo regañaría por no hacerla llegar aún más alto. Ella ya lo veía todo desde arriba, en amplios y complejos panoramas, y por lo que le contaba, le daba igual salir con un accionista, un astronauta o un fanático de la filatelia. Lo que buscaba en un hombre no era el triunfo, sino respeto. A diferencia de Ilba, su autoestima no se basaba en la capacidad de su pareja para ganar dinero, sino en cómo prescindían para entenderse

de las frases estúpidas de enamorados como «amarse no es mirar el uno hacia el otro, sino mirar juntos en una sola dirección», y tonterías así.

Pero también Agnes acabaría desapareciendo. Y Mel volvería a quedarse solo en una de las últimas líneas que el cruel libreto de la vida le tenía reservadas. Pero eso era otra historia, un drama distinto del que ahora sufría las consecuencias.

Por lo menos le quedaba el consuelo de que no era él quien abandonaba, sino quien era abandonado. No era el causante del sufrimiento, sino su lidiador. Se sentía un poquito mejor persona por eso.

—*La respuesta es no.*

Dio un respingo. Su amiga interior había estado leyendo las anotaciones que garabateaba en la servilleta a través de sus ojos.

—¡Gill! —exclamó. Unos comensales lo miraron, extrañados. Él se refugió, encorvándose hasta desaparecer de su vista, tras los cilios de las verbenas color limón que colgaban del techo—. ¿Qué dices?

—*Que no. No te estoy ocultando nada que no debas saber. Es el segundo apartado de tu lista.*

—¿Que no deba saber? —Aquello lo irritó aún más—. ¿Y cómo decides tú qué es lo que debo saber?

—*Te estás dejando llevar por el miedo, Mel. La situación no es tan crítica como parece.*

Mel bajó la voz. Un hombrecillo de piel curtida por la intemperie y cara de pocos amigos lo observaba desde otra mesa. Sin pestañear. La paranoia volvió a hincar los dientes en su cerebro.

—Tenemos que hablar seriamente, Gill —murmuró—. No te ofendas, pero... creo que no me has contado toda la verdad. Tú estabas operativa durante el lapso de tiempo que estuve en coma, ¿verdad?

—*En efecto.*

—¿Te aburríste mucho?

—*Apenas. Estuve poniendo un poco de orden en tu cerebro, eliminando las pesadillas y colocando en su sitio algunos recuerdos. Neuroformateando. Recuerda que estoy aquí para ayudarte a vencer el miedo a la compañía de tus semejantes. Tú mismo pagaste mucho dinero por esta terapia.*

—¿Y en los días previos al coma? ¿Qué pasó a bordo del *Lazirian*?

—*No pude ver lo que ocurrió, ya que durante el intervalo crítico mantuviste los ojos cerrados. Pero conservo registros de entradas sensoriales... desacostumbradas.*

—Explícate. Y sé lo más clara posible, por favor.

—*No hay nada que explicar.*

Mel apuró la copa, enfadado. Ella sabía cómo tirarle de la lengua, pero el proceso inverso estaba resultando difícil. Cierto, se había hecho instalar hacía varios años

aquella unidad psicométrica para que le sirviera de terapeuta, una especie de centinela que lo acompañase en su batalla contra el mal del espacio profundo.

Pero Gill mentía. Se lo notaba en la voz. Conocía más datos de los que quería revelar, y eso lo ponía nervioso. Era como tener un espía dentro de su cabeza; un supuesto amigo íntimo, conocedor de todos sus secretos, en quien de repente no se podía confiar.

—Cuando desperté en el hospital me preguntaste por la última transmisión que envió Agnes. Me dijiste que era importante que recordara, que resultaría vital para la supervivencia de mucha gente. ¿Por qué?

—*Estabas soñando, Mel. Yo nunca te hice esa pregunta.*

—¡Maldita sea, deja de jugar conmigo! —Golpeó la mesa con el puño, haciendo bailar su copa. El hombrecillo malhumorado le clavó la mirada.

Con las mejillas encendidas, Mel dejó un billete y se marchó sin esperar el cambio. La voz de Gill permanecía calmada, casi angelical:

—*¿Adónde vamos?*

—A hablar con los militares. Si no logro resolver esta situación por las buenas, lo haremos por las malas.

—*No es una buena idea. Ellos habrán visitado también el apartamento de Agnes. Posiblemente nos están siguiendo porque no tienen ni idea de qué hacer a continuación, y están esperando que tú los conduzcas hasta ese curioso artefacto brillante.*

—Qué idea. Parece de serial barato de detectives. Ahora sólo hace falta que me digas que te reservas información vital para la supervivencia de la especie humana.

—*Así es.*

Mel se paralizó. La calle estaba desierta. El viento hacía rodar restos de periódicos viejos por la acera. Le pareció como si una cosa viva olisqueara y lamiera las fachadas.

—¿Qué acabas de decir?

—*Cuidado. Se aproximan.*

Los localizó a través del reflejo del escaparate: dos hombres vestidos con guardapolvos. Sus duros ojos asomaron de la niebla que lentamente iba cubriendo la ciudad. Eran fantasmas, apariciones de pesadilla que venían a confirmar la peor noticia del mundo: que él no estaba esquizofrénico. Que el peligro que tanto sufría imaginando existía de verdad.

Mel les dio la espalda, se metió las manos con fuerza en su guardapolvo y siguió caminando. Llegó hasta una terminal de información pública. Tocó algunos botones, jugueteando con el icono de la policía, pero no lo pulsó. Los hombres seguían caminando en su dirección; iban a rebasarlo en breves instantes. Gill permanecía callada, como si sus frases pudiesen ser escuchadas de alguna manera por gente

desconocida.

Los hombres pasaron de largo.

Mel contuvo el aliento unos segundos más. No había de qué tener miedo. Habían pasado de largo. Rió para sí, pensando en lo cerca que había estado de salir corriendo, chillando a pleno pulmón en la calle, ante los transeúntes y los atónitos vecinos.

Los hombres se volvieron en redondo, casi como si hubiesen rebotado contra una pared de viento. El tono de piel del astronauta se volvió tan blanco como la nieve.

—¿Adónde va, amigo? —preguntó el más alto. Eran dos seres humanos extraordinariamente dispares, casi de caricatura: uno era menudo, bonachón y de sonrisa fácil, embutido en un traje con chaleco. El otro era huesudo, enteco, semejante a un pedestal ambulante para el objeto que portaba, un maletín negro—. ¿No estará pensando en abandonar la ciudad?

El mundo cayó sobre los hombros del astronauta. Aquélla era la confirmación definitiva: sabían cuál era su nombre, lo perseguían. Estaban por todas partes, joder.

—N... no me iré.

—*Sí te irás.*

—¡Cállate!

—¿Con quién habla, señor Pankratis?

Mel se llevó las manos a la cabeza.

—¡He dicho que me dejes en paz!

El pedestal viviente tendió hacia él una mano tranquilizadora.

—Tranquílcese. No queremos hacerle ningún daño...

—*Creo que no estoy siendo tan elocuente como debería, Mel. Voy a tener que recurrir a métodos más expeditivos para meterte en vereda. Sal corriendo ahora mismo de este lugar y vamos a esa cascada, por favor. Es la única manera de aclarar este asunto.*

—¡No!

—¿Se encuentra bien, amigo?

Mel se acuclilló, como si una potente migraña estuviese taladrando su cerebro.

—¡Alejaos! —chilló, con una repentina certeza de lo que iba a suceder—. ¡Apartaos de mí, por lo que más queráis!

—Pero ¿qué...?

Sus ojos brillaron con un resplandor nacarado. Los hombres introdujeron sus manos en las sobaqueras en busca de sus armas, en un acto reflejo producto de años de entrenamiento, pero no tuvieron tiempo de sacarlas.

Generando una onda de calor que reventó los cristales de las tiendas y las dos primeras filas de ventanas del edificio, la energía surgió furiosa de sus ojos, en un caudal ardiente, incontrolado. Los cuerpos de los agentes se convirtieron en teas, ardiendo con una llama muy blanca, como de combustión de gas. Mel se tapó los ojos

en un acto reflejo, pero su carne también ardió.

Gritando de dolor y miedo, Mel Pankratis desapareció entre las sombras de un callejón con una cancioncilla angelical resonando en su cabeza.

Lina

Despertó creyendo que estaba otra vez en el espacio.

El interior de la habitación (*su* habitación, la que tenía alquilada en la Clepsidra desde hacía meses) se le antojó un entorno Halo equívoco. Duro y dañino, no suave y acogedor como debía ser. Sumido en un horrible silencio, un silencio desprovisto de las canciones algebraicas que fundían su mente con la de la nave.

En el tiempo que sus ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra, vio haces de luz que se colaban por una rendija de la persiana, proyectando sobre el techo una imagen invertida de lo que había al otro lado. Vio gente boca abajo, vehículos EV que flotaban sobre las calles, una estampa distorsionada y caricaturesca de la vida en la estación. Trucos de la luz.

Laboriosamente, mientras su cerebro trataba de convencerse a sí mismo de que ya no estaba enlazado con la mente eufónica, sino que volvía a ser una entidad independiente y sola en el frío mundo exterior, apeló a un recuerdo de hacía varios años, de cuando surcaba las profundidades más densamente pobladas de estrellas de la Variedad. Lina acababa de instalar la nueva tecnología Centrom en los motores de la *Eurídice*, y eso la había llevado más lejos que nunca con sólo un par de saltos. Estaba eufórica. Las cincuenta mil estrellas de su isla de soles se le antojaron más cercanas que nunca —todas y cada una de ellas un diamante al alcance de la mano, esparcidas en un paño de terciopelo—, y su patio de juegos personal, un lugar asombrosamente pequeño que, en realidad, le provocaba claustrofobia.

Recordó a los fotóvoros. Ellos eran los protagonistas de aquel recuerdo, no la *Eurídice*: masas opacas recolectoras de luz de millones y millones de individuos que trazaban espirales en torno a una estrella amarilla, tambaleándose en órbitas concadenadas. Lina no los detectó en un primer momento, sino a sus detritos, cintas de polvo de fotones calientes que dibujaban una inmensa cabellera en torno al sol. Una cola de caballo peinada en forma de huso, con las puntas clavadas en nebulosas cercanas que hacían de coleteros para sus gigantescos rizos.

Cuando se acercó para analizar más de cerca aquel fenómeno, y vio por primera vez a los fotóvoros (criaturas parecidas a mariposas cristalinas con alas de miles de kilómetros cuadrados, cada una igual que una docena de naves estatocolectoras fundidas en un único motor), Lina sintió que algo cálido e importante nacía en su

corazón. Una sensación de maravilla y de bienestar, inolvidable, que la hermanaba con todas las cosas creadas y desconocidas que había en el cosmos. Mientras su nave caía entre los capullos de fuego, hundiéndose en lentas espirales en los vientos de materia y luz derramados sobre aquel poético disco de acreción, y zigzagueaba en torno a los leviatanes —grandes como montañas pero livianos como briznas de humo—, Lina supo que formaba parte de algo muy grande. Una fuente de vasta riqueza que englobaba a todas las cosas vivas y muertas, al pensamiento y a la materia inerte, que medía su tiempo en eras celestes.

Todos formaban parte de ella, aunque no lo supiesen: los aerobios, los respiradores de nitrógeno, los urtianos, las máquinas pensantes... cualquier organismo capaz de ver a los fotóvoros y emitir una sentencia, un «qué bello es el universo infinito que nos rodea», formaba parte de una sola cosa. De una idea que aquellas pacíficas criaturas ejemplificaban con su silencio de brillos crepusculares.

Lina se preguntó si su presencia allí sería fortuita; si no habría encontrado a los fotóvoros por alguna razón. ¿Sería sólo ella la que cambiaría para siempre al incorporarlos a su memoria? ¿O estaba llamada a influir en aquel ecosistema de una forma involuntaria pero decisiva? Tal vez la Naturaleza la estuviera llamando a convertirse en una amenaza para aquellas cosas, su depredador natural. Ella no tenía la menor intención de hacerles daño, pero sin una sensación de peligro disminuiría la entropía, y con ella la diversidad. Las súper manadas no se adaptarían a los cambios que inevitablemente sufriría la madre que las alimentaba, la estrella amarilla. Se procesaría menos luz, se enfriaría menos masa. Puede que la estrella necesitase esa variación, ese parasitismo local, para pasar a la siguiente edad de su larga vida; donar su luz con fines más filosóficos que astronómicos para convertirse en otra cosa.

Lina sollozó, aunque no estaba sufriendo. Se sentía bien, en paz consigo misma y con sus recuerdos. Con la fuente.

Lo que la sacó de aquel sistema solar infestado de parásitos de luz y la situó sobre la cama fue el olor a sudor que brotaba de sus cuerpos desnudos. Se relajó al sentir la proximidad de otro ser humano, de Heith, el hombre que sabía estar allí cuando ella más lo necesitaba. El de las cejas espesas y los abrazos tiernos, que tocaba a su puerta incluso cuando ella se volvía loca y permanecía erizada de murallas, de barreras, de distancias. De espacio profundo y misterios de la Variedad.

Miró arriba, al tragaluz que enmarcaba un trocito de cielo: la estación había rotado hasta dejar el colosal disco del gigante gaseoso a su espalda. La segunda luna adelgazaba en una noche estrellada, matando la luminiscencia de su cohorte.

Lina se estiró. Heith captó el movimiento y abrió los ojos.

—Hola —susurró.

—Hola —respondió la capitana, acariciándole la mejilla. Un atisbo de barba la volvía áspera—. ¿Estás despierto?

—Casi. Tengo que ir al baño.

Lina apartó las sábanas, facilitando que se pusiera en pie y desapareciera tras la puerta del inodoro. La taza del retrete estaba tan pegada a la puerta que el trasero de Heith sobresalió durante toda la operación. Era muy gracioso, con aquella piel tersa como la de un niño, tan blanca que parecía de mazapán.

El pensamiento debió de apoderarse de su rostro, porque cuando Heith abandonó el inodoro se echó a reír.

—¿Qué es tan gracioso?

—Tu culo.

—¿Mi culo es divertido?

—Es adorable —sonrió Lina, mordiéndolo. Heith se tumbó de nuevo y consultó la hora en su reloj de pulsera.

Enfadada, su novia se lo quitó de las manos y lo arrojó al otro extremo de la habitación.

—El tiempo no aparecerá en este lugar si no lo convocas, tonto.

—Eso está bien. Ojalá pudiera quedarme para siempre.

Lina frunció el ceño.

—¿Acaso piensas ir a alguna parte, picapleitos? ¿Eh? —Le hizo cosquillas—. ¿Serás capaz de dejarme colgada durante las pocas horas que voy a pasar en esta escoria de puerto orbital?

Heith agarró sus manos.

—No, te lo prometo. Lo que ocurre es que hasta los abogaduchos tenemos que ganarnos la vida en este estercolero.

—Eso es algo que siempre me ha hecho gracia.

—¿El qué?

—Que aunque los humanos están muy abajo en la jerarquía de la Variedad, aún siguen necesitando abogados.

—Oye, no estamos tan abajo: somos la quinta especie más influyente, después de los urtianos, los kodan, los andaras y los elandis de Tyr.

—¿Y eso te parece importante? Media Variedad quiere aprovecharse de nuestros pulgares oponibles, mientras la otra conspira para hacernos desaparecer. Me sorprende que hayamos logrado mantener este statu quo durante tanto tiempo.

Heith se tiró de un pelo de una de sus cejas.

—Bueno... si acaban venciéndonos, no será porque preparamos mal los pleitos.

Lina se echó a reír a carcajadas.

—No es para tanto —se sorprendió Heith—. El chiste no era tan bueno.

Ella se limpió unas lágrimas.

—Ay, los abogados... es desternillante cómo tendéis a pensar que las leyes inventadas por los hombres son tan inmutables como las de la Naturaleza. Algún día,

si quieres, te cantaré la hermosa balada de los fotóvoros.

—¿Los qué...?

—Nada, olvídalo. —Sacó de la cómoda un pañuelo y se sonó. Su pecho echaba de menos el aire limpio de la risa—. Gracias. Necesitaba esto.

Conectó el campo de hologramas y las paredes mutaron, vistiéndose con los ornatos de un bosque de jacintos. Lina buscó otro ambiente en la memoria.

—Tengo que descargar un par de teraflops de paisajes interactivos. Estos ya se están quedando viejos.

Los árboles fueron sustituidos por velos de lluvia grisácea que barrieron los muebles. El sol salió e iluminó una ventana, a través de la cual se distinguía un viejo puerto con pesqueros amarrados. Al otro lado, la vista se circunscribía al manchón oscuro de una playa.

—Sólo falta un poco de música —aplaudió Heith—. ¿Todavía tienes aquellos memos de Oliv Jahs?

—En la nave. A veces los pongo a todo volumen hasta hacer temblar el costillaje. El Halo lo odia —confesó Lina.

—Qué sabrá esa estúpida máquina qué es buena música. Que se fastidie.

—¡Que se fastidie! —Volvió a besarlo en la boca—. Por cierto, ¿qué hora es?

Heith miró el reloj estrellado contra la pared.

—No lo sé. Exorcizaste el tiempo hace un rato, ¿recuerdas?

Lina se levantó, rascándose el espacio entre las nalgas, y fue hasta el reloj. Sus cejas se elevaron con espanto al recogerlo.

—¡Ya han pasado cuatro horas!

—Sí, ¿y qué?

Lina rescató la ropa interior y el resto de sus prendas del caos del suelo y se vistió apresuradamente.

—¡Le había prometido al funcionario de aduanas que haría revisar mi cargamento antes de seis horas o se degradaría! Tengo que ir al muelle ahora mismo.

Como el traje de vuelo apestaba a sudor, lo catalogó como baja de guerra. Abrió el ropero y seleccionó unos pantalones ceñidos a la cintura y acampanados por debajo de las rodillas. Se peinó y arrojó la ropa interior sucia a una cacerola.

—¿Qué harás ahora? —preguntó su novio, que la contemplaba desde la cama con expresión aburrida.

Lina se guardó la pistola en el pantalón y cogió sus credenciales.

—Espérame aquí. Voy y vuelvo en media hora. Si no logro que esos malditos tasadores me den un permiso de desestibaje, perderé un montón de dinero.

—¿Tan preciosa es la carga que has conseguido? ¿De dónde la sacaste?

—Eh... —titubeó—. Ya hablaremos de eso. Ahora tengo que marcharme.

—¡Espera! —Heith se levantó. La abrazó con cariño, aunque sus ojos ofrecían un

discurso diferente—: No habrás vuelto a realizar «operaciones» peligrosas en la frontera, ¿verdad? —Elevó su mentón con un dedo—. ¿Verdad?

—Uh... no. —La mentira sonó tan falsa que hasta sus hombros se descolgaron.

—¡Lina, me lo prometiste!

—¡Y lo cumpliré! Éste ha sido el último golpe, lo juro. Después de esto ya no tendremos que preocuparnos nunca más por el dinero.

—Oh, por los dioses. —Heith ocultó el rostro entre las manos. La barba le raspaba como lija barata—. ¿Cuánto ha sido esta vez, y a quién se lo has robado? Sé sincera, por favor, o no podré protegerte. ¿Cien, doscientos megatonnes? Dime que ha sido a los gobys —imploró.

La voz de la capitana se volvió un delgado arroyo:

—Quince mil...

Heith sintió que el aire no le llegaba a la garganta. Con un ademán, invitó a su novia a acabar la frase.

—... A los urtianos.

Tirándose del cabello, el abogado hundió su cara dentro de la cacerola que usaban para la ropa sucia. Lina se mordió el labio y se despidió con un beso que fue como el roce de una nube en su cuello.

—Hablaremos después, ¿vale? Prometo volver cuanto antes y escuchar la bronca hasta el final. —Salió a toda velocidad por la puerta. Los gemidos de desesperación de Heith, parecidos a sollozos, fueron lo último que oyó antes de cerrarla.

Bajó hasta el nivel de la calle y subió a un transporte EV. Apenas le quedaba dinero, pero no podía confiar en las aceras móviles. Necesitaba rapidez.

Sonrió al pensar en Heith. Lamentaba hacerlo sufrir, pero era por el bien de los dos. Algún día le contaría la verdad sobre sus viajes, y él no tendría más remedio que quererla aún más. ¿Quién no se enamoraría perdidamente de una chica como ella, que era capaz de entregar más de un solo corazón a cambio? Porque todos los capitanes tenían dos corazones, el suyo y el de su nave estelar, que era al que recurrían cuando se lanzaban de cabeza al infinito, derechos al olvido o a la gloria.

El vehículo ascendió con un susurro de suspensores. La llevó sobre multitudes de comerciantes. Cruzó bajo puentes inopinados, dobló esquinas y descendió por callejones. Al cabo de un par de minutos, el muelle apareció con sus enormes naves ancladas a las grúas de servogravedad.

Lina pagó al conductor y corrió hacia la oficina de aduanas. Tuvo suerte: el mismo funcionario que la había atendido la primera vez bostezaba tras el mostrador. Así ahorraría tiempo en explicaciones.

—Creí que ya no vendría —gruñó el hombre.

Lina juntó las manos en un gesto de disculpa.

—¡Lo siento! Hubo un imprevisto, un incendio, un ataque terrorista y un EV

chiflado que me...

—Ya, y también una inundación. En fin, aquí tiene.

Le tendió un dossier.

—¿Qué es esto?

—He hablado con los tasadores. Están esperándola junto al muelle treinta. Entrégueles esto y guíelos hasta su nave, ellos no sabrán encontrarla solos.

Si no le hubiera inspirado tanto asco aquel hombre de nariz hundida y potente halitosis, Lina se habría inclinado sobre el mostrador hasta plantarle un beso en la mejilla. Pero se limitó a recoger los documentos y despedirse con un satisfecho «gracias».

Tardó menos de diez minutos en encontrarlos: un trío de funcionarios panzudos. Calculó qué porcentaje de los beneficios podía permitirse invertir en sobornos.

—¡Hola! —saludó.

Los hombres la examinaron con desdén.

—¿No va a venir el capitán Kolbrand? —preguntó uno.

Lina contó hasta cinco.

—Yo soy la capitana Lina Kolbrand. Esta nave es mía.

—¿Es también la propietaria?

—Sí. Tengo toda la documentación en regla, si desean revisarla.

Los funcionarios suspiraron con desgana.

—Está bien. Veamos ese cargamento.

Lina los condujo al muelle donde esperaba la *Eurídice*. Las mangueras de aprovisionamiento ya se despegaban de su fuselaje, dejándola lista para despegar.

La capitana condujo a los funcionarios hasta la bodega, ocupada por un enorme tanque de almacenaje (a ella siempre le recordaba a un generador nuclear en miniatura), en cuyo interior crepitaban mareas de energía.

Los funcionarios accedieron al ordenador y extrajeron medidores de sus maletines. Tras una serie de rápidas comprobaciones, uno comentó, sorprendido:

—La cantidad de energía que tiene aquí es muy grande.

—Lo sé —dijo Lina, orgullosa.

El funcionario se dirigió a su compañero, arrugando la frente. Algo no parecía ir bien.

—Oye, Mher, échale un vistazo a esto.

El aludido pegó la nariz al medidor. Las gráficas se salían de los márgenes y caían a cero un segundo después.

Lina miró por encima de su hombro, inquieta.

—¿Sucede algo?

Los funcionarios repitieron la operación. Estupefactos, se apartaron para hablar en voz baja.

Con los nervios de punta, Lina gritó:

—¿Se puede saber qué ocurre? ¡Estoy harta de esperar a que hagan su maldito trabajo! ¡Quiero deshacerme del cargamento de una vez, así que tásenlo y ofrézcanme un buen precio o se acordarán de mí!

El que respondía por Mher se adelantó.

—Verá, capitana, nos gustaría atender a su petición, pero tenemos un... ligero inconveniente.

—¿¡Cuál!?

—Sé que va a sonar muy extraño, pero parece que lo que hay dentro de ese tanque no es solamente energía.

Lina se sentó en un saliente de la maquinaria.

—Oh —dijo.

—No sabemos a qué puede deberse, pero por lo que se deduce de los datos... Bueno, sea lo que sea, parece poseer algún tipo de libre albedrío.

La capitana lo miró de hito en hito.

—¿Cómo... —preguntó lentamente— cómo sabe eso?

—Porque está respondiendo a nuestra exploración.

Capítulo 3

Informe horario n.º 6557105 / P 114

Cripto:

3

Asunto:

Informe de daños.

Extensión:

2,330 Lymes; 0,898 segundos de anchura de canal (*subvencionado por el Ministerio de Comunicación y Relaciones Panculturales de Ciudad de Cruces*).

Adjunto:

Vídeo y audio.

Remite:

Capitán L. Moahed, oficial superior de la nave de suministros NCP *Lamento locuaz*, en órbita sobre los restos de la colonia minera Rylos II.

Texto:

Es un paisaje de pura desolación. Empezamos a sospechar que algo iba mal cuando la torre de control de la colonia no respondió a nuestras llamadas. En un principio supusimos que tenían algún problema con la antena, pero al sobrevolarla... (*pausa de cinco segundos*). Están muertos. Todos. Algo ha arrasado la colonia hasta los cimientos. No ha quedado nada, ni los complejos residenciales ni las granjas hidropónicas. La excavación minera, por el contrario, permanece intacta, aunque no hemos detectado señales de vida procedentes de los túneles. Sea lo que sea lo que los atacó, no estaba interesado en robar material [...] Jamás había visto tamaña destrucción, y en mi vida he pasado por una guerra y he tenido noticias de al menos otras dos. Quienquiera que haya hecho esto, no demostró la más mínima piedad hacia los aerobios. Los dioses quieran que no hayan sido los urtianos, porque significaría que la guerra ha entrado en una nueva fase de crueldad sin límites.

Verk

Los cruceros urtianos reentraron en el espacio normal a dos años luz del cúmulo Sentrigys. Habían rastreado el objetivo a través de un laberinto de túneles subcuánticos, a medida que ejecutaba cabriolas destinadas a despistarlos entre los recovecos de la realidad.

¿O sólo estaba jugando con ellos?

En una sala presurizada del *Ahmar*, el observador no culturalmente inercial Samuel Verk asistía fascinado a las evoluciones de la maquinaria pensante Ur. A diferencia de las naves de guerra construidas por los humanos, el sistema de gobierno que regía los destructores Ur no estaba configurado de manera piramidal. No había un capitán, apoyado por consejeros a los que seguía una cadena de mando de

enrevesada complejidad. Por el contrario, los centros neurálgicos urtianos parecían sofisticados patrones colmena.

Los seres humanos habían diseñado sus máquinas siguiendo una estructura heredada de los primates: un centro de toma de decisiones, grupos departamentales subordinados que se repartían tareas menores, y un sistema de locomoción autónomo para desplazar el cuerpo.

Las naves urtianas no tenían centro de mando. Carecían de sistemas esclavos. Al igual que los bancos de peces que poblaban los mares de su mundo, la compleja red pensante no disponía de guía, de líder de manada. El pensamiento surgía espontáneamente a partir de reglas muy sencillas de bajo nivel, destinadas a solventar problemas pequeños. Cuando millones de individuos dentro de la gran máquina ordenaban sus peticiones mediante un sencillo algoritmo de burbuja, el pensamiento era una expresión de la necesidad del grupo, una orden muy depurada que podía consistir, simplemente, en «girar veinte grados a estribor».

Verk había visto a los urtianos aplicar ese pensamiento emergente tanto a pequeña como a gran escala. Muchos de sus sorprendentes avances tecnológicos tenían su origen en este pensamiento depurado.

Eso lo asustaba.

Desde las profundidades no presurizadas de la nave (los urtianos habían tenido la amabilidad de rellenar con oxígeno aquella sala, pero el resto permanecía al vacío) llegó un mensaje. Verk se giró y admiró una profunda sima, rodeada de lo que parecían andamios líquidos de geometría cambiante.

La cognoscitiva Ur se comunicó con él. Fue un leve parpadeo, un mensaje alimentado directamente a su órgano de Corti:

—*Hemos localizado los restos del convoy. Según el informe de los patrulleros, han sido emboscados por piratas humanos. No queda rastro de la carga de enlaces por nucleón.*

—¿Tendrá ese suceso algo que ver con la anomalía? —preguntó Verk.

La retumbante voz de la máquina Ur reverberó en las bóvedas de su cerebro:

—*Parece una acción propia de aerobios. Los restos hablan: la anomalía ha estado aquí con toda seguridad. Es posible que siga oculta en la nebulosa, en alguna parte.*

—Entonces estamos en peligro. ¿Sigue claro el rastro?

—*Hay una variación anormal en la densidad de materia oscura del sistema.*

—No sé qué demonios significa eso, pero no me gusta el cariz que está tomando la situación.

—*Eres un observador no culturalmente inercial, Samuel. Tu absoluto desconocimiento de la cultura Ur te convierte en el vigilante perfecto, en el consejero capaz de enunciar conclusiones no paralelas a nuestra lógica.*

—Pero eso no servirá de nada si carezco de datos. Jamás había visto a un Ángel comportarse de esta manera. Parece como si nos estuviese estudiando. —Señaló a la zona más diáfana de la nube—. ¡Allí!

—*Concentraciones de gas ionizado, triptófanos y carboxilos. Materiales de construcción de aminoácidos. Los excreta en su estela de impulso.*

—Sea lo que sea, es panespérmico —murmuró Verk, más para sí mismo que para la cognoscitiva.

Las naves de guerra hablaron entre ellas. Al minuto, el segundo destructor se adentró en el banco de dunas de la nebulosa, justo en la dirección que él consideraba más peligrosa.

—¡Un... un momento! ¿Qué están haciendo? —protestó Verk.

El destructor rebasó los anillos de chatarra, alejándose en solitario.

Sucedió de improviso, un movimiento rápido tras las cortinas de polvo estelar. Una sombra gigantesca se recortó contra el cúmulo perlado de Sentrigys. El ojo de Verk captó esa silueta, pero su cerebro no quiso aceptarla.

El crucero Ur disparó sobre la anomalía. Era la primera vez que la veían junto a una de sus naves: parecía medir cinco kilómetros de longitud y siete de anchura. El gigantesco ente de energía brilló con intensidad, absorbiendo las descargas del crucero, adquirió una forma pentagonal y se lanzó contra la nave urtiana.

Dos microsegundos después, la nave Ur era sólo un recuerdo.

Todo el proceso había durado menos de cuatro segundos. Con un espasmo, la figura geométrica que contenía al misterioso ente titiló, desapareciendo en un túnel R a voluntad.

—*El experimento se ha saldado con un rotundo éxito. Los datos serán analizados con detalle durante las próximas horas* —dijo la cognoscitiva, sin ocultar un leve tono de satisfacción.

Verk sintió un escalofrío. Había decidido cambiar de bando hacía muchos años por motivos que nunca había querido revelar, pero aquel espectáculo de inútil sacrificio, de amputación voluntaria de un miembro de la flotilla a cambio de un simple vistazo del enemigo, hablaba por sí mismo.

Los humanos habían combatido valientemente a los urtianos durante muchas generaciones, pero aquella forma de pensar, la fría predisposición a sacrificarse por el bien del grupo y la precisión de sus estrategias de burbuja, vaticinaban a los aerobios un plazo de vida muy corto.

Charlemagne

La mujer era razonablemente atractiva. Había ascendido por los peldaños que separaban la consulta de la sala de espera ignorando el consejo que ofrecía el felpudo: «Límpiese los zapatos antes de entrar.» Su cabello rojizo, que no parecía limpio, estaba sujeto en un moño descuidado, arreglado con prisas. Sin embargo, Charlemagne Ulner consideró que tan sutil descuido no desmerecía el conjunto.

—Señora Velnier —la saludó—. Es un placer verla de nuevo.

—Me alegro de que lo considere un encuentro agradable, porque yo he estado a punto de denunciarlo ante la oficina de protección psicosanitaria.

—¿Y por qué habría de hacer eso, si se me permite preguntar?

La señora Velnier se sentó frente a la mesa, en una silla ergonómica. La consulta estaba decorada para transmitir sobriedad, pero el doctor Ulner se permitía algunos lujos de cara a sus pacientes.

—He hablado con mi marido. O mejor dicho —corrigió—, *no* he hablado con él durante el último par de días. Cuando salió de aquí parecía haber experimentado una mejoría, pero de repente ha caído en un pozo negro. No come, no se baña... apenas es capaz de hacer nada aparte de montar sus estúpidos puzzles. ¡Se pasa horas mirando algún objeto sin importancia, y cuando lo retiro, sigue con la vista fija donde estaba, como si el objeto aún estuviese allí!

—Es un contratiempo bastante inesperado, en efecto —caviló el doctor, camuflando como asentimientos fugaces miradas a sus pechos—. Cuando firmé el alta de su esposo, había superado con creces los tests.

Ulner se recostó en su sillón, dejando que su vista se perdiera en los volúmenes de la biblioteca, que ocupaba dos paredes de la consulta. Repasó mentalmente varias explicaciones del suceso que sonarían científicamente complejas, capaces de dejar tan apabullada a su cliente que no se atrevería a discutirle ni una coma, pero decidió no practicar ese juego. La señora Velnier podría haberse informado mínimamente antes de acudir a él con su queja, así que decidió divagar en torno a la verdad.

—Verá, Ana... ¿puedo tutearla?

—A estas alturas qué más da.

—Hay determinados pacientes, como su marido —explicó, engolando la voz—, que permanecen la mayor parte del tiempo abstraídos, ensimismados en mundos interiores de gran complejidad. Esto dificulta nuestra tarea, la de los terapeutas, para acceder a ellos. En las preciosas ocasiones en que lo logramos, resulta muy complicado convencerlos para que abandonen ese maravilloso mundo interior que han construido, y remonten peldaños hasta la realidad.

Se levantó de la silla. Fue hasta un armario empotrado junto a unos cuadros de animales enzarzados en una violenta pelea. Extrajo un maletín nacarado y lo depositó sobre la mesa.

La mujer sonrió con la boca pequeña. No se había creído nada.

—Si usted lo dice, doctor. Pero me jode mucho esta situación. Yo he pagado por la curación, no por el tratamiento.

Ulnier suspiró. El uso de aquel vocablo malsonante había logrado destruir el poco interés que la mujer había logrado despertar en él. ¿Por qué la gente de clase alta tendía a mostrarse tan simple, tan tosca, en cuanto sus instintos de supervivencia tomaban el control?

—En efecto, señora Velnier —admitió a desgana—. Ha pagado generosamente para obtener resultados. No me gustaría que se marchase hoy de mi consulta sin que yo le dé buenas nuevas, la verdad.

Sacó el escalpelo del maletín, y la mató de frente, disfrutando de la brusca sorpresa que reflejaron sus ojos. La Velnier probablemente no se daría cuenta de que estaba desangrándose hasta que el afilado instrumento hubiera cercenado ya su yugular, girando para dirigirse con fuerza hacia el esternón.

Con una mano apartó su molesto pecho izquierdo. Le resultaba curioso cómo funcionaba la mente humana: antes de admitir el hecho de que la estaba abriendo como a un animal, su refinado sentido común, forjado en el temple de las fiestas caras y los restaurantes de lujo, buscaría cien explicaciones alternativas. La sangre manó mucho antes que la comprensión, y la Velnier dejó de respirar sin caer en la descortesía de aullar pidiendo socorro.

Ulnier se lavó las manos, no sin antes envolver el cuerpo en plástico, romperle los huesos y meterlo a presión dentro del mueble bar. Dejó el escalpelo, ya limpio, sobre la silla ergonómica y pulsó un botón: una pequeña escuadra de robots de limpieza surgió de nichos en las paredes, eliminando cualquier huella de sangre que la impertinente señora Velnier pudiera haberse olvidado en la alfombra.

Sus pensamientos viajaron hacia regiones sombrías y deprimentes. ¿Cuántas mujeres le habían contado el secreto de su infelicidad? ¿Cuántos ejecutivos de éxito había tratado, ayudándolos a descubrir su propia identidad, para verlos emerger luego con un aliento ingrato de las profundidades de un bar?

Sonó el timbre de la recepción. Su secretaria, la impávida señorita Glek, le pasó la llamada sin preguntar siquiera si deseaba recibirla.

Cómo odiaba a aquella mujer. Si al menos encajase en el perfil...

El doctor se sorprendió al reconocer el rostro sudoroso que llenó la pantalla.

—¡Mel! Qué agradable sorpresa. ¿Cómo te va, muchachote?

—Char... Gill ya ha comenzado a funcionar mal.

—¿Gill? Pero ¿qué ha pasado? —A pesar de la escasa definición de la imagen, advirtió que la piel de su amigo parecía sudorosa. Sus ojos se movían inquietos de un lado para otro, como si los márgenes de la pantalla pudiesen esconder algún peligro.

—Necesito verte. Ha ocurrido algo terrible. ¡Déjame pasar!

Charlemagne ordenó a su secretaria abrir la puerta. El Mel que apareció en el

umbral, encorvado y con las manos envueltas en papel de inodoro público, no era el vagabundo estelar que él recordaba.

Lo ayudó a subir hasta su despacho (el dúplex apenas dejaba espacio para que una escalera de caracol enlazara los dos ambientes) y le permitió usar el servicio. Mel bebió del grifo, abrió el botiquín y se quitó el papel higiénico que envolvía sus manos.

Al ver las quemaduras, Ulner alzó las cejas.

—¡Mel, ¿qué te ha ocurrido?! ¡Debes ir a un hospital!

—No. —Sacudió la cabeza—. No, por favor. Te lo explicaré en un minuto, pero antes déjame vendar esto.

—Pero las heridas...

—Son superficiales. Déjalo estar.

Ulner le dejó hacer. Mel era un astronauta acostumbrado a la soledad del espacio, a cuidarse en prácticamente cualquier circunstancia. Se encaminó al mueble bar para servirse una copa de licor, pero giró en redondo a medio camino.

—¿No hay copa? —preguntó Mel, un poco más tranquilo.

—Tengo el refrigerador estropeado. Todo está a temperatura ambiente. —Recogió con naturalidad el escalpelo de la silla y lo guardó en el maletín.

—El asiento está caliente —observó Mel—. ¿Has tenido visita?

—Sí... una paciente muy pesada que no se sentía a gusto con los resultados de la terapia. La hice salir por detrás. ¿Y bien? —suspiró—. ¿No me vas a contar cómo te has hecho esas heridas?

* * *

Mel se lo contó todo con absoluto detalle, tanto que Ulner supuso que estaba añadiendo datos de su propia cosecha. Relató su odisea desde que despertó en el hospital hasta el espantoso encuentro con los agentes, y lo que había sucedido después. Varias veces tuvo que retroceder para aclarar puntos oscuros en el relato, pero al final todo parecía encajar. Era una clásica fantasía con tintes paranoicos.

Cuando terminó, el doctor Ulner parpadeó por primera vez en cinco minutos. Tomó notas en el ordenador e hizo preguntas sibilinas, con la intención de atraparlo en alguna contradicción que demostrase que le estaba mintiendo. Pero el astronauta sorteó todas las trampas: fuese o no una fantasía, lo cierto era que, en su cabeza, el relato parecía coherente.

—Así que... viste aquel artefacto brillante, flotando en el apartamento de tu pareja —resumió—. Junto a un gato que estaba vivo y muerto a la vez. Y justo después comenzó la pesadilla.

—Creo que ya había comenzado mucho antes. Los militares hablaron conmigo, me dieron a entender que algo raro sucedía con los supervivientes de la expedición del *Lazirian*.

—¿Supervivientes? ¿Hubo alguno más aparte de ti?

Mel se repantigó en la silla, que todavía conservaba el calor de la mujer asesinada. El sudor manaba sin control de su frente.

—No lo sé... No... —Se estrujó las sienes—. No recuerdo qué me dijo exactamente aquel militar. Todo se ha vuelto confuso. Desordenado.

—Entiendo.

Mel pareció sorprendido.

—¿De veras?

—No. Era un comentario de cortesía. Oye —se inclinó sobre la mesa—, dices que Gill tiene algo que ver con esto, ¿no? Que ya no es el programa de control psicométrico que te instalé hace años.

—Debe de quedar muy poco de eso en ella. ¡Mierda, me siento como si tuviera las manos atadas! Y la forma de matar a aquellos tipos es... fue... tan ilógica. Tan de... de pesadilla... —Cerró los ojos—. No usé las manos. Sólo me las quemé. Es como si llevase un asesino en potencia detrás de mi propia frente, peligroso hasta para mí mismo.

Charlemagne parpadeó al oír esa palabra.

—Puede ser que lo imaginaras todo, o que lo interpretaras de esa manera tan irreal porque ya cargabas con una retahíla de hechos confusos. A veces lo hacemos de manera automática para conferir un asomo de lógica al caos que nos rodea.

—Deja de psicoanalizarme, joder. Te digo que ella los mató. Gill. Expulsó algún tipo de energía a través de mis ojos que... —Enmudeció, dándose cuenta de lo ridículo de la idea. Estalló en carcajadas nerviosas—. Es increíble. Es el mal del espacio. Me está destrozando la cabeza, ¿verdad?

Ulner lo examinó, jugueteando con su pluma favorita.

—¿La has desconectado?

—¿A Gill? Creo que sí. Pronuncié la clave psicosomática que la desactiva, como me enseñaste.

—Perfecto. Sígueme.

Lo condujo a una habitación anexa, un pequeño laboratorio. Apartó una chaqueta arrugada de un taburete y sentó a Mel frente a una máquina.

Mientras se dejaba adherir unos electrodos a las sienes, Mel preguntó:

—¿Puedes extraérmela?

—¿A Gill?

—Sí. No quiero que esa zorra siga rondando por ahí dentro. Tengo miedo de lo que pueda hacerme.

—Me temo que no va a ser posible —carraspeó Ulner—. No sé si recuerdas el contrato que firmaste: las unidades psicométricas son juguetes demasiado complejos para desenchufarlos sin más. Son de inmensa ayuda para poner en orden tus problemas; pero una vez que aceptas a una como huésped, tiene que completar su vida útil y degradarse por sí misma. Hasta entonces no se puede extirpar.

—¿Cómo que no? ¡Podrías meter tu bisturí y cercenar su CPU, o lo que sea que gobierne esa cosa!

Ulner presionó unos botones y la máquina zumbó. Los resultados aparecieron en una pantalla. Mel vio una especie de patata atrofiada, irregular y llena de manchas violáceas, en nada parecida a los dibujos del cerebro que había visto en su época de estudiante.

—Está en falso color —explicó Ulner—. Las zonas blancas expresan una actividad de ochenta microvoltios. Es el umbral de lo que llamamos «pensamiento», lo que estás usando ahora mismo.

—¿Y las amarillas?

—Áreas de actividad latente. Zonas que tu cerebro usa como almacenes, para servir de apoyo a las principales. Estas otras —señaló las coloreadas en violeta—, son Gill.

Mel contempló el gráfico, estupefacto. El violeta se había extendido hasta abarcar amplias zonas de la masa cerebral. Se le antojó una suerte de cáncer, un tumor maligno con conciencia de sí mismo.

—¿*Todo eso* es ella? —exclamó.

—Ya te lo dije: Gill no tiene CPU. Lo tuvo en una época inicial, lo que consideramos la «infancia» de estos vigilantes. Pero para operar más fácilmente sobre ti ha tenido que expandirse. Ahora es todo software y neuroespacio.

—Es... increíble.

—Sin embargo, aquí se aprecia algo muy extraño. —El doctor señaló una zona pintada de gris.

—¿Qué es eso?

—No tengo ni la más remota idea —confesó Ulner con la voz muy tranquila—. Pero seguro que está relacionado con ella. Fíjate cómo rodea sus áreas más importantes y las enlaza con el resto, como un pequeño sistema de acueductos. Parece una minúscula obra de ingeniería.

—¿Y qué conducen esos acueductos, si puede saberse?

—Quién sabe —murmuró Charlemagne. Por primera vez parecía darse cuenta de que tenía algo realmente insólito ante sus ojos—. Puede que transporte información en forma de neurotransmisores. O memorias de caché apoyadas en las glías. Humm... —tamborileó con los dedos en su propia barbilla—. Jutnar Cesbron podría arrojar algo de luz sobre esto. Es el mayor experto en entes psicométricos que conozco —

aclaró—. Enseña programación de neuroespacio en la Universidad de Cruces. Podría llamarlo, si no tienes inconveniente.

—Por favor, hazlo —invitó Mel.

Rápidamente, Ulner se puso en contacto con la secretaria de la universidad. Tardó unos minutos en conseguir que le pasaran con Jutnar. Un rostro orondo con una nariz torcida apareció en la pantalla. Su cabello se descolgaba en unas patillas el doble de largas de lo habitual.

Tras escuchar las esquemáticas explicaciones de Ulner, aventuró:

—¿Un polivirus?

—Poco factible —negó el doctor—. Había pensado en algún tipo de caché de intercambio de memoria. Puede que cultive neurotransmisores para uso propio, al estilo acuicultura.

—¿Y para qué iba a querer ese programa tanta capacidad de transmisión? Acuicultura de neuronas... No, no es lógico. Si me traes mañana al paciente, le echaré un vistazo.

—Gracias, Jutnar. Te debo un trago.

—Si algún día hiciéramos la cuenta de todos los que me debes... —sonrió el profesor, cortando la comunicación.

Charlemagne paseó sin rumbo por su propia consulta. Dudaba que su actual estado de excitación se debiera sólo al imprevisto enigma que Mel había traído a su consulta (cuando mataba, el disparo de la adrenalina siempre le duraba varias horas, como si se hubiera inyectado un cóctel de drogas), pero la sensación era embriagadora.

Gill, la vieja Gill. Le había puesto ese nombre cuando se la instaló a Mel en honor a su última víctima, una dama demasiado aficionada a empinar el codo. En aquel momento le resultó gracioso que el recuerdo de la víctima quedase navegando para siempre dentro de la cabeza de otro de sus pacientes, como una especie de vocecilla de la conciencia, un fantasma electrónico, dictándole las normas para ser buena persona y no hacer, jamás, jamás, lo que le habían hecho a él. Curiosamente, había sido aquella mujer, la Gill original, quien le había enseñado a apreciar con tanta pasión las virtudes del licor.

Cuando regresó al laboratorio, notó que algo sucedía: Mel se frotaba la parte de atrás del cráneo con los nudillos, tan fuerte que estaba a punto de hacerse daño.

—¿Qué te ocurre? —se alarmó.

—Está despertando.

—Eso es imposible. Gill no puede reactivarse a sí misma después de introducir la clave.

Mel se puso en pie, arrancándose los electrodos de la frente.

—Está despierta —dijo gravemente—. Siento cómo te observa a través de mis

ojos.

El doctor Ulner lo miró y se sintió vigilado por alguien que no estaba presente. Alguien bautizado como una mujer asesinada.

Zhinz

El río abría un ancho sendero en la selva. Mientras Jules se curaba el pie con la sabiduría destilada en unos frascos que había encontrado en la enfermería, Zhinz se preocupaba en volcar todo su peso en la pértiga. La nave flotaba mansamente corriente abajo, guiada por el instinto de supervivencia de la walab.

Zhinz contempló a su amigo respirador de oxígeno, sentado sobre el estabilizador de popa. Estaba encorvado, aplicándose un ungüento en el muñón del pie derecho. En su arriesgada maniobra de enjanzamiento de la walab, uno de los machos le había amputado tres dedos de un mordisco.

—No se puede jugar con esos malditos bichos y salir ileso —mascullaba, contrayendo los músculos de la cara en un rictus de dolor—. Esto me pasa por imbécil. Mira que Lepp me lo advirtió.

—¿Quién ser Lepp, amigo-Jules?

—Un antiguo colega del gremio de recolectores, en Puerto Kaidok. Fue quien me enseñó a pescar walabs en los afluentes del Elos.

—Debe ser hombre valiente / arriesgado / ...

—No es. Era. Se lo comió un macho con malas pulgas durante un desove. Aunque realmente fue culpa de él: se había agarrado una cogorza de miedo la noche anterior, y no se le ocurrió mejor manera de celebrarla que echarse al agua con un arpón. Los pescadores sacaron lo que quedaba de sus miembros con una red.

—Estúpido fue.

Jules asintió. Por motivos culturales complejos, los marsupiales no compartían la necesidad de honrar a los muertos que profesaban los humanos.

—Supongo que la estupidez está arraigada profundamente en todos nosotros, aunque no queramos admitirlo. Dime, ¿por qué te has callado la tercera acepción?

—¿De qué hablas, amigo-Jules?

—Me pareció entender que la palabra «valiente» es trisinonímica en cumular uno. ¿Cuál es la tercera acepción?

Zhinz bajó la vista.

—.../ Idiota.

Jules soltó una carcajada.

—¿Lo ves? Hasta tú sabes de qué va esto, en el fondo. De idiotez pura y dura,

nada menos.

Algo se acercó flotando por el río. Zhinz lo contempló con asco mientras lo rebasaban: era el cadáver de un cuadrúpedo de gran tamaño, un toro barbado. Flotaba panza arriba, con la piel llena de pústulas y abscesos, como si lo hubiera derrotado una violenta enfermedad.

—¿Ves eso, amigo-Jules? —preguntó Zhinz, intranquilo.

El humano inspeccionó la ribera.

—Probablemente habrá mantis cartilenas por los alrededores —gruñó—. Parece el efecto residual de su veneno. Ten cuidado a partir de ahora, no dejes de vigilar la selva.

Un acceso de miedo hizo temblar las robustas piernas de Zhinz. Había oído hablar de las mantis, enormes depredadores oriundos de las zonas tropicales del planeta. Eran reliquias del período carbonífero que habían sobrevivido alimentándose de mamíferos grandes cuando podían, y libando depósitos de hidrocarburos cuando no. La única forma conocida de matarlos era cercenando su cabeza y dejando que el cuerpo muriese de hambre a las pocas semanas.

Un chapoteo evidenció el nerviosismo que se había apoderado de la walab. Jules la espoleó aplicando electricidad al cable.

—También huele el peligro.

—¿Estaremos a salvo / protegidos de en el centro del río, amigo-Jules?

—No apostaré por ello. Las mantis pueden saltar docenas de metros. Si llamamos su atención brincarán sobre la nave y nos ensartarán. —Agarró con fuerza las bridas—. Podríamos escondernos dentro de la nave, pero nos arriesgamos a que nuestro corcel se vuelva loco.

El humano y su compañero prolongaron el silencio.

—Vamos abajo.

—De acuerdo / por narices.

Entraron rápidamente a través de la esclusa, asegurándola. Descendieron la escalinata hasta el pasillo central y cerraron también la compuerta. Puede que aquellas medidas de prevención fuesen sólo psicológicas, pero ambos suspiraron aliviados al sentir el peso de tantas planchas de plástex sobre sus cabezas.

—¿Qué hacemos ahora, sabio-amigo-Jules?

—No tengo la menor idea —dijo el humano, desplomándose sobre el suelo. Zhinz se sentó a su lado—. Esperar, supongo. Y confiar en que nuestra buena amiga walab nos remolque hasta que salgamos del territorio de esos monstruos.

—Este viaje / periplo no estar resultando como esperaba, no —se quejó el marsupial. Su gimoteo provocó un acceso de simpatía en Jules.

—¿Por qué abandonaste tu nido, Zhinz? ¿De veras estáis pasando tanta hambre en vuestra roca?

—Guerra / conflicto contra malditos urtianos cobrarse también bajas en nuestros campos. Hambre atenaza. Pequeñas crías mueren. Y otras que deberían haber muerto, sobreviven. Paradójico es.

—La guerra es una mierda.

—Lo es / serlo. Mi especie se siente impotente, incapaz de detenerla / pararla. No buscarla, no tener intereses en ella, pero sufrirla igualmente.

—No te preocupes, amigo. Si logramos llegar a Puerto Kaidok y descubrimos cómo sacarle partido a la cosa brillante que vimos en la bodega, te daré el trei... el veinte por ciento.

—¡Generoso-amigo-Jules!

—No me des las gracias. Estamos juntos en esto.

El humano se masajeó el muñón del pie. Volvía a sangrar.

—¿Puedo hacerte / formularte una pregunta, amigo-Jules?

—Dispara.

—¿Quiénes eran aquellos humanos que te acompañaban en la cascada?

—Carroñeros. Una banda que operaba cerca del afluente del Elos. Ellos se... Jules se irguió.

Zhinz dio un respingo, mirando asustado en todas direcciones.

—¿Qué ocurre, amigo-Jules? ¿Mantis?

—¡No, carroñeros! Hiena, creo que acabas de dar en el clavo.

—¿Qué haber hecho ahora?

Jules cojeó hasta el puente, se aproximó a una mesa de cartografía y pulsó unos botones. Una imagen brilló bajo el cristal holográfico. Jules le propinó un puñetazo, tras el cual la máquina pareció funcionar mejor. Un mapa del río y sus tributarios se alzó crepitando.

Jules señaló un punto cercano a una confluencia de cascadas.

—Ahora estamos aquí. Si tenemos suerte, la corriente nos conducirá hacia este lago.

Zhinz observó el mapa. A casi un centenar de kilómetros de distancia río abajo esperaba Puerto Kaidok, en una estratégica posición desde donde podía interceptar los envíos de troncos que los madereros conducían por el río como bancos de revoltosos salmones.

—Tal vez pasemos cerca del campamento base de los carroñeros —continuó Jules—. Cuando me tropecé con ellos estaban instalados en torno a esta curva. —Siguió con el dedo una línea verdosa—. Sus arponeros cazan mantis en el linde de la selva.

—¿Y por qué se arriesgan en tan peligrosa / absurda empresa?

—¿Recuerdas el toro barbado? El veneno que inyectan en sus víctimas vale una fortuna. Creo que si ponemos proa hacia... ¡espera!

Zhinz también lo sintió: una leve inclinación hacia babor de la estructura.

Jules y el cruzaron una mirada de pánico. Sólo el peso de algo grande que de repente se hubiese posado sobre la nave podía inclinar el eje de flotación de esa manera.

El peso de un insecto monstruoso de más de nueve metros.

Capítulo 4

Informe horario n.º 6557183 / P 114

Cripto:

0

Asunto:

Esos misterios de la infocencia

Extensión:

2,107 Lymes; 1,001 segundos de anchura de canal (*subvencionado por el Ministerio de Comunicación y Relaciones Panculturales de Ciudad de Cruces*).

Adjunto:

Video y audio (cumular dos).

Remite:

Una emisora anónima de cultura gratuita y enseñanza técnica básica en los alrededores de la Clepsidra de Horus.

Texto:

La ciencia de la informática consiste en una huida hacia delante, una carrera contra el tiempo y el espacio: tiempo de ejecución y espacio de almacenamiento. Curiosamente, los técnicos han tratado de eliminar los componentes físicos de las computadoras con el fin último de hacerlas desaparecer. Al menos a nivel físico. Con el software de estados complejos (SEC), el sueño de mantener las prestaciones pero eliminar el soporte se ha hecho realidad. Estos programas corren sobre tejido vivo: sólo necesitan el permiso del portador para instalarse en su red neuronal (o incluso en el sistema vascular, siempre que éste se encuentre lo suficientemente ramificado), o en último extremo sobre la piel. Los entes psicométricos, o servodoctores, son un ejemplo de esta tecnología que ya está aplicándose con éxito en el campo de la psicología clínica.

Para que los programas se ejecuten en la epidermis, sin embargo, se necesita mantenerla convenientemente húmeda, bien sea bañándola en agua o con una inyección periódica de sudor. Debido a ello, no es de extrañar que a los primeros portadores de SEC se los conociera popularmente con el sobrenombre de «apestados». Créanme, el mote no tenía nada de alegórico.

Norte

Aquel Cubo no se parecía a ninguno de los que Norte hubiese visto antes.

Por lo general, el monstruo tenía siempre una forma de interfaz por la que se accedía a sus misterios. Esa especie de llave conceptual sólo respondía a la persona que la empleaba si ésta formulaba las preguntas adecuadas. ¿Y qué eran unas preguntas para un artefacto alienígena que estaba más allá del tiempo y espacio?

Para cada Cubo, la respuesta a esa pregunta también era diferente.

Norte vivió durante más de un año con los Axha hasta descubrir por dónde tenía que empezar a pensar si quería acceder al Cubo. Todas las Xfinges tenían un gran

misterio encerrado en su seno, y también una pregunta, que formulaban a los sabios que intentaban acceder a esos misterios. Por eso Norte las llamaba monstruos: porque mataban, eran entes despiadados que estaban por encima del bien y del mal. Sólo guardaban misterios. Y muerte. Una muerte eterna y definitiva.

Pero un año después de sentarse por primera vez en una duna a mirar fijamente el Cubo, tratando de averiguar cuál era la forma de aproximarse a él y escuchar su pregunta... Norte dio con una solución. Una bastante obvia, además.

Los Axha.

El tatuador de sus mandalas era la más anciana de la tribu (lo que equivalía a que era veinte o treinta años más joven que Norte), una antigua cazadora llamada Rek. Esa mujer conocía los secretos de la piel humana. Los conocía tan a fondo que era la única capaz de dibujar los ramidabras sobre sus congéneres, de forma que no sólo no se borrasen con el tiempo, sino que, a medida que el poseedor del tatuaje fuera creciendo, éste también crecería con él. Y no sólo en tamaño, sino también en complejidad matemática.

Norte había hablado muchas veces con Rek, e incluso había sido invitado a su casa a tomar jugo de blys en polvo. Pero hasta que el viajero no dio con una posible solución al enigma del Cubo, no acudió a ella para preguntarle directamente por el ramidabra.

—¿Qué quieres saber, amigo mío? —preguntó ella, extendiendo a sus pies una alfombra que había cosido con sus propias manos. Era uno de los enseres más valiosos de su hogar, y siempre lo ponía a disposición de Norte para que se encontrase lo más cómodo posible.

El viajero, agradecido, aceptó ese honor y el vaso de jugo que ella le ofrecía, completando la fórmula ritual de la amabilidad antes de responder:

—Necesito saber qué dicen en realidad los tatuajes de tu gente. Los he leído muchas veces, interpretando su álgebra cabalística, pero nunca te he preguntado de dónde surgieron. Quién escribió el primer ramidabra.

Rek hizo memoria, con dificultad. No había escritos de ningún tipo sobre aquella parcela del conocimiento; a ella posiblemente le habría contado la historia el padre de su padre, cuando era muy pequeña, y nunca la había vuelto a oír desde entonces. La llamaban La Historia Más Antigua, y sólo podía ser escuchada una vez.

—El padre de mi padre me contó que, cuando el primer Axha vio a su dios —evocó—, desenterró de su sombra en la arena las respuestas a muchos enigmas de la vida. Esas respuestas residían en la propia forma de Dios, pues Su forma es perfecta, y ninguna otra expresión puede albergarlo.

—Geometría arcana —entendió Norte—. En ciertos paradigmas, sus ecuaciones tienen soluciones enteras. Pero la Xfinge es en realidad un hipercubo, ¡un tesseracto espiritual! Tiene muchos significados, dependiendo de las dimensiones que se le

presupongan...

La mujer asintió. En realidad, pese a su apariencia externa de anciana iletrada, entendía perfectamente su razonamiento, e incluso podía llegar más allá sin esfuerzo.

—Pero no olvides el dogma primario —dijo Rek, sonriendo—: el dios no es nada sin su gente. La gente no es nada sin su dios. Él está aquí, y posee esa forma, para que nosotros podamos verlo como tal. Sólo puede existir en sí mismo, y sólo puede existir por sí solo. Si no nos concediera esa dádiva, su forma sería tan incognoscible como su naturaleza, y ni siquiera podríamos verlo, mucho menos tocarlo y sentir su calor.

Norte asintió lentamente. La perspectiva antropocéntrica de aquellas personas, su forma de ver el mundo, iba más allá de la mera vanidad. Ellos sabían, o al menos lo intuían, que en el universo existían muchos niveles de complejidad diferentes, la mayoría de los cuales no podían ni siquiera ser entendidos por los seres vivos. Que había algo que las matemáticas no permitían olvidar, y era que por muchas máscaras que se derribasen en el anfiteatro de lo real, lo que había debajo no pasaba de ser una máscara más, la tramoya de otro espectáculo distinto.

Era lógico pensar, entonces, que si una deidad se tomaba la molestia de existir en todos esos niveles a la vez, incluyendo los que sí podían apreciar ellos (vista, tacto, olfato...), era porque estaba allí *para ellos*. Que los Axha adorasen al Cubo porque podían verlo no era un accidente. Así como tampoco lo era su religión. Ellos estaban allí para adorar a la Xfinge. La Xfinge existía para que ellos la adoraran. Y daba igual que otros pensadores visitaran de vez en cuando el planeta cacareando sus herejías. Sólo había una verdad, al menos para los Axha.

Lo cual lo llevó a pensar...

Norte se puso en pie. No hizo falta decir nada más, ni siquiera despedirse. Rek le dedicó la sonrisa ambigua que se dibujó en sus labios, recogió el cuenco de la bebida y acompañó al viajero al exterior.

La mole del Cubo descansaba plácidamente en la noche, ajena a todo lo que sucedía a su alrededor. Esperando. Por el contrario, a su alrededor el aire palpitaba con una acumulación de tensión, similar a la que precedía siempre a una tormenta.

Norte se despidió de Rek y fue a ver a Zula. Aún no era el momento de enfrentarse al monstruo. Mañana sería un buen día. Ahora necesitaba poner en orden sus ideas, y sobre todo algunos conceptos que todavía no tenía claros sobre la forma de vida de aquellas gentes.

Hizo un gesto muy sutil con la cabeza hacia la Xfinge, a modo de saludo y promesa.

Cuando amaneciera.

Lina

Retrospectivamente, Lina Kolbrand entendía que su destino era ser capitana de una nave estelar. Estaba escrito en una especie de memoria ROM del universo, una tablilla santa que si no había sido destruida ya por los profetas de tiempos remotos, no habría fuerza en el mundo capaz de borrarla a estas alturas.

Durante su infancia en Vai Surugy solía pasarse las horas muertas admirando los dibujos que salpicaban los volúmenes de la biblioteca del espacio. Aprendió a leer con los relatos de los navegantes de la Era de los Viajeros, tiempos de gestas heroicas en los que las Damas de Mandria y sus peregrinos habían guiado a la humanidad hasta la grandeza. Aprendió a soñar con las imágenes desvaídas de grandes hazañas del pasado, y de los gloriosos nombres que las acompañaban, como el de la legendaria capitana Volhé Sairyan y su corcel cuántico, el *Desafío Final*, o el de su hija, la no menos intrépida Filhas Sairyan-Med, que, según aquellos libros, fue la primera piloto en ver con sus propios ojos la Entidad de Carbono Pensante y datar su antigüedad con los instrumentos de a bordo, una cifra aún mayor que la del propio universo.

Cuán lejanos parecían aquellos tiempos de los actuales días de crisis (tanto económica como ideológica) de la especie humana. Si es que habían existido alguna vez.

Cuando aún no habían cumplido los trece años, su hermana Geishel y ella hicieron público, en un acto solemne celebrado en la cocina, su intención de hacerse pilotos. Se habían pasado muchas tardes en el patio de atrás jugando a ser corsarias, a la cabeza de un clan de piratas de rancio abolengo, jugándose el pellejo en arriesgadas misiones en territorio Ur. Ambas comprendían que las hazañas de las Damas se perdían en la noche de los tiempos, pero aún creían en el espíritu de aquellas leyendas.

Iban a hacer grandes cosas juntas, cosas por las que sus nombres entrarían por méritos propios en los libros de historia, y el de su nave pasaría a engrosar la lista de corceles célebres que harían soñar a otros niños. No todos confiaban en aquel sueño, claro, pero de no haber sido así no habría sido un sueño. Los insoportables gemelos que se metían con ellas en la logoaula pensaban que estaban locas, y se mofaban pisándoles los dibujos que hacían de naves estelares, y los planes de viajes garabateados que por aquel entonces ya empezaban a urdir sus influenciados cerebros. Lina defendía a su hermana cada vez que podía, hinchando ojos y doblando brazos con una fuerza que era más propia de un chico que de una damita del espacio, pero qué demonios, las Damas de Mandria eran mujeres muy fuertes, que no le temían a nada. Ni a las misteriosas entidades divinas que se escondían en el centro de la galaxia, ni a los mocosos gemelos de las logoaulas de provincias.

Con el paso de los años, la realidad se impuso: Geishel acabó regalando su virginidad a un joven sin dos dedos de frente llamado Neit, que se atrevió a irrumpir

en sus vidas dejándola preñada cuando aún no había alcanzado la mayoría de edad. El primero de sus tres hijos llegó entonces, en medio de una tormenta de llantos y deudas de juego que el marido había traído como ajuar. En contra de la opinión de él, lo llamaron Jask, en honor al explorador que había descubierto la Espingarda Púrpura. La audaz piloto Geishel Kolbrand colgó entonces su casco y su traje de vacío en el armario, junto con los delantales y pañales, y se labró un futuro como comercial en una empresa textil.

Durante los años que siguieron, la actitud de Geishel hacia su hermana fue agresiva, intolerante en ocasiones, pero guiada por una determinación que Lina jamás había descubierto en su propio corazón. Nunca quiso explicarle los motivos, pero cuando Lina alcanzó la adolescencia y la fase de exploración del sexo opuesto, Geishel se interpuso entre ella y sus amantes. Constantemente estropeaba sus citas, aparecía en los momentos románticos y entorpecía el desarrollo de sus redes sociales. Parecía inmersa en una cruzada personal cuyo objetivo era que Lina estuviese siempre sola.

Enfadada, su hermana acabó por retirarle la palabra, pero Geishel no cejó en su empeño. Atrapada entre varios frentes, un matrimonio en crisis (las escapadas de su marido al casino y sus constantes líos con otras mujeres acabaron por mermar su salud, aunque Geishel esperó unos años para plantear el divorcio, hasta que sus hijos fuesen suficientemente mayores como para entender las razones), y la enemistad de su propia familia, acabaron por conducirla a la bebida. Establecerían una frágil reconciliación años después, pero para entonces Lina ya había ingresado en la Academia Espacial; ya había subido al puente de su primera nave, y estaba a punto de graduarse como piloto de segunda clase.

El día de su graduación, Lina entendió muchas cosas. Geishel fue a verla, sola, sin niños ni marido, sin representantes de la vida que ahora conformaba la totalidad de su mundo. Al verla allí, de pie entre la multitud, Lina supo por qué se había entrometido en su vida. Por qué había impedido repetidamente que los hombres se interpusieran en el camino hacia su sueño.

En aquel momento, Geishel disfrutaba del triunfo de su hermana como si fuera la culminación de sus ilusiones personales. Como si fuera ella la que, en lugar de Lina, estuviese de pie en aquella tribuna, recogiendo su permiso de vuelo, dispuesta a tomar un transporte a la Clepsidra más próxima para desaparecer de un plumazo entre las estrellas.

Aunque le había costado toda una década de errores y desprecio, al menos su hermana se había convertido en una Dama de Mandria.

Luego murió Jask.

Lina intentó convencer a Geishel para que lo dejara todo atrás y se fuera con ella. Le prometió que las dos vivirían en la nave y se harían comerciantes, tal vez

corsarias. Pero sus otros hijos estaban ahí, y Geishel no quería que Neit ganase su custodia. A cambio, la hizo prometer que visitaría Vai Surugy tras cada viaje y que le traería regalos de mundos exóticos. Así podría acostarse cada noche mirándolos, e imaginar que había estado allí para ver los zocos llenos de maravillas alienígenas, y los cielos cuajados de planetas anillados.

Con el paso de los años, Lina se deshizo de aquel vetusto primer carguero. Geishel y Neit se reconciliaron. Llegó la época de la piratería. Las incursiones contra los convoyes urtianos le reportaron mucho dinero, que empleó en adquirir la astronave de sus sueños: aquella en la que ya montaban su hermana y ella a los doce años, en el patio de atrás. La llamó *Eurídice* en honor al sobrenombre que Geishel empleaba cuando enviaba mensajes en clave a los piratas de la Espingarda (el suyo, menos majestuoso, era *Dardo azul*). Era la mejor nave corsaria que jamás había surcado el Bolzai, con la más sofisticada tecnología de las diferentes especies impulsando su contorno de flecha, y suficiente armamento como para enfrentarse a cualquier peligro. Incluso si venía en forma de maridos con deudas y propensión a la infidelidad.

Así fue como Lina Kolbrand terminó a quinientos años luz de su tierra, llamando hogar al espacio.

* * *

Heith se reunió con ella en la oficina de aduanas. La encontró sentada en una silla, releyendo el formulario que debía cumplimentar para que su carga fuese revisada por segunda vez, y por un equipo diferente de técnicos.

Cuando le explicó lo sucedido, el abogado no pudo por menos que mostrar su asombro:

—¿La fuente energética que rob...?

—¡Ssshhh! —Lina le tapó la boca con la mano.

—Perdón. ¿Dices que esa cosa... ha respondido a las exploraciones de los técnicos del muelle como si estuviese viva?

—Eso parece —resopló Lina—. Los tipos del departamento de cuarentena están que trinan. Creen que lo mejor es catalogar lo que lleva la *Eurídice* como mercancía peligrosa y requisarla.

—Es comprensible.

—¡Nada de comprensión! Son unos desgraciados. Lo único que quieren es robarme. —Lina soltó un bufido. Un funcionario cejijunto la observó desde el otro lado de la ventanilla.

Heith no estaba seguro de entenderlo.

—A ver si me centro. ¿Quieren intervenir la carga y ni tan siquiera pagarte la tasa de indemnización? El seguro de nuestra nave cubre esta eventualidad.

—Sí que me van a pagar, pero una miseria. Hace un rato, un niño con corbata intentó convencerme para que firmara un acuerdo de compensación de diez mil fiduciarios. Me dijo que la compañía aseguradora no estaba dispuesta a soltar una cantidad mayor por una mercancía que no podía revenderse.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que hay un montón de cosas que yo tampoco estoy dispuesta a soltar por diez mil fiduciarios. Incluyendo mi orgullo.

Heith asintió. Cogió el formulario y la carta de derechos adjunta, y les echó un vistazo profesional. Los documentos implicaban una compunción *pro forma* de la actitud de la capitana, pero los argumentos que se argüían carecían de convicción. Si Lina la firmaba, estaría admitiendo solapadamente que se sentía culpable por no delegar toda la responsabilidad sobre su carga a las autoridades portuarias.

—Hiciste bien en negarte. Este botín vale mucho más.

—¿Bromeas? —Bajó la voz—. ¡Son quince mil megatones con degradación cero! ¡Podemos sacar varios millones si jugamos bien nuestras cartas!

Heith se la llevó a un lado, lejos de las ventanillas.

—Escucha, Lina. He estado cerrando todos los negocios que tenía pendientes en la Clepsidra. Si la cosa se complica y los de aduanas avisan a la policía, estaremos en un aprieto.

—Lo sé. —Le acarició la mejilla—. Heith, lo siento muchísimo. Debí haberte hecho caso la última vez. Soy un desastre.

—Está bien. Ya hablaremos de eso, pero ahora hay que largarse. Este asunto está despertando muchas sospechas, y no tardará en llegar a oídos de los urtianos.

La capitana torció el gesto.

—Bah, no se atreverán a venir. Esta Clepsidra está bajo la supervisión del Condominio Mouliz. Sólo pueden...

—Pueden hacer lo que les venga en gana —la interrumpió Heith, mirando de reojo al funcionario. Éste intercambiaba unas palabras con los inspectores aduaneros—. Tienen el ejército más poderoso de la Variedad, eso los autoriza a todo. —La agarró del brazo—. Vamos, tenemos que irnos ya.

La capitana abandonó el insulso formulario en una papelera. La pareja se dirigió hacia la puerta de salida, hasta que fueron detenidos por uno de los inspectores.

—¡Un momento! ¿Adónde cree que va, capitana?

—¿Le importa? Tengo asuntos urgentes que atender.

—Todavía no puede marcharse —la conminó el funcionario—. Los almacenes del muelle seis están paralizados por su nave. Tiene que firmar los permisos de desestibaje para que podamos liberarlos para otros capitanes.

—Lo sé... —Desvió la vista a una puerta con la rúbrica «lavabo de señoras»—. Pero mis «otros» asuntos urgentes no pueden ser postergados —sonrió.

Altanera, se llevó a Heith de la mano, metiéndolo también en los servicios. Un par de mujeres lo miraron ruborizadas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el abogado, cubriéndose los ojos con la mano, pues algunas funcionarias estaban subiéndose las bragas o se empolvaban la nariz con extracto de hierba Hut.

—Haremos como en los relatos de Mandria. Saldremos por la puerta de atrás a toda prisa, procurando hacer el menor escándalo posible.

—¿Quién es Mandria?

Lina lo ignoró y lo condujo a la ventanilla de los lavabos. A duras penas pudo arrastrarse por ella (meneando el trasero para que cupiese por el estrecho ventanuco). Las otras mujeres inmediatamente abandonaron el reservado. A Heith le costó más.

—Uf... tengo que adelgazar —rezongó.

Estaban subidos a un alféizar desde el que se divisaba el área de contenedores. El edificio que albergaba el departamento de aduanas, un bloque cuadrado de espuma de hormigón, alcanzaba una altura de diez pisos.

Algunas grúas múltipodas caminaban como enormes arañas a pocos metros de sus pies. Lina señaló una que se acercaba desde su izquierda. Era un engendro de seis patas y dos potentes turbinas de cuyos colmillos pendulaban contenedores de plástiacero preñados de símbolos comerciales.

—Tenemos que saltar —decidió Lina.

—¿Estás segura?

—¿Prefieres esperar a nuestros amigos? —contestó ella, señalando el lavabo. Las mujeres hablaban con un guardia de seguridad armado con una contundente porra.

Heith tragó saliva y siguió a su novia en el corto salto hasta el andamiaje de la grúa. Estaba más cerca de lo que parecía, apenas unos metros en caída libre, pero el enorme armazón no dejaba de moverse. Heith voló con el aliento contenido en la garganta hasta que sus pies tocaron metal, rezando porque la menor gravedad de la estación (comparada con el estándar artificial de las naves) los ayudase en la maniobra.

Recuperó el equilibrio tras unos instantes de terror, agarrándose a las vigas. Lina, un poco más adelantada, le hizo una señal de triunfo y siguió avanzando por encima del costillaje. La cabina del piloto, una semiesfera de cristal que colgaba de unos raíles, se desplazó en su dirección.

El operario aún no había advertido la presencia de los polizones.

—¡Cuidado, Lina! —exclamó Heith.

Pero ella no le prestó atención. Estaba concentrada en el movimiento de la cabina. Si continuaba retrocediendo, su corpachón se interpondría entre ellos y la escalerilla

que descendía a lo largo de las patas traseras, su única posibilidad de bajar a tierra.

Por desgracia, el piloto de la grúa no detuvo el cubículo hasta que estuvo tan atrás en el pescante como para ocultar la escalerilla. Aún no se había fijado en ellos, aunque Heith pensó que no tardarían en avisarlo por radio. Miró atrás y vio la cara estupefacta de un guardia de seguridad mirándolo desde el ventanuco del lavabo. Probablemente estaría decidiendo si su sueldo cubría los riesgos de seguirlos en tan absurdas acrobacias, o si era mejor pedir refuerzos.

Optó por esto último, ya que se limitó a informar a través de su intercom a la central, sin quitarles ojo de encima.

Heith desplazó la mirada hacia la torre de control. A través de las ventanas, pudo ver siluetas de operadores que se llevaban las manos a la cabeza y los apuntaban con el dedo.

—¡Muévete, cariño! —urgió Lina.

Heith la siguió hasta el empenaje de raíles. La capitana hacía equilibrios, acercándose a base de gráciles saltitos a una enorme madeja de cables, de la que partían los cabos de acero que la grúa usaba para afianzar los contenedores.

—¿Qué vas a hacer?

—Bajaremos por aquí. Sígueme.

Ese fue el momento en que el operario de la grúa los vio. Giró la cabina hasta encararse con ellos, con su expresión oscilando entre la estupefacción más absoluta y la indignación, mientras su mano derecha se alargaba hacia la radio.

Heith sonrió, sintiéndose como un estúpido, y lo saludó con una mano. El operario le devolvió el saludo, mientras Lina descendía a tierra en *rappel*.

El abogado la siguió. Su aterrizaje fue muy poco grácil y rodó por el suelo hasta un charco de aceite. Lina lo ayudó a levantarse y echaron a correr hacia el muelle.

—¡La policía nos viene siguiendo! —avisó la capitana, sin aminorar la marcha. Heith esquivó unas cajas, se apoyó en una para recuperar el aliento y echó un vistazo atrás.

Efectivamente, una escuadra de vigilancia encendía en ese preciso instante los motores de su EV y salía en su persecución. El vehículo, una chalupa descapotada con capacidad para nueve personas, era lo suficientemente pequeño para maniobrar con facilidad entre el laberinto de contenedores.

Preguntándose por enésima vez cómo se había metido en aquel lío, el abogado zigzagueó entre acantilados metálicos y pilares de cabrias. Un exoesqueleto de carga, pilotado por un darsenero lleno de tatuajes, avanzó unos pasos en su dirección intentando cerrarles la vía de escape. El hombre manipuló los brazos de su máquina, abriendo todo lo posible las falanges dentadas.

Lina blasfemó y, en lugar de esquivarlo, corrió directamente hacia su pecho, encaramándose a él de un salto. El darsenero, que no lo esperaba, hizo un ademán de

retroceder que el androide mimetizó. Lina se sujetó al arnés del operario, mirándolo fijamente a los ojos.

El hombre le mostró unas encías despobladas. La capitana odiaba a los de su calaña, sus modales de macho sudoroso y la asquerosa grosería con la que le gritaban, alabando sus tetas, cada vez que recalaba en un puerto estelar. Devolviéndole la sonrisa, destrabó el pequeño extintor manual que colgaba junto al arnés y se lo estampó en la cara.

El exoesqueleto también emuló el gesto de dolor que siguió. Lina saltó a tierra, rodando para no hacerse daño, y lo contempló desplomarse cuan largo era. Una docena de cajas volaron por los aires.

La capitana se sintió satisfecha por haberse librado de él, pero la única salida directa al muelle de la *Eurídice* quedaba ahora bloqueada por los restos de la lucha.

—¡Lina, por aquí!

Heith trató de buscar una salida alternativa. La chalupa policial le cerró el paso, rodeando los contenedores en un amplio giro justo al límite del campo de fuerza presurizado de la Clepsidra. A escasos metros por detrás se abría el acantilado que marcaba el final del muelle, y tras él sólo los campos de contención de oxígeno y el espacio.

Aún no habían disparado. Se limitaron a usar los altavoces para advertirles que se detuvieran, pero Heith pudo ver que algunos hombres armaban sus rifles de contusión.

Lina se arrastró por debajo de una tubería hasta salir por el otro lado. Heith la siguió, metiendo barriga.

—¿¡Adonde diablos estamos corriendo!?! —jadeó.

Lina señaló el muelle seis, con la flamante *Eurídice* anclada a la grúa de servogravedad.

—Si llegamos, creo que podré dejar atrás a las patrullas.

—No vamos a llegar —se lamentó el abogado, sudando a chorros y manchando su elegante camisa de seda—. Ese EV nos cortará el paso.

—No si vamos hacia...

Lina mantuvo la boca abierta, pero no emitió más sonidos. Estaba paralizada, mirando hacia un punto en el espacio. Sus mejillas perdieron color, volviéndose pálidas como el mármol de Huik más puro. El abogado siguió la dirección de su vista, para averiguar qué podía ser más impresionante o aterrador que una chalupa policial en persecución ingrávida.

Casi se desplomó en el suelo de la impresión.

El ciclópeo perímetro erizado de antenas y cañones de un destructor urtiano emergió lentamente desde detrás de la Clepsidra, espantando al enjambre de naves de carga como un carnívoro andando entre pacíficos rumiantes. Medía casi seiscientos

metros de eslora y cien de manga, y su característico perfil pretencioso seguía conservando una elegancia natural bajo las enormes redes de gravedad que le habían incrustado en cada extremo, las piezas de artillería que asomaban por todas partes y la aparatosa extensión que, a modo de ariete, surgía como un espolón cromado de la proa.

Los operarios del muelle se paralizaron también, mirando con una mezcla de estupor y pánico al recién llegado. Incluso el EV de la policía se posó, desconectando motores. Desconectándolo todo.

Aunque durante toda la persecución se había negado a admitirlo por puro impulso adrenalínico, en ese momento Lina supo con absoluta claridad que las cosas no iban a salir bien.

* * *

Samuel Verk examinó con desdén la estación de los aerobios. Humanos, gobys, marsupiales, elandis... Si había un lugar en la galaxia donde su apestosa mezcla de residuos gaseosos se combinara hasta el límite de la embriaguez, eran las Clepsidras, esos enormes bulevares donde se aglutinaba lo peor de sus mundos.

A través del ventanal fue testigo de la desbandada: centenares de cargueros y yates de lujo huían cabalgando estelas de impulso, manadas y supermanadas de naves tratando de organizarse para escapar con un asomo de orden. Casi podía oír el vertiginoso latido de sus motores, palpitando en la frecuencia del terror, de la desesperación, incluso de la traición. Cuántos de aquellos desgraciados no estarían ahora mismo dejando atrás a sus propias tripulaciones o familias, para salvar sus traseros antes de que fuera demasiado tarde. Era patético.

No tuvo que sugerírselo: la cognoscitiva Ur localizó a los balandros que quedaban anclados en la estación cuya descripción correspondía con la del supuesto agresor del convoy. Había catorce candidatos, tres de los cuales estaban inicializando sus sistemas. Nueve más ya estaban volando, mezclados con el enjambre, y otros dos permanecían en pista.

No tardarían en despegar también.

Verk esperaba que los urtianos no abrieran fuego sin más. Las Clepsidras, como puertos comerciales usados por casi todas las especies sofontes, gozaban del estatuto de zona neutral. Una paz consensuada que sería peligroso romper, atrayendo sobre sus puestos avanzados las iras de muchas facciones militares. Todo dependía del interés que sus amos tuviesen en recuperar aquel cargamento.

Algo debió suceder. Posiblemente el destructor se había comunicado directamente con la torre de control de la estación, porque ésta radió instrucciones urgentes a las

astronaves para que no abandonaran el sistema. Los cargueros zumbaron nerviosos, pero ninguno se atrevió a desafiar las órdenes.

El destructor se aproximó a la Clepsidra. Sin ganas de buscarse problemas, la torre puso a su disposición todos sus privilegios, incluyendo los tankers de combustible y los servicios de reparaciones.

Incluso hubo quien trató de aprovecharse de la situación, pequeños minoristas que radiaron sus ofertas en todas las frecuencias por si a los urtianos les interesaba comerciar.

La cognoscitiva ignoró las llamadas. Se limitó a analizar con detalle la espectrometría de la Clepsidra, sus índices de radiación. Buscaba en silencio.

Un pequeño balandro utilizaba la maniobra Carohus para inyectar potencia en los motores sin ser detectado. Aquel estúpido seguramente pensaba que eso bastaría para engañar a los sensores del destructor. La cognoscitiva analizó la nave, para asegurarse de que la carga misteriosa ya no estaba en sus bodegas. Efectivamente, parecía haber sido desestibada.

Fríamente, apuntó los cañones hacia el balandro.

—Déjame hablar con ellos —solicitó Verk. Aún quedaban algunos segundos antes de que aquel capitán decidiera suicidarse. Podía sonsacarle algo de información.

—*Catorce segundos, Samuel Verk.*

—Suficiente. —Verk se aclaró la garganta—. Hablo al propietario del balandro que trata de escapar. No deseamos hacerle ningún daño. Va a ser abordado y su carga requisada. Si no encontramos lo que buscamos, podrá irse con total libertad.

La nave no respondió. Seguramente pensaría que no valdría la pena; que, tanto si se dejaba atrapar como si trataba de huir, estaba perdida.

—La que está tomando es una mala decisión —insistió Verk. Sabía que a la nave fugitiva apenas le quedaban cinco o seis segundos antes de que el destructor la abatiera—. Si trata de escapar será destruido. Sólo queremos saber dónde consiguió ese cargamento, quién se lo vendió. No tenemos por qué culparle a usted de haberlo robado.

Ésa era, probablemente, la mayor mentira que había dicho en años, pero confió en que el capitán del balandro se lo tragara. O sería peor. El balandro, ignorando sus advertencias, siguió un rumbo errático hasta una ventana de lanzamiento. La cognoscitiva apuntó a su popa.

—¡Deténgase! —gritó Verk, pero el canal de respuesta permanecía mudo—. No sea...

El balandro aceleró, haciendo centellear su arboladura de impulso.

Un quinto de segundo después reventó en una nube de partículas.

Verk sacudió la cabeza, entristecido. Pero lo lamentó aún más por el futuro de sus pesquisas: si aquel pobre desgraciado era el culpable del saqueo, ahora sería más

difícil seguirle la pista a la mercancía.

* * *

El resplandor cogió por sorpresa a los que contemplaban la escena desde los muelles. Un ahogado murmullo de consternación se elevó de mil gargantas. Lina y su novio cruzaron una mirada de pánico: la nave atacada era un balandro de línea sospechosamente similar a la *Eurídice*.

—Vienen a por nosotros —dijo la capitana.

—Te lo advertí.

—Ahora no necesito sermones —gruñó ella, lanzándose a correr hacia la nave. Heith soltó una maldición y la siguió, pasando ante las mismísimas narices de los policías.

Nadie se preocupó por detenerlos. Las fuerzas de seguridad recibieron órdenes de reagruparse: los urtianos habían roto el tratado, abriendo fuego en cielo neutral sobre una nave independiente. Lina dedujo que el asunto estaba a punto de ponerse muy feo a nivel político.

Escaló la rampa de acceso, rozó el panel y tecleó una clave. Al instante, la compuerta de entrada de la *Eurídice* se cerró. Lina dio la orden casi de inmediato, dejando apenas medio segundo de tiempo a Heith para que la franqueara.

Una vez que el abogado estuvo a salvo dentro, la capitana corrió hacia el puente de mando, ladrando órdenes al Halo:

—¡Conecta los impulsores! ¡Salimos de aquí de inmediato!

La cognoscitiva obedeció, insuflando potencia a los motores. Al llegar al puente, Lina no se detuvo, sino que se lanzó de cabeza hacia el panel de mandos.

Como casi todos los centros vitales de la nave, el puente permanecía en gravedad cero. Eso facilitaba los trabajos de reparación en caso de accidente, pues los técnicos podían acceder a cualquier zona dañada aunque estuviese al nivel del techo.

Lina flotó, acercándose al pozo de hologramas. En cuanto lo alcanzó, sintió que los invisibles tensores de gravedad se entrelazaban sobre su torso y piernas, anclándola al Halo. El puente entró en modo de máxima interactividad, dibujando siluetas holográficas en torno a las manos y la cara de su capitana: cualquier gesto suyo podría ser recogido y tramitado, ahorrando preciosos segundos de verbalización de las órdenes.

—Anclajes fuera. Presión cinco en los impulsores —comunicó mediante gestos—. Prepara una ventana a un año luz, lo más lejos de aquí que puedas. Pero no la actives hasta que te dé la orden.

El Halo realizó los complejos cálculos en tiempo récord. Su mente se llenó de

esferas qubit naturales. Encontró una ventana de salida en dirección al gigante gaseoso, lo cual alegró sobremanera a la capitana.

—Muy bien. A ver si nos cogen ahora esos cabrones.

La *Eurídice* despegó, quedando abandonada a su propia fuerza motriz. Muchos otros cargueros y naves en tránsito hicieron lo mismo: era una estampida. Nadie quería quedarse cerca de un destructor urtiano cuando enseñaba los dientes.

Las fuerzas de defensa de la Clepsidra entraron en escena. Las baterías automáticas apuntaron al destructor, prestas a abrir fuego, pero Lina no subestimaba las defensas urtianas: posiblemente serían capaces no sólo de desviar sus proyectiles, sino también de devolvérselos a sus atacantes a una fracción de su velocidad inicial.

Las naves de patrulla cercaron al destructor. Ninguna abrió fuego: estaba claro que no deseaban forzar el siguiente movimiento.

Verk calificó de vergüenza lo que sentía ante el lamentable patetismo de sus congéneres de raza. Aquella Clepsidra era propiedad de los elandis de Tyr, a quienes creía menos impulsivos que los humanos, pero su reacción ante el peligro venía a ser la misma. Manos a la cabeza y polvo en los pies. Y si se podía, hacer sangrar un poco al enemigo.

Qué decepcionante.

—*Observador no culturalmente inercial, dínos por qué se comportan así* — solicitó la cognoscitiva.

Samuel rió sin ganas.

—La mente de los aerobios es una sinfonía de oxidaciones de combustible. A cada aliento que toman generan basura, desechos que son expulsados en forma de decisiones irritantes. Jamás vais a poder cambiar eso.

La pantalla parpadeó. La imagen que se asomó a ella fue la de la *Eurídice*, maniobrando para esquivar a otros cargueros en aceleración.

—*Detectamos un balandro cuyo patrón energético coincide al noventa y siete por ciento con los residuos de enlaces por nucleón.*

—Ya lo tenemos —asintió Verk.

La cognoscitiva apuntó hacia la nave furtiva, pero no abrió fuego. En lugar de eso, las bahías de ataque recorrieron sus blindajes. De la panza del destructor surgió medio centenar de cazas con aspecto de manta raya. Se agruparon formando un remolino y rebasaron el perímetro defensivo, destruyendo algunas patrulleras. Las baterías de la Clepsidra abrieron fuego. Los proyectiles rebotaron contra los campos de fuerza del destructor, dibujaron ochos en el vacío y acabaron por perder cinética.

Las patrulleras se enzarzaron en un combate cerrado contra los cazas. Estos se movían como si fuesen un solo ente, un banco de pirañas fluctuando de un lado para otro, rodeando a sus presas y atacándolas desde todas direcciones. Como estaba previsto, los algoritmos de burbuja de sus computadoras resolvían el conflicto

sumando las necesidades de cada combate individual, no considerándolo por separado.

Las fuerzas en el bando contrario eran velozmente diezmadas, pero ni Verk ni sus amos perdían de vista aquella simple nave que trataba de huir aprovechando el caos.

* * *

—No vamos a salir de ésta —se lamentó Lina.

A su alrededor, el Halo se había convertido en un rosario de puntos luminosos. Lina flotaba en medio de aquella constelación, sobrecogida por el espectáculo de la batalla: cientos de naves bailando y muriendo como destellos en una tempestad. Pilastras de rubí sólido desgarrando las distancias, estelas de impulso amputadas violentamente por murallas invisibles. Muerte en el espacio.

Heith llegó hasta el puente, casi rebotando contra las paredes debido a los bruscos giros que Lina ejecutaba para esquivar a los atacantes. Se dejó caer en un diván, cuya espuma semiorgánica se ciñó a su cuerpo. Apenas veía la fantasmal silueta de su novia a través de las cascadas de holografía.

—¡Lina! ¿Cuánto falta para la ventana?

—No me distraigas ahora, cariño —murmuró la capitana.

El destructor urtiano puso proa hacia ellos. Una escuadra de cazas se desligó del grupo principal, sorteando la barrera de patrulleras, y aceleró.

Les cerrarían el paso en menos de cinco segundos.

Lina gesticuló en el aire. El Halo tradujo su movimiento y la *Eurídice* ejecutó un tonel, burlando el radar de la Clepsidra y rodeando con una elegante elipse su ecuador.

Los cazas la siguieron como si olfatearan su rastro. Eran más lentos, pero su número les confería ventaja. Previeron su estrategia y se adelantaron rebasando el eje de giro. Lina se los encontró de frente en la siguiente vuelta.

Maldiciendo, pivotó en 3D, haciendo que la nave rotase sobre sí misma para reubicar el «arriba», y ascendió con un furioso estallido de plasma hacia la enorme columna central.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gritó Heith, viendo cómo se dirigían a velocidad endiablada directamente hacia el almacén de la estación.

—¡Lo que puedo! —Las emociones convirtieron la voz de Lina en un graznido.

—Este trasto tiene armas, ¿no? ¿Por qué no las usas?

—Agoté casi toda la munición pesada en el asalto contra el convoy. Sólo nos quedan algunas armas menores. Haz el favor de callarte y dejarme hacer mi trabajo —le ordenó Lina, sonriendo como una posesa. Había un fuego infernal en sus ojos,

una confianza demente en sus posibilidades que aterró a Heith hasta lo indecible. El flujo de números que discurría sobre los lectores de datos se estaba volviendo más denso, y se solidificaba poco a poco formando las arcanas combinaciones que abrirían la quintuple cerradura de las dimensiones.

Dos milisegundos después, la imagen de la pantalla ya no estaba allí. El abogado tardó en comprenderlo: la *Eurídice* se estaba aprovechando de las reglas de combate en gravedad cero. Lina cerró la potencia principal de las aspas de impulso, dejando que su balandro siguiera avanzando con la misma trayectoria y velocidad, pero modificando la orientación: el morro se alzó, invirtiendo su posición hasta que la proa se convirtió en popa.

En la pantalla apareció de frente la escuadra de cazas urtianos, disparando ferozmente sobre ellos.

Lina los bombardeó con una salva de torpedos de masa digital. La interferencia sólo duró medio segundo (tal como le había advertido aquel furtivo en las profundidades de la nebulosa, esa arma tenía escaso efecto sobre los procesos lógicos de las cognoscitivas Ur), pero fue suficiente para nublar sus sentidos.

Los cazas no pudieron virar a tiempo. Estaban demasiado cerca del almacén de la Clepsidra y su trayectoria era muy cerrada. La mitad de ellos se estrelló contra el andamiaje que rodeaba la columna de rotación, desapareciendo entre nubes de escoria metálica, sin fuego ni gases. La *Eurídice*, con la proa apuntando en dirección contraria, aceleró hasta esquivar por milisegundos la colisión, pero su capitana no se detuvo ahí. El resto del enjambre de cazas apareció de la nada, arremolinándose en torno a ellos. Todas las salidas estaban bloqueadas: el espacio en cualquier dirección era un torbellino de cuchillos dirigidos hacia el corazón del balandro.

Heith se encontró rezando a dioses en los que no creía. No había escapatoria.

Entonces Lina hizo virar la nave. La elipse que recorrió acababa justo en la base de la Clepsidra, en la abertura de entrada a su interior, abarrotado por los engranajes de un gigantesco reloj cósmico.

Algunos cazas la persiguieron. Unos pocos rozaron con sus bordes de ataque la pared del tubo, desequilibrándose y estallando sin remedio. Otros lograron entrar, siguiendo al balandro a máxima velocidad por aquel conducto que atravesaba la estación de punta a punta: su columna vertebral, donde se escondían los secretos de la cronomanía.

Lina dejó de respirar cuando las paredes del tubo engulleron a la *Eurídice*, y permaneció así en lo que duró su periplo hasta la abertura opuesta. Sólo había una forma de hacer aquello, y no admitía error posible. Podía haberle pedido al Halo que calculara la trayectoria, pero no había tiempo: a la velocidad a la que iban, y dada la disposición de la maquinaria que colapsaba aquel angosto túnel, la maniobra tenía que ser perfecta e instantánea.

Así que Lina Kolbrand frunció el ceño, contuvo la respiración y vació su mente de todo: Heith, los urtianos, su cargamento, aquel estúpido burócrata de la aduana con la boca llena de gente... Un blanco celestial sustituyó a su percepción del cosmos. El tiempo pareció ralentizarse.

Con absoluta precisión, hizo girar su muñeca unos grados a la izquierda, mientras con la otra controlaba la profundidad. La *Eurídice* obedeció, encarando el único ángulo posible para atravesar el túnel y esquivar las máquinas que articulaban el tiempo en su interior.

Lina cerró los ojos. Sus párpados se descorrieron a medida que un recuerdo se hacía fuerte en el blanco absoluto de su cerebro.

Damas de Mandria. Cuánto las había envidiado durante todos aquellos años. Cuánto había deseado tener su propia región de espacio sin cartografiar, su propia singularidad conectada con otro universo virgen. ¿Sería digna ella de ingresar en sus huestes, de portar el estandarte con orgullo sobre el dorado mascarón de proa?

Sea como fuere, estaba a punto de averiguarlo, y las vidas de dos personas dependían de ello.

«Damas de...»

Cuando se atrevió a mirar de nuevo, la luz del sol reflejada en el gigante de gas la saludó en toda su gloria.

Estaban en el otro lado.

Habían cruzado.

Y seguían de una pieza.

Se giró para compartir su alegría con Heith, pero sacudió con pena la cabeza: el abogado se había desmayado.

—Desde luego, los hombres de hoy no aguantáis nada —sonrió, comprobando el radar.

Ninguno de los cazas urtianos que la habían seguido en tan absurda maniobra había logrado sobrevivir. Todos se habían desintegrado en el interior de la torre, dañando el reloj. Eso suponía una complicación, pues los cálculos de los vehículos entrantes y salientes tenderían a solaparse. En un astropuerto en crisis, éste suponía el mayor de los problemas imaginables.

Lina se resignó: el destructor estaba sobre ellos. No había alternativa. La lucidez que seguía a las grandes descargas de adrenalina tenía el curioso efecto de hacer que el fatalismo pareciera no tener sentido.

Facilitándole las últimas instrucciones al Halo, le dio permiso para iniciar el salto. Como en tantas y tantas ocasiones anteriores, el universo quedó reducido a ella y al Halo, y a la tarea de conducir la nave a través de otra violación de las leyes físicas.

* * *

Samuel Verk contempló la maniobra de la *Eurídice* con sincera admiración. La vio desaparecer en el interior de la Clepsidra como un proyectil azulado, emergiendo un segundo después por el extremo contrario. En cuanto alcanzó la ventana de salto, desapareció, dejando tras de sí apenas un levísimo rastro de plasma.

Nadie comentó nada, ni la cognoscitiva, ni los sistemas pasivos, ni él.

No hacía falta.

Con las manos enlazadas a la espalda, se dirigió a sus aposentos. Samuel se sintió obligado a ofrecer algo a aquel piloto suicida, aunque sólo fueran unas emociones.

Su risa retumbó cavernosa en las cámaras presurizadas del acorazado.

Capítulo 5

Informe horario n.º 6557184 / P 114

Cripto:

4

Asunto:

Detectada grave anomalía / extravagancia estelar en la frontera

Extensión:

3,137 Lymes; 1,090 segundos de anchura de canal (*subvencionado por el Ministerio de Comunicación y Relaciones Panculturales de Ciudad de Cruces*).

Adjunto:

Video y audio (cumular tres).

Remite:

Observadores estratégicos de un puesto avanzado elandi, en el anillo helado de Fentarry.

Texto:

[Senda idiomática: graamic interlac à cumular tres]

Éste es un mensaje cifrado / protegido de dirigido a las especies aerobias de la Rejilla Pancultural. Hemos detectado / descubierto una grave perturbación en la radiación procedente de lentes gravitatorias situadas a cinco mil millones de años luz / UMCs, más allá del Mar de Bolzai.

Se están deformando. Repetimos: se están deformando.

El hecho ha sido confirmado / validado por cinco telescopios gemelos al nuestro. No parece / asemeja ser un efecto circunscrito a una única región del cielo. Dos anillos de Zharappa (galaxias situadas frente a otras con distribución / repartición de masas simétrica) están mutando. Su imagen cambia / conmuta, como si una violenta alteración del espacio a su alrededor los afectase.

Este fenómeno es teóricamente imposible de observar / catalogar, a menos que la expansión del universo se haya invertido de repente. Según nuestros cálculos, una repentina contracción violenta podría explicar / justificar estas observaciones, pero nos produce gran turbación.

Dada la tremenda importancia del suceso / acontecimiento, seguiremos observando unos días más, pero corremos grave peligro: frentes tormentosos de rayos gamma en nuestro sistema amenazan la integridad / pervivencia de este puesto. Por favor, si hay alguien escuchando que pueda tomar el relevo en la vigilancia, póngase en contacto con nosotros inmediatamente.

Aunque sabemos de lo arriesgado / precipitado de esta afirmación, tememos que algo terrible le esté pasando al confín del universo observable.

Mel

—¿Ha habido algún cambio?

El comandante Delmor Zayb se inclinó por encima del hombro de su subordinada. La alférez Acrisia ajustó la imagen del sensor espía.

—Pankratis acaba de revelar lo que sabe a un psiquiatra amigo suyo. Ahora está en su consulta.

—¿El ente ha despertado?

—Sí. La actividad del cerebro de Mel se ha incrementado en un setenta y uno por ciento. Ahora emite un momento magnético capaz de ser rastreado.

—Ahórrame la tecnojerga, Acri.

—Lo siento, señor. —La alférez señaló la pantalla. Mel y su amigo abandonaban en ese momento la consulta psiquiátrica con evidente prisa—. Gill ha hablado a través del señor Pankratis. Les ha exhortado a dirigirse lo antes posible a las afueras de la ciudad. A las selvas.

—¿El psiquiatra también los acompaña?

—Es el único que posee EV propio. Lo necesitan para desplazarse.

El comandante arrugó la frente.

—Piensan ir a algún lugar lejano, entonces.

—¿Aviso a la policía de tráfico para que los detenga?

La voz de Zayb se redujo a un murmullo:

—No. Quiero ver adonde nos lleva todo esto. Tal vez hayan descubierto ya nuestro truco del *Lazirian*.

* * *

Charlemagne Ulner no era un hombre propenso a fantasear, pero al sentir la mirada del ente Gill observándolo a través de las pupilas de su anfitrión, se preguntó si el fantasma de su antigua paciente no habría regresado para atormentarlo.

Bajaron en ascensor hasta el estacionamiento subterráneo. Una vez acomodados en su EV (un elegante deportivo Kilogray de cuatro impulsores, fetiche de sus sueños desde la adolescencia), Ulner cargó la configuración de pilotaje en la computadora. El asiento se ajustó a la distancia óptima para sus brazos, el salpicadero mostró sólo los controles que le gustaba usar para conducir, y el parabrisas se oscureció para corregir la luz incidente.

Mel se ajustó el cinturón. Vio que Ulner guardaba bajo el asiento una libreta, junto a una docena de papeles de caramelos. La cogió sin pedir permiso.

El vehículo se elevó. Antes de incorporarse a la aeropista, la vieron pintada sobre el parabrisas en forma de cientos de flechas parpadeantes que delimitaban una ruta. Al situarse en ella, el ordenador enlazó con la señal de tráfico y pilotó en automático. Los demás vehículos voladores del tráfico matinal aparecían rodeados por números y flechas que indicaban su velocidad y su trayectoria estimada. Ulner soltó los mandos.

—Vale, ahora me vas a contar qué demonios está pasando —gruñó, aunque Mel

no supo si se dirigía a él o a Gill—. ¿Por qué quieres que te acompañe?

Dile que necesitaré sus conocimientos dentro de poco. Estoy experimentando profundos cambios a nivel de bioware, que requerirán asistencia técnica.

Mel lo hizo.

—No soy psicólogo IA —respondió el doctor—. Hay gente especializada en eso en la universidad.

—Dice que ya lo sabe, pero que no hay tiempo para buscar a nadie más —dijo el astronauta, agotado de tanto correr con el corazón en un puño de un lado para otro. La confortable seguridad del EV le sugería que se relajase y durmiese un par de horas, pero no podía. Aún existía peligro.

—Dile que se vaya a la mierda. Si llego a saber que causaría todos estos problemas no te la instalo, Mel.

—A buena hora vienes a darte cuenta —rezongó. Luego señaló otra aeropista que apareció dibujada en el parabrisas, sobre sus cabezas—. Debemos torcer a la derecha y arriba.

Ulner tomó el siguiente desvío. Los cúmulos de nubes aparecían llenos de destellos de relámpagos coloreados en verde, rojo y azul. Eran los otros EVs, acoplados a la pista aérea a diferentes altitudes y velocidades.

—¿Adónde vamos? —quiso saber el psiquiatra.

—Saldremos de la ciudad, rumbo a la selva.

—¿A la selva? —Las cejas dieron un brinco sobre sus párpados—. ¿Estás loco?

—No me eches la culpa. Sólo te transmito las palabras de Gill.

—¿Y desde cuándo te has convertido en su esclavo?

Mel bajó la vista.

—Desde que la vi matar a aquellos dos hombres en la calle. Creo que aún no te has dado cuenta de la gravedad de este asunto, Char.

El psiquiatra miró por la ventanilla. No había ni un solo sensor aéreo de policía en las cercanías al que poder emitir la señal de socorro.

«Malditos agentes, nunca están cerca cuando los necesitas», pensó.

—Ya lo estoy haciendo, ya... Debe de ser la nueva ola de la filosofía médica: aplica la tecnología de curación aunque ésta se vuelva esquizofrénica y te mate. Tendré que escribir un ensayo sobre eso, algún día.

El deportivo sorteó la baliza que delimitaba el área urbana. El piloto automático solicitó que se le indicara qué red de posicionamiento aéreo debía seguir, y ofreció una lista de las disponibles. Ulner pasó a control manual.

Mel respiró tranquilo. Por un momento temió que en cuanto rebasara la frontera de la ciudad, decenas de EVs de la policía o de los militares se les echarían encima. Estaba violando una orden directa de no abandonar Cruces, que le había dado expresamente aquel tal Zayb en el hangar del astropuerto, pero ya no importaba. Sólo

quería llegar al fondo de aquel asunto y ponerse en contacto con Agnes. Aunque le costase la cárcel. O su cordura.

Sobrevolaron unas granjas. Bajo la panza del aparato corrieron amplios campos dorados en los que maduraban los cereales. El viento azotaba las hileras de castaños, suspiraba entre los arbustos y peinaba las extensiones de maíz. Durante la siguiente hora y media rebasaron pistas terrestres, fábricas automatizadas, aerovías de tren y ciudades pequeñas que habían logrado mantener intacta su identidad durante cientos de años, resistiéndose a los vaivenes culturales de la capital. Mel las felicitó en silencio por eso con una media sonrisa. Tal vez pudiera buscarse una casita junto a alguno de aquellos campos labrados, algún día, si lograba salir ileso de aquel monstruoso lío. Comprarse un terreno no demasiado extenso y cultivarlo junto a Agnes. Vida sencilla y gustos sencillos, ése era su premio ideal tras haber vagabundado por el espacio durante tantos años, dando tumbos de estrella en estrella. Y no se arrepentiría si lo consiguiese. ¿Y Gill?

Se la instalaría al perro, o a la tortuga que pensaba tener como mascota. O la convertiría en el sistema domótico maestro de los cerdos. Y si estaba captando estos pensamientos ahora mismo, pensó con malicia, ojalá se estremeciera de miedo.

—En veinte años que llevo ejerciendo la psiquiatría —comentó Ulner—, éste es el primer caso que veo en que un trauma cerebral adquiere conciencia de sí mismo y secuestra al paciente, ¿sabes?

Mel sonrió.

—Gill acaba de hacer un comentario muy gracioso respecto a eso, pero no te lo voy a decir.

—Me alegro. Necesito unas coordenadas.

—Dirígete a la desembocadura del Elos. Vamos a remontar el río unos quinientos kilómetros.

Ulner echó un vistazo al indicador de combustible.

—No sé si podré volar tanto.

—Gill dice que una vez que lleguemos a la nave espacial tendremos combustible de sobra, que no te preocupes.

El psiquiatra dio un respingo.

—¿Nave? ¿Qué nave, Mel?

—Creo que estoy empezando a sospecharlo —meditó—. Gill opina que... ¿cómo? —La pregunta era retórica. Mel atendió a lo que le decía una vocecilla inaudible durante unos segundos y miró a Ulner—. No lo entiendo. Dice que o nos ayudas a llegar hasta el final o se las arreglará para que la policía registre el mueble bar de tu consulta.

El psiquiatra se atragantó. Tosió.

—¿A qué se refiere, Char? —preguntó Mel—. ¿Qué tiene que ver tu mueble bar

en todo esto?

Charlemagne hundió los hombros, perplejo.

—Nada... es jerga médica, no hagas caso.

Sintió un roce en la pantorrilla. Era la mano de Mel, que le tendía un papel.

Lo cogió disimuladamente, mientras su amigo perdía la vista más allá de la ventanilla. Mentalmente lo felicitó por la estrategia: mientras mantenía la cara sonriente y los ojos fijos en el paisaje, sus manos trabajaban escribiendo frases en la libreta.

El papel decía:

Yo también deseo llegar hasta esa nave, Char. Más que nada en el mundo. Estoy convencido de que es la puerta que puede llevarme a encontrar a Agnes. Una vez que lleguemos allí huiré, poniéndote a salvo de Gill.

—¿Qué te parece nuestro plan, entonces? —preguntó Mel.

—Dentro de lo que cabe, no me puedo quejar. Además, estar cerca de Gill podría ayudarme a ganar el premio Ehinzmer. Si es que se deja tratar.

—Gracias. Deberíamos hablar con aquel experto en IAs al que llamaste, de todas formas. Él o su equipo podrían aportar algo.

Otro papel:

Cuando vuelvas a Cruces, cuéntales a los militares lo que ha pasado. Diles que tuve un encuentro con aquella cosa alienígena en el apartamento de Agnes y que quiere que vaya a la frontera con el Bolzai. Algo muy raro está ocurriendo en territorio urtiano, y sospecho que está íntimamente ligado con ese chisme luminoso.

—No sería muy conveniente, Mel. Esa gente no es de fiar. Pasan todo el tiempo encerrados en sus despachos, experimentando con ratas. No tienen experiencia de campo.

—¿No será que quieres el premio ese para ti sólo? —rió el astronauta.

Debes alejarte de mí en cuanto puedas, o Gill te matará. Alguien tiene que avisar a las autoridades. Si tienes un plan para desconectarla o liquidarla, es mejor que lo sugieras ya. Hace un rato volví a probar la llave somática y no funcionó: debe de haberse vuelto inmune al cerrojo.

—Efectivamente, lo quiero todo para mí. Ni que estuviera loco y necesitara una lobotomía.

Ni se te ocurra, imbécil. Antes de dejar que me metas tus bisturís me dejo arrastrar por Gill al confín del Bolzai.

Ulner rió.

—Era broma. Pero a veces los remedios más radicales son los más efectivos.

Ni hablar.

—Gill dice que cortemos la cháchara. Estamos entrando en la selva. —Mel se arrellanó en el asiento del copiloto. Un dilatado paisaje de mesetas semejantes a

vasijas sin asa, cubiertas por una arboleda de color esmeralda, se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista. El lejano zarpazo de agua del Elos partía en dos la selva a lo largo de una ancha y sinuosa cicatriz—. A partir de aquí sólo hay territorio virgen. Y letal.

Zhinz

La mantis cartilena se había posado en la nave, zarandeándola. Con su fino oído, Zhinz podía oír incluso el rozamiento de sus enormes patas rematadas por cuchillas contra las planchas de plástex. El dinoinsecto las estudiaba buscando cualquier fisura, cualquier imperfección donde clavar los espolones. Quería abrir aquella lata para obtener su premio.

Jules fue cojeando hasta lo que había sido la cabina del capitán, y extrajo de un armario una pistola de bengalas. No era mucho, pero en aquel momento constituía todo su armamento.

El marsupial gimoteó. El olor de la mantis era agresivo, y aterrador. Olor a selva, a prehistoria, a instintos primordiales de muerte y destrucción. A depredador irracional de varias toneladas de peso capaz de rajarse el vientre de una nave estelar y rebuscar en su interior con su monstruosa boca, para devorar cada ápice de carne...

—¡Sssht! —Jules le mandó callar, tapándole la boca—. ¿Oyes eso?

—¿El qué, arrojado-amigo-Jules? ¿Cosa horrorosa llena de dientes / incisivos que espera encima de nuestra tumba?

—No, idiota. ¡Eso!

Zhinz afinó el oído; podía discernir los sonidos transmitidos por el casco mejor que el humano, pero el terror abotargaba su percepción. Pero sí, allí fuera había algo... Además del sonido martilleante del insecto, se oían golpes, punzadas, un ligero rozamiento de cuerdas contra el plástex.

Eso le extrañó: ¿para qué querría cuerdas un insecto gigante?

Jules se dirigió a la esclusa de salida. Zhinz lo detuvo.

—¡No, amigo-Jules, por favor!

—Tranquilo, hiena —dijo el humano—. No creo que eso que hay arriba sea un bicho.

Abrió la compuerta. Por un instante su ánimo vaciló: estaba a menos de quince centímetros de lo que aguardaba al otro lado, sea lo que fuere. Tal vez exploradores de los carroñeros... o un monstruo prehistórico. Las cartilenas alojaban a sus víctimas en una especie de placenta que dilataba su abdomen, manteniéndolas vivas hasta que llegara el momento de la digestión. Jules había conocido una vez a un cazador que

había aguantado seis semanas en el interior de uno de aquellos monstruos, respirando a través de una mucosa y comiendo y bebiendo del plasma de la mantis. Un grupo de carroñeros había matado al animal y lo había sacado de dentro. Su sorpresa fue mayúscula cuando advirtieron que el pobre desgraciado seguía vivo, con las piernas medio disueltas por los ácidos y sin el menor rastro de cordura en el cerebro.

Jules trató de no pensar en ello. Pegó la oreja a la esclusa: rozamientos y un tabaleo lejano que sólo podía significar...

Pasos.

Golpeó el metal con la culata de la pistola de bengalas.

Silencio. Los pasos se extinguieron.

Volvió a probar, esta vez con una secuencia de números: un golpe, dos y luego tres.

Una secuencia de cuatro le respondió al otro lado. Esperanzado, Jules giró el mando de apertura.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —dijo una voz seca—. Parece que nuestro pecio tiene ratas.

Un grupo de hombres vestidos con prendas de camuflaje le apuntaba con grandes ballestas. Permanecían de pie encima de la nave, atándola con cabos cuyos extremos desaparecían en la selva.

Jules se alegró de ver a sus congéneres, aunque en el fondo sabía que sus posibilidades de sobrevivir eran tan escasas como con la mantis.

* * *

Los carroñeros guiaron la nave hasta una laguna. Era un remanso de paz en la corriente, un espejo de aguas claras flanqueado por la selva.

Jules distinguió construcciones destartaladas al abrigo de raíces aéreas. Los carroñeros poseían amplios conocimientos en el arte de sobrevivir en la selva, pero eran seres casi salvajes. Dado su talante de feroz independencia, nadie podría convencerlos para limitar su libertad; la mayor parte de la gente con la que trataban en los mercadillos los consideraban locos, y se limitaban a tratarlos con un desprecio tolerante. No eran gente frívola, pero sus duros semblantes parecían propensos a la melancolía, a aceptar a cada minuto la idea de que en cualquier instante ellos o sus amigos podrían acabar esperando la muerte en el interior de una mantis, rezando porque la deglución empezara pronto. No había profesión más miserable que la suya en toda la Variedad, pero parecían sentirse orgullosos de ser los únicos en desempeñarla.

Muchos pares de ojos los contemplaron al pasar. Manipulando las bridas de la

walab, sus captores condujeron la nave al interior de la laguna, dejándola flotar mansamente en el centro. Un hombre se acercó en una motora: era tan musculoso como Jules pero de menor estatura, con una cabeza extrañamente formada, de la que brotaba una mata de cabello del color del jengibre.

Cuando la lancha se acercó lo suficiente, saltó sobre la nave. Contempló a los prisioneros con mucha atención, tratando de obtener visualmente la suficiente información sobre ellos como para no tener que hablarles.

El experimento no debió ser muy exitoso, pues ladró:

—Humano y marsupial juntos, abandonados en mitad de la nada. Qué extraños presentes nos ofrece la corriente.

Jules recordó que el río era femenino para aquellos hombres. Creían que, al igual que los ciclos menstruales de las mujeres, la fuerza de su caudal también se regía por las fases de las lunas.

—Te saludo y te respeto —dijo Jules con humildad—. Me llamo Van Zan, y penetré en este tramo de la selva huyendo de los urtianos. Esta nave me pertenece.

Zhinz dio un respingo. Era peligroso desafiar a los carroñeros, pero Jules parecía saber lo que hacía al delimitar claramente su identidad y propiedades. Puede que aquella gente tomara esos datos muy en cuenta.

El líder se acuclilló al borde del ala.

—La nave que cayó por la cascada. Creímos que había sido destruida por los urtianos.

—Sigue aquí.

—¿Eres tú quien mandó el mensaje previniéndonos de acercarnos a la frontera?

Jules asintió. Zhinz recordó el momento crítico y angustioso en que había visto la silueta de su amigo nadando hasta el pecio, en la base de la cascada. Jules, en efecto, había emitido unas señales luminosas dirigidas a los humanos de la selva.

—Noté vuestra presencia al acercarme a los sensores espía. Imaginaba que la nave urtiana os tenía cercados.

El líder lanzó una breve risa.

—Hace falta mucho más que una nave de patrulla para acabar con el pueblo de la corriente. De todas formas, te lo agradecemos.

—Me alegro de que lo tengas en cuenta —suspiró Jules. Los nudos de la soga le cortaban la circulación—. ¿Puedes liberarnos?

—Aún no he decidido si sois o no peligrosos. —Desplazó todo su peso hasta su pie zambo—. O qué hacer con esta chatarra flotante.

—¡Por favor, tú no dañar / perjudicar nosotros! —gimoteó Zhinz—. Esta nave no contiene nada útil para pueblo / noble gente. Nada de interés para carroñeros.

Jules le dio un codazo para que se callase. El líder nativo sonrió.

—¿No? ¿Entonces por qué esforzarse tanto por arrastrarla en tan peligroso viaje?

—Agarró al marsupial de la lengua, extrayéndola casi treinta centímetros fuera de la boca—. Hablad u os usaré de carnaza para la próxima incursión en las galerías nido de las cartilenas.

—¡Déjalo en paz! —Jules tensó las cuerdas—. Él no sabe nada. Cree que la nave oculta un tesoro, pero sólo contiene cadáveres. Lo usaba para ayudarme a transportarla hasta Puerto Kaidok. Pensaba dejarlo allí y largarme después con las piezas.

—Pego, gguen amiggojugges... —balbuceó el marsupial, su lengua aún atrapada entre los dedos del carroñero.

Éste la soltó y el apéndice se contrajo como un resorte.

—¿Cómo pensabas sacarle beneficio? —preguntó el líder.

—Vendiéndola por piezas en los astilleros. Los cadáveres también se pueden colocar: hay pueblos nómadas que los usan para fabricar carbón, quemándolos como combustible en las calderas de sus trenes.

—Ya veo. No sois muy respetuosos con la memoria de vuestros muertos.

Jules entornó los ojos.

—Ayudadme a proseguir la senda río abajo y os regalaré la montaña de cadáveres que contiene la bodega para que los uséis de carnaza en vuestras cacerías —propuso Jules—, además de todo objeto que no esté soldado y las piezas de tecnología que podáis cargar.

—Todo eso podría cogerlo ahora mismo, si quisiera. ¿No puedes ofrecer nada mejor?

Jules torció el gesto. Miró a la selva, con su sexto sentido lanzándole estridentes advertencias. Algo le decía que aún no estaban a salvo. La masa forestal era una muralla oscura, impenetrable, de contornos difusos a pesar de que cada estrella de aquel cielo sin nubes le regalaba una chispa de su luz. Podía ocultar (y de hecho, los ocultaba) mil peligros desconocidos que podían saltar en cualquier momento sobre ellos.

—Mírame —dijo con voz lastimera—. Estoy atado en un podrido cenagal. ¿Crees que puedo apelar a algo aparte de tu bondad y generosidad para con los de tu misma especie?

—¿Sabes lo que pienso? —El líder escupió en el agua de la laguna, creando ondas—. Que si alguien se arriesga tanto por un montón de chatarra, es porque oculta algo. Y quiero saber qué es.

Agarró al humano por el cuello. Jules tensó los brazos, pero la soga que lo sujetaba era muy firme y no se partió. Los demás arponeros les apuntaron con ballestas. Zhinz se encogió como un gato asustado, rezando a sus pintorescos dioses.

Los dos humanos se sostuvieron la mirada en silencio. Jules dio gracias por estar hablando con un carroñero dotado con la suficiente cultura y don de gentes como

para no haberlo asesinado de inmediato. Otro miembro de su tribu lo habría decapitado con su kush de doble filo a la menor señal de impertinencia en la conversación.

El líder, cansado de tanto protocolo, acercaba ya la mano a la empuñadura de su cuchillo cuando oyó el ruido.

Todos elevaron la vista. Unos kocras, aves zancudas que los carroñeros usaban para dar alertas, graznaron inquietos en sus jaulas.

Los arponeros se situaron en sus puestos. Un grupo de mujeres corrió hacia los extremos del campamento, detonando pequeñas cargas mediante control remoto en lugares estratégicos. Estas rompieron frascos llenos de una sustancia volátil que se sublimó en cuestión de segundos, cubriendo el campamento con una humareda macilenta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jules.

El líder ordenó guardar silencio.

Al principio no ocurrió nada. Treinta segundos después de la liberación del gas, cuando la nube ya empezaba a caer a tierra, un par de enormes siluetas irguieron sus descomunales torsos por encima de la jungla, a menos de seiscientos metros. Eran mantis de piel dorada, con dos pares de extremidades delanteras aserradas y alas ligamentosas.

Zhinz se convirtió en una estatua. Tenía el corazón a punto de salirse del pecho.

Las mantis dirigieron sus pequeñas cabezas hacia la nube química, explorándola con sus racimos de antenas.

Jules creyó entender la sabiduría que se escondía tras la maniobra de los carroñeros: las mantis habían evolucionado hacia un sistema de visión que desdeñaba la luz, sustituyéndola por una compleja mezcla de sensibilidad al componente galvánico del aire. Aquel gas seguramente la inhibiría.

Tras unos segundos de incertidumbre, uno de los monstruos decidió que no valía la pena molestarse por un espejismo, y volvió a tumbarse en la selva. El otro lo imitó al poco rato, alterando el color de su piel.

Un centenar de pulmones expulsaron el aire retenido.

El líder le dijo a Jules, en voz baja:

—Si se os ocurre hacer el menor ruido os degollaré. Permaneceremos un par de horas en silencio hasta que la temperatura baje cinco grados. Entonces sus sentidos no estarán tan aguzados, y las atacaremos.

Jules asintió, preparándose para soportar el frío nocturno. Atacar a una pareja de mantis nunca era buena idea, pero los carroñeros no podían dejarlas establecer un nido tan cerca de su campamento. Las circunstancias, como todas las situaciones en el escenario de la selva, se habían simplificado hasta su mínima expresión: matar o morir. No había vuelta de hoja.

La discreción, en aquel momento, era su mejor arma. Jules, por su propio bien, decidió seguirles el juego, e hizo un gesto con la cabeza al marsupial para que contuviera sus grititos histéricos.

Sin embargo, a los pocos minutos de iniciada la estrategia de silencio, sus oídos captaron un leve rumor de suspensores.

Algo se acercaba volando en dirección al campamento.

Un EV deportivo, totalmente ajeno al peligro, dio un par de vueltas sobre sus cabezas y se posó en la ribera, en un espacio libre de árboles. De su interior descendieron dos personas que ni Jules ni Zhinz habían visto en su vida: un hombre de metro setenta con la apariencia desgarrada y la precisión gestual de los pilotos espaciales, y uno más alto, enjuto, vestido con ropas bien combinadas pero totalmente inapropiadas para aquel entorno, que parecía un médico o un profesor de universidad.

Nada más poner un pie en el suelo, el desgarrado preguntó:

—Eh... ¿alguien de los presentes entiende mi idioma?

Apenas había terminado la frase cuando las mantis se alzaron sobre las copas de los árboles, chasquearon sus mandíbulas con un sonido estridente, como si estuvieran triturando rocas, y saltaron como colosales buldózers sobre el campamento.

Capítulo 6

Informe horario n.º 6557188 / P 114

Cripto:

5 (máxima seguridad)

Asunto:

(Rw: rw: rw)³Detectada grave anomalía / extravagancia estelar en la frontera lejana con el Mar de Bolzai. ¿Qué está pasando ahí fuera?

Extensión:

2,037 Lymes; 1,831 segundos de anchura de canal (*subvencionado por el Ministerio de Comunicación y Relaciones Panculturales de Ciudad de Cruces*).

Adjunto:

Vídeo y audio indexado.

Remite:

Equipo de investigación científica avanzada en Theta Coriolis.

Persona a contactar:

Pfra. Adyanti, Valeris, doctora en astrofísica.

Texto:

[Senda idiomática: cumular uno à transneuronal Kimmush à alineal seis à graamic interlac]

Nuestro equipo corrobora oficialmente el hallazgo de los otros observatorios. Aunque parezca inverosímil, algo extraordinario está sucediendo en el confín del universo. Más bien, y por usar una variante más precisa del lenguaje, le está pasando al confín del universo.

No queremos alarmar a las autoridades con este comunicado, aunque recomendamos máxima discreción en lo tocante a la población civil, ya que un suceso de tamaño importancia y amplitud podría desencadenar una catástrofe si cundiera la idea de que el universo, sin motivo aparente, se está desplomando sobre sí mismo a una velocidad difícil de comprender.

Aunque la mayoría de los detalles se encuentran en el informe interactivo adjunto, en esta entradilla me limitaré a exponer lo básico: la luz de lentes gravitatorias distantes está llegando hasta nosotros deformada, como si las inmensas estructuras cósmicas que provocan estos espejismos estuviesen experimentando una transformación. O, para ser más exactos, una recolocación: los espectros de cuásares lejanos se distancian del rojo, como si su velocidad disminuyera drásticamente. Estos fenómenos no se pueden interrumpir. Debido a la distancia de la que nos llega su imagen, ya ocurrieron hace miles de millones de años, sólo que ahora alcanzan por fin nuestros aparatos.

Recomendamos máxima discreción. Les mantendremos puntualmente informados en tanto vayamos descubriendo cosas, pero algo es seguro a estas alturas: dada la cantidad de ojos que surcan los senderos de la Variedad, este asunto no tardará en ser descubierto por la población civil. Para entonces deberá estar listo un plan de emergencia, con el objeto de evitar que el horror masivo e irracional y la incertidumbre causen estragos en nuestras respectivas civilizaciones.

No sabemos qué está pasando ahí fuera, pero, sea como sea, llegará hasta nosotros en un plazo de tiempo muy breve.

Norte

Zula estaba esperándolo en su tienda.

Lo había visto salir de la casa de Rek y mirar al Cubo en la noche. Ella era un año más vieja desde la primera vez que viera al anciano, y más sabia en la misma proporción. Eso le permitió identificar la mirada de desafío que Norte arrojó al monstruo, prometiéndole que al día siguiente sería el momento.

El momento crucial.

Norte trepó por las maltrechas escaleras de adobe hasta llegar a la puerta de Zula. La joven se cubría con una manta para el frío, cosida en colores tan planos como el resto de los atuendos de aquella gente. Norte se había preguntado por aquella costumbre, la de no decorar la ropa, hasta que un día lo comprendió: cuando la piel está pintada con un laberinto de formas y circunvalaciones de metáforas, toda decoración resulta redundante.

Zula le permitió pasar a su casa y tendió bajo sus pies su propia alfombra hecha a mano. No cosía tan bien como la vieja Rek, se notaba en las puntadas de los bordes, pero para Norte el gesto era aún más tierno e importante que el de la tatuadora.

—¿Será mañana, entonces? —preguntó ella, sentándose en una elevación cúbica del suelo, un saliente con la textura de la madera anudada. Se arrebujó aún más en la manta, porque el frío de la madrugada se había colado en la habitación al abrir la puerta.

Norte se acuclilló en el centro del cuarto. Se preguntaba por qué Zula aún no había elegido a ningún compañero en todos aquellos meses. A aquella casa le faltaba la parte masculina de la decoración y de los enseres (había útiles cotidianos que sólo podían ser usados específicamente por un sexo u otro), y estaba como vacía. La relación entre ambos se había hecho más estrecha, cierto, hasta alcanzar una dimensión que iba más allá de la amistad, pero Norte no dejaba de ser un galandha, un extranjero, alguien que, por definición, no podía quedarse para siempre. Se lo había recalcado en varias ocasiones, pero Zula hacía todo lo posible por elevar defensas a su alrededor, que sólo bajaba para dejar pasar a Norte.

Se preguntó si Zula había confundido la presencia allí de un galandha tan sabio como él con otro mito viviente, igual que su gente hacía con el Cubo.

—Será mañana —corroboró él—. Procuraré no correr riesgos, no te preocupes. Sencillo.

Un velo de preocupación aleteó en el rostro de la joven. No, no preocupación: tristeza. Como si llevase tiempo esperando aquella respuesta, pero no hubiese sabido cómo prepararse para ella.

Zula sabía que cuando el anciano utilizaba diminutivos —«sencillo»—, el trabajo al que aludía no tenía nada de insignificante. Parecía demasiado seguro de sí

mismo, como un adolescente tras haber llevado a cabo una travesura con éxito. Es más, solía exhibir tres tics cuando le preocupaba algo: le temblaban los pelos de la nariz, el sudor se acumulaba en sus poros, y soltaba un ocasional suspiro, casi inaudible y sin darse cuenta, al desperezarse. Esa noche, desde que había entrado en casa de la muchacha, Zula le había visto dos de ellos.

En mitad del coito que siguió a esa frase, Zula sintió que le clavaba las manos en la espalda, dejando profundas marcas, como si tratase de aferrarse a algo. Lo hizo sin cuidado, sin esa delicadeza innata en él que, no sabía por qué, de un tiempo a esta parte se había esfumado.

Normalmente los sorprendía la estrella Nubla cuando hacían el amor. Era un astro especialmente brillante que sólo remontaba el horizonte a altas horas de la noche, como un centinela que saliese a vigilar que el resto de sus hermanas estuviesen en paz y en silencio. Norte se sintió un poco fuera de sí aquella noche. Era como si aquel cuerpo que penetraba violentamente en el amoroso regazo de la joven, haciéndolo suyo, hiriéndolo en lo más profundo, no fuera el que lo había acompañado desde la infancia. Entre tinieblas, vio a Zula sentada sobre él, sacudiendo su talle y gimiendo de un modo algo fingido, elevando la voz como a él le gustaba, aún a sabiendas de la cercanía de los vecinos. En todo momento mantuvo los ojos abiertos, y mientras su garganta emitía sonidos exagerados, aquellas pupilas, oscuras como el terciopelo, lo escrutaban, analizándolo, adivinando de alguna misteriosa y femenina manera que aquel hombre al que montaba emanaba esa noche un aire sutilmente distinto.

Que ya le pertenecía más a la Xfinge que a ella.

Cuando acabaron de hacer el amor, Zula reposó sobre el pecho de Norte, cubierta de sudor y con el pelo convertido en eslabones de cadenas. De improviso, y sin mirarlo directamente a la cara, preguntó:

—¿Por qué tú?

El anciano cerró con la punta del pie la contraventana, para que las vaharadas de viento frío de la noche no se les clavasen. Miró a su compañera con desconcierto.

—¿Por qué yo... qué? —preguntó. Desde su posición no podía verle la cara, sólo un nido de bucles negros del cual, en cualquier momento, podía despegar un pájaro.

—¿Por qué has de ser tú quien se enfrente a esa cosa? Estás haciendo ahora, a plena luz, algo que prometiste que sólo harías en sueños.

—Soy el Mystes. Ése es mi principio rector.

Zula se apartó los mechones de la frente.

—Nunca me habías mencionado esa palabra.

—Un Mystes es... digámoslo así, un experto en meterse en problemas filosóficos. Mi destino es encontrar las Xfinges y matarlas. He nacido para eso.

—¿Y no puedes renunciar, dejar que otro se encargue?

Una media sonrisa estiró los labios de Norte.

—Si supieras todo lo que he visto durante mis largos años de viajes... Cosas que tú, simplemente, serías incapaz de concebir. —Norte pronunció esa frase en un tono que no denotaba la más mínima condescendencia o menosprecio hacia Zula, por ser hija de una ortodoxia cerrada en sí misma, sin balcones al inmenso y complejo mundo exterior; sencillamente, estaba constatando un hecho—. No podría vivir sin esas perlas de conocimiento. Como te he dicho... he nacido para ello.

La joven meditó su respuesta durante unos minutos. Desde debajo de su melena surgió un «chik» «chik» que Norte conocía bien: era ella mordiéndose las uñas, un sonido muy ligado a sus momentos de introspección.

—Cuéntame una de tus historias —le pidió, abrazándolo con fuerza—. Una sobre lugares donde yo nunca he estado. De criaturas que nunca he visto.

Norte le pasó una mano por los hombros y apoyó los dedos en sus pechos.

—Bueno... no sabría por dónde empezar. Podría hablarte de los fotóvoros, unos seres que comen luz y que viven cerca de agujeros negros o gigantes azules. O podría contarte la gesta de las IAs de la Genoplia, que un bardo me contó una vez en una taberna de Ionosis.

—¿Genoplia?

—Es una especie de sociedad de IAs que habitaba... o habitará, no lo tengo muy claro, en una porción muy lejana de este universo. Ellas creían, o creerán, en un dios llamado Principio Iatrópico, que viene a decir que las inteligencias artificiales son la máxima expresión de lo creado. Pero se encontraron, o se encontrarán, con unos seres de una dimensión paralela llamada «energía oscura», con otro principio similar y opuesto al de ellas.

—¿Y qué pasó, o pasará?

Norte soltó una risita.

—Lo de siempre. Cada vez que dos credos que tratan de ser absolutos chocan, sus correligionarios se enfadan y acaban peleándose. Hubo una guerra. O la habrá.

—Siempre hay guerras por todo —masculló la joven—. No me gusta.

—Si te soy sincero —la besó en la frente—, a mí tampoco.

El anciano siguió contándole historias un rato más, hasta que el silencio se impuso por sí solo. Mientras Zula dormía, Norte pasó esas horas de desvelo pensando en la pregunta. No la pregunta, sino La Pregunta. La que le formularía el monstruo. ¿Sería capaz de contestar? Con todos sus conocimientos y su profunda sabiduría, ¿sería capaz de amansar a la bestia?

En el exterior, la Nubla, testigo involuntario de su amor, ya se esfumaba tras el resplandor del alba. Y Norte creyó haber descubierto quién había sido el primer tatuador de los Axha, aquel de cuyo nombre ni siquiera Rek se acordaba.

Pronto llegaría el momento de enfrentarse a él.

Lina

La *Eurídice* empleó sólo hora y media de cielo en regresar al espacio normal. La capitana, aún sin aliento, obligó a su corazón a recuperar una cadencia pausada. Los hologramas del Halo reposaban sosegados como telas de colores cálidos sobre sus manos.

—No puedo creer que estemos vivos —comentó Heith, hundido en el diván de aceleración. No se lo estaba recalando a ella. Simplemente, lo decía por decir. Por asimilarlo mejor.

Sin mediar palabra, Lina salió del pozo de hologramas y se impulsó hacia la salida del puente. Cuando llegó al pasillo, sus pies encontraron gravedad.

—¿Adónde vas, cariño? —se extrañó Heith.

Lina descendió a la bodega. Por el camino sacó de unos armarios unos instrumentos de medición, rudimentarios comparados con los que empleaban los inspectores de aduanas, pero efectivos para lo que ella pretendía hacer. Su novio la siguió; al cruzar las distintas cubiertas, se dio cuenta de que la *Eurídice* no era una nave pulcra y limpia hasta el extremo de la obsesión. Es más, distaba mucho de ser un entorno aséptico y ordenado. Por doquier, su vista se posaba en envoltorios de chicles, envases vacíos de bebidas, cordones de botas, un prendedor para el pelo con algún diente roto y cosas así. Ahora que se fijaba, Heith vio restos de algunos regalos que él mismo le había hecho en ocasiones especiales, como aniversarios y cumpleaños (bisutería comprada en los zocos de la Clepsidra y chucherías de enamorados), reconvertidos en parte integrante de la estructura, o en parches para tapar zonas quemadas.

Saltaba a la vista que la *Eurídice* necesitaba urgentemente una puesta a punto en un astillero. Y un tapizado nuevo. Las consecuencias de los combates contra los Ur, y quién sabía cuántas más facciones peligrosas, habían dejado su huella allá donde uno mirase. De ahí que Lina estuviese tan obsesionada por sacar dinero de donde fuese, en cantidades más grandes e inmediatas que las que podía dejar el honrado comercio interestelar. Eso no quitaba, desde luego, que ella, en su fuero interno, actuara como una desordenada crónica, y en un espacio sobre el que tenía potestad absoluta —su nave—, dejase la ropa interior y los calcetines flotando en los lugares más insospechados.

—El inspector dijo que la energía que requisé amablemente a los urtianos manifestaba una especie de libre albedrío —musitó la capitana—. Que respondía de alguna manera inteligente a su sensor. Me pregunto qué demonios les habré robado en realidad a esos malnacidos... —se estremeció.

—Un cargamento de enlaces por nucleón, ¿no? Era lo que llevaban en las bodegas.

—Eso pensaba hasta que llegué a la Clepsidra, sí. —Lina cargó el bastón-escáner como quien amartilla una escopeta—. Tenemos que consultar con algún experto, alguien capacitado para investigar qué rayos es esto y cómo ha podido afectar a mi nave. Algún científico.

—No creo que resulte seguro regresar a la estación —apuntó Heith, tratando de seguirle el paso a su novia. No estaba tan entrenado en las maniobras cero G como ella, y la *Eurídice* sólo mantenía la gravedad artificial en los planos paralelos a su ecuador, no en los anillos de cruce entre cubiertas o en los pozos de mecánica—. Los urtianos aún deben estar vigilando la zona.

Llegaron a la bodega. La capitana no abrió la compuerta, sino que enarboló ante ella el bastón y recogió unas lecturas insólitas.

La expresión de su cara no auguraba nada bueno.

—¿Qué ocurre? —preguntó Heith—. ¿Algo va mal?

Lina se sentó en el suelo del pasillo y miró al techo.

—Todo va mal —respondió—. Todo. Esa cosa se ha salido del contenedor en el que la metí y ha invadido el volumen entero de la bodega. Prefiero no abrir esta puerta —la palpó con suavidad; estaba fría—, no vaya a ser que se extienda por el resto de la nave.

Heith miró con resquemor la compuerta, como si un depredador alienígena, un secreto militar sólo conocido por los urtianos, pudiese estar aguardando a sus presas al otro lado.

—¿Entonces?

Lina se puso en pie y le entregó el bastón.

—Un científico. Eso es lo que más nos convendría ahora. Y uno de los buenos.

Regresaron al puente. Lina pidió al Halo que le facilitase un listado de los puertos estelares disponibles en un radio de cien años luz. La lista incluía varias Clepsidras —la mayoría administradas por aerobios, lo cual era una buena noticia—; una estación de tránsito perteneciente a una corporación comercial; dos puentes concatenados de Ching (cadenas de capacitadores de salto para astronaves lentas o sin capacidad de impulso R, que oficiaban de toboganes hacia otros destinos); nueve mosaicos culturales creados por mercaderes que se unían para vender sus productos; una catedral melódica Zaghos (músicos autómatas que vagaban por la galaxia en busca de nuevas vibraciones para las cuerdas de sus instrumentos), y un puesto militar elandi.

Lina sacudió la cabeza. Nada de aquello servía. Cualquier puerto comercial estaría vigilado por los urtianos, a la espera de que ellos mismos cayeran en sus redes. La *Eurídice* tenía los depósitos llenos, así que podrían resistir hasta un año en el espacio sin tocar puerto, pero seguía sin armamento pesado. Otra opción era volar haciendo parábolas R sin ir a ninguna parte, para que la deuda temporal externa se

incrementase. Así pasarían meses o incluso años, mientras que para ellos sólo sería una inquieta espera de pocas semanas en la que el único enemigo a vencer sería el aburrimiento. Puede que entonces se cansaran de buscarlos.

Pero no podía hacer eso. Tenía que saber qué había robado por accidente a los urtianos. Qué descomunal secreto ardía en su bodega, lo suficientemente valioso como para que todo un crucero de batalla se hubiese atrevido a violar el tratado.

Mucha gente inocente había muerto en la Clepsidra por su culpa, y ella no iba a dejar correr aquel maldito asunto sin hacérselo pagar a los urtianos. O, al menos (si lo anterior era imposible), sin sacar tajada.

—Espera, espera, espera... —murmuró—. Podríamos acercarnos a ese puerto de segunda categoría —opinó, ampliando un cuadrante donde llamaba la atención un astillero solitario, a muchos años luz de ninguna parte—. Y alquilar los servicios de un tasador. Hay gente muy buena en los mercados del Borde, acostumbrada a lidiar con todo tipo de mercancías.

—¿Qué tal este otro? —apuntó Heith, señalando un cuadrante anexo. La información contenida en la biblioteca situaba un monasterio Tetsoiden en un anillo de asteroides. Sus sacerdotisas tenían fama de excelentes videntes en asuntos relacionados con la ciencia.

Lina arrugó el entrecejo. No le gustaba tratar con hidrobios. La diferente velocidad de su metabolismo los hacía interlocutores difíciles.

—Si no hay más remedio... ¡aguarda un segundo!

—¿Qué has visto?

—Aquí, a sólo diez años luz. Un puesto científico sobre una luna de Theta Coriolis.

Tras ponderarlo, a Heith le pareció una buena opción: científicos razonablemente aislados de las rutas comerciales, inmersos en quién sabía qué proyecto que sólo entendían ellos. Seguro que hacía mucho tiempo que nadie les hacía una visita.

—Servirá.

—Tal vez puedan decirnos qué está ocurriendo en mi bodega —se entusiasmó Lina, tan inclinada sobre el Halo que parecía a punto de zambullirse de cabeza en él—. Hemos tenido suerte, no creo que los urtianos se atrevan a acercarse tanto a...

Se tapó el rostro con las manos. Alarmado, Heith tiró de su pantalón hasta sacarla del Halo.

—¡Lina! ¿Qué te ocurre?

Ella inspiró profundamente. Luego se relajó.

—Nada. Es el bajón de toda la adrenalina, la tensión acumulada —sonrió—. Además, está a punto de venirme la regla. Supongo que tantas emociones me la han adelantado.

—¿Necesitas que te ayude?

Ella hizo una mueca, divertida.

—Aprendí a usar los productos de higiene femenina durante la adolescencia, gracias.

El abogado se sonrojó.

—Eh... no quería decir eso. Yo...

—Te has puesto colorado.

—No es verdad.

—Sí lo es —rió ella—. Anda, ven aquí y bésame.

Lo arrastró al interior del Halo. Las cascadas de datos rozaron sus caras como paños de muselina, ocultando sus movimientos en baja gravedad.

Hicieron el amor durante las dos horas de cielo hasta Theta Coriolis. La *Eurídice* aceleraba acompañada por un ronroneo de motor, una brisa cálida deslizándose por un bosque de juncos. La familiar calina crepuscular de la fase alfa empezó a brotar del bloque de motor, contrapunteando los gemidos de Lina y adormeciéndola en los brazos de Heith... aunque la capitana no dejó de pensar en ningún momento (ni siquiera durante el doble orgasmo que tuvo apoyada en la consola de instrumentos) en que tal vez llevara polizones a bordo.

Por precaución, y con un último movimiento antes de caer exhausta y sudorosa sobre las cortinas de hologramas, aseguró las compuertas de la bodega.

Verk

Era la segunda vez en su vida que Samuel Verk rebasaba las puertas del Paraninfo de la Armonía Fractal. Como la ocasión anterior, el sentimiento fue de congoja.

Los urtianos habían construido en las colonias nueve palacios proyectados para que funcionasen como una pirámide de necesidades. Las murallas externas sólo cumplían una función básica, la de soportar los pesos. Las interiores iban adquiriendo poco a poco otras más refinadas: suministro energético, apoyo vital para los no hidrobios, defensa interior y exterior, espacios de intendencia, salas de protocolo y de reuniones. Todas ellas eran de una inopinada belleza.

El sínodo nuclear, una torre de noventa pisos, culminaba en una terraza con capacidad para albergar a veinte mil visitantes. En los salones de cristal repartidos por esta inmensa construcción, artísticas estilizaciones compensaban los excesos de masas. Por todas partes florecían sorpresas sutiles: riesgos arquitectónicos que pasmaban las mentes, cuadros de formulaciones matemáticas abstractas...

Verk paseó entre ellos sin prestarles la menor atención.

Los acontecimientos se precipitaban. Hacía cien segundos, mientras ascendía por las escaleras de los últimos pisos, Samuel había tropezado con otros observadores

culturales de razas afines a la causa. Por boca de esos observadores se había enterado de las incursiones de la flota urtiana en territorio Zeska y Stramli. Desde el término de aquella charla, varios mundos ictio sapiens habrían sido conquistados o destruidos, sin que hubiesen representado más que un breve alto en el camino, dejando las banderas de sus sistemas estelares en manos del vencedor.

Era una desgracia necesaria. Él lo daba por hecho. Los urtianos eran plenamente conscientes de que se arriesgaban a una guerra abierta contra el resto de los sofontes, pero no les importaba. Su arrogancia iba pareja al poder de su tecnología y de su pulsión por la independencia. De hecho, un viejo adagio de la Variedad afirmaba que las Quince Especies catalogaban las estrellas por si los urtianos tenían el capricho de añadir o quitar alguna. Los estrategas Ur tenían los ojos puestos en un único lugar, sobre el cual Verk jamás había oído hablar a nadie. Ningún ministro en los círculos de manufactura de datos lo nombraba. No sabían nada, no escribían sobre él ni daban ninguna orden específica, pero Verk compartía con ellos aquel secreto: sabía que el lugar existía, que se encontraba más allá de la frontera con el Bolzai, y que la civilización entera de sus amos estaba dirigiendo sus esfuerzos combinados hacia él.

Era un misterio, el mayor acertijo que Samuel había entrevisto de una civilización fundamentada en enigmas, en planes que englobaban misterios encerrados en laberintos y ocultos tras altas murallas. Puede que aquella inesperada reunión en el sínodo con representantes de otras especies fuese un primer paso para calmar los ánimos. Todos habían visto lo que sucedía en el confín del universo. Todos querían respuestas. Los urtianos aún estaban reuniendo sus tropas y debían conservar a sus aliados.

Samuel llegó jadeando al último piso, la gran terraza de los Tiempos. El Paraninfo de la Armonía Fractal estaba atestado de embajadores. Pese a lo nutrido de la concurrencia y la rotundidad de algunas paredes, no resultaba un lugar agobiante. Las filigranas de cristal lo volvían menos agresivo a la vista.

Algunos de los invitados lo sorprendieron: uno de ellos, el más inesperado a sus ojos, ocupaba la tribuna central.

Era un humano.

Un traje monoclima lo protegía de los rigores de la atmósfera de hidrógeno. Aparentaba unos cuarenta años (modificaciones genéticas aparte) y se veía alto, delgado y sus ojos tenían un color indescifrable. Su rostro era famoso. Verk recordaba haberlo visto en diversas ocasiones en simposios sobre guerra corporativa de alto nivel.

El epígrafe informativo lo informó de su nombre: Joviann Fust, presidente de AREAN&TERRA. Un hombre muy poderoso e influyente, ideológicamente más cercano a los aerobios que a los intereses urtianos.

¿Qué estaba haciendo allí?

Verk se acercó para escuchar su discurso.

—... y nos ha llamado la atención que entidades que no revelan su posición ni sus intereses específicos —decía— difamen los esfuerzos estratégicos de la Alianza del Éxodom. Durante mucho tiempo, siglos no subjetivos, la Alianza mantuvo protegidos a sus simpatizantes durante el período de reagrupación. Tenía que concederles tiempo para que avanzase la tecnología y se descubrieran ciertas ramas de la ciencia teorizadas generaciones atrás, pero que hasta ese momento nadie había desarrollado. Durante ese intervalo la Alianza fue débil, y pudo haber sido destruida por sus enemigos de no ser por el apoyo de los urtianos. Por ello deseamos darles las gracias y ofrecerles nuestra ayuda. Es bien sabido que el registro de hechos de esa época, el *Sheetor Mun*, se encuentra a buen recaudo en los archivos del Consorcio Hidrobio y a libre disposición de los presentes.

«Viene en representación de la Alianza del Éxodom: los kodan y los andaras —caviló Verk—. ¿Por qué han elegido a un humano como portavoz? No tiene sentido.»

—Nuestros analistas se preguntan, sin embargo —prosiguió Fust, disfrutando de la vista del mar de cabezas y tentáculos que se veía desde la tribuna—, por qué un simple corsario merece tanta atención de nuestros servicios secretos. Sabemos que la *Eurídice*, un balandro fletado en Vai Surugy, pertenece a una mujer llamada Lina Kolbrand, una delincuente con un amplio historial de contrabando. Pero hasta la fecha, nadie se había tomado en serio su amenaza. ¿Por qué? ¿Qué ha hecho la propietaria de ese navío para que cambien las tornas?

»Solicitamos, pues, que la asamblea capitular nos muestre todos los datos de los que dispone para que la Alianza pueda trazar sus propios planes. El apoyo de nuestra flota está garantizado, así como las redes de suministros y espionaje kodan situadas en los dominios aerobios. Pero necesitamos, antes que nada, saber qué está ocurriendo.

La cognoscitiva Ur le indicó que su tiempo había concluido. Fust descendió de la tribuna y ocupó un lugar en la fila de embajadores. Descubrió a Verk, medio escondido entre una delegación de kodans, pero sólo le dedicó un fugaz arqueado de cejas.

El representante kodan se hizo con la palabra. Su discurso no variaba fundamentalmente del que había ofrecido el humano, aunque algunos detalles diferían. Los kodan estaban preparando una gran nave generacional que partiría hacia las profundidades del Bolzai en pocos siglos. Trasladaría quinientos billones de miembros escogidos de sus veintiséis razas, además de información genética sobre la diversidad ecológica de su mundo de origen. La nave sería inmensa: los ingenieros pretendían demoler dos planetas de su sistema y utilizar los fragmentos para fabricarla. Emplearían cien años para su construcción, doscientos setenta para acelerarla, y treinta más para modificar su ruta hacia el Bolzai. Luego sería cuestión

de esperar.

Verk sacudió la cabeza. Cuando un terremoto sacude una pecera, los aterrados inquilinos tratan de huir a sabiendas de que no les espera nada más allá. Se preguntó si, en el fondo, los urtianos no estarían planeando una maniobra parecida, aunque megalomaniaca, como les gustaba a ellos.

A pocos metros de Samuel, Fust no paraba de jugar con sus gemelos. Parecía nervioso. Por su expresión, Verk supo que era el único entre los presentes en temer que el factor tiempo no los acompañase.

—*Háblanos, Samuel Verk. Dinos qué ves* —pidió la cognoscitiva.

Fust sabía algo que los demás no. Lo tenía claro, a tenor de sus gestos y la mirada de preocupación que dirigía a los demás cónsules, pero no se atrevía a decirlo en voz alta por más que fuera un hombre bien situado y no sujeto a responsabilidades legales tan extremas como el resto de los presentes. Parecía más libre que ninguno de hacer lo que quisiera a expensas de las leyes de la Variedad.

Si los urtianos buscaban un aliado en los mundos aerobios, sin duda Fust era el candidato perfecto. Pero habría que investigarlo: nadie traiciona a su raza por placer, sino por una buena razón. Una razón más poderosa que la vida misma.

Verk sabía mucho de eso.

Se acercó a él.

—Pocos humanos han visto el Paraninfo de la Armonía desde esta perspectiva y han vivido para contarlo —comentó.

—He estado varias veces en este lugar —precisó Fust, sin mirarlo a la cara.

—¿Cuándo?

—En el pasado, mis empresas proveyeron a los urtianos de cierta tecnología. Fue hace mucho tiempo, pero esto apenas ha cambiado desde entonces.

—Le preocupan las propuestas de las otras delegaciones, ¿no es cierto?

Fust lo miró glacialmente.

—¿Quién es usted?

—Samuel Verk. Un observador no culturalmente inercial.

—¿Qué es eso?

—Alguien cuyo dictamen sobre la civilización urtiana es absolutamente ecuánime. No estoy mancillado por sus convenciones sociales o culturales, ni por sus limitaciones biológicas. Los urtianos valoran mucho mis opiniones, siempre que las enuncie sin trabas.

—Como los bufones.

El símil lo cogió desprevenido.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Me refiero a los bufones de las cortes de los antiguos monarcas. Eran los únicos capaces de mofarse de ellos en sus propias narices sin que los reyes ordenaran

que los ahorcaran. —Sonrió—. Ya habrían deseado los hombres más respetados de su tiempo ser capaces de tal proeza.

—Pues... sí, supongo que es toda una hazaña.

Fust se separó de la barandilla, ajustándose el traje monoclima.

—El aire de aquí dentro empieza a estar viciado. Creo que voy a retirarme.

—¿Volveré a verlo? Mis amos me pedirán una opinión sobre usted, y si no conversamos no podré dársela.

—Cuidado con las opiniones, observador —le advirtió Fust—. La inmunidad del bufón nunca está garantizada al cien por cien.

Y le dio la espalda, marchándose silbando bajo los techos acristalados.

Jules

Las mantis proyectaron sus colosales cuerpos hacia el cielo, en un prodigioso salto que las llevó a aterrizar en medio de la laguna. Al caer, provocaron una ola de considerables dimensiones que sacudió la nave. Dos hombres cayeron por la borda, aterrizando en el agua o sobre la motora. Los demás lograron agarrarse a algo y cargaron las ballestas con metódica velocidad. Era increíble lo bien entrenados que estaban para combatir a su principal enemigo: el pánico.

Jules rodó hacia el estabilizador de babor, resbaló por el borde de ataque y, aún con las manos atadas a la espalda, logró afianzar las piernas en una posición que frenó su caída. A pocos metros, Zhinz se aprovechaba de su constitución no humana para impulsarse con la cola.

La mantis más cercana los observó con calma desde una atalaya que algún naturalista habría tenido el valor de llamar «cabeza».

Jules la estudió con fascinado horror: jamás había tenido a uno de aquellos monstruos tan cerca como para notar que su piel no era lisa, como parecía en las fotografías, sino tatuada con un mosaico de celdillas hexagonales. Era un detalle que se habría alegrado de no descubrir por sí mismo.

El animal alzó las patas, desplegando las monstruosas pinzas dentadas. Zhinz gritó algo en su lengua natal. En un prodigio fruto de la desesperación, sorteó de un único y descomunal salto la distancia que lo separaba de la orilla, y aterrizó junto a un puesto de arponeros.

Estos apuntaron a la mantis más cercana y abrieron fuego. Los proyectiles envenenados volaron, pero no fueron los únicos. Si al notar su predilección por las armas arcaicas un extranjero suponía que el pueblo carroñero despreciaba las ventajas de la tecnología, cometía un error. Varios hombres y mujeres corrieron por la ribera hacia unos sacos de arena. Tras ellos estaban instaladas unas ametralladoras. Los

servidores acoplaron las cintas de munición y retrocedieron, dejando que los artilleros abrieran fuego.

Los dinoinsectos no permanecieron inmóviles en el centro del lago, dejando que los bombardeasen. Confundidos sus sentidos por los restos de la nube tóxica, saltaron a ciegas hacia la orilla. Uno aterrizó sobre una maraña de raíces aéreas, destrozando varias casas destartadas construidas al amparo de ellas. El otro fue a parar justo encima de uno de los enclaves de ametralladoras, y dio buena cuenta de los artilleros con sus formidables apéndices.

Todavía encima de la nave, Jules vio que varios cuerpos destrozados de hombres caían a la laguna. Las mantis recibían constantes impactos, pero no las afectaban hasta el punto de detenerlas. Le pareció encomiable el valor de los carroñeros: pese al caos reinante y la increíble velocidad de sus enemigos, se tragaban el miedo, masticándolo bien y extrayendo algo positivo de él: armaban los arpones y se lanzaban con decisión a la batalla.

El líder, ladrando órdenes entrecortadas, logró subirse de nuevo a la motora. La puso en marcha y rodeó a una de las mantis, la más cercana a la linde de la laguna. No llegó muy lejos: el monstruo destrabó sus patas de la maraña de raíces, sacudió la cabeza como para despejar su diminuto cerebro y giró en redondo. Algunos hombres le lanzaron arpones envenenados, que atravesaron su piel, quemándole con las mezclas químicas la carne y los músculos. Cinco hombres y dos mujeres estallaron en pedazos cuando la zarpa más cercana realizó un barrido a escasa distancia del suelo. El líder, que saltaba en ese momento a tierra, logró clavar su poderoso cuchillo en el tendón de control de la garra, imposibilitando al monstruo para efectuar el famoso movimiento de pinza con el que aquellas criaturas desgarraban a sus enemigos. Pero ese esfuerzo le costó la vida; al acercarse tanto a aquella guillotina dorada, no pudo evitar que el filo lo partiera en dos.

Nadie se detuvo a llorar su muerte. Ni los demás carroñeros ni sus prisioneros. Cada cual tenía sus propios problemas.

Procurando que ninguno de los atareados guardas se fijase en sus movimientos, Jules se arrastró hasta el filo del ala. Éste era lo suficientemente aguzado como para cortar las cuerdas que le sujetaban las muñecas, aunque la inclinación de la nave dificultaba la tarea. Y ya había perdido suficientes dedos en aquella aventura como para sacrificar más.

Mientras frotaba las cuerdas contra el metal, escudriñó la ribera. Zhinz había logrado llegar, no quedaba duda. Localizó su tembloroso cuerpo arrastrándose bajo el EV que había desatado el caos. Sus tripulantes habían vuelto al interior, pero parecían tener problemas para elevarse. Iracundos, discutían el uno con el otro haciendo aspavientos.

Jules se preguntó quién sería aquella gente, y por qué demonios habrían recorrido

tanto camino en un utilitario de lujo para llegar a aquel rincón del infierno.

Lina

Theta Coriolis poseía doce planetas, cinco de los cuales eran gaseosos. El segundo en orden de importancia se dejaba agasajar por un cortejo de lunas. Fue orbitando alrededor de la cuarta donde la *Eurídice* encontró señales de vida. Un laboratorio orbital de mediano tamaño, con capacidad para unas cincuenta personas, destacaba su contorno ahusado contra los océanos trufados de compuestos de azufre de la superficie.

Lina envió señales de amistad por todos los canales. Los científicos no solían ser gente belicosa, pero nunca estaba de más tomar precauciones.

La llamada dio sus frutos cuando el rostro de una mujer de unos cincuenta años apareció en la pantalla. Vestía un funcional mono de trabajo verde, con un cuello alzado y tubular que le llegaba hasta la barbilla. Mechones de cabello argentino bien cortado, una nariz larga y recta, y una barbilla aristocrática proporcionaban dignidad a sus facciones.

—Su identificación no es válida para este sector —anunció.

Lina tuvo la sensación de que la habían interrumpido en mitad de algo importante.

—Lo sentimos, pero buscamos apoyo científico inmediato. Es muy urgente. Queremos consultar con ustedes la naturaleza de... eh... —Lina estuvo a punto de decir «esa maldita cosa que arde en mi bodega», pero abortó la frase en el último segundo—. .. de un tipo de energía inclasificable que llevamos a bordo.

—Sobre eso es precisamente de lo que va el experimento que tenemos en marcha —insistió la mujer del cuello alto, de mal humor—, y que corre peligro de fastidiarse si su nave sigue revoloteando con sus motores R por las cercanías. Están introduciendo una variable muy peligrosa en el espacio de control. Tienen que marcharse.

—¡Escuche! —suplicó Lina, antes de que la imagen de la científica se desvaneciera—. Déjeme explicarle: no queremos causar problemas. Si tienen un experimento en marcha, díganos cuánto durará. Tenemos combustible para esperar dos o tres días fuera del sistema. —Era mentira, claro; tenían capacidad para permanecer a la escucha durante muchas semanas, pero no quería que ese dato diera pie a que se los quitaran de encima. La nave podía esperar, pero su paranoia no.

La científica la miró con aire cansino.

—No sé si bastará. Retírense de las órbitas interiores y, antes de acercarse de nuevo, emitan un mensaje cifrado. Entonces les autorizaré... ¿qué ocurre? —Desvió

la vista hacia algo o alguien fuera de campo. Un ayudante le enseñó unos datos, y su expresión cambió del frío distanciamiento a un paroxismo cercano al terror.

—¡Rápido, salgan de ahí! —les exhortó—. ¡Abandonen este sistema ahora mismo!

—¿Qué ocurre? —preguntó Lina, sobresaltada. Su dedo se acercó al símbolo del Halo que activaba las contramedidas—. ¿Qué está pasando?

—¡Sea lo que sea lo que ustedes traen, está llamando su atención!

—¿Su atención? ¿La atención de quién?

—Por los dioses —susurró Heith, señalando la pantalla principal—. ¿Qué jodida cosa es ésa?

Lina también lo vio.

Por detrás del disco planetario surgió un aro de luz agresivamente blanco, cuya circunferencia delimitaba un área de casi treinta mil kilómetros. Era un anillo resplandeciente de luz pura, un collar de energía que flotaba en el vacío.

Lina y su novio contuvieron el aliento mientras el objeto se acercaba a ellos. A simple vista su circunferencia era absolutamente perfecta, pero había una lacra en su perímetro, un cuerpo de grandes dimensiones que chisporroteaba con cascadas de radiación.

Aquel cuerpo no se parecía a nada que la capitana hubiese visto antes: el aro ya era en sí mismo algo insólito, y aquel insecto —cuyo tamaño engañaba: comparado al del anillo parecía diminuto, pero debía medir varios kilómetros de longitud— era, no obstante, algo difuso, de remoto parecido a una mancha solar. Estaba atrapado en el borde del anillo como una mosca en una red, pero luchaba por desprenderse de él.

Y, por la dirección de sus esfuerzos, parecía querer salir disparado hacia la *Eurídice*. Directamente.

—Sabe que estamos aquí —dijo Heith.

La capitana giró la nave en redondo, programando una ventana de salto instantáneo a un lugar seguro. Mientras el ordenador revoloteaba por la enmarañada madeja de cálculos, ellos siguieron monitorizando el objeto con los sensores de largo alcance.

—¿Qué mierda es eso? —exclamó Lina.

El ser alienígena, aún sujeto al anillo de luz, lo hizo rotar hasta que adquirió suficiente velocidad como para desviarlo de su órbita. Ambos, objeto y anillo, comenzaron a caer hacia la cuarta luna.

El Halo les confirmó lo que Lina ya había intuido a ojo: si seguía con la actual trayectoria, el anillo y la estación de los engreídos científicos coincidirían en la órbita en breves minutos. No estaba segura de si el anillo era sólido o un espejismo inocuo de tamaño colosal, pero no podía arriesgarse. La estación quedaría destruida si colisionaban.

Maldiciendo, abandonó la ventana de salto y puso proa hacia la superficie de la luna.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Heith.

—Trato de salvar a esa gente. —Su memoria descargó todo el adiestramiento de emergencia en su cerebro, inundándolo con un remolino de reflejos aprendidos. Tecleó secuencias y manipuló los controles tratando de sacar algo racional de toda aquella confusión. ¿Cómo era el refrán? «Nunca te acerques a los fenómenos del espacio que no puedas comprender, o a los que nunca hayas visto antes, porque aunque tú no sepas cómo destruirlos a ellos, ellos sí que sabrán cómo destruirte a ti.» Sí, era un buen consejo—. Escucha, cariño, necesito que bajes a la sala de máquinas y la prepares para expulsar el contenedor de esa cosa alienígena.

—¡Pero así perderás todo el botín!

Ella resopló.

—Ya estoy harta de ese maldito cargamento. Será mejor que nos libremos de él cuanto antes o acabará por matarnos.

—Estoy de acuerdo —repuso Heith, y no discutió más. Se marchó corriendo hacia la bodega.

La *Eurídice* voló hasta penetrar en la tenue atmósfera de la luna. Las nubes que tenía justo debajo escupieron lenguas verticales de fuego nebuloso. Cuando las atravesó, sisearon ferozmente a su alrededor como olas de agua hirviendo. Lina se aproximó a tierra y zigzagueó velozmente entre cadenas montañosas. Los remolinos cegaron parcialmente las pantallas y mordisquearon las antenas, pero la integridad estructural del casco seguía al máximo.

El Halo confirmó sus sospechas: la cosa apuntaba hacia ellos, haciendo un esfuerzo consciente por perseguirlos, ya que varió el ángulo de caída del anillo y lo alejó de la estación.

En lugar de darle las gracias, la doctora (cuyo rostro, pecoso de estática, aún seguía asomado a su pantalla) le espetó:

—¡No se acerque al planeta! El anillo es demasiado volátil. Podría explotar si golpea la superficie.

—¿Explotar? ¡Defina «explotar»!

—No sabemos cómo se comportará cuand... —la estática acalló el resto.

—La trayectoria del aro es demasiado oblicua —argumentó Lina. Aún podía sentir la vibración de sus dientes—. O lo hago virar o chocará contra ustedes. Elijan.

La doctora se mordió el labio. En el radar, vio que el anillo penetraba las capas altas de la atmósfera lunar, descendía a tierra y rozaba con su delgado cuerpo una planicie blanco amarillenta.

El aro penetró limpiamente en la corteza planetaria. Cortó en dos un macizo montañoso y provocó un geiser de tierra y rocas que se elevó varios kilómetros.

Parecía una explosión nuclear controlada. El anillo no se comportaba como un bisturí, separando bloques de masa continental, sino como un fino hilo que se hundiera en una masa de gelatina. El planeta lo dejaba pasar, pero se cerraba tras él debido a su propio peso, sin dejar apenas una cicatriz.

La *Eurídice* volaba al máximo de sus posibilidades en entorno atmosférico. Hizo polvo el mach diez y dejó una doble estela blanca detrás, suspendida entre nubes y helada como nitrógeno líquido. El anillo seguía rodando sobre su eje, incansable. Lina sintió turbación, sobrecogimiento, una mezcla de sensaciones que se le atragantó en el pecho. Mientras pilotaba salvajemente entre macizos de sulfuro, gritó a Heith:

—¿Estamos preparados para descargar?

La voz de su novio le contestó por el intercom:

—Cuando tú quieras.

Comprobó una última vez la pantalla trasera y creyó ver algo. Algo imposible.

—¿Lina? —preguntó Heith, muy nervioso—. ¡Estoy esperando la orden! ¿Qué estás haciendo?

La capitana acercó el zoom a la mancha solar de mercurio, y en su interior distinguió algo.

Era la silueta de un hombre.

—No puede ser... —murmuró. A medida que enfocaba la imagen, la figura aparecía más nítida.

—¿A qué espera? —apremió la doctora, desde la estación—. ¡Suéltelo ya! ¡Capitana!

Lina se despejó. Miró al frente y vio que las montañas le cerraban el paso.

A una velocidad endiablada, remontó el vuelo y dio la orden a Heith para que expulsase la carga. Los compensadores de inercia vibraron al límite de sus posibilidades, tratando de que su cuerpo no quedase convertido en pulpa bajo la presión del giro cerrado a mach diez.

El abogado manipuló unos controles. Las puertas de la bodega se abrieron como pétalos de metal, y el cilindro que albergaba el contenedor, con el tesoro robado a los urtianos en su interior, salió disparado hacia el vacío.

Lina lo vio caer y cómo lo engullía la mancha de mercurio.

El contenedor se desintegró como cera al contacto con la llama. Una brutal explosión levantó media cordillera por los aires, partiendo en dos el anillo de luz, que se deshizo en copos de nieve cuántica. Sobre el cráter resultante llovió una granizada de chispas de energía, quemando la tierra y evaporando el azufre.

Rota la tensión superficial, los dos mil kilómetros de circunferencia del anillo se desplomaron, volatilizándose en cuestión de segundos. Desde órbita, el planeta lucía una nueva cicatriz muy delgada y perfectamente rectilínea que atravesaba uno de los continentes de extremo a extremo e iba esfumándose lentamente.

Y, en el centro de aquel cráter, había quedado algo.

Lina descendió, posando la nave. Un grupo de lanzaderas procedente de la estación fue a su encuentro. Entre las personas que bajaron a tierra se encontraba la doctora del traje verde y la mirada de reproche; tanto ella como Lina descendieron de sus respectivas naves enfundadas en trajes monoclima.

La doctora le tendió la mano.

—Muchísimas gracias. Jamás habría creído que tal proeza fuera posible.

—De nada —dijo parcamente Lina—. En cierto modo es culpa nuestra. Si no hubiésemos entrado repentinamente en el sistema, puede que el anillo no se hubiera desestabilizado.

—O puede que sí. De todos modos, gracias por salvarnos la vida. Soy la doctora Valeris Adyanti.

—Capitana de primera clase Lina Kolbrand. —Hizo un gesto en dirección al centro del cráter—. ¿Qué era eso, esa especie de mancha solar?

—No lo sabemos con seguridad, pero parece el culpable de las interferencias en la red de materia oscura del sistema. Lo mismo que estaba volviendo locos a nuestros instrumentos.

—¿Y ese descomunal anillo de luz?

El rostro de Valeris reflejó cierta desazón.

—El anillo... sí, una verdadera lástima. Era nuestro escalpelo de Lindstrom, una herramienta para trabajar a escala planetaria. Tardará un tiempo en regenerarse por sí mismo. Se lo explicaré con más calma en otro momento.

Lina puso cara de haber entendido algo, aunque fuese un poquito.

—En realidad, lo que necesitábamos...

—¡Vengan a ver esto, rápido! —gritó uno de los científicos. Valeris, Lina y Heith corrieron hacia el centro del cráter.

Allí, medio enterrado en el polvo de azufre, yacía el único residuo de la reacción entre la mancha de mercurio y el contenedor de la *Eurídice*.

Un ser humano.

Lina y Heith compartieron una mirada estupefacta. La doctora Valeris se aproximó, examinando el cuerpo.

Parecía estar vivo y en buen estado de salud, aunque sin sentido. Era un varón de unos treinta y cinco años, bien parecido y de constitución atlética, con una larga melena color azabache recogida en una coleta. Vestía un uniforme parecido a una sofisticada armadura de combate ceñida al cuerpo, que jugueteaba con la luz de tal manera que los ojos eran incapaces de enfocarla correctamente, y que mantenía a su ocupante aislado del vacío.

Valeris se inclinó sobre él. En la ropa llevaba adherido un parche con su nombre y graduación, en un alfabeto conocido por ellos:

CAPITÁN JAN DELVIAN, SECCIÓN NUEVE.
DELOS.

Capítulo 7

Informe horario n.º 6557197 / P114

Cripto:

0

Asunto:

Letra y música de una antigua composición melódica de los tiempos del Profundo Amanecer, de autor hoy desconocido.

Extensión:

0,194 Lymes; 0,0023 segundos de anchura de canal (*subvencionado por el Ministerio de Comunicación y Relaciones Panculturales de Ciudad de Cruces*).

Adjunto:

Audio y texto.

Remite:

Un melómano anónimo en la arcología Aeria Primus.

Texto:

*Si juzgan tus ojos
Del río cercano la tensa corriente,
Si buscan tus manos
En los tallos de la minutisa
¡Clavel de poetas!
La fresca simiente,
E implora como perdido nauta
Tu frente una sola estrella,
Soy yo, el que no viste su lazo,
Quien hago sangrar la vid no imaginada
De la que brotan ansias y enojos
En el pétreo perfil de sus antojos
Hasta sentir el poder de su mirada.
Agua fugitiva Ávida de calma,
Ufana de amores, que así anida en su alma.*

Fust

Joviann Fust sabía guardar diversos tipos de silencio. Cuando se enfrentaba a adversarios empresariales escondía las palabras detrás mismo de la lengua, acumulándolas para liberarlas en una arremetida de furor léxico. Eso les ponía nerviosos. Otras veces se las arreglaba para que sus contertulios no supieran qué lenguaje emplearía a continuación, lo que les hacía prestar la máxima atención a sus palabras, buscando dobles o triples significados, distrayéndolos así de temas más importantes.

Ese día, Fust acababa de inaugurar un nuevo tipo de silencio. La secretaria, una

joven medio elandi de rizos rubios y hoyuelos en las mejillas, se asustó tanto al entrar en su despacho y verlo allí, observando el horizonte, que se marchó sin echar siquiera azúcar en su café.

A menudo, la gente que no lo conocía lo identificaba como un caso trágico de caballero solitario y decadente, que dilapidaba sus últimos años al frente de todas aquellas empresas gigantescas. Pero más allá de las máscaras, de los códigos morales sutilmente violados, subyacía el verdadero Fust, un hombre cuya familia arrastraba un largo historial de casos de locura, y cuyo abuelo (un gran personaje y pájaro de cuenta) había renegado de la progenie, sin saber qué hacer con aquella caterva de hijos bastardos.

Por lo visto, todas sus insensateces habían saltado una generación, habiendo recaído sobre el propio Joviann.

El ejecutivo sonrió, mirando su propio reflejo en el cristal. Acusándolo de algo. Qué desprevenido había venido él al mundo, descansando plácidamente en aquella cunita de cristal que su madre aún conservaba en la mansión de Arisia. Cuán inadvertido sobre las traiciones y desengaños que le deparaba el futuro.

Su propia secretaria había huido del lúgubre despacho al verlo sumido en aquel silencio tan ominoso y que era testigo de hechos que amenazaban su cordura. Él mismo luchaba en ese momento por olvidar, por recelar obstinadamente de las pruebas que los urtianos habían colocado sobre su mesa.

Pero no podía. Era demasiado inteligente para dormir tranquilo sabiendo lo que sabía: el universo estaba muriendo, consumiéndose como el albumen de una semilla paradójicamente destinada a no dejar nada tras de sí. Como el pabilo de una vela que ya sentía llegar la bocanada de aire de su portador, y la anticipaba retorciéndose en un baile frenético.

Qué palabras tan insensatas. Qué horrible descubrimiento el saber que esos fenómenos eran reales, no meros espejismos. Y aún más, que tenían motivos.

La puerta del despacho se descorrió. Apareció Lanoi, su secretaria, temerosa de hollar aquel sanctasanctórum. Joviann la observó empleando los ojos que tenía en la nuca.

—Puedes pasar, Lanoi, tranquila.

Ella recogió la bandeja del café.

—¿Se encuentra bien, señor?

Fust dio la espalda a las torres iluminadas de Aeria Primus. La cristalera del despacho se alzaba casi cuatro metros, y estaba adornada con motivos del folclore local, dibujos de extravagancia y pasión mestiza no contenidas. Pocos sabían que aquel panel situado tras el escritorio ocultaba un pasadizo secreto hasta su pista de despegue privada, y a Fust le gustaba que así fuera. En la guerra corporativa había aprendido que la mayor arma que existe en el universo, a todos los niveles y en todos

los campos de batalla, es la información. Y mientras la mantuviese circulando en los reductos más pequeños que pudiera, todo le iría mucho mejor.

Observó a la muchacha. Estaba realmente preciosa aquella noche, con un vestido de tafetán negro. O tal vez era la primera vez que se fijaba en ella como mujer, y no como empleada.

—Acércate, Lanoi.

—¿Deseaba algo, señor Fust?

—Sí. Descúbrete.

Aquella orden la cogió desprevenida. Fust nunca ejercía su poder para abusar de las empleadas. Sin embargo, la chica obedeció. Se destrabó los cierres del traje, apartó la tela y liberó sus pechos de madre primeriza. Tenía los pezones, de un ligero color marrón, erectos debido al frío. Permaneció de pie, inmóvil, mientras su jefe admiraba con cierto desdén sus atributos.

—Hace años soñé que era capaz de convertir mi palabra en ley —murmuró Fust, casi más para sí mismo que para ella.

—¿Perdón?

—Arrostrar las banalidades de los hombres y guiarlos hacia nuevos horizontes. Imaginé que mi intelecto, sin duda superior al de muchos, bastaría para conseguirlo. Sólo necesitaba tiempo, Lanoi —suspiró—. Sólo tiempo.

—No le entiendo, señor Fust.

El ejecutivo se desplomó en su silla.

—Vístete. Sólo quería comprobar si estarías dispuesta a hacer lo que te ordenara sin discutirlo.

Fust abrió su cartera, normalmente atestada de documentos clasificados. Ahora estaba vacía. Tan sólo contenía una vieja foto, la imagen de un niño en brazos de un anciano. Éste mantenía una expresión forzada, como si lo estuvieran obligando a posar para la posteridad con aquel infante delgaducho hacia el que no albergaba buenos sentimientos.

—Este era mi abuelo. Un cabrón sin sentimientos que, aunque parezca mentira, nos legó a mi padre y a mí las bases del imperio que ahora se extiende a nuestros pies. Siempre lo odié, incluso cuando era niño —recordó con una sonrisa—. No era más que un extraño que de vez en cuando acudía a las fiestas familiares, haciendo montones de promesas sobre el futuro que jamás veíamos cumplidas. Supongo que en eso consiste en parte tener familia: sobrellevar los malos momentos confundiéndolos con los buenos, y ser capaz de extraer de esa terrible mezcla una moraleja que te sirva de algo.

Una sección de la pared se descorrió. Detrás apareció una chimenea. Con un ademán la encendió y arrojó la foto a su interior.

Mientras la veía carbonizarse, Fust se mordió una uña. Lanoi jamás lo había visto

tan abstraído.

—¿Ocurre algo grave, señor? —preguntó.

El ejecutivo rompió a reír.

—«Algo grave». Hermosa expresión. Bueno... sí, podríamos definirlo así.

—¿Tiene que ver con la OPA de Hisay? No debería preocuparse. Todo apunta a que nuestros intereses mineros y distribución en la Espingarda no corren peligro.

Fust le lanzó una mirada indefinible. Ella se estremeció. Aquella mirada le recordó un glaciar, pero sus bordes no habían sido pulidos por la intemperie, sino que estaban llenos de aristas.

—¿O tal vez es por mí, señor? —se ruborizó la joven—. ¿He hecho algo indebido?

—No, Lanoi, no te preocupes. Eres tan eficiente como de costumbre. Es que... —Escupió el trozo de uña en el cenicero de la mesa—. No puedo especificarte los detalles, pero sí, es lo suficientemente grave. Lo suficiente. Y hace que nada de esto importe en absoluto.

La joven abrió los brazos como quien se somete a lo inevitable.

—Si es un asunto personal y quiere hablar de ello, estoy dispuesta a escucharlo.

—¿Sabías, Lanoi, que el mundo empresarial es una tierra de lobos? Una jauría de mercachifles que se acechan unos a otros para, a la menor oportunidad, lanzarse dentelladas a la yugular. Todos, sin excepción, aguardan la oportunidad de alzarse con lo ajeno, con el talento fagocitado de otros.

—Los profesionales sabemos que los negocios son así. La realidad no asusta a nadie.

—¿Lo sabemos de verdad? Sí, tal vez sí. —Sonrió con un gesto sincero que ya había desaparecido de su rostro décadas atrás, y volvió a darle la espalda a la joven.

Contempló las torres de la arcología. Desde allí se divisaba una amplia terraza llena de estatuas y bellos rosales de intenso color que parecían querer agredir el gris perenne de los edificios. Aeria Primus era una ciudad flotante que navegaba sobre los océanos del planeta Uzan; eso permitía a sus habitantes disfrutar de bellos atardeceres a gran altitud, como aquel que extinguía ahora sus últimas luces sobre el mar de nubes.

—Estamos convencidos de que la ciencia nos conducirá definitivamente al laberinto de las utopías, Lanoi —divagó—. Una tierra donde los deseos se cumplan con sólo pensarlos. Pero no podemos luchar contra la naturaleza humana. Ese fetichismo tecnológico se convertirá en una feligresía de cultos, de poderosos caballeros del dinero inmersos en guerras caóticas. Nada será capaz de escapar a sus redes, a menos que el universo mismo haga algo inesperado por evitarlo. Algo... terrible.

La secretaria parpadeó. ¿Ésta era la nueva forma de hablar de Fust, llena de

dobles sentidos y referencias profundas que sólo una persona muy culta podía entender? Pobres de sus enemigos, pensó, si su jefe iba a interpretar ese papel a partir de ahora.

—No alcanzo a comprenderlo, señor.

—Ése es el problema —comentó el ejecutivo—: No entendemos que la excesiva complejidad de nuestro crisol de civilizaciones acabará por derivar en un caos absoluto en cuanto uno solo de los pilares que lo sostienen se venga abajo. ¡Uno! El sofote alzado sobre dos piernas, el maldito simio desnudo y loco por copular y sembrar el cosmos con su detrito, habrá cerrado entonces el círculo de lo que es capaz de dar de sí su inteligencia.

Extrajo un sobre sin marcas de un cajón del escritorio y lo lanzó a las manos de su secretaria.

—¿Qué es esto, señor? —preguntó ella, intrigada.

—Dinero. En gran cantidad. Cógelo y vete.

Lanoi estaba aturdida.

—Pero... ¿por qué? ¿Me está despidiendo? ¿Ya no le soy útil?

—Presta atención, Lanoi, como jamás lo hayas hecho antes —le suplicó—. Olvida lo que crees que sabes sobre la vida. ¿Qué pensarías si te dijera que dentro de muy poco todo lo que nos rodea, aquello que conocemos como naturaleza, desaparecerá, se consumirá en la nada como una llama se extingue al agotar su combustible?

—Me... me está asustando, señor.

Fust extendió su sombra sobre la de la joven como un pilar de negrura más intensa.

—Así es como me siento yo. Aterrorizado —confesó. Ya todo le daba igual. No había motivo alguno para seguir con aquella ridícula pantomima de las clases sociales—. Estoy angustiado hasta extremos indecibles, porque he visto el futuro y no hay ninguna esperanza para la humanidad. Ni para nosotros ni para el resto de los seres que habitan este pedacito del cosmos. —Agarró por la cintura a la muchacha y recorrió el panel que ocultaba el pasadizo secreto—. Los urtianos creen haber descubierto una solución, pero son unos ilusos. Como el resto de los seres vivos, cuando se saben acorralados, actúan a la desesperada, agarrándose a un clavo ardiente. Pero ellos también caerán, tarde o temprano. Ni el pez más fiero de la pecera puede sobrevivir a la destrucción de ésta, por muchos dientes que tenga.

—Señor Fust...

—Aunque estoy atado de pies y manos, puedo contártelo a ti. Eres lo suficientemente pequeña e insignificante como para que nadie lo note. El secreto estará a salvo contigo.

—¿Qué está diciendo? ¿Qué están haciendo los urtianos?

—Corre, pequeña. Y no mires atrás. —La empujó hacia el pasadizo—. Tal vez este dinero te sirva de algo, o tal vez no. En ese sobre hay muchos millones de fiduciarios, una fortuna como jamás has visto. Ya no importa. Cógelo y úsalo mientras siga conservando su valor. Empléalo para huir lo más lejos de este lugar que puedas.

La joven continuó protestando, pero Fust la obligó a penetrar en el túnel y puso en sus manos la tarjeta de activación de su carísimo EV privado. Confundida, Lanoi descendió en solitario a las profundidades.

Fust cerró el panel. Se sentía libre, satisfecho, ¡rebelde! Con unas ganas infinitas de acompañarla en aquel último viaje hacia ninguna parte. Pero era imposible. Él no podía desaparecer sin más. Sabía demasiado.

Su abuelo ya lo había intuido décadas atrás, nada más echarle un vistazo en la cuna: «Este insulso cabrón tendrá algún día el destino de nuestro linaje en las manos —se dijo— y no sabrá qué hacer con él.»

Qué sabio era su abuelo.

Cuánto hubiera dado por matarlo entonces.

Jan

Despertó escuchando voces.

Al principio creyó que eran espíritus que venían a saludarlo, a escoltarlo en su periplo hacia aquello que lo aguardara tras la muerte, pero el lenguaje era demasiado coloquial. Durante la niñez había soñado muchas veces con criaturas de otro plano de la existencia, una suerte de guías para los guerreros muertos en combate, como los de las antiguas leyendas, dispuestos a iluminar senderos que no pueden ser entendidos por la razón, pero quizá sí por el alma. Sin embargo, jamás imaginó que esos guías pronunciarían frases como «el colapso hiperenergético del relé ha tenido que abrir un camino instantáneo hacia otro universo», o «sus niveles de radiación son naturales. Cuando vuelva en sí no sufrirá más que una resaca pasajera».

Movió la cabeza. Sus vértebras crujieron. Parecía que llevara años en un tanque de bioestasis, y alguien le hubiera zarandeado sin ninguna delicadeza para despertarlo.

La cháchara se dispersó en el aire. Varias docenas de ojos se clavaron en él a través de un cristal.

—¿Nos oye usted? —preguntó una de las voces. Perteneecía a una mujer madura con aspecto de científico, o de técnico cualificado en alguna rama de la astrofísica.

—Sí —contestó. Sentía la garganta reseca—. Los oigo.

—¿Cómo se encuentra?

El soldado se examinó a sí mismo, sentándose al borde del camastro. El dolor le aguijoneó las lumbares, pero se fue disipando poco a poco.

—Me duele mucho la cabeza. Y noto cierta deshidratación.

—Eso podemos arreglarlo.

Un servo robot apareció trayendo una bandeja con un zumo proteínico. Era de un modelo que el guerrero no había visto nunca.

Jan miró a su alrededor, confuso.

—¿Por qué estoy en un hospital?

—No es un hospital —le aclaró la mujer—, aunque esta área se utiliza para la investigación biológica. Le pedimos disculpas: tendremos que aislarlo hasta que verifiquemos que sus niveles de radiación son normales, y que no haya peligro de contagio.

—Me parece... agh —notó otro tirón muscular, esta vez en la pierna— que mi cuerpo no está en condiciones de contagiar a nadie.

—Lo sabemos. Lo que tememos es contaminarle nosotros a usted —precisó la científica—. Puede que en este ambiente haya bacterias a las que su organismo no se haya enfrentado nunca.

—¿Qué? —se extrañó—. ¿Cómo lo saben?

—Hemos leído el historial de sus linfocitos B. Su sistema inmunológico porta los identificadores de miles de agentes patológicos a los que ha vencido desde la infancia, pero ninguno corresponde con los tipos de bacterias habituales en este ambiente. Mientras dormía, le hemos inyectado una solución de nanomáquinas que actualizarán el registro de su sistema.

—Genial.

Jan contempló a aquellas personas a través del cristal. Enseguida advirtió las diferencias: el tono de piel, sutilmente más oscuro, los ojos más juntos, dedos con falanges alargadas. Aunque hablaban el mismo idioma, el acento se le antojaba irreconocible. Parecían pertenecer a otra raza de seres humanos, una que él jamás había visto.

Comenzó a preocuparse.

—Nos encontramos en el espacio —advirtió. Dejó colgar las piernas flácidas por el borde de la camilla, sin ejercer la menor fuerza muscular, para ver hacia dónde caían—. En rotación. Noto la fuerza de marea.

Su interlocutora miró de reojo a otra mujer que permanecía callada a su lado, una joven de veintipocos años con uniforme de piloto.

—Es usted muy perspicaz —le confirmó la científica—. Se halla en una estación científica, en condición de invitado y paciente.

—¿En qué rejilla?

La mujer alzó las cejas.

—¿Disculpe?

—En qué rejilla. Coordenadas. Lo último que recuerdo fue aquel encontronazo con la Anomalía en torno a Fraal. ¿Ha concluido la batalla?

Los presentes se miraron. Tras cuchichear entre ellos, la joven con el uniforme de piloto se adelantó.

—Esto... hola. Soy la capitana Lina Kolbrand. Me parece que no le hemos entendido bien, señor. ¿Se refiere al suceso del aro de luz y al ente que lo arrastraba?

Jan recordó el aspecto de la Anomalía. El calor. El dolor. La fricción. El movimiento y el estallido final de luz. Todo parecía haber ocurrido hacía cientos de años.

—Eso es. No sé de qué aro de luz están hablando, pero seguro que vieron aquella cosa. ¿Recuerdan qué forma tenía?

—Parecía compuesta de mercurio. Y era muy grande.

—¡Exacto! ¿Qué ocurrió? ¿Consiguió destruirla la flota? ¿La sometieron al protocolo defensivo Kingdrom?

—Señor Delvian... —intervino la científica. El sutil arqueamiento de una de sus cejas indicaba que no estaba comprendiendo ni una palabra de lo que él decía.

La preocupación comenzó a dejar espacio libre a otra emoción más genuina, de una aleación más pura, en el pecho de Jan.

El miedo.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Lo lleva escrito en el traje, ¿recuerda? Verá, puede que su mente haya sufrido una desorientación pasajera. Aquí no ha tenido lugar ninguna batalla, ni hemos avistado ninguna flota —le aclaró—. Tampoco sé a qué rejilla se refiere, a menos que pregunte por la Rejilla Pancultural, pero eso queda muy lejos de este sector, justo en el centro de la Variedad.

—¿Variedad? ¿Qué es eso?

Lina colocó los brazos en jarras.

—Está claro que sufre amnesia.

—Puede ser —murmuró Valeris, llevándose la mano al mentón—. O tal vez aquí esté ocurriendo algo mucho más complejo. Mucho, mucho más difícil de comprender. —Se dirigió al soldado—: Por ahora descanse, señor Delvian, mientras su organismo se adapta y los nanocirujanos hacen su trabajo. Luego se reunirá con nosotras en la cafetería y le dejaremos tomar algo caliente, ¿conforme?

Se marcharon, dejando al paciente a cargo del equipo médico. Durante los siguientes minutos, la doctora permaneció tan absorta en sus pensamientos, tan perdida dentro de sí misma, que parecía sumida en un extraño coma.

* * *

Valeris y su equipo de consejeros, además de Lina y Heith, esperaban sentados en torno a la mesa de la cafetería. Los minutos se arrastraban como lentos gusanos en el reloj de la pared. Algo debía pasar con el procesador atmosférico de la estación porque el aire tenía un sabor dulzón, que a la larga embriagaba tanto como un vino de alta graduación.

Ajena a todo, la doctora Valeris hojeaba una y otra vez los informes generados por el equipo de sensores sobre lo que su huésped llamaba «la Anomalía».

—Delvian mencionó una rejilla, pero no ha oído hablar de la Conexión Hyteriax ni del Enclave Pancultural. Si no sufre amnesia, ¿dónde ha estado metido los últimos quinientos años? —se preguntó Lina, cruzando los pies sobre una silla—. Rejilla... No conozco ningún tipo de demarcación estelar que concuerde con ese nombre.

—Tal vez no sea una variable humana —apuntó Heith—. Otras especies de la Variedad poseen sus propios métodos de cartografía.

—Podría ser, pero yo jamás he oído hablar de un planeta llamado Fraal, dotado con una flota defensiva. Y te aseguro que conozco como la palma de mi mano las rutas de salto.

Un analista ayudante de Valeris se sentó junto a ellos, extrayendo unas tostadas del dispensador. Apuntó la posibilidad de una enfermedad mental que hubiese trastornado la percepción del mundo del paciente, a lo que Lina respondió:

—Espera, espera un minuto. Estamos pasando por alto un detalle importante.

—¿Cuál?

—El traje que llevaba puesto cuando lo encontramos. Parecía una armadura de combate, fabricada partiendo de una tecnología absolutamente desconocida para nosotros.

—¿La estáis analizando? —preguntó Heith.

—A fondo —dijo el analista—, pero avanzamos muy despacio. En ciertos aspectos es sorprendente lo mucho que se parece a la Anomalía.

Valeris levantó por primera vez la vista de sus papeles.

—¿Qué quieres decir?

—Que parece extenderse en varias dimensiones. Y no sólo el traje. Aunque sobre sus propiedades de reflexión de la luz podríamos escribir varios libros enteros... El traje parece conectado a algo que le suministra energía desde otra dimensión.

—¿Dimensión de qué tipo? ¿Física?

—Eh... hay que verificarlo, pero en principio se acerca más a la temporal —aventuró el analista—. Es un fenómeno asombroso: la armadura parece fluir a una escala cronomántica diferente a la de su portador. Nunca habíamos visto nada igual. La gente del laboratorio está afanada en preparar los informes sobre todo esto.

—¿De dónde ha salido semejante tecnología? —preguntó Heith, pasmado.

Lina cabeceó.

—A mí lo que me preocupa es que ese hombre pareció surgir del interior del monstruo. Yo lo vi, reflejado en la superficie de mercurio, un segundo antes de que se destruyera.

Valeris se inclinó sobre el respaldo de la silla, muy interesada.

—¿Lo viste?

—Era como si... —recordó Lina— lo estuviese contemplando a través de una ventana, de ésas con cristales esmerilados. Él se asomaba desde el otro lado; alargó su brazo, tocó el corazón de aquella cosa justo cuando el contenedor le cayó encima, y todo reventó en pedazos.

—Interesante —caviló la doctora, dejando los informes sobre la mesa. Su taza de café despedía una columna retorcida de vapor, que se anudaba sobre sí misma formando cordones blancos—. Si cada una de mis neuronas no me estuviese diciendo a gritos que es una locura, diría que sé de dónde proviene nuestro amigo.

—¿Y de dónde provengo? —intervino una voz masculina. Todos los presentes se levantaron para recibir a Jan, que entraba en la cafetería escoltado por dos guardas de seguridad.

Ya no vestía la armadura. El departamento de intendencia le había proporcionado un uniforme consistente en dos piezas de algodón sintético de color crema, que se ajustaba bien a su ancha espalda y a sus vigorosas piernas. El hombre era alto y fornido, pero de finos dedos. Por su forma de sujetar las cosas, Lina dedujo que había sido entrenado para manejar equipos de precisión.

—Se lo pregunto porque a mí también me gustaría saberlo —dijo Jan—. Tal vez así descubra dónde estoy.

—Bienvenido, señor Delvian —dijo Valeris, estrechándole la mano—. Siéntese con nosotros.

—Llámeme Jan, por favor.

—Como quiera. ¿Unas pastas?

—No, gracias, tengo el estómago revuelto. Es la quinta vez que voy al excusado desde hace un par de horas. Supongo que será un efecto colateral de los nanos.

—Sí. Aunque se degradan en proteínas inofensivas, tienden a provocar leves trastornos intestinales. Volviendo al tema que nos ocupa —la doctora se reclinó en la silla—, sería para nosotros de gran ayuda que nos aportara más datos sobre su lugar de origen. Por lo que sabemos, no procede de los mundos centrales, aunque su idioma es el mismo que el nuestro. ¿Cómo lo explica?

—No lo sé. Mi familia proviene de un planeta llamado Delos. —Tomó asiento y saboreó la infusión.

Lina hizo un mohín.

—No me suena, lo siento.

Jan pareció más sorprendido que antes, si es que tal cosa era posible.

—¿No? Pues en su tiempo fue la capital del Imperio, antes de ser sacrificado en la batalla de la Postconvolución. Por fuerza han tenido que leerlo en los libros de Historia. El actual Delos, un mundo terraformado en la Corona del León, recibió su nombre en homenaje al antiguo.

—¿Imperio? —sonrió Lina—. Lo único que nos faltaba era ponernos a hablar de oligarquías. ¿A qué Imperio se refiere?

Jan dejó lentamente su taza sobre la mesa.

—Está bien, ya basta de bromas. No sé por qué se empeñan en tomarme el pelo, pero va siendo hora de que me dejen hablar con mi gente. Estarán muy inquietos preguntándose dónde estoy.

Valeris se levantó, dirigiéndose al ventanal de observación. Al alzarse la plancha de metal que lo cegaba, un vasto tapiz de estrellas apareció llenando el cielo. Cuatro nodos de luz orbitaban en formación sobre el planeta cercano, dispuestos según los vértices de un rombo. Eran los delimitadores del escalpelo Lindstrom, que Lina había destruido, en estado latente. Su empuje los mantenía en lenta revolución, cruzándose como el soporte de un grandioso giroscopio.

—Como desee. Pero ya que entre nosotros no funciona bien la comunicación, será mejor que primero nos diga de dónde proviene —sugirió la doctora—. Entonces podremos ponerle en contacto con su gente.

Jan se aproximó al ventanal, risueño. A medida que iba escrutando las estrellas, no obstante, la sonrisa de suficiencia se desvaneció lentamente de su boca.

Lina se acercó a él.

—¿Algo va mal, señor Delvian?

El soldado tragó saliva.

—Sí —confesó—. Soy incapaz de reconocer ninguna de esas constelaciones.

Jules

El pozo era una angosta chimenea entre marañas de raíces petrificadas. Jules pensó que Zhinz, que hacía las veces de guía por aquel laberinto, acabaría extraviándose entre las fisuras, pero siempre era capaz de volver sobre sus pasos tras encontrar un obstáculo, incluso cuando carecía de puntos de orientación. Jules se preguntó cómo diablos lo hacía.

Los humanos que lo seguían avanzaban a gatas por el interior de un tronco hueco. Jules estaba acostumbrado a moverse por lugares angostos, deslizándose como una serpiente incluso cuando no parecía haber espacio por donde seguir avanzando. Pero los dos hombres con trajes de ciudad no lo tenían tan fácil: el que se había

identificado como Mel estaba desorientado, sin ganas de seguir adelante. A veces hablaba solo, como lanzándose imprecaciones a sí mismo o a algo que se escondía detrás de su frente. El otro, un psiquiatra llamado Charlemagne (¿qué demonios hacía allí un maldito loquero, en medio de la selva?) era más lúcido, pero transpiraba mal humor. Y había algo en él, un rasgo indefinible, que a Jules no le gustaba nada, aunque todavía no sabía qué era... Pura intuición que lo mantenía alerta.

¿Y Zhinz? El tímido marsupial no opinaba. Se limitaba a guiarlos en busca de una salida de aquel dédalo natural cuya existencia estaba aún por demostrar.

Jules sabía muy bien cuánto le debía, tanto él como los otros. Otro favor más a añadir a la lista que algún día tendría que pagar al delgado marsupial. De no haber sido por él habrían perecido en aquella laguna, junto con los carroñeros. Tras la muerte de la primera mantis, llegaron otras dos. El campamento se convirtió en un infierno, hasta el punto de que los carroñeros supervivientes dejaron atrás las armas y desaparecieron reptando por los túneles. Ahora Jules entendía por qué habían elegido aquel lugar para edificar su puesto avanzado: la selva crecía estratificadamente sobre un esqueleto de conductos, fósiles de árboles cuya savia había circulado caliente por las raíces, para evaporarse, dejando espacios transitables de kilómetros de longitud, a modo de tobas volcánicas.

Zhinz había logrado sacar a los dos humanos del EV, antes de que fuese troceado por las zarpas de las mantis, y los había conducido al refugio. Ningún carroñero los había seguido, por lo cual Jules daba gracias. Cualquiera de ellos sería capaz de degollarlos como castigo por haber desatado la debacle.

Depósitos calcáreos multicolores subrayaban el contorno del túnel. El encontronazo de antiguas fuerzas vegetales había dejado marcas en forma de arabescos, inmensas verrugas compuestas por nudos erizados de pinchos y amasijos de dientes minerales. Aquél era un ecosistema distinto al de la superficie, en el que de vez en cuando se filtraba algún sinuoso rayo de sol que hacía que las arrugadas láminas de niebla se transmutasen en hojas de bronce bruñido. Sobre sus cabezas, a bastantes metros, la selva hacía de parapeto contra los depredadores de gran tamaño; manglares de troncos retorcidos y cubiertos de excrecencias sudaban veneno y reclamos olfativos cuya hermosura era capaz de atraer cualquier cosa para consumirla. La química implacable del reino vegetal imponía sus reglas.

Zhinz agitó la cola, indicándoles que descansaran, y se adelantó a explorar. Los humanos lo agradecieron, aunque les costó cierto esfuerzo hallar algún sitio cómodo y blando donde plantar las posaderas. Allí abajo apenas había luz, y la que lograba filtrarse poseía una cualidad desasosegante, entre lechosa y vagamente subterránea. Cuando el marsupial regresó traía dos animales pequeños en la mano. Eran del tamaño de unos topos pero cubiertos por una epidermis córnea, al estilo de los armadillos. Los mató retorciéndoles el cuello y, tras arrancarles las patas, comenzó a

prepararlos.

Jules trató de hacerse una idea del paso del tiempo. En el mundo exterior ya sería de madrugada, y las paredes estaban absorbiendo lentamente la humedad del lago, enfriándose. Perdiendo el escaso calor que acumulaban durante el día. Dentro de poco la temperatura descendería muchos grados. Aunque, ahora que lo pensaba... si fuera era de noche, aquella débil fosforescencia que les permitía ver por dónde iban debía de tener otro origen. Química fotolítica, tal vez, o algo más... orgánico.

Charlemagne se alejó túnel adentro y fingió dormir. Jules aprovechó el momento para acercarse a Mel, que examinaba la comida cruda y de aspecto horrible, sin saber por dónde empezar a hincarle el diente.

—Permítame —dijo Jules, quitándosela de las manos. Examinó el caparazón y fue ensanchando las grietas de su cuerpo para acceder a la carne blanda que había debajo.

Mel le dio la gracias tímidamente y desgarró la carne. El sabor, mezcla de buharro y almizcle, resultó totalmente inesperado.

—¿Y bien? —preguntó Jules—. ¿Va a contarme su historia? ¿De dónde salieron ustedes, en ese EV de diseño? ¿Se han escapado de un manicomio y decidieron venir a hacer un picnic en los territorios de caza de las cartilenas? ¿Es ésa la última atracción para niños de papá sin nada que hacer en la ciudad?

—No hay mucho que contar —rezongó Mel, molesto por su tono condescendiente—. Buscábamos respuestas que estaban en esa nave.

—En mi nave, querrá decir —precisó el aventurero. Ya venía siendo hora de empezar a dejar claras algunas cosas. Establecer límites—. ¿Respuestas de qué tipo?

—De uno que en principio no planteaba demasiados problemas. Pensábamos que la nave estaría abandonada, y que sería llegar y tomar lo que quisiéramos, sin riesgos. Pero con esos monstruos rondando por allá arriba, no creo que podamos volver a acercarnos a ella.

Jules apoyó la espalda contra la pared del túnel. Estaba helada, así que volvió a separarse al instante de ella.

—¿Qué sabe sobre esa nave? ¿La conocía antes de que se estrellara en territorio urtiano?

—No —admitió Mel—. Pero la he visto en sueños.

Jules dio un respingo. De todas las respuestas que podía ofrecerle, aquélla era la más inesperada. Por primera vez temió que aquel tipo realmente se hubiese vuelto loco, más allá de las bromas que hasta ese momento había hecho a su costa, y no fuese más que un pobre desgraciado, un demente con una misión divina sin sentido a la que dedicar sus últimos días.

—Empiezo a comprender.

—¿El qué?

—El porqué del psiquiatra.

—¿Char? Oh, no —rió Mel—. Él no está aquí por mí. O bueno, sí— pero no directamente.

—Veo que a los de la ciudad les gustan los acertijos.

—Quiero decir que sus motivos tienen más que ver con Gill. Es un ente psicométrico que llevo implantado en el cerebro. En principio servía para curar el mal del espacio, una psicosis que ataca a los astronautas que pasan muchos años sin tocar puerto.

—¿Es astronauta?

—Lo era —asintió con la cabeza, sin demasiado entusiasmo—. Mi nave se estrelló y los militares la recuperaron. La última vez que la vi fue en un hangar, en Ciudad de Cruces. Le habían abierto las tripas como a un cadáver en una autopsia.

Jules había tratado con muchos mentirosos a lo largo de su vida, y sabía cuándo alguien falseaba la verdad u ocultaba parte de ella. Podía husmear la mezquindad en los argumentos de un hombre. Mel parecía estar practicando ese juego: su relato era sincero, pero faltaban detalles. Datos que había obviado a propósito para no darle pistas sobre sus verdaderas intenciones.

—¿Y ustedes? ¿De dónde han salido, de la selva o de la ciudad? —contraatacó Mel, desgarrando con los incisivos un pedazo de carne—. ¿Por qué estaban en esa laguna?

A Jules no le importaba responder; él sí que no tenía nada que ocultar, más allá del hecho de que le interesaba el pecio para venderlo por piezas. Le reveló parte de la historia, lo que juzgó necesario. Eso incluía el escape de los urtianos, el descenso río abajo y el encontronazo con los carroñeros. Lo único que se guardó de mencionar fue el objeto luminoso de la bodega, y lo que había ocurrido con él. ¿Sería eso lo que aquellos tipos estaban buscando? ¿Poseerían datos sobre esa cosa, y sobre qué papel jugaba en el funesto destino de la nave?

Jugaría esa carta más adelante, pero no ahora. Primero quería dejar que el otro hablase un poco más.

A Mel su relato de huidas y combates le sonó a fábula novelesca, a epopeya de buscadores de tesoros.

—Fascinante —dictaminó—. Así que son contrabandistas.

—Algo así. El pecio nos pertenece. Pienso desguazarlo hasta el último tornillo en cuanto alcancemos Puerto Kaidok.

El astronauta apartó la comida. Todo en él era anodino: su altura, su porte, sus maneras... pero su voz era la de un hombre obsesionado por algo, y con un gran secreto que ocultar. Eso lo diferenciaba de su colega, el psiquiatra que devoraba el animalillo que había conseguido Zhinz sin mediar palabra, que sólo parecía un hombre fuera de su entorno habitual y desesperado por volver a casa.

—Escuche, debo comentarle algo. —Mel se limpió la comisura del labio. Se cercioró de tener los dedos bien relamidos antes de continuar—. Si lo que quiere es deshacerse de la nave, evidentemente está en su derecho. Usted la encontró y es de su propiedad. Pero antes de venderla, o de desguazarla, necesito que me permita buscar algo. Por favor.

Jules se preparó. Por fin llegaba la parte interesante de la conversación.

—¿Buscar qué?

—Un... una... —Enmudeció. Para su sorpresa, fue Jules quien completó la frase. Ya era hora de sacar las manzanas del tiesto.

—¿Un objeto flotante y luminoso?

Mel estaba atónito.

—¿Lo ha visto?

—Zhinz y yo lo vimos en la bodega. Luego desapareció sin dejar rastro. No se ha vuelto a manifestar desde entonces.

Los párpados de Mel temblaban. Aquel dato sin duda contradecía algo que él daba por sentado, una parte fundamental de su visión que debía de haber permanecido inmutable, pasara lo que pasase. Eso pareció ponerlo más nervioso incluso que las cartilenas.

—¿Desapareció? —gritó, arrancando ecos—. Pero... no es posible. Ella me dijo que viniera a buscar la nave bajo la cascada. ¡Tendría que estar aquí, esperándome!

—¿Ella? —preguntó Jules—. ¿Quién es «ella»?

Mel se levantó, pero dio con la cabeza contra el techo y se volvió a sentar, dolorido.

—Tranquilo, amigo —rió Jules—. No se mate antes de tiempo. Si no me da más detalles, no podré ayudarle.

—Ella... el objeto luminoso que apareció en el apartamento de Agnes. Habló con su voz y suplicó que viniese a buscarla —resumió el astronauta—. ¡Tenía que estar en esa maldita nave!

—Alguien le cambió el nombre al carguero —comentó Jules distraídamente, mientras le robaba su pedazo del armadillo. Mel había dejado mucha carne aprovechable entre los espolones—. Me di cuenta porque se les olvidó modificar el chip del motor. Allí venía su número de serie original.

—¿Y qué nombre era?

—El...

Zhinz se aproximó de dos zancadas nerviosas.

—¡Alerta! —exclamó, haciendo gestos histéricos hacia el fondo del túnel.

—¡Zhinz! ¿Qué ocurre?

—¡Amigo-Jules, peligro! ¡Se acercan!

—¿Qué se acerca? —preguntó Charlemagne, asustado, regresando a gatas junto

al resto del grupo—. ¿Mantis?

—No seas idiota —gruñó Jules—. ¿A qué distancia, Zhinz?

—Dos recodos. Veinte metros /UMTs hacia norte.

El humano gateó túnel adentro al encuentro de los intrusos, seguido del marsupial. Mel apretó los dientes y se dispuso a seguirlos, pero Charlemagne se interpuso.

—¿Adónde vas? Es nuestra oportunidad de dar esquinazo a esos chiflados y volver a la superficie.

—En la superficie sólo hay muerte, Char —dijo el astronauta—. Ellos nos han salvado la vida, y saben cómo buscar comida y agua.

—¡Son bárbaros! Despierta, Mel, aquí no nos protegen las leyes de Cruces. Las vidas de dos personas como nosotros no valen absolutamente nada en este lugar.

—Por eso debemos seguir unidos. Desde que hemos llegado a la selva, ellos son los únicos que no han tratado de cortarnos el cuello. Da igual que nos traten como a escoria o nos vendan como esclavos en Puerto Kaidok cuando lleguemos: sin ellos moriremos de hambre o envenenados al comer algo indebido, o se nos tragará alguno de los monstruos de allá arriba.

El psiquiatra siguió protestando, pero Mel lo ignoró y continuó gateando túnel adentro.

Encontró a Jules en un cruce lo suficientemente grande como para que varios humanos cupieran de pie. Se había topado con dos carroñeros, un hombre y una mujer, que habían llegado arrastrándose por conductos inundados y casi impracticables. El varón estaba en buen estado, pero la mujer había sufrido heridas en el combate.

Al ver a los recién llegados, el carroñero desenvainó un puñal. Era como mínimo tan corpulento como Jules, y vestía una camisa cuya tela había sido acuchillada estratégicamente para revelar y enfatizar sus músculos. Un collar de hirsuto pelo marrón asomaba por debajo de una especie de capucha de pico de cuervo.

—¡Vosotros fuisteis los causantes de esto! —rugió el hombre.

—No sabían dónde se estaban metiendo —los defendió Jules—. Su EV llamó la atención de las mantis por casualidad.

—Apártate —le ordenó el carroñero. Y no había espacio para réplicas o argumentos en su voz.

Jules comprendió que no habría forma de razonar con él: ya había identificado a Mel y al psiquiatra como los únicos responsables de la tragedia de su gente, y nada en el mundo evitaría que les cortase el cuello. Lo cual, hasta que Mel no soltase el resto de lo que sabía sobre la nave, no le convenía a Jules en absoluto.

En realidad, sólo había una salida lógica para aquel *impasse*.

Jules hizo una finta y se precipitó sobre el carroñero. Durante unos segundos, la

confusión se impuso: una maraña de cuerpos apaleados, miembros que se agitaban y rostros contorsionados llenó el túnel. Zhinz, Mel y los demás retrocedieron por acto reflejo, dejándoles espacio. Jules esquivó una embestida y aprovechó la inercia del contrario para proyectarlo contra la pared. El techo estaba más bajo debido a la curvatura del túnel e impactó contra el rostro del carroñero, con lo que se le saltaron varios dientes. Éste emitió un rugido espantoso, se deshizo de la presa y hundió el puñal en el antebrazo de Jules.

Hubo más gritos. Ebrio de dolor, Jules pinzó las piernas de su adversario y lo hizo caer. Estrelló el puño contra la herida de su mentón, abriéndola. Agarró el pelo del carroñero, arqueándole el cuello hacia atrás, y golpeó repetidas veces su cabeza contra el suelo hasta que la frente se le llenó de sangre mezclada con fango y piedrecillas. A continuación retorció las vértebras hasta que alcanzaron su máximo ángulo de torsión.

Un crujido acompañó la ruptura de los huesos, y el cuerpo de su enemigo se relajó.

Jules aspiró parte del silencio que siguió a la pelea.

La mujer observó a su compañero caído sin derramar una lágrima. Zhinz apartó el puñal de su alcance, no fuera a cogerlo para proseguir la lucha, a pesar de sus heridas.

—Salgamos de este condenado laberinto —decidió Jules.

Charlemagne examinó la herida de su antebrazo.

—Es profunda. Si lográsemos acercarnos lo suficiente al EV, podría coger el botiquín.

—No hay tiempo. Tenemos que alcanzar la nave. Zhinz, ¿puedes encontrar un paso hasta la linde de la laguna?

—Yo intentarlo / tantearlo —prometió el marsupial—. Aunque esa región de las raíces estará inundada / anegada.

—No importa. Guíanos, y ya se nos ocurrirá algo.

Zhinz olfateó el aire y siguió el rastro de humedad. Un habitante de los túneles, una especie de rata con dos manos vestigiales delante de la panza, encontró en el marsupial un cierto parecido con sus predadores naturales y salió huyendo despavorido.

Mel ofreció su hombro. Jules se apoyó y juntos abandonaron aquella encrucijada de túneles, dejando a la mujer abandonada junto al silencioso cadáver de su compañero.

En un momento determinado, Mel le preguntó:

—Jules, ¿se llama así, no?

El aventurero asintió, en silencio.

—Antes me dijo que había descubierto el verdadero nombre de la nave.

—Sí. En el circuito de la planta de potencia principal.

—¿Cuál era?

Jules hizo memoria.

—Pues... *Lazirian*, o algo así. ¿Por qué?

gesto cómplice. Norte no supo cómo interpretarlo, así que no le devolvió la sonrisa.

Zula estaba junto a él, cogiéndolo de la mano. Su mera presencia era como un bálsamo. Estaba tan asustada que temblaba, los dientes castañeteándole con un ruidito gracioso, pero permaneció allí, en primera fila, ante la pared del Cubo. Se la veía tan insignificante como cualquier humano, incluyendo al propio Mystes, pero sin darle la espalda a lo que estaba a punto de suceder. Norte la admiró por eso.

El cielo estaba cubierto de nubes, más densas y compactas que de costumbre. Un gigantesco remolino estaba concentrándose en la atmósfera alta, justo sobre la Xfinge. Varios frentes nubosos aún luchaban por un puesto en aquel inmenso tapiz, como ejércitos que librasen una contienda en las alturas. De esa contienda, de vez en cuando, escapaba un tímido rayo de luz.

Norte cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás para que uno de aquellos errantes rayos pudiera descansar en su rostro.

—Estoy aquí porque mi corazón lo anhela —murmuró—. Y sólo permaneceré un instante, oyendo un eco de tus sueños, hasta que ellos me transformen en otra cosa.

—¿Me has dicho algo? —preguntó Zula.

Norte sonrió y la besó en los labios. Sabía a jazmín.

—Estoy preparado para que la Xfinge me haga la pregunta. Si hay suerte, volveré a tu lado.

Ella se limitó a mirarlo con intensidad.

Sus manos se separaron y el viajero se aproximó al Cubo. El sol brillaba detrás de la nubes, convertido en un resplandor nacarado, justo sobre uno de los vértices del monstruo. Norte elevó su daga de metal y apuntó con ella a la piedra.

La daga vibró.

Norte oyó los pasos de Zula sobre la arena, acercándose. La joven se situó a su lado. El suyo era un miedo de combustión lenta.

Una voz llegó desde atrás, de la multitud.

—¿Estás seguro que quieres hacerlo?

Norte no tuvo necesidad de volverse para saber que era Rek quien había hablado.

—Los enigmas están para ser resueltos —dijo en voz alta, sin dejar de mirar al Cubo. Hacía un buen rato que Norte no pestañeaba—. Son lo que tú dijiste: algo que sólo puede existir en sí mismo, y con un fin. Nada hay sin una razón que lo justifique, exterior a sí mismo y a la vez envuelto en su propia naturaleza. Todo lo que es, es porque hay algo que lo está observando.

Alzó la daga, tocando la piedra. Arcos voltaicos brincaron como saltamontes sobre el filo del arma.

—¿Qué es eso? —preguntó Zula.

—Un fragmento de otra Xfinge, que maté hace años, en otro planeta. Con él escribiré mi respuesta en el lienzo.

Los Axha retrocedieron, espantados, cuando el rugido surgió del interior del Cubo. Era un sonido hueco, rechinante, como la garganta de un gigante dormido que volviera a dejar pasar el aire después de milenios de sueño. Norte retrocedió instintivamente un paso, pero se obligó a permanecer allí. Zula se abrazó a él.

El sonido aumentó de volumen y pronto se vio acompañado de un efecto visible: el Cubo estaba temblando. Todo el coloso vibraba con estertores rítmicos, que sacudían desde abajo la costra de arena seca que lo cubría y la iba desgranando en cascadas de polvo. Cataratas de arena llovieron sobre Norte, que permaneció inmóvil bajo ellas. El Cubo se movía, desplazándose pero sin dejar de estar apoyado en su cara inferior; dibujando pequeños surcos en su superficie que pronto formaron dibujos más grandes, entrelazados unos con otros.

El Cubo se estaba tatuando a sí mismo con un ramidabra, igual que sus hijos.

Norte se quitó la arena de encima con un brazo, sin dejar de señalar el Cubo con su daga. Zula gritó. Los miembros de la tribu estaban corriendo, alejándose de sus casas apoyadas en la pared del dios, pues éstas se venían abajo con la vibración, deshaciéndose en una avalancha de bloques.

Rek alcanzó la parte alta de una duna y miró con terror al viajero. Aquello nunca había sucedido con ninguno de los anteriores sabios que habían visitado el Cubo.

Por un segundo, sintió un miedo atroz, un genuino y pavoroso temor hacia el hecho de que Norte pudiese estar en lo cierto, y realmente tuviese una posibilidad de descifrar el enigma de la Xfinge.

De matar a su dios.

Los mandalas seguían lloviendo como relámpagos de sabiduría celestial sobre el Cubo. Norte puso los ojos en blanco, como si fuese presa de un extraño trance, y raspó con la daga la pared del Cubo, dibujando números, correlaciones matemáticas, soluciones improvisadas al álgebra de mandalas. Zula no entendía lo que estaba viendo, pero sostuvo a su amado cuando éste se tambaleó, el cuerpo recorrido por arcos voltaicos.

Rek pensó en descender la duna otra vez y matar a aquel maldito anciano, impedirle que continuara con el ritual. Pero no podía. Algo la impedía moverse. Cuando miró hacia abajo, a su propio cuerpo, y vio que su ramidabra también estaba cambiando, chilló de terror. Los tatuajes de todos y cada uno de los Axha estaban fluyendo por su piel, adaptándose a la danza de algoritmos del Cubo.

El dios los estaba usando como memoria externa para sus cálculos.

Norte clavó el fragmento de la otra Xfinge en la piedra y gritó, haciéndose oír por encima del estruendo:

—¡Aquí estoy, maldito engendro! ¡Enfréntate a mí! ¡Exígeme tu tributo!

Un chorro de luz, tan sólido como una columna de oro líquido, brotó del centro del Cubo y golpeó tanto a Norte como a Zula, tragándoselos, aplastándolos,

subyugándolos rabiosamente con su fulgor primordial. Esa luz dañó los ojos de los Axha que estaban mirando en aquel preciso instante a Norte; pero cuando todo pasó, al cabo de unos segundos, cuando el rugido cesó y la columna de oro se evaporó en el aire del desierto...

... Rek se frotó los párpados y fue la primera en darse cuenta de que ambos habían desaparecido. Norte y Zula.

Y había una ausencia de algo mucho mayor alrededor de donde ellos habían estado. Una ausencia que dejó un cráter profundo en las dunas, cónico y oscuro, y que se llevó también los ramidabras de todos los Axha, barriéndolos sin dolor de su piel. Llevándose las soluciones a los misterios matemáticos que la Xfinge, la tatuadora original, había inscrito sobre ellos.

Faltaba el Cubo.

Fust

Aeria Primus era un paraíso para los banqueros de rapiña. En sus calles se hacía negocio, en sus complejos de viviendas se hacía negocio, en los afilados palacetes de cristal repartidos por la Meseta de la gigantesca urbe aérea se hacía negocio. Era peligroso, siempre arriesgado y contadas veces fructífero, pero mercaderes aerobios acudían de cada rincón de la Variedad para comprar el último gran descubrimiento de la ciencia que iba a poner patas arriba la física, la medicina o la psicología, o a vender en primicia la más codiciada variedad cultural de sus mundos de origen.

Joviann Fust también había pasado por diferentes fases antes de sentarse en el trono de la corporación AREAN&TERRA: viticultor, cazador furtivo, testador de programas informáticos, profesor de ciencias económicas, espía, perito en estrategia comercial, ladrón y amante. Cada momento de su vida había requerido su propia estrategia, su propio plan de desarrollo y, a veces, hasta su propia vía de escape que lo conectara de una manera relativamente poco violenta con el siguiente. Una concatenación de fases donde el único denominador común era que todo lo que ocurría, le sucedía al mismo hombre, Fust; eso era lo que semejava su vida vista en perspectiva, con cierto distanciamiento no libre de culpa.

Ahora todo le parecía un esfuerzo fútil.

Ocupó una mesa en su restaurante favorito y pidió una bebida sin alcohol. Cuando el camarero se retiró, consultó su icono de datos: había llegado dos minutos antes de lo previsto. El kodan con el que estaba citado era extremadamente puntual, así que aprovechó esos ciento veinte segundos para poner en orden las ideas y prepararse para algunas preguntas incómodas.

El camarero regresó, exhibiendo una sonrisa que expresaba un cambio de ánimo

radical respecto a su anterior visita. Fust reconoció el efecto de un parche de personalidad: se trataba de la última moda entre los jóvenes metabolatas de la Espingarda. Al administrárselo, cualquier tímido podía convertirse al instante en un conquistador, ganar la fuerza de voluntad suficiente para enfrentarse a una decisión difícil, o sufrir un colapso metabólico entre estertores de risa.

Él jamás los había usado. Si algo había aprendido en el campo de batalla de los negocios, era a prescindir de cualquier sustancia que pudiese alterar lo más mínimo su percepción del mundo. Una mente despierta era la mejor arma, y su deber era mantenerla bien afinada, como un instrumento musical recién pulido por las hábiles manos de un lutier.

El kodan apareció coincidiendo con el golpe de la manecilla contra el cardinal (el símbolo del reloj en su icono de datos era el de una pieza clásica y chapada en oro, con manecillas que semejaban víboras). Se aproximó a la mesa dando graciosos saltitos sobre tres de sus miembros, mientras distribuía los restantes entre guardar documentos en una carpeta y estrechar la mano de Joviann.

—Encantado de verlo de nuevo, señor Fust.

—El placer es mío, Monikai. Me he tomado la libertad de pedir algo.

—Oh, no se preocupe. Nunca consumo nada durante las horas de luz en la estación de Zhintawa. Beba usted lo que desee.

—Comprendo. ¿Ha traído lo que le pedí?

Monikai pareció turbado.

—Eh... ¿desea que se lo muestre aquí?

—¿No se preocupa demasiado? —Alzó las manos para evitar que el kodan pudiera ofenderse—. Tranquilo, estamos a salvo de cualquier intromisión. He desplegado una telaraña de obstrucción. Nada electrónico, biológico ni fotónico puede transmitir en un radio de veinte metros. —Observó de reojo a un grupo de adolescentes que ocupaba una mesa cercana. Estaban enfadados con sus coms, incapaces de conectar con la red local para descargar paquetes de noticias musicales—. Además, el cable fibróptico es impermeable a nanoespías.

Monikai alzó dos conexiones escapulares equidistantes (Fust jamás las habría llamado «hombros»).

—Como desee.

Extrajo de su nuca un cable y se lo tendió. Fust lo conectó a su propio interfaz raquídeo. Al instante, un flujo de información bañó las sinapsis, atravesó las murallas antivirales y los guarismos de decodificación, y se desparramó en su cono de visión.

—Bien... es mejor de lo que esperaba —musitó el ejecutivo—. ¿Ha sido Humat quien ha conseguido la información?

—Con el concurso de los elandis. No abrigaría dudas sobre su honestidad de no ser consciente de la gravedad de la situación.

—Humat es el mejor en su trabajo. Es astuto, taimado, y poco dado a la traición caprichosa. Creo que podemos fiarnos de él. —Fust movió los ojos hacia abajo y a la derecha—. Estos datos proceden directamente de cognoscitivas urtianas. Impresionante. ¿Exigió mucho dinero a cambio?

—Unos cien millones. Tuvo que dilapidar todos sus contactos de una vez y perdió su cuerpo físico. Ahora ocupa el chasis de un androbot en los suburbios.

—Ha sido su último trabajo, entonces. Bueno, con ese dinero podrá cambiar de sexo si quiere. —Le guiñó el ojo—. Creo que lo llevaba esperando desde hace años.

—¿Le sirve de algo la información, entonces?

—Puede que sí. Por lo que veo, lo que me contaron los urtianos en el Paraninfo no era del todo mentira: están desplegando su flota hacia el extrarradio, peinando grandes áreas de la frontera con el Bolzai.

—¿Para qué?

—Buscan algo. Hace poco, uno de sus convoyes sufrió un ataque inesperado por parte de piratas y perdieron un cargamento de inmenso valor. Otros dieciocho convoyes similares lograron alcanzar su destino, un enclave en las profundidades del Mar de Bolzai, pero desaparecieron sin dejar rastro. —Chasqueó la lengua—. Mi agencia no ha logrado averiguar qué ocurre detrás de los muros de sus sínodos blindados. Tal vez usted pueda.

—Es difícil conservar amistades en la Cámara de Delegados haciendo ese tipo de preguntas, señor Fust —puntualizó el kodan, y acompañó la frase con un gorgoteo de laringe propio de su especie.

En su idioma, ésa era una portadora secundaria de mensajes, que respaldaba al lenguaje primario. Fust se alegró de que Monikai hubiese aprendido el dialecto humano, porque si él tuviese que mantener aquella conversación en kodan, sus cuerdas vocales habrían sufrido hasta lo indecible. Su lenguaje era tan áspero y doloroso de pronunciar como un ataque de laringitis con la tráquea atragantada con espinas de cactus.

—Lo sé, pero estoy dispuesto a compensarle cualquier pérdida, si es necesario con una pensión vitalicia de muchos millones. Y déjese de formalidades, aquí no nos escucha nadie.

—Gracias. Ya soy rico, amigo mío —reconoció el kodan sin ambages—. Si le ayudo es porque intuyo que este asunto es realmente importante.

—Ni se imagina cuánto. —Joviann abrió el segundo paquete de datos, descubriendo algo que se le había pasado por alto la primera vez. Intrigado, cerró los ojos para que la visión normal no se mantuviera yuxtapuesta a la digital—. Por cierto, ¿se suscitó el tema de las negociaciones de paz en las últimas reuniones del Parlamento, de su mundomadre?

Monikai rió por lo bajo. Había que oír esa risa para creerla. Para algunos era un

sonido tan alienígena como el aspecto general del kodan, como si alguien aplastase caparazones de crustáceos en una caja de resonancia.

—Lo justo para repasar las sofisterías del *trivium retorique*: hablar mucho para no decir nada. Los humanos nos estáis contagiando malas costumbres.

—¡Aquí está! —exclamó Fust. Su dedo señaló algo delante de él, en el aire, como si Monikai también pudiera verlo—. No puedo creerlo. Malditos sean mil veces sus antepasados hidrobios...

—¿Ocurre algo, Joviann?

El ejecutivo permaneció unos segundos en silencio. Tanteó la mesa con la mano, a ciegas, buscando el vaso. Cuando lo encontró no lo separó de ella. Sólo buscaba sentir el tacto del cristal, el suave vaivén del licor.

—Estoy leyendo un informe sobre descargas preventivas de neutrinos y taquiones cerca de la frontera —dijo Fust—. Yo tenía razón, los urtianos están reuniendo materia y energía exótica en enormes cantidades. Por eso movieron hace nueve años sus estaciones de los sectores de la Rejilla Pancultural. Debido a su enorme tamaño no tienen muchas potencias de salto R, así que deben estar llegando a su destino más o menos por estas fechas.

—Dejaron ocho planetas a media conversión. Creí que se debió a la coerción de la Alianza del Éxodom.

—La Alianza ha firmado un contrato de colaboración con ellos. Logré hacerme pasar por negociador y asistí al ofrendario de vasallajes en su mundo de origen.

Las antenas del kodan tintinearón.

—¿En el mismísimo Paraninfo de la Armonía?

—Así es.

—Hacer de agente doble es muy peligroso, Joviann.

El humano hizo un gesto, como quitándole importancia.

—Pero necesario. Ésta es la primera prueba que tenemos de que ese lugar existe realmente. Habrán reunido allí sus máquinas para procesar toda esa energía, pero... espere un minuto...

—¿Qué ha visto?

—La adversidad parece cebarse en nosotros, querido amigo —resopló Fust—. Si los datos que robó Humat son ciertos, los urtianos preparan una ofensiva a gran escala contra los mundos aerobios. Algo inminente y brutal.

Monikai se tensó. En una esquina de la terraza, un hombre de aspecto enérgico se subió a un escenario. Portaba una mezcla entre guitarra acústica y acordeón. Saludando al público, pulsó un largo acorde introductorio.

—¿Está seguro de lo que dice, Joviann? —preguntó el kodan, bajando la voz a pesar de las pantallas que los escudaban.

—No es más que una conjetura —precisó el ejecutivo—, pero temo que ese lugar

en el que están concentrando tantos esfuerzos se encuentra muy lejos de sus mundos. Si la operación es realmente a gran escala, necesitarán invadir los planetas limítrofes a la frontera para abastecerse. Y éstos están adscritos a la Carta de Defensa Mutua de la Rejilla Pancultural. Será el preludio de una guerra total.

—¡Tenemos que avisar al ejército!

—Supongo que ya sospechan algo, o deberían, si es que su agencia de espionaje es sólo la mitad de eficiente que la nuestra... aunque mantendrán el secreto hasta el último minuto para no alarmar a la población civil. No, tenemos que enfocar nuestros esfuerzos en otra dirección.

—¿Qué propone?

—Hay que introducir, cueste lo que cueste, un espía en ese enclave estratégico de los urtianos.

—Hablaré con Humat.

Fust desechó la idea.

—Ya se ha jugado suficiente el cuello, y su presencia es demasiado conocida por los urtianos. No, es hora de emplear métodos más sutiles. Me encargaré personalmente.

El kodan debió sentir la larga y segmentada garganta reseca, porque cogió el vaso de Fust y lo apuró de un trago. No hizo ningún comentario sobre la violación de las costumbres religiosas imperantes en la estación de Zhintawa.

—Dígame la verdad, Joviann. ¿Tenemos alguna posibilidad de triunfar ante semejantes fuerzas?

El ejecutivo contestó con otra pregunta:

—¿Cree que podríamos obtener un sí a nuestra oferta de compra del planeta Anthelia en breve?

—¡Vaya! —se asombró Monikai—. ¿El hijo pródigo va a regresar a casa? Lo tomaba por un hombre con agallas, pero no tantas.

—Sí... algún día el círculo tenía que cerrarse.

—¿Seguirá ella viviendo todavía en la casa de su familia?

Fust no contestó. Cuando el silencio se alargó hasta resultar incómodo, el kodan dijo:

—Bueno, sea como sea, el presidente de Industrias ENDOX me ha prometido una respuesta para el quince del mes entrante.

—Justo el día de mi cumpleaños.

Monikai bobinó su cable fibrótico, y dijo:

—Entonces tendremos dos cosas que celebrar.

Lina

Heith entró en el observatorio de la estación, una cámara circular cuyas paredes habían sido sustituidas por un campo de fuerza panorámico. Allí encontró a su novia, admirando el cercano sol de Theta Coriolis.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Pido un deseo.

—¿A quién?

Ella apuntó con un dedo al firmamento.

—A Coriolis. Es una estrella de los deseos.

—¿Cómo lo sabes?

—Brilla igual que una que vi pintada en los libros que leía de niña... Con esa aureola de gas caliente que parece querer protegerla del frío.

El abogado hizo un mohín.

—Las estrellas son concentraciones de gas en combustión. No están hechas del material de los cuentos.

—Algunas sí. —Lina compuso una expresión soñadora—. ¿Nunca te has preguntado cuánta gente habrá formulado ruegos a los cuerpos celestes a lo largo de la Historia? ¿Cuántos desesperados habrán depositado su confianza en la pequeña Coriolis? Siempre admirándola en la distancia, queriéndola y rogándole en silencio, mucho antes de que la tecnología permitiese viajar hasta ella...

—Todos los aerobios tienen ilusiones, pero sólo los humanos las focalizan en estrellas.

Lina permaneció abstraída unos momentos, capturada su atención por el anillo de gas del sol. Heith sonrió. En ocasiones, los pensamientos románticos de Lina era tan aleatorios que parecían las fichas mal colocadas de un juego de tablero, con los escaques completamente fuera de sitio.

—Coriolis está muy cerca —dijo ella—. Es grande y brillante vista desde aquí. Eso garantiza el cumplimiento de cualquier cosa que le pidas.

Heith la rodeó con sus brazos.

—Nunca entenderé a las mujeres. ¿Puedo preguntar qué has pedido?

—No seas tonto, sabes que no puedo decírtelo. —Lo besó en la boca—. Es un secreto que no me sonsacarás.

—Bueno, pues yo también voy a pedir uno. No me voy a quedar rezagado.

La capitana rió.

—¡Qué sorpresa!

—¿Has pensado en qué vamos a hacer a partir de ahora?

—He estado dándole vueltas a la posibilidad de regresar a casa de mi familia, en Vai Surugy. Podríamos ocultarnos allí un tiempo, hasta que las cosas se calmen. A Geishel le encantará vernos de nuevo. En su última carta parecía muy ilusionada por enseñarnos el nuevo jardín.

—Buf... no sé si podré aguantar su interminable cháchara durante más de una semana —dijo él, y al instante comprendió que había sido un error.

La joven le clavó un dedo en el pecho.

—Heith —había veces en que Lina sabía pronunciar su nombre como si fuera todo un sermón—, que sea la última vez que hablas así de mi hermana. Es una gran persona, y si habla tanto con nosotros es porque no tiene a nadie que la escuche.

—Lo siento, no quería ofenderte. Comprendo que se sienta sola cuidando de sus hijos, pero no me negarás que su personalidad es un tanto...

—Es lo que habría sido la mía si hubiese cometido los mismos errores en la vida que ella. Exactamente la misma. ¿Me habrías querido entonces?

Heith sabía cuándo estaba ante una pregunta trampa, para las cuales ninguna respuesta es satisfactoria, da igual la opción por la que uno opte, así que cerró la boca.

La puerta del observatorio se abrió. Detrás apareció la doctora Valeris.

—Ah, están aquí —señaló—. Los estaba buscando.

—Nos dejábamos arrastrar por un intervalo romántico —gruñó la capitana.

—Eso está bien. Coriolis es una estrella de los deseos, ¿lo sabían?

Lina propinó un codazo a su novio.

—¿Lo ves, tonto?

—Esto... ¿para qué nos necesitaba? —preguntó Heith.

Valeris simuló que hojeaba unos papeles que traía bajo el brazo.

—Decidí advertirles de que dentro de poco este sistema va a llenarse de militares, por si prefieren marcharse antes de que lleguen —dijo con voz queda—. Hemos tenido que avisar a la Rejilla Pancultural del doble suceso, la muerte de la criatura de mercurio (algunos ya empiezan a creer que era uno de esos Ángeles de los que hablan los astronautas borrachos) y la aparición de Jan. La noticia les ha provocado tal estado de ansiedad que han enviado una flotilla de naves de guerra a la máxima velocidad hacia estas coordenadas. Temen que los urtianos se enteren y lleguen primero para robarnos los secretos.

—¿Qué secretos? —se extrañó Lina—. ¿Que un tipo cayó del interior de una aberración cuántica y sufre de amnesia?

—Dudo que Jan sea amnésico. Además, su armadura se ha convertido en una prioridad absoluta para la armada de Ionosis y los demás mundos aerobios. Están deseando echarle el guante.

—No me extraña. Sólo les preocupa su maldita guerra, y eso podría inclinar la balanza. ¿Ha recordado Jan algo más?

—Poca cosa. Se pasa el tiempo encerrado en la biblioteca, consultando datos sobre la Variedad, el Bolzai y las especies que la habitan. Parece que nunca en su vida hubiera visto un aerobio no humano.

Heith bufó.

—¡Ahí lo tiene! Es la constatación de que está chiflado; nadie que haya crecido en la Variedad ha podido pasar un solo día sin cruzarse con alguno. Por eso la bautizaron así.

—Sí... bueno, es bastante raro. Hace un par de horas ocurrió algo sorprendente —comentó Valeris—. Jan estaba conectado al programa de aprendizaje cuando un kodan que trabaja para nosotros en la sección seis entró en la biblioteca.

—¿Y cómo reaccionó? —preguntó Lina.

Valeris estrechó los ojos.

—Fue increíble. Su expresión... era realmente la de una persona que jamás ha visto un organismo inteligente que no pertenezca a su especie. Se llevó un susto de muerte. Al principio creyó que se trataba de un robot o un complejo genotípico dirigido. Luego descubrió que el kodan era capaz de hablar su idioma, y estuvo conversando con él durante mucho rato. Parecía fascinado por los detalles de su cuerpo: los ademanes, la forma de mantenerse erguido, de respirar, de articular las palabras... todo.

—Tal como yo lo veo —declaró Heith—, o está loco o es un magnífico actor.

—A mí me preocupan más los militares —terció Lina—. ¿Cuándo dice que llegarán?

—En cuatro horas. Vienen con una delegación de los mundos afines a la causa aerobia. Menos los urtianos y sus protegidos, acudirán observadores de todos los demás órdenes sapientes.

—Ya veo. —La capitana reflexionó unos instantes, algo confusa. De repente miraba las estrellas como si los caminos que las circundaban estuviesen vigilados.

—No hace falta ser muy listo para imaginar cuál es su problema —comentó Valeris.

—¿Problema?

—Sí. Tienen diferencias con la Ley, ¿verdad?

Lina se sonrojó.

—Pues...

—No hace falta que se excusen. Está claro que esa energía que irradia aún la bodega de su nave no ha podido salir de ninguna Clepsidra. Si se la han robado a los urtianos, éste es el momento de confesarlo. Siempre que sigan queriendo que los ayude, claro.

—Nosotros no hemos robado nada —exclamó Heith, pero Lina lo detuvo.

—Espera, cariño. Doctora, ¿cómo sabe lo de los urtianos?

—Trabajo para una comisión de la Rejilla. El cargamento que fue robado a los urtianos hace varios días era una muestra de fenómenos extraños relacionados con el Bolzai.

—Genial. —Lina se llevó ambas manos a la cara—. Era un chisme alienígena. Lo sabía, joder. —Miró a la doctora—. ¿Es usted militar, entonces?

—¿Está loca? Aún conservo mi dignidad —sonrió Valeris—. He accedido a trabajar con ellos porque tienen un presupuesto ilimitado, pero nada más. No sabe lo difícil que resulta conseguir financiación de fuentes privadas en el mundo de la astrofísica.

—¿Entonces qué piensa hacer? —preguntó Heith, yendo al grano. Estaba empezando a marearse con tantos circunloquios—. ¿Va a denunciarnos?

—No. Puede que fuera fortuita, pero su aparición en el sistema nos salvó la vida. Les debo al menos esto. Escúchenme un minuto antes de sacar conclusiones, porque es difícil de explicar. —Se aproximó a la pareja, hablando en tono de extrema confidencialidad—. Necesito su ayuda. Según los militares, los urtianos han avistado a un ser parecido a lo que ustedes, los pilotos, llaman «Ángeles», en un sector de la Espingarda.

—Si le soy sincera —suspiró Lina—, hasta que vi al ser que estaba atrapado en su anillo de luz pensaba que eran mitos.

—Pues existen. Son organismos adaptados a vivir en el vacío que moran en las profundidades del Bolzai. Los cazadores los persiguen cuando alguno se acerca a desovar.

—Sigo sin entender qué tienen que ver los urtianos en todo esto.

—Se lo explicaré: hace unos meses, se anunció que uno de esos Ángeles, supuestamente, había arrasado una colonia minera en Rylos. No sabemos por qué.

—Eso está muy cerca de la frontera con la estrella Ur —apuntó Lina.

—Algo hemos aprendido desde entonces, y es que no era un Ángel. Ateniéndonos a lo que sabemos de ellos, ninguno de esos seres ha desarrollado jamás la capacidad de crear túneles R biológicos. Esto llevó a pensar a los urtianos que lo que había atacado la colonia procedía de más allá del Bolzai, y a nosotros que está íntimamente relacionado con los fenómenos del confín del universo.

La doctora esperó a que las repercusiones de la noticia calaran en la pareja. En toda la historia de la Variedad —esa isla de soles atrapada en el centro de una enorme extensión de vacío—, sus habitantes jamás habían tenido noticias de que hubiese vida o tecnología allende el Bolzai. Ninguno de sus navíos había logrado atravesar la vastedad del océano de nebulosas, y aquellos que lo habían intentado habían desaparecido para siempre. Los seres humanos eran una especie más entre las muchas atrapadas en aquel racimo de soles, y como las otras, también habían observado esperanzados las galaxias que se divisaban al otro lado, en la distancia, esperando que se produjese el milagro: que algún iluminado descubriese un método práctico de atravesar la gran barrera, o bien que una ignota especie benévola del exterior se pusiese en contacto con ellos y les ofreciera ayuda.

Nada de eso había sucedido durante millones de años.

Ahora Valeris les estaba diciendo que aquel ser, lo que el soldado Jan llamaba casi familiarmente «la Anomalía», no podía provenir del interior de la Variedad. Y si estaba en lo cierto, eso implicaba que tenía que haber llegado *de fuera*. El mítico primer contacto del que hablaban las leyendas, y que ahora se producía al fin.

Y ellos le habían preparado una trampa, para matarlo después.

—Hay un detalle que se me escapa —intervino Heith—. ¿Qué tiene que ver esto con la *Eurídice*?

—El convoy urtiano que fue asaltado en las cercanías del cúmulo Sentrigys —explicó Valeris, mirando a Lina de reajo—, contenía el «huevo» que los urtianos transportaban desde Rylos hasta una de sus fortalezas.

—¿El huevo?

—Lo que dejó plantada aquella cosa sobre los restos de la colonia, un pequeño pedacito altamente energético de sí misma. La verdad es que no entiendo cómo un simple balandro pudo derrotar a una escolta de acorazados.

Lina bajó la vista.

—Eh... yo tampoco.

—El hecho es que aquel corsario les robó la carga pensando que eran enlaces por nucleón. Y, si me permiten hablar sin más rodeos, y espero que esto no hiera su amor propio —suspiró— creo que esa nave fue la *Eurídice*.

—Vaya descubrimiento —gruñó Heith.

—El tiempo que la carga estuvo en sus bodegas bastó para irradiar completamente el balandro con esa radiación... junto con sus tripulantes.

—¿Qué demonios le ocurre a mi nave? —se preocupó Lina.

Valeris se apoyó contra el campo de fuerza, como si fuese el alféizar de una ventana.

—A pequeña escala, la *Eurídice* se comporta como la Anomalía —explicó—. Y aquí viene lo interesante: si se quedan con nosotros, y que conste que esto es sólo una hipótesis... pueden ayudarnos a convertir la *Eurídice* en la primera nave capaz de cruzar el Bolzai en toda la historia de la Variedad. Una naveluz. Ahora posee las propiedades del huevo del Ángel, así que no veo por qué no podría utilizarlas.

—Una naveluz... —La palabra quedó colgando del labio de la capitana como un diamante en bruto. Claro, una naveluz, el sueño de cualquier piloto hecho realidad. Y todo por un espantoso accidente con una carga que nunca debió de haberse producido. ¿Era una retorcida maniobra del destino, que le estaba poniendo la más maravillosa miel en los labios para arrebatársela después con su habitual crueldad... o es que en realidad había una justicia para los pilotos en el universo, y el dios arquetípico que la administraba había decidido con clemencia que ya iba siendo hora de que la humilde Lina cobrara su parte?

Lina meditó la oferta de Valeris en silencio, escuchando los consejos de su novio, que no hacía más que sugerirle que abandonaran la estación cuanto antes y se olvidasen de todo. Poner pies en polvorosa antes de que llegasen los cruceros de combate parecía la única opción viable, de todos modos. Lo único que podía hacer alguien con dos dedos de frente.

Al final se volvió hacia él y preguntó:

—Cariño, ¿serías capaz de alejar la *Eurídice* de los planetas interiores mientras permanezcan aquí los militares? Te daré unas cuantas instrucciones y el Halo hará el resto.

Heith abrió la boca, y la volvió a cerrar.

—Pero Lina... No puedo creer que estés pensando en...

—Si a la doctora Valeris no le importa encubrirnos unas cuantas horas, prefiero quedarme para averiguar más datos. Si lo que dice es cierto, nuestra nave acaba de convertirse en un foco de interés tanto para la Armada como para los urtianos.

—Yo no lo habría expresado mejor —convino Valeris.

—¿Por qué confía en nosotros, doctora?

—Porque, al menos en lo que concierne a la ciencia, tenemos mucho que ganar y muy poco que perder —dijo con ecuanimidad—. Y eso es más importante para mí que cualquier decreto militar, ya provenga de la mismísima Rejilla Pancultural o del consejo de seguridad de Cruces.

—Me quedo —decidió Lina, adoptando esa expresión inmutable que Heith conocía bien, y que tantos quebraderos de cabeza les había traído en el pasado. Esa expresión de «da igual los argumentos que esgrimas, y lo lógicos que suenen. Al final voy a hacer lo que me venga en gana».

Y una vez que tal expresión quedaba definida en su rostro, ya nada en el mundo sería capaz de hacerla cambiar de idea.

Demonios, por eso la quería tanto.

Mel

No podía recordar en qué momento exacto había perdido a sus compañeros entre la maraña de túneles y había llegado a su apartamento de Ciudad de Cruces.

En cuanto puso un pie en el salón (en su familiar salón, el que tenía el viejo sofá de tapizado hortera que tantas veces había querido tirar a la basura, los dioramas de cristal líquido sobre temas pastorales o los cuadros de su amigo el pintor onírico, que ejercitaba su arte dormido), lo contempló boquiabierto. Allí, erguido sobre sus gloriosos cuatrocientos kilos de peso, había un rinoceronte. Una deformación del parqué blanca y con un solo cuerno, que le estaba mirando.

—Hola, Mel —lo saludó el animal, con voz masculina y sosegada.

El astronauta no pudo articular palabra. Retrocedió para intentar penetrar de nuevo en el túnel, en lo que hasta un minuto antes había sido la realidad, pero la salida estaba tapiada por una puerta de cerámica.

—¿Q... quién eres? —balbuceó, volviéndose hacia el rinoceronte. Si hubiese podido pegar la espalda sólo un centímetro más a la pared, se habría fundido molecularmente con ella.

Algo que se escondía detrás del sofá cloqueó, sin dejarse ver pero dejando clara su presencia.

—¿Tienes miedo, querido Mel?

—Sssh —asintió. La palabra no era exactamente miedo, sino una mezcla de confusión e irrealidad. Pero no iba a darle el gusto a esa cosa de admitirlo en voz alta.

—Haces bien, payaso —dijo el rinoceronte—. No querrás mirar lo que hay detrás de tu sofá a estas alturas, ¿verdad? No lo hiciste de niño, cuando tuviste la oportunidad, y ya es demasiado tarde para subsanarlo. ¡Sería patético!

—Eres tú... —Los ojos de Mel se abrieron como platos. La figura de detrás del sofá se revolvió.

—Bien, eso puede considerarse todo un comienzo.

—¡Gill, ¿estás ahí?! —gritó aterrorizado—. ¡Ayúdame, por favor!

—No llores suplicando ayuda de esa puta. Me ha mantenido a raya demasiado tiempo, y estoy harto de no tener a nadie con quien conversar. Te he echado de menos, Mel. ¿Existe realmente ese color, el índigo? ¿O es una ilusión fantaseada por mi retina? ¿Pueden mis ojos estar experimentando un sueño erótico con un color que desean pero que no pueden poseer?

Mel apuntó al rinoceronte con un dedo. Por un instante le recordó al clásico miembro chiflado de las pandillas de jóvenes transgénicos, aquellos cuyos padres eran lo suficientemente ricos o lo suficientemente estúpidos como para permitirles salir a la calle con cuerpos desechables de un solo uso, que habrían de desARNizar antes de la medianoche o el subidón les freiría las neuronas.

—Ya sé quién eres —dijo Mel—. Y por qué estás aquí. Has venido a recordarme que dejé de soñar contigo demasiado pronto. —Se puso en cuclillas, atisbando al otro lado del murete que ocultaba la energía reprimida de sus demencias—. Pero no me asustas: cuando tenía quince años me atiborré una noche a pastillas para dejar mi cabeza en blanco.

—Apuesto a que sí. —El rinoceronte resopló como un caballo y agitó una crin que le había nacido en la cruz. Era de color negro, como el espacio—. Aún ves esos chorros de marfil resbalando por las paredes de tus arterias, incinerando los días del futuro pasado, ¿verdad, payaso?

—¡No puedo soportarlo más! —gritó Mel, tirándose de los cabellos—. ¡No quiero

seguir escuchándote! ¿¡Quién demonios eres!?

—Soy la acción de las miradas perdidas —confesó el Hombre Escondido—. Mi nombre hace desesperar. Mi adjetivación no existe. Mi gramática se aplica a cualquier nombre que pase por tu cabeza. Soy el verbo de dejar las cosas atrás.

Soy, simplemente, yo.

* * *

—¡No!

—¡Mel, despierte! ¿Qué coño le pasa?

Jules lo zarandeaba por los hombros. Hacía frío y sentía mojada toda la ropa. Estaban prácticamente a oscuras, salvo por unas motas de luminancia química que resplandecían incrustadas en una pared.

El astronauta trastabilló hasta ponerse en pie.

—Ju... Jules —constató, y le tocó con un dedo para asegurarse de que en realidad estaba allí.

El aventurero sonrió.

—Buenas noticias: Zhinz ha encontrado un paso hasta la superficie. Los carroñeros se han esfumado.

—La nave... —Mel tosió. Charlemagne lo contemplaba en silencio desde la pared opuesta—. Ah, hola, Char —dijo en un tono divertido y coloquial, que sonó grotesco.

—Hola, Mel —respondió el psiquiatra—. ¿Has vuelto a soñar?

—El rinoceronte me ha hablado, Char. Esta vez lo ha hecho de verdad, te lo juro.

—¿Ah, sí? ¿Qué te ha dicho? —El psiquiatra alzó las cejas—. Curioso. Nunca antes te había hablado.

—Nunca.

Zhinz regresó dando ágiles saltitos desde las profundidades del túnel.

—¡Amigo-Jules!

—Calma, Zhinz —contestó éste, sin dejar de observar a Mel con suspicacia—. ¿Qué has visto?

—Nadie hay en extrarradio / perímetro de la laguna. Carroñeros desaparecidos, dejando atrás cadáveres / restos de mantis, y piezas de material.

—¿La nave está intacta?

El marsupial agitó entusiasmado la cabeza.

—¡Sí! Flota / sobresale en mitad de laguna. No parece haber sufrido daños / deterioros graves, pero walab haber huido durante la refriega. Nos quedamos sin tracción animal.

El puño de Jules se estrelló contra la palma de su mano.

—¡Perfecto! Arriba todos, hay que salir de aquí. Es nuestra última oportunidad de regresar a la *Lazirian*.

El grupo abandonó la seguridad del laberinto. El aire de la noche los saludó con una fragancia combinada de millones de insectos en celo. Zhinz saltó hasta el centro de la laguna, sobre el corpachón de la nave. Desde allí señaló los restos del EV de Charlemagne, medio hundidos en el fango.

El psiquiatra se llevó las manos a la cabeza. Corrió hasta lo que quedaba del vehículo y comprobó los sistemas. Nada funcionaba. El caro EV había sido aplastado por una mantis y ametrallado sin piedad por los descontrolados carroñeros.

Llorando, golpeó su frente repetidas veces contra el salpicadero. Jules lo miró con desprecio y arrancó el sillón del copiloto, para extraer el botiquín.

—Aquí tiene su botiquín —dijo Jules, divertido—. ¿No estaba deseando cogerlo?

Charlemagne le lanzó una mirada de odio, pero no se atrevió a replicar. En aquel momento deseó más que nada en el mundo ser capaz de coleccionar hombres, además de mujeres, pero el asco que tal acto íntimo le producía era tan grande...

Ya encontraría otra manera de librarse del insufrible Jules. Seguro. Y lo haría antes de volverse loco él también, como el pobre Mel.

Por su parte, el astronauta se entretenía en dar unos pasos erráticos por la orilla, escuchando voces. Sólo por decir, dijo:

—Graciosa es la mariposa que revolotea sobre la hoguera. ¿La veis? Tiene las alas de color Agnes.

De repente se desorientó y cayó de rodillas. Jules corrió a su lado y lo sostuvo.

—¡Mel! —exclamó—. ¿Se encuentra bien?

—Gill me está hablando. Dice que me fíe del Hombre Escondido, que él conoce todas las respuestas. ¡Estuvo también allí, al otro lado de la barrera, mientras yo dormía!

—¿Qué hombre escondido?

—No le haga caso —rió Charlemagne—. Su psicólogo neuronal se ha vuelto tan chiflado como él. —Presionó el control de latitud del EV con el pie, sin resultado. Ninguno de los servomecanismos había sobrevivido a la embestida de la mantis—. Me han destrozado el puto coche. Malditos hijos de perra.

Mel sonrió; un hilillo de baba le caía por la comisura de los labios.

—Todas las preguntas que el universo pueda soportar en una hora... —balbuceó, y por un momento pareció tener sentido.

Incapaz de entender nada, Jules se planteó seriamente la posibilidad de dejar a sus nuevos compañeros allí y continuar el periplo río abajo con Zhinz. Al fin y al cabo, a él no le importaba lo más mínimo que el desquiciado de Mel cumpliera o no con la misión que las malditas voces interiores le habían encomendado.

No tuvo tiempo de tomar esa decisión.

Lo primero en llegar fue el sonido, un leve zumbido de suspensores antigravitatorios que, como de costumbre, le hacía cosquillas al tímpano humano. Luego, los EV del ejército descendieron en elegantes espirales sobre la laguna y descargaron en un tiempo inusualmente corto a una veintena de hombres. Zhinz escondió la cabeza bajo la bancada de proa de la nave, pero su cola quedó al descubierto.

Jules levantó las manos, para mostrar que no llevaba armas, y esperó a que los militares comprobasen el perímetro.

El que portaba los galones, un hombre taciturno con estrellas de comandante, descendió de su EV y ordenó que los reunieran cerca del lugar de aterrizaje y los mantuvieran vigilados. Cuando sus subordinados hubieron comprobado que no existía peligro, se dignó a hablarles.

—Soy el comandante Delmor Zayb, de la Policía Secreta de Cruces. Desde este momento me hago cargo de la custodia de la nave siniestrada.

—¿Qué van a hacernos? —gimoteó Charlemagne, a punto de orinarse encima. Imágenes de cortes marciales y juicios sumarísimos se desbordaron en su mente.

—Pasarán a disposición judicial para ser interrogados. —Zayb se encaró con Mel—. A usted le ordené que no abandonara la ciudad. Tendrá que explicarme cómo y por qué mató a aquellos dos hombres en el callejón, antes de hacerlo frente al juez.

El astronauta cayó de rodillas, sollozando. No paraba de repetir:

—No puedo decirle eso, cariño, no puedo... no me obligues, por favor...

—¿Qué le ocurre? —preguntó el comandante, mirándolo con el mismo asco y desprecio que a una cucaracha.

—Sufre demencia —intervino el psiquiatra—. Sea indulgente con él, por favor. ¡Y conmigo! Me obligó a llevarlo en mi EV hasta la selva para satisfacer a sus voces interiores. Lo único que hice fue seguirle el juego para...

Zayb lo silenció con un gesto.

—Conozco las circunstancias del secuestro —aseguró.

—Es el mal del espacio —dijo Jules, aunque no sabía bien por qué sentía esa necesidad de ayudarlo. Tal vez fuese porque los militares le caían aún peor que los astronautas chalados.

—Eso está aún por demostrar. ¡Sargento! —llamó Zayb. Un oficial se cuadró a su lado—. Que entren en el EV.

—No lo toquéis.

Todos se volvieron hacia Mel. La voz que surgía de sus cuerdas vocales era femenina y metalizada.

—Pero ¿qué...?

—*Ha llegado el momento de abrir todas las cajas. Esperad unos segundos más* —solicitó ante la estupefacción general—. *Sólo unos segundos.*

—¿Gill? —preguntó Charlemagne, aterrado.

La cara de Mel se contorsionó, como si los dedos de un marionetista tirasen de todos sus músculos a la vez, dolorosamente.

—*Deja de llamarme Gill de una vez. No conozco ese nombre.*

—¿No... no eres Gill? ¿Entonces quién...? En ese momento, un estruendo barrió como una onda sólida la superficie de la laguna. Los militares alzaron los fusiles hacia el cielo, donde una ominosa silueta desconectaba el campo de hipertransparencia que la protegía y adquiría fisicidad y color entre las nubes.

El comandante Delmor Zayb musitó una plegaria. Sus hombres retrocedieron, apuntando a la panza de la lanzadera de descenso urtiana cuya sombra cubría la totalidad de la laguna.

Lo último que Mel sintió antes del ataque fue que la voz de Gill repetía una frase en su cabeza:

—*Agnes. ¿Por qué no me llamas por mi nombre, Char? Me llamo Agnes...*

SEGUNDA PARTE

Arpas en templos lejanos

Capítulo 9

Informe horario n.º 6557201 / P114

Cripto:

0

Asunto:

Fw: ¿Qué está pasando ahí fuera? (*Asunto anterior desconocido.*)

Extensión:

0,123 Lymes; 0,010 segundos de anchura de canal (*subvencionado por el Ministerio de Comunicación y Relaciones Panculturales de Ciudad de Cruces.*)

Adjunto:

Sólo audio.

Remite:

Cónclave repetidor de transmisiones en Sjandra Kay.

Fuente original:

Un soñador en estado profundo. El origen de la señal es una construcción onírica en el interior de una fantasía virtual.

Texto:

Me ha sorprendido el rostro de un demonio asomado a la ventana. Explosiones de engranajes en jardines eléctricos, gente sin alas que vuela a mi alrededor, destinos anclados a los conservantes del ron negro de Tanjet. ¿Qué miran? ¿Quién los mira a ellos? Las olas se encrespan y rompen contra la orilla como si la odiasen y pretendiesen mutilarla, sin imaginar, en su inocencia, cuántas miles de generaciones de espuma hará falta sacrificar para que la roca ceda apenas un grano de su alma.

Sopla tus dados y ahuyenta a la serpiente, a la tortuga, a los elefantes que sostienen el universo. Pero no te asustes si te cuento la verdad, si el decorado se alza y nos muestra la tramoya, pues los elefantes están muriendo, pequeño tesoro. Puedes creerme si te lo digo, e incluso apostar tu vida y la de las otras hadas en ello: los elefantes que nos sostienen están muriendo.

Norte

La luz sonaba como una canción.

Norte y Zula podían oírla, e incluso tocarla, pero no sabían de dónde venía.

La luz era suave, cálida, como un colchón que hubiese surgido de la oscuridad tan sólo para que ellos se sintieran bien. Era como un túnel del cual no se adivinaba el final. Y los dos humanos estaban quietos, de pie y con las manos enlazadas, justo en medio.

—¿Dónde estamos? —preguntó Zula, y su voz también fue como luz—. ¿Estamos muertos?

—No lo creo —contestó Norte, tratando de reducir a algo coherente aquel

misterio—. Es como si nos hubiesen umbilicado a la mente de la Xfinge. Esto que vemos... es su corazón. Su alma.

Lo vieron antes que el otro hombre a ellos. Era un joven alto y delgado, de mirada sincera, que vestía con un taparrabos y sostenía una lanza en su mano derecha. Sobre la piel lucía el más intrincado ramidabra que Zula hubiera visto nunca, una especie de compendio de todos los mandalas jamás inscritos sobre el futuro y el pasado de los Axha. Norte contempló ese mismo dibujo, pero no vio círculos ni líneas quebradas, sino números, expresiones y fractales. Aquel joven era un subconjunto de un álgebra alienígena.

Cuando llegó hasta ellos, el joven dejó descansar la lanza en el suelo, y una sonrisa cálida se le dibujó en el rostro.

—Hola, papá —dijo.

Norte lo miró, ceñudo. Su mente trabajaba a pleno rendimiento. ¿Formaba parte aquello de la prueba de la Xfinge?

—¿Papá...? —repitió.

El joven les dio un abrazo. A los dos.

—Todavía no lo entendéis —dijo con lágrimas en los ojos—. Pero para mí éste es un momento... muy importante. No sabría explicaros cuánto. Os he echado tanto, tanto de menos...

Zula y Norte se miraron. Sí, visto desde cierta perspectiva... aquel hombre con aspecto de guerrero tribal exhibía rasgos que recordaban a ambos, tanto a Norte como a ella. Su rostro era una suma de los rasgos de ambos, perfecta y equilibrada, como deberían ser los de...

¿Un hijo?

—Soy Ibok—se presentó—. Es complicado de explicar, pero se me ha concedido esta última oportunidad de veros para decirte, papá, que lo conseguiste. Venciste a la Xfinge.

Norte estaba aturdido.

—¿La vencí? ¿Cuándo? ¿Ahora?

Ibok sacudió la cabeza.

—No, ahora no. Cuando pagues el precio que ella te exige.

Zula apretó con fuerza su mano. Sabía cuál era ese precio.

—¿Moriré? —preguntó Norte.

—La muerte es un término muy poco preciso. Es una solución muy poco elegante a la ecuación de tu vida, en realidad. Tú mismo te convertirás en una Xfinge, cuando llegue tu momento, y plantearás tu propia pregunta. Pero antes... —Ibok acarició la mejilla poblada de arrugas de su padre—, antes delegarás en mí la resolución de los últimos misterios. Yo caminaré en tu nombre, padre, tras haber sido criado por vosotros. Será una infancia feliz. Y cuando crezca, me encomendarás una misión que

no puede ser ignorada.

—¿Qué misión?

Ibok agarró la lanza.

—La de salvar a unos pocos que poseen la respuesta. Y regresar, cuando todas las luces se hayan apagado y sólo quede el vacío y la muerte, a la Variedad, para reencontrarme allí contigo. Eso estoy haciendo ahora. Quiero decir que... eso haré, dentro de veinte años.

Norte miró a su compañera. En los ojos de Zula ya no se veía miedo, sino tranquilidad. Sabía que no iban a morir allí dentro, sino que vivirían lo suficiente para tener un hijo y verlo crecer. Ibok no respondió a la pregunta de por qué los echaba tanto de menos. No les dijo si iban a morir antes o después de su tiempo, pero Norte adivinó que, al final, la Xfinge iba a acabar saliéndose con la suya. Ella exigía la muerte a cambio de la ignorancia, y Norte podría morir en el futuro si la vida de su hijo dependía de ello. Ese hijo que puede que no formase parte de su destino, al menos hasta el momento en que ambos entraron en el Cubo.

Norte asintió con la cabeza, dándole la razón. Sí, desde luego que le iba a hacer pagar su tributo. Y él lo pagaría cuando llegase el momento, de buen grado.

—¿Serás tú el nuevo Mystes cuando yo me haya ido?

Ibok asintió. Se volvió hacia el final del túnel y éste se abrió, mostrando una llanura en un planeta desolado, donde un marsupial encerrado en una burbuja de plástico agonizaba, consumiendo los restos del poco oxígeno que le proporcionaba el microclima. Iba a fallecer de un momento a otro si nadie hacía nada por evitarlo.

—Seré tu legado —prometió Ibok, y comenzó a andar hacia el final del túnel—. Hasta dentro de veinte años, papá, mamá. Os volveré a encontrar en este mismo sitio, si todo sale bien.

Norte y Zula se abrazaron. Sí, hasta dentro de un tiempo. Si todo salía bien.

Se besaron, y el beso también les supo a luz.

Jan

La juventud de Jan Delvian había transcurrido como una lenta apertura de cajas de sorpresas. No sorpresas materiales (¡ésas las podía obtener todo el mundo!, le había dicho en una ocasión su tío Karn). No, eran sorpresas conceptuales. Como la sal que añade a un plato más sabor.

Desde que tuvo uso de razón sintió una especial atracción por las matemáticas. Sus padres estaban convencidos de que acabaría criando barriga en un despacho de la Universidad de Delos, preguntándose por cuestiones tan abstractas que las palabras harían cola para definir las. Pero tabularon mal sus fantasías: no necesitaba palabras,

sino quebrados.

Cuando sólo sumaba doce años, Jan solía vagar por una playa de sueños que nadie más conocía. Coleccionaba conchas que albergaban ecos de números en lugar del rumor del mar. A la única persona que dejaba entrar de vez en cuando en esa playa privada era a su prima Eleonor, una jovencita de sedoso pelo color miel que no sabía pronunciar la «R» («Eleonog», respondía cuando las amigas de su madre, entre risas, le preguntaban su nombre). Jan se recostaba sobre las piedras y la observaba bañarse desnuda, haciendo espirales en la espuma, dibujando polígonos con la raja de su culo, partiendo en dos la cresta de las olas con sus diminutos pechos. Así podían estar horas, los dos solos, hasta que su madre lo descubría masturbándose bajo las sábanas y lo castigaba con una semana sin postre. A él le traía sin cuidado. La experiencia de contemplar el cuerpo tostado por el sol de su prima hacía que mereciese la penitencia.

A Jan le encantaban los números, sobre todo desde el instante trascendental en que descubrió que las mismas claves subyacían en la estela de plata líquida de un cometa y en las cascadas de un reloj de arena. Deliciosas similitudes que parecían fortuitas, pero que eran sólo aleatorias. Una vez que entendió la diferencia, el ímpetu llenó su corazón. Acabó dos carreras relacionadas con la conexión entre los números y el mundo real, y logró llegar a tiempo a la pérdida de su virginidad en un jardín de siemprevivas. Fue una época tan desmesurada, tan colmada de cajas de sorpresas, que apenas pudo asimilar la apertura de la mitad de ellas.

Para desgracia suya y de su familia, no todas escondían secretos amables.

Un trágico día de otoño destapó la que contenía la noticia del fallecimiento de Eleonor. Fue la primera noción clara que tuvo en la vida de que los árboles de acciones y reacciones ocultos en la naturaleza eran totalmente impersonales; que no había una solución que igualase a cero todo el dolor y la frustración de su pérdida. No existía una segunda oportunidad para abrir la puerta correcta y sortear de un brinco el foso de las estacas. La marea barrería para siempre las huellas de Eleonor de aquella playa, y ni siquiera las caracolas llenas de números tendrían memoria de que una vez las acarició con su piel.

Jan se hizo soldado para vengar la muerte de su prima, a cuyo funeral no asistió para no llevarse una última imagen suya metida en un ataúd. Él la conservó viva en su recuerdo, en ese lugar donde el tiempo no existe y la tristeza es sólo el reflejo deslucido de la felicidad. «Eleonog» volvió, con el tiempo, a corretear desnuda por la playa, recogiendo conchas, imprimiendo pasos de ballet en la arena y riéndose de lo efímero de la danza de las mareas.

Mientras tanto, Jan aprendió a luchar, a sobrevivir, a odiar a un enemigo que parecía destinado a destruir todo lo que tuviera que ver con el corazón de los hombres. Siguió un nuevo sueño.

Un día, dando de comer a unas palomas, identificó una relación entre el aleteo de las rosas que habían caído sobre la tumba de Eleonor y la musical melée de los pájaros que batallaban por el maíz. «¡Claro! ¡Cómo no lo vi antes!», y, por otra parte, «¿dónde está la sal?»

Todas aquellas lecciones, la pena, la rabia y los viajes que emprendió después de retirarse la marea, contribuyeron a acercarlo aún más a la Anomalía.

* * *

Los cruceros de combate penetraron en el sistema veintiocho horas después de la llegada de Jan. Precedidos por brillantes paralelogramos de luz, dragas de la energía del vacío, anclaron alrededor de la estación. A bordo de chalupas de desembarco, los oficiales encargados de custodiar a su peculiar invitado arribaron sin más ceremonial que un intercambio de saludos entre los máximos dirigentes de ambos grupos, la doctora Valeris y el almirante Rodel.

—Es un placer conocerla al fin —dijo éste con un vigoroso apretón de manos—. No lo recordará, pero yo comandaba los convoyes de suministros en ruta hacia la colonia que usted dirigía hace siete años. Tuvimos algunas discusiones sobre la pureza del material pero creo que nunca nos vimos en persona.

—Se equivoca, coincidimos en una ocasión —sonrió Valeris. Le encantaba dominar la información (concentrándose sobre todo en los pequeños detalles) gracias a su prodigiosa memoria, lo cual le confería cierta ventaja en la diplomacia. Y la ayudaba a coger desprevenido al contrario.

—¿Sí? —se sorprendió el almirante—. ¿Cuándo?

—Durante la ceremonia de nupcias masivas de los geonitas, el último año en que estuve al frente de la colonia. Usted llevaba a su hija de la mano. Y lucía, permítame decirlo, un vestido precioso. Con caparazones empáticos, si no recuerdo mal, brillando con los colores cálidos de la alegría.

—Oh. —El almirante pareció turbado. Era cierto que su primogénita se había casado con un geonita, pero ni siquiera él recordaba los detalles sobre el vestido de novia—. Es usted bastante observadora.

—Gracias. Si tiene la amabilidad de acompañarme, será un placer presentarle al capitán Delvian.

Valeris lo condujo por la estación, evitando a propósito algunos laboratorios.

—¿Son ciertos los informes sobre la estructura molecular de su cuerpo? —preguntó el almirante.

—Me temo que sí —respondió la doctora—. Jan habla nuestro mismo idioma, posee unos gustos culinarios similares y un nivel de educación avanzado, pero ahí

acaba su semejanza con nosotros.

—¿Con los panculturales?

—Con los humanos.

El almirante arqueó una ceja, justo cuando Valeris se detenía. El paseo había concluido. En uno de los camarotes protegidos contra riesgo biológico aguardaba su huésped, en actitud tranquila y sumisa.

Al verlos entrar, Jan adoptó una pose marcial. Saludó al almirante como merecía su rango, pero tras sus primeras palabras quedó claro que no reconocía aquella organización militar como propia.

—Señor Delvian, me llamo Daguerzel Rodel —dijo el almirante—. He venido a pedirle formalmente que nos acompañe hasta la Rejilla Pancultural. Hay muchas personas que están deseando hacerle preguntas de carácter técnico relacionadas con su armadura.

—Será un placer —aceptó Jan—. He sido informado de que aquí estoy en peligro.

—Si los urtianos se enteran de su llegada a este sistema, «peligro» es un sustantivo que se quedaría corto —aseguró Rodel—. He ofrecido nuestra ayuda a la doctora Valeris para evacuar la estación, pero...

—Algunos experimentos de vital importancia no pueden ser cancelados —resumió ella, sentándose. Los hombres la imitaron.

—De todas formas voy a destinar un crucero a este sector para prevenir cualquier ataque —decidió Rodel—, pero no garantizo su seguridad. En cuanto los experimentos concluyan, le ruego que se traslade a otro enclave más seguro, lejos de la frontera con el Bolzai. Nosotros los escoltaremos hasta que abandonen la zona de riesgo.

—¿Disponen ya del resultado de mis análisis? —preguntó Jan.

Los dos hombres miraron con sumo interés a la doctora.

Guardando el medido silencio que precede a las grandes revelaciones, ésta contestó:

—Señor Delvian, me temo que en torno a usted está ocurriendo algo insólito. Su estructura atómica no concuerda con ningún patrón conocido en los seres vivos que habitan la Variedad. Ni siquiera tiene semejanzas con las proteínas fractales de los urtianos. Aunque me da reparo admitir nuestra ignorancia, es algo nunca visto hasta la fecha. Ni por nosotros ni por nadie —matizó.

El soldado reprimió un escalofrío.

—¿Qué quiere decir? ¿Que soy diferente a ustedes?

—No... en realidad es algo que va mucho más allá de eso. Es diferente a este universo. Hay algo en su estructura molecular que, sencillamente, no puede funcionar; un detalle que viola todas las leyes que rigen nuestra realidad, pero que por algún prodigio que soy incapaz de explicar, funciona. Usted habla, piensa, respira... y

ni siquiera debería existir.

Jan apretó los labios. El almirante Rodel no cesaba de mirarlo, con creciente recelo.

—¿Y qué... qué puedo hacer?

—¿Hacer? —Esa opción se le antojó divertida a Valeris, por lo extravagante—. Pues para empezar, podemos ir enunciando lo que sabemos. Ese lugar de donde dice que proviene... ese Imperio del que nunca hemos oído hablar, donde no existen especies sofontes diferentes a la humana, se encuentra al otro lado de la Anomalía, Por supuesto, la apreciación del fenómeno está limitada por nuestra habilidad para percibir once dimensiones espaciales como cuatro, pero las cognitivas están trabajando a pleno rendimiento para ofrecernos un diagnóstico. No me arriesgaría a seguir describiendo ese «ahí fuera» del que usted proviene sin poseer más datos.

—¿Insinúa que el señor Delvian pertenece a otro lugar de este universo? —inquirió Rodel—. ¿Otro sistema más allá del Bolzai?

—Es más que eso, almirante. Estoy insinuando que puede provenir de *otro* universo —afirmó la doctora—. Un cosmos parecido al nuestro pero con distintas reglas. Dígame, señor Delvian, ¿sucedió algo extremadamente inusual en su mundo de origen antes de que usted desapareciera? ¿Hubo algún acontecimiento cosmológico de drástica importancia?

Jan asintió, muy serio.

—Hubo... algo. —Hablaban en susurros, sin apenas dar crédito a sus propias palabras—. Aunque me cueste comprenderlo... supondré que realmente no saben de lo que les hablo, así que empezaré por el principio. Por el verdadero principio.

La doctora y el militar se acomodaron en las sillas, dispuestos a analizar en detalle el relato de su huésped, aunque ya imaginaban que no estarían en absoluto preparados para lo que iban a escuchar.

Mel

La pesadilla regresó. El rinoceronte estaba sentado frente a él, en una silla de mimbre, leyendo un periódico. Fumaba mentolados.

—Esto te pasa por no hacerme caso, Mel.

—Que... te... jodan —logró escupir Mel. Yacía en un suelo metálico y frío, rodeado por paredes de rotunda verticalidad. Noventa grados, ni uno más ni uno menos.

—Tch, tch. Respuesta equivocada, jovencito. —El cuerno de pelo del animal osciló, a punto de desprenderse, como si en realidad no estuviese pegado a su nariz sino en equilibrio sobre ella—. La que va a estar bien fastidiada a partir de ahora es

Gill. O Agnes, o como te apetezca llamarla. La han arrancado por la fuerza de tu cabeza, tío.

—¿Me la han... extirpado?

—Y no sin cierto grado de dolor, debo añadir. Sobre todo para ella.

—¿Quiénes?

—Ellos, por supuesto. Los que han construido la caja de muñecas.

Mel sacudió la cabeza, renegando de esa interpretación de la realidad. Su cerebro llevaba horas tratando de establecer una pauta, de la que quizá pudiera deducir un porqué. La idea de la caja de muñecas lo horrorizaba. No podía descartarla, por supuesto, al menos no sin pruebas; desde ahí azuzaba su sentido del pánico.

—Mientes... esto no es una caja.

—Me has pillado. Es una regadera. Una hermosa regadera que flota en el espacio.

—Sí, es una... ¡No, basta ya de sueños! ¡Gill, ¿dónde estás?!

—Te lo he dicho, te la han extirpado. No tendrás que cargar con ella nunca más. ¿No era eso lo que querías, machote?

Mel trató de levantarse. Se sentía como si se hubiesen practicado en él todos y cada uno de los experimentos posibles en un simio.

—Lo que más quiero en este instante... es encontrar a mi novia. Es lo único... que me importa ya.

—Ah, sí. —El animal se aplastó el cuerno haciendo un sonido de chapoteo, como quien mete las manos de golpe en una natilla. Cómo pude olvidarlo. ¡Tu novia! Por cierto, ¿qué novia?

—Agnes...

—¡Agnes está muerta! Desapareció del puente durante cincuenta larguísimos segundos. ¿Sabes cuánto puede extenderse tal cantidad de tiempo cuando viajas al límite de la velocidad de la luz?

—¡No está muerta! Ella volvió. Regresó del otro lado.

—No, querido payaso —le corrigió el animal con una sonrisa borracha de dientes—. Ella os *arrastró* al otro lado para que la trajerais de vuelta. Durante casi un minuto de pesadilla en el cual estuvisteis al otro lado de la barrera, todos y cada uno de vosotros, los tripulantes del *Lazirian*. Pregúntaselo tú mismo, si no me crees.

Una columna de luz dirigida, como un foco, iluminó una esquina de la caja. Mostraba a una niña de trece años que lucía una frondosa melena con tirabuzones. Agnes, la Agnes infantil que él conoció a través de las fotos que ella le había mostrado, permanecía sentada bajo aquel montón de cabello haciendo pucheros.

—Hola —saludó, risueña—. ¿Jugamos al escondite?

—¡Agnes! —gritó Mel.

—Hola —repitió la niña—. ¿Jugamos al escondite? Te explicaré las reglas.

—¿Qué reglas?

—Son muy fáciles, tonto. ¿Nunca jugaste de pequeño? Tienes que buscarme y encontrarme, pero nunca me acorrales.

—¿Por qué?

—Porque no puedes saberlo todo de mí. O sabes dónde estoy, o sabes cómo estoy, pero no ambas cosas a la vez. A las señoritas hay que respetarlas.

Mel se arrastró hacia ella. La niña se acurrucó contra la esquina, como si tuviera miedo de su proximidad.

—Te he buscado por todas partes, mi amor —sollozó Mel—. ¿Dónde estabas? ¿Por qué has estado muerta tanto tiempo?

—No te acerques tanto —suplicó Agnes, aterrorizada. Buscó con los ojos alguna vía de escape, algún modo de esquivar su abrazo, pero las paredes caían sobre ella, inmisericordes—. ¡Las reglas del juego no son así! Deja de mirarme, por favor...

—Ven conmigo, te lo suplico. Al fin te he encontrado. ¡Gill!

—Te lo he dicho: Gill ya no está aquí —resopló el rinoceronte—. Y si sigues presionando a tu amorcito, ella también se esfumará, ¡puf! —Separó de golpe las pezuñas—. Como una pompa de jabón.

—¡No te acerques más! —gritaba la niña, pero Mel estaba obcecado con abrazarla. Las reglas que Agnes había inventado para aquel estúpido juego reverberaron en su cabeza: «O sabes dónde estoy, o sabes cómo estoy. Pero no ambas cosas a la vez.»

Extendió la mano para tocar a la niña.

Ésta se volatilizó.

Mel chilló de dolor y se volvió con furia, encarándose con el rinoceronte.

—¿¡Qué le has hecho!? ¡Devuélvemela, *ahora!*

—Te lo advertí. Has conseguido que llorara. Esto mismo fue lo que ocurrió a bordo del *Lazirian*, imbécil —dijo el *deus ex mens*, sacudiendo la pavesa del cigarrillo—. ¿Nunca te lo contó Gill?

—¡No!

—Recuerda las últimas palabras de tu capitán: «Herido iba el venado...»

—Herido iba el venado... —recordó Mel—. Sí. Herido iba... Eso fue lo que dijo el capitán Valasnian cuando vio marcharse a Agnes.

—No, Mel, cuando vio marcharse a Agnes, no. Cuando vio marcharse al universo. Qué estúpido —rezongó—. Dejarte controlar como una marioneta por esa zorra durante años... Ella estuvo allí y lo vio todo. El *Lazirian* se aproximó demasiado al límite de la Variedad. Viajaba a una profundidad en el interior de las nebulosas del Bolzai a la que ninguna otra nave ha llegado jamás. Encontró la Gran Barrera y surcó la superficie como un frágil velero de papel.

—¿Qué barrera? El Mar de Bolzai es espacio vacío...

—Ésa es vuestra forma de apreciarlo, payaso. Los seres humanos no pueden

soportar los rigores de semejante viaje, así que el piadoso sistema de seguridad de vuestros cerebros os sumergió de inmediato en un coma. Pero Gill no dispone de tales aparejos. —Sacudió la cola—. Tuvo que permanecer despierta, vislumbrando maravillas que ningún ente cuerdo soportaría sin sacrificar el andamiaje que hasta ese momento soportaba su percepción de la realidad.

»Gill vio más de lo que pudo soportar, Mel. Más de lo que ningún sofonte ha percibido nunca, y eso la cambió. ¡Estuvo *allí* cuando el *Lazirian* descubrió la verdad, cuando se topó con el gran secreto que desde hace millones de años ha logrado permanecer oculto a los habitantes de esta isla de soles! Y, sencillamente, fue demasiado para ella, un pobre ente psicométrico de segunda categoría enfrentado de golpe a la cruda realidad del universo.

—Pero ¿qué ocurrió con Agnes?

—Razónalo con esa inteligencia emocional tan famosa que tienes —se burló el rinoceronte. De un par de zancadas, abandonó el sofá y aproximó la nariz al rostro de Mel—. Enuncia las reglas del juego, aplícalas a gran escala y lo entenderás.

—El juego... del escondite.

—Una nave minúscula llena de partículas sofontes navegando tan cerca del confín del universo que casi puede fundirse con él. Su cognoscitiva estaba ardiendo en código M. Os obstinasteis en mirar allá donde los simples mortales tienen prohibido buscar respuestas, en escalar la montaña tras la llave del libre albedrío.

»No es de extrañar que una de las partículas sofontes pasara al otro lado, diría que por mera casualidad. Acorralaste a Agnes contra la barrera y la miraste, averiguando su estado. Sus sensaciones. Necesitabas comprobar que se sentía bien, porque la amabas.

Una luz explotó en el agotado cerebro de Mel: vio a sus compañeros en el puente de la bordeadora lumínica, observando con una mezcla de terror absoluto y fascinación científica el paisaje que se extendía tras el casco de la nave. Aún estaban lejos de admitir que aquello fuera cierto, que la estructura del universo estuviese constituida de esa absurda manera, pero los instrumentos confirmaban la evidencia. El fenómeno estaba allí, rodeándolos. Y ellos eran los primeros humanos de la Historia en descubrirlo.

Al fondo del recuerdo estaba Agnes, sentada ante la consola como observadora neutral, parte de su cometido consistía en encargarse de la exploración del fenómeno. Así que, cabalgando un nuevo cuerpo de metal, salió al exterior; totalmente desprotegida fuera de los márgenes de seguridad de la nave, para experimentar en primera persona lo imposible.

Era un buen plan. Sólo que no funcionó como esperaban.

—Sí, payaso —dijo el rinoceronte—. Estabas allí cuando la sonda tripulada por la conciencia de Agnes se aproximó al horizonte de sucesos de la Variedad. Una vez

alcanzado, ella hizo lo que todo ser sapiente haría en su lugar.

—¿Qué?

—Profanarlo.

Mel se golpeó la sien. Sí... Agnes tocó la Barrera. Y desapareció. El universo entero pareció venirse abajo durante un crucial segundo: la realidad se convulsionó como si un pececillo hubiese roto por error la burbuja que contenía el océano.

Agnes ya no estaba. Cuando volvió a aparecer, tumbada en mitad del puente de mando, el *Lazirian* había caído presa de las convulsiones del espacio tiempo. Fue engullido por un huracán de fuerzas masivamente inerciales que emergían del propio vacío. Una cometa sacudida por la tempestad.

Agnes atravesó la Gran Barrera arrastrada por un efecto túnel, y regresó para contarlo.

—Pero ¿dónde está? —protestó Mel, furioso—. ¿Y qué era aquel maldito artefacto brillante que vi en su piso?

El rinoceronte, con mucho cuidado, le clavó el cuerno en el estómago, hundiéndolo hasta que la sangre lo bañó por completo.

—El artefacto no existe, payaso. Era una proyección que Agnes creó para obligarte a regresar a la nave. También la proyectó en la bodega del *Lazirian* para que la vieran los carroñeros que la encontraron a la deriva, y la trasladasen río abajo, hasta ti. —Retorció el cuerno, enredándolo amorosamente en sus vísceras, en su hígado, en sus intestinos—. El juego del escondite obligó a la partícula Agnes a viajar al otro lado cuando fue acorralada, pero a cambio trajo una partícula exótica a esta parte. Esa nueva partícula se alojó dentro de la única conciencia que permaneció despierta durante todo el proceso: Gill.

—¿Y... cuando... se marchó? —preguntó Mel, tratando de remeter los intestinos en su vientre.

—Nunca se marchó, Mel. Aquel sofote que vino del universo superior nunca volvió a casa.

Jan

—Hace aproximadamente un milenio tuvo lugar una guerra —relató el soldado—. Es un poco difícil de explicar, pero... el sistema de gobierno de nuestros antepasados se basaba en una oligarquía regida por un ente psíquico, un Emperador Gestáltico, formado por la comunión de cuatro mentes sumamente poderosas. Durante generaciones funcionó bien, aunque una vez por siglo había que sustituir a los componentes orgánicos del ente, ya que morían de senectud. Eran simples humanos que cimentaban con sus cuerpos la conciencia divina del Emperador.

»Pero algo fue mal en la última convolución, el proceso por el cual el nuevo monarca sustituía al antiguo. Los libros de Historia dicen que fue culpa de uno de sus integrantes, que logró pervertir con su chispa de locura la conciencia naciente... pero hay muchas teorías y pocas pruebas de lo que en realidad sucedió. Desconozco más detalles aparte de los meramente documentales.

»Al parecer, la génesis del último Emperador produjo la aparición de un monstruo, una aberración psíquica de increíble poder que estuvo a punto de aniquilar todo rastro de vida en la galaxia. En el último momento, cuando esa entidad estaba a punto de consolidarse, una alianza con unos seres conocidos como Ids, más el concurso de los descendientes de la humanidad en un futuro lejano, provocó la muerte del monstruo.

—¿Ids? ¿Descendientes de la humanidad? —El almirante Rodel torció el gesto—. Su relato está lleno de conceptos difíciles de asimilar, señor Delvian. Ninguna de las especies que habitan la Variedad ha logrado desarrollar poderes como éstos, y usted nos dice que toda su civilización se basaba en ellos.

—Hace bien en decir «se basaba» —matizó Jan—, porque tras la muerte del último Emperador esas facultades desaparecieron del acervo genético de la especie. Los Ids, unos entes misteriosos que ejercían de puente entre los humanos y el potencial PSI, se desvanecieron. Vinieron siglos de oscurantismo, de desplome económico y guerras entre planetas. Aun en mi época, todavía hay mundos que siguen perdidos, sin que sepamos si los habitantes de aquellas lejanas colonias continúan o no con vida.

—Pero usted menciona conceptos tecnológicos que también existen en nuestro universo. Si realmente proviene de otra realidad, ¿cómo lo explica?

—¿Y cómo es que coincide el idioma? —Jan se encogió de hombros—. ¿O que ambos seamos seres humanos, simios bípedos avanzados, con simetría lateral y sin pelaje? No tengo la menor idea, almirante. Sólo sé que existen coincidencias que van más allá de lo admisible entre su universo y el mío... aunque la variedad de las especies no tenga parangón.

—Un momento, no nos perdamos —sugirió la doctora—. Vamos a ordenar ideas. ¿Qué estaba haciendo exactamente ese... ente psíquico de gran poder, ese Emperador Gestáltico, cuando lo mataron?

—Nunca lo supimos. O no se hizo público. Recuerde que no soy un experto.

—Lo sé, lo sé, pero le ruego que se esfuerce por recordar los detalles. —La doctora se inclinó hacia él—. Denos más datos. Cualquier cosa, por nimia que le parezca, puede resultar fundamental. Incluso las que crea que son mentira.

Jan guardó silencio. Luego levantó un dedo, como apuntando a un dato fugaz.

—Espere... sí... hubo algo que no consiguieron explicar los analistas de la época.

—¿El qué?

—La manifestación física de aquel ente. Era una especie de haz de energía negativa con conciencia propia. Lo llamaban La Sombra.

—¿Un haz de energía negativa? —se asombró Valeris—. ¿Cómo la que resulta de los experimentos con antirrelés?

—No sé lo que es un antirrelé, pero... en los cuentos para niños de mi época se representaba con la forma de una bruma impenetrablemente oscura que poseía cuatro aspectos simultáneos de realidad. Lo llamaban «tetrapecto».

—¡Tetrapecto! —Valeris abrió mucho los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó el almirante, algo perdido.

La doctora lo ignoró:

—Siga, por favor, señor Delvian. ¿Qué eran aquellos tetrapectos? ¿A qué se parecían?

—Pues eran eso... entes de energía con cuatro estados posibles. Había que destruir los cuatro si se quería acabar con aquellas malditas cosas, o se regeneraban en un período de tiempo muy corto. Era como si... si tales monstruos fuesen cuatro versiones de uno solo, todas coexistiendo a la vez.

Valeris se puso en pie lentamente. Los hombres la miraron.

—Cuatro versiones de una misma cosa... —susurró.

—¿Ocurre algo, doctora? —preguntó Rodel.

Valeris pensaba con una intensidad que dibujaba arrugas bajo sus ojos.

—Almirante —dijo de pronto—, ha sido un verdadero placer. Si necesita algo más de mí, ya sabe dónde encontrarme. Asuntos de extrema urgencia requieren ahora mi atención.

—¿Se va? ¿Sucede algo malo?

—No, sólo que... he recordado algo que leí hace muchos años. Investigaré un poco y lo mantendré informado, se lo prometo.

Tras disculparse, la doctora abandonó la sala. Parecía atrapada por una idea insólita, casi peligrosa.

El almirante se estiró la guerrera y llamó a los hombres que conformaban la escolta. Estos lo saludaron con un movimiento del brazo tan tieso que parecía mecánico.

—Bien, continuaremos hablando durante el viaje —concluyó, acompañando a Jan fuera del laboratorio—. Queda un largo camino por delante hasta la Rejilla Pancultural. Mis hombres le mostrarán el camarote que le hemos asignado en el crucero.

El militar abandonó la sala con la misma premura que Valeris, sin advertir que estaba cometiendo la misma falta de tacto hacia Jan. Éste sacudió la cabeza, cansado, y se preguntó cuándo volvería a ver a su esposa, aquella mujer que a veces le hacía enfadar con su exceso de pragmatismo. Ella habría agradecido en voz alta que Rodel

utilizara la palabra «camarote» en lugar de «celda», con todo lo que ello implicaba. Era lista.

Cómo la echaba de menos. Casi tanto como a Eleonor.

Charlemagne

El ruido era el elemento más aberrante del entorno. Aquel articular de engranajes que sonaba a código M friccionando contra código M; a calor residual en forma de órdenes psicóticas de software.

Y el olor.

El aire había sido reciclado para él. Tal vez manufacturado a partir de átomos libres en una proporción equivocada. Sabía a metal, y a secretos que llevaran siglos enterrados.

El psiquiatra se aproximó a la pared transparente de su cubículo. La tenue luz le permitía divisar el acantilado que caía a pico durante casi un kilómetro, justo por detrás. ¿O era un efecto óptico? ¿Realmente la nave de los urtianos era tan enorme?

Inició una letanía mental contra la ansiedad, tratando de hacerla manejable.

Lejos, muy lejos, en los salones de control, una mente alienígena seguramente daba órdenes al acorazado para que se moviese, alejándose del planeta donde los habían secuestrado. Protegidos por sus impenetrables campos de fuerza, pronto entrarían en los túneles R con destino... ¿adónde?

En otra habitación, tres pisos por debajo, divisó a Mel. Yacía en posición fetal. Tal vez ya lo hubiesen matado, o su pobre cerebro no hubiese soportado lo que ocurría a su alrededor.

No. Estaba vivo. Simplemente se limitaba a esperar acontecimientos con una expresión de bovina placidez en el rostro. Se había rendido, no cabía duda.

Por un momento, Charlemagne temió que a él fuera a ocurrirle lo mismo.

Entonces lo notó. Una presencia, cerca de su oído interno. Dentro de su cabeza.

—¿Qu... quién eres? —preguntó en cuanto pudo dominar el miedo. La letanía se había desintegrado en fragmentos inútiles.

Mira a tu derecha.

La sorpresa fue mayúscula cuando vio al otro hombre. Vestía un jubón de cuero, una falda de satén blanco con lazos de muselina, y una capa de cogulla sostenida con un pasador de plata. Parecía un monje de la Antigüedad, interrumpido a mitad de sus abluciones.

—Le saludo, Charlemagne —dijo Samuel Verle.

—¿Quién es usted? ¿Y qué hace en...?

—¿... En el interior de una nave de guerra Ur? Prefiero ahorrarle el esfuerzo de

acoger con torpe petulancia mis explicaciones —sonrió, y luego añadió—: Como hace con sus pacientes antes de matarlos. O de coleccionarlos, como lo llama usted.

—¿Qué van a hacer conmigo? —El psiquiatra tragó saliva. Ni siquiera se molestó en preguntar cómo sabían ellos lo de su «afición»—. ¿Van... a matarme?

—No.

La respuesta era concisa y sincera, brillante como un lingote de oro. Char suspiró.

—Gracias a los dioses.

—No por el momento, al menos —precisó Verk con saña. Se aproximó a la pared y observó al distante Mel, en la otra jaula—. Y pensar en todos los esfuerzos que podríamos habernos ahorrado si hubiéramos encontrado antes a ese hombre...

—No lo entiendo...

—Conversar con usted es agradable, Charlemagne. En realidad, lo sería con cualquier humano. Con ustedes puedo compartir un contexto lo bastante amplio como para que funcionen los sobreentendidos, cosa que no sucede con mis amos. A ellos tengo que explicárselo todo, en cualquier circunstancia.

Char tembló al oír esa palabra: amos.

—¿Por qué nos han secuestrado?

—Un insecto despreciable como usted no podrá notar la grandiosidad de los hechos que están sucediendo a su alrededor, Char, pero tiene suerte. La Noótica, en un acto de caridad sin precedentes, ha decidido que algunos de sus... llamémoslos así, «rasgos de personalidad», pueden resultarle útiles.

—¿La Noótica? ¿Qué es eso?

—Un concepto relacionado con el modo en que funciona la civilización Ur. Temo que no hay palabras en este idioma para describirlo, pero es algo tan vasto que contiene multitudes.

»La Noótica llevaba siglos buscando el elemento necesario para entender la raíz del problema, pero hasta que no apareció ese hombre, Mel Pankratis, no vislumbró la solución. Las cosas han cambiado con más velocidad en los últimos días que en casi trescientos años.

—¿De qué problema habla? ¿Qué le está pasando a la Variedad?

Verk cruzó las manos a la espalda. Estuvo a punto de contestar a la pregunta de Charlemagne, pero prefirió seguir con su propia línea de pensamiento.

—Cada orden sapiente de esta isla de soles posee sus propios enemigos naturales. Se enfrentan unos con otros en absurdas disputas motivadas por cuestiones económicas o religiosas. Evolucionan sin cortapisas durante millones de años, sólo para darse de bruces contra callejones culturales sin salida.

»Sólo los urtianos han sabido encontrar un objetivo último hacia el cual dirigir los esfuerzos integrados de su civilización. Eso les dota de una coherencia, de una unidad a nivel de especie, que ya querrían para sí el resto de los sofotes de menor categoría.

—Pero... los urtianos son enemigos de las demás especies sabientes —protestó Charlemagne—. Siempre lo han sido. Incluso los aerobios más avanzados han fracasado en sus intentos de establecer pactos de desarrollo económico con ellos.

—¿Ahora hablan de ustedes mismos en tercera persona? Qué giro tan dramático. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Los urtianos también han colaborado con las demás razas cuando les ha convenido, de ahí la importancia de sus Paraninfos de Armonía. Pero no siempre sienten esa necesidad, esa pulsión gregaria de integrarse en un todo lo que les queda muy pequeño.

Verk se acercó a otra pared. Una puerta apareció en el centro como por arte de magia, seguida por un pasillo que conducía a las ignotas profundidades del acorazado.

—Nuestra charla ha acabado. Debo ocuparme de otras obligaciones.

—¡Espere! —rogó el psiquiatra—. ¡No me deje solo en este lugar!

Ese grito angustiado le confirmó al propio Charlemagne que estaba siendo arrastrado a un inenarrable juego psicológico. El vigilante y el prisionero, el poderoso y el sometido. Algo tan antiguo como la vida misma. Él había disfrutado en innumerables ocasiones de ese mismo juego en su consulta, sentando a sus pacientes en el sillón (fuera a coleccionarlos o no) y jugando con ellos, con su pasado, presente y probable futuro, con la irresponsable potestad de un dios. En la gran mayoría de ellos había oído, camuflada en sus voces racionales, el tañido del vacío.

La mayoría ya no eran personas, en el sentido cuerdo de la palabra, sino arcos reflejos al otro lado de una mesa. Ahora, mirando a su alrededor y contemplando la jaula de alta tecnología en la que lo habían metido como a un ratón, Charlemagne se dio cuenta de una verdad fundamental, algo que sus pacientes ya sabían, incluso antes de llamar a la puerta de su consulta: a veces, volverte loco constituye una respuesta más que acorde a las exigencias de la realidad.

Charlemagne se había sentido en numerosas ocasiones al borde de ese abismo, caminando por la misma cuerda floja de la que ahora colgaba Mel. Él, por supuesto, estaba completamente cuerdo, pero ése era uno de los síntomas más característicos de la locura. Sentir que todo iba bien, que la interpretación desquiciada que él daba del mundo era la correcta, y que los otros (u Otros, según lo ominoso del término o a quién lo refiriera) eran los equivocados. Con el fin de ganar la tan ansiada objetividad, Charlemagne obligó a los ojos de su mente a ver aquella situación desde fuera y la convirtió en un relato en tercera persona, protagonizado por él mismo.

El psiquiatra de pelo ensortijado entra en la jaula de los urtianos, mira a su alrededor y encuentra a su carcelero. Éste le promete la iniquidad como premio a sus esfuerzos por sobrevivir. Char echa de menos, como un esquizo cualquiera, una presencia relajante (tipo Gill) en su cerebro.

En ese momento se dio cuenta de una cosa: cuando Mel entró en su consulta, las

palabras que dijo fueron, textualmente: «Gill ya ha comenzado a funcionar mal .» No «Gill se ha desatado y está volviéndose loca», ni «¿sabes?, Gill está estropeada». Dijo: «ya ha comenzado». Como si lo esperase. Como si fuera algo inevitable que Mel llevaba esperando desde hacía años, una profecía de cuyo cumplimiento no podía esconderse. La narración en tercera persona de su cabeza incorporó este fatalismo al sueño de la razón:

Charlemagne ya ha caído presa del destino, y no puede escapar. Está jodido.

Ahora desplegaría una elaboración lapidaria de su propia locura, la que vaciaría su cuerpo hasta convertirlo en una caseta de pájaros abandonada, un cadáver deshabitado. Maldita sea, dentro de poco puede que incluso viera rinocerontes.

—A partir de ahora nunca más estará solo, Charlemagne —dijo Verk, dándose cuenta de que el psiquiatra había comenzado a desaparecer—. Puede contar con ello.

—¿Qué ha sido de los demás?

—Si se refiere a los soldados y a los habitantes de la laguna... Bueno, en tiempo de guerra podrían considerarse bajas razonables. Como ese marsupial tan encantador.

Verk desapareció tan silenciosamente como había llegado. La puerta seguía abierta, por lo que Charlemagne dedujo que se trataba de una invitación. Por qué los poderes secretos jugaban al secretismo cómplice con él, era algo que Charlemagne no sabía. Puede que aquel guardián humano también estuviese jugándose su propia cordura allí dentro, o que la experiencia impedía una teoría más elegante. Ése era, precisamente, el problema de fondo de la realidad: que la teoría más simple para explicar un determinado conjunto de datos no solía ser la correcta. La maldita Creación prefería el barroquismo.

Y Char estaba comenzando a sospechar que no era por un afán de detallismo, sino por un simple y vergonzoso complejo de inferioridad.

Resignándose, Char (que ya estaba hueco), el protagonista de aquel cuento sin asomo de cordura, echó a andar por el pasillo, a sabiendas de que al final bien podía estarle esperando un rinoceronte.

Capítulo 10

Informe horario n.º 6557266 / P 114

Cripto:

3 (se han descartado 86 subrutinas codificadas).

Asunto:

Potente presencia Ur en la Frontera.

Extensión:

3001 Lymes; 0,743 segundos de anchura de canal (subvencionado por el Ministerio de Comunicación y Relaciones Panculturales de Ciudad de Cruces).

Adjunto:

Audio y video.

Remite:

Zonógrafo elandi ARCHEOPTYX (*grupo de intereses ScJ*), ampliando la señal de algún enclave del sistema Panal. Su autenticidad ha sido confirmada por los analistas.

Texto:

[Senda idiomática: capellán seis à graamil interlac (*bajo cifrado*) à estándar de la Rejilla.] (Rogamos incluir la clave zonal apra para limpiar de errores los grupos ping de respuesta en las repeticiones de este mensaje.)

Si estáis teniendo dificultades en recibir esta comunicación, sabréis que los urtianos han invadido los sectores M£30 al F£92 colindantes a la Alianza del Éxodom. Sus monstruosas naves de guerra han empezado a ocupar los planetas deshabitados próximos al Bolzai, instalando puestos avanzados y redes de suministros.

La cuestión subyacente es qué secuelas tendrán a nivel político estas maniobras. Barajando tendencias a largo plazo, los movimientos de los urtianos solían ser agresivos sólo a pequeña escala. ¿Es esto una declaración de guerra contra los Quince, una expansión unilateral de dominios?

El Consejo de Seguridad de la Rejilla se halla reunido en sesión de urgencia. Debido a nuestra cercanía a la zona del conflicto, la dudosa viabilidad de futuras transmisiones nos obliga a radiar este mensaje a todos los grupos de interés aerobio, sin distinción. Debemos unirnos para afrontar este problema. Todo puede resultar útil: medios técnicos, naves de guerra, líneas de código, espacio de conciencia IA, tecnología espiritual...

Los no afines al tratado serán llamados a su debido tiempo para efectuar canjes equitativos con quienes posean recursos. Nadie debe quedarse al margen de esta crisis, pues la amenaza urtiana afecta a la totalidad de las especies de la Variedad.

Lo que necesitamos saber con más urgencia —y rogamos a cualquiera que posea información que la comparta— es lo siguiente: ¿qué pretenden los urtianos al concentrar fuerzas masivas en el Bolzai? ¿Por qué gastan una cantidad enorme de recursos en acordonar una zona de varios pársecs cúbicos de vacío, sin interés estratégico ni económico...?

¿... O sí lo tiene, y ningún otro gobierno o jerarquía de la Variedad se ha dado cuenta todavía?

—La cirugía de memoria estocástica lleva tiempo. Trata de seguir el ritmo.

Semra cotejó los datos de los últimos informes en su Halo. La imagen logró formarse con la suficiente resolución como para darle una idea bastante clara del problema.

—No se trata de ningún tipo de astronave conocida. Lleva ahí fuera un tiempo —observó Runí desde el puente de mando, un kilómetro por encima de él.

—¿Cuánto?

—Yo diría que unos ocho mil años estándar. No se parece en absoluto a una nave-A. ¿Qué hacemos?

—Lánzame una predicción sombra.

Semra cerró ojos y esperó a que la cognoscitiva barajase cuantos en su cabeza. Trabajando en un entorno dominado por abanicos intelectuales de Krell, el intercambio de información permitía reducir el tiempo de procesamiento de las instrucciones hasta casi rozar el cero miliKelvin.

Sí, allí estaba. Vio el objeto, girando en lentas espirales. Los sentidos lo engañaban: en realidad no era una nave, al menos no en rigor; más bien parecía una madeja de hebras recolectoras de energía con cierta arquitectura lógica. Y decididamente, no era aerobio.

—Podría tratarse de algún artefacto Ur —aventuró Runí.

—Ya lo había pensado, pero si es así debe llevar milenios abandonado. ¿Cuándo dices que ha salido del hipervínculo?

—Hará unas cuatro horas. Hasta entonces ha permanecido invisible a nuestros centinelas.

—Acerquémonos.

Runí hizo ese sonido de raspar la lengua contra el paladar que tanto lo enervaba.

—Oye, Semra, ¿crees que es prudente salir ahí fuera?

Semra suspiró. Estaba convencido de que los Planificadores habían elegido a su compañera para esta misión debido al talante precavido del que tan orgullosa estaba, para que sirviera de contrapeso a su perfil más propenso a la acción directa. Pero había veces en que tanta prudencia lo exasperaba.

—Aún no estoy seguro de lo que significa «ahí fuera». Si no tomamos la iniciativa, esa cosa podría pasarse otros ocho mil años rotando tranquilamente. No me apetece esperar tanto.

—Como quieras —accedió la piloto—. Pero envía primero una simulación espejismo.

Semra estuvo de acuerdo. Una cosa era dejarse llevar por el espíritu aventurero, y otra ser tan estúpido como para ir en persona. Simplemente pensó en el plan de acción que deseaba seguir, y éste se tradujo en instrucciones en la nube estocástica.

Las sondas abandonaron la nave-A, seguidas por espejismos en forma de delfines.

Alrededor del aparato Ur chisporroteaba un invisible tubo de flujo energético, un conductor bipolar que transportaba casi dos megaamperios de corriente en torno al ecuador de la nave. Esta energía era recogida por los colectores y almacenada en algún lugar de su oscuro vientre. Fuera lo que fuese aquello, se comportaba a todas luces como un gigantesco acumulador.

—¿Por qué ahora, Runí? —preguntó Semra, abstraído.

—¿Disculpa?

—Si tú fueses un aparato gigante alienígena, ¿por qué despertarías precisamente ahora?

Se la imaginó haciendo ese gesto gracioso con su naricilla en su propio tanque.

—Quién sabe. Puede que estuviera programada para hacerlo pasado un tiempo. O cuando se cumplieran ciertas condiciones en el exterior.

Semra compuso una mueca de disgusto. No lo intranquilizaba desconocer datos, ni tampoco navegar en la incertidumbre típica de las primeras fases del análisis científico. Lo que lo molestaba era que aquella cosa hubiese elegido el espacio privado de su familia, a apenas dos UAs de su planeta natal, Anthelia, para cumplir su misión.

Las sondas sobrevolaron la espinada superficie del leviatán. Alguien había grabado unos caracteres en el casco con un láser, en un idioma que Semra conocía.

—Confirmado —gruñó—. Es un aparato urtiano.

—¿Qué estará haciendo tan lejos de sus mundos?

—Repliega las sondas. Vamos a efectuar un análisis directo.

El Halo reconoció la orden como dirigida a él, no a la piloto. Semra proyectó su conciencia al puente de mando, encajando su cerebro entre los bloques de memoria 109725 y 603048 del ordenador.

—Esto no me gusta —dijo en binario.

—Espera, Ram. —Su compañera se intelectó junto a él, en el mismo bloque de memoria—. No hagas nada todavía. Recibo un aviso de prioridad desde Anthelia. Acaba de llegar un visitante.

—No tenemos tiempo para visitas. Eso de ahí fuera acaba de convertirse en una amenaza. Tenemos que...

—No, Ram, escucha. El mensaje proviene de la central: debemos bajar ahora mismo. El visitante posee información vital sobre el fenómeno.

—¿Y quién demonios es, si puede saberse? —se encrespó.

Cuando la imagen de Joviann Fust apareció en una fracción del área de trabajo de su mente, el piloto enmudeció. No tardó en concluir que realmente debía existir algo parecido al destino, a una fuerza caprichosa que controlaba el devenir del universo. Una fuerza capaz de cerrar los círculos vitales de los seres vivos, por más que éstos hubiesen rezado una y otra vez por no tener que enfrentarse a sus consecuencias.

El maldito Fust había vuelto a casa, tras tantos años.

El piloto se preparó para intelectarse a su propio cerebro, que descansaba plácidamente en el tanque.

Runí tenía razón. Aquello era más importante que todas las jodidas naves de la jodida flota urtiana que en ese momento pudieran materializarse sobre sus cabezas.

Zhinz

Miedo / Pavor / Palabra que no conocía pero que representaba un estado superior de ansiedad.

Estaba inmóvil. Atrapado en la gigantesca telaraña Ur. Su cuerpo expulsaba tantas mezclas metabólicas de auxilio que en cualquier momento podía colapsarse y morir envenenado. Ahogado químicamente en su propio miedo.

Zhinz respiraba gracias a un tubo que le perforaba la garganta, penetrando directamente en su tráquea. El aire que lo envolvía fluctuó, espeso como un jarabe. No, no era aire, era líquido. Lo habían sumergido en algo saturado de compuestos que estaban haciendo cosas raras con su cuerpo. Las heridas de la batalla contra las mantis se le habrían infectado, seguro, porque dolían como el infierno.

Con infinito alivio, descubrió que podía mover los brazos. Alzó las manos para delimitar palpando el espacio que lo cobijaba. Era un tubo, un recinto estrecho, lo justo para permitirle cambiar de posición si forzaba hasta el extremo del dolor las articulaciones.

Se movió como un contorsionista. Al fin pudo colocar las manos en torno a su cabeza. Asqueado, apartó la máscara que lo cegaba. Estuvo a punto de vomitar cuando advirtió que la máscara en sí era un ser vivo, una especie de trébol de mar cuyos órganos, rojizos y con una inequívoca función sexual, se le habían anclado a la piel de la cara.

Lo dejó flotando en el líquido y continuó examinando el tubo. Esa cañería que partía de su garganta y desaparecía por una toma en el cristal era lo que le permitía respirar. Vale. No debía romperlo o se ahogaría. Tenía que tranquilizarse, pensar con detenimiento y claridad en una vía de escape. Como habría hecho Jules. Ninguna prisión era completamente inexpugnable si no había sido específicamente preparada para él y para su biología de marsupial. En circunstancias normales, el terror lo habría dejado abotargado, pero tal vez la experiencia de descender el río a bordo del *Lazirian* lo hubiese cambiado.

En la parte superior del tubo había una esclusa. Trató de bucear hacia ella, pero unas cintas de plástico le mantenían sujetos los pies. Cualquier otra especie de los aerobios habría tenido dificultades para salir de allí.

Pero él no era un aerobio común.

Si aquello era una nave urtiana y los ancianos de su tribu no mentían, tenía que haber zonas presurizadas ricas en hidrógeno, el compuesto que se suponía que ellos respiraban cuando conservaban su forma orgánica. Zhinz se había hecho instalar pulmones adicionales para poder realizar incursiones en los mundos dominados por los humanos, pero podía prescindir de ellos si volvía a un entorno rico en hidrógeno, como el de su mundo natal.

Se preparó. Aquello iba a doler.

Inspiró todo lo que pudo por el tubo negro y desconectó los pulmones. A través del orificio practicado en su tráquea, introdujo los dedos y tocó las válvulas de la pleura bronquial. Eso le provocó arcadas, una tos que arrojó saliva y luego sangre y trozos de tejido alveolar. El líquido que lo rodeaba se empezó a teñir de un rojo grumoso.

Tardó cinco minutos en vomitar los pulmones, tiempo en que su organismo tuvo que absorber hidrógeno de la sangre. Cuando los tuvo en las manos —dos piezas aproximadamente cónicas de veinte centímetros de largo y esponjosas al tacto—, estiró lo que pudo los dedos hacia arriba, acercándolos a la esclusa. Los pulmones desechables no tardaron en vaciarse del gas, mezclado con soluciones altamente ácidas que servían para neutralizar ciertas bases, letales para los marsupiales.

Medio asfixiado, Zhinz invirtió el ángulo de sus rodillas, preparándolas para dar un potente impulso. Saltó hacia arriba, deshaciéndose de las ataduras que sujetaban sus tobillos. Usando ambas manos, estrelló los pulmones contra la esclusa, haciendo que los ácidos provocaran un cortocircuito en los cables. El ¡plom! sonó hueco y lejano en aquella sopa llena de coágulos de sangre.

El sistema automático de drenaje vació el tubo al instante, y Zhinz fue expulsado de la prisión arrastrado junto con el trébol de mar, por el sumidero.

El subsiguiente chillido de alegría no llegó a brotar de su garganta.

Valeris

—¿Identificación? —preguntó la cognoscitiva.

—Doctora Valeris Adyanti. Código de acceso CP278A307-Æ. Cifrado raquídeo normal. Ejecutar.

Introdujo su tarjeta en la ranura y esperó.

—Interfaz Alma en línea —informó la máquina—. Sistemas listos. ¿Qué desea saber?

—Llévame hasta la matriz de archivos de la Rejilla Pancultural. Solicito acceso de máxima prioridad a las bibliotecas ARN del fondo de emergencia.

El espacio virtual estalló frente a sus ojos, transportándola al instante a un mundo distinto, un universo de información donde casi cualquier misterio podía ser revelado con sólo formular las preguntas adecuadas. Cayó hasta las fraguas de código, donde las inteligencias que ejercían de dioses tuvieron la amabilidad de reconstruir sus sinapsis en microtiempo. Ya no estaba en la estación científica, aunque tampoco en los anillos de conexiones Alma, sino en un limbo intermedio donde los penitentes buscaban tesoros de información que los ayudaran a salir de algún apuro.

—Muéstreme las observaciones relativas al confín del universo realizadas durante las últimas doscientas horas —pidió—. Quiero ver sólo las de los observatorios de alcance lejano.

Y allí estaban. Pronósticos hechos por astrónomos en cuyo criterio ella confiaba sobre el desplome de galaxias situadas a cinco mil millones de años luz, el límite del universo observable. La luz del desastre estaba a punto de barrer los sistemas periféricos de la Variedad, y no tardaría en alcanzar el núcleo.

Los habitantes de los mundos interiores, sin embargo, no tendrían que esperar a que esa luz llegara hasta ellos para ver el fenómeno con sus propios ojos: en cuanto un observador civil lo supiera, lo sabrían todos. Las imágenes surcarían las redes de datos a una velocidad cegadora, inmensamente mayor que la de la luz. Mientras tanto, ésta proseguiría su camino por el espacio, visitando un sol tras otro, saltando con tranquilidad de un enclave habitado al siguiente, hasta que el fenómeno fuera visible con sólo mirar al cielo.

Entonces se desataría el caos. Absoluto. Incontenible. El mayor desastre que ni siquiera Valeris, con su portentosa mente puesta al servicio del análisis heurístico de datos, podía llegar a imaginar.

Actualizó los informes con los de otros observatorios no aerobios. Como temía, el fenómeno no abarcaba una región aislada del cielo, sino que se extendía en todas direcciones. Daba igual hacia dónde mirase, por doquier había signos de aquel desplome. Era como si la Variedad estuviera situada en el centro de una burbuja cuya periferia se quebrase a ojos vista.

Acongojada, la doctora siguió abriéndose paso entre los códigos, buceando como un escualo hambriento en las inmensas moles de bits sólidos. Por primera vez experimentó algo parecido al miedo, un temor casi cerval de seguir indagando en busca de respuestas, no fuera a llegar demasiado lejos y encontrar una prueba irrefutable de que no estaba loca. De que todo aquello no era una broma de mal gusto de los dioses a los que adoraban los Quince, hastiados como estaban en sus panteones. Jamás en toda una vida dedicada a la ciencia le había ocurrido algo semejante.

Abandonó por unos momentos la Rejilla y accedió a sus propios archivos. En concreto, a las lecturas tomadas por los aparatos de la estación sobre el grotesco

incidente con la *Eurídice*. Había un archivo de vídeo.

—Quiero saber exactamente qué ocurrió cuando el contenedor liberado por el balandro colisionó con la Anomalía —ordenó.

La memoria avanzó a saltos hasta el momento en que, volando a velocidad suicida entre los cañones, la nave de Lina huía del leviatán que la perseguía. La grabación mostró el instante crítico en que el contenedor abandonaba la bodega de la *Eurídice*. En apenas medio segundo, voló unos cien metros en caída libre y colisionó contra la Anomalía.

—¡Ahí! —Valeris congeló la imagen.

Una instantánea del caos: el blindaje rompiéndose, el calor expandiéndose, la energía lloviendo en forma de alas de mariposa...

... Y un agujero, una abertura en la realidad por la que penetraba el cuerpo de Jan. Una puerta a otro universo.

Valeris amplió la imagen. La luz también penetraba por aquel agujero. Luz de otras estrellas, de soles tan lejanos como para enfriar su combustión en la membrana que separa las realidades.

La cognoscitiva aumentó cien veces la imagen, la limpió de ruido y mostró dos detalles sorprendentes:

El primero, que un objeto masivo se hallaba al otro lado, detrás de Jan. Valeris había visto muchas naves de guerra en su vida como para reconocer una, aunque el diseño no se pareciera en nada a las usadas por las armadas de la Variedad. El navío —de dimensiones espectaculares, tan gigantesco que rivalizaba en tamaño con los mismísimos acorazados biocidas urtianos— se encontraba detrás y a su izquierda. Lo que veía era la popa, con la antorcha de fusión encendida y, aunque pareciera disparatado, proyectando calor directamente sobre el soldado.

La postura de Jan era igual de chocante. Mantenía con evidente esfuerzo un brazo inmerso en el *interior* del monstruo, de la mancha solar hecha de mercurio. Una expresión de agonía deformaba sus rasgos mientras los dedos rozaban una superficie esférica, tal vez alguna clase de corazón.

Y reflejado en este corazón había algo. Un rostro, pero no era el de Jan.

Valeris amplió todo lo que pudo la imagen, que se desenfocaba con cada orden de magnitud. Dos abanicos de arrugas se formaron en torno a sus ojos cuando los entrecerró para ver mejor aquello. Pidió a la cognoscitiva que hiciera lo posible por darle una imagen más nítida, aunque tuviese que inventar información y colocar píxeles donde no los había, en base a la estadística predictiva.

Y allí estaba.

Se trataba del rostro de una joven. Una humana de no más de quince años, con una larga melena rubicunda que partía de una frente amplia y egregia. Sus ojos verdes denotaban una infinita tristeza.

¿Qué hacía aquel rostro de niña derramado sobre el corazón del monstruo? ¿Por qué Jan trataba de tocarlo? ¿Cómo encajaba aquella chiquilla rubia y triste en aquel puzle que abarcaba varias realidades?

Demasiadas preguntas. Tendría que hablar con él de nuevo, pero el soldado debía encontrarse ya a medio camino de la Rejilla Pancultural. Ahora era asunto de los militares.

Maldijo entre dientes.

Se le ocurrió probar una cosa.

—Computadora, quiero ver los informes sobre las galaxias en desplome. Necesito saber a qué distancia exacta se encuentran de nosotros.

Era una tontería, claro. Lo había solicitado simplemente por capricho, para comprobar la velocidad relativa de sus...

Los datos bailaron ante sus ojos. Valeris dejó de respirar.

Se levantó del asiento, desconectando de golpe la interfaz Alma. Incluso puso unos metros entre la mesa y ella. Tras la breve desorientación clásica del retorno a su propio cerebro, la doctora experimentó unos segundos de absoluta angustia, de pavor sin límites; su mente estaba paralizada, anulada, incapaz de tomar ninguna decisión.

No. Se negaba a admitir lo que había visto. Aquellos datos tenían que estar equivocados. Pero habían sido tomados por diferentes observatorios, en lugares muy distantes de la Variedad, y por profesionales muy competentes. El sentido común sugería que eran correctos, y aun así...

Sudando, se conectó de nuevo. Esta vez consultó directamente con sus colegas en el puesto avanzado de Fentarry. A ellos tampoco se les había ocurrido realizar una medición tan sencilla como la que ella había propuesto; era de locos tan sólo planteárselo. De estudiantes de primer curso que aún no saben nada del cosmos y tienen la cabeza repleta de ideas descabelladas.

Los elandis casi se desmayaron cuando leyeron los datos. Valeris los tranquilizó y prometió seguir en contacto con ellos. Encriptó la información bajo el epígrafe de máxima seguridad y la reenvió a otros laboratorios. Realizó el proceso de manera automática, sin solicitar los permisos militares pertinentes. Aquello había dejado de ser un suceso simplemente inquietante: acababa de trascender a la categoría de desastre inminente, de paradoja científica inexplicable, y no había tiempo para formulismos.

Iba a solicitar un enlace de máxima prioridad con el almirante Rodel cuando oyó las alarmas. No provenían de la conexión Alma, sino de los altavoces colocados en las paredes de la sala.

Algo grave pasaba en la estación.

Capítulo 11

Informe horario n.º 6557303 / P 114

Cripto:

0

Asunto:

Sendas de transcendencia

Extensión:

952 Lymes; 0,018 segundos de anchura de canal (*subvencionado por el Ministerio de Comunicación y Relaciones Panculturales de Ciudad de Cruces*).

Adjunto:

Instantáneas con (*creemos*) exclusivo sentido artístico.

Remite:

Academia Urtari, cofradía de pensadores establecida en un hábitat de moralidad libre.

Texto:

[Senda idiomática: capellán tres à graamil interlac (*bajo cifrado*) à estándar de la Rejilla.]
Nuestro pequeño espacio compartido del cosmos es un crisol de culturas, un tapiz de jerarquías sofontes y alimenticias que llevan entretejiéndose desde la noche de los tiempos. Resulta imposible no encontrar influencias de unas civilizaciones en otras, incluso entre las que llevan eones enemistadas por motivos que pocos recuerdan. Los paleontólogos han logrado establecer cruces genéticos entre especies distantes que datan de los albores de la Variedad, de tiempos que aún no conocían el viaje estelar ni la comunicación instantánea. Hay palabras en vasloo con raíces en los dialectos keltas, herejías lem basadas en apostasías kodanitas, formas culinarias elandis evolucionadas de tradiciones caníbales iksaras.

Unión.

Innumerables especies siguen evolucionando en los recovecos de los mundos habitados, con el pausado ritmo de los relojes geológicos y escuchando la melodía de la plácida cadencia de las eras. Otras han preferido involucionar por motivos religiosos, abandonando los logros de sus culturas para dedicarse a la meditación pura y hablar con los dioses. Algunas se apoyan en la tecnología y otras en la meditación, unas en el viaje estelar y otras en el viaje interior, pero todas comparten una misma ansia, un anhelo primordial: sobrevivir. Permanecer. Seguir ahí cuando se apaguen todas las luces.

Oscuros tiempos sobrevienen. La Variedad está en peligro, puede que como nunca lo haya estado antes, y es obligación de las especies que ocupan los puestos de cabeza en la evolución sofonte proteger a las menos avanzadas, las que menos suerte o menos logros han tenido en sus complicadas historias.

Es su deber. Su legado. El precio a pagar por haber brotado en hábitats más benignos que les han permitido desarrollar primero sus capacidades intelectuales. Incluso en aquellas culturas donde la palabra «bondad» carece de traducción, existen otros conceptos que la suplen, algunos difíciles de entender para los no nativos, pero siempre coherentes con su lógica interna. Expresiones de esa voluntad de escapar del caos, de alcanzar el nivel organizativo que va aparejado a la inteligencia.

Creemos que los candidatos a la transcendencia seguirán las mismas leyes que rigen la evolución de las especies. Sólo los más aptos sobrevivirán, pero puede que el baremo usado para designarlos coja desprevenido a más de uno.

En esta hora aciaga, cuando dudamos de si habrá o no un mañana que nos cobije, tal

vez nos sorprenda la idea de que la trascendencia no se alcance mediante la fuerza, sino a través del muchísimo más complejo y exigente *amor*.
Ojalá alguien más, allá fuera, se dé cuenta.

Lina

—¡Nos atacan! —gritó alguien desde el puesto de control.

Lina no tuvo que esperar a que le confirmaran la noticia. El temblor que sacudió la estructura estuvo a punto de arrojarla contra una encimera. Se encontraba en el laboratorio de la doctora Valeris, esperando su regreso. Heith ya había partido a los mandos de la *Eurídice* para ocultarla en los planetas exteriores, y se había puesto en contacto con ella en varias ocasiones para comunicarle que todo iba bien. Por el momento. El Halo se mostraba dócil como un potrillo amaestrado, y siempre que no tuviera que darle órdenes complejas, la nave se pilotaría prácticamente sola.

Esa situación de tranquilidad distaba mucho de la que acababa de desatarse en la estación.

Valeris llegó corriendo por el pasillo. Lina la sostuvo para que no tropezara durante el siguiente sismo.

—¿Qué ocurre? —preguntó la capitana.

—¡Los urtianos! Un destructor acaba de materializarse a media UA de aquí. Debemos abandonar la estación.

—Maldita sea, ¿cuándo acabará esto? —se lamentó Lina—. Vamos —la agarró del brazo con firmeza—, la acompañaré hasta su transporte.

Corrieron por los pasillos hacia la cubierta de evacuación. Atravesaron un anillo de inversión de gravedad y sus pies pisaron el techo, en lo que era el suelo del hemisferio contrario.

—¿Han venido a por Jan?

La doctora asintió.

—Probablemente. Esperemos que la nave de vigilancia que Rodel dejó en el sistema cumpla con su función, o aquí se acaba nuestra historia. Los urtianos no suelen hacer prisioneros.

Lina asintió. Heith había tenido que esquivar al centinela de Rodel para poner a la *Eurídice* fuera del alcance de las pantallas de radar. Por fortuna, su pequeña maravilla era lo suficientemente veloz y estaba escudada como para eludir casi cualquier sensor.

Entonces la gravedad falló.

Las mujeres volaron sin control unos metros, atrapadas en el impulso de la carrera. Lina, más entrenada en maniobras de gravedad cero, fue la primera en anclar los pies en el ángulo correcto entre la pared y el techo. Recordó a su mentor en la

academia de vuelo gritándole al oído: «¡Cuando nada tire de tu cuerpo hacia abajo, busca los noventas! Los noventa grados son tu mejor aliado, conejito.»

Conejito. Así la llamaba aquel cerdo, como a casi todas las cadetes recién llegadas y con demasiado miedo de protestar para que no las echasen de la academia. Pero no había duda de que aquel cabrón conocía su oficio.

Bien asegurada en sus «noventas», agarró a Valeris por un tobillo y la atrajo hacia sí.

—El último disparo ha debido alcanzar los generadores de fuerza —dedujo.

—¿Qué hacemos ahora? —jadeó Valeris—. ¿Cómo vamos a llegar hasta el muelle?

Lina activó el comunicador de su muñeca. Estaba enlazado con la antena principal de la torre, así que en teoría no debería tener problemas para que la señal llegase hasta la luna donde Heith ocultaba la *Eurídice*.

—¡Lina! —se sorprendió el abogado, hablando en tiempo real desde varios minutos luz de distancia—. ¿Dónde estáis?

—Atrapadas en la cubierta doce. No llegaremos al hangar; las puertas se han quedado sin energía.

—Si podéis salir al exterior os recogeré.

—¡Ni hablar! —objetó ella—. Quédate donde estás. Es demasiado peligroso.

Lina imaginó el rostro de su novio crispándose mientras decía:

—Demasiado tarde, cariño, ya llevo ese rumbo. Es cierto eso que dijiste de que el Halo es tremendamente fácil de pilotar, siempre que te lleves bien con él.

—Mierda. —Lina empujó a Valeris de vuelta al anillo de gravedad—. Maldito tozudo descerebrado...

—¿Qué hace? —protestó la doctora—. ¡El hangar está en dirección contraria!

—No podremos llegar. La energía está a punto de...

Las luces se apagaron. Del otro lado de las mamparas llegaron ecos de gritos. Quedaba mucha gente atrapada en los ascensores y laboratorios.

—El suministro de emergencia tampoco ha funcionado —dijo Lina, cansada—. Deben de haber volado una buena parte del complejo. Haga como yo —la instruyó—: coloque los pies así e impúlsese progresivamente, no de golpe. Deje que sea la inercia la que trabaje.

Valeris procuró imitarla. Se sorprendió ante la agilidad que ella misma era capaz de desarrollar casi sin proponérselo. Era cierto eso de que los ángulos cerrados ayudaban al desplazamiento y la estabilidad cuando no había un suelo al que agarrarse.

No tardaron en retroceder los veinte metros que las separaban del horizonte de gravedad. En la cámara adjunta había trajes espaciales e impulsores, ya listos para operar. A Lina no le sorprendió su presencia: los operarios de mantenimiento solían

usar los anillos como muelles de suministro, y como ventanas para salir al exterior.

—Vamos, póngase uno de estos —urgió, tendiéndole a Valeris un traje de vacío—. Heith nos recogerá.

—¿Podrá llegar?

Lina no respondió. Hacía lo humanamente posible por no imaginar a la *Eurídice* volando a ciegas en medio de una batalla estelar, pilotada por un novato.

* * *

Si hubiese podido echar un vistazo a través de la esclusa, Lina se habría dado cuenta de que su estimación de riesgos seguía siendo, aun así, demasiado optimista.

El capitán del *Embajador*, el crucero que Rodel había dejado atrás para proteger el sistema, abrió una ventana de sensores que abarcaba una esfera de diez millones de kilómetros e incluía al acorazado Ur. Éste coincidía con el perfil de un biocida, uno de sus asesinos más eficaces, equipado con lo último en tecnología armamentística.

Un segundo después de haber destellado en la pantalla de radar, sin embargo, el crucero urtiano desapareció. El eficaz escudo de hipertransparencia lo volvía invisible a los sensores y a la mayor parte del espectro lumínico. Los urtianos desplegaron su propia flotilla de cazas, no invisibles, que revolotearon por la esfera táctica como insectos enloquecidos. El *Embajador* comenzó a desovar sus santabárbaras, buscando a ciegas, mediante los impactos, la nave enemiga.

—¿Qué sabemos del blanco? —preguntó el capitán—. ¿Sigue ahí?

Un ayudante virtual apareció en la esfera táctica.

—Captamos señales desde el hemisferio opuesto del volumen de batalla. En seis segundos han desplegado dieciocho torpedos cuánticos y noventa bombas de destello.

—Suficiente para arrasar el mayor continente del planeta —comentó el capitán—. Demos gracias porque los hayan dirigido contra nosotros, y no contra la estación.

«Esta fiesta habrá acabado en breves instantes —pensó—; para bien o para mal.»

Las pantallas del foso táctico se llenaron de imágenes. El *Embajador* era un insecto minúsculo en comparación con el radio de las explosiones nucleares que castigaban sus pantallas deflectoras. Fue en algún momento fugaz, entre detonación y detonación, cuando los ojos del capitán se posaron en otro eco del radar, un punto desconocido que cruzaba el espacio de la batalla a velocidad de vértigo, procurando mantenerse alejado de las bombas, y que no parecía pertenecer a ninguno de los dos bandos. ¿Un balandro comercial, infirió la cognoscitiva? ¿Qué rayos hacía allí un balandro comercial, y por qué no salía huyendo en dirección contraria?

¿Quién estaba tan loco como para acercarse a un destructor urtiano cuando ya había comenzado el fuego graneado?

El enfrentamiento tuvo un desenlace brutal: hubo una fluctuación crítica en los escudos del *Embajador*, una leve bajada de tensión tan pequeña que ningún humano habría podido advertirla. Sin embargo, resultó suficiente para las cognitivas Ur; la mente que regía las acciones del acorazado la interpretó como una brecha en la defensa del enemigo, y lanzó a través de ella todo lo que tenía.

El *Embajador* se desintegró de la proa a la popa, con una cadena de detonaciones titánicas que convirtieron sus doscientas cincuenta mil toneladas en polvo radiactivo. Cien mil personas perdieron la vida sin apenas enterarse, y con ellas la única protección que los militares habían destinado para defender a la asustada comunidad de científicos.

Zhinz

Dio con sus huesos en una celosía que filtró la mayor parte del líquido sobrante del tubo. Estaba libre, pero agarrotado hasta lo indecible y con un dolor horrible en la perforación del cuello. Zhinz recordó un antiguo aforismo que había aprendido de Jules: «Cuanto más alto se vuela, más dura será la caída.»

Sabias palabras.

Se puso en pie, volvió a colocar las rodillas en el ángulo idóneo para caminar de manera bípeda, con torsión inversa, y examinó el entorno: estaba en un túnel secundario de drenaje, rodeado de tubos como aquel del que había escapado. Lo sorprendió que aquel pasillo estuviese presurizado y tuviese gravedad, permitiéndole respirar una mezcla hidrobica (Jules se habría asfixiado allí) aunque con bastante dificultad.

Una sombra flotante pasó por encima de su cabeza. El gemido de los suspensores del robot le recordó a unas termitas entonando su canción demoledora. Zhinz buscó rápida cobertura en los angostos espacios entre los tubos.

Era un dron de vigilancia, redondo y con eflorescencias de antenas. Flotó hasta el cilindro vacío que había albergado hasta hacía pocos minutos el cuerpo del marsupial, desplegó varios apéndices y trató de averiguar lo que había pasado, metamorfoseando sus extremos en terminaciones nerviosas.

Zhinz contuvo la respiración. Permaneció tan inmóvil que hasta su corazón dudó en seguir latiendo. Unos motores de gran potencia ocultos cobraron vida con un estremecimiento que hizo temblar toda la nave.

Un tenso minuto después, el robot se marchó. De la nada surgió un pelotón de máquinas obreras, que procedió a reparar los destrozos ocasionados por el rebelde inquilino del tubo. Zhinz las observó trabajar unos minutos y decidió ponerse en movimiento. Nada iba a ganar quedándose allí, y seguro que aquel chisme ya estaba

dando la alarma por radio.

El siguiente paso le pareció obvio: tenía que encontrar a Jules. El sabía qué hacer.

Escaló por las tuberías hasta el nivel de donde había surgido el dron. Al pasar entre los espacios que separaban los pisos, un espasmo de puro terror sacudió su corazón: la nave Ur era gigantesca, y se extendía en todas direcciones de forma simétrica. En cualquier dirección hacia la que mirase podía ver cientos de cubiertas semitransparentes, separadas por planicies de metal plateado. Era como observar la arquitectura atómica de un diamante desde su interior. Y estaba casi vacía. Apenas se apreciaba movimiento, salvo por figuras lejanas que revoloteaban en torno a máquinas del tamaño de rascacielos, o escuadras de demobots de veinte pisos de altura que se arrastraban como colosos prehistóricos.

Zhinz procuró concentrarse en lo que estaba haciendo. Su hermano tercero por parte de engendradora, allá en el poblado aéreo, había muerto devorado por una bestia porque cuando llegó el momento de disparar su ballesta, en la fiesta de caza nupcial, su dedo se había congelado en el gatillo. El pánico había atrofiado en un instante no sólo sus músculos, sino también su cerebro. Aquél era un final que por norma se obviaba en las elegías de la familia; ningún vástago de la misma camada quería ser el responsable de contar a los cachorros que no fueron los colmillos del depredador lo que segó la vida de su ancestro, sino el latigazo de miedo que tuvo lugar un segundo antes.

Zhinz no deseaba acabar así, con una elegía censurada al final de su viaje.

Le costó una eternidad encontrar a Jules en el interior de otro tubo. Algunos humanos más habían sido capturados: militares de Cruces, carroñeros y gente que él no había visto nunca. Se olvidó de ellos para concentrarse en Jules. Los urtianos carecían de dedos, así que sus paneles de datos funcionaban de otra forma: no eran táctiles, sino psicosensitivos.

El marsupial pegó la cabeza al controlador y pensó en varias sentencias de apertura, con la esperanza de que el sistema leyera los impulsos de su cerebro y obedeciera.

No funcionó.

Sollozó en cumular dos. Todo su cuerpo temblaba. En cualquier momento podían regresar los vigilantes, y entonces...

Al cuerno. Si tenía que hacer saltar la alarma, que saltara. Ya era demasiado tarde para andarse con sutilezas. Además, aquella sección de la nave estaba comenzando a llenarse de drones de mantenimiento: aún no había divisado ni un solo urtiano, pero no paraba de ver pequeños entes metálicos parecidos a serpientes y escorpiones, llenos de agujas e instrumentos cuya desconocida finalidad no ocultaba su aspecto amenazador. Aquellas cosas no necesitaban el tamaño para causar pavor.

Corrió hasta el lugar donde los robots de limpieza se afanaban en arreglar el desaguisado, frente a su propio tubo, y eligió a un robot que parecía una regadera con ruedas. Portaba un depósito de ácido carbónico para limpiar impurezas químicas. Regresó con él junto a Jules, lo depositó en el suelo y usó la manguera para rociar la membrana del tubo. Su única esperanza residía en que, incluso en el interior de las naves urtianas, los ácidos siguieran llevándose a matar con los sólidos. Las ruedas del pequeño robot giraban frenéticas tratando de regresar a su puesto en la escuadra de limpieza.

El truco funcionó: la membrana no tardó en ablandarse. Ahora sólo faltaba propinarle un buen golpe con un objeto punzante.

Zhinz agarró al robot por la manguera y lo volteó. El estampido rompió el cristal. Si el dron de vigilancia seguía por los alrededores no tardaría en aparecer, así que se dio prisa. Extrajo el cuerpo de su compañero (tras arrancarle el organismo en forma de trébol de la cara) y, metiéndole los dedos en la boca, lo obligó a vomitar.

Jules tosió, expulsando el líquido que tenía en los pulmones. Sobre la marcha comenzó a asfixiarse.

—¿Qué te pasa / ocurre...? —se preguntó Zhinz, pero enseguida lo comprendió—. ¡Ah, claro! Perdona, amigo-Jules, yo haber olvidado / desatendido ese detalle...

El oxígeno, por supuesto. Volvió a colocarle el trébol alienígena sobre la cara. Lo había mantenido con vida mientras estaba sumergido, así que rezó porque ahora también lo hiciera.

—Vamos, amigo-Jules —suplicó—. Di a Zhinz qué hacer. Debemos encontrar / localizar nave potente para salir de aquí. —La expresión del marsupial fluctuaba entre perpleja e histérica, como si acabara de comprender en qué situación se hallaban y no pudiera soportarlo.

Jules se llevó las manos al rostro, palpando el objeto invasivo que le obturaba las vías respiratorias, pero por fortuna no trató de arrancárselo. Al contemplar el rostro de Zhinz, detenido a pocos centímetros del suyo, debió pensar que estaba muerto y que había ido a parar a una dimensión llena de monstruos, pues en lugar de mostrar la clásica expresión bovina y agradable, los ojos del marsupial eran grandes como placas de radar, y sus labios se apartaban de las encías revelando dientes planos y enormes, como de caballo.

—Ay... yúdammm... —pidió el humano, y casi sonaba como «th»—. Athúdam... me.

Su voz apenas resultaba audible, pero el dolor físico y la rebeldía aún estaban allí.

El sonido de los sensores anunció la llegada del robot antes de que pudieran verlo. Zhinz miró hacia arriba, hacia el corpachón que se les echaba encima desde el piso superior, las patas extendidas como estiletos de acero. El metal que las recubría se metamorfoseó en cuchillas. Aunque podía flotar, tenía patas incrustadas en la masa

central que parecían haber crecido siguiendo ángulos tan arbitrarios como las ramas de un juk. El rostro de aquella cosa también parecía capaz de metamorfosearse, pues se contrajo hacia dentro alrededor de un eje vertical, un esfuerzo que creaba la impresión de que el robot estaba tratando de chuparse la cara.

La cosa cayó sobre ellos chirriando y doblándose por los lugares más inesperados. Zhinz lanzó un aullido de pánico, dejó caer a su compañero allí mismo y corrió por su vida.

Lina

La mortaja de escoria a que había sido reducido el crucero *Embajador* envolvió con su bruma opaca a la estación. Las estelas de los zánganos de vigilancia urtianos la horadaban con el frenesí de avispas en celo, buscando presas: cazas que no hubiesen sido destruidos por la onda expansiva o partes de la nave madre eyectadas antes del desastre.

Tal vez si alguno se hubiese aproximado lo suficiente al ecuador de la estación habría podido notar el alfilerazo de luz en el casco, la esclusa que se abría para dejar salir a dos minúsculas figuras ataviadas con trajes de vacío. Ese zángano habría visto a dos mujeres asustadas cerrar la esclusa y reptar por la pared en dirección al velamen de la antena LR. Los restos del *Embajador* se expandían aún con la inercia de la explosión, envolviéndolas con las ondas de un tsunami cósmico.

Lina frotó un guante contra la visera de su casco. El horizonte de visión llegaba hasta tres metros, suficiente para ver dónde pisaba pero no hacia dónde se dirigían.

Afortunadamente, Valeris conocía bien el trazado de la estación, tanto interno como externo. Durante todo el periplo hasta la antena estuvo guiándola, anticipando los accidentes de la estructura. En cinco minutos alcanzaron la base del velamen de comunicaciones, un doble anillo cóncavo del que partían los aparejos, que flameaban al son del vendaval.

Lina miró hacia la nube de restos calcinados, acongojada. No quería abrir ningún canal con la *Eurídice* para no atraer la atención de los zánganos. Frunciendo el ceño, rezó porque Heith, con la ayuda del Halo y con la protección extra que le confería la nube, pudiese llegar hasta ellas y detectar su presencia antes que los urtianos.

«Pero claro —se dijo—, si fruncir el ceño pudiese arreglar las cosas del mundo a nuestro gusto, haría tiempo que yo se lo habría fruncido a media Variedad.»

Desde detrás del disco planetario aparecieron cuatro puntos brillantes, formando los vértices de un paralelogramo. Eran los delimitadores del escalpelo, aún en estado latente, a los que el empuje de femtogravedad mantenía en movimiento.

—¿Lo ves? —preguntó Valeris a través del comsec.

Lina hizo aspavientos para que guardara silencio: incluso esa débil señal de radio entre sus cascos podía ser rastreada por las antenas urtianas.

La doctora se acercó a Lina y le mostró el antebrazo. En él llevaba desplegado un panel holográfico que solía mostrar datos a los técnicos que usaban aquellos trajes. Al estar tan juntas, Lina se percató de que había sangre en el reverso de la placa del visor de la doctora. El modelo era de los que mostraban toda la cara, y parecía como si hubiese tropezado en algún momento de la larga escalada por la estructura de la estación y se hubiese golpeado contra el frontal del casco. O eso, o una vena había estallado por puro nerviosismo dentro de su nariz, dejando que los hilillos de sangre culebreasen en ingravidez.

Valeris desconectó la radio del traje y derivó el dispositivo. Lina vio moverse sus labios, pero no oyó sus palabras; en lugar de ello, las frases aparecieron escritas en el aire, flotando sobre el panel.

—Qué tragedia. Esas bestias los han matado a todos, sin ninguna provocación — se lamentaba la doctora.

—¿Cómo nos habrán encontrado? —preguntó Lina, activando su propio panel—. Elegí este destino al azar de entre más de quinientos posibles. Si venían tras el huevo...

—Me temo que yo tengo la culpa de eso: fui quien avisó al almirante Rodel de la presencia en este sistema de Jan y su armadura. Evité mencionar a la *Eurídice*, pero si interceptaron el mensaje sabrán que la Anomalía estuvo aquí, y habrán venido a hacerse con los descubrimientos que hayamos podido realizar. Imagino que por eso la estación sigue entera.

—Claro —comprendió Lina—. Si la armadura de Jan es lo que parece, podría cambiar el curso de esta guerra.

—Es más que eso —dijo Valeris, muy seria—. Creo haber resuelto parte del misterio de la Anomalía, y me temo que está íntimamente relacionado con lo que sucede con las galaxias que rodean la Variedad.

La capitana la miró de reojo.

—¿Qué quiere decir?

La doctora se ocultó tras el velamen cuando un zángano pasó cerca. Lina la imitó, pegándose lo máximo posible a la antena para que la campana de interferencias de la LR ocultase su rastro.

—Mientras analizaba los datos —continuó Valeris—, realicé una comprobación de rutina, tan básica que no la efectuaba desde que daba clases a los aspirantes en la universidad.

—¿Qué encontró? —Lina prestaba toda la atención posible a la explicación de Valeris, pero la otra mitad de su cerebro ya estaba absorta en otra cosa: el velamen de comunicaciones, claro. Estaba medio destrozado por los disparos y los fragmentos del

crucero que habían impactado contra el eje de la estación, pero aún parecía operativo. Lina se agachó, extrajo el panel de circuitos de la base y metió un brazo. Si lograba acceder a la placa de circuitos, tal vez podría enviarle un ping a la *Eurídice* que ayudaría al Halo a establecer su posición.

—Cotejé las distancias de las galaxias en desplome respecto a nosotros — continuó Valeris, escribiendo las frases en su antebrazo—. Quería saber si la onda de energía de alguno de esos fenómenos podría estar más cerca de lo que pensamos, y afectar a los mundos de la periferia. La explosión de un quásar a menos de trescientos pársecs tendría el mismo efecto devastador que un ataque con bombas de neutrones.

—¿Y hay alguna onda cerca? —La mente de Lina registraba todo lo que ella le decía, pero lo procesaba en segundo plano. Ella misma se había reducido a un estado maquinal que le permitía seguir hurgando en las entrañas de la antena.

—Todas, Lina. —La doctora hizo una pausa—. Todas. Sus frentes de onda se encuentran apenas a cien años luz de la frontera con la Variedad. Es un banco masivo de epicentros que nos rodea desde todas direcciones.

Lina la miró en silencio, aturdida. Por un momento olvidó lo que estaba haciendo.

Valeris continuó, sin darle tiempo para que formulase las preguntas que sin duda se estaba haciendo su cabeza:

—Las mediciones son correctas, sin margen de error posible. Las galaxias en desplome parecen estar junto a nosotros, a un simple paso.

—Pe... pero eso... —balbuceó Lina—. Es absurdo. Está equivocada.

Valeris rió sin ganas.

—Ojalá, pero los datos han sido confirmados por los observadores elandis. Las estrellas que vemos en los confines del cielo se encuentran en realidad muy cerca de nosotros. El desplome ha roto la ilusión de lejanía, introduciendo una variable en la luz que desvela su verdadera posición.

»Están justo al otro lado del Mar de Bolzai, Lina. Alineadas todas ellas exactamente a la misma distancia. Forman —hizo un gesto envolvente con ambas manos— una esfera perfecta que engloba a la Variedad, con el centro situado justo en mitad de los mundos del núcleo.

La capitana negó con la cabeza, incapaz de creer esa información. Era una teoría de locos. Una herejía científica.

«Una esfera que nos rodea.»

No. Se negaba a admitirlo. El pánico le hacía decir tonterías a Valeris. Lo mejor sería que volviese a concentrarse en la antena, en su ataque a los laberintos fortificados de la lógica maquinal, y...

—¡Escúcheme! —La doctora tomó su mano—. *Está* sucediendo. Vivimos, siempre hemos vivido, en el interior de una esfera con estrellas tatuadas en la superficie. Por eso ninguna nave logró jamás franquear el Bolzai, ni tampoco

detectamos señales de vida en el confín. El universo que nos cobija parece ceñirse a los límites de esa esfera, y, teniendo en cuenta que su centro coincide con el de la isla de soles, no es descabellado pensar que realmente está aquí por nosotros. Que somos el contenido de este universo, lo único que hay en él.

Lina se alejó de aquella mujer, asustada. Ni siquiera advirtió que su cuerpo quedaba repentinamente expuesto, sin la cobertura de la antena.

—Me... me niego a creerlo —murmuró, y esta vez sí usó el canal de radio—. No puede ser cierto. Está equivocada.

—Las observaciones directas son las que me han llevado a atar cabos, Lina. Créame si le digo que estoy tan aterrorizada como usted, pero soy científica: no puedo negar la evidencia. Si la historia del soldado Jan es cierta, si realmente existió ese «ente pseudo-divino», ese Emperador Gestáltico que a punto estuvo de destruir su realidad...

—¿Qué?

—Recuerde lo que nos dijo: su gente lo mató. Concentraron desesperadamente todas sus fuerzas para acabar con aquel poder naciente, pero nunca supieron qué estaba haciendo en el instante crítico de su destrucción. —Buscó las palabras más sencillas para explicar lo siguiente. Era la parte más arriesgada de su teoría—: Jan habló de tetrapectos, ¿se da cuenta? Creaciones de ese inmenso poder psíquico que consistían en cuatro estados de realidad superpuestos. ¡Cuatro estados decoherentes, que se desplomarían si su equilibrio cuántico no fuese el correcto!

»¿Y si fuese una versión gigantesca de todo ello lo que estaba erigiendo el Emperador Gestáltico de Jan cuando fue detenido, Lina? ¡Cuatro universos, cuatro realidades distintas y energéticamente estables! ¿Qué habría pasado si su obra estuviese casi concluida... y en el momento crítico hubiese sido destruido antes de poner el último clavo?

—Yo... no lo sé... —balbuceó la capitana. Le dolía la cabeza al tratar de asimilar tanta grandiosidad.

—Es posible... aunque me da miedo siquiera decirlo en voz alta... —la doctora tragó saliva—, que lo que ese Emperador estuviera haciendo, ese dios esquizofrénico que ellos habían creado, fuera convertir al universo entero en un...

No pudo completar la frase. La nube de escoria que las rodeaba rompió sus evanescentes gasas, descubriendo un grupo de zánganos. En cuanto divisaron a las mujeres, las naves adoptaron posiciones de flanqueo, apuntando con los cañones.

Lina y Valeris abandonaron su escondite. Era inútil seguir allí.

La capitana separó los pies, con las botas magnéticas bien apoyadas sobre las puntas, como si se dispusiera a correr a alguna parte.

Los zánganos zumbaron en el vacío.

La nube de deshechos se volvió aún más caliente.

Las especies sofotes nacieron y murieron.

Los soles brillaron con más intensidad.

El universo se expandió soñoliento sobre el colchón de la radiación de fondo.

De reojo, tras los zánganos, las mujeres vieron que un punto de luz salió disparado hacia ellas, cabalgando sobre una pequeña antorcha de fusión.

Lina y Valeris alzaron los brazos en señal de sumisión («como si eso les importara lo más mínimo a esos genocidas», se dijo Lina), y se dispusieron a ser carbonizadas.

Capítulo 12

Informe horario n.º 6557414 / P 114

Cripto:

5 (máxima seguridad)

Asunto:

Ataques masivos de los urtianos

Extensión:

2092 Lymes; 0,916 segundos de anchura de canal (*subvencionado por el Ministerio de Comunicación y Relaciones Panculturales de Ciudad de Cruces*).

Adjunto:

Audio y vídeo

Remite:

Consejo de Seguridad de la Rejilla Pancultural. (*Red de datos con diseño propio + protocolos esclavos comunes a la LR.*)

Texto:

[...] enviando nuestras naves más pesadas para que se unan al contingente de Ionosis. Los urtianos han lanzado un ataque masivo con bombas de plegamiento cero sobre la red de suministros. Nueve arcologías pirámide han sido destruidas, y de las tres restantes no sabemos nada. Los cruceros de guerra de la lanza Pavonis interceptaron a un biocida en los aledaños de la Nebulosa del Yunque y lo destruyeron, pero encontraron gran resistencia. El enemigo parece dispuesto a sacrificar los recursos que sean necesarios para consumir sus objetivos, sin importarles el coste. [...] Para agravar aún más las cosas, está el *Fenómeno*, como ya lo llaman en casi todas las bandas de comunicaciones de la Variedad. Su luz llega hasta nosotros con mayor nitidez a cada hora que pasa.

Las estrellas se caen del cielo.

Si alguna comunidad de científicos puede aportar algún dato que ayude a esclarecerlo, por insignificante que parezca, rogamos que se ponga en contacto con [...]

Fust

Su planeta natal apenas había cambiado.

El Telesterion, palacio senatorial de la familia (y verdadera reliquia de los viejos tiempos, los años luminosos, en los que todos aquellos escudos familiares tallados en piedra tenían sentido) seguía entero. Las murallas vigilaban las suaves colinas de la campiña, entre las que serpenteaba un río que Joviann recordaba más caudaloso. Los campos hidropónicos aún se extendían por el sotobosque, asistidos por máquinas de una generación posterior a aquellas entre las que había jugado de niño.

Ésa fue la primera vez que Joviann rompió su promesa de no dejarse llevar por la nostalgia. Una lagrimilla amenazó con cristalizarse en su ojo, pero la retuvo con un

carraspeo de garganta.

La nave de descenso lo dejó en medio de una pista desierta, con las torres de compensación de impulso trepidando bajo la brisa. Ya era por la tarde, hora local. El carruaje que esperaba tardó casi veinte minutos en venir a recogerlo; apareció flotando sobre un membranoso quiebro de luz, sin caballos, sin nada que tirase de él más que el ansia de llegar a su destino. Fust subió, seguido del autoequipaje. Frente a la ventanilla comenzaron a sucederse las colinas y los campos, una tierra que fluía entre meandros de agua hacia estribaciones que recordaban ancianos dormidos.

El hogar.

No lo visitaba desde hacía muchos años, pero seguía allí. Casi intocado.

El carruaje no lo llevó al palacio. Al llegar a la encrucijada a partir de la cual el camino empezaba a subir hacia la meseta, dobló de improviso a la izquierda para dirigirse a un lago. Una mujer lo aguardaba pacientemente en la ribera.

El corazón de Joviann se desbocó. No, no era ella. Trató de serenarse, riendo por su propia falta de autocontrol. Si se comportaba así ante la primera silueta que le recordaba de lejos a Yara, ¿cómo reaccionaría cuando tuviese delante a la auténtica? ¿Se quedaría sin palabras, como en tantas ocasiones imaginadas, o le diría algo trivial que rompería el encanto?

Prefería no pensar aún en eso. Ya lo resolvería cuando llegase el momento. Si es que llegaba.

La joven tendría unos diecisiete años, era baja de estatura y era tan ancha como un varón de su edad. El cabello de tintes bronceados flotaba dibujando rizos sobre los hombros.

—Hola, extranjero —dijo con voz suave—. Bienvenido a Anthelia.

La palabra le quemó en el corazón. «Extranjero.»

—Eh... hola. Soy Joviann Fust, presidente de la corporación AREAN&TERRA. Hablé desde órbita con la IA Proteus anunciando mi llegada.

A la joven no parecieron impresionarle ni su nombre ni su cargo. Sin abandonar la sonrisa (por otro lado, deliciosa) lo condujo hasta un embarcadero. Un bote los esperaba.

—La IA nos avisó del ataque de la circunnavegadora mientras hablaba con usted —explicó—, pero no hemos podido destacar un comité de bienvenida acorde con el protocolo, lo siento. Todos están en la isla, celebrando el Deaji.

«Deaji.» Otro recuerdo desenterrado con brusquedad: la fiesta de la fertilidad de las mujeres.

Fust subió al bote. La joven arrió la vela y fueron separándose lentamente de la costa. También le sonaban aquellas aguas mansas. Bajo la superficie evolucionaban bancos de peces tigh, con sus graciosos cuerpos hinchados y decorados con escamas negras y rojas, y las bocas permanentemente curvadas hacia arriba, como si

estuvieran disfrutando de un chiste privado que nunca perdía la gracia. Fust recordaba haber pescado de niño los tigh, pues su comportamiento en manada iba más allá del instinto gregario de los pájaros. Aquellos peces compartían una especie de inteligencia única; no era telepatía, sino una señal de radio que se transmitía por el agua como un tímido canto de ballena, de modo que si la mente global advertía la proximidad de la carnada y se dejaba engañar por ella, todo el banco acudía en masa a tragarse el anzuelo. Pesca fácil para niños inquietos.

Cuántos recuerdos.

Una isla vestida de neblina dibujaba su contorno justo en medio del lago. Tenía algo de misterioso bajo la luz de aquel sol.

No fue hasta la mitad de la travesía cuando el cerebro de Joviann ató los suficientes cabos como para reconocer a su pequeña sobrina de tres años en la joven que tenía delante.

—¡Nuara! —Recordó las últimas fotos que había visto de ella antes de que dejara de cartearse con esa rama de la familia—. ¿Eres tú, verdad?

—No lo conozco, señor.

—Yo... nunca te había visto en persona. La última vez fue en un holo que me envió Yara. Tenías tres años.

—Ah —dijo ella con cierto distanciamiento—. ¿Y cómo era?

—Pues... no sé. Pequeña. Tenías la cabecita recubierta de un pelo muy rojo.

Guardaron silencio mientras el bote encontraba el camino hacia el embarcadero de la isla. Fust trató de sentirse menos incómodo. Era cierto que nada, salvo una imagen desvaída, situada en unas coordenadas poco claras de su memoria, lo unía con aquella joven, por lo que no tenía por qué tratarla con especial amabilidad. Eran completos extraños, en todos los aspectos. Pero aun así, algo resonaba en sus entrañas cada vez que volvía la cabeza para mirarla y descubría esos rizos jugando con el viento. La llamada de la sangre, tal vez, amplificada por la enorme caja de resonancia emocional de Anthelia.

Tras un rato, reunió fuerzas suficientes para preguntar:

—Yara sigue viviendo aquí, ¿no?

La joven guardó silencio unos segundos. Fust descubrió que le sudaban las manos. Ni siquiera en las reuniones de negocios más conflictivas y despiadadas que había celebrado en su despacho le habían sudado nunca las manos.

—Actualmente no —contestó Nuara—. Pero viene a menudo, siempre que las tormentas boreales permitan el intelectado.

Tras esa críptica declaración, amarró la embarcación a la orilla y dejó que Fust desembarcara primero.

Otro carruaje sin caballos los esperaba. Esta vez el periplo fue corto: en un par de minutos se internaron en la frondosa vegetación que poblaba la isla y la niebla los

engulló.

Fust estaba inquieto. En ningún momento había imaginado que sus familiares pudieran odiarlo tanto como para tenderle una trampa mortal. Se dio cuenta de que había obedecido sin rechistar todas las órdenes que se le habían dado: montó en las carrozas, siguió a la muchacha, se internó en la oscuridad, se dejó abrazar por la niebla y el misterio. ¿Y para qué? ¿Dónde se habían metido todos? Esa pregunta abarcaba a mucha más gente además de su familia. Se suponía que, tras la venta del planeta a las empresas arrendatarias, hacía quince años, se le había concedido a la población el plazo de una generación para desalojarlo, aunque aún tenían que quedar por fuerza varios millares de habitantes arracimados en unas pocas ciudades. ¿Por qué no había divisado sus luces desde órbita, durante el descenso en lanzadera?

Hasta ese momento, la única persona a la que había visto durante su estancia en el planeta era la conspicua Nuara. A ella y a los peces.

Arribaron a un círculo megalítico, menhires dispuestos según una cábala solar. El carruaje se detuvo con un chirrido de suspensores a poca distancia de ellos y los pasajeros se apearon. El frío caló bajo las ropas del ejecutivo, que se había vestido para hacer frente a una reunión protocolaria, no a los rigores de la campiña. Un mirlo de alas plumosas, rojas como los granates que el anillo de Yara exhibía, bajó en picado del cielo. Se posó encima de una de las columnas de piedra y miró con curiosidad a Joviann. Luego comenzó a acicalarse las alas con el pico. Aquella tarde, los menhires, una hilera de islotes muy peligrosos para el vuelo de los pájaros que ejercían de centinelas mudos de la hojarasca, estaban envueltos en una calina grisácea, y podrían haber pasado por las torres erosionadas de una ciudad de catedrales.

Nuara hizo un gesto al ejecutivo para que guardara silencio. Lo acompañó a unas graderías de madera que bordeaban el círculo y se sentó junto a él a esperar. Joviann se apoyó de costado en un apoyabrazos que lucía una espléndida taracea, justo al límite de la grada, y observó los dibujos de la madera. Otra muestra de esplendores pasados: era hermoso, pero se le notaban las mordeduras del tiempo.

La tarde se oscureció, llenándose de sonidos, de ruidos arrastrados por la brisa. De sombras que podían ocultar cualquier peligro. Nuara no volvió a mirarlo directamente, ni a abrir la boca para comentar nada. Simplemente estaba sentada allí, a su lado. Esperando algo. O a alguien.

Fust se disponía a exigir una explicación para todo aquel retraso cuando vio al primer hombre.

Se materializó como un fantasma, desnudo salvo por una máscara de demonio que le cubría el rostro. Era alto, nervudo y su piel tenía la tonalidad pálida de los que acostumbran a pasar su vida a bordo de una nave. Los genitales le colgaban al aire, afeitados como los de un bebé. Y tenía un aro rojo en torno a los testículos.

El hombre estaba excitado; su pene se erguía enhiesto, una lanza sin prepucio lista para clavarse en una mujer. Al ver a Fust y a Nuara, se quedó un segundo inmóvil, examinándolos desde los ojillos de la máscara, que no eran sino posos de negrura. Sus miembros se habían quedado rígidos en mitad de una pose, de tal modo que a Fust le recordó a un venado sorprendido por una fiera.

Nuara saludó al sátiro con un gesto indescifrablemente infantil. El salvaje la ignoró y se escondió tras un árbol, unos segundos antes de que un grupo de mujeres entrara en el claro. Todas iban desnudas, igual que él, salvo por las consabidas máscaras y los zarcillos de bruma que arrastraban sus sombras.

Fust contuvo la respiración, examinando los cuerpos de aquellas mujeres: puede que en algún detalle nimio descubriera a su amada Yara, la mujer que había tenido que abandonar en Anthelia para salvar a su familia. Era ilógico pensar que recordaría algo (o que sería capaz de identificarlo desde aquella distancia) de su desnudez, de la última vez que habían hecho el amor, siendo casi niños, pero el Fust no racional era quien controlaba las reacciones de su cerebro, no el otro, el que aún echaba de menos las fanfarrias y los canapés del protocolo.

Las mujeres sabían que los espectadores estaban allí, por supuesto, pero olvidaron su presencia de inmediato. Escrutaban la espesura, temerosas de lo que pudiera ocultarse en ella, del león o el lobo que pudieran estar al acecho, mientras ejecutaban una danza de furiosa sensualidad en el interior del círculo.

Fust comprendió el regalo que se le había hecho. Se sentía como un privilegiado. Le habían permitido asistir a un ritual que creía olvidado, pero que aquella gente se empeñaba en mantener vivo. Él sólo lo había visto una vez, cuando tenía doce años. Su abuela lo había sentado en un círculo de piedra, puede que en aquellas mismas gradas, para que fuese testigo de los misterios que encerraba la noche y que implicaban por igual a hombres y a mujeres.

El jovencito Fust había observado durante toda la ceremonia las danzas y los juegos de la carne con los ojos muy abiertos, casi desorbitados. Las imágenes se habían quedado grabadas profundamente en su memoria: escenas de su padre, cubierto con una de aquellas máscaras, el miembro ondulante arrancando alargadas sombras de las hogueras, haciendo cosas con su madre que tendrían como consecuencia la llegada de su hermano, Semra, poco tiempo después.

Durante años aquellas imágenes habían embrujado sus sueños, vistiéndolos con monolitos, hogueras y gemidos de figuras escondidas tras las ramas. En aquellos sueños, Joviann se veía a sí mismo oculto tras una máscara, corriendo en pos de las faldas de su hermanastra Yara. Su querida, amada, idolatrada, venerada y finalmente traicionada Yara.

El sátiro abandonó el escondite con un chillido animal. Las mujeres gritaron a su vez, pero de miedo. Fust sintió un roce en su mano: el puño de Nuara, cerrado en

tensión sobre el borde del asiento.

El sátiro espantó a las hembras con sus desquiciados movimientos para que no completaran la danza. Fust recordó las normas no escritas de aquella tradición: unos pocos machos perseguirían a las vestales por la foresta, tratando de detener el ritual del Deaji, la renovación, pero al final las damas siempre acababan triunfando. Cuando alguna completaba siete vueltas en torno a los megalitos, gritaba a las lunas el nombre de la diosa de la fertilidad y el ritual concluía. Mientras, las demás mujeres hacían lo posible por no caer presa de la brutal embestida de sus perseguidores. A los niños nacidos de tal encuentro se los consideraba sagrados, y (siempre según la tradición, sin datos estadísticos en la mano) disfrutaban de vidas largas y prósperas.

Fust nunca se había atrevido a preguntar si él mismo fue concebido así.

El sátiro espantó a todas las mujeres menos a una, la más valiente, que se empeñó en completar los círculos. Era lozana, de estatura media, piel bronceada y caderas anchas. También tenía el sexo afeitado. La piel de sus glúteos estaba enrojecida y tenía algunas piedrecillas clavadas que se negaban a caer; seguramente habría permanecido sentada en el suelo durante largo rato, detrás de un árbol, oculta a los instintos de los sátiros.

El varón la acorraló contra un menhir. La hembra se volvió, en teoría para escapar del macho, pero su movimiento sólo propició que éste la embistiera por detrás. El enorme miembro desapareció de golpe entre sus muslos, y la mujer gritó.

Fust dio un respingo ante la brutalidad aparente del acto, y miró a Nuara. Ésta se mordía el labio superior, sin perder detalle de lo que ocurría entre los menhires. En cierto modo su fascinación le recordó a la suya cuando era niño. Estaba muy excitada, tanto que sus pechos diminutos se marcaban con absoluta claridad bajo la tela de la camisa. Joviann tuvo que montar una pierna sobre otra para disimular su propia erección, mientras la misteriosa mujer del claro gritaba de placer y dolor, sus pechos restregándose contra la piedra.

Entonces se percató de algo.

El sátiro lo miraba. No apartó sus ojos de él ni por un instante mientras violaba a la joven. Ese simple detalle convirtió el acto en un desafío, en algo instintivo y amenazador. Ya no estaba cumpliendo con un ritual de apareamiento, sino que el hecho había trascendido para crear un vínculo con él, con aquel espectador que lo miraba todo a salvo desde la grada.

Joviann frunció el ceño. Sentía la garganta reseca, no sabía qué hacer ni qué pensar. Contempló la escena como un colegial que no sabe si responder a una afrenta sugerida o hacer como que no se ha enterado, mientras el hombre descargaba su semilla en el interior de la exhausta vestal.

La mujer cayó al suelo. El sátiro miró una última vez a Fust, y ya no hubo duda posible: lo había desafiado. Había hecho aquello para demostrar algo.

Media hora después, un compungido Joviann seguía a su sobrina por un sendero que los condujo hasta unos edificios practicados en grandes bloques de mármol. Cuando Nuara le preguntó si se encontraba bien, él sólo pudo asentir con la cabeza.

Desde la frondosidad del bosque, los sátiros aullaron su victoria a las lunas de Anthelia.

Lina

La *Eurídice* pulverizó sus propios récords de velocidad mientras se aproximaba a la estación para recoger a las dos mujeres. Sensaciones dispares colisionaron en la mente de su propietaria: furia hacia Heith por desobedecer las órdenes y haberse puesto en peligro; temor porque no llegase a completar aquella atrevida maniobra y cayese en la trampa de los urtianos; alivio porque su estupidez se impusiera a su cordura; amor infinito...

Lina agarró a la doctora girándola bruscamente hacia ella. Le ordenó que se preparara para activar la única arma de que disponían.

—¿¡Qué arma!?! —se desesperó Valeris. Por más que se empeñase en buscarlos, la estación no tenía cañones ni enclaves de misiles que poder disparar contra los urtianos. Era inútil buscar sistemas de defensa donde nunca los había habido.

Lina señaló a los puntos de luz del escalpelo planetario.

—¡Esa arma! —gritó—. ¡Usted me dijo que acabaría regenerándose!

—El... escalpelo...

—¿Se ha regenerado ya? ¿Está listo para usarse? —Los ojos de la capitana parecían dos ascuas ardientes a punto de atravesar la placa del casco. Había súplica en ellos, más que urgencia u odio.

La doctora comprendió, con un anestésico fulgor blanco nublándole piadosamente la mente, e impartió las órdenes de inicialización del escalpelo a través de la consola de su antebrazo. Los zánganos detectaron en ese preciso instante la cercanía de la *Eurídice* y se reagruparon para interceptarla.

Lina maldijo. Había equipado a su preciosa nave con un completo arsenal de armas de largo alcance, pero desde que había atracado en la Clepsidra sólo habían tenido tiempo de huir. Hacer el amor, huir, hacer el amor, huir. No es que fuera una mala forma de organizarse, sobre todo si seguían vivos para plantearse estas preguntas, pero había formas más prácticas de emplear parte de ese tiempo.

Heith, para colmo, no tenía experiencia en combate. Siempre se había mostrado mejor guerrero en la cama y en los juzgados que en el campo de batalla, y su bautismo de fuego iba a consistir nada más y nada menos que en un enfrentamiento con un crucero biocida. Genial. ¿Qué más podía salir a pedir de boca?

Apretó los dientes. No había tiempo para lamentaciones. Se fijó en que el Halo, siguiendo sin duda instrucciones de Heith, había calculado una trayectoria de aproximación que aprovechaba las zonas más densas de la nube. Los fragmentos carbonizados del destructor formaban una pantalla que la separaba de los zánganos, pero no detendría una descarga directa de sus cañones.

De repente, los cuatro puntos brillantes que delimitaban el perímetro de la gigantesca herramienta planetaria brillaron como soles.

—¡Allá vamos! —avisó Valeris—. El antirrelé que suministra la energía al escalpelo se está desenrollando. La cuerda de antimateria se tensa.

Lina no había entendido ni la mitad de esa frase, pero igualmente cruzó los dedos. Los siguientes acontecimientos transcurrieron en unos pocos segundos, pero ella los desgranó en su cerebro como si fuesen minutos: La *Eurídice* esquivó los disparos de los zánganos a base de violentas espirales que estarían aplastando a Heith contra los compensadores inerciales del Halo. La arboladura del impulso se encontraba en estado de máxima expansión, recogiendo energía residual del estallido del destructor para transformarla en velocidad. El crucero urtiano continuaba volando muy cerca del sol, en un perihelio de unos cien millones de kilómetros, cabalgando la misma órbita del planeta, y se hallaba muy cerca de la estación.

No se percató del peligro que suponía la cercanía del escalpelo hasta que la circunferencia de éste penetró en sus escudos: lo que aparentemente eran cuatro nodos minúsculos de energía se convirtió en un aro de cegadora luminiscencia. Golpeó como un látigo la coraza física del crucero y la derritió, como había hecho antes con el planeta.

Lina y Valeris se sobrecogieron al ver el espectáculo del arco seccionando una parte del crucero urtiano como un cirujano extirparía un cáncer. De una manera limpia, aséptica. Sin ruido. Sin explosiones.

La *Eurídice* invirtió motores y se aproximó para recogerlas. La doctora se abrazó con tal fuerza a Lina que ésta pudo sentir su cuerpo a través de los dos trajes.

El enjambre de zánganos retornó velozmente a la nave madre, olvidándose de la nave de Lina y bombardeando con saña el aro para intentar destruirlo. Fueron los campos de contención del propio crucero los que detuvieron su avance, sin embargo, al atraparlos en una garra tensorial; pero no pudieron evitar que una porción de al menos treinta cubiertas quedase dañada. En otro tipo de arquitectura naval eso habría resultado desastroso, pero para la configuración acoplada de los urtianos no era un problema insalvable: como un lagarto librándose de la cola, el crucero expulsó las cubiertas dañadas al espacio y selló las heridas, reacomodando su estructura.

Para entonces, tanto Lina como la doctora Valeris se encontraban a bordo del balandro. Decir que estaban a salvo quizá fuera demasiado, pero al menos la capitana se sentía segura con la palpitación del Halo a su alrededor.

—¡Eres un completo imbécil! —insultó a Heith mientras lo besaba en la boca y lo echaba a empujones del foso táctico.

—Debemos contactar con el almirante Rodel —sugirió Valeris—. Poner a la flota sobre aviso, para que acuda a rescatar al personal de la estación que aún sigue ahí dentro.

—Démonos por satisfechos si escapamos con el rabo entre las piernas —replicó Lina—. Si logramos saltar hasta un punto seguro, pediremos ayuda a los militares. Tranquilícese. —Le puso una mano en el hombro a la científica—. Los suyos estarán a salvo. Toda la estación está impregnada con la energía del huevo del Ángel, así que no creo que los urtianos la destruyan. En todo caso se...

Enmudeció, mirando las pantallas.

Heith y la doctora la imitaron.

En la inmensidad del espacio profundo, las galaxias comenzaron a mutar a ojos vista. La luminosidad se desplazó hacia el rojo, los contornos se difuminaron y los enormes brazos espirales contrajeron sus titánicos diámetros. En apenas segundos, las estrellas cambiaron, algo pareció succionarlas a una velocidad que desafiaba toda cordura, los cuásares lloraron canciones de entropía y las nebulosas hirvieron en el caldero de la radiación Buncler.

El universo moría.

Los urtianos se replegaron. Los zánganos se posaron mansamente en los hangares y el crucero se marchó del sistema tan rápidamente como había llegado. El fragmento cercenado por el escalpelo cayó atraído por la gravedad de la luna, efectuando una reentrada sin control en su atmósfera.

Lina y Heith se tomaron de la mano.

—Ya ha empezado —murmuró la doctora, de pie junto a ellos—. El principio del fin.

La capitana no pudo evitar que sus ojos expulsaran lágrimas de pura rabia. Las secó y trazó el rumbo hacia el centro de la Variedad, allá donde la densidad de estrellas y la cercanía de los pozos de gravedad volvía un peligro la navegación. Había un sistema en la periferia de ese sector donde aún era seguro volar, pero donde el concepto «noche» era una quimera, cuyas coordenadas llevaban muchos años memorizadas en el Halo.

Por fin iba a usarlas.

—¿Qué... qué vas a hacer? —preguntó Heith.

—Si esto es el jodido final, quiero estar junto a mi hermana. —dijo Lina, sorbiendo por la nariz—. Doctora, ahora que los urtianos se han marchado, si lo desea, podemos dejarla en la estación. La Armada no tardará en enviar alguna nave de reconocimiento.

Valeris negó enérgicamente.

—No. Si hay alguna posibilidad de averiguar algo más sobre lo que está pasando, prefiero aprovecharla. Iré con ustedes hasta los mundos de la Rejilla, si me lo permiten; hay gente allí que podría ayudar.

—Como quiera. —Lina lanzó un último vistazo al universo en desplome, y se acomodó en la ingravidez del Halo—. Pero dudo mucho de que a estas alturas el porqué importe demasiado.

Zhinz

El marsupial no lo estaba pasando muy bien en las entrañas del crucero urtiano. Liberar a su compañero humano del tubo había supuesto, por un breve instante, un descanso para su castigado corazón: la ilusión de una salida, una vía de escape que pudiera catapultarlos fuera de aquella locura, guiados por la experta mano de Jules, el superviviente. Si a Zhinz no se le ocurría ninguna forma de escapar, su intrépido amigo seguro que lo resolvería. Hasta ahora siempre lo había hecho. ¡Jules el aventurero, el indómito, el experto rastreador que ningún enemigo podía emboscar!

No tardó en darse cuenta de que sólo había sido eso, una ilusión.

El robot flotante le cerró el paso, ejecutando un amplio arco para impedirle huir por la pasarela. Sus apéndices metamorfoseados en estiletes se alzaron amenazantes, prometiéndole insoportables dosis de dolor si daba un solo paso más.

Zhinz reculó hasta tropezar con el cuerpo de Jules. El humano no se movía. ¿Se habría asfixiado? A lo mejor la estratagema del trébol había fracasado, causando el colapso del aparato respiratorio del humano en lugar de su saneamiento...

Alzó los brazos, gesto que para las especies que poseían extremidades solía traducirse como rendición (garantía de que las manos estaban alejadas de los porta armas, colocados en casi todas las culturas bípedas a la altura de la cintura). El robot acarició el cuero cabelludo de Zhinz con una cuchilla. Todavía tenía el rostro chupado hacia dentro, deglutido por el armazón cromado del cráneo.

El marsupial se orinó encima. Cerró los ojos con fuerza, sintiendo cómo los estiletes comenzaban a cortar la piel de su cráneo. Era el fin.

De pronto sucedió lo imposible: una columna vertical de luz derritió el casco de la nave abriéndose paso desde el exterior, desde el vacío del espacio. Avanzó a gran velocidad hacia ellos, seccionando las diferentes cubiertas que encontró a su paso y matando a miles de prisioneros que aún dormían en los tubos. Los cuerpos de estos pobres infelices estallaron, mezclándose con toneladas de cristal derretido y el magma en que se había convertido la materia traslúcida.

Zhinz, ante aquella escena apocalíptica, recordó el iconostasio de su aldea: en tiempos inmemoriales, un héroe se había alzado contra la dominación que había

conducido a sus antepasados a la sapiencia. A lo largo de siglos la leyenda de Ihmmazer, el Gran Defensor (que llevaba el nombre de un dios hacedor de mundos mucho más antiguo que él), se había contado a través de los más ancianos, enriqueciéndose con cada generación. Zhinz había escuchado los cuentos cuando era un cachorro, aunque nunca les había prestado más atención de la que merecía cualquier tradición popular.

Dio gracias por estar equivocado. Había subestimado a sus ancestros: aquélla era la hoja de Ihmmazer, convocada por el Gran Defensor para ayudar a su hijo en momentos extremos.

El robot centinela también debió de intuir el peligro, pues se alejó volando. Zhinz, con varios centímetros de cuero cabelludo colgando por su sien izquierda, se cargó a Jules a la espalda. Zigzagueó entre los tubos llenos de cuerpos, saltó de pasarela en pasarela y se desplomó ante una pared.

La columna de luz seguía avanzando hacia él. De repente frenó: algo la había hecho parar. Violentos temblores sacudían el suelo, como si la integridad estructural del acorazado se viniera abajo.

Comprendió lo que sucedía: los urtianos habían apresado la hoja de Ihmmazer con su tecnología. Los poderosos campos de fuerza habían detenido su avance como una tenaza, y ahora estaban expulsando la cubierta dañada al espacio.

El volumen de gases contenido en aquella sección se esfumaba. A través de la fisura abierta por la espada del dios, Zhinz vio estrellas. Y un planeta frenético que se acercaba girando a gran velocidad. Algunas religiones de su mundo afirmaban que los dioses sólo actuaban llegada la hora undécima, pero claro, eso no tenía sentido en el espacio. Zhinz se preguntó si su dios iba a esperar a los últimos segundos antes de la medianoche en que se había convertido su vida para rescatarlo o terminar de condenarlo.

El marsupial lamentó su suerte, dejando caer los hombros con impotencia. Tanto esfuerzo por escapar, y su única posibilidad de salvación estribaba en que aquellas máquinas lo protegieran de la descompresión explosiva durante la reentrada.

Metió a su compañero en un tubo desocupado y saltó al interior del siguiente; fuera como fuese, no le quedaban más pulmones que expulsar, así que dejó las tapas de ambos bien abiertas.

Cuando el tubo se llenó de líquido, induciéndole un estado comatoso mediante drogas, el último pensamiento del marsupial fue, casualmente, para el cubículo nido que su tribu le tenía reservado para la siguiente estación de cría. Un lugar que era en sí mismo una promesa de la vida, y que él ya no volvería a ver.

Charlemagne

Lo habían separado de su cuerpo.

Llevaba horas cayendo en un pozo sin final, un canal que era una mezcla entre energía radiante y palpitantes horizontes de sucesos. No fue hasta mucho después de admitir que ya no tenía cuerpo físico cuando se dio cuenta de lo que eran estos últimos: otras inteligencias. Seres como él, pura entelequia desatada.

Una hebra limpia de datos lo enganchó como un anzuelo. Char se debatió (¿era una trucha, un salmón o un pez espada?) mientras el cordón de ceros y unos lo sacaba del lago. Su mente se secaba sin notar el contacto con el código. Moriría en pocos segundos a menos que...

ESPERA

(Respuesta automática de Charlemagne.)

¿QUÉ DIABLOS...?

PACIENCIA. PROCESO DE ADAPTACIÓN EN MARCHA.

El cifrado M ardió en sus venas, o lo que fuese que escondiera bajo la piel. No, no tenía piel. Qué estúpido. Sólo el recuerdo de haberla tenido, que por desgracia no bastaba para existir.

Estás casi código adaptado velocidad de asimilación equivocada demoraré un instante arr ya. Hola, Charlemagne. Bienvenido.

—¿Quién eres tú? ¿Qué es este lugar? —preguntó el psiquiatra. O más bien, lo preguntó lo que quedaba de él en aquella hebra de código M.

—Estás en el raió cortex, la fragua de código del cerebro de la nave.

—¿El cerebro de la qué?

—De la nave.

(Charlemagne implementa un antiguo modismo de personalidad y se atraganta. Metafóricamente, claro.)

—¿Qué... qué me habéis hecho?

—La Noótica necesitaba de tus facultades. Te hemos sumado como una gestalt humana completa e independiente al núcleo. Tu antiguo soporte orgánico (lo que los aerobios llamáis «cuerpo») ha sido incinerado. Ahora formas parte de la mente del crucero de guerra, de la memoria global. Ya no eres humano; eres más, un código adaptado perfecto.

—Incinerado... —Le dolía pronunciar, aunque fuera mentalmente, esa palabra.

—Buscas razones. Las hay. Esto no ha sido un acontecimiento fortuito. La Noótica aprende de los rasgos propios de los sofotes. Necesitaba urgentemente de tu experiencia vital para progresar.

—Incinerado...

—Tu idiosincrasia resulta sugestiva, Charlemagne. Aporta al conjunto una dimensión de los seres vivos que nos era desconocida, pero que sin duda deviene en una condición fundamental para la consecución de determinados procesos creativos.

—¿De qué dimensión hablas?

—De la locura.

(Otra implementación.)

—Nos, la mente colmena, hemos decidido agregar tu yo al conjunto para que ejerzas de variable incontrolada. Eres la pieza que nos faltaba para emular el complejo organigrama sapiente de los aerobios. Contigo, el esquema es más sofisticado. Menos perfecto, menos depurado, pero al mismo tiempo... más cercano a la dimensión que llamáis «vida».

—¿Qué habéis hecho con Mel?

—El ente Mel, entendido como un cuerpo orgánico que respira y se alimenta, ya no es necesario. Fue expulsado junto con la sección dañada de la nave a cien segundos de iniciado el ataque. Su suerte nos es desconocida, pero lo que necesitábamos de él se encuentra a buen recaudo en el radicórtex: el ente Gill, cuyo nombre interno es Agnes.

—¿Gill?

—El pasajero de su cerebro. Aquel que atravesó la membrana que separa los universos. Ahora está aquí, con nosotros.

—¿Gill no era más que un maldito programa de psicología barato! No pudo...

—El universo se acaba, Charlemagne. Es una burbuja con fecha de caducidad. Sólo existe una vía de escape para las especies que sean lo suficientemente inteligentes como para aprovecharla: la humana Agnes estuvo al otro lado de la Gran Barrera en una ocasión, y logró volver. Con ello demostró que el viaje en ambas direcciones es posible. Ella nos tutelaré a través de sus sendas misteriosas. Será el guía.

—¿Sendas... misteriosas?

—El único modo de sobrevivir. Hola, Charlemagne. Cuánto tiempo.

—Me estás saludando otra vez. *(No es una pregunta.)*

No «otra vez», aunque en cierto modo soy la que ha estado hablando contigo hasta ahora. Me llamo Agnes. *(Perplejidad ante una implementación no humana. Charlemagne se siente desbordado.)* Los urtianos quieren que me convierta en su faro a través de la tiniebla que separa las realidades. Por eso te necesito, Charlemagne. Voy a fundirme contigo. Voy a amarte y honrarte hasta que el tiempo se acabe y los mundos colisionen por última vez. Necesito tu demencia para que me sirva como escudo frente a los rigores de la osmosis entre universos. Por eso te convoqué. Más que nada en este universo, necesito tu amor desquiciado.

—¡No! Yo nunca...

(Interrupción brusca de la cadena de pensamientos.)

El ente que se denomina a sí mismo Charlemagne Ulner es absorbido por el caos. La ecuación de su personalidad se alinea en torno a una asíntota imposible, a un juego de lógica sin solución, y acaba igualándose a Agnes.

Charlemagne=Agnes cimbrea en la fragua, disfrutando de su recién estrenada psicosis y de ese instante de gloria en que la mente tiene un atisbo del código M. Luego se interna aún más en el núcleo, un pájaro volando en línea recta hacia la tempestad. La orden proviene de otra parte de la nave, como si hubiesen muchas voluntades ahí dentro.

La mente Ur ansiaba aprender lo que era la locura, funcionar mal como objetivo pactado, y acababa de lograrlo con Char. Se sorprendió ante la capitulación mental que ello implicaba, la exégesis que involucra la primera fase de la enfermedad. La locura no empieza por perder la razón, sino la familiaridad. Y lo que la reemplaza es un sentimiento de incertidumbre que es imposible no sólo de analizar sino de comunicar a otros. La mente Ur se sintió, por primera vez en toda su existencia, perpleja ante lo que había a su alrededor; perdida en el universo decoherente, inestable, un lugar donde los aerobios creían en dioses que nunca habían visto pero que los apuntaban con armas de sinsentidos y ¡¡gracias por escucharnos!! a la cabeza. Aspiró más código, más maná tántrico, junto con el cual cayeron también las partículas Charlemagne=Agnes por la sinuosa cascada de la Revelación.

Para entonces, ninguno de los dos recordaba haber sido humano.

Fust

La casa tallada en el mármol, situada cerca del círculo de menhires, contenía una única habitación, un ambiente compartido donde cabían una sala de estar, una cocina y un excusado que podía ocultarse tras una simple cortina. Lo curioso de los muebles y las paredes era que estaban contruidos para que semejaran el interior de una caverna, donde los elementos decorativos crecían a partir de las paredes y el suelo.

Joviann adivinó que aquélla iba a ser su residencia mientras permaneciera en el planeta. Nuara se disculpó y lo dejó a solas, prometiendo que alguien acudiría para ocuparse de sus necesidades. Y se marchó. Los diminutos pezones aún se le marcaban contra la camisa.

El autoequipaje de Fust se posó sobre la cama. Los había seguido como un sirviente fiel e invisible desde el carruaje. El ejecutivo resopló y buscó una botella de licor en los armarios. No la encontró, pero de una estalactita goteaba algo similar al zumo de uvas.

Se felicitó a sí mismo. Una vez se ha aprendido lo que es una victoria pírrica, éstas parecen abundar.

En la mesilla de noche descansaba el tablero de un juego que se le antojó familiar. ¿Cómo se llamaba, purok? Rememoró tardes de asueto empleadas en discutir sobre sus reglas, veladas llenas de amigos y flirteos con las chicas.

El súbito recuerdo del sátiro violando a la vestal diluyó su sonrisa. ¿Qué significaba aquello? ¿Habrían querido transmitirle un mensaje, un desafío encubierto?

¿Acaso era Yara la mujer mancillada, sólo que él no había sabido reconocerla?

Apretó los puños. Debería estar acostumbrado a los juegos de poder, moneda de cambio habitual en su negocio. Pero esto iba más allá. Rozaba sus sentimientos. Y ése era un campo de batalla en el que Joviann Fust no concedía cuartel.

Lo que lo encrespaba era la lentitud con la que parecía transcurrir todo; sobre todo el tiempo, el tiempo, ¡el tiempo! El tiempo no fluía con desenvoltura en Anthelia, o quizá era lo único que a todos les sobraba. A todos menos a él. Fust estaba acostumbrado a cerrar negocios con rapidez, a manejar enormes cantidades de dinero que cambiaban vertiginosamente de manos. Pero allí, en aquel planeta que había hipotecado sus recursos naturales, en la hacienda de la familia que él mismo había vendido para salvar de las deudas a lo que quedaba de su linaje, los acontecimientos se arrastraban a paso de tortuga.

Como los movimientos en el purok: una mezcla de tabas y juego de azar.

Sopló los dados, que brincaron como saltamontes.

Todo era lento, lento, lento, pero en esa colisión contra su sentido de la rapidez descubrió un sentimiento. Una adicción. Se comparó a sí mismo con los coleccionistas gobys, que acumulaban enseres inútiles de otras culturas para aislarse de su propia vacuidad.

—Un nueve y un seis. Los dígitos del amor.

Fust se volvió. En la puerta se recortaba la silueta de una mujer de piel bronceada y pechos generosos. Era la misma a la que había violado el sátiro minutos antes.

Entró sin pedir permiso, se aisló en el excusado y Fust oyó el correr del agua. Al rato apareció de nuevo, sin la máscara y vestida con una túnica.

—Hola, Sivain —la saludó el ejecutivo—. No te había reconocido.

La mujer lo besó en la mejilla. Luego entró en la cocina y preparó una infusión.

—¿Cuándo has llegado, Joviann?

—Desembarqué antes del anochecer —contestó. No cesaba de mirar a la anfitriona con disimulo, calibrando sus formas. Sí, era su prima segunda Sivain, y desde luego había cambiado con el paso de los años. Se había vuelto más... mujer, a falta de otro calificativo más justo—. Tras el descenso me recogió Nuara.

—Ah, la pequeña Nuara. Ha crecido un montón, ¿verdad?

—Está estupenda. En todos los sentidos.

—Eres un diablo, primito. Humm... —Se volvió hacia él—. Me encuentras distinta. —No era una pregunta.

—Pues sí —confesó Joviann—, estás muy hermosa.

—He engordado unos veinticinco kilos desde la última vez que nos vimos —sonrió—. Así me siento mucho mejor. Estaba harta de ser aquella delgaducha que siempre se quejaba de los cambios de temperatura. ¿Te acuerdas de lo impertinente que me ponía en invierno?

—Cómo olvidarlo. Yo tenía que soportarte cuando volvías de la escuela. La verdad es que así estás mucho más atractiva.

—Gracias. ¿Qué te ha parecido el espectáculo de esta noche? —preguntó ella, cambiando bruscamente de tema. Había algo agresivo en su esgrima verbal, una finta retórica que pretendía cogerlo con la guardia baja.

Fust se sonrojó.

—Confieso que hubo un momento en que pensé que aquel sátiro te estaba haciendo daño de verdad.

—Me lo hacía, créeme. —Sivain se frotó la región inferior de los pechos, aún enrojecidos por el rozamiento contra la piedra—. Forma parte de la liturgia: los machos dan rienda suelta a su pulsión sexual y las hembras los controlamos a nuestro gusto. Un doble juego de influencias, aunque cuando gritamos lo hacemos de veras.

—Pensé que eras Yara.

La mujer extrajo una pomada del botiquín y se la untó en los pechos. Al hacerlo le dio la espalda a Joviann, aunque éste la había visto en completa desnudez minutos antes. Entendió que el contexto había cambiado.

—¿Has jugado últimamente al purok? —preguntó ella.

—Ni últimamente... ni hace siglos. La verdad es que lo echaba de menos, aunque ni yo mismo lo sabía.

—Ahora tiene soporte electrónico. La vertiente cultural del juego está comprimida en un caché.

—Las cosas cambian con el tiempo.

—Ella también ha cambiado, Joviann —dijo con voz queda—. No es la misma muchachita tierna e inocente que tú conociste.

Fust apuró el vaso. Su prima le sirvió más.

—Me lo imagino. ¿Quién era el sátiro que te...?

—Tu hermano Semra. Se apuntó al Deaji en el último momento, aunque al principio dijo que no participaría. Estaba ocupado con la vigilancia orbital de la saltoárea.

—¿Mi hermano? —Eso lo cogió desprevenido. Pensaba que Semra había abandonado Anthelia décadas atrás, junto con la rama Lisrham.

—Regresó hace unos años para cuidar de Yara, cuando tuvo su primer aborto. La verdad es que se portó muy bien con ella. Renunció a su carrera de economista con tal de estar a su lado en aquellos momentos de necesidad.

Sivain no necesitó acabar la frase para que Fust escuchase el final: «No como tú.»

—Lo lamento de veras. Yo... no lo sabía. —Rescató la vista del líquido de su vaso. Se estaba ahogando—. ¿Has dicho «primer aborto»?

—Tuvo otro, años después. Le extirparon la matriz.

—¿Y por qué no me avisasteis?

—Porque no era asunto tuyo —dijo Sivain, con cortés indiferencia—. Estabas demasiado ocupado con tus asuntos para prestar atención a lo que sucedía aquí.

—Eso no es cierto. —Joviann deambuló nervioso por la habitación. Eran demasiadas noticias impactantes de golpe—. Tuve que vender el patrimonio dinástico para subsanar las deudas que nos legó el abuelo, cierto, pero siempre traté de mantener el contacto. Además, gran parte de los beneficios os pertenecen. Están ahí, en forma de derechos de explotación, esperando a que los reclaméis.

—Mis sentimientos no son capital especulativo, Joviann —precisó la mujer—. Ni mis recuerdos. Tomaste una decisión unilateral que en su momento creíste que era la mejor, pero en ningún momento nos consultaste. —Lo barrió con la mirada—. Nos lanzaste al exilio sin tan siquiera pedir nuestra opinión.

—¡Era lo único que se podía hacer! —explotó—. Os he pedido disculpas durante años, os he apoyado y defendido, y he financiado los gastos del éxodo para que resultara lo menos traumático posible. El abuelo dejó demasiadas deudas cuando la primera AREAN quebró. Si no hubiera actuado como lo hice, esta familia lo habría perdido todo. ¿Entiendes? —Abrió los brazos, abarcando más de lo que él mismo pretendía—. ¡Todo!

—Había otra solución —objetó Sivain. Sus palabras tenían filos—. Debiste confiar en nosotros si querías ponerla en práctica.

—Barajé todas las posibilidades, ayudándome de los mejores consejos de administración que se pueden comprar y las mejores IAs —alegó con cierto desprecio, como si ella (y en asuntos de índole económica era cierto) no tuviese ni la más remota idea de lo que estaba diciendo, y sus argumentos pesasen lo mismo que el humo—. Y créeme, no existían alternativas. Te lo dice un experto en guerra corporativa.

—Te equivocas. Cuando todo falló, aún nos quedaba la tecnología Synder.

—¿La...? —Fust apuró la infusión de un sorbo—. ¡La Synder es un mito, joder! Una locura del abuelo en la que desperdició sus últimas décadas y su fortuna. ¡Por eso nos arruinamos! —Hizo una pausa—. Espera. No estarás insinuando que...

—La hemos desarrollado, sí —dijo con toda sencillez.

Y se marchó.

Fust permaneció horas mirando al techo de la habitación-caverna, su cabeza hirviendo con las dudas. «El primer aborto.»

¿Dónde estaba él mientras la mujer de sus sueños se moría? Sivain tenía razón. Se había alejado demasiado.

Capítulo 13

Informe horario n.º 6558691 / P 114

Cripto:

2

Asunto:

Tsunami de mensajes en la red.

Extensión:

1,780 Lymes; 0,212 segundos de anchura de canal (*subvencionado por el Ministerio de Comunicación y Relaciones Panculturales de Ciudad de Cruces*).

Adjunto:

Audio y vídeo.

Remite:

Comisión para el mantenimiento de la red de comunicaciones. Responsable: Doctor Griek Tar.

Texto:

Imagínense un lago plácido, un espejo perfecto que descansa intocado bajo la luz del amanecer. De repente comienza a llover, una suave llovizna cuyas gotas rompen el sosiego de las aguas. Ondas suaves y tranquilas se propagan con parsimonia por toda la superficie, mezclándose y fundiéndose pero sin perturbar el sosiego del ambiente.

Eso es la red de comunicaciones de la Variedad en un día normal.

Ahora traten de imaginar ese mismo lago sacudido por un terremoto que desencadena una tempestad que provoca a su vez un huracán. Imaginen enormes olas lanzadas con violencia al aire para estrellarse contra farallones de agua y muros de viento. Ése es el aspecto que tiene ahora la red. Todo el mundo, y me refiero a cada ser en cada mundo, de todos los órdenes sapientes conocidos, está usando la LR para llamar a alguien: familiares, amigos, expertos en fenómenos estelares, líderes religiosos, militares, artistas de renombre, agentes de seguros...

Están asustados, y eso se traduce en un caos absoluto en la gestión de sus llamadas. Los departamentos que gestionan las redes de datos hacen lo que pueden por ordenar semejante maremágnum, pero es una lucha perdida. Solicitamos que la Administración de la Rejilla nos conceda más medios para paliar este desastre. Nosotros también estamos asustados; miramos al cielo y vemos lo que se avecina. Pero sólo si nos organizamos de forma coherente podr... [...] (*Corte brusco en el mensaje debido a una caída masiva de los repetidores cuánticos. La comunicación aún no ha podido ser restablecida.*)

Zhinz

El dios Ihmmazer cayó de la montaña. Su lanza, quebrada por los alientos de cien titánides, se clavó en el suelo oceánico formando extensas cordilleras, algunas de las cuales eran tan altas como para sobresalir por encima de la superficie y alumbrar islas, de las cuales brotaron continentes enteros.

Eso afirmaba la leyenda, y también que sobre el esqueleto del dios muerto sus hijos construyeron el siguiente mundo: los huesos sirvieron de andamios para los océanos, las costillas de anclaje para los continentes, el cráneo fue relleno con polvo de hierro y provocó la fuerza que besaría las brújulas por toda la eternidad, señalando el lugar de su tumba.

Zhinz había visto la espada sagrada de Ihmmazer amputar el brazo del crucero urtiano; había sentido el temblor cuando reentraron en la atmósfera. Casi murió aplastado cuando el coloso impactó contra la llanura, en algún remoto lugar de un continente teñido de ámbar por las emanaciones sulfurosas de los volcanes. La ira de su dios cayó sobre todos los mortales. El martillo de la ira divina hizo temblar el universo.

Pero ésa era otra historia.

A duras penas pudo salir del tubo. Los motores de la sección amputada de la nave habían frenado la caída, no tanto como para evitar el impacto, pero sí para que no cayeran a una velocidad de cientos de kilómetros por segundo. Eso habría fracturado la corteza, dando origen a una nueva cadena de volcanes, y no habría dejado de los prófugos del crucero ni unas cuantas moléculas que sirvieran de testimonio a su existencia.

Pero estaban vivos. Al menos él.

La nave era una mixtura irreconocible de aleaciones. Recordó la caída, cuando la nave se había convertido en un venado herido que se desplomaba en cámara lenta, tosiendo estática y perdiendo posesiones, escupiendo chorros de fluidos quemados y graznando, como un cometa enloquecido a medida que veía su propia sombra agrandarse más y más. El habitáculo principal se quemó en algún momento de la reentrada (cuando la vieja discusión con la gravedad alcanzó cotas de inusitada ferocidad), calcinando a los desdichados ocupantes de más de cincuenta mil tubos. Pocos de los que quedaron escaparían a la asfixia posterior.

Zhinz no se preocupó lo más mínimo por ellos. Tenía sus propios problemas.

Ignoró los golpes de manos y tentáculos que arañaban los tanques a su alrededor. Ignoró los gritos ahogados, y se concentró en extraer a Jules de su prisión y enfundarlo en una burbuja presurizada. Había encontrado tres en un compartimento de la sala principal, desde donde se monitorizaba el estado de los miles de tubos. Él se vistió con otra y la cargó con la mezcla de gases propia de su mundo natal, programando oxígeno y nitrógeno para Jules. Era como caminar en el interior de esferas de plástico llenas de gas, a las que el propio acto de andar hacía girar bajo sus pies.

El humano despertó a las pocas horas.

No hablaron. No hacía falta. Sepultados por miles de toneladas de cristal, rodeados por los cadáveres de un millón de desdichados, a ninguno se le ocurrió nada

que decir. Al menos, nada gracioso.

El humano no podía moverse: se había partido ambos brazos durante el choque. Bajo el efecto de los sedantes, Jules se creyó rey de algo llamado Klimor, enemigo declarado de los gobys y sus sucedáneos genéticos, e insultó a Zhinz con un bronco elenco de florituras antes de rogarle con lágrimas en los ojos que tuviese cuidado con los perros de la sexta camada. Luego se quedó otra vez dormido.

El marsupial también lloró. Los tentáculos habían cesado de moverse en los tubos. Las manos de cinco dedos también.

Muertos. Estaban todos muertos.

Pataleó en el interior de su burbuja, haciéndola rodar hacia lo que parecía una fisura en el casco. A través de ella entraban vaharadas de polvo planetario, de color naranja brillante. En efecto, una herida comunicaba con el exterior; su contorno hervía con la espuma de las nanomáquinas, que trataban inútilmente de sellarla.

Zhinz agarró las paredes de la burbuja y las estrechó para que cupiera por la abertura. Salió al exterior.

Vio una llanura inmensa, cortada por barrancos que no estaban allí antes del impacto. Por todas partes yacían restos de la nave, enterrados en el polvo.

Descendió por las quebradas, siempre rodando en su esfera de plástico. No vio nada aprovechable. Le había dejado dos cápsulas de aire a Jules, con lo que a él sólo le quedaba una. Tres horas de gas enlatado en una botella. Tres intentos para reconciliarse con sus dioses. ¿No te arrepientes de aquello? Primera oportunidad desperdiciada.

Se alejó esquivando pequeños remolinos que nacían espontáneamente aquí y allá, y puso los pies en la inmensa llanura.

Un océano de nada se extendía en seis direcciones.

Tomó aliento y colocó el pie derecho delante del izquierdo.

Una apostasía de los marsupiales: Zhinz mirando a la Eternidad, y la Eternidad devolviéndole la mirada.

* * *

—¿Z... Zhinz?

Jules se incorporó, más despejado. Estaba encerrado en una burbuja de plástico, rodeado por escombros y trozos ensangrentados de cuerpos.

Lo último que recordaba era a esa bendita babosa de Zhinz sacándolo de un infierno de gel, de un pozo de asfixia. ¿Y después?

La nave urtiana. Los escombros eran sin duda parte de ella. La habían derribado.

Sus brazos estaban entablillados. Trató de levantarse y perdió pie. Con torpeza, se

arrastró para hacer avanzar la burbuja. Un indicador en la superficie le avisaba de que la mezcla de gases empezaba a ser un poco peligrosa para un organismo de su especie, y le recomendaba que o bien purificase la mezcla, o bien cambiara de especie.

Jules atravesó la grieta en el casco y vio la llanura. No se veía al marsupial por ninguna parte, aunque un rastro en la arena confirmaba que una segunda burbuja había estado allí. Su huella se alejaba hacia el interior del desierto, zigzagueando graciosamente (¿podían anadear las burbujas microclima?) para no volver.

Le dolían horrores los brazos. El efecto de los calmantes se iba desvaneciendo. La burbuja trató de administrarle otra dosis mediante una especie de tentáculo con una aguja, pero ya se había agotado toda la droga.

Jules se sentó en el suelo, sobre el plástico. Comenzaba a sentir la embestida de algo así como veinte dolores de cabeza, uno encima de otro. Fue más o menos cuando iba por el número nueve cuando miró su cinturón. Había un par de botellas de oxígeno allí. Zhinz seguramente se las habría dejado. Otra muestra más del amor y del respeto profundo y auténtico que sentía por él, que, desde luego, el humano no se había ganado. Decidió, por primera vez desde que lo había conocido, que el marsupial era su amigo. Sí, un amigo, no un mero instrumento para conseguir ciertas metas, un guía nativo en la pantanosa jungla de la alienidad.

Si salían razonablemente indemnes de aquel lío, pensaba acompañarlo a su planeta y participar en una de las ofrendas a la fertilidad que constituían su única fiesta, una ceremonia muy alegre y francamente glandular a la que de vez en cuando invitaban a algún ajeno a la tribu.

El rumor del viento contra la pared que lo protegía tenía algo de musical. El polvo de sulfuro resbalaba sobre la esfera provocando ruidos graciosos, como de hormigas bailando claqué.

Zhinz se había marchado, tal vez aterrorizado, tal vez a buscar ayuda, tal vez a mezclarse con el desierto para formar un nuevo tipo de expresión marsupio-mineral de la naturaleza. Esa desquiciada, terrible, apestosa naturaleza de mentira. Miró al cielo. El espectáculo de las galaxias en desplome lo mantuvo en estado de profunda consternación durante más de una hora.

La silueta de lo que parecía una estación orbital rebasó el horizonte. Escaló el cielo hasta situarse en su cénit en menos de diez minutos; junto a ella resplandecían los destellos de naves pequeñas. Ninguna descendió al planeta para interesarse por ellos. Seguro que podían ver con sus potentes sensores la obra de arte de destrucción radial que el pecio había tatuado en la llanura, pero no se arriesgaron a bajar. Todavía no. Aún había cosas importantes que hacer en el espacio.

Jules lo entendía. Si el universo se iba al carajo, él también querría estar junto a su familia, volar lejos, hacia su casa, con la nave más veloz que encontrase en lugar

de pasar sus últimas horas escarbando en un estercolero de metal alienígena.

«¿Y así acaba todo? ¿Sin un propósito, sin una meta final digna de las vicisitudes del viaje?», meditó. Tenía gracia. Una gracia letal. ¿Tan desesperada era la situación de los habitantes de la isla de soles que todas las odiseas estaban condenadas a no encontrar una costa que pusiera fin a sus desdichas?

«Nos haremos ricos si vendemos esta nave. Confía en mí... Ésta es la oportunidad de nuestras vidas para hacer un buen negocio... Zhinz... te daré el trei... el veinte por ciento.»

Su risa amarga fue el único sonido que se impuso al ulular del viento.

* * *

Zhinz no se volvió para mirar atrás en ningún momento. Siguió andando hacia delante hasta que los pies le sangraron, y no se preocupó ni siquiera en mantener el rumbo siempre recto. Lo único que le importaba era seguir avanzando, más como concepto filosófico ya que como realidad física. Avanzar, caminar, dejar atrás todo lo malo y lo dañino, y rebasar el siguiente horizonte. Tal vez allí encontrase una mano amiga, que le mostrase un camino para volver a su hogar. A su casa, con los suyos. Ya no pensaba en otra cosa. Hasta se había olvidado de su amigo Jules.

Se paró y se mantuvo un instante de pie, erguido y tambaleándose sutilmente hacia los lados, antes de desplomarse dentro de su esfera de plástico monoclima.

Zhinz se despidió en silencio de su familia, y se dispuso a morir.

Fue entonces cuando alzó unos milímetros la cabeza, y sus ojos enfocaron una delgada figura delante de él, en la llanura sin aire. De pie y sin traje de vacío, mirándolo con expresión tranquila.

Un hombre tatuado que portaba una lanza.

Jan

—Las palabras de nuestro vocabulario no sirven para describir lo que es usted.

El almirante Rodel observó detenidamente a Jan Delvian a través del cristal. El soldado llevaba puesto un casco LOC, un espía de medio kilogramo que leía flashes de pensamiento procedentes de su corteza cerebral. La cognoscitiva transformaba esos impulsos en imágenes y las proyectaba sobre las paredes de la sala, mostrando a los doctores lo que pasaba por el cerebro de su singular paciente.

Ahora, Jan estaba rodeado por una playa. Una figura aparecía y desaparecía a intervalos, conjurada por su mente pero vuelta a expulsar de inmediato de aquel

entorno onírico. Como si no fuese su papel el vigilar la arena ni las olas, ni las nubes del cielo distante, ni el tímido gemido sinfónico de las caracolas. Parecía una joven que no llevase nada encima.

—¿Qué creen que soy, entonces? —preguntó Jan, sin molestarse en ocultar su mal humor.

—Un anacronismo. —Rodel tomó asiento. El jefe del equipo médico le mostró un informe preliminar—. Una equivocación. Un intruso en este nivel de realidad. Por eso necesitamos su ayuda.

—Mi paciencia se agota, almirante —gruñó el soldado—. He permitido que me hicieran todas las pruebas que sus científicos han necesitado. Me han sometido a tests que han durado días enteros en los que he perdido hasta la más mínima noción de intimidad, y me han hecho sentir durante todo ese tiempo como una miserable rata de laboratorio. —Endureció la mandíbula—. Más no puedo ofrecerles.

—¿Ha oído hablar de la teoría de la Habitación Oscura? —preguntó de repente Rodel.

Jan alzó una ceja.

—¿La qué?

El almirante cerró las páginas del informe y las dejó descansar sobre sus rodillas.

—Hemos indagado en los lugares más recónditos de la Variedad, en el poco tiempo del que hemos dispuesto, tratando de encontrar una explicación al enigma que usted representa —dijo—. El ejército ha gastado una fortuna desenterrando conocimientos de antiquísimas memorias y comprando tiempo de computación para analizarlas. Incluso hemos contratado expertos en lenguas muertas y formas de expresión no sofontes para que nos tradujeran textos. Ha sido un proceso muy complejo, pero al final hemos sacado algo en claro.

—Me alegro. —Jan cruzó las manos detrás de la cabeza. De las imágenes en cascada de las paredes se esfumó la playa, barrida por una marea de luces, siendo reemplazada por nubes aleatorias de verde, el color mental de la curiosidad—. ¿Puedo saber de qué se trata?

—Desde hace milenios —continuó Rodel—, en diferentes puntos de la Variedad han venido apareciendo artefactos cuya naturaleza nos es desconocida, pero que guardan preciosos secretos en su interior. Los llamamos Xfinges. No sabemos de dónde provienen, quién o qué los creó, cómo llegaron a parar a nuestra realidad... pero sí sabemos que contienen fragmentos de sabiduría que hacen avanzar nuestra civilización a grandes saltos.

—¿Xfinges? preguntó Jan, extrañado. Jamás había oído ese término.

Rodel paseó junto al cristal irrompible y (Jan supuso que en contra de las normas) se encendió un cigarrillo.

—La posesión de tales artefactos ha desatado guerras feroces desde el principio

de los tiempos —prosiguió—, pero cualquier sacrificio empleado en su obtención siempre mereció la pena. Daba igual el precio a pagar, el beneficio siempre fue inmensamente superior. —Su voz se había vuelto distante, soñadora; era el mismo tono que habría empleado para contarle un cuento de hadas a su hijo. Con la diferencia de que en sus ojos se leía claramente que estaba convencido de que todo era verdad. Y parte de una gran verdad superior.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —preguntó Jan con suspicacia. El color de las paredes ahora era rojo. No sabía qué emoción representaba en la paleta de la mente, pero a todas luces era algo más profundo y poderoso que lo anterior.

—Porque la última Xfinge de la que tenemos constancia, señor Delvian, aparecida en un planeta llamado Anthelia hace doscientos años... —hizo una pausa dramática, de rabiosa eficacia—. ..habla de usted. Exactamente de usted.

Colores de perplejidad empaparon la sala. Amarillos chillones, azules, morados... una mezcla caótica de todas las tonalidades.

—¿Cómo? —se sorprendió el soldado.

Rodel se pasó dos dedos por la frente, apartándose el flequillo.

—Lo hemos mantenido en secreto durante generaciones. Los hombres prácticos nos negamos a creer en profecías, pero ésta era demasiado clara para ignorar su relación con los actuales acontecimientos.

—No puedo creerlo —rió Jan—. ¡Profecías encerradas en reliquias! ¿Está hablando en serio? —Se dio una palmada en el muslo—. Seamos prácticos, como usted dice: todo eso es muy improbable, almirante.

—Su análisis molecular sí que es improbable —masculló Rodel—. Al menos ahora, después del incidente con el Ángel, sabemos lo que son las Xfinges. O eso creemos.

Jan lo miró fijamente, a través del cristal. Su casi perfecta transparencia apenas restaba definición a los ojos del contrario.

—¿Y bien?

Rodel exhaló una vaharada.

—En su informe, usted nos habló de Anomalías. Manifestaciones de algo que los suyos llamaban «la presencia gestáltica».

—Los restos psíquicos del último Emperador —asintió Jan—. Después de mil años volvieron a manifestarse en nuestra realidad. Yo fui entrenado para combatirlos.

«Y uno de ellos me mató», pensó, pero no lo dijo.

—Tenemos una nueva teoría. Algunos piensan que las Xfinges podrían ser también manifestaciones de ese poder mnémico, «anomalías», concretadas en nuestro universo como un espejo del suyo. Una especie de canal entre ambas realidades, que sirve para transportar ideas, nociones de pensamiento, de una a otra.

Jan meditó sobre ello.

—¿Una especie de osmosis de ideas? Podría ser... pero si eso es cierto, implicaría que las Anomalías son comunes a todos los subuniversos. Y que en cada uno se manifiestan de manera distinta. Implicaría... —su corazón se aceleró— que la mente del Emperador Gestáltico puede seguir existiendo en alguna parte. Que su voluntad creadora sigue activa.

Captó la expresión taciturna del almirante. Sus palabras parecían herirlo.

Comprendió lo incómodo que debía sentirse Rodel: en algún momento de los últimos días, entre examen y examen médico, entre prueba y prueba desagradable e insultante para su ego, Jan había dibujado un círculo en un papel. Luego había trazado tres líneas rectas que partían de su perímetro, y al final de cada una situó esferas más pequeñas. En el centro del círculo madre escribió con trazo rápido la palabra «Metaverso», y en una esquina del papel, «tetrapectos».

Tetraversos.

Imaginó que la comunidad científica de aquella realidad se estaría devanando los sesos cavilando sobre lo que implicaba ese dibujo. Incluso al propio Jan le parecía risible, pero a tenor de los acontecimientos de los últimos días, ya nada era descabellado.

Ahora se atrevía a insinuar que su universo natal era el único «verdadero», del que partieron otros más pequeños y encerrados en esferas conceptuales a las que sus habitantes bautizaron como «Mares de Bolzai», sin saber lo que eran realmente. Tetraversos creados por el último Emperador, el subconsciente de la legendaria emperatriz Sandra, antes de ser destruido.

En otras palabras: los estaba llamando sueños. Entelequias. Seres creados por la voluntad de un dios enloquecido al que sus antepasados habían dado muerte. A Rodel, a los científicos, a los habitantes de los mundos de la Rejilla, a todos.

Los estaba llamando mentiras.

—¿Se ha molestado en calcular la energía necesaria para hacer lo que usted sugiere, señor Delvian? —preguntó Rodel. Jan advirtió que bajaba el volumen para esconder un temblor en la voz. A pesar de su talante regio, en el fondo tenía que estar aterrorizado—. ¿Qué clase de ser tendría el poder para crear algo de semejante envergadura?

—La energía necesaria para algo así sería... casi infinita. Un gógolplex de potencia electromagnética. Es inverosímil, lo sé, pero no es más que una teoría.

—Una teoría que está peligrosamente cerca de volverse realidad. —El almirante entornó los ojos—. La luz del desplome de las galaxias allende el Bolzai está llegando a los planetas interiores mientras hablamos. Nuestra civilización se viene abajo. Y no tengo nada con lo que enfrentarme a este misterio, soldado. Ayúdeme usted.

Jan se mordió el labio.

—Yo... haría lo que pudiera, encantado, pero no sé cómo.

—Su armadura puede ser la clave. Háblenos de ella. Enséñenos a manejarla. La usaremos contra los urtianos y puede que les arrebate algún fragmento de su estrategia de supervivencia. Sabemos que tienen un plan en el que están volcando todos sus recursos como especie. Para ellos ya no hay vuelta atrás... y para nosotros tampoco.

—Le he dicho cientos de veces que la armadura no responderá ante nadie que no sea yo. Está ligada nanoorgánicamente a mi ADN. Pero si me dejan salir de aquí...

Rodel descartó la sugerencia con un ademán.

—No podemos arriesgarnos a que usted la use.

—¿Por qué? —Jan se levantó. Las holografías derivaron hacia el púrpura de la crispación—. No pienso huir. ¿Adónde iría? También estoy atrapado en este lugar, como ustedes, y si el maldito universo se viene abajo, nada me asegura que pueda sobrevivir.

Rodel fingió pensar en ello.

—Humm... ya veremos. Por ahora límitese a mostrarse lo más cooperativo que pueda con nuestros científicos. —Aplastó el cigarrillo contra el marco del ventanal—. Es poco, pero es lo único que tenemos por el momento.

Hizo un ademán de marcharse, pero Jan lo detuvo golpeando el cristal.

—¡Espere! ¿Han contactado con la doctora Valeris? Ella seguramente poseerá datos muy valiosos sobre mi llegada a este universo, el momento exacto en que se abrió el agujero blanco.

—¿Aún no se lo han dicho? La estación orbital de la doctora fue destruida por una nave de guerra urtiana. Ya hemos enviado una escuadra a socorrerlos, pero no sabemos si ella ha sobrevivido, o si logró salvar los datos sobre su llegada. En realidad, no sabemos nada.

El soldado se recostó en la silla, abatido.

—Esta guerra es inútil.

—¿Por qué lo dice?

Jan rió sin ganas.

—Todas lo son.

—Esa no parece la opinión de un soldado.

—Es la de uno que ha visto demasiada sangre.

El almirante dobló por la mirada los informes y se los colocó bajo la axila.

—Probaremos la armadura con voluntarios. Cuento con usted para que nos asesore.

—¡Los sistemas de inteligencia simulada no funcionarán! —objetó Jan—. Intentarlo sería muy peligroso, además. La armadura se defenderá si cree que su nuevo portador es un intruso.

Las cejas del almirante se contrajeron.

—Entonces será responsabilidad suya por no haber cooperado.

Jan golpeó el cristal.

—¡No sea estúpido! —vociferó—. ¡Sáqueme de aquí y déjeme luchar! He sido entrenado durante años para enfrentarme a las Anomalías y tengo mucha experiencia en combate. ¡Estoy de su parte!

Rodel le dio la espalda y se marchó sin mediar palabra. Jan apoyó la frente contra el cristal, y observó cómo las vaharadas de su aliento lo plateaban.

No había forma de razonar. Aquellos idiotas se comportaban como ratones asustados; veían cómo el laberinto que albergaba su existencia se desplomaba sobre sus cabezas sin que pudieran hacer nada por evitarlo, y en lugar de abrirse a nuevas opciones, a propuestas innovadoras de supervivencia, tomaban cualquier imprevisto como una coacción. Las interferencias procedentes del exterior (como el propio Jan) eran juzgadas como amenazas potenciales, no como posibles ayudas. La civilización de las Quince Especies se estaba volviendo profundamente paranoica.

Pero ¿quién no lo haría en una situación tan dramática?

Tenía que pasar a la acción si quería sobrevivir. Hasta ahora se había mostrado cooperativo a la espera de que una solución apareciese por sí sola, pero empezaba a darse cuenta de que eso nunca sucedería. Tendría que buscar una vía de escape, aunque eso lo convirtiese en un traidor a ojos de aquella gente. Si volvían a atraparlo, lo matarían sin pensárselo dos veces. Y el propio Rodel daría muy gustoso la orden.

—Se acabó la espera —decidió.

Cerró los ojos y dio una orden mental, invocando a su armadura. Ésta desapareció de los laboratorios ante los perplejos ojos de los científicos, y en una décima de segundo se manifestó sobre su cuerpo, plena de energía.

—Como ratas en el laberinto —murmuró Jan.

Antes de que los guardias tuviesen oportunidad de dar la alarma, Jan se volatilizó con el resplandor de la teleportación cuántica.

Capítulo 14

Informe horario n.º 6558713 / P114

Cripto:

1

Asunto:

Boletín de Turbulencias. (*Grupo efe informes breves en tomo a una temática común. Criterio de clasificación: urtianosà ataques indiscriminados à destellos en el Abismo.*)

Extensión:

932 Lymes; 0,011 segundos de anchura de canal (subvencionado por el Ministerio de Comunicación y Relaciones Panculturales de Ciudad de Cruces).

Adjunto:

Sólo audio.

Remite:

Ravintelios de Styra. (*Se ignora qué son.*)

Texto:

001 [Hablando en cumular dos]

Los urtianos están invadiendo nuestras colonias. Avistamos bombas de plegamiento cero y destellos T en el espacio profundo. Dos millones de colonos han muerto en el último ataque, y otros quinientos mil resisten el avance de las tropas enemigas, pero sin esperanza. Suplicamos ayuda a toda especie inteligente y con capacidad militar que escuche este mensaje. Nos están matando a todos.

002 [Ídem anterior]

A 101.9 nanosegundos del evento, la cognoscitiva de nuestra ciudad decidió transmitir este mensaje en prevención de que no quedase ningún hidrobio vivo para hacerse cargo. Nuestra estrella está comenzando a variar de tonalidad, del amarillo intenso a un rojo desvaído. Su radio se expande a velocidad vertiginosa. Ya ha devorado dos planetas y sigue creciendo. Creemos que dos mundos antes habitados todavía continúan orbitando en el interior de la cromosfera, por lo que nos disponemos a enviar una misión de rescate para ayudar a los supervivientes. Rogamos a los interesados en prestar ayuda se reúnan en las coordenadas...

003 [Senda idiomática: merovingio 5 à xantraz veosiano à estándar de la Rejilla, adaptado según el diccionario Anderlesku Tamtra ©, con autorización]

Distancia del Fenómeno: noventa y seis años luz. Tiempo estimado de llegada a nuestro sistema solar: dieciocho horas. Cuatro naves más han abandonado nuestra flota. Sus capitanes están acusados de alta traición y sus naves serán volatilizadas nada más ser localizadas. Este mensaje es para recordar a todas las naves que aún son fieles a la flota que los desertores serán tratados con la más severa rest...

004 [Ídem anterior]

Todos debemos inclinarnos ante el destino ineluctable, incluso quienes carecemos de cuello que doblar.

Jan

La flota se movilizaba.

Miles de naves revoloteaban en torno a gigantescas estaciones de batalla con forma esferoide, en cuyo pozo ecuatorial destellaban alfilerazos de luz. Destruccioneros parecidos a halcones de guerra danzaban en formacion, sus trayectorias demarcadas por finas barras actinicas de luz que brotaban de sus alas. Cada escuadra de cruceros recién llegada a la órbita de ataque iba ocupando los puestos libres en la supermanada con precision, dispuestas a cabalgar los túneles R cuando les llegara el turno.

El punto de reunion había sido establecido sobre un planeta de mares verdosos, un mundo rodeado por anillos de chatarra espacial. Centenares de fábricas orbitales aprovechaban esa fuente de material para manufacturar objetos: satélites, naves sonda, antenas de soporte, armas ligeras y pesadas, más fabricas... Por debajo de esa frenética actividad industrial, el planeta era una esfera esmerilada partida por cristales de medianoche. Los continentes se perfilaban contra espumosos arcos de océano, mientras que, a lo largo del terminador, los relámpagos bailaban sobre nubes y picos montañosos.

Jan descubrió que lo habían encerrado en una de aquellas estaciones flotantes del anillo. Y no le extrañó. Los responsables de examinar su cuerpo temían que se volviese inestable a nivel molecular en cualquier momento, y que pudiese estallar como una potente bomba de hidrógeno, por lo que había que mantenerlo alejado de zonas habitadas o ricas en recursos biológicos. Aún no había sucedido, pero aunque la probabilidad fuese minúscula, ni el propio Jan podía asegurar que no fuese a ocurrir.

Abandonó la estación por sus propios medios. La armadura le proporcionaría impulsión ilimitada, pero sus sistemas de ocultación no eran del todo fiables estando tan cerca de las antenas de la flota. En lugar de salir al espacio profundo para aproximarse a las naves, voló como un resto cometario más entre la suciedad de los anillos. Cruzó cien kilómetros de escoria, refugiándose en los sectores más densos cada vez que una patrullera de vigilancia pasaba cerca. De fondo, veía la mancha lechosa del núcleo de la Variedad, tan cercana que parecía que su luz era inmediata, sin el retardo temporal que hacía venerables y dignas de respeto las constelaciones. Esa mancha era inmensa y misteriosa, como su futuro.

Tras varios saltos rápidos de una región densa del anillo a la siguiente, logró aproximarse lo suficiente a un pasillo aéreo como para intentar un salto hasta una de las naves que en ese momento abandonaban la atmósfera. Sería una maniobra arriesgada, pero si no alcanzaba algún destructor antes de que penetraran en el hipervínculo, perdería de vista a la flota para siempre.

Desde la superficie del planeta subía un contingente de galeras de carga. Le recordaron las naves de bucle Serengy que había visto de niño. Al verlas

aproximarse, Jan trató de imaginar el bucle, sin resultado. Supuso que para cualquier observador que lo descubriese flotando allí, un hombre sin escafandra vestido con un traje pegado al cuerpo, más negro y frío que el mismo espacio, supondría una experiencia igual de inverosímil que tratar de hacerse un esquema mental de lo que sucedía en el corazón blindado de todas aquellas naves. La ciencia tenía sus milagros, y había veces en que más valía no intentar comprenderlos si uno quería seguir cuerdo.

Calculó la trayectoria de la galera que cerraba el convoy y se preparó para saltar. No fue difícil: la interceptó limpiamente cuando rebasaba el anillo de escoria, y el traje lo protegió sin problemas del aura de radiación que había quedado pegada a ella durante el despegue. Era como recostarse en una cama de bolitas de corcho cargadas eléctricamente, cuyos graciosos saltitos masajearon la espalda y hacían cosquillas.

Se agarró al fuselaje de la nave. La galera lo condujo al interior de la supermanada principal, como había previsto. Su piloto revoloteó entre enormes destructores cuyos contornos hacían pocas concesiones a la dinámica atmosférica; procuró no estorbar en las áreas reservadas para la concentración de cazas y bombarderos de ataque veloz, y redujo la velocidad cuando alcanzó su puesto en la fila de naves de carga. Al fin se acopló al grueso cardumen de cargueros con una maniobra en forma de sacacorchos, que la situó justo en el centro de sus hermanos.

En cuanto sintió el martilleo de los retrocohetes, Jan se soltó. Ocultó su cuerpo bajo un escudo de invisibilidad y flotó a la deriva, simulando ser un residuo de los motores del carguero. Observó que grandes anillos Gauss se paseaban entre los grupos de naves de pequeña eslora, acelerándolas hacia regiones vacías de la órbita. Junto con las naves, aquellos pozos de magnetismo flotantes también disparaban los fragmentos de escoria metálica que escapaban de las fabricas. Muchos de ellos colisionaban inofensivamente contra los escudos de los cruceros de combate, por lo que nadie se preocupaba demasiado de su presencia.

Jan sonrió. Allí había un método de acercamiento que podía serle útil. Modificó su trayectoria para colocarse frente a uno de los grandes anillos, se abrazó las piernas para reducir el impacto en los radares, y se dejó disparar como un balón de plomo cuando el ingenio lo rebasó, a él y a cuarenta naves más. Sólo que su cuerpo no siguió la dirección del flujo electromagnético: la corrigió sutilmente para que el impulso lo llevara a impactar contra el crucero más cercano.

Con un chisporroteo, atravesó los escudos de fuerza graduados al mínimo —si hubiesen estado a media potencia jamás habría podido sortearlos— y se aferró al casco, generando microgravedad en las botas. El navío alcanzaba los quinientos metros de longitud y se remataba por una construcción catedralicia erigida en la popa (el puente de mando y los cabildos de control), ribeteada de columnas góticas.

Jan caminó por la extensa planicie sin ventanas del casco en busca de una esclusa. La piel de la nave reflejaba todas las constelaciones del cielo con una intensidad

cegadora, visible incluso a través de los campos prismáticos de los escudos de fuerza. La galaxia, derramada en aquel espejo plano, parecía una enorme rueda de estrellas abandonada por el pincel de un artista, sin más contacto ni hermanamiento con el ser que la observaba que una metáfora.

Jan se apresuró. Las cunas de masa ya se estaban arracimando detrás de los enormes cruceros para facilitar su salto al Hipervínculo, así que no le quedaba mucho tiempo.

Halló su esclusa en las cercanías de un motor de impulso R, grande como una montaña. Si se arriesgaba a reventarla saltarían todas las alarmas, así que optó por la estrategia más peligrosa: la capacidad de teleportación que le proporcionaba la armadura consumía una cantidad desproporcionada de recursos, así que sólo debía emplearla en momentos de extrema urgencia. Pero si se teleportaba al interior de la nave a ciegas, corría el peligro de aparecer con las piernas dentro de un mamparo, o con la cabeza incrustada en una tubería.

Jan pegó una mano al casco y activó las rutinas de cartografía. Apuntó los sensores a la esclusa y, trabajando a plena potencia, obtuvo una ecografía de lo que había detrás. Espacio libre, bien, con una pequeña mancha a la derecha que podría ser algún tipo de consola de mando. El soldado desapareció durante un brevísimo instante de la realidad.

Casi inmediatamente, el crucero se puso en movimiento. Los gigantescos motores expulsaron una llamarada de algo que no era luz ni fuego de varios kilómetros de longitud, y la nave desapareció.

El crucero se mantenía en alerta amarilla. Jan imaginó que, tras su fuga de la estación, habría cundido el pánico entre los militares y habrían radiado una orden de búsqueda de alta prioridad. La expresión estupefacta de los científicos habría mudado a otra de espanto cuando la armadura se teleportó ante sus narices. Si era capaz de hacer eso, ese pequeño milagro cuya expresión era un breve estallido de color índigo, ¿qué más secretos maravillosos ocultaría?

El soldado se camufló en los conductos de ventilación y enlazó sus sistemas de escucha con la banda de comunicaciones cifradas de la flota. El código era increíblemente complejo, pero lo lanzó al espacio que ocupaban sus máquinas temporales y dejó que los programas trabajasen a una escala diferente. Era un truco que había aprendido en sus años de estudiante: una vez que controlabas la dimensión tiempo para esconder una máquina y un intercambio energético, podías disimular un código simple en sus fisuras. Los programas trabajaban diez mil veces más rápido, lo que explicaba la potencia informática de la armadura y su enorme capacidad para producir inteligencia artificial.

Se preguntó cuál sería el plan de Rodel. ¿Acercarse de forma precavida al espacio controlado por los urtianos y valorar sus opciones? ¿Realizar un ataque directo y

despiadado contra sus bases, con la excusa de proteger a las colonias atacadas? Aunque el ejército Ur fuese el más poderoso de la Variedad, por lo que le habían contado, había formas de coger a un gigante por sorpresa y hacer que cayera prisionero de un contingente de pulgas. La maniobra Zindell, por ejemplo (¿la conocería la gente de aquella realidad?): si se sabía un poco de física de estados variables, podían ocultarse hasta cincuenta naves en el mismo punto del hipervínculo, de modo que en el radar parecieran una sola. En principio era posible, dada la naturaleza fractal de ese medio, pero hacía falta una súper computadora para calcular el reingreso de cada nave en el espacio normal. Puede que Rodel tuviese algo así de espectacular en mente, o que optase por la precaución como mejor arma. Sea como fuere, lo averiguaría en pocas horas.

Al cabo de doce minutos (720.000 segundos en el campo de desfase), los algoritmos lograron descifrar el código de la flota. Jan se limitó a ponerse cómodo y escuchar.

Lina

—*Llegamos a Vai Surugy* —tronaron los altavoces de todas las cubiertas tras quince horas de cielo. La *Eurídice* experimentó un leve cabeceo hacia proa cuando ingresó en el espacio normal, envuelta en un remolino de partículas maltratadas—. *Venga, nos preparamos para el descenso.*

Heith y la doctora Valeris acudieron a toda prisa al puente, el primero tras echar una buena siesta en su camarote, la segunda procedente del ablutorio. Sus ojeras atestiguaban la cantidad de horas que llevaba sin dormir, pero no parecía importarle. En cada arteria que se marcaba en aquellos ojos se leía la historia de cien informes leídos a toda prisa y asimilados por su memoria fotográfica, en lo que había durado el hipersalto.

Valeris parecía satisfecha, pero no contenta.

El espacio aéreo sobre el planeta era un caos. Oleadas de naves entraban o salían sin respetar ningún orden. Las patrulleras perseguían a una y hacían la vista gorda a cien. Los servicios de urgencia no daban abasto para atender ni a una décima parte de las demandas de auxilio, y lo que antes había sido un espacioso canal de reentrada, un conducto despejado entre los atracaderos orbitales, ahora lucía las cicatrices de mil caídas mal planificadas y de otros tantos escudos ablativos calcinados.

Lina descendió por ese canal sin molestarse en pedir permiso, evitó las rutas de los astropuertos y bordeó los trópicos a velocidad cegadora. Más de un ojo celeste le hizo un guiño malicioso, como acusándola de un delito que ya carecía de sentido, pero en ningún momento sintió el puño inexorable de un rayo tractor chocando contra

el casco de la *Eurídice*. En la misma zona de descenso, un grupo de salteadores fugitivos trató de burlar un control militar. Cometieron el error de encender las antorchas de fusión dentro de la atmósfera. Sacudidas de explosiones sónicas quebraron el silencio del hemisferio sur. El resplandor de las bolas de fuego alargó su estela sobre el océano.

La *Eurídice* esquivó la nube radiactiva y puso proa al segundo continente. A tenor de las cartas que de vez en cuando recibía de su hermana, Lina sabía que Geishel no se había mudado de casa en los últimos cinco años. Vivía en una ciudad llamada Tesalys junto con su familia: sus hijos, Mineia y Vastee, y el cerdo de su marido, Neit. Según contaba la propia Geishel, el complicado carácter de Neit se había suavizado un poco con la influencia de los niños; pero, al parecer, las escapadas a medianoche aún eran frecuentes. En la última carta Geishel le había relatado, con unas palabras que suavizaban un poco el hecho, cómo había tratado de explicar a sus hijos una mañana que no sabía dónde estaba su padre, por qué no estaba allí para darles el desayuno y llevarlos al colegio, o por qué no les había contado ningún cuento la noche anterior. Había sido sobrecogedor, sobre todo teniendo en cuenta que Geishel se habría guardado de contarle los detalles más escabrosos. Lina conocía un poco a ese tipo de hombres, algún roce con ellos había tenido alguna vez, y sabía que, aunque pudieran moderar un poco sus hábitos con el paso de los años, sólo un mínimo porcentaje de ellos cambiaba a un nivel realmente profundo.

¿O esa forma de ver las cosas era producto de su resentimiento personal contra Neit?

Sinceramente, le daba igual.

En escasos minutos averiguaría si era capaz de tenerlo delante, en persona, sin partirle la cara. Umbilicó el Halo con la base de datos planetaria y solicitó información. Llegó una respuesta impersonal, en medio de una imagen que oscilaba y era desgarrada por zigzags de interferencia: «El ancho de banda está colapsado por intentos de comunicación masivos. Espere unos minutos.»

Ni «por favor» ni «tenga la bondad» ni leches. Lina maldijo y pasó a control manual. En circunstancias normales el ping enviado por el Halo, con toda la información requerida por la aduana, habría recibido como respuesta la aprobación de la torre, saludos cordiales en el idioma pertinente y coordenadas de aproximación a pista. En las actuales circunstancias ni siquiera la baliza del astropuerto funcionaba: habría sido asaltada por los hackers en su ansia por vampirizar el ancho de banda restringido. Puede que ni siquiera los canales reservados a la policía o al ejército fuesen seguros.

Todo lo aprendido de una situación para nada similar a ésta (pero conectada temáticamente) salió de su caja y rebotó por el cerebro de Lina como un flash de *déjà vu*: la *Eurídice* había sido contratada un par de años atrás por un consorcio de

mercaderes Zhing para transportar una CNPBR por los pasillos cercanos a Tanjet, un estafalario mundo de la Espingarda. Ese extraño acrónimo de CARGAMENTO NO PELIGROSO Y BIEN REMUNERADO era lo que todo comerciante en búsqueda de contratos ansiaba ver brillar en su hoja de vuelo. Lina había hecho el trato un poco a ver qué salía con los Zhing, afamados traficantes de especies peligrosas, preguntándose si querrían que les transportase semovientes y rezando porque no quisieran que les transportase semovientes. La última vez que había metido cabezas de ganado en la bodega, los malditos bichos le habían dejado la nave apestando a boñiga durante un mes. Pero como necesitaba el dinero, Lina estampó su firma donde debía y aceptó la carga. Los Zhing tenían fama de cumplir lo prometido y ella no era más que un expediente con un número, así que rogó porque todo marchase bien. Fue más o menos cayendo hacia la sexta órbita de Tanjet, en la misma época en que todo el planeta celebraba sus apoteósicas fiestas de carnaval, cuando la red de comunicaciones del sistema se vino abajo. No había torre de control. No había baliza automática ni ping de acercamiento. Ni siquiera un tipo con una bandera subido encima de un asteroide haciendo señas para guiar a las naves. Todo el mundo gritaba exigiendo una voz al otro lado de la radio, pero los vehículos entrantes sólo podían navegar a ciegas, confiando en sus propios pilotos. Lina, que tenía guardadas las tablas de navegación por alguna parte, consultó el problema con el Halo y se preguntó si tendría que volver a sus tiempos de estudiante, haciendo los cálculos a mano y guiándose por las estrellas visibles. Todo se arregló a las pocas horas, para bien del futuro económico del planeta, aunque hubo quien tardó mucho menos en acusar del desaguizado a los libertinos del carnaval, que se habrían apropiado de la torre de control de tráfico aéreo para montarse una orgía sobre el plato de la antena. Y lo peor de todo fue que después de la pertinente investigación, esa teoría resultó ser la correcta. Lina captó en el radar una nave de generosa eslora que había chocado con otras dos más pequeñas al salir del hipervínculo, sin confirmación de vía libre. El bajel era un *Sivainvi Kcid*, concebido para transportar masas pesadas y no volátiles. Anillos gigantes de metal desgarrado que parecían peladuras se desprendían del casco y se alejaban hacia la atmósfera, en caída libre, con un último estremecimiento. Pequeñas lanzaderas zumbaban a su alrededor como avispas nerviosas. Lina dedujo que, más que para ayudar a los supervivientes, aquellos tipos estaban allí por si podían rapiñar algo de la carga. Incluso en condiciones de máximo peligro, el ser humano seguía siendo un ser humano.

Lo que sucedía ahora mismo sobre Vai Surugy era muchísimo más caótico que aquello, y no tenía visos de concluir cuando los festejantes acabasen de limpiar sus desperdicios. De hecho, por la cantidad de chatarra orbital que anegaba la órbita, el número de bajas que se había cobrado ya la crisis era infinitamente mayor que cuando lo de Tanjet.

Lina sobrevoló los barrios periféricos de Tesalys y se dirigió al inmenso sector de las arcológicas, que parecía un desfile de enormes pirámides chatas recortadas contra las nubes, sitiadas por un enjambre de insectos zumbones de metal. La ciudad tenía un aspecto fantasmal pese a tanto movimiento: las calles estaban desiertas, nadie caminaba por las aceras. El pánico a los asaltos callejeros se respiraba en cada avenida. Los que no tenían más remedio que salir de las casas se desplazaban a gran velocidad encerrados en sus EVs.

Lina sobrevoló la arcológica donde residía Geishel, un vasto edificio con una base de varios kilómetros cuadrados. Era un pequeño país en sí mismo, donde se hablaban muchos idiomas y si te perdías podías llegar a morir de inanición. Localizó una pista de aterrizaje despejada a la segunda vuelta, sobre unas terrazas de autocultivo.

—Ésa tiene buena pinta —decidió—. Cojamos los rifles y preparémonos para desembarcar.

—¿Rifles? —se extrañó Valeris—. ¿Hay armas manuales a bordo?

Lina hizo un mohín, abriendo las puertas de la armería.

—La vida de una corsaria es difícil.

Heith se encargó de repartir las armas y los cargadores, dos por cabeza. Su novia le había obligado a seguir un curso de armamento ligero un par de años atrás, en previsión de que algo malo ocurriera. Nunca especificó a qué se refería con eso, pero ésta era la ocasión perfecta para justificar aquella decisión. Valeris sostuvo una pistola de plasma con evidente torpeza.

—Creo que voy a pasar de esto —decidió—. Además, no sabría cómo usarla. Me haría más daño a mí misma que a quien estuviera apuntando.

—Cuando los saqueadores se nos echen encima para violarnos, descuartizarnos y robarnos hasta la camisa, aprenderá —dijo Lina—. Se lo garantizo. —Ella misma se sorprendió de la crudeza de sus palabras, pero pensó en el pasado y se dio cuenta de que, aunque Heith aún albergase alguna esperanza de que todo volviese a la normalidad (él, el eterno optimista), sus vidas les habían sido arrebatadas de las manos de una forma tan dolorosa como implacable aquel día en que el crucero urtiano arrasó la Clepsidra. Ya no había forma de volver atrás, aunque el maldito universo encontrase la manera de recolocar sus engranajes y seguir como si nada, como si todo hubiese quedado en un gran susto.

Valeris miró a Lina, tratando de decidir si ese panorama era otra de las pintorescas exageraciones de la capitana, o si podía llegar en verdad a ocurrirles.

El tren de aterrizaje se hizo cargo del peso del balandro con una flexión. Los rayos del sol, al quedarse atrapados entre la fronda de los invernaderos, adquirieron una tonalidad extraña: la cabina de la *Eurídice* quedó bañada en una mórbida claridad verde que hacía pensar en las profundidades submarinas.

De inmediato, la nave fue rodeada por un grupo de agentes de seguridad.

Lina, sin inmutarse, extendió la rampa y bajó a tierra, seguida por sus compañeros. El agente de mayor graduación, una especie de sargento, se les acercó.

—¡No están autorizados para posarse en esta plataforma! —exclamó—. ¡Muevan la nave ahora mismo o serán arrestados!

La capitana extrajo un holovid del bolsillo con las características técnicas del balandro.

—Escúcheme bien, amigo —gruñó en su mejor tono duro de corsaria. Clavó la mirada en los ojos del agente y alzó su dedo índice como si fuera a decir algo muy importante, y quisiera que el hombre lo grabase en su memoria para siempre—. Porque sólo voy a explicarlo una vez: no voy a tratar de sobornarlo con dinero, porque a estas alturas dudo que ninguna moneda siga conservando su valor. Pero mi vehículo posee la tecnología de impulsión más avanzada de la Variedad y tiene soporte vital para más de veinte pasajeros, entre los cuales podría estar usted y su familia. —Hizo hincapié en ese punto—. Sólo yo sé pilotarlo. Si alguien más intenta entrar, la cerradura de seguridad convertirá esta plataforma en un cráter humeante. ¿Hablamos o sacamos los rifles?

El hombre la miró ceñudo, haciendo chasquear las mandíbulas y moviendo su cabeza de un lado a otro, pero en ningún momento apartó la vista del dedo que Lina sostenía ante su cara.

* * *

Descendieron por las escaleras hasta el nivel del invernadero. Una pequeña selva con especies vegetales de cien mundos espolvoreaba en el ambiente cromáticas canciones de cuna. Un jardinero automático con forma de gigantesco árbol dendroide se elevaba desde los pisos inferiores, por un hueco central que conectaba todas las plantas, extendiendo sus brazos armados con instrumentos de jardinería y mimando las plantas con esmero robotizado.

Tras un recodo se toparon con una anciana que estaba regando unas flores; su cuerpo era una parábola de la metástasis, con quistes eviscerados y pústulas brotando por toda su piel, cataratas en los ojos y uñas astilladas y negras como el carbón. Tenía una pierna tan retorcida que parecía un bastón que alguien hubiese improvisado con una rama de árbol bajo su cadera, para que no se cayera al suelo. Era una persona afectada por una enfermedad terminal que no tenía dinero para pagarse un tratamiento, o que había dilapidado el poco que le concedía el gobierno de la ciudad en alguna mala elección de medicinas alternativas. Al verlos, se volvió hacia Lina y Heith y dijo:

—Siento que Dios me está curando.

Y continuó regando un macizo de azaleas. La comitiva rodeó a la mujer, intentando no acercarse a ella más de lo necesario, y siguió corriendo por los pasillos. Unos ascensores los condujeron a uno de los subedificios más pequeños de la arcología, integrado perfectamente en el perfil de la gran pirámide.

Durante el trayecto, Valeris se había conectado al cráneo una de las pocas pertenencias personales que había traído de la estación, junto con una mini consola de datos: un enlazador de cable húmedo. De vez en cuando cerraba los ojos y trataba de umbilicar con la red.

—¿Alguna respuesta? —preguntó Heith.

—No. Hay setecientos millones de tipos intentando umbilicar a la vez.

—¿Aún cree que podremos obtener alguna ayuda de ahí?

—Existe un puesto de investigación elandi en este planeta. Si logro hablar con ellos podré compartir datos vitales de mi investigación. —Estrechó la mano de Lina—. Capitana, creo que será mejor que a partir de este punto continúe yo sola. Muchísimas gracias por traerme, y por salvarme la vida en la estación. No sé qué habría hecho sin ustedes.

—Me parece una mala decisión, doctora —opinó Lina, aunque aceptó su mano—. ¿Recuerda lo que me dijo antes sobre su capacidad para defenderse sola?

—Lo sé, pero como usted misma dijo, una aprende rápido cuando se enfrenta a las crisis —sonrió—. Bueno, ya he abusado demasiado de su cortesía. Ahora debo proseguir con mis investigaciones. Si hay algo que los científicos podamos hacer todavía para salvar a la Variedad, es mejor intentarlo.

Lina dejó escapar una risa melancólica. «Salvar la Variedad.» Después de escuchar las teorías de la propia Valeris al respecto, esa frase sonaba soberanamente estúpida.

—Como quiera —accedió—, pero recuerde esta dirección por si necesita volver. También podrá contactar con nosotros enviando un mensaje directamente al Halo, si en algún momento encuentra una antena secuencial. Él nos lo hará llegar dondequiera que estemos.

Otro apretón de manos y Valeris se encontró descendiendo sola (pero con la pistola de plasma en el bolsillo) en uno de los ascensores. Cargó el mapa de la ciudad en la consola y buscó la ruta más corta hasta el centro de astrofísica.

Mientras a ella se la tragaba la arcología, Lina y Heith recorrieron el tramo de pasillo que los separaba del apartamento de Geishel. La puerta no había sido forzada por vándalos; eso la tranquilizó.

Pulsó el timbre.

Una cámara situada en el techo encendió su piloto.

—¡Váyase! —exigió una voz juvenil, no se sabía si masculina o femenina por la estática que bañaba el canal—. Le advierto que estamos armados.

Los visitantes cruzaron una mirada de desconcierto.

—Eh... no queremos haceros ningún daño. Soy Lina. Lina Kolbrand, la hermana de Geishel. ¿Eres Mineia o Vastee?

Silencio al otro lado.

Se oyó un chasquido y el micrófono cambió de manos. La nueva voz era la de un fumador que hubiera abusado tanto de su vicio que se había destrozado las cuerdas y que carecía de dinero para una soldadura molecular.

—No conocemos a ninguna Lina Kolbrand —espetó—. Lárguese por donde ha venido antes de que se me agote la paciencia y llame a Seguridad o le dispare yo mismo.

Heith se adelantó.

—Escuche, amigo —carraspeó, con el metal de una sentencia desagradable—: Sabemos que ésta es la dirección exacta de Geishel Kolbrand, y deduzco que usted debe de ser su marido, Neit. Hemos recorrido mucho cielo para hablar con ustedes, y si no nos dan la oportunidad de probar que somos quienes decimos ser, les demostraremos de la forma más sencilla y directa posible que también estamos armados. En otras palabras —abandonó la pose de abogado elegante y agarró el cuello de la cámara como si fuese el de su interlocutor—: si no te gusta el lenguaje técnico, imbécil, te puedo meter por el culo el cañón de mi rifle y dejar que dialogues con él. ¿Está claro?

—Jopé, ¿a eso lo llamas diplomacia? —susurró Lina, atónita.

—Es la que se necesita para ganar algunos pleitos —respondió Heith, enseñando el rifle a la cámara.

La puerta se entreabrió.

Detrás asomó medio rostro, un hombre de unos cuarenta años con la piel devastada por una infección cutánea. Sus ojillos negros se movieron inquietos, posándose primero en sus rostros y después en los rifles que ambos portaban. Otra cara más joven apareció a la altura de su pecho. Era una muchacha casi adolescente de cejas muy finas, lo que le daba un aire etéreo y atractivo a su rostro. Había heredado los pómulos del adulto, pero no sus labios. Ni el color del pelo.

—Tú debes de ser Mineia —sonrió la capitana—. Dioses, cómo has cambiado. — Y pensó: «Y qué vieja me he hecho yo, de paso.»

—¿De verdad eres Lina? —preguntó el hombre.

Ella le mostró su tarjeta oficial de piloto comerciante, con la foto y la pátina genética impresa.

—Eres Lina —constató el hombre, en tono de acusación.

—Hola, Neit —lo saludó agriamente—. Cuánto tiempo.

Capítulo 15

Informe horario n.º 6558999 / P 114

Cripto:

4

Asunto:

ALARMA: Las estrellas colindantes al Borde están devorando sus sistemas planetarios.

Extensión:

Desconocido.

Adjunto:

Por ahora, sólo audio.

Remite:

Desconocido. (La cabecera del mensaje se ha perdido debido al desplome de los repetidores cuánticos. Las dificultades en la recepción son cada vez más graves.)

Texto:

[...] Las consecuencias del Fenómeno ya no se limitan a las galaxias allende el Bolzai. Está empezando a ocurrir dentro de la Variedad. Acabamos de recibir una veintena de informes donde se describe una perturbación en la tasa de consumo nuclear de algunos astros. [...] Han comenzado a crecer de manera desproporcionada, tragándose sus planetas y arrasando con la vida que éstos pudieran albergar. Aunque parezca una locura, estamos asistiendo a una aceleración en el proceso de envejecimiento en la secuencia principal que se salta millones de años en unas cuantas horas. Agotadas todas las vías de la ciencia, ya sólo nos queda rezar. [...]

Fust

El Telesterion había sido decorado con guirnaldas enlutadas y lábaros de esparto, cintas y cintas de flores negras que lo hacían parecer un mausoleo. Joviann despertó en una de las habitaciones de la torre, tumbado junto al cuerpo de su prima Sivain. El sudor empapaba las pieles de ambos. Aún no había amanecido.

Habían hecho el amor, de eso se acordaba (pese a los esfuerzos del licor de uvas por sumirlo todo en una niebla espumosa), aunque no lograba visualizar el momento exacto en el que había aceptado volver a colocarse en el dedo anular el anillo de su familia.

Se lo quitó y lo dejó sobre la mesilla. No estaba acostumbrado al tacto de aquel objeto, a lo que implicaba. Era como ponerse en el dedo una espiga de fuego.

Sivain bostezó, moviéndose unos centímetros hacia el borde de la cama, hasta que su brazo derecho quedó colgando. Tenía la sábana enredada en una pierna.

—¿Qué ocurrió anoche? —preguntó Fust. Un brillo socarrón relampagueó en su

mirada.

Su prima se incorporó.

—«Yazco a la sombra del tótem del deseo —murmuró, la boca llena de hormigas —, mientras el amante vierte su egotismo en los callados eventos del amor.»

—¿Quién escribió eso?

—Nuestro abuelo, en una carta a tu madre. —Sivain se miró la pierna. Puso cara de estarse preguntando seriamente qué habían hecho para que la sábana acabase ahí, y con semejante nudo—. El muy cabrón a veces tenía momentos de romanticismo decadente.

—Chocante, realmente chocante. No lo creía capaz de escribir poesía.

Ella le guiñó un ojo, levantándose de la cama.

—Yo tampoco a ti, y mira —comentó, divertida.

Fust se ruborizó.

Sivain fue la primera en ducharse. Luego de que le tocase el turno a él, se vistieron. El ejecutivo no tardó en interesarse por los acontecimientos del día anterior, el afectado discurso ante el arrogante consejo de sabios y su impertinente respuesta.

—Los poderes que gobiernan nuestro linaje no parecen dispuestos a escuchar mi oferta —comentó con falsa desgana.

—Sí... han aprendido a rechazar por inercia cualquier proposición que venga de tu puño y letra. Deberías ir acostumbrándote, porque va a ser la tónica general de tu estancia aquí —le aconsejó Sivain.

Se había sentado al borde de un taburete de madera y estaba luchando con unas botas de tacón alto. El pantalón parecía demasiado holgado como para caber dentro de ellas sin formar unos pliegues muy feos, aunque puede que fuera eso lo que buscarse; la moda es un ser caprichoso.

—Pues qué bien. Me había hecho ilusiones de que al menos me concederían el beneficio de la duda.

—¿Y por qué iba a suceder eso, de una manera tan espontánea?

—Porque mi historia es coherente, y si no han de creerme de todos modos —suspiró—, al menos deberían admitir que en estos casos la carga de la prueba debe recaer en quienes se niegan a admitir la veracidad de los datos. No en su defensor.

Su prima lo miró con ojos distintos a los de la noche anterior. Más centrados en él y en lo que representaba, como si Fust hubiese dejado de repente de ser un juego. Puede que pensara que se había convertido en una amenaza, o que la siempre caprichosa susceptibilidad humana diese otra muestra de su afición por los complots, guiñase un ojo y colocara un dedo ante su larga y entrometida nariz, para insinuar que, después de todo, Fust ya no era un miembro de pleno derecho de la familia.

Sivain se guardó para sí sus conclusiones.

—Dijiste que hoy buscaríamos a Yara —le recordó Joviann. Imaginó que no haría

falta, pero quería hacerlo.

—No —puntualizó ella, que había logrado vencer la resistencia de la primera bota. Se dedicó un breve aplauso a sí misma y siguió con la otra—. Dije que alguien te ayudaría a encontrarla, pero no seré yo. Tu hermano Semra es quien domina tanto la tecnología Synder como para intelectar de vuelta la presencia de Yara.

—«Intelectar.» Aún no me he acostumbrado a vuestra jerga.

Sivain se enfundó un vestido con lazos de muselina sobre el pantalón. Con un brusco movimiento de cabeza, se echó la melena sobre la cara y la peinó con los dedos. El «sistema digital», como lo llamaba ella.

—¿Qué crees que mueve el mundo, Joviann? —preguntó de improviso.

—¿A qué te refieres?

—A las fuerzas primordiales de la sociedad. ¿Cuáles son?

El ejecutivo dudó.

—Pues... no sé qué decirte. Es la típica pregunta que se les hace siempre a los niños, ¿no?

—Tú contesta, por favor.

—Supongo que un tira y afloja entre el amor y la ambición, por recurrir a lo más obvio. La ternura por un lado y el dinero por el otro.

—Pares opuestos.

No dijo más. Salió de la estancia, con Joviann a pocos pasos de distancia, y lo guió hasta el gran salón de recepciones. Allí esperaba su hermano, vestido con un traje de circuitos.

—Hola, hermanito —dijo Semra, nada más verlo.

—Hola, Semra. ¿Cómo estás? —correspondió Joviann.

Había visto por primera vez a Semra, desde su regreso a Anthelia, el día anterior, en la reunión del consejo. No sólo había representantes de la familia allí, sino personas a las que Fust nunca había visto y que supuso que formaban el corpus legal que arropaba los asuntos económicos del planeta. Semra apenas se había dirigido a él salvo para arrojarle (¿dispararle?) algunas preguntas capciosas. Joviann no recordaba exactamente si Semra era mayor o menor que él; eso formaba parte de las reminiscencias de la niñez que había ido guardando con el tiempo en un altillo de su mente que le costaría ir abriendo, pero lo cierto es que parecía mucho más joven. Bastantes años subjetivos habían pasado, cierto, pero el mentón anguloso, los ojos castaños y las cejas que parecían asediarlos más que protegerlos todavía estaban allí. Semra era un hombre muy reservado, con una mirada feroz que mantenía su semblante en un estado de constante ambigüedad.

—Yo no he follado con Sivain, si te refieres a eso —dijo Semra, cáustico—. Espero que te lo hayas pasado bien, dicen que es increíblemente fogosa. —Le tendió un auricular—. Sígueme, nos espera un largo viaje.

Se marchó sin esperar contestación. Fust lo siguió, incómodo. A su prima no parecía haberle molestado aquel comentario, sino todo lo contrario. Con una amplia sonrisa, los dejó a solas y se marchó hacia un ala anexa del palacio, llena de relojes de pared.

Coros de tics tacs y mariposas de alas sonrosadas le escoltaron hasta una puerta dorada. Junto a ella aguardaban cuatro mujeres reclinadas en tumbonas, abanicándose, cada una con un sirviente a la espalda. Repararon en que Joviann las miraba, y un revoloteo de risas surgió de detrás de los abanicos.

El ejecutivo arrugó la frente. A su alrededor estaban pasando cosas que no controlaba, no había que ser un genio para darse cuenta. Y no le gustaba.

Semra lo guió hasta una pista de despegue, en el jardín, donde esperaba un nóptero con espacio para dos tripulantes, con las alas plegadas tras el empenaje de cola. Semra ocupó el asiento del piloto y tensó el cinturón de seguridad. Fust hizo lo propio. En cuanto los sistemas se pusieron en marcha, un holograma rodeó el cuerpo de su hermano, anclándose a los chips de su indumentaria como un guante de yute.

Con un gesto preciso de la mano de Semra, el nóptero se elevó. Fust miró por la ventanilla y descubrió a Sivain tras una ventana del quinto piso. Le envió un saludo, pero o ella no lo vio o no quiso devolvérselo.

El nóptero puso rumbo sur y aceleró hasta romper la barrera del sonido. Pronto sobrevolaron el mar.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —quiso saber Joviann.

Su hermano indicó un cuadrante en la brújula holográfica.

—El Yfrent, un vórtice de baja presión permanente sobre el Geum. —Se refería a la principal masa de agua del planeta, que se extendía a lo largo de cuatro mil kilómetros más allá de las costas de Epena, el continente que acababan de dejar atrás—. Es el único tifón estable que hay en Anthelia. Su física es parecida a la de los torbellinos de algunos gigantes gaseosos, pero a mucha menor escala.

—Me acuerdo de que el abuelo me habló de él en una ocasión. Pero nunca llegué a verlo. Recuérdame un dato: ¿cuánto tiempo lleva este tifón soplando sobre el mismo punto del océano?

—Unos dos mil años. Ha tenido rachas intermitentes de varios siglos en los que ha estado a un paso de desaparecer, pero algo debe haber en ese punto que lo hace resurgir de nuevo. —Semra apretó los dientes—. Como si el espíritu del mundo estuviese herido y sangrase por ese lugar.

Redujo la altitud y aceleró. El nóptero comenzó a generar una doble línea de espuma a popa. Fust se agarró al asiento cuando las turbulencias sacudieron el aparato; la pegajosa atmósfera oceánica se les pegó al casco mientras avanzaban entre una lluvia racheada.

—¿Es necesario ir a esta velocidad?

—Cobarde —diagnosticó Semra.

Joviann lanzó una maldición.

—¡No es cobardía, mierda, sino prudencia! Prefiero llegar de una pieza a... a donde quiera que estemos yendo.

—La velocidad es como la música —canturreó Semra—. Si tienes que reducir su volumen, es que estás demasiado viejo para escucharla.

Una mancha ocre apareció en el radar, un frente nuboso de seiscientos kilómetros que se alzaba en el horizonte. El océano se agitaba con la marejada del encuentro entre corrientes de diferente temperatura, sembrando de plumas argéneas la superficie. Las ráfagas de viento eran cada vez más feroces, pero el piloto no hizo el menor intento de reducir la marcha.

—Menudo cuento le largaste al consejo ayer —dijo Semra con inquina—. Era mi única opción, cuánto os he echado de menos, yo soy en realidad la víctima, bla, bla, bla. Seguro que te lo tenías muy preparado. Pero a mí puedes contarme la verdad; creo que merezco saberla, ya que estoy ejerciendo de guía.

—No mentí en lo que dije. Quiero salvar a este planeta.

—Claro, por supuesto que no mentiste, pero tampoco dijiste la verdad. Me creo eso de que quieres salvar Anthelia, como dices, pero el destino de tu familia me parece que te sigue trayendo sin cuidado. —Semra lo barrió con la mirada—. Cuéntame por qué has regresado tras tantos años, Joviann. Aunque sea para que quede entre tú y yo. Y no me mientas o te tiro fuera de la nave.

Aunque su tono era coloquial, Joviann tuvo la certeza de que estaba dispuesto a hacerlo. Así que se agarró a las correas del cinturón y explicó:

—Supongo que os habrán notificado que los urtianos están invadiendo los mundos de la frontera. Hay un conflicto a gran escala en marcha ahí fuera.

—Lo sabemos —dijo cansinamente su hermano—. Incluso hemos avistado hace poco una nave de aprovisionamiento urtiana cerca de este planeta. Runí y yo la estábamos examinando cuando recibí el aviso de que llegabas.

—¿Y no te preocupa que los urtianos hagan maniobras cerca de tu hogar?

—No, la guerra transcurre en un radián muy lejano a este sector, al otro extremo de la Variedad. Igual que el desplome de todas esas estrellas.

Fust asintió.

—Es cierto, pero si ya hay naves de suministro, eso significa que los cruceros no tardarán en llegar aquí. Los ejércitos de la Variedad hacen lo que pueden por frenarlos, pero su tecnología los convierte en enemigos muy peligrosos. Siempre han estado por delante de nosotros.

—Cuéntame algo que no sepa.

Otra turbulencia. Fust se agarró con más fuerza al cinturón. El aparato parecía diminuto y enclenque en comparación con las fuerzas que se estaban desplegando a

su alrededor. En cualquier momento podía aparecer una mano divina en forma de viento y aplastarlo como a una mosca.

—Lo que no sabes —continuó— es que lo que buscan los urtianos tiene mucho que ver con este planeta, aunque ellos todavía no se han dado cuenta. Por fortuna. —Lo miró—. Esa ignorancia os ha mantenido a salvo, lejos del conflicto, pero no durará.

Semra meditó sobre ello. Las nubes del frente tormentoso los engulleron como un gigantesco cetáceo de gas que se tragase una.

Selló las junturas y dio la orden de inmersión. El campo inercial que brotaba de los estabilizadores se comprimió hasta adoptar la forma de una patata.

—¿Adonde me llevas? —preguntó Joviann, encrespado. Si ya era suficientemente aterrador cruzar volando el océano en medio de un torbellino gaseoso gigante, aún más lo era atravesarlo por debajo.

—¿Quieres encontrar a Yara o no?

—Yo...

—Cállate, anda. —Semra pulsó unos botones. Los focos se encendieron por delante del pájaro reconvertido en pez—. Controlas muy bien la información, no puedo negártelo, pero hay detalles que aún desconoces, Joviann. Cosas importantes que no están en tus redes de datos.

—¿Cómo cuáles?

—Cosas como que la Synder se basa en colonias de mnemolíquenes que crecen en determinadas zonas, áreas de cuarentena tecnológica donde no puede funcionar nada, salvo el sustrato mnémico, o se desvirtuaría.

—¿Mnemolíquenes? ¿Qué son?

—Poblaciones vivas de nanomáquinas capaces de conducir el impulso cerebral como si fuese una corriente eléctrica —dijo Semra—. No sabemos quién las fabricó ni cómo, pero al poco de marcharse los militares de aquí, tras el asunto de la Xfinge, comenzaron a brotar en el mismo lugar que ocupaba ese artefacto. Desde allí se extendieron a otras partes del planeta. Todo estaba en los informes del abuelo.

—No me parece nada raro —murmuró Joviann—. Es el mismo principio que el umbilicado de los cerebros a la Red. Conexión por vía neuronal.

Semra le dedicó una mirada de desprecio.

—El umbilicado está tan próximo a esta tecnología como las amebas a los bípedos como tú o yo. Es la siguiente generación de esa tecnología. No, la otra. Con la Synder —explicó— no te conectas a una máquina. Tú *eres* la máquina, y la manejas con la misma facilidad que a tu propio cuerpo, no importa cuál sea su complejidad. Funciona con todo tipo de aparatos, desde consolas de juegos para niños a cruceros de combate de kilómetros de largo y millones de toneladas de peso. Tú te transformas, literalmente, en ellos.

—Increíble... —murmuró Joviann, pensando sin poder evitarlo en las posibilidades comerciales del producto. Su hermano debió suponerlo, porque puntualizó:

—Ni se te ocurra. Esta tecnología ha sido mantenida en secreto por nuestro linaje desde que el abuelo la descubrió y luchó por protegerla. Contra gente como tú, de hecho.

—Yo... yo oí hablar de la Synder, pero no sabía... —la voz le temblaba.

—¿Que fuese real? ¿Que era algo más que el sueño de un viejo loco?

—¡Por eso el abuelo endeudó a la primera AREAN! —comprendió Joviann, chasqueando los dedos—. Sabía que esas colonias de nanomáquinas estaban floreciendo y trató de mantener el planeta fuera de los acuerdos de arrendamiento. Eso lo condujo... —sus ojos brillaron— a la quiebra.

—Bravo. Sólo has tardado veinte años en darte cuenta, «experto».

El sarcasmo de su hermano lo hirió profundamente. Sí, había sido un estúpido, pero carecía de los datos necesarios para tomar la decisión correcta. No era culpa suya.

Una sombra definió sus contornos ante la luz que proyectaba el nóptero. Era una espiga de metal, un montante compuesto por varios mástiles que se sostenía en vertical en medio de la oscuridad. A medida que se aproximaban, la luz reveló una base, y bajo ésta, una construcción de cemento.

¿A qué profundidad estaban ya? Fust se había dejado llevar por la conversación sin darse cuenta de que durante todo ese tiempo habían estado descendiendo hacia el negro corazón del océano.

El nóptero pasó junto al mástil. Joviann miró por la ventanilla y se estremeció.

Bajo la plataforma había un edificio, que ahora contemplaban desde la cúspide. Era un rascacielos de centenares de pisos cuya fachada caía como un acantilado hacia el abismo, resaltando aún más la sensación de profundidad del océano. Los cristales astillados y las vigas de metal corroído eran testigos del desastre que había sepultado la ciudad que yacía como un fantasma bajo ellos.

Para su sorpresa, Semra introdujo el nóptero *dentro* del edificio. Entró por un ventanal y avanzó por los pasillos, bajando y subiendo niveles por el hueco de un antiquísimo sistema de transporte interno. Una especie de ascensor. Joviann sintió un nudo en la garganta de puro horror que se incrementaba conforme la navecilla se iba adentrando en las entrañas del coloso.

—¿Ad... adonde me estás llevando? —logró articular.

—A ver una colonia Synder. Te he dicho que crecen lejos de cualquier nodo de tecnología que permanezca activo, aunque siempre a partir de un humus de tecnología muerta. Es el sustrato que necesitan para florecer. Por eso este lugar es especial.

De repente Fust comprendió algo.

—¿Estáis usando la Synder en naves orbitales? —Lo miró atónito, los ojos como platos.

—Claro —contestó Semra, como si fuera obvio—. La trasplantamos y construimos entornos tecnológicamente áridos para que no se infecte. La circunnavegadora solar con la que vigilamos la saltoárea está diseñada de esa manera.

—¿Qué ocurrió con Yara? —preguntó Joviann, su mente enlazando un eslabón con el siguiente a gran velocidad. Comenzaba a sospechar lo que en realidad estaba sucediendo allí, aquello tan oscuro y secreto de lo que nadie quería hablarle pero que era lo suficientemente importante como para modificar las vidas de todos—. ¿Por qué siempre que os pregunto por ella me contestáis con evasivas?

Semra permaneció callado. Sin avisar, el nóptero emergió en una gran habitación donde se había formado una burbuja de aire natural, una sala presurizada por la naturaleza.

A la luz de los focos, aquel espacio vacío (que en tiempos debió albergar un gran salón de baile, por la decoración) reveló sus misterios. Secretos arquitectónicos en forma de tapicerías de exuberante dramatismo; rasgos culturales sugeridos en la disposición de la columnata que definían pasos de ballet y cortejos sin nombre. A pocos metros sobre sus cabezas colgaba una espléndida araña de cristal con quinientos diamantes, que en tiempos tuvo que estar separada más de nueve metros del suelo.

Pero lo que llamó poderosamente su atención fue el líquen que cubría las paredes, una espuma verdinegra que crecía desafortadamente hasta ocupar todo el espacio disponible. También crecía bajo el agua, aunque muy cerca de la superficie.

—La Synder es parcialmente aerobia —explicó Semra—. Construye vida artificial antes de pasar a la inteligencia artificial. Puede que en pocos años germine en base sílice, lo que la haría muchísimo más resistente.

—¿Me estás diciendo que estas cosas son las que permiten copiar la mente humana y transferirla como un paquete de datos?

—No seas idiota, eso lo hace cualquier conexión Alma. La Synder va más allá. Lo que viaja a través de las pistas es... No sé cómo explicarlo. —Chasqueó la lengua—. Es tu *alma*, si me permites la derivación metafísica. Tu esencia compleja, lo que te define como ser existencial único. La huella o así que dejamos en la tela del espacio-tiempo. No tiene nada que ver con el misticismo, es algo puramente científico, pero... el problema es que nadie ha inventado una palabra que la defina en rigor. Está a años luz de la tecnología aerobia o urtiana.

—¿Por qué nunca les habéis enseñado esto a los militares? —protestó Joviann—. ¡Sería de una inmensa utilidad para acabar con la guerra!

Semra torció el labio.

—Hermanito, pareces tonto —bufó—. No hace falta ser muy listo para darse cuenta de que esto formaba parte de la Xfinge. Un fragmento de su legado. Si las autoridades de la Rejilla descubriesen su existencia... ¡puf! —Separó los dedos de golpe—. Estaríamos jodidos. Nos sacarían a puntapiés del planeta y acordonarían la zona en un radio de diez pársecs. Adiós a la familia, definitivamente.

Joviann moderó el tono.

—Puede que tengas razón.

—Yara fue de las primeras en darse cuenta. De hecho, fue pionera en depurar la técnica del intelectado. —Joviann apretó los puños en cuanto Semra pronunció el nombre de su amada—. Pero algo fue mal. Se desprendió de su cuerpo físico, aunque su percepción no se desvaneció.

—¿Cómo que se «desprendió»? ¿Dónde está ahora?

Semra abrió los brazos para abarcar la espuma de nanomáquinas.

—¡Aquí! ¡Por todas partes! Su fantasma cabalga de vez en cuando la estructura Synder y aparece junto a nosotros. Se funde, se intelecta, nace, muere... En ocasiones hasta nos habla, pero ya no existe en el mismo nivel de realidad que nosotros; fue absorbida para siempre durante aquel primer ejercicio de intelectado.

Joviann se bajó de un salto del nóptero y acarició la espuma. Estaba fría, pero menos que el océano. Casi creyó detectar un latido que tamborileaba bajo sus dedos, con el vertiginoso ritmo de un colibrí.

—Quiero verla —ordenó. No, no era una orden. Era una súplica disfrazada de orden, aunque el disfraz se caía a pedazos.

—Claro que sí. Para eso te he traído.

—¿Tendré que...?

—Te llevaré hasta el lugar donde existen más probabilidades de localizarla. Luego te las arreglarás solo.

El ejecutivo se irguió como un muñeco de resorte.

—¿Qué me pasará durante el proceso?

—Nada que no me haya ocurrido a mí cien veces: la mente se separará de tu cuerpo y será arrastrada a otro lugar. Hay dos maneras de intelectarse: dentro de un espacio virtual y hacia un cuerpo supletorio. Si encuentro alguno libre dentro del radio de la Synder, te alojaré en él. La primera opción es demasiado peligrosa para un novato como tú.

Joviann pensó en los riesgos de aquel salto a ciegas. Era como confiar su vida a una persona que tenía sobrados motivos para odiarlo a muerte. Sólo que sin el cómo.

—No sé... —dudó, mirando de reojo a su hermano—. Esto no me gusta.

—¿Tienes miedo, hermanito?

—Sí —dijo con sinceridad.

Semra hizo un gesto ambiguo, lleno de dobles y triples significados, y preparó la

cognoscitiva del vehículo para que oficiara de maestro de ceremonias.

El espectáculo largamente postergado «Joviann vuelve al hogar» iba a dar comienzo.

Lina

Desde el piso de Geishel se divisaba un impresionante panorama.

El resplandor del día teñía la piedra de los rascacielos de un color sepia. Tesalys no se diferenciaba de otras urbes industriales: islas de verdor rodeaban los barrios residenciales escudándolos del gris funcional de las fábricas. El monótono paisaje de edificios se quebraba cada medio kilómetro por las moles de los colectores, inmensos ingenios dorados de cuya cúspide surgían rayos de energía que se alzaban hasta la estratosfera. Lina recorrió con la vista las inmensas pilastras de luz y se sintió como un insecto errabundo al pie de un bosque de secuoyas. Justo debajo del piso de Geishel, en la terraza hidropónica que se extendía en escalones por la pirámide, unos androbots movían la articulación universal de sus caderas, cortando, podando y regando las plantas, ajenos a todo lo demás.

Neit y la capitana apenas habían intercambiado unas cuantas frases durante la última hora. Desde que Geishel se hizo cargo de la situación (entre lloros y abrazos y oh qué tal y cómo habéis conseguido llegar y qué guapos están tus hijos y besos llenos de nostalgia) se dedicó a hacer las maletas. Lina les explicó que la *Eurídice* los esperaba a tan sólo unos pisos de distancia, pero que antes de marcharse debían esperar a una persona.

—¿Y adonde demonios quieres que nos marchemos? —preguntó Neit—. Ésta es nuestra casa. Ya nos cuesta bastante mantenerla como para encima tener que comenzar desde cero en otra parte.

—Te lo he explicado... no, mejor dicho —insistió Lina, dejándose caer en el sofá estampado del salón—, he tratado de explicártelo un montón de veces. ¿Acaso no ves de dónde venimos? —Señaló arriba, más allá del techo, en la dirección en que estaba atracada la *Eurídice*, como si el Borde Exterior entero estuviese almacenado en algún lugar de sus bodegas—. Hay sistemas enteros que ya han caído víctimas de sus propias estrellas. La gente no es tonta, lo ve por los telescopios, aunque no funcione la Ultralínea. A este sol también le pasará lo mismo, y tu querida casa se convertirá en...

No lo dijo. En la puerta de la cocina estaba Mineia, observándola con terror. Lina apretó los labios y le hizo un gesto para que se acercara.

—Ven, cariño, no hagas caso de lo que estoy diciendo —se excusó—. Es que los mayores a veces tenemos demasiada prisa.

La niña no se movió. Geishel salió de la cocina con unos cuantos sobres plásticos de comida liofilizada y los metió en una maleta. Ella sí había comenzado a hacer el equipaje. Cuando Lina y Heith llegaron y les enseñó el piso, pudieron ver que la maleta ya esperaba a medio hacer encima de una cama. Lina aplaudió el carácter previsor de su hermana, aunque era cierto que si lo que esperaban era escapar en algún transporte civil, si las cosas se ponían muy feas, bien podían haberse quedado varados para siempre en el planeta.

—A nuestro sol no le pasa nada —reiteró Neit, mirando con asco a la capitana. Pero no aportó ningún argumento para defender su postura. Sólo había que asomarse a una ventana para comprobar que la luz del astro seguía manteniendo la agradable tonalidad cerúlea de siempre.

Por ahora.

Lina removió su trasero en el sofá, como si buscara una postura más cómoda. Mineia seguía de pie, en el umbral, mirándola con curiosidad. Lina no sabía qué conclusión extraer de su lenguaje corporal, si la había tomado por una loca (lo cual casaría con las historias que su padre le habría contado sobre ella) o por una especie de mesías de la salvación que había pulsado el timbre en el Último Día, ofreciéndoles un pasaje en un bajel celestial para salvar sus vidas. Aunque no de una forma tan exagerada ni tan alegórica, seguro que esto último se correspondía más con las historias que le habría contado su madre.

La pobre niña, al igual que su hermano pequeño, estaría atrapada entre dos interpretaciones distintas. Y, en el fondo, no sabría cuál de las dos le daba más miedo aceptar.

A Geishel, que temía por la suerte de sus hijos, le pareció que esperar a que lo ordenasen las autoridades antes de partir era arriesgarse mucho, y escuchó sus argumentos. Neit ni siquiera lo intentó.

—Si el cielo sobre Vai está tan mal como cuentas, será mejor que nos marchemos ya, ¿no? —urgió Geishel, estrujando un paño de cocina más de lo debido—. Si tu nave está posada aquí mismo, será mejor que nos larguemos mientras podamos.

—No, aún no podemos. Nos marcharemos, eso seguro, pero tenemos que esperar un poquito más —dijo Lina, dedicándole una mirada tierna a su hermana—. La doctora Valeris, una amiga que conocí en el Borde, también se viene con nosotros. Ella es la única que puede sugerirnos un rumbo seguro, una vez que estemos en el espacio. —Miró su pulsera de datos, que entre otras cosas la mantenía en contacto con la nave—. Vamos a darle un poco más de tiempo.

—¡Es una estupidez! —estalló Neit—. Que se busque la vida. Ya tenemos suficientes problemas como para ocuparnos de una desconocida.

—¡Neit! —protestó Geishel, pero Lina la aplacó con un gesto.

—¿Crees que el valor es una prerrogativa masculina? —preguntó.

—No, pero puede que el sentido común sí —rezongó el marido—. Vale, admitamos que tienes razón. El sol se va a ir al cuerno dentro de muy poco y los que nos quedemos aquí nos asaremos vivos. —Geishel le tapó los oídos a su hija, pero Mineia se zafó de sus manos. Quería escucharlo—. Toda la población del planeta estará entonces tratando de encontrar una nave para salir corriendo, y nosotros, que tenemos una a mano, no la usamos. Si estás tan segura del desastre, ¿por qué no nos largamos de aquí sin más?

—Porque no tenemos adonde ir —confesó Lina. Neit le daba un poco de repelús con su constitución robusta, los pelillos blancos que asomaban de sus fosas nasales, su pestilencia a simio sucio y su aspecto general de buey de carga, pero había tumbado a tipos más grandes y fuertes que él (recordó, sin ir más lejos, al operario del exoesqueleto que había despachado durante la huida de la Clepsidra) y si llegaba el caso no tendría inconveniente en darle un buen repaso—. Marcharnos a ciegas, rumbo a la siguiente estrella, sólo postergaría lo inevitable: también acabaría por estallar, y la distancia que podemos recorrer en la Variedad es finita. Es una maldita esfera, ¿lo entiendes? —Hizo un cuenco con las manos—. ¡Sendas cortadas! Necesitamos que alguien que entienda de física encuentre una respuesta, porque la religión no nos va a ayudar.

El hombre cerró los puños. Le fallaban los argumentos, y su cuerpo ya estaba comenzando a recurrir por inercia al argumento final, ese que ninguna mujer podía resistir.

Lina sonrió como un demonio.

—Te molesta que sea más inteligente que tú, ¿verdad? —En su rostro se adivinaba lo poco que le interesaba la respuesta.

—Mamá, tengo miedo —susurró Vastee, saliendo tímidamente de su cuarto. Seguro que lo había estado oyendo todo, igual que su hermana. Geishel le acarició la mejilla y se lo llevó a su habitación.

—Vamos. Ayúdame a hacer las maletas —propuso.

Ambos pasaron al lado de Neit, apartándose un poco de él. Este lanzó la llave de la maleta de Geishel al fregadero de la cocina y se sirvió una copa.

—Creí que habías dejado de beber —dijo Lina.

Neit llenó aún más el vaso. La luz del dispensador coloreó el licor, dándole el aspecto de un extraño veneno.

Lina dejó solos a Heith y al marido de Geishel en el salón, intentando que el abogado lo calmase un poco, y fue hasta el dormitorio de su hermana. Para su sorpresa, la encontró llorando contra la ventana. El pequeño Vastee la ignoraba por completo, examinando con curiosidad extrema la hebilla de la maleta, hecha de porcelita blanca. Lina pensó que el niño ya estaba tan acostumbrado a oír llorar a su madre que había levantado un muro en su cerebro, y que cada vez que esto sucedía,

se aislaba de la realidad esperando a que llegasen los momentos de calma entre tempestades.

Lina abrazó desde atrás a su hermana. Geishel se secó velozmente los ojos, como si la hubiesen pillado cometiendo una travesura.

—Lo siento —se disculpó, con el tono de voz de quien se hace una crítica a sí mismo—. Es que... las cosas están sucediendo demasiado deprisa. No estoy tan acostumbrada como tú a los cambios fuertes.

—No tienes por qué disculparte —dijo Lina, sentándose con ella en el borde de la cama. Sobre una cómoda había una especie de trabajo escolar que representaba un esquema del sistema Surugy hecho con naranjas y moras (planetas y lunas), y con las rutas estelares marcadas con macarrones. A Lina, esas rutas le recordaron racimos de cuerdas congeladas. El sol era una bombillita fundida cubierta por una capucha—. Los cambios nos afectan a todos, incluso a mí, que tengo una casa montada sobre un par de motores de flujo.

—Mentirosa. Tú eres la genuina reina de la...

—¿Inestabilidad? —la acotó Lina.

La capitana se tocó el pecho, teatralmente.

—Bueno, siempre que no sea una inestabilidad sentimental, sino sedentaria, me conformo. Incluso las astronautas necesitamos que un cometa nos guíe y consuele por la noche.

—¿La cola de ese cometa es lo suficientemente larga como para... ya sabes, guiarte?

Lina se hizo la ofendida.

—¡Hermanita! Yo nunca me aproximaría a un cometa si no estuviese bien dotado.

Ambas rieron. Vastee volvió a concentrarse en la conversación. Los llantos habían cesado y ya podía bajar el puente levadizo. No entendió el chiste de las colas.

—Vivir a salto de estrella tampoco es tan bueno como parece —confesó Lina—. Sólo te satisface, en realidad, si tu vida cabe dentro del raquíptico espacio de una nave. Ya sabes, es muy romántico el pensar en que cuando te despiertes cada mañana habrá un nuevo puerto a tus pies, pero tienes que ser una persona muy desprendida para obligarte a ti misma a no depender de las cosas materiales. No puedes llevarlas todas en la bodega, si quieres dejar espacio para la carga.

—Uf, yo no creo que pudiera deshacerme de todas mis cosas —dijo Geishel, torciendo el gesto. Miraba en dirección al armario empotrado del dormitorio, cuyas puertas no cerraban bien porque estaba a reventar de ropa y enseres personales, tanto de ella como de su marido—. Me gusta vivir rodeada de mis fruslerías. Son, como si dijéramos, el cortejo de mi carroza de reina de la vida normal y corriente.

—No son fruslerías...

—Claro que sí. Lo único realmente importante que hay en esta casa está ahora

mismo arrugándome la sábana de la cama. —Revolvió el pelo de Vastee con una mano. El niño dio una vuelta completa sobre sí mismo, se cayó por un lado de la cama (blom) y emitió un parco:

—Ay.

... Tras lo cual desapareció corriendo a la cocina, para acabarse el batido que Geishel le había preparado para desayunar.

Lina lo miró con ternura.

—Cuánto ha crecido.

—Y eso que casi siempre lo has visto en fotos, no en persona.

Lina creyó detectar una acusación velada.

—Me habría gustado venir más veces a visitarte, pero ya sabes.

—Sí, ya sé.

—¿Sabes?

—Sé.

Geishel se limitó a mover aquel par de cejas increíbles, herencia de su madre, que habían seducido a tantos hombres a pesar de su aspecto de ama de casa. Lina recordó que su hermana siempre fue la guapa de la familia, la elegante, aspectos que echó a perder cuando los años se le fueron acumulando junto con las facturas. Pero de alguna forma, la hermosura estaba todavía allí debajo, pugnando por salir. Sólo había que destrabar un par de candados.

Había fotos enmarcadas a los lados del trabajo escolar, amontonadas hacia atrás por la mano de un niño, como para hacer sitio a su obra de arte. La capitana examinó aquellas imágenes, algunas de las cuales tenían movimiento. Representaban breves escenas, de unos segundos de duración, de la vida de su hermana. Los niños haciéndose mayores era el tema principal de aquella exposición. En una de ellas, Neit aparecía rapado y con la cabeza maquillada hasta convertirla en una cúpula calva. Geishel colgaba de su brazo, sonriente, disfrazada de lagarto mekht.

—Ésas fueron las Fiestas del Sol de hace cinco años —dijo Geishel—. Nos divertimos mucho porque salimos con unos amigos del club de lectura. Al menos yo.

—¿Vas a un club de lectura?

—Sí, lo dirige un antiguo escritor llamado Lohg. Un tipo raro, como todos los escritores, pero muy simpático. —Miró con nostalgia la foto—. El disfraz me hacía un poco de daño en las ingles, pero a la gente le encantaba. Hubo un tipo que se me acercó vestido de lagartija makrat y me dijo que si quería bailar con él la danza de apareamiento.

—¿Y qué pasó?

—Que apareció Neit.

La conversación volvió a ensombrecerse. No, había sido una nube que cruzaba por encima de la arcología en ese momento. Pero aun así, bastaba con mencionar el

nombre de su marido para que toda la diversión se esfumase. Lina ya no sabía cómo sentir más pena por su hermana. De pronto se le ocurrió que tanta negatividad era irrelevante. Al fin y al cabo, ellos llevaban muchos años juntos. Algún momento bueno tendría que haber habido.

Geishel le contestó a eso señalando otra foto. En ella había dos personas, aunque sólo se veía una. Era una instantánea, sin movimiento, de Mineia en la cuna, mirando hacia el juguete que sostenía con sus deditos. Pero aunque nadie más salía en aquella imagen, la presencia del padre de Lina era tan fuerte (gracias a su agenda color ocre, de la que nunca se separaba, y que se había colado sin querer en una esquina del cuadro) que Geishel preguntó:

—¿A quién ves aquí?

Y Lina no nombró al bebé, sino a su abuelo.

—Cuánto lo echo de menos.

—Yo también —asintió Geishel—. Y a mamá. Creo que antes de morir vendieron la casa, con el solar de la parte de atrás incluido en el lote. ¿Te acuerdas de la caja de cartón?

—No recuerdo ninguna caja de cartón —dijo Lina, ofendida—, aunque si te refieres a la colosal, indestructible, veloz y despiadada nave *Desafío Final*, terror de las nebulosas, sí, sí que me acuerdo.

Las dos se apoyaron una en la otra para reír. El aire limpio de aquella risa despejó todas las dudas de Geishel, y, abrazando a su hermana, prometió:

—Iré contigo. Esta vez sí.

—No nos queda más remedio, cariño. Nos iremos juntas, en la *Desafío*.

—¿Qué fue de ese viejo trasto de naveluz, por cierto?

Lina hizo un gesto con la barbilla hacia la plataforma donde estaba atracada la *Eurídice*, aunque desde allí no podían verla.

—Que se hizo realidad. Gracias a ti.

Fust

Fue como si su mente se convirtiera en humo.

El tiempo dejó de ser una noción para mutar en algo táctil. Joviann esperaba una suerte de trasmigración, pero no hubo nada de eso. No vio su cuerpo desde arriba, ni se sintió flotar como una mariposa, ni sintió cálidos chorros de luz señalando un camino.

Pero al abrir los ojos supo que estaba en otro lugar. En una oquedad lóbrega, lo suficientemente ancha como para permitirle ponerse en pie, sin salidas visibles. Entonces llegó el pánico.

Apenas podía moverse. La retroalimentación que llegaba de sus miembros era aberrante, impropia de un cuerpo humano. Su cerebro recibía informes, pero no eran los que cabía esperar.

Se miró las manos: parecían esculpidas en metal, no en carne; en un tipo de aleación, por lo que él sabía, que sólo usaban ciertos androbots.

Se palpó el rostro, el pecho, las nalgas, el cuello, las ingles, las propias manos. Todo era metálico. Era como llevar una armadura que cubriese la totalidad de su cuerpo, sólo que no había nada debajo. *Él* era la armadura. Y sentía cada remache, cada soldadura, cada circuito como si hubiese estado ahí siempre, en cada momento de su vida. Como si Joviann Fust hubiese nacido así, de las entrañas de un robot.

Hizo un amago de ponerse en pie y se desplomó. Las piernas no le funcionaban. De hecho, le faltaba una («¡Me falta una pierna, por todos los dioses!») y del muñón asomaban cables pelados.

Trató de serenarse. Miró alrededor y vio paredes corroídas, vencidas por el transcurso de los siglos. Paredes similares a las del salón donde Semra lo había conectado a la Synder.

La habitación estaba completamente inundada. No lo había advertido hasta ese momento porque su cuerpo no respiraba, pero se hallaba sumergido en lo profundo del océano, tal vez en otra cámara distinta del rascacielos. El terror, combinado con la incapacidad de mover correctamente sus extremidades, a punto estuvo de provocarle un colapso.

Semra lo había engañado. Claro. Puede que Sivain también. Se había acostado con él sólo para que se confiara. Le habían tendido una trampa y el inteligente y astuto Joviann había caído como un estúpido. No debió fiarse jamás de su propia familia, cuando había tantas cuentas pendientes. Tantos «algún día...» arrojados como dardos hacia el futuro y que no auguraban nada bueno.

Había más sensaciones. Trató de buscar una conexión con su antiguo cuerpo, una especie de señal de enlace con el recipiente que había vestido su mente desde que nació, pero sólo halló el vacío más absoluto. La Synder era realmente milagrosa: lo había alojado en aquel vetusto androbot de manera completa, fundiéndolo con él a todos los niveles. Joviann supo que él era ahora el androide. Y sí, resultaba la idea más espantosa del mundo. Porque no había vuelta atrás.

A menos que Semra le perdonase la vida. A menos que estuviese haciendo esto sólo para asustarlo, y que, cuando considerase que había aprendido la lección, se apiadase del pobre ejecutivo y viniera a buscarlo.

Desechó aquella fantasía. Ya era tarde para arrepentirse. Semra se la había jugado bien.

Ahora sólo restaba esperar a que aquel absurdo cuerpo dejara de funcionar, o (hizo el gesto de tragar saliva) a que pasaran los años, las décadas y los siglos, y su

cuerpo no muriera nunca. Puede que la fuente que sostenía la CPU durase para siempre, como una batería nuclear. Los miembros acabarían pudriéndose por el óxido, la articulación universal de su cadera estancándose, los cables de la pierna volviéndose polvo... pero su cerebro, protegido por una carcasa de titanio, tardaría siglos en degradarse, en apagarse y dejar que la muerte le sobreviniera como un bálsamo.

No pudo soportarlo. El nuevo Joviann se arrastró, pataleó, intentó abrir una boca para gritar incluso después de percatarse de que aquel modelo de androbot carecía de ese elemento. Tal vez pudiese enviar una señal de radio pidiendo auxilio.

El suelo cedió. Sus golpes acabaron de rematar lo que la podredumbre había ido debilitando durante años, y se encontró cayendo hacia la oscuridad. Tablones y pedazos de cemento llovieron sobre él. Golpeó algo resistente con su espalda, rebotó y descendió girando unos metros más. Su cabeza se hundió en un sustancia arcillosa. «El lecho marino», pensó, pero descartó la idea al instante: seguía dentro del edificio. Aquello tenía que ser un residuo de otro tipo, sedimentado allí con el transcurso de las décadas.

Pequeños animales de formas desconocidas reaccionaron a su presencia. Casi todos huyeron despavoridos, pero otros reptaron con curiosidad sobre su piel y desaparecieron en el interior de su cuerpo, entrando por las juntas. Joviann imaginó que podía haber espacios vacíos dentro de él, pequeños santuarios donde los peces desovarían y con el tiempo enseñarían a sus crías a sobrevivir alimentándose de su cableado interno. Un buen día Joviann alzaría la cabeza y una enorme langosta erizada de púas surgiría de su cuello, reptaría sobre su cara y se prepararía para migrar.

Sacudió los brazos, presa de un pánico extremo.

Sólo consiguió levantar una nube de polvo. Una constelación de crustáceos cayó lentamente ante sus ojos, lloviendo en el interior del mar, lloviendo hacia arriba...

Volvió a convertirse en arena.

* * *

Estaba en otro lugar distinto. Fuera del agua.

Unas manos femeninas entraron en su cono de visión, agarraron los ojos y los pusieron horizontales. Si hubiese tenido corazón y no una batería, éste le habría dado un vuelco al pensar que aquellas podrían ser las manos de Yara.

No lo eran.

Un rostro juvenil se situó frente al ejecutivo. Nuara, la dulce Nuara, la niña que se había hecho mujer.

Joviann no podía mover la cabeza, ni las manos, porque carecía de ambas. Quería abrazarla con todas sus fuerzas, darle las gracias efusivamente por haberlo sacado de allí, pero era imposible. ¿En qué recipiente lo habían metido ahora?

La joven lo levantó con una sola mano y se lo metió en el bolsillo. Joviann, a través de aquellos ojos estáticos, aquellas pequeñas cámaras, vio el interior de una prenda que se arrugaba a medida que la joven caminaba.

—No te preocupes, creo que podrás recuperar tu cuerpo —lo tranquilizó Nuara—. Pero hay que tener mucho cuidado. Este es el momento más delicado.

Alguien detuvo el resuelto andar de la chica y se interesó por los horarios de recolección de algo llamado «gramalinde». Nuara aclaró sus dudas y siguió caminando.

Estaba de regreso en el Telesterion. El taconeo de Nuara contra el pavimento sonaba marmóreo, con el eco de los lugares sacrosantos.

Otros pasos la interceptaron cuando se disponía a tomar un ascensor. Joviann sintió renacer el miedo cuando oyó la voz de Semra.

—Hola, Nuara —escuchó—. ¿Sabes si Sivain ha vuelto de la gramalinde?

—No estoy segura. Antes me encontré con Sarh y también me preguntó por ella.

—No corre prisa. Si la ves, dile que voy a subir a la saltoárea. Llamaré más tarde, cuando me haya intelectado.

—De acuerdo.

Semra continuó su camino. Joviann se encontró rezando en silencio porque no lo encontrara. ¿Qué sería capaz de hacerle a Nuara si descubría que llevaba a su hermano recientemente asesinado en el bolsillo?

El ascensor los elevó unos pisos. El suelo que pisó Nuara al abandonarlo estaba enmoquetado.

La joven se metió la mano en el bolsillo y extrajo el soporte que albergaba a Joviann. Una segunda persona lo recogió y lo insertó en una computadora. Joviann, a pesar del zarandeo, alcanzó a ver que estaba en un dormitorio, y que conocía a aquella segunda persona.

La prima Sivain.

No tuvo tiempo de sentir furia: en uno de los giros que le dieron, mientras las manos femeninas lo manipulaban, tuvo un atisbo de un cuerpo desnudo tumbado encima de la cama.

El suyo.

Alguien lo había traído desde la ciudad sumergida, le había quitado la ropa y se había tomado la molestia de conectar una interfaz Synder a su cerebro. El júbilo lo acompañó mientras era devuelto a su viejo recipiente; un parpadeo y las familiares sensaciones de frío, entumecimiento y la gloriosa percepción de la gravedad lo embargaron.

—Bienvenido de nuevo, primo —lo saludó Sivain.

Nuara corrió las cortinas.

—¿Qué... qué me ha pasado? —dijo el ejecutivo, los dientes repiqueteándole. Él en sí mismo no sentía frío, pero su cuerpo tenía los músculos agarrotados.

—Lamento haberte hecho pasar por esto —explicó su prima—, pero tenía que dejar que Semra te matara para poder hablar contigo a solas.

Nuara se sentó junto a Sivain. Joviann era plenamente consciente de su desnudez, pero no le importaba: Sivain ya lo había conocido en ese estado la pasada noche, y Nuara ni siquiera deslizó una mirada a otra parte de su cuerpo que no fuese su cara. Joviann no parecía interesarle en lo más mínimo, salvo como un adulto con quien mantener una conversación.

«Qué fuerza de voluntad —se asombró—. Se nota que la sangre del abuelo corre por sus venas.»

—¿Y p... por qué quería m... matarme? —Colocó la cabeza entre las rodillas hasta que los puntos negros dejaron de bailar en su visión.

—Jamás te perdonó lo que nos hiciste. En su mente hay algo parecido a una cadena de acontecimientos: tu traición al linaje nos forzó a desarrollar la Synder, y eso fue lo que mató a Yara.

—Semra af... afirma que no está m... muerta.

—Es cierto. Pero tampoco está aquí, con nosotros. Ha trascendido a un nivel... —iba a decir «superior», pero optó por—: distinto. Lo que el legado de la Xfinge de Anthelia hizo con su mente no tiene parangón.

—El consejo estaba dividido entre apoyarte o denegarte para siempre el acceso a este planeta —intervino Nuara—. La acción de Semra despejará las dudas. Él piensa que la Synder puede protegernos en caso de que los urtianos alcancen este sistema. Y no es el único. La teoría del intelectado masivo tiene muchos seguidores entre el monipodio antheliano.

—Si la situación se vuelve insostenible —recalcó Sivain—, podemos intelectarnos colectivamente, la totalidad de los habitantes del planeta, a otro lugar muy lejano. O a la nave que nos espera en la saltoárea.

—Una especie de arca de esp... espíritus —entendió Joviann.

—Si nos vemos acorralados... bien por los urtianos, bien por el desplome del sol... intentaremos atravesar físicamente el Bolzai. Una vez copiadas nuestras mentes, no importará el tiempo que tardemos en cruzarlo. Aunque naveguemos durante millones de años en la nave *Arca*, cuando la Synder reconstruya nuestros cuerpos no habrá pasado para nosotros más que un instante. Ni siquiera los urtianos se atreverían a perseguirnos en un viaje así.

—¿Y si no hay nada al otro lado, Sivain? —Joviann se humedeció los labios. La simbiosis con su propio cuerpo iba mejorando: ya no le dolía tanto la cabeza y podía

manejar las cuerdas vocales con cierta soltura. Se asombró de lo mucho que costaba volver a retomar el mando de su cuerpo, tras haberlo dejado paralizado tan sólo unas pocas horas.

—¿Cómo que si no hay nada? ¿Te refieres a si no encontramos un planeta habitable?

—Me refiero a... —Guardó silencio—. Olvídalo. Me parece un buen plan. —Miró a través de las cortinas de gasa al balcón. La muralla del Telesterion ardía a la luz del poniente—. Es mejor marcharse lo más lejos posible, y empezar algo nuevo en otra parte. Algo distinto y más puro.

El comunicador de Sivain hizo sonar una musiquilla de aviso. Joviann dio un respingo y se ocultó tras la cama.

Su prima lo activó de forma que la microcámara enfocara hacia otro lado.

—¿Sí?

Del aparato surgió la voz de Semra:

—Estoy en la saltoárea. ¿Me vas a explicar ahora para qué querías el cuerpo de Fust?

Sivain compuso una expresión calculadora.

—Si no regresa a su planeta, la corporación AREAN sabrá que algo le ha ocurrido y enviarán una delegación. Es mejor devolverles el cuerpo junto con un parte forense. Podemos decir que se ahogó accidentalmente cuando visitaba las granjas de nanonautas.

La carcajada de Semra sonó agria.

—Eres una diablesa. Por mí perfecto, pero encárgate de solicitar al cirujano que le agregue los cambios necesarios para la autopsia.

—Descuida —convino la mujer, y cortó la comunicación. Luego miró a Joviann —: Ya lo has oído. Has fallecido por asfixia durante una excursión.

—Si pudiera le ajustaría las cuentas —murmuró Joviann—. Pero eso no aclara lo más importante.

—Por qué te hemos rescatado...

Sivain escogió una pluma del escritorio y garabateó unas líneas en un papel. Su caligrafía era tan culta y cuidadosa como su manera de hacer el amor.

—¿Te suenan estos términos, Joviann? —Le mostró el papel.

El ejecutivo leyó aquellas palabras. La tinta aún estaba húmeda y olía a flores.

Tras unos segundos de pensarlo bien, sacudió negativamente la cabeza. Examinó la diversidad de expresiones de su prima: ¿cómo podía desgranar una sonrisa en tres o más significados diferentes? Qué gran rival sería en el campo de batalla de los negocios, pensó. O qué poderoso aliado.

—No —dijo Joviann—. Creo que no. ¿Por qué?

—Sé que esto que voy a contarte puede sonar increíble, pero tenemos pruebas de

que es así. Algo extraordinario ha ocurrido con Yara.

—¿Con Yara?

—Un suceso sin precedentes ha tenido lugar en el interior del espacio virtual de la Synder, y ella ha sido su única testigo.

—¿Ese suceso... —dudó el ejecutivo— tiene que ver conmigo?

—No que sepamos. Más bien tiene que ver con una mujer que, al menos en nuestra realidad, nunca existió. —Sivain tomó aliento—. Una joven emperatriz llamada Sandra.

Capítulo 16

Informe horario n.º (ERROR)

Cripto:

(No aplicable.)

Nota de prioridad:

No se agregarán más comunicaciones para su difusión hasta nuevo aviso. La red civil de datos permanecerá a partir de este momento bajo el control de la oficina de gestión de emergencias. Por favor, permanezcan a la escucha. (*Repetir.*)

Charlemagne=Agnes

Cayendo a través de la mente urtiana, esquivando líneas de código y arrecifes de instrucciones, la velocidad se torna tiempo y en los entresijos del tiempo se ocultan andamios. El ente Charlemagne=Agnes descomprime paquetes de datos como quien abre cajas de sorpresas, paquetes que guardan cosas como:

CHARLEMAGNE: NOMBRE DE ESTA ENTIDAD. ORIGEN: UNIVERSO DE CONTROL. ESPECIE: HUMANA. ESCALA DE DESARROLLO: VARÓN ADULTO. DETALLES: ESPECIALISTA EN DESÓRDENES DEL SISTEMA OPERATIVO DE SU FAMILIA DE PRIMATES. UTILIDAD: HA DESARROLLADO UNA VARIEDAD DISFUNCIONAL DEL SO LLAMADA «DEMENCIA ESQUIZOIDE», QUE RESULTÓ ASIMILADA POR SU BIPOLO.

O también:

AGNES: SEGUNDA MITAD DEL ENTE. ORIGEN: UNIVERSO PARALELO SUPERIOR. ESPECIE: ¿HUMANA? ESCALA DE DESARROLLO: HEMBRA ADULTA. DETALLES: FUE DESTRUIDA EN ALGÚN MOMENTO DE SU EXISTENCIA EN EL UNIVERSO SUPERIOR, PARA LUEGO SER RECONSTRUIDA. ESTA RECONSTRUCCIÓN ES LA QUE HA TRASPASADO POR ÓSMOSIS LA BARRERA Y HA PENETRADO EN NUESTRA REALIDAD.

Ósmosis entre realidades. Por fin pudo entenderlo. Para eso servían las misteriosas Xfinges que cada varios siglos surgían de forma espontánea en la Variedad: para igualar el contenido intelectual de cada universo. Para igualar las concentraciones psi de la noosfera.

Charlemagne=Agnes entendió su propósito. La Noótica urtiana, la suprema mente Ur, quería que ellos fueran la baliza de guía entre las realidades. El heraldo, a falta de encontrar una palabra mejor. Agnes había cruzado antes, así que ya conocía el camino, y la locura de Charlemagne la protegería en el viaje de regreso. Era un plan tan sencillo como peligroso: Él / ella (¿ello? ¿ellae?) sería el primero en vadear el río

cuando se abriese el portal. El resto de la civilización urtiana —y los escasos sofontes que lograsen burlar sus defensas en la brutal batalla que se avecinaba— los seguirían por el mismo camino, porque una vez abierto el túnel, no podría volver a cerrarse. Hasta que la Variedad se desplomara sobre sí misma como una partícula cuántica, claro.

Pero ¿por qué exactamente allí, en aquel preciso lugar del Bolzai, a miles de años luz de ninguna parte?

La supersustancia de la información que unía a Agnes y Char se tornó carne, un milagro: el laberinto de datos que estaba recorriendo abarcó un complejo de cientos de naves y decenas de mundos. Saltó de uno a otro sin notar la transición. La ecología del radicórtex no contemplaba el tiempo como una constante.

Recogió fragmentos sueltos de código y los hilvanó. Esos radicales libres le contaron cosas, secretos inconfesables que no estaban a disposición de ningún otro ser viviente. Bocetos del plan de supervivencia urtiano, como:

FECHA: 910034/22FC. SUCESO: HALLAZGO DE UNA SINGULARIDAD EN EL ESPACIO CONOCIDO COMO MAR DE BOLZAI. FISURA DETECTADA EN EL CONTINUO ESPACIO-TIEMPO.

Una fisura... sí, y un paso también. Un poro abierto entre realidades. Indagó en la mente de Agnes, como si quisiera aprehenderse de su saber, y halló una posible explicación:

LOS ANTIGUOS ERUDITOS DE LA MENTE CREÍAN EN UN MITO. SEGÚN ELLOS, DEBE HABER UNA REGIÓN EN EL ENCÉFALO DE LOS SOFONTES DONDE TODOS LOS PAQUETES DE PENSAMIENTO SE REÚNAN Y COTEJEN, DONDE SUMEN SUS CARACTERÍSTICAS Y SEAN OBSERVADOS EN CONJUNTO. UN LUGAR EN CUYO INTERIOR LA INFORMACIÓN SE REÚNA Y SE VALIDE. ES LA CÁMARA DE REVELADO DEL CEREBRO, LA TEORÍA DE LA HABITACIÓN OSCURA. ENTRAN DATOS; SURGEN PENSAMIENTOS, REALIDADES.

¿Era posible? ¿Funcionaba así la mente de los sofontes? ¿Eran tales los soportes de su sistema operativo?

Y si tal aventurada teoría era cierta, ¿qué era ese punto en el espacio, esa mella en el diamante? ¿Por qué Agnes podía subsistir en ese universo perteneciendo en realidad al otro?

COMO TODA TESIS, TIENE SU ANTÍTESIS. EL DIÁVOLOS, LA FRECUENCIA A LA QUE LOS INSTRUMENTOS MUSICALES NO SE PUEDEN AFINAR. UNA FISURA EN EL INTERIOR DE LA HABITACIÓN OSCURA DONDE LAS LEYES COMUNES NO SE APLICAN. SI HAY UN PENSAMIENTO QUE AL ENTRAR EN LA HABITACIÓN POR CASUALIDAD QUEDA ALOJADO EN EL DIÁVOLOS, PODRÁ ESCAPAR A TODAS LAS

LEYES, LIBRARSE DE TODAS LAS INTERPRETACIONES.

CUALQUIER HAZAÑA SERÁ POSIBLE PARA ÉL PORQUE NADA HABRÁ QUE LO ATE A LAS CADENAS DE LA LÓGICA.

El Diábolos. La teoría de la Habitación Oscura.

Charlemagne=Agnes se revolvió de placer. Ahora conseguía entenderlo. Agnes estaba alojada en ese dígito que echaba por tierra la teoría, la excepción usada para confirmarla. Y no era la única. Había otro. Un segundo ente que, al abrir la puerta, había penetrado en el universo de la Variedad con ellos, y, por lo tanto, también estaba alojado en la fisura del diamante.

El guerrero.

El hombre que combate las Anomalías, las expresiones del Dios Creador de la Variedad. El Verbo.

¿Dónde estaba ahora ese guerrero? Se acercaba, podía sentirlo. Los urtianos lo temían, por eso atacaron los mundos aerobios. Trataban de cazarlo antes de que pudiera alcanzar el portal y destruirlo, y con ello arruinar su única posibilidad de salvación. Ése era el verdadero motivo de la guerra.

Charlemagne=Agnes rió: tantos mundos arrasados, tantos millones de seres aplastados por la despiadada bota urtiana, y todo para matar a un solo hombre.

Pero aún estaba vivo. Sí, y estaba cerca. Ecos de decisiones no tomadas y de acontecimientos que aún estaban por ocurrir llegaban muy difuminados hasta sus oídos, cantando las loas del futuro. Y en ellas persistía la huella de aquel hombre.

Seguía vivo, y en algún momento acabaría llegando hasta ellos.

Lina

El apartamento de Geishel era en realidad un espacio aprovechado entre varias terrazas hidropónicas. Los arquitectos de la arcología se habían encontrado con unos cuantos metros cuadrados libres entre jardines y habían decidido edificar allí una vivienda más de las muchas que poblaban el nivel del invernadero. Gracias a ese pequeño fallo de diseño, ese despiste estructural, la vida de la familia que había adquirido aquel espacio había mejorado considerablemente.

Para empezar, Lina se dio cuenta de que no había vecinos. Al estar rodeado por jardines, el apartamento de su hermana se libraba de los molestos ruidos aparejados con la convivencia en un gran edificio. En segundo lugar, su terraza era una pequeña maravilla, abierta a tres espacios poblados de flores de mundos extraños y a las fragancias con que éstas saludaban cada amanecer. Era una gozada salir a respirar aquellas caricias olfativas y dejarse arrastrar por su salvaje irisación estacional.

No es que el piso fuera demasiado grande, a decir verdad: había un salón dividido

en dos pequeños ambientes por un sofá; una cocina integrada en una esquina, detrás de un tabique; un escueto pasillo que apenas robaba metros al conjunto y tres habitaciones, un dormitorio mayor y dos pequeños. Astutamente, Geishel había robado espacio a su propia terraza para construir un pequeño cuarto, donde meter los trastos y las máquinas de lavar, sabiendo que, como la terraza estaba abierta por un lateral a uno de los jardines comunes, se podía colocar allí una especie de pasarela, protegida por una puertecita de plástico duro, para poder ir al jardín a tomar el sol. Al fin y al cabo, ningún otro vecino iba nunca allá afuera a contemplar el paisaje. Sólo los tentáculos del robot jardinero culebreaban entre los arbustos cada cierto tiempo para cumplir calladamente con su misión, y no eran muy molestos. En total, la casa de Geishel sólo era un poquito más grande que el espacio habitable a bordo de la *Eurídice*, pero estaba muy bien apañada. La principal diferencia estribaba en que ella tenía que compartirlo con otras tres personas y... ¿un gato?

En efecto, una mascota rondaba por la casa, acechando a los animalillos que de vez en cuando se colaban por el jardín, aunque Lina no estaba segura de que pudiera ser catalogada dentro de la familia de los felinos. Era un animal pequeño abrigado por un bello pelaje hispido, de un color crema salpicado aquí y allá de manchitas azules. Parecía un gato, pero siseaba como una iguana cuando estaba enfadado y no tenía colmillos, sino dientes romos, de herbívoro, así como dos largas orejas afiladas que se fundían en una sola detrás de la cabeza. Vastee era quien se encargaba de su cuidado. Por lo visto no era ni hembra ni macho, sino una especie de hermafrodita.

Se llamaba Gumbel. El pequeño de la casa le tenía puesta en su cuarto una casita de muñecas acondicionada con un bebedero y un trapo para los desperdicios, y todos los días se encargaba de limpiarla. La casita tenía también una rueda giratoria, pero el animal no parecía muy propenso a hacer ejercicio. Lo que más le gustaba en el mundo era dormir, salvo cuando salía de excursión por la fachada de la arcológia a atormentar a los pájaros de algún vecino (no se los comía, porque a todas luces era herbívoro, pero por alguna misteriosa razón le encantaba ver cómo se retorcían de terror en sus jaulas cuando él estaba cerca). Todo eso se lo contó Geishel aquella tarde, la tarde antes del desastre, mientras enseñaba a Lina el hogar de los Kolbrand. Las reacciones de la hermana mayor de Vastee hacia el animalito no eran muy positivas (los explosivos «¡deja de lamerme, maldito bicho!» o «¡bájate de ese sillón, bola peluda, que lo llenas de pelusa!» con que lo espantaba a la hora de almorzar dejaba claro quién de los dos se había empeñado en traer mascotas a casa). Pero Mineia también tenía sus manías, y poco a poco había ido llegando a un statu quo con su hermanito, en base al cual ella no se enfadaba más de lo necesario con el pobre Gumbel, y Vastee no se chivaba a su madre cuando sorprendía a Mineia besándose con algún chico de camino a casa. La escuela de la arcológia sólo estaba a tres pisos de distancia, y había que saber aprovechar cada recodo si se quería retrasar un poco la

vuelta al hogar.

Lina absorbía cada ápice de información que había allí dentro, contenido en aquel pequeño ecosistema familiar, con la misma intensidad con la que interpretaba las lecturas sobre los cuásares lejanos o las novas en explosión. Tenía todos sus sentidos puestos en cada aspecto de la vida de su hermana, traducido en mil pequeños detalles que festoneaban el salón, la cocina, los dormitorios. Incluso las manchas en la alfombra que delataban dónde se había derramado cada taza de leche cuando los niños estaban aprendiendo a comer solos.

Era fascinante. Más que los misterios del espacio profundo.

Geishel tenía una especie de diario, que Lina habría dado lo que fuera por llevarse al Halo a estudiarlo en soledad. Quería saber más. *Necesitaba* saber más. Quería ver qué se había perdido tras tantos años de revolotear entre las estrellas. Era interesante comprobar cómo, ahora que estaban tan cerca la una de la otra, el canal de anhelos funcionaba en ambos sentidos. Geishel estaba terminando de hacer las maletas, practicando juegos malabares para ver cómo cabían las mil cosas esenciales de su familia en tan pequeño espacio (mientras Neit seguía convenientemente ajeno al problema, charlando con Heith en el salón y dejando que su mujer se ocupase de todo). Y por supuesto que rabiaba de impaciencia por subirse al balandro de su hermana y partir lejos de aquel planeta. Pero Lina también ardía en deseos de saber cosas sobre ella. Y eso la sorprendió. Ahora resultaba que la aguerrida exploradora celeste era la que no quería marcharse.

¿Es así como habría sido su vida de no haberse empeñado Geishel en que estudiase la carrera de piloto? Con gatos, niños, problemas de espacio en las maletas... Un diario íntimo. Lina se preguntó por qué ella nunca había empezado ninguno, disponiendo además de un espacio infinito de almacenamiento en el Halo. En una ocasión había oído decir a alguien que las personas que viven plenamente el día a día no necesitan escribir sus recuerdos, porque no tienen necesidad de retornar al pasado para ser felices. Qué gran mentira. La puerta al pasado siempre se terminaba abriendo, sobre todo a medida que una se iba haciendo mayor.

Geishel asistía regularmente a un club de lectura. Ése era uno de sus pequeños triunfos. ¿Cuál sería el equivalente en su vida?, se preguntó Lina. ¿Qué estaría haciendo ella mientras su hermana daba rienda suelta a los delicados placeres del espíritu? Se lo imaginó: Geishel yendo a dejar a los niños en el colegio y después a hacer la compra, mientras Lina carbonizaba un convoy urtiano a lomos de la onda de choque de una nova. Geishel desgranando los mil y un significados de un verso en su club literario ante un corro de hipnotizados oyentes, mientras Lina zigzagueaba por los muelles de la Clepsidra y hacía cabriolas sobre una grúa, huyendo de las autoridades portuarias. Geishel anotando los acontecimientos y pensamientos más relevantes del día en su diario mientras Lina trazaba canales de fuga en el Halo e

hilvanaba con encajes de iones la cromosfera de un sol.

¿Cuál de las dos versiones de la misma Kolbrand era mejor? ¿La suya o la de su hermana? ¿O eran complementarias?

Lina se secó una lágrima que amenazaba con romper su fachada de dura comerciante espacial. Ayudó a su hermana a cerrar la primera de las cuatro maletas, sentándose encima, y se dio cuenta de que Vastee le estaba enseñando su gato.

—Se llama Gumbel —dijo con su vocecita tímida, que todavía arrastraba las «R».

Lina alargó una mano para acariciar al animal, pero éste se revolvió en los brazos de su amo, inquieto, y prefirió no tocarlo, sino sólo hacer el amago.

—Es precioso —dijo Lina—. ¿Dónde lo conseguiste?

—Mamá me lo compró.

—Hay una tienda de mascotas en el nivel del bulevar que le encanta —explicó Geishel, doblando unas camisetas—. Solemos ir allí a menudo. Una vez vio a ese bichito en una jaula y no hubo manera de hacerlo salir de la tienda sin comprarlo. —Miró con fingida cara de reproche a Vastee, quien alzó el gato por encima de su cabeza y exclamó:

—¡Mira lo que sabe hacer!

Y lo lanzó contra la pared.

Lina no estaba segura de qué pretendía Vastee que el gato hiciera, ni que el bicho tuviese claro qué se esperaba de él; pero lo cierto es que rebotó contra la pared, cayó sobre la manualidad de Vastee y salió corriendo de la estancia, enfadado. El pequeño salió corriendo detrás.

—¡Espera! —gritó—. ¡No te vayas! ¡Tienes que hacerlo como lo hemos ensayado!

De fondo se oyó la voz de Mineia, que berreaba:

—¡Mamá, dile a Vastee que no entre en el baño mientras estoy yo, por favor! ¡Maldito crío!

Lina y Geishel soltaron una risita al mismo tiempo, tremendamente simétrica.

—¿Cómo te las has arreglado para sobrevivir a esto? —preguntó la capitana, asombrada.

Su hermana se encogió de hombros.

—Bueno, criar un niño es más fácil que atracar en la saltoárea, eso por descontado. Sólo tienes que tener paciencia y saber escuchar en el momento oportuno.

—Yo no estaría tan segura... —murmuró Lina.

En ese momento, su pulsera de datos emitió un zumbido.

Geishel la señaló, extrañada.

—¿Qué es eso?

Lina frunció el ceño.

—Es la llamada de alerta de la doctora Valeris —dijo con cierta preocupación—. La capto muy cerca de la arcología.

—¿Tu amiga la doctora?

—Sí, antes de marcharnos le di mi código. Le dije que si tenía problemas y quería localizarme, me enviase un mensaje de rebote al Halo. Creo que es esto. Lo que me extraña es la firma tan rara de código elandi que lleva.

Lina fue hasta el salón. Heith se levantó del sofá, que ya retenía su silueta. Se lo veía agotado por la cháchara vacía del marido de Geishel.

—¿Qué ocurre? —preguntó, esperanzado. En sus cejas se leía la ansiedad porque Lina le dijese que los urtianos estaban atacando el planeta, o algo así.

—Es Valeris, está viniendo hacia aquí. Lo mejor será que vaya a buscarla.

—Te acompaño —dijo, y su tono de voz no admitía réplica.

—Como quieras. —Lina miró a su hermana—. Volveré enseguida, no te preocupes. Ten el equipaje listo.

En los ojos de Geishel titilaba el miedo, pero aceptó la promesa de su hermana.

—Ten mucho cuidado. Eso de ahí fuera es el caos.

—Lo sé. Volveré antes de que os deis cuenta, lo prometo.

De repente, la intensidad de luz en la estancia disminuyó drásticamente, como si alguien hubiese apagado una lámpara. Sólo que la lámpara estaba situada fuera de la casa, en el mundo exterior.

Vastee fue corriendo a asomarse a una ventana y exclamó, entusiasmado:

—¡Mira, mamá, un eclipse!

Los adultos también se asomaron. El sol había dejado de emitir tanta luz como de costumbre, y apenas hacía daño a los ojos cuando se lo miraba detenidamente. Si uno se fijaba durante un rato, incluso podía ver que algo raro le estaba pasando a su circunferencia.

De la calle llegó un chillido lejano, indistinto, el clamor de miles de seres aerobios a los que se les contraía al mismo tiempo el corazón.

Nadie dijo nada. No hacía falta. Lina salió por la puerta, seguida a muy corta distancia por Heith. Desde una esquina del salón, el gato los acechaba con expresión de alerta, en completo silencio, como si pudiera ver cosas que ninguno de los humanos era capaz de captar.

Jan

La batalla comenzó en el mismo instante en que la flota abandonó el Hipervínculo. Jan sintió el brusco acelerón del crucero, y oyó los estampidos de las atómicas golpeando el casco.

Reptó por los conductos de ventilación hasta llegar a los hangares. Varias escuadras de cazas de alta maniobrabilidad se aprestaban a despegar; Jan vio a los pilotos correr por la pista, poniéndose los cascos de transferencia de pensamiento. Treparon por las escalerillas hasta las carlingas de los aparatos o fueron tragados por éstos cuando pasaban entre el bosque de trenes de aterrizaje. Las grúas del techo dejaban caer los cazas sobre la cuna de salto, y ésta los propulsaba más allá de los campos de fuerza del hangar, hacia las violentas e hiperenergéticas profundidades de la batalla. Gran parte de aquellos cazas eran automáticos, gobernados por particiones elementales de la gran mente del crucero madre, pero algunas escuadras seguían llevando pilotos de carne y hueso; pocas simulaciones eran capaces de recrear la respuesta humana al peligro y el impulso sagaz y creativo ante la adversidad que ésta conllevaba.

Jan desencajó la tapa del conducto de ventilación y saltó al hangar. El campo de invisibilidad de la armadura lo protegería de los sistemas de detección de intrusos. Aun así no deseaba quedarse allí mucho tiempo, y menos sabiendo lo que estaba sucediendo fuera. La flota aerobia estaba compuesta por quince legiones de doscientos cincuenta cruceros, apoyados por lanzas de combate. Teniendo en cuenta que cada crucero desplegaba una media de quinientos cazas, bombarderos, cazabombarderos, cañoneras, satélites y naves-línea de comunicaciones de bajo nivel, en total había una supermanada de casi dos millones de naves de diferente tamaño, dividida en nueve grupos, atacando al mismo tiempo el emplazamiento urtiano. La flota aerobia, una vez desplegada, formaba una nube tan densa de vehículos que oscurecía las estrellas que había detrás, un opaco y denso enjambre que abría lentamente sus tentáculos para rodear al enemigo.

El enemigo.

Sólo el aterrador aspecto de éste en la lejanía bastaba para quitar el aliento. No era una flota, ni un ejército. Se trataba de una única nave, una agregación de cruceros y naves-mundo que, encajadas unas en otras, siguiendo el patrón fractal inmanente a la arquitectura urtiana, había conformado la mayor nave de guerra que Jan hubiese visto jamás. Una estructura con forma espinada, una estrella de guerra erizada con miles de puntas que rotaba lentamente en el vacío. Medía una diezmilésima de UA de diámetro, y su sombra bastaba para ocultar a toda la flota aerobia la luz de los soles fronterizos con el Bolzai.

Jan sintió miedo. Lo que estaba viendo a través de la puerta del hangar era el máximo exponente militar de toda una civilización. Estaba claro que los urtianos habían encontrado algo, aún no sabía qué, y estaban tratando de protegerlo con todos sus recursos. Ese algo podía ser un objeto, una nave, una idea abstracta, un fragmento de su universo que hubiese viajado con él cuando traspasó la barrera...

... O un lugar. Un punto exacto en el espacio.

Jan apretó los puños. Sí, podía ser tan sencillo como eso. Por ese motivo desplegaban todo su potencial tan lejos de los mundos de la Variedad. Un punto concreto en el vacío, unas coordenadas inamovibles que fueran importantes en sí mismas. Pero ¿por qué?

No lo averiguaría quedándose de brazos cruzados.

Un robot de carga pasó frente a él, armado con dos docenas de misiles. Lo siguió hasta llegar a la zona del hangar donde esperaban los pilotos. Sus naves iban siendo colocadas por enormes brazos articulados en las cunas de lanzamiento mientras calentaban motores. Resultaba doloroso para los seres vivos acercarse a aquellas naves: eran verdaderos hornos de microondas a nivel del casco, y si se las miraba con los instrumentos adecuados, podían verse los campos de código M ardiendo como coronas barrocas alrededor de los motores.

Jan se deslizó como una sombra hasta uno de los pilotos y lo dejó sin sentido. Sus compañeros, concentrados en la calibración de pilotaje, ni siquiera lo advirtieron. Cuando llegó el turno del piloto al que había sustituido, Jan subió al cazabombardero, un feo pájaro de morro afilado y alas de geometría inversa, que cargaba con más kilos de armamento que la masa total de su fuselaje. Su armadura pirateó el casco, reduciéndolo a un mero sistema esclavo y enlazándose de esa forma con la cognoscitiva del caza. La nave se convirtió en una extensión del piloto: Jan abrió los dedos y los postquemadores fásicos rugieron; alzó las cejas y el tren de aterrizaje se recogió. Hizo el gesto de dar un paso y la nave aceleró, saliendo despedida como una bala cromada a través de la cuna.

El crucero quedó atrás, con la relativa seguridad de sus corazas y su poderoso blindaje de energía, y Jan entró en otra dimensión de la batalla, una que era parte de la forma de hacer la guerra desde el comienzo de los tiempos: el hombre solo, abandonado a su suerte en medio del campo de batalla, con una espada y un escudo en las manos como única protección contra el desastre.

Recibió la orden de sumarse a un grupo. Jan sonrió y permaneció en silencio absoluto de radio. Que pensasen que algo fallaba en las comunicaciones hasta que alguien encontrase el cuerpo inconsciente del piloto (al que probablemente acababa de salvar el pellejo) en el hangar. Para hacer más creíble la artimaña, desconectó el circuito de comunicaciones y quemó un cable.

Miró alrededor, al espacio henchido de destellos de impulso, de explosiones nucleares, de bombas de racimo que colisionaban contra murallas impenetrables, de barras de luz que hendían el vacío como bisturís cuánticos. De agonía, dolor y muerte, tanto biológica como artificial.

El radar se hizo eco de una mixtura de cuerpos masivamente acelerados que se aproximaban a su posición; provenían de la mundo-nave Ur. Jan confirió máxima potencia a los impulsores y se apartó de su trayectoria, abriéndose en abanico junto al

resto de los cazas. Invisibles y letales rayos de alta energía zumbaban con la cólera de los mismos dioses a su alrededor.

Ya no quedaba tiempo para pensar. La batalla final por la supervivencia en aquel universo «pompa de jabón» había comenzado. Y, aunque jamás lo admitiría en voz alta, Jan reconoció para sí que los aerobios llevaban las de perder.

Charlemagne=Agnes

Habían llegado. Los aerobios ya estaban allí, revoloteando en torno a la titánica colmena Ur en su patético intento por sobrevivir. Tratando de asesinar a sus amos, cuando semejante empresa era imposible hasta para los dioses.

Porque los Ur también eran dioses, a su manera.

El código de la Noótica lloviznaba sobre la inmensa planicie de datos. Charlemagne=Agnes se preparó. Su turno llegaría muy pronto.

En el centro de la mundo-nave, los generadores trabajaban a destajo para crear una fisura, una tremenda inyección de energía que abriese de nuevo el conducto entre universos. Los exploradores urtianos habían rastreado la Variedad y gran parte del Bolzai buscando a aquellos seres mitológicos, los Ángeles. Naves vivientes que serían sacrificadas para que su civilización pudiese sobrevivir.

Por los datos que transmitía la Noótica, el esquema de Ángeles no estaba completo. Los urtianos necesitaban un mínimo de tres de estas legendarias criaturas para hacer funcionar su máquina, pero sólo habían logrado capturar a dos. La tercera había sido robada por un corsario aerobio («¡un vulgar corsario con un simple balandro de mala muerte!») en las proximidades de la Espingarda Púrpura.

Tan elemental descuido, tan imperdonable fallo de planificación ponía en peligro la totalidad del plan. Amparada por la lógica, la Noótica jamás había imaginado que la audacia de un humano fuese tan desmedida como para atacar el convoy que transportaba el huevo del Ángel. Ese fue su mayor error: subestimar la locura.

T en menos veinticinco y contando. Los Ángeles cantaban sus canciones de entropía, revoloteaban en la jaula como sueños encerrados en una caja de música.

Más radicales libres de información, enroscándose y rebullendo.

Como ser privilegiado (observador no culturalmente inercial), Charlemagne=Agnes había tenido acceso a los instantes de apertura que los Ángeles habían inducido en los portales: nanosegundos en que los túneles palpitaban entreabiertos, y los observadores podían disfrutar de brevísimas instantáneas del otro lado.

Había creído ver la burbuja madre, en tiempos y lugares a los que nunca podrían acceder. También tuvo destellos de otras burbujas, que a su vez encerraban mundos

muy distintos, civilizaciones tan diferentes a la suya que ni siquiera sería capaz de entender como meras abstracciones.

Charlemagne=Agnes lloró, pues de la necesidad de los seres que poblaban el suprauniverso se derivarían consecuencias terribles para todos. ¡Cuánto conocimiento se perdería, cuántos libros permanecerían sin ser leídos, cuántas lenguas sin ser aprendidas! Pues, ¿qué sentido tenían las imágenes que los urtianos percibieron al espiar esas otras burbujas situadas tan cerca, y a la vez tan lejos?

Hubo un momento, un fugaz parpadeo de gloria, en que uno de los habitantes de ese otro universo giró la cabeza, como si notase que alguien lo estaba observando, y *lo miró a él*.

Charlemagne no podía creerlo. Era el primer —y tal vez único— contacto que jamás habría entre los heraldos de ambas realidades. Se trataba de una muchacha, humana, de no más de veinticinco años, con una larga cabellera plateada y ojos negros, que lo miraba desde el puente de una nave de insólito diseño. Un habitáculo forrado con lo que parecía terciopelo, con un gato dormitando plácidamente sobre las consolas de control.

La imagen se extinguió tan súbitamente como había aparecido. Charlemagne=Agnes dio gracias a los dioses por la locura que protegía su mente, pues ninguna criatura cuerda podía ser testigo de semejantes maravillas sin fallecer. Esa locura constituiría su defensa en el increíble viaje que estaba a punto de emprender. Desde que la Noótica le había permitido recordar que una vez tuvo un cuerpo físico, y que ese cuerpo fue el de un simio desnudo, había dado gracias infinitas veces por el gran paso adelante en la evolución de su propia forma de vida, que le habían hecho como regalo de bienvenida al colectivo.

Ahora, les devolvería el favor. Iba a ejercer de nuncio en la migración masiva de inteligencias entre dos universos completamente desiguales. ¡Él, un antiguo psiquiatra aerobio de triste futuro que habitaba en una ciudad ya arrasada por su sol!

El camino prometía ser, muy, muy largo, y sobre todo, difícil. Pero si había una senda hasta el paraíso, por estrecha que fuese, él pensaba encontrarla.

Capítulo 17

Fust

Joviann mantuvo una larga charla con su prima Sivain, mientras las horas pasaban y la actividad en el palacio aumentaba frenéticamente. Nuara salió un momento, y, cuando volvió, su cara reflejaba algo parecido a un temor contenido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sivain.

La joven informó:

—Ha comenzado. Anthelios también está empezando a apagarse.

Joviann se puso en tensión. Aquello sólo podía significar una cosa.

—El desplome de las galaxias está llegando hasta nosotros —ratificó Sivain—. No tenemos tiempo. Hay que poner en marcha el plan.

—El consejo ha ordenado la evacuación total. —Pese al miedo que debía de estar sintiendo, la voz de Nuara seguía teniendo la frialdad del acero—. Nos quedan dieciocho horas.

—Entonces he fracasado —dijo Joviann, derrumbándose en el sofá.

Su prima lo miró, extrañada.

—¿A qué te refieres?

—A mi plan. Mi astuto y patético plan original —dijo con teatralidad—. Vine a Anthelia a buscaros porque creía... —rió en voz alta—. Dioses, realmente lo pensaba, es increíble...

—¿El qué?

Joviann separó las manos.

—Que todos juntos podríamos huir junto con los urtianos —dijo con sencillez. Una vez enunciado en voz alta, el plan parecía aún más descabellado que en su mente.

—¿Un pacto con el enemigo? —Sivain alzó las cejas.

La cabeza del ejecutivo se movió lentamente, de arriba abajo.

—Una negociación. La Synder, o el porcentaje de ella que hubieseis desarrollado tecnológicamente, a cambio de que nos dejaran marchar con ellos. Soy un hombre de negocios, Sivain —añadió, a modo de justificación—. Es lo único que sé hacer bien.

—Y pretendías salvar a tu familia haciendo el trato de tu vida. Si el universo se va a acabar, de nada nos sirve conservar las viejas patrias.

Joviann bajó la vista al suelo. Nuara los miraba a los dos, callada.

Sivain acarició la barbilla de su primo con el dorso de la mano. Estaba sonriendo.

—En el fondo eres una buena persona, Joviann —dijo—. Me alegra haberlo descubierto a tiempo. ¿Todo tu plan consistía en una maniobra para salvarnos a

nosotros?

—Sí.

—Déjame decirte... que tienes la forma más estúpida, aberrante, desmesurada y caótica de saldar viejas deudas que he visto nunca en un ser humano.

Joviann sonrió.

—Gracias. No creas que es la primera vez que me lo dicen. Aunque no con tantos adjetivos.

—Tenemos que subir a la saltoárea —urgió Nuara—. El *Arca* está preparada.

—¿Quién la pilotará?

—Semra —dijo Sivain—. Es el mejor. El más preparado para intelectarse sin peligro a un cuerpo de nave estelar tan masivo. —Cogió una chaqueta del respaldo de una silla—. Si nos damos prisa, aún podremos...

—¡Un momento! —suplicó Joviann—. Antes de irnos necesito algunas respuestas. ¿Qué ha ocurrido con la Synder? ¿Qué le ha pasado a Yara?

Sivain acompañó a Nuara a la puerta.

—Ve subiendo —le ordenó—. Dile a Semra que no se preocupe por mí; iré en cuanto pueda.

Nuara asintió y, con una última mirada de complicidad a Fust, se marchó corriendo. Sivain cerró la puerta y se sentó frente a su primo, mostrándole las líneas que había escrito en aquel papel. A continuación añadió más números.

—Esto que ves son fragmentos del código fuente de la Synder, un lenguaje basado en abstracciones —explicó—. Llevo varios años estudiándolo. Yara se comunica con Semra empleando mensajes subliminales.

—Pero ¿qué narices le ocurrió a ella? —se desesperó Joviann—. ¿Y por qué Semra dejó que pasase?

—Cállate de una vez y escucha. No hay tiempo para ser impaciente. —Subrayó las líneas escritas con la uña—. Esto son pistas que Yara nos manda para hacernos entender sus propósitos. Por lo que hemos podido comprender, durante los últimos meses nos ha estado intentando decir que algo asombroso ha tenido lugar. La Synder ha... evolucionado, aunque esta palabra no se pueda aplicar en rigor. Es como si, contra todo pronóstico, hubiese despertado.

—¿Despertado?

Sivain hizo una ademán nervioso con la mano.

—Renacido, florecido, o como quieras llamarlo. Lo que trata de decirnos Yara es que ese espacio de trabajo llamado Synder, en el que ella está prisionera, ha mutado para cumplir su función inicial. Aquello para lo que fue creado por la Xfinge.

—¿Y qué provocó el cambio?

—El desplome de las galaxias —aventuró Sivain—. O puede que otra cosa. Ni la propia Yara lo sabe. Pero no cesa de oír ese nombre, Sandra, repitiéndose una y otra

vez por todo el código fuente. El espacio Synder se ha vuelto loco de repente, y no para de cantar la proximidad de ese nuevo ente.

—No lo entiendo.

—Nosotros tampoco, pero Yara te necesita, Joviann. También ha pronunciado tu nombre.

El ejecutivo alzó las cejas.

—¿El mío? Pero ¿cómo...?

—Te intelectaste, ¿recuerdas? Durante un breve período de tiempo estuviste allí, suspendido en la Synder. Dentro del cuerpo de aquel androbot en el que te abandonó Semra. Creo que Yara oyó tu voz cuando la llamaste.

Joviann se sentó junto a ella.

—Necesito verla, Sivain —suplicó—. Es lo último que pido, antes de morir.

—No vamos a morir —replicó ella, enfadada—. Ten confianza en tu familia por una vez.

—¿Y si no hay nada más allá del Bolzai? ¿Y si el *Arca* llega hasta el final del universo y cae por el borde?

Sivain meneó la cabeza.

—Aún no sabes lo que es la Synder, ¿verdad? —susurró, enigmática. Se puso en pie y acompañó a Joviann hasta la chimenea, en la esquina sur de la habitación. Abrió un pasadizo secreto y señaló la oscuridad de los recovecos—. Esta vía de escape te conducirá a la pista de despegue. Deja que la lanzadera te lleve hasta la saltoárea.

—¡Espera! —la detuvo Joviann, refrenando las preguntas para que no escaparan a borbotones de su boca—. ¿Por qué Yara os pide ayuda? ¿Qué es exactamente el espacio de trabajo Synder?

—La Synder forma parte de la psique del creador de este universo, Joviann. Es su memoria de trabajo. —Cerró el túnel tras él—. La mente de Dios.

Valeris

Una hora antes de que la mano de Lina Kolbrand surgiera de la multitud, estirándose agónicamente hacia ella, la doctora Valeris Adyanti todavía se estaba haciendo preguntas. Preguntas para las que en realidad nadie tenía respuesta, aunque, sí, datos había. Y muy completos. Las observaciones de los grupos aislados de científicos se fueron acumulando en estratos de importancia, amontonando más y más franjas y sedimentos de números, hasta que los repetidores cayeron y el flujo cesó. Entonces, el mundo entero quedó en silencio.

Pero eso no fue óbice para que Valeris siguiera haciendo preguntas.

—¿Entonces, los cálculos son correctos? —se asombró, frotándose las sienes con

infinito cansancio.

En los monitores, las curvas de datos corcoveaban como caballos desbocados.

Los científicos elandis se amontonaron a su alrededor.

—Eso creemos —confirmó el jefe del observatorio, un semivarón llamado Kaetar. Su aspecto general seguía siendo vagamente humano, a pesar de todo el DNArte que su especie había asimilado como propio a lo largo de los siglos; pero ahí seguían insinuándose las proporciones bípedas, por debajo de la cabeza blindada, el abdomen de insecto que albergaba su gran cerebro y las piernas multiarticuladas que se doblaban debajo—. Cuando las estrellas se colapsan, justo un minuto antes de su paso a la fase nova, se abre un agujero blanco en el núcleo. —Señaló las gráficas con un dedo que estaba a medio camino entre un hueso cubierto de carne y una antena de pura fibra—. Mire aquí. Y aquí. Los picos de espectrometría no pueden significar otra cosa. ¿Sabe lo que esto significa?

—En la misma muerte de las estrellas podría estar nuestra salvación —comprendió Valeris, con un estremecimiento que recorrió su columna vertebral. Por fin, por fin, por lo más sagrado, había una oportunidad, aunque fuera minúscula. Un casi imperceptible destello de esperanza al final del túnel—. De alguna manera... se generan antirrelés enroscados sobre sí mismos en el último estadio del hidrógeno, túneles que podrían ser surcados por naves. ¿Alguien tiene alguna teoría sobre adonde conducen? —Miró con intensidad al nervioso grupo de insectos humanoides. Ninguno de ellos fue capaz de sostenerle la mirada.

—Aún no poseemos información sobre esa cuestión —dijo Kaetar, abatido—. Ni siquiera sabemos si esos túneles tienen salida a alguna otra parte del espacio real. Sería conjeturar demasiado. Pero sí sabemos que se mantienen estables incluso después de la destrucción de la estrella, aunque por poco tiempo.

—Eso me basta. Lo único a lo que podemos agarrarnos es a esa posibilidad, por pequeña que sea. Si hablamos con el ejército, podrían trazar un plan de evacuación para la gente de los sistemas solares que aún quedan en pie. —La esperanza renació en las pupilas de Valeris—. ¡Lo sabía! ¡Los agujeros blancos son la clave! Si mi equipo de la estación pudiese ver estos informes...

—Me temo que la red de antenas de la Ultralínea ha muerto —apuntó otro elandi—. Compartir esta información con otros equipos, en otros mundos, es imposible, a menos que la llevemos físicamente con nosotros.

Valeris miró a través de la ventana del búnker. Los laboratorios se hallaban en las afueras de la ciudad, en un polígono industrial. Desde allí, como desde muchos lugares del extrarradio, se divisaba la arcología en la que vivía la hermana de Lina.

—Puede que exista una solución —meditó—. Conozco a una persona que tiene una nave propia, un balandro bien construido y muy rápido. Si consigo reunirme con ella, podría trasladarme a una de las naves de mando que hay en órbita, y desde allí

enviar emisarios militares a los sistemas vecinos.

Los científicos compartieron miradas inquietas. Kaetar expresó en voz alta lo que los demás pensaban:

—La ciudad es presa del caos. Si sale ahí fuera la matarán. Deje que intentemos construir un equipo de radio de onda corta. Tal vez podamos enviarle un mensaje cifrado a la antena de ese balandro.

—No hay tiempo —dictaminó Valeris—. Inténtenlo de todos modos, pero yo tengo que irme ya. La nave está atracada en aquella arcología. —Cogió sus cosas—. Deséenme suerte, o bendiciones divinas, o lo que sea en lo que crean.

Metió los documentos en un maletín y añadió varias esferas de memoria. Si estaba en lo cierto, en aquellos simples cristales iba contenida lo que podía ser la única esperanza para los aerobios, y para el resto de las especies sofontes.

Salió al exterior. El maletín colgaba encadenado de su muñeca, balanceándose con un gracioso tintineo. Un rumor de multitudes enfebrecidas llegaba desde lejos, en alas de la brisa. Olía a metal quemado. Del centro de la ciudad brotaban varias columnas de humo muy denso y oscuro.

Kaetar se despidió de la doctora, sacudiendo amigablemente dos de sus cuatro brazos, y se encerró a cal y canto con sus colegas para construir esa radio artesanal que sería su única forma de comunicarse.

Valeris tomó aliento y puso un pie delante de otro, lentamente al principio, luego con más rapidez. Estaba temblando de miedo, pero la responsabilidad era demasiado grande, y sólo ella podía llevar a buen término aquella misión. Ahora entendió aquella frase que le dijo Lina Kolbrand cuando escaparon de la estación, con los zánganos Ur pisándoles los talones, sobre que ser un héroe sólo era hermoso y romántico si lo leías en un poema, pero no cuando vivías en tus propias carnes las experiencias que te obligaban a serlo.

La doctora caminó entre calles desoladas amenazando a los pocos transeúntes con que se topaba con el arma que le había dado Lina. Pocos se acercaron, pero mareas humanas incontroladas fluían por las avenidas anexas incendiándolo todo y gritando eslóganes incoherentes, reivindicando causas que sabían perdidas y exigiendo responsabilidades a una autoridad civil o militar que, en realidad, ya no estaba allí. Los individuos de la urbe desaparecían: conforme iban transcurriendo las horas hasta el inevitable final, sólo iban quedando las masas.

Alguien activó un reproductor de música en lo alto de un edificio. Quizá fuese su última voluntad antes de morir. Las notas de una composición cuyo origen nadie sabría precisar arrancaron ecos gemebundos de las torres de cemento:

Separar la tierra palpitante

Flotar en la tiniebla en busca de raigambre

*En la edad lisonjera en que es sueño la vida,
Cuando sin rumbo navegas en busca de tu nombre,
El fantasma seductor se pregunta
Si aquel dios era un demonio o era un hombre.*

Una pared se vino abajo. El sonido desapareció y sólo quedaron las imágenes. Películas en cámara lenta de tanques arrollando seres humanos, de niños cayendo de las azoteas, de EVs chocando contra los rascacielos, de personas desesperadas que no sabían qué hacer con sus últimos minutos de vida. De una esfera solar que se iba consumiendo a sí misma, envejeciendo a ojos vista, mutilándose, arrancándose lascas de luz con espantosa precisión e hiriendo con ellas lo que quedaba de cielo.

*Palabras, dadme cuanto existió y existe.
Atmósfera del vacío, quimera de despojos,
Al templo placentero os guiaré sin ojos
A contemplar de lejos su morada,
El noble señorío de una aurora triste.*

Valeris fue arrastrada por la marabunta. Manos anónimas le arrebataron el arma y la dispararon al azar contra otras manos. Cayó al suelo. Ruido. Gritos. Patadas. Pies. Pies por todas partes que le hacían daño, la cadena, la cadena que la unía al maletín se rompió y éste fue aplastado por la gente. Los vitales papeles fueron separados de ella, perdiéndose en la nada del todo, en la incoherente amalgama del caos.

Los preciosos cristales de datos se astillaron bajo las suelas de cientos de hombres y mujeres que suplicaban que alguien los sacase de aquel infierno. Una mujer histérica agarró el maletín. Valeris intentó quitárselo, pero sólo logró doblarse su propio brazo en una dilección opuesta a la que permitía el diseño de la articulación. Valeris chilló. Las gruesas venas de sus sienes se retorcían e hinchaban como si tuvieran vida propia.

La doctora se desgañitó para hacerse oír, para rescatar los tesoros que la turba descerebrada estaba destruyendo en su ciega carrera hacia ninguna parte; pero fue inútil. La mujer que le había quitado el maletín cayó aplastada por la masa y arañó el aire con las manos, como si se estuviera ahogando en un mar embravecido.

Valeris trató de avanzar contra corriente. Fue imposible. Nada habría podido navegar contra aquella masa, ni siquiera una nave-A.

Una mano que surgió de la nada la agarró por el cabello, tirando con fuerza hasta casi arrancarle la cabeza de cuajo. Las vértebras de su cuello gimieron. Esa mano

sacó de allí a la doctora y la llevó a un lugar apartado de la muchedumbre, entre minúsculos pasitos y violentos empellones.

Valeris no se percató hasta mucho más tarde de que había sido la mano de Lina.

Cenicientas nubes que tronan el llanto

Del camino que jamás pisaré, victorias y derrotas.

Del cielo herido surge el amargo canto

De lluvias de jade, horizontes lejanos y travesías remotas...

Travesías remotas...

Capítulo 18

FUST

Como había adelantado Sivain, el túnel conducía a una pista de despegue, una bandeja de metal extendida sobre contrafuertes en un lateral del palacio. Joviann localizó una lanzadera grácilmente posada sobre aquella bandeja, y se aproximó a ella camuflándose entre líneas y líneas de contenedores abarrotados de féretros. No quería que algún ojo indiscreto lo sorprendiera y Semra descubriese antes de tiempo que su «asesinato» por intelectado no había tenido éxito.

Miró los féretros. Ataúdes cargados de personas en animación suspendida. Miles de ellos, a sumar a los millones que ya estarían acumulándose en muchos otros astropuertos de Anthelia. La totalidad de la población que quedaba en aquel planeta, congelada y esperando pacientemente su resurrección. Había algo muy tenebroso en todo aquello, algo terriblemente perturbador, por más que él entendiera los motivos del plan y lo aceptase como algo obvio.

Cientos de lanzaderas subían y bajaban del cielo, llevándose monstruosas pilas de esos contenedores, ya fuese en su panza o pescándolas con haces de rayos tractores. La evacuación proseguía a la mayor velocidad posible para garantizar la seguridad del cargamento, mientras la estrella se apagaba segundo a segundo, sin concederles la más mínima tregua. En pocos minutos pasó de ser una esfera brillante, a la que dolía mirar, a una sandía oblonga que titilaba con un resplandor ocre.

Fust maldijo en silencio su propia estupidez. Su falta de visión sobre el futuro más inmediato. Los esfuerzos por negociar con los urtianos en los Paraninfos, las investigaciones secretas sobre la tecnología Synder, los sobornos, las guerras corporativas... todo dirigido a comprar un pasaje para su familia en el único vuelo disponible hacia la salvación. Y no había servido de nada.

De nada.

Tampoco quedaba tiempo ya para regresar a Aeria Primus. Que se las arreglaran como pudieran, pensó, y que la suerte acompañase a aquellos que aún tuviesen esperanza y ganas de sobrevivir. Pensó en su secretaria, la obsequiosa Lanoi. La madre primeriza, la experta en cuestiones de administración interna de su corporación industrial. Él le había regalado un pasaje hacia el horizonte, lejos, lejos de todo, si es que ese término era aplicable a la Variedad. Recordó con nostalgia su sonrisa, y la forma amable pero severa que tenía de recordarle sus citas cuando eran compromisos a los que a él no le apetecía para nada asistir. Se preguntó dónde estaría ahora, y si el favor que él había tratado de hacerle al menos había logrado prolongar su vida, y la de los suyos, unas cuantas semanas más.

Subió a la última lanzadera, oculto entre personas dormidas. La bioestasis mantendría sus cuerpos a buen recaudo mientras la Synder hacía lo propio con sus mentes, fundiéndolas con la colectividad que era en sí el bajel celeste, el Arca. Eran afortunados; habían encontrado una forma de engañar a la muerte. La inmensa mayoría de los sofotes no podía decir lo mismo.

Las paredes de la lanzadera eran opacas, así que sólo pudo imaginar, mientras la nave ascendía con una ronca oscilación de impulsores a la saltoárea, el acercamiento del carguero al Arca. La lenta procesión de cargueros en fila hacia la titánica puerta del hangar, todos ellos acólitos y concelebrantes de un mismo misterio sobre la ingravidez y la vida eterna.

Cuando la nave ancló en la bahía de atraque, Fust se confundió con los robots que desestibaban el valioso cargamento. Le sorprendió el tamaño de la circunnavegadora, lo que Semra llamaba familiarmente «el Arca». Ya la había visto de lejos al llegar a Anthelia, pero contemplar desde dentro los salones de una monumental nave de varios kilómetros de largo resultaba impresionante.

Estuvo vagando por los pasillos durante algunas horas, admirando aquel esfuerzo por salvar a la gente. Millones de cunas se alineaban con pulcritud en las paredes y techos, aprovechando hasta el mínimo espacio disponible. No había seres humanos vigilando el correcto devenir de la operación; todo eran androbots y drones múltipodos. Y un número apabullante de cerebros intelectados a la vez.

—¿Tanto poder tiene la Synder? —dijo para sí, maravillado.

Tuvo que escalar cien pisos para llegar al puente de mando. Era una habitación sorprendentemente pequeña, con un escueto panel de datos y un orbe central, coronado por una cúpula que brillaba con fulgores de color índigo. En su interior, un hipercubo de siete dimensiones orbitaba sobre su eje. Era la representación visual de la mente que gobernaba la nave.

Joviann acarició el cristal del orbe. Sus dedos arrastraron la luz como si ésta fuese líquida, por una sola vez en su existencia más tangible que etérea.

—¡Yara! —gritó—. ¿Estás aquí?

El hipercubo reaccionó a ese nombre. Cambió de tamaño y de forma, ganando y perdiendo más dimensiones, pero no respondió.

Joviann se acuclilló junto al orbe, los ojos cubiertos de lágrimas.

—¿Sabes? —le susurró—. Todavía recuerdo una canción que me enseñó mi madre de niño. No tiene letra, pero ella la tarareaba una y otra vez cuando yo estaba asustado por algún motivo. Decía que era un hechizo, un conjuro contra todo lo que pudiera hacerme daño en esta vida. Era algo así como... —Buceó en sus recuerdos más antiguos. Tanteó unas notas, pero no logró encontrar la melodía—. Bah, es igual. De todos modos, el conjuro no funciona. Ni conmigo, ni... con esta vida.

El hipercubo titiló. La música se transmutaba en luz en el gel trufado de

deuterones que lo bañaba.

—Quería decirte que lo siento, Yara —continuó Fust, la mirada perdida al frente—. No estuve aquí cuando me necesitaste, cuando tus hijos murieron antes de nacer. Estaba lejos, pensando en ti, rezando porque alguna vez el destino ayudase a borrar algunos recuerdos, a emborronarlos en la distancia... —Sollozó—. No es ingrato para un hombre orgulloso terminar así. Sí, ya lo sé, puede que otras personas interpreten que su vida ha sido un desperdicio si no consiguen acabarla junto a la persona que aman. Pero yo... yo no tengo semejantes aspiraciones. No sé si estás ahí para escuchar esto, o si entenderás lo que digo, pero... —Acarició el orbe—. Sólo quiero decirte que no me avergüenza este final. A mí no. Puede que suene triste, pero hace tiempo que decidí aceptar lo que me dieras, y disfrutarlo. No voy a menospreciar el amor que me ofreciste, aunque no fuese la clase de amor con la que yo soñaba. Me conformo con eso.

—No la toques.

Joviann oyó la voz. Y también los pasos. A su espalda. Unos andares metálicos, más de máquina que de hombre. Al volverse vio un servo-robot con extremidades humanas, adaptadas al trabajo en gravedades exóticas. En la plancha de cristal que conformaba su cabeza centelleaba el rostro de Semra.

El engendro alzó los brazos, tal vez para intimidarlo y alejarlo del orbe, Joviann miró las cuchillas que los remataban, los sopletes químicos para el trabajo en fuselajes ligeros y los cortadores láser, pero no retrocedió.

—Ese orbe encierra el corazón de la Synder —escupió Semra en un tono rebosante de odio, de temor ante la esencia misma de la herejía que su hermano estaba cometiendo—. Tu mera presencia aquí es una interferencia para sus procesos.

—Dijiste que sólo en entornos no tecnológicos podía prosperar la Synder. Y yo no porto tecnología.

—Tú eres tecnología —le replicó Semra—. No sé por qué Sivain te resucitó, pero sobre tu piel están corriendo programas. Programas que funcionan sobre tejido biológico.

Fust entrecerró los ojos.

—¿Me inyectó programas? ¿Para qué?

—O no conozco a Sivain, o su plan consistía en que vieses por última vez a Yara para que ella hablase contigo. —Semra engoló la voz—. Para que recordase el amor y de esa manera el sentimiento puro la acompañara como un salvavidas en el Largo Viaje. Siempre fue una romántica.

—Quiero hacerlo.

La mirada de Semra, a pesar de transmitirse en aquel vulgar soporte cristalino, adquirió el peso de la autoridad.

—No —decidió, tajante—. Ella es la piedra angular de la inteligencia que

gobierna la nave. Podrías confundir sus cálculos con tu inútil melancolía, poniéndonos a todos en peligro.

—La mente humana no es un sistema operativo, Semra. —Joviann se puso en pie, encarándose con su hermano. El robot lo aventajaba casi un metro en estatura y otro en anchura—. No le afectará si le digo que la quiero.

—¡Claro que lo es, imbécil! —estalló Semra, colérico—. ¡La mente aerobia es una versión simplificada de la Synder! ¿Cómo puedes ser tan ignorante? Es una realidad más que física, más que mnémica. Es... no. Olvídalo. —Bajó el tono—. No serviría de nada que te lo dijera, a estas alturas. Confórmate con saber que en las manos de tu amada descansa el futuro de nuestra especie. Deberías estar orgulloso.

—Lo estoy.

—¿Aun así quieres mandarle un último beso?

Joviann alzó el mentón.

—Sí. Se lo debo. Y me lo debo a mí.

—En el fondo me caes bien, hermanito. Tienes las agallas que se te presuponen.

El robot alzó uno de sus brazos. La cuchilla que lo remataba trazó un veloz arco de sangre.

JAN

La batalla comenzaba a decantarse ya hacia uno de los dos bandos. Un crucero aerobio colisionó frontalmente contra el campo de fuerza de la mundonave urtiana. Desgastado por los impactos de las bombas de plegamiento cero, éste no pudo resistir el millón de toneladas de cinética de su corpachón y se quebró. La proa del crucero se hundió más de cien metros en la nave madre como una escarpia de titanacero.

Jan vislumbró en ese suceso la única oportunidad que tendría de penetrar en el interior de la fortaleza Ur. Menos de dos segundos tras el impacto, un enjambre de zánganos, cuyo número sólo podía ser calculado usando la dotación exponencial, engulló la nave aerobia, devorándola como un banco de pirañas a un cetáceo. Los motores del crucero alcanzaron el estado crítico y su blindaje se puso al rojo blanco. La reacción en cadena destruiría la enorme nave de guerra y todo lo que hubiese en un radio de varios kilómetros.

Jan accedió a las reservas de energía de su armadura e invocó un escudo deflector. Con un destello, el soldado salió disparado de la cabina del caza, dejándolo a la deriva, y se lanzó a la máxima velocidad posible hacia aquellos gigantescos motores en explosión. Directo al núcleo de la reacción en cadena.

Docenas de artefactos Ur trataron de interponerse en su camino, pero equivocaron la ruta: el soldado no pretendía bordear el crucero. En lugar de ello penetró

cabriolando en su estructura, justo entre los gigantescos impulsores. Se incrustó en el metal con la velocidad de un misil, y contempló cómo la antorcha de fusión entraba en fase crítica a su alrededor. Era como bucear dentro de un sol para disfrutar de un chapuzón en las mareas de energía pura del núcleo.

La maniobra duró un cuarto de segundo, pero para la percepción aumentada de Jan fue una eternidad: la explosión termonuclear comenzó a su espalda, desintegrando las cubiertas de la nave y matando a centenares de tripulantes al momento. Los motores desaparecieron, el corpachón del crucero aerobio se infló como un globo por la violencia de la onda expansiva y la muralla de la mundonave urtiana se astilló. Jan aisló el instante en que la acción combinada de la explosión y su propia cinética vencieron las defensas de la mundonave y, con un acelerón brutal, se incrustó en sus cubiertas hasta una profundidad de quinientos metros.

Luego vino el silencio. La calma engañosa de los ambientes no presurizados. Se quitó de encima varios paneles de vidrio y plástex, y tosió. Inmediatamente se puso en guardia; quién sabía lo que aguardaba en las entrañas de aquel coloso. Pero no había nada, ni nadie, dentro del alcance de sus sensores. Justo delante de él nacía un solitario pasillo que se internaba en las profundidades de la fortaleza.

Sobre su visión expandida estaban superpuestos los indicadores de operatividad de la armadura: estaba bajo mínimos. Aun así, Jan colocó las máquinas de desfase temporal (sus baterías) en estado de máxima potencia.

Por poca que fuera, necesitaba más que nunca de toda la energía que pudiese reunir. En el exterior, ocupando un volumen de espacio de millones de kilómetros cúbicos, la colosal batalla seguía su curso.

* * *

El viaje a las entrañas de la mundonave fue, contrariamente a lo esperado, muy tranquilo. Jan conocía la obsesión de los aerobios por aprovechar hasta el último centímetro disponible, por lo que el interior de sus naves solía ser una colisión de espacios abigarrados, agobiantes, con pasillos estrechos flanqueados de habitáculos. El volumen de gas necesario para la supervivencia de los tripulantes y el soporte general de vida se traducían en gasto de combustible, y cuando había que mover un millón de toneladas de nave espacial de un lado para otro de la galaxia, cada gramo contaba.

La nave Ur era diferente.

Los pasillos eran amplios y con forma de rombo, concebidos para facilitar el paso de grandes máquinas en pseudogravedad. El silencio era sobrecogedor. En los larguísimos y tensos minutos que duró su deambular por aquel laberinto de esclusas

en iris y cubiertas cristalinas, Jan tropezó con áreas llenas de hidrógeno, otras de oxígeno, y otras, la mayor parte, mantenidas al vacío. Apenas vio tripulantes o robots de mantenimiento.

En ese momento Jan se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué forma tenía un urtiano. Rodel le había hablado de ellos, principalmente a base de metáforas y vaguedades, haciendo alusión más que nada a su tecnología y a su potencial militar, o a la posición política que ocupaban en el esquema de poder de la Variedad, pero nunca le había mostrado una imagen de ellos.

Tal vez no supieran cómo era el enemigo, pensó, sorprendido. O a lo mejor éste no tenía una estructura genética concreta, como los aerobios. Si una especie sapiente había evolucionado desde la síntesis carne-máquina, una de las primeras cosas de las que seguramente aprenderían a prescindir era de cuerpos. ¡A lo mejor ni siquiera había entes individuales!, fue la siguiente conclusión a la que llegó; a lo mejor el principio de exclusión genética se había extendido a toda su raza, y desde hacía milenios se habían transformado en las enormes máquinas que los trasladaban de un lugar a otro de la Variedad.

No encontraría jamás urtianos dentro de sus naves, porque ellos eran sus naves.

Jan sintió un escalofrío al abrir la siguiente puerta.

De improviso, el pasillo desembocó en la sala más vasta que Jan hubiese visto en toda su vida. Los conductos que había atravesado hasta ahora se le habían antojado enormes porque, si estuviesen inundados, habrían sido considerados ríos navegables por los miembros de su especie, y en algunos (al igual que en los puentes-océano de ciertas estaciones orbitales de su realidad) incluso habrían cabido pequeños mates. Pero la anchura del pasillo que ahora se abría ante él reducía a los anteriores a meros canales de desagüe, trazos a carboncillo frente a un tapiz del tamaño de un continente.

Jan salió a una caverna que se extendía de este a oeste (decidió seleccionar un norte aleatorio a efectos de la función de cartografiado de la armadura, al igual que un arriba y un abajo), prolongándose hasta donde ella misma se difuminaba en una especie de niebla distante. Medía casi diez kilómetros de altura por veinte de ancho, y estaba llena de enormes máquinas hinchadas de energía crepitante. Parecían acumuladores, sólo que no mantenían encerrado el voltaje, sino que lo conducían de unos a otros formando un caudal sin principio ni final. Las enormes torres que sostenían en alto estos acumuladores se contaban por miles, todas alineadas en sucesión perfecta a intervalos de cincuenta metros, hasta donde alcanzaba la vista.

Bajo las torres corrían autopistas llenas de vehículos. Podía haber millones de ellos, sólo en el espacio de visión del que Jan disponía, y vistos desde aquella altura parecían joyas dotadas de movimiento. Las entradas y salidas que se abrían cada pocos kilómetros en el pasillo conducían a estos artefactos diminutos a lugares

ignotos, cuyo contenido y propósito se escapaba a la comprensión humana. ¿Albergarían aquellos vehículos a los urtianos, o a expresiones de sí mismos concebidas para sobrevivir en aquel entorno, quizá en aquella nave en concreto...?

Jan no se demoró más. Si su teoría era correcta y la mundonave había sido construida en torno a las coordenadas del Bolzai que los urtianos querían proteger, no era descabellado pensar que éstas se encontrasen en su centro simétrico. Desconectó el campo de invisibilidad, que gastaba muchos recursos, y voló por detrás de las torres, confiando en que su tamaño y el destello de la electricidad ocultarían su silueta. Además, en presencia de tantísima energía, no le costaría parasitar un poco para su uso personal.

Seguro que los urtianos ni lo notarían.

Cuando, seis kilómetros después, comprobó que no llamaba la atención de nada ni de nadie, que ningún ejército surgido de la nada levantaba trincheras para intentar frenarlo, perdió el miedo y aceleró. Hizo trizas la barrera del sonido, que en aquel entorno de burbujas de hidrógeno tenía un valor diferente. Tal vez los urtianos supieran que estaba allí, pero estaban demasiado ocupados con la batalla que se desarrollaba en el exterior para prestarle atención. O puede que no les importara. Al fin y al cabo, Jan era sólo un hombre.

Apretó los puños y aceleró todo lo que pudo hasta que la caverna se dividió en dos ramales más pequeños, uno de los cuales conducía directamente hacia el centro de la nave, mientras que el otro llevaba hacia fuera, a la relativa seguridad de la flota y sus rabiosos enjambres de bombas nucleares.

La decisión fue fácil.

LINA

—¡Doctora!

Lina se abrió paso a empujones entre la multitud, disparando a quemarropa a los más recalcitrantes con su pistola. Ya no había reglas que pudieran ser aplicadas en aquel desastre que antiguamente habían llamado «civilización». Clavó una mano entre la masa de gente y agarró un mechón de cabellos. Tiró con fuerza. Valeris aulló de dolor y se agarró a su brazo

—¿¡Lina!?

—¡Doctora, ¿está bien?! —La abrazó con fuerza—. ¡Los elandis nos enviaron un mensaje desde el laboratorio! ¿Por qué no esperó a que fuese a recogerla?

Las dos mujeres se alejaron de la marabunta, ayudadas por Heith. Otro par de disparos de la pistola a quemarropa ayudaron a poner las cosas en su sitio.

Las lágrimas de Valeris mancharon el uniforme de vuelo de la capitana. La

doctora acarició los cierres de su chaqueta como si la fascinaran.

—¡Esos idiotas lo han destruido! —gimió. La penumbra se había instalado en su rostro, dándole el aspecto de un fantasma que hubiera pasado muchas privaciones antes de morir—. ¡Han acabado con todo, con lo único que nos quedaba!

Lina disparó contra la cabeza de un kodan histérico, que se abalanzaba sobre ellas sacudiendo sus brazos en un paroxismo de descontrol, provocando un breve alejamiento de la gente. Un niño gritó. Los adultos se orinaban de miedo. Los EVs que aún seguían en el aire volaban tan bajo que tenían que hacer zigzag entre los edificios. El cielo se oscurecía por momentos; todos podían ver que la estrella ya no era redonda, sino que había expulsado la corona y parte de la cromosfera como un traje viejo que ya no le sirviera, y que ahora colgaba en inmensas telas de fuego tras su órbita.

Lina había oído muchas veces el término «singularidad» para adjudicar un nombre, tan feo y arbitrario como cualquier otro, a los extremos temporales del universo. Una gran expansión seguida de una brutal contracción. Un latido tan breve como la evaporación de los agujeros negros, tan escueto como podían ser tres mil o cuatro mil millones de años. Un sumidero hacia el que ahora caían aumentando vertiginosamente de velocidad.

Ya no había vuelta atrás. Se precipitaban hacia la gran contracción, de cabeza y sin protectores.

—¿A qué se refiere con que han acabado con todo? —preguntó Lina—. ¿Qué han destruido?

—La última oportunidad que esos estúpidos tenían de sobrevivir —dijo Valeris en un murmullo.

No se molestó en dar explicaciones. Ya nada importaba.

—Vamos, hay que llegar a la Eurídice —ordenó la capitana, tirando de ella. Heith empuñó la pistola y fue abriendo camino, mientras la doctora y la piloto se apoyaban la una en la otra, abatidas, como si no hubiese más consuelo que el contacto de otro ser vivo en el poco tiempo que les quedaba.

Lina miró su pulsera de datos. Estaba en silencio. Eso la preocupó. ¿Se había cortado el canal de comunicación directa con la Eurídice?

No había tiempo para preocuparse por eso. Se reunieron con Geishel y su familia en la arcología. Ésta se había convertido en un microcosmos que reflejaba en buena medida lo mismo que sucedía fuera, con sus habitantes chillando y corriendo sin rumbo, agarrando unas cosas y abandonando otras, salvaguardando las que más querían y destrozando las demás. Nadie tenía un plan, nadie sabía qué hacer, pero mil personas coincidían en que no podían permanecer quietas en el mismo sitio, a la espera.

Los ascensores habían dejado de funcionar, así que Lina y los demás tuvieron que

subir andando los pisos que restaban hasta la plataforma de aterrizaje. Llegaron jadeantes, el viento sacudiendo sus cabellos con fuerza y el sudor plateando sus sienes, para descubrir una escena mil veces más espantosa que la que se desarrollaba abajo, en la calle.

La nave no estaba.

—¿¡Qué!?! —gritó Lina, avanzando hasta el centro de la plataforma. Su corazón se bloqueó, deteniendo la sangre, el oxígeno, la vida; la capitana estaba a punto de sufrir un paro—. ¿Qué está pasando aquí, joder? ¿D... dónde...?

—¡Allí! —exclamó Heith, señalando al cielo.

El cuerpo de la Eurídice apareció girando lentamente por encima del edificio. Tenía marcas de detonaciones justo donde estaba la esclusa de entrada. Entonces Lina lo comprendió todo: los vigilantes que les habían recibido nada más aterrizar se habían hecho con la nave. Ellos y probablemente un grupo de militares o de hackers desesperados se habían atrincherado en torno a la Eurídice, habían volado la compuerta de la bahía de carga y habían pirateado los sistemas básicos de vuelo.

Lina puso el grito en el cielo nada más verlos. Ahora entendía por qué la conexión directa con el Halo se había interrumpido de forma tan brusca: aquellos cabrones habrían utilizado seguramente una pinza electromagnética o un cepo de lazo cuántico kodanita para cegar sus procesos lógicos. Era un secuestro, ni más ni menos. El secuestro de una entidad inteligente. No el simple robo de una propiedad, porque hacer eso implicaba tener en sus manos el flujo de pensamientos del Halo.

—¿¡Qué demonios pretenden?! —gritó, corriendo hacia el borde de la plataforma. Se detuvo justo al filo del acantilado, guardando el equilibrio a duras penas. Un grupo de soldados que estaban asomados a la esclusa reventada le apuntaron con fusiles. La nave estaba volando bajo, muy cerca de la plataforma de aterrizaje, por lo que Lina pudo distinguir perfectamente sus caras sonrientes, sus expresiones de suficiencia—. ¡Esa nave es de mi propiedad!

—Ya no. —La voz del agente era como un estilete—. Toda nave capaz de volar ha sido requisada por el ejército y los cuerpos de seguridad, preciosa. Las necesitamos para coordinar los recursos de escape y ayudar a los civiles.

—¡Y una mierda coordinar! ¿Creen que soy tonta? —los increpó Lina, forzando al máximo su inclinación sobre el abismo. Heith corrió hasta ella y la agarró de un brazo para que no se cayera hacia delante—. ¡Lo único que quieren es escapar robando todas las naves disponibles!

Heith trató de aplacarla.

—Déjalo, cariño. Es inútil.

—¡Suéltame! —Se zafó de su abrazo—. Estos mamones no se llevarán a mi pequeña. Tengo mis derechos.

—Escuche, señorita —dijo el agente, su musculoso cuerpo enmarcado en el óvalo

de la compuerta—, los derechos civiles han sido suprimidos bajo el estado de emergencia. Le aconsejo que no pierda el tiempo quejándose y trate de encontrar otro transporte que aún admita pasajeros para usted y su familia. Hágame caso, a cada minuto que pasa eso es más y más difícil de conseguir.

Lina trató de decir algo, de hacer algo, cualquier cosa a la desesperada... pero la nave comenzó a alejarse poniendo metros de vacío entre su antigua capitana y ella, y acabó desdibujándose en la distancia con un trueno de impulsores.

Ayudado por Geishel, Heith sacó a Lina de la pista de despegue. Ésta apenas pesaba; era como un fardo de piel sin absolutamente nada en su interior. Sin sueños o esperanzas que la llenasen con algo más que no fuera carne y músculos, y éstos ni siquiera parecían estar ya allí.

Una vez en el interior de la arcología, Lina comenzó a recuperar el aliento. Se apretaba el pecho izquierdo con la mano, el lugar de su corazón.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó su hermana.

—Ese cabrón no va a salirse con la suya —gimió Lina, poniéndose en pie—. Tenemos que conseguir otro transporte.

—A estas alturas, eso es imposible, me temo —se lamentó Valeris, derrumbándose en una esquina del pasillo.

—¿Y éste es vuestro magnífico plan de fuga? —rió Neit—. ¡Hasta mi hijo podría haber parido uno mejor! ¿A quién se le ocurre dejar estacionada una nave sin vigilancia en un puerto civil?

Vastee contempló a su padre con miedo. Ambos niños estaban aterrorizados.

Lina se le encaró:

—Esos agentes son tan estúpidos como tú, Neit. Ya están muertos, sólo que aún no se han dado cuenta —jadeó—. Nadie puede secuestrar una nave-A.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Valeris.

—Es un mecanismo de seguridad. Parte del espacio virtual donde se ejecutan los cálculos para el Hipervínculo se encuentra en la mente del capitán. Si alguien que no sea él trata de abrir un túnel R, comprobará lo difícil que es sobrevivir a éstos sin un cálculo completo de su topografía.

Neit mostró una sonrisa de autosuficiencia.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —propuso—. Buscaré una radio, hablaré con ese agente y le explicaré lo que me acabas de contar. Nos dejará subir, y todos juntos escaparemos de este apestoso planeta.

—No lo llares así —sollozó Geishel—. Ha sido el hogar de tus hijos durante toda su vida.

—¡Estoy hasta los cojones de ti y de mis hijos! —explotó Neit—. Ya que vamos a morir no me importa decírtelo, zorra de mierda —apuntó a Geishel con un dedo acusador—: me has tenido controlado por una orden judicial, me has obligado a

alimentar a esta apestosa familia cuando debería haber salido corriendo hace años, en busca de mi propia vida. Pero ya estoy harto. ¡Harto! ¡Estoy cansado de ti!

Los niños lloraron y trataron de abrazarlo en un último intento infantil por hacer que las aguas volvieran a su cauce, pero Neit se deshizo de ellos y se marchó dando zancadas en dirección a la pista de despegue.

Lina estornudó ruidosamente a su espalda.

—Lo siento —bromeó, limpiándose la nariz con la manga—. Es que soy alérgica a la estupidez. Desde luego, Neit, debe ser realmente difícil haber nacido así y tener que esforzarse cada día por parecer un poquito inteligente, ¿no?

Neit volvió como una exhalación sobre sus pasos, la agarró por el cuello y apoyó un cuchillo que había salido de la nada contra su yugular. Geishel chilló, ordenándole que soltara a su hermana. Los niños se quedaron paralizados por el espanto, mirando con ojos inyectados en sangre a su padre.

Heith apuntó con su arma a Neit, pero el marido de Geishel usó a la capitana como escudo.

—¡No os mováis! —ordenó—. Llevo odiándote muchos años,

Lina, no puedes ni imaginarte cuántos —le babeó al oído. Tenía la nariz enterrada en los rizos de la mujer, manchándole de moco la mejilla derecha—. Tú y tu jodida arrogancia de piloto estelar, de vagabunda de las estrellas; siempre burlándote de la pobrecita de tu hermana, la tonta que se casó con el fracasado...

—No te preocupes, Neit —gimió Lina, soportando el dolor. El bruto alcohólico le estaba doblando el brazo a la espalda—. Es lógico que pienses así. La gente como tú no da para más.

—¡Cállate, puta! —A empellones, la empujó hacia la pista de despegue—. Te vas a tragar todos tus insultos, y luego te tragarás con mucho gusto otra cosa. —Abrió la puerta de la estación de radio anexa a la plataforma. Chispazos de estática bailaban sobre las consolas. Los ordenadores picoteaban datos de aquí y allá sin ningún control ni asomo de sentido, y volcaban informes inconexos sobre las pantallas. Lina sospechaba que, por muchos botones que apretara, esa antena ya no iba a servir ni como plato para el bueno de Gumbel. Pero dejaría que Neit lo descubriese por sí solo—. Ahora vas a ser buena y hablarás con esos agentes. Les vas a explicar lo que nos has contado sobre los túneles esos.

—Lo único que conseguirás es que te maten, a ti y a Heith. Y que nos obliguen a ir a las mujeres como rehenes —le escupió Lina—. Nos violarán y me usarán a mí para pilotar la nave. ¿Es eso lo que quieres?

Neit iba a replicar con un comentario especialmente hiriente cuando una maceta se rompió sobre su cabeza. Sus ojos vacíos se posaron en los de Lina durante un momento, preguntándose sin palabras por lo gracioso de aquel chiste. A continuación, su cuerpo se desplomó, con algunos fragmentos de cerámica clavados en el cráneo.

Una mancha de sangre negra comenzó a formar un pequeño estanque alrededor de su cuello.

Lina se apartó de él y giró en redondo, para encontrar la mirada de su hermana. Geishel aún tenía tierra en las manos.

Los niños la abrazaron casi por acto reflejo. Lina y Heith se unieron a ellos, formando una pila de abrazos y sentimientos desatados, mientras el tronar de los motores de las naves pesadas que sobrevolaban la arcología sacudía los tabiques.

Lina imaginó a la Eurídice saliendo de la atmósfera y patinando graciosamente al filo de los anillos del planeta.

—Allá van —murmuró Geishel, contemplando el resplandor que atravesaba los ventanales. Un punto distante se iluminó en las alturas, marcando el lugar donde las hermanas verían por última vez la nave de sus sueños, y los agentes y hackers surugyanos apretarían el botón fatal que los conduciría a la muerte.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Valeris, recuperando su pragmatismo.

Lina besó a Geishel y se levantó. Una mancha de sangre humedecía la tela de su pecho. Estaba exhausta, y se sentía tan sucia y flácida como aquella camiseta vieja y raída que en una ocasión encontró bajo el diván de gravedad, un residuo de la primera (y última) fiesta que celebró dentro de la Eurídice.

—Lo que hemos hecho durante toda nuestra vida —decidió—. Buscar un navío que nos lleve lo más lejos posible.

FUST

Joviann se arrastró por los pasillos de la circunnavegadora solar. Una música parecida a un aria de clavicémbalos murmuraba en los recovecos. No, no era música; era la lejana presencia de los motores, que ya se dejaba sentir. El Arca estaba instalándose en su órbita definitiva, antes del comienzo de la aceleración.

Los cubículos de los durmientes parecían nichos de un enorme mausoleo, sepulturas que en lugar de albergar muerte contenían promesas de vida. Los envidió: cuando despertaran, los colonos sabrían si lo habían conseguido o no; si realmente quedaba algo al otro lado para recibirlos, o si su viaje iba a ser tan eterno como la misma noche.

En cierta forma, ellos ya estaban allí.

La voz de Semra resonó en la bóveda:

—Es curioso cómo se cierran los círculos de la vida, ¿no te parece, Joviann? Tantos años llorando la muerte de Yara y de sus hijos no nacidos, cuando lo más sencillo habría sido acudir a ti y pedirte responsabilidades. —Rió salvajemente—. Nos condenaste al exilio y a la pobreza, y durante todos estos años no dejaste de

lamentarte por nosotros. Llorabas nuestro destino mientras nos abandonabas a la muerte y la disgregación. ¿No es lo más patético que has escuchado?

Joviann se apoyó en un féretro. Dentro descansaba el cuerpo desnudo de su prima Sivain. Sus pechos caían a ambos lados aplastados por la gravedad.

—Yo... nunca quise que eso sucediera —gimoteó, cegado por el dolor.

El corte de la cuchilla de Semra había sido profundo: con las manos sujetaba sus intestinos para que no se desparramaran por el suelo, pero aún así trató de liberar un dedo para acariciar el cristal de su prima.

—Claro que no. Eres un jodido mártir. —Semra apareció a la derecha del féretro, en carne y hueso, vestido con un traje de circuitos similar al que llevaba cuando Joviann lo vio por primera vez. Se había intelectado de regreso a su propio cuerpo—. No puedes arreglar las cosas de manera normal, aceptando tu responsabilidad en los hechos y el consiguiente castigo. No, tú tienes que ser la figura romántica que mira al mundo desde su trono de dinero, llorando por lo mal que le ha tratado la vida.

—Yo... amaba a Yara...

—Esperas de verdad que te perdone... —dijo Semra. Y agarró a su hermano por el cuello.

—La... amaba... —repitió Fust, medio asfixiado.

—Como nosotros, hermanito. Sólo que nunca tuviste cojones de admitir la responsabilidad que el amor conlleva. ¿Sabes lo que voy a hacer contigo? —Lo empujó hasta una de las terminales de conexión Synder. Era un féretro abierto, sin encapsular.

Joviann se desmayó durante breves segundos. La realidad cayó por un sumidero pavimentado de agonía. Cuando abrió los ojos, Semra todavía estaba allí.

—No esperes una redención final, Joviann. —Depositó un beso de despedida en su mejilla—. Te condeno a sufrir por lo que le hiciste a esta familia, cuidando de ella durante el Largo Viaje. Permanecerás despierto conectado a estas máquinas, tú solo, y velarás por Sivain, por Nuara, por el fantasma de Yara. Por todos los que te quisieron y los que dejaste atrás, así pasen diez mil años. —Le dio la espalda y se encaminó hacia el centro de control del Arca—. Buen viaje y buena suerte, hermanito. Reza porque en compañía de los fantasmas encuentres el perdón que buscaste en vida.

Joviann suplicó que le dejara morir, que le dejara descansar en paz, pero Semra nunca regresó. Con el último intelectado, su mente se fundió con la Synder y pasó a formar parte del complejo tapiz de datos y cascadas de software que también incluía a Yara.

Semra se unió a la cognoscitiva en un nivel más básico que el de su hermano, un nivel en el que podría dormir como los demás peregrinos, y enfrentarse a la eternidad y al océano infinito de estrellas con un simple parpadeo.

Como última voluntad, deseó sumergirse en un viaje sin retorno hacia la nada del

Bolzai, con Joviann como timonel y navegante. Y la nave cumplió su orden.

JULES

Sentado en el polvo de un planeta sin nombre, Jules disfrutaba de la sanguinaria puesta de sol. Una última y gloriosa puesta en escena, sí, antes del gran final.

El cuerpo celeste que Lina había identificado como una estrella de los deseos no tardó en explotar. Primero se oscureció, perdiendo fuerza química. Luego se contrajo, y su circunferencia se volvió más chata. Un resplandor, y la atmósfera de los planetas que la cortejaban se redujo a asbestos.

Jules sonrió. Hacía horas que su reserva de oxígeno se había agotado, así que tal vez estuviese muerto, envenenado por el gas residual que quedaba en la campana de plástico. Sólo así se explicaría aquella desazón.

Zhinz había desaparecido. La estación espacial se había volatilizado con un soplo del gigante moribundo. No quedaba nadie. Sólo él y sus recuerdos.

«Para qué tantos esfuerzos», era la gran pregunta que carcomía su mente. La lucha diaria, desde que era niño hasta sus ¿logros? de la edad adulta, el descenso río abajo junto al cómico marsupial persiguiendo una quimera, el rapto de los urtianos...

¿Nada de eso había servido para nada? ¿Su existencia iba a acabar así, sin una razón? ¿Sin una justificación final por todos los esfuerzos y los dolores padecidos?

La sintió llegar. La onda expansiva alcanzaba el planeta, y apenas quedaba tiempo para un pensamiento más.

Un solo pensamiento... ¿con qué llenarlo? ¿Cómo aprovechar la mayor gloria de la que podía enorgullecerse la mente humana: su frenética y vigorosa irracionalidad? ¿Cómo dar rienda suelta a la imaginación para que liberase la gramática de lo imposible y con ello regalarse un último momento de paz?

Un deseo de paz, sí... para Zhinz y su familia, para su esposa, para su hijo, para los muchachos del río y la canción que compuso el viejo Ozi, para el sabor de las cerezas, para el murmullo de la lana al crecer en el lomo de las ovejas, para las naves naufragadas y las tumbas de los hombres, para los soles y los mundos que iluminan, para la joven exploradora que se llamaría Ysbelt y tendría los ojos níveos...

¿Y respecto al futuro?

Nada quedaría allí para atestiguar la existencia de los días futuros. Sólo el callado recuerdo de que algo existió una vez para contemplarlos, algo que había dejado un vacío más intenso y terrible que el de todos los estériles océanos del espacio juntos.

Tal vez no hubiese un destino, después de todo, si había que entenderlo como una voluntad regidora; tal vez el universo fuese un ente frío regido por lógicas ingobernables, ajeno a los esfuerzos de sus criaturas por encontrarle sentido. Jules lo

comprendió, y se sintió conectado a la vez con lo más pequeño y lo más grande, una sensación que muy pocas veces en su vida había experimentado.

Fuera lo que fuese lo que le deparaba el futuro, llegaría a él en breves instantes. Cerró sus párpados. Un pensamiento para el Todo...

... Y la mano del Viajero, que tomó la suya una millonésima de segundo antes de que la onda expansiva de la estrella hiciera trizas el planetóide.

LINA, GEISHEL, VALERIS Y HEITH

La multitud avanzaba como una galerna imparable. Cientos de personas, hombres, mujeres y niños y seres aerobios y sofotes de todo tipo morían cada segundo pisoteados por la marabunta. No había un único frente, pues tampoco existía un lugar hacia donde correr. Ya no quedaban refugios.

Lina supo que su boca se abría, pero no oyó sonidos. El clamor de la gente se los tragaba. La mano de Geishel se aferraba a la suya, clavándole las uñas, dejando rastros de sangre que resbalaban por sus dedos. Su pelo era lo único que aún podía ver de ella. Estaba mirando hacia atrás, envejecida por el miedo y con el pelo cubierto de hollín, tratando de localizar a sus hijos. Hubo un par de momentos en los que Lina sintió que los dedos de su hermana se aflojaban, tratando de soltarse, pero ella no la dejó marchar. No le consentiría al universo que se la arrebatara de nuevo. Apretó con todas sus fuerzas hasta hacerle daño con tal de mantenerla a su lado, costara lo que costase.

Vastee. Vastee desapareció sin que ninguno lo advirtiera hasta que fue demasiado tarde. Esa fue la penitencia que algún cruel ser supremo les impuso como prenda por su salvación. El pequeñín fue tragado por la masa como un pez en una ola de carne. Geishel chilló llamándolo a gritos, pero fue imposible volverlo a localizar.

Lina ni siquiera se enteró. Un hombre gordo se le echó encima y estuvo a punto de partirla una pierna. Lina le disparó entre los ojos con su pistola, pero la descarga no salió. Algo en el mecanismo se había estropeado, pero la pistola aún servía como maza.

La aferró por el cañón y se abrió paso a golpes, a mazazos.

Geishel casi se desmayó de la angustia. Su mano alzada contra un fondo de multitudes era en sí misma un monumento a la miseria humana. Lina la obligó a seguir caminando, pasara lo que pasase.

En realidad, Lina no supo cómo lograron acceder a aquella pista de aterrizaje. En los días posteriores hizo grandes esfuerzos por recordar aquella parte, las terribles horas antes de la huida de Vai Surugy, pero su mente simplemente las había borrado,

o no se molestó en grabarlas en el libro de la memoria cuando tuvieron lugar. Montañas de personas se agolpaban contra los muros del espacio-puerto, escalando y muriendo bajo las botas de los demás, convirtiéndose en bloques de carne fría que sumarían unos centímetros al andamio de cadáveres. Heith apareció como por ensalmo delante de ellas. Despeinado, manchado de sangre y polvo, apuntó con su arma y abrió fuego contra la multitud. Lina lo llamó por su nombre. No parecía el elegante abogado que había estado junto a ella en los momentos difíciles; toda su humanidad había quedado relegada detrás del fuego que surgía de aquella bocacha, dispuesto a horadar un camino en la selva de seres humanos para que las personas que más amaba en este mundo pudieran sobrevivir.

Y lo consiguió.

Lina llegó hasta él y lo rodeó con los brazos como a un ancla, un seguro de vida que también protegía su cordura. Ayudaron a Geishel, a Valeris y a Mineia a sortear la valla. Juntos corrieron a la única nave que quedaba en pie, un vetusto carguero pensado para transportar verdura y animales. La gente trataba de acceder a su interior, pero los ocupantes habían cerrado las puertas y sólo admitían a miembros de su propia tripulación.

Heith dedicó una sonrisa de tiburón a uno de ellos antes de volarle la tapa de los sesos. Entre él y su novia lograron matar a todos los que se interponían entre los civiles y la rampa de acceso, y encabezaron la toma de la nave («Somos bestias — pensó—. A esto nos han reducido, a bestias cruentas y despiadadas»). De reojo incluso pudo ver una bandera. Lina corrió por los pasillos, con Geishel detrás y cubriéndola, hasta alcanzar la cabina de mando.

Los pilotos se defendieron, y Geishel resultó herida en algún momento de la trifulca. No era grave. Heith logró desembarazarse de los pilotos utilizando un traje de vacío como escudo contra sus pistolas de haz coherente; la protección aguantó apenas dos disparos, pero bastó para que llegaran hasta su posición y pudiesen dejarlos sin sentido de sendos culatazos.

Una vez reducida la tripulación, Lina ocupó el sillón del piloto. No tardó ni medio segundo en echar de menos a su querido Halo, pero ya no quedaba tiempo para lamentarse: el sol se contraía, menguaba de diámetro a ojos vista, la fase previa a la explosión.

«Un agujero blanco», había dicho Valeris. Sí. Un agujero blanco en el centro de la nova. Una puerta abierta a otra realidad. Pero ¿cómo llegar hasta ella sorteando el frente de onda de la explosión con aquella chatarra?

Heith y Valeris se ocuparon de hacer pasar a la mayor cantidad de gente posible a las bodegas, y atarlas con las cintas para el ganado. Eran demasiadas para el desvencijado sistema de soporte vital del carguero, pero ya se las arreglarían. Geishel fue atendida por la única hija que le quedaba, Mineia, que intentaba obedecer las

órdenes que le iba dando el botiquín automático mientras hacía lo posible por no pensar en su hermano. Su madre no paraba de repetir una y otra vez el gesto de tirar de algo, puede que de la camiseta de Vastee, como si todavía pudiera revivir ese momento y, de alguna forma, arreglarlo. Estaba sumida en una especie de shock.

El interfaz de pilotaje era tan primitivo que Lina casi no sabía cómo manejarlo. Se ajustó los cinturones de seguridad, tomó los mandos con manos sudorosas y gritó por el sistema interno de altavoces:

—¡Que todo el mundo se agarre a algo, vamos a despegar!

Aquel cacharro ni siquiera tenía instrumentos virtuales, sino absurdas palancas, botones y pantallitas llenas de mugre, y más palancas por todas partes. Lina se preguntó cómo era posible que la gente se lanzase al espacio con aquella vetusta y peligrosísima tecnología, y se descubrió a sí misma admirando a sus compañeros de profesión. Aquellos valientes (a los que ella y su novio habían tenido que matar para poder llenar la nave de refugiados) confiaban sus vidas a diario a motores viejos y cognoscitivas arcaicas, y dejaban su destino en manos de algo más que la mera suerte. La esperanza. Ella lo había olvidado en algún momento entre aventura y aventura en los confines de la Variedad, a salvo en su cuna de tecnología punta con forma de balandro, pero aquél era el verdadero espíritu del viaje espacial. El espíritu de los pioneros.

Los motores zumbaron rítmicamente, una especie de gramática sonora de delfines que estuvieran aprendiendo a comunicarse.

Prácticamente en el último segundo, el carguero pudo desasirse del abrazo del suelo. Hasta el último de sus ocupantes sintió un retumbar ahogado en los oídos, como si una pieza estuviera soltándose en alguna parte. El aire vibraba con un canturreo estridente, el sonido de un montón de maquinaria que hubiera decidido estropearse a la vez.

—¡Arriba! —gritó Lina, tirando de los controles como si ella misma pudiese empujar de un empujón el carguero hacia el manto de nubes—. ¡Arriba, maldito trasto, obedece, por lo que más quieras! ¡Obedece o te estrello contra el primer asteroide que vea!

La nave se convulsionó con un estertor agónico.

Hubo un instante de oscuridad total.

Y el sol detonó.

Fue como si alguien hubiese descolgado el sistema solar entero del cielo. La onda expansiva alcanzó el planeta cuando el carguero y las demás naves de refugiados ya se encontraban a más de una órbita de distancia. La onda barrió de un soplado los anillos, Vai Surugy se arrugó como una pasa y se deshizo en una nube de fragmentos rocosos, sin provocar estallidos de luz ni liberar energías calientes. Lina apretó las mandíbulas hasta hacerse daño. La sangre huyó de su cara, dejándola tan pálida como

un cadáver. Todo el pasado de su hermana, el trocito de mundo que había luchado por levantar para su familia, se volatilizó en una nube de escoria.

El carguero se separó de los restos del planeta con una pirueta gloriosa y se unió a la manada de naves. Esta se había alejado lo suficiente como para no resultar dañada por ese frente de energía principal, pero quedó flotando a la deriva mientras lo que quedaba de la estrella se desplomaba sobre sí misma, añadiendo capas y capas al pozo de gravedad.

Lina examinó las pantallas llenas de suciedad en busca de alguna prueba de que en realidad se habían desintegrado en el despegue, y que todo aquello no era más que un sueño a las puertas de la muerte... pero todas las lecturas (al menos, las que podían leerse bajo lo que parecían capas de salsa de arándanos reseca) estaban en verde. La nave se mecía alegremente en el vacío como si el principio que le permitía volar acabara de ser descubierto, y fuese el primer carguero en alejarse libre hacia el espacio en toda la historia de la navegación espacial.

Valeris señaló el punto rojo que marcaba la tumba de la estrella.

—Allí. ¿Lo ve? Se está formando la singularidad.

—¿Nos arriesgamos a acercarnos con esta chatarra? —preguntó la capitana. Las venas de sus sienes volvían a palpitar, más tranquilas.

La doctora alzó los hombros.

—¿Qué otra opción nos queda?

Geishel llegó cojeando hasta la cabina. Lina y su hermana cruzaron una última mirada llena de mensajes. Heith y Valeris quedaron relegados a un segundo plano, mientras el carguero aceleraba y trataba de abrirse paso entre la manada de refugiados.

Las hermanas se abrazaron. Los recuerdos de su infancia explotaron en su mente, cuando jugaban en el patio de atrás a ser Damas de Mandria, y nada las podía detener. Nada, ni soles que estallaban ni universos que se extinguían ni maridos borrachos. De alguna manera, ellas siempre salían adelante, siempre encontraban una forma de engañar a la muerte y desaparecer cantando su canción entre las estrellas.

Lina acarició el pelo de Geishel. Ella aún aferraba un trozo de tela de la camisa de su hijo como si pudiera retener para siempre una pequeña parte de Vastee.

Llorando a lágrima tendida, logró decir:

—Ya nunca más nos separaremos, hermana. Nunca jamás.

—¿Lo prometes?

Geishel sonrió, limpiándose un hilo de baba. Su voz recordaba el chillido de un engranaje torturado.

—¿Somos, o no, Damas de Mandria?

En ese momento, la Eurídice se plantó justo delante del parabrisas del carguero, apuntándoles con su afilada y elegante proa, brillando gloriosa bajo los destellos de

impulso del resto de las naves.

JAN

Casi una hora duró su viaje supersónico hacia las entrañas de la mundonave Ur. En ese intervalo, pensó Jan, la batalla exterior se habría decidido con toda seguridad. Y el hecho de que llevaba mucho rato sin recibir restos de comunicaciones de radio provenientes de los operadores aerobios o de las defensas Ur no auguraba nada bueno.

Las batallas en el espacio eran tan breves como contundentes, y la mundonave aún seguía allí. En el fondo, Jan rezaba porque las bombas alcanzasen su posición en breve, a esa profundidad dentro de la estructura, pues significaría que la Armada de Rodel había logrado acabar con la resistencia urtiana.

Había tenido que desconectar momentáneamente la IA de la armadura porque las interferencias procedentes del núcleo de la mundonave la estaban volviendo loca. Como consecuencia de ello, Jan apenas tenía control sobre un uno por ciento de sus capacidades, pero esperaba que fuera suficiente para mantenerlo vivo.

Frenó en seco. La caverna moría en una puerta de colosales dimensiones. El sistema de cartografiado de la armadura le indicó que había un ochenta y tres por ciento de posibilidades de que al otro lado se encontrase el punto de revolución de la mundonave. Lo más parecido a un corazón, si es que aquel leviatán tenía uno.

Jan se aproximó a una unión entre planchas de vidrio molecular y la bombardeó con todo lo que tenía. Logró horadar un paso de veinte metros, tan ancho como para permitir que un humano reptara a su través. El soldado se colocó de perfil y flotó hasta sortear la barrera, con miedo de lo que pudiera encontrar al otro lado.

Y lo que encontró fue la nada.

El espacio profundo. Un volumen de una millonésima de UA de diámetro lleno de estrellas.

La atónita mente de Jan tardó en comprender lo que estaba viendo: se trataba de un holograma, o una variante más sofisticada de escultura en tres dimensiones. Una representación virtual del espacio que no sólo englobaba la luz y el espectro electromagnético, sino también el viento cósmico de partículas que atravesarían ese lugar si la mundonave no lo protegiese como una concha.

—Lo que estás viendo es un espejo de simulación Synder —explicó una voz andrógina. Sobresaltado, Jan se giró en todas direcciones, sin ver a nadie.

Una figura se materializó en el aire, a escasos metros de él. Era humana, mitad hombre mitad mujer, seccionada transversalmente.

—¿Qué... qué eres...? —preguntó el soldado, convocando puñales de energía en

sus manos.

La figura no se sintió amenazada.

—Mi nombre es Charlemagne=Agnes. Soy una compilación de mentes esculpida por los urtianos para ejercer de navegante en el viaje que nos espera.

—¿Una compilación...?

La figura se concentró. Una sonrisa inefable se fue abriendo entre sus labios.

—Estás en el radcórtex. La mente humana es transparente en este lugar —murmuró—. Tus pensamientos superiores se forjan en el campo magnético de tu cerebro y permanecen flotando como bajeles de luz durante picosegundos. Tiempo suficiente para que la Noótica los lea. —Alzó la vista hacia el centro de la esfera—. Sé que estás ansioso por encontrar respuestas, pero ya es demasiado tarde para que entiendas algunas.

—¿Quién eres tú... o vosotros? —preguntó Jan. Había algo en aquel ente, sobre todo en su mitad femenina, que le resultaba turbadoramente familiar.

Char hizo un gesto, como un prestidigitador que manipulase un elemento básico de su truco, y las paredes desaparecieron. La mundonave se volvió transparente, o lo que había más allá se proyectó sobre ellos. Sea como fuere, Jan tuvo una visión de lo que había fuera, y de todas las cosas que su mente habría considerado lógicas, aquella era sin duda la menos probable.

La flota aerobia y el contingente urtiano habían cesado de atacar. Lo que antes era una metáfora del caos, con miles de naves luchando desesperadamente en una guerra sin cuartel, parecía un lienzo en calma. En paz.

La flota de Rodel había perdido cerca de la mitad de sus efectivos, pero la mayor parte de las naves de gran tonelaje aún seguían enteras. Los enjambres Ur permanecían a la espera, rodeándolas, pero sin atacar. Era un impasse, un instante congelado en el tiempo en que ambos bandos se preguntaban qué estaría pensando el otro.

—¿Qué significa esto? —preguntó el soldado.

—Es lo que está sucediendo ahora mismo en el volumen de cuarenta UAs que nos rodea —explicó Agnes. Sus labios se curvaron para obsequiarlo con una gran sonrisa—. Es la realidad.

—No... no lo entiendo...

La ex miembro de la tripulación del Lazirian acercó una mano a la de Jan e hizo el gesto de aferrarla. El soldado no sintió nada.

—La Noótica se ha puesto en contacto con los máximos dirigentes de la Alianza del Éxodom y de los Protectorados Aerobios. Se ha negociado...

—¿La paz?

—No. Tan sólo una breve tregua.

Jan estaba aturdido. No entendía lo que estaba pasando. Aquello era absurdo.

—No es posible —balbuceó—. Hace unos minutos asistíamos a la hecatombe total de las especies de la Variedad, ¿y ahora todo se detiene así, sin más?

—No sin más. El objetivo fundamental ha sido completado —dijo Char, con el tono de quien admite algo realmente escandaloso.

—¿Qué objetivo? —gritó Jan, exasperado.

Agnes le tocó el pecho.

—Tú. Estás aquí.

Jan guardó silencio durante unos minutos. Habían cesado de luchar por él.

—¿Yo?

—Tú —le confirmó Agnes—. La Noótica es un constructor regido por la lógica, Jan. Carece de las variables modificadas por sentimientos que vuelven tan volubles, tan escasamente fiables, las decisiones de los aerobios. Desde el principio supimos que haría falta un heraldo para encabezar nuestra migración, pero éste debía estar construido a nivel subatómico de una manera muy especial. Sólo la arrogancia de los aerobios los llevó a pensar que, tras los planes urtianos, se escondía una sed de sangre sin precedentes. Carece de toda lógica abandonar a los aerobios a su suerte en este cosmos moribundo, cuando una alianza en el otro podría beneficiar a ambas partes.

—Entonces... ¿por qué...?

—¿Por qué la guerra? —Esta vez fue la mitad Charlemagne quien mostró una sonrisa sardónica—. Para obligar a un solo hombre a hacer lo que tú has hecho. A venir hasta aquí por sus propios medios, desafiando a todos los que quisieron en su día ponerle trabas. Distrayendo a la mente que lo rige de toda influencia externa, pues si hubiese estado en posesión de todos los datos, jamás habría acudido.

—¿Yo habría venido de todas formas si me lo hubieseis pedido! —bramó el soldado, colérico. No podía dar por cierto lo que aquel ente le estaba contando, de ninguna manera. Era demasiado cruel—. ¡Tanta muerte, tanta destrucción... podríais haberlas evitado con sólo hablar!

Charlemagne=Agnes frunció el ceño.

—No me refiero a ti, Jan Delvian. He dicho «la mente que te rige».

El ente holográfico apuntó con un dedo a su pecho, y Jan comprendió a qué se refería.

Su armadura.

—Activando noción cognoscitiva principal —ordenó Jan con un susurro. La IA de su coraza despertó.

—*Hola, Jan* —saludó—. *Me alegra oír de nuevo mi propia voz. ¿Por qué he estado dormida tanto tiempo?*

Jan ignoró la pregunta y se dirigió al ente doble:

—Pero... ¿por qué? ¿Cuál es el motivo que os llevó a querer que mi armadura...?

—El heraldo tenía que ser por fuerza un ente complejo —explicó Agnes. El tono

de su voz era un compendio de conocimiento e indulgencia—. Un sumatorio de varias inteligencias, formado por tres pilares básicos. En primer lugar, un ente procedente del universo de destino, que hubiese tenido contacto con la telaraña y supiese moverse a su través.

—O sea, tú —dedujo Jan.

—Otro que aportase el blindaje necesario para resistir los rigores del viaje. En los aerobios, ese blindaje se manifiesta a través de la locura, una disfunción de la capacidad para interpretar el mundo. Por eso fue absorbido el individuo antes conocido como Charlemagne, mi segunda mitad.

—¿Y el tercero?

—El tercero lo has llevado contigo durante todo el viaje, Jan Delvian. Estuvo a tu lado cuando cruzaste la barrera, cuando mataste la expresión que la Anomalía había adoptado en tu universo. Tú me llamas Agnes, pero eso es sólo una verdad a medias. Sólo soy una pequeña parte de Agnes, aquella que el ente Gill encontró al atravesar por mera casualidad la membrana que separa los universos. —Compuso una expresión soñadora—. La poesía de la probabilística se hace patente en todo cuanto hacemos, en todas y cada una de las acciones que los seres vivos realizan en cada instante de sus vidas. Una mujer de este universo atravesó la Gran Barrera y logró regresar. Esta acción fortuita hizo que Agnes, presa en los recovecos de la telaraña, tuviese una visión de la existencia de ese otro universo.

—Agnes viajó a mi universo...

—Una inteligencia no puede existir por sí sola, en medio de la nada. Aunque atravesó la membrana por un efecto de túnel cuántico sofoante, tuvo que alojarse en tu armadura, el cerebro avanzado que tenía más cerca en el momento de la trasmigración. Este universo burbuja es como un diamante en bruto, sin pulir, y como tal, contiene fisuras, poros como el que absorbió a Agnes. O el que tienes delante, protegido por la mundonave, capaz de abrir un conducto hasta más allá de la Gran Barrera. Y esas taras también están presentes en las criaturas que lo pueblan.

»Sólo dentro de ti, la persona alojada en la fisura, Agnes podía sobrevivir. Por eso te eligió, en aquel trascendental momento en que fuiste destruido por la Anomalía y reconstruido un nanosegundo después al otro lado.

Un pesado silencio siguió a sus palabras.

Jan se miró a sí mismo, al traje que llevaba puesto. Aquella tela impregnada de misterios cuánticos ocultaba algo más.

—Agnes... —murmuró.

—Lo que queda de ella está contigo. Es el heraldo. Y ahora la necesitamos.

Charlemagne=Agnes tomó la mano del guerrero y lo condujo hasta el centro de la esfera de estrellas. Esta vez Jan sí pudo sentir algo parecido al contacto de aquella piel en la yema de sus dedos.

—Si no hubiésemos dejado que la batalla progresase, jamás habrías tomado la decisión de arrebatarnos a los aerobios la armadura. Y por lo tanto, nunca habrías traído a Agnes hasta nosotros. Además —sonrió Char—, me da un poco de reparo admitir que nosotros solos no podíamos generar la suficiente energía para abrir la brecha. Hacía falta el descomunal caudal energético de una batalla a gran escala para conseguirlo, absorbiéndolo y modificándolo según la frecuencia a la que batían las alas esos seres a los que llamáis «Ángeles», los únicos seres vivos capaces de atravesar el Bolzai. Confiábamos en que los aerobios nos atacarían con todo su arsenal, aun a sabiendas de que era un suicidio. El grado de irracionalidad que rige la voluntad de los sofotes no puede ser entendido por ninguna máquina.

—En eso te doy la razón —convino Jan a regañadientes.

Junto a la figura holográfica del heraldo y la mitad de él que permanecía encerrado en su armadura, Jan ocupó el centro de aquella región de espacio vacío. Lánguidamente, las estrellas orbitaron a su alrededor.

Jan tuvo una visión sublime, que comparaba aquellas constelaciones con las máquinas de desfase temporal que formaban parte de su coraza. Incluso hubo un instante en que creyó verlas, pero fue una ilusión, un latido de su imaginación.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Charlemagne=Agnes extendió los brazos.

—La migración dará comienzo, y los aerobios nos seguirán. Todo aquel que disponga de una nave y quiera unirse podrá hacerlo. Nosotros seremos el faro.

Algo parecido a un corredor apareció en medio de la nada. Junto a él se materializó una jaula con dos gigantescos pájaros de luz. Dos ángeles. Al verlos, a Jan le sobrevino una sensación de pequeñez, de simplicidad ante los misterios del cosmos como no había sentido antes en su vida.

Los ángeles batieron alas y lamieron las estrellas con sus crípticos cantos de ballena. Ya olían la brecha, formándose bajo el bistorio de la energía generada por la batalla.

—¿Y de esta manera acaba todo, sin más? —Jan sintió que una lágrima ensuciaba sus ojos—. ¿Sin un lamento por los que no están aquí para seguirnos?

—Nada acaba para siempre, Jan Delvian. —La voz del heraldo se deshizo en un arpegio—. Esto es sólo el comienzo del viaje. Quién sabe lo que encontraremos al otro lado.

Capítulo 19 - (Y MÁS ALLÁ DEL INFINITO)

GÁIMBELI

La experta en estrategias Gáimbeli Smakys abrió la boca para ladrar más órdenes cuando su amigo y compañero, el soldado Jan Delvian, estiró el brazo y lo hundió en el cuerpo de la Manifestación, tratando de alcanzar el núcleo vivo. El monstruo se convulsionó y comenzó a implosionar, reduciendo drásticamente su volumen.

Gáimbeli vio a través de la pantalla que el soldado respiraba con alivio: esa compresión era la señal habitual cuando morían aquellas cosas. A continuación, si todo iba según lo previsto, la Manifestación desaparecería, demostrando una vez más que el contacto directo con un ser humano era anatema para lo que fuese que guardaran aquellos seres en su misterioso núcleo.

No sucedió.

En lugar de encogerse hasta desaparecer, el objeto comenzó a hincharse de nuevo.

Asustado, Jan convocó energía dentro de un campo dúctil en su mano en forma de cuchillo. Se dispuso a golpear la esfera con intención de rasgarla hasta poder despegarse de ella.

—¡El artefacto está comprimiendo grandes cantidades de energía tras el límite de Heinzholt! —exclamó el ayudante virtual de Gáimbeli, mirando los iconos de datos que fluían a su alrededor, volando como pájaros nerviosos.

—¡Cuidado, Jan! —advirtió Gáimbeli, aterrada—. ¡Está entrando en fase expl...!

La estática cegó la señal. El soldado dudó, retrasando el ataque un brevísimo instante.

—¿Qué...?

El objeto alienígena explotó.

La realidad pareció astillarse a su alrededor. El tiempo mismo fluyó más lentamente. Las neuronas de su sistema nervioso se encendieron calcinadas por una formidable onda de energía. Las naves dispararon sus misiles. Jan sintió que se iba, que se perdía... su conciencia se fracturó en fotografías inconexas. Momentos de su niñez, besos robados, incógnitas súbitamente despejadas...

Las naves continuaron disparando alocadamente. El universo se expandió un poco más.

Jan Delvian cerró los ojos, y dejó de existir.

Gáimbeli golpeó la consola virtual con los puños, volviendo locos los instrumentos. Las órdenes se apelotonaban en su garganta, sin saber cuál de ellas surgiría primero. Una gota de sudor frío resbaló lentamente por su mejilla, en dirección al húmedo cuello de su camisa.

Las pantallas se habían quedado en blanco.

Por el Emperador, no había rastro de Jan por ninguna parte.

«No puede haber muerto —suplicó en silencio—. No, por favor, por favor...»

—Quiero un informe de situación —rugió—. ¡Ya!

Mil antenas encararon sus platos y agujas receptoras hacia el lugar que hasta hacía unos segundos había ocupado la Manifestación. De ella, sólo quedaba una nube de polvillo residual que se curvaba en tonalidades suaves. El monstruo había explotado, sí, pero también Jan.

—Los sensores detectan algo —dijo el ayudante.

Gáimbeli cerró los ojos. Y volvió a abrirlos, como si de esa forma pudiera modificar la realidad, pedirle al tiempo que modificase los últimos minutos. Pero no lo consiguió.

—¿El qué? —preguntó.

Normalmente, los ayudantes eran iconos desprovistos de expresión, pero Gáimbeli no sabía cómo, también se las arreglaban para comunicar emociones con una mínima variación en su pose o en su brillo. El ayudante buceó entre los datos que enviaban en un denso flujo las naves de la flota, y se las arregló para torcer el gesto.

—Algo ha sucedido justo en el microsegundo de la explosión —informó—. Se ha abierto una fisura en el continuo espacio-tiempo.

—¿Cómo? —Gáimbeli parpadeó—. ¡Muéstramelo!

La información ya flotaba delante de sus ojos, en la cortina de datos del pozo holográfico. En efecto, las cascadas de neutrinos, taquiones, mesones y otras partículas se superponían a las ondas de radiación par-de-quark que manaban de la brecha. El monstruo, al morir, había herido el propio sustrato de la realidad, dejando una marca, una especie de punto quemado que se extendía en múltiples dimensiones, y que se tragaba todas las ondas con las que trataban de explorarlo. Pero también devolvía otras. En concreto, una señal que no provenía de la flota.

—Decodificadme eso ahora mismo —ordenó Gáimbeli.

Los cruceros de la flota permanecían atentos, manteniendo sus posiciones relativas en el espacio que rodeaba el planeta. Todos los capitanes parecían estar conteniendo la respiración, aguardando a que prosiguiera la batalla, en ése o en otro nivel de realidad.

—Definitivamente, es una especie de fisura —dijo el ayudante. Daba la impresión de que ni siquiera él creía lo que estaba viendo—. Pero... esto no es posible.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Estamos leyendo un incremento de masa. —El icono la miró a los ojos—. La fisura se está abriendo, y algo está pasando a su través.

—¿Es una singularidad?

El ayudante miró los gráficos de las lecturas. Sí, por supuesto que era una

singularidad. Y no parecía consumirse a sí misma, canibalizando sus energías igual que los agujeros de gusano, sino que se hacía más y más estable conforme transcurrían los segundos. E iba ganando masa y tiempo, o una mezcla de ambos, usándolos como engrudo para reforzar sus propias paredes. La grieta era un arquitecto que se iba reparando y diseñando a sí mismo.

Los cruceros de combate se prepararon para todo, apuntando sus poderosas armas a aquel canal que se ensanchaba poco a poco.

Algo se aproximaba desde el otro lado, y era grande.

LINA

Lina había pasado mucho tiempo en el espacio, casi se podría decir que la mayor parte de su vida. Flotar en el Halo era una experiencia única, una comunión con el siguiente paso evolutivo al que aspiraba todo aquel que se lanzaba al vacío cabalgando tecnologías incomprensibles, pero algo en su interior comenzaba a reclamar la fisicidad de un planeta. De la tierra, del aire, de la luz no totalizada por los instrumentos, experimentada como una caricia cálida y no como un mero flujo de partículas lleno de información sobre el pasado y el futuro. Echaba de menos un estado menos complejo de su mente, aquel con el que había nacido cuando sólo era una niña y su cerebro no se había añadido como un disco duro externo a la mente global de la nave. ¿Era la sencillez de la materia un premio al que aspirar, un descanso para una mente acostumbrada a ser más que humana? ¿Estaba buscando la diosa celeste, la vagabunda cósmica, involucionar por unos minutos a una forma más simiesca para reposar de su estado divino?

La capitana se había preguntado en numerosas ocasiones si valdría la pena retroceder a una fase anterior de su vida, más relajada, antes de saber que el precio de la sabiduría y de la inmortalidad que buscaba se encontraba más allá de lo que podría pagar. Podía jugar como una niña con hojas partidas y conchas de mar, lanzando al océano de las estrellas sus pedazos, pero las ondas de esos chapoteos seguirían estando siempre demasiado lejos como para que mojasen sus pies. Era el misterio congelado de los cuerpos celestes. El enigma de las Antiguas Edades, que la llamaba con un canto de sirena que podía escuchar, y muy nítido, dentro de la calidez uterina del Halo.

Ahora acababa de descubrir en qué consistía ese enigma.

Puede que la mente humana no estuviese hecha para el espacio. Al fin y al cabo, ellos procedían de simios primitivos que habían nacido en la superficie de un planeta, con cielos azules, horizontes a los que mirar y árboles de donde colgarse. Y tierra bajo los pies. Eso era importante. Puede que pasar tanto tiempo desarraigada de eso,

perdida en inmensidades que su pobre cerebro aerobio no estaba preparado para asimilar, la hubiese terminado de desquiciar del todo.

Si no, ¿cómo se explicaba lo que estaba viendo? ¿Cómo era posible que la Eurídice, su queridísimo bajel, su casa, su amiga, estuviera flotando delante del morro del carguero, mirándolos directamente a los ojos con su proa afilada y brillante?

Se había vuelto loca. Era la única explicación. O eso, o los malditos hackers que la habían secuestrado se las habían arreglado para piratear el Halo y no morir en el intento. Eso quería decir que eran buenos, los condenados, tal vez los mejores piratas informáticos de toda la jodida Variedad. Y le habían tocado a ella,

—¿Eur,... Eurídice? —murmuró, los ojos fuera de sus órbitas.

No debía ser una alucinación, porque Heith y Valeris también estaban allí, y también la veían. Y el delator punto en el radar palpitaba vivamente bajo los estratos de salsa. Detrás de la Eurídice, la mancha de polvo en que se había convertido Vai Surugy se expandía lentamente, testigo mudo de que la fe en la unión transcultural que sus habitantes habían forjado por todo el planeta, en la mezcla de estilos y tradiciones que lo habían convertido en la joya de la corona exterior de la Espingarda, había sido un esfuerzo vano.

—¿Capitana Kolbrand? —dijo una voz a través del comunicador.

Lina agarró los cascos y se los puso. Temblaba tanto que casi se le cayeron.

—¡Sí! ¡Soy yo! —exclamó—. ¿Quién habla?

El haz de voz llegaba directo desde la Eurídice. Lina reconoció su majestuoso y brioso perfil de ancho de banda. Adoraba todo lo que tuviera que ver con su antiguo corcel, absolutamente todo.

La voz volvió a resonar en el altavoz. Parecía la de un hombre joven y tranquilo, al que la hecatombe cósmica no había logrado alterar el pulso. También llegaba una imagen, pero por ahora sólo era una tormenta tridimensional de ruido.

—Lamento no haber acudido antes a ayudarla, pero tuvimos ciertas dificultades para hacernos con su balandro. De haber llegado unos minutos antes, habríamos bajado a tierra para recogerlos.

Lina arrugó su naricilla.

—¿Cómo que «hacernos con el balandro»? ¿Quién es usted, y qué hace a bordo de mi nave? —preguntó con más sequedad de la que pretendía.

La voz no se alteró.

—Se lo explicaré todo en cuanto nos veamos en persona. Por favor, no se inquiete. Estamos de su parte. —Hubo una pausa, como si el extraño estuviese hablando con el Halo o con otro tripulante—. Con su permiso, vamos a aproximar ambas naves para enlazarlas con el umbilical. Así usted podrá venir físicamente a la Eurídice.

Lina no puso objeciones a eso, más que nada porque le parecía un gran plan. Maniobró el carguero y extendió el tubo de enlace, que se enganchó con un gemido a la esclusa del balandro. Ésta aún estaba dañada por las cargas de sus captores, que la habían reventado para poder entrar, de forma que lo único que mantenía a salvo la presurización interior era la doble puerta del habitáculo de los trajes EVA.

Lina corrió al almacén del carguero y encontró lo que necesitaba, un grueso traje de vacío que olía a alcohol y a pis. No tuvo el menor reparo en enfundárselo. Cualquier cosa con tal de regresar a su querida nave.

—¿Qué hacemos nosotros? —preguntó Heith, mientras comprobaba la carga de su pistola—. Creo que será mejor que te acompañe.

—Vale, tú vienes conmigo —accedió Lina, y miró a la doctora—. Pero usted será mejor que se quede aquí. Si no hay peligro la avisaré para que se traslade al balandro. Vaya haciendo los cálculos para un ingreso directo en el agujero blanco, antes de que se colapse.

—De acuerdo —convino Valeris, y ocupó el asiento del navegante. Comenzó a teclear rápidamente en el interfaz con la cognoscitiva.

Lina y Heith, enfundados ambos en trajes de vacío, abrieron la compuerta y se impulsaron en gravedad cero por el umbilical, hasta llegar a la otra nave. La doble puerta de la Eurídice se abrió, aprovechando el aire que llenaba el tubo para evitar la descompresión explosiva, y Lina Kolbrand estuvo de regreso en su hogar.

Lo primero que vio fueron los cadáveres de los agentes de seguridad.

Alguien los había amontonado en un espacio que Lina solía utilizar para almacenar víveres. Los habían liquidado con pulcritud, casi sin violencia, con disparos precisos y puñaladas en puntos vitales de su anatomía, para no hacerlos sufrir demasiado. Tanta y tan letal eficacia puso aún más nerviosa a la capitana: ¿qué clase de gente se había adueñado de su preciosa nave, y cómo iba a protegerse de ellos si aquello era una trampa?

La estaban esperando en el pasillo de acceso al puente. Lina y Heith se habían deshecho de los cascos, y sostenían las pistolas de plasma en las manos, pero apuntaban hacia el suelo. No querían forzar la pelea si había una salida diplomática.

Los tres individuos que los miraban con algo parecido al alivio en sus rostros no podían ser más dispares. Uno ni siquiera era humano, sino un marsupial de una especie con la que Lina había hecho tratos una vez, en un mundo con inmensos árboles llenos de ciudades-nido colgantes. Su compañero era alto y muy musculoso, casi un coloso, y tenía el aspecto de un superviviente de las zonas periféricas a la civilización, de esos que no convenía soliviantar si querías conservar la cabeza sobre los hombros. Un puñal con el mango manchado de sangre, probablemente el mismo que había cercenado las gargantas de los secuestradores, yacía tranquilo en la funda, en su cinturón.

El tercer individuo también era humano, pero diferente del coloso. Delgado hasta el límite de la enfermedad, pero aun así fibroso, tenía las partes de su cuerpo expuestas a la vista (que eran casi todas) cubiertas por un inmenso e intrincado tatuaje. Sólo llevaba un taparrabos y una especie de morral, ceñido a la espalda y con instrumentos tatuados de circuitos en su interior, y sostenía un bastón más alto que su cabeza en la mano izquierda. Parecía un chamán extraviado de su tribu. Y pese al aspecto anacrónico y primitivo que ofrecía, fue él quien se adelantó y, con una voz suave y hermosa, dijo:

—Bienvenidos a la Eurídice, sobre todo usted, capitana. Nos ha costado hacernos con ella, como le dije por radio, pero aquí la tiene: toda suya.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Lina, sin dejar de sostener el arma—. ¿Cómo han llegado hasta aquí, y cómo demonios...?

—Las preguntas es mejor contestarlas una a una —interrumpió el chamán—. Me llamo Ibok, y soy un Mystes.

La capitana enarcó una ceja.

—¿Un qué?

—He venido para devolverle a usted su nave, pues es la única que puede ayudar a la inmensa flota de naves que se está reuniendo en este sistema a escapar hacia el suprauniverso. —Levantó las manos, pidiendo calma, en el momento en que Lina y su novio abrían a la vez la boca para bombardearlos a preguntas—. Lo sé, lo sé, es complicado. Pero ya habrá tiempo para que hablemos largo y tendido. Ahora tiempo es lo que más nos falta.

—El agujero blanco se está colapsando —intervino el coloso, y aquellas palabras sonaron tan impropias de él, con aquel tono de voz grave y desafiante, de matón callejero, que Lina sintió ganas de reír. Por supuesto, se contuvo—. Tenemos que atravesarlo ya, o nos quedaremos aquí para siempre. Encerrados en la Variedad.

Lina los miró a los tres, uno por uno; sus ojos fueron del coloso al marsupial pasando por el chiflado de la tribu, buscando una trampa. Un doble sentido en su discurso. Pero tuvo que rendirse: no entendía nada de lo que estaba pasando. Así pues, ¿cómo podía saber si la estaban engañando o no?

—¿Me devuelven mi nave? —preguntó, como si decirlo en voz alta fuese una especie de firma con sangre.

—Sí —dijo el chamán, y se apartó para dejarla entrar en el puente de mando.

—¿Así, sin más? ¿Sin condiciones?

—Pruebe y verá.

Recelosa, Lina avanzó unos pasos. Sorteó la barrera formada por los tres hombres y respiró el aire de la cabina. Oh, sí, ese olor familiar. Un espacio abierto, no, una suma de espacios, intercalados pero a la vez solapados, con distintos propósitos pero formando parte de una sola cosa, cada uno con su función, cada cual con su propia

conjuración técnica. Había un área adaptada al piloto y otra para los pasajeros, concesiones a las anatomías no aptas para sobrevivir en el vacío. Las paredes sabían que ellos estaban allí. El suelo y el techo sabían que estaban allí. La matemática del Halo reaccionaba a la presencia de sus cerebros y los añadía como discos duros externos a la mente global. Hacía cosquillas.

La nave era un artefacto, pero también un ser vivo y frágil, recio y permeable, como un músico que tocase contra sí mismo y después contra el yo así creado, como un pentagrama capturado fugazmente en la sensación de flotar en la nada. El cortejo de una mente colmena a la ciencia poética y abstracta sin otra aleación más que la extrañeza.

Todo eso, y mucho más, era una nave estelar auténtica. Y no el estercolero flotante con el que habían despegado del planeta.

«Pero a ese estercolero le debes la vida, cariño —se dijo Lina— Recuérdalo.»

—Hola, hermosa —susurró, entrando en el Halo. Y la nave entera pareció despertar con su presencia. Luces que antes estaban apagadas brillaron con intensidad. El noventa y nueve por ciento de los sistemas que necesitaban de la IA para operar volvieron a la vida, y las nanomáquinas comenzaron a sellar la brecha en la esclusa. Lina asintió con la cabeza—. Sí, yo también te quiero, y te he echado mucho de menos.

El hombre tatuado no se equivocaba. En su mente expandida, sumada al Halo, Lina pudo ver cómo la campana de radar se hacía eco de miles de pequeñas naves que iban formando una fila, justo detrás de ella y del carguero donde estaban Geishel y Valeris. No era un comportamiento normal para un enjambre de pilotos asustados que acababan de librarse por los pelos de una nova.

—¿Qué está pasando aquí?

El chamán se cambió el báculo de mano y se apoyó en él mientras contemplaba el radar con una sonrisa.

—Todas sus cognoscitivas han recibido unas coordenadas enviadas desde esta nave —explicó—. Igual que la Eurídice, otras naves-guía en muchos sistemas lejanos están reuniendo en estos momentos su propia flotilla de supervivientes, para atravesar a la vez los pocos agujeros blancos que quedan. Podría haberse hecho mejor, de habernos organizado con más tiempo, pero como solía decir mi padre, habrá que conformarse y trabajar con lo que tenemos.

—¿Otras naves? —preguntó Lina, confusa.

—Sí, pero ninguna es como ésta. Ni siquiera la de los urtianos, que saldrá por la brecha que practicó Jan al venir. La Eurídice irá delante de ellos, porque sigue impregnada con la radiación del huevo del Ángel, y es lo suficientemente rápida como para hacer de cuña. De luz en la oscuridad.

El Halo tuvo la amabilidad de desplegar un holograma con la visión posterior de

la nave, un gran angular atestado de vehículos grandes y pequeños, nuevos y viejos, militares y civiles, laicos y religiosos, atestados y casi desprovistos de tripulación, que se iban poniendo en columna de a dos en el mismo vector de avance que la Eurídice. Lina tuvo la desasosegante impresión de que todo aquel que había podido subirse a una nave, cualquiera que fuese, estuviera acondicionada para llevar pasajeros o no, lo había hecho en las horas previas al desastre, cuando ya no había forma de ocultar que todo iba a acabar en una hecatombe. La inmensa columna de refugiados era como un lienzo desvaído de fugitivos procedentes de una guerra, pobres y hambrientos. No poseían nada más que lo que llevaban puesto, o lo poco que habían podido cargar en sus maletas cuando huyeron. Ya no tenían un hogar, y apenas les quedaba aire suficiente o combustible para buscar otro.

Pero por penosa que fuera su situación, aún peor había sido la suerte de los que se habían quedado abajo, en los planetas. Dependiendo de las creencias que tuviera cada uno, ellos ya estarían en posesión de todas las respuestas, o se habrían extinguido en la noche eterna, solos y desamparados, sin el menor atisbo de comprensión sobre lo que les había ocurrido, o sobre quién tenía la culpa.

Lina rotó sobre su eje dentro del Halo, y miró muy seriamente al tal Ibok.

—Lo siento, pero no entiendo ni la mitad de lo que dice. Yo no puedo guiar a nadie, porque no tengo ni idea de cuál es el camino.

—No hace falta que lo entienda ahora, Lina Kolbrand. —El chamán hizo un gesto hacia la estrella muerta, como invitándola a conquistarla—. Guíenos, por favor. Todos los agujeros blancos confluirán en un solo lugar, al otro lado. Las naves que salgan de la Variedad acabarán ingresando en el suprauniverso por el mismo sitio. — Su sonrisa se volvió cáustica—. Creo que se va a formar un buen atasco ahí delante.

GÁIMBELI

La proa del Arconte, crucero insignia de la flota, apareció iluminada por el sol de la mañana. La titánica nave se estaba moviendo para situarse justo frente a la zona de cuarentena que había decretado Gáimbeli, allá donde la brecha iba a empezar a abrirse en pocos instantes. Justo donde había muerto Jan Delvian.

El Arconte rotaba suavemente sobre su eje para imprimir una débil gravedad en las zonas donde ahora era necesaria, las bahías y almacenes situados en la periferia. Otros cruceros de batalla se acercaban para formar el grupo de contención. Alrededor de las naves de gran tonelaje flotaban perezosas y en perfecta sincronía otras menores: varias pinazas de transporte de tropas, con sus escudos de deflección geométrica orientados en fase espejo, cañoneras danzantes y bombarderos orbitales de simetría extensible, sus lanceros plegados en configuración de rueda. Del poniente

nacarado que incendiaba el perfil del planeta venían transportes de masas pesadas, con la panza vibrando en un ultravínculo recursivo para que la valiosa carga de hadrones no perdiera su pureza; naves-cuerda de enlace LR que arrastraban sus largas colas varios cientos de kilómetros, como invisibles flagelos de células nerviosas de titanio; bombas vivas en explosión congelada, y sofisticados incursos tripulados sin masa física, veloces asesinos esculpidos enteramente en campos de fuerza.

Gáimbeli dudaba seriamente de que, a pesar de todo ese poderío tecnológico, tuvieran alguna oportunidad de vencer si se enfrentaban a más Manifestaciones. Si lo que estaba a punto de surgir de aquella grieta era lo que ella temía, más les valdría retirarse y pensar en un plan mejor... mucho mejor que el que le había costado la vida a su amigo.

Contuvo una lágrima. No debía mostrar debilidad, ahora no, cuando los ojos de la flota estaban puestos en ella.

Subió hasta el puente de mando del Arconte. La almirante Helena De Whelan la esperaba en el entorno virtual de puente único, rodeada por imágenes del resto de los capitanes. Todo lo que estaba fuera de la burbuja de hiperrealidad de su foso táctico había sido reducido a una visualización táctica en malla.

—Bienvenida —dijo sin más—. ¿Ha habido noticias?

Gáimbeli movió la cabeza negativamente.

—Las sondas que enviamos a la brecha se han evaporado —explicó de mala gana. Odiaba carecer de información—. No recibimos ninguna señal de sus balizas, ni siquiera a través del enlace por taquiones. Sea lo que sea lo que haya al otro lado, las ha absorbido sin más.

—Entonces será mejor que nos preparemos para lo peor —masculló la almirante. A veces adoptaba esa expresión de resolución suicida que sus subordinados tanto temían, y que decían que había hecho famosa a una ilustre antepasada suya. Ahora tenía esa expresión. Y sus subordinados estaban temblando—. Prepárense para un ataque total. No podemos dejar que lo que surja de esa fisura corra libre por nuestra realidad.

Gáimbeli asintió, parcialmente de acuerdo. Sabía que en ese momento, un batallón de soldados enfundados en armaduras de desfase temporal esperaba su momento, flotando como ángeles de la guerra junto al casco del crucero. Ninguno tenía la experiencia ni el talento de Jan para enfrentarse a ese enemigo en concreto, pero Jan no estaba. Y ya no volvería. Gáimbeli se grabó esa frase en la mente como un epitafio.

—Ya empieza —dijo la almirante.

Una enorme pantalla virtual se iluminó para mostrar una imagen en tiempo real del espacio profundo, en el centro de la cual se abría un pequeño corte en la radiación de fondo. Ese corte creció y se llenó de luz y de muchos otros tipos de energía.

Gáimbeli contuvo la respiración. Y no fue la única. Los artilleros de la flota prepararon las IAs de seguimiento de combate, las cunas de ojivas nucleares cargaron nuevos proyectiles, y los guerreros flotantes convocaron espadas de fuego en sus manos.

Todos miraron fijamente la grieta.

Algo comenzaba ya a aparecer en el otro lado.

LINA

La capitana sacó una mano por fuera del Halo. Sólo era una pequeña porción de su cuerpo, pero suficiente para sentir el contacto con Heith. La tomó y se la sostuvo en alto, dejándole claro que estaba allí, a su lado, y que no la abandonaría por nada del mundo. Los tres extraños que habían invadido su nave se mantenían detrás, a la expectativa. El marsupial y el guerrero musculoso estaban a su manera tan alterados como ellos, sólo que no lo manifestaban tan abiertamente. Ibok era el único que seguía guardando la compostura, con su pose de chamán arcaico e inspirado por poderes ocultos, aunque Lina no estaba segura de si era porque realmente conocía el futuro, como sus actos parecían corroborar, o si simplemente estaba tan loco como para que no le importase.

Lina hizo una recopilación en su mente de los acontecimientos que habían desembocado en aquella situación tan extravagante. Tan irreal. No lo consiguió. Hasta hacía unas horas, los hechos de los últimos días aparecían tan claros en su memoria, tan nítidos, que parecía que acabasen de suceder. Pero ahora, días enteros habían desaparecido, se habían convertido en mitos. La memoria se hizo añicos ante el recuerdo de la manita de Vastee desapareciendo entre la multitud, y ya sólo quedaba el presente. Todo lo demás era un aséptico limbo blanco.

Ante la proa de la Eurídice, a sólo siete mil kilómetros, flotaba lo que había quedado de la estrella, un agujero que engañaba a la luz con un cebo de gravedad para atraerla y quedársela para sí, avariciosamente. Eso sí que era hiperreal, y adquirió para sus sentidos una nitidez perfecta. En el centro de ese agujero, centelleaba un canal, un pasillo cuyas paredes no estaban hechas de ninguna forma conocida de energía o radiación (una gigantesca rosa de los vientos de materia exótica centrada en la propia grieta), y que conducía a otro universo.

Lina se pasó la lengua por los labios. El casco de su preciosa nave había comenzado a brillar, respondiendo a las señales misteriosas de ese pasillo. Se había transformado a todos los efectos en un Ángel, con las alas de luz pura brillando sobre los mástiles de impulso, y seguro que así era como la percibían las demás naves que la seguían como ovejas al pastor. Lina tenía miedo, claro; estaba aterrorizada, más

que nunca antes en su vida. Pero había una parte de ella que atesoraba el orgullo de haber estado una vez al otro lado de todos los horizontes, y era esa parte la que guiaba con mano firme el timón.

—Bien, vamos a ver qué hay tras el telón de la noche —murmuró. Cada gesto, cada pensamiento, cada emoción que cruzaba por su alma se manifestó como un objeto o un acontecimiento definido.

En cuanto se sumergió en el túnel, el espacio se curvó en torno a la Eurídice, y fluyó como una canica en rotación vista desde su centro. No parecía que fueran ellos los que se estuvieran moviendo, sino el cosmos el que caía en hermosas espirales.

Ibok sonreía con esa expresión de iluminado que Lina había visto en los gurús de algunas sectas apocalípticas.

—Es como él dijo que sería —dijo, sin ser consciente de que lo estaba expresando en voz alta.

—¿A quién te refieres?

—¿Eh?, oh. Me refería a mi padre, el primer Mystes. Fue él quien resolvió en realidad este enigma, no yo, a partir de un Cubo Xfinge.

—¿Te envió tu padre para guiarnos, para que transmitieses estas coordenadas a todas las naves que quedaban en la Variedad? —se asombró Lina.

Ibok meditó la respuesta. La pregunta de la capitana se le antojó rara, como si careciera de un contexto capaz de explicarla.

Se apoyó en la consola que rodeaba al Halo y miró el cosmos con expresión soñadora.

—En cierto modo, sí. Solo que él nunca supo cómo íbamos a hacerlo. La solución estaba en manos de todos, pero había que saber verla.

—Vuelves a hablar enigmáticamente —constató Lina.

Ibok rió.

—Sí, es un defecto de mi educación. Me criaron para ser lo que ves. Si digo las cosas más claramente, estaría ofendiendo a mis educadores.

—No tiene gracia —masculló Lina, aunque era mentira. Sí, en cierto modo sí la tenía.

Los instrumentos detectaron una caída a cero en los picos de energía del túnel. Se estaba cerrando.

—Estamos a punto de abandonar el agujero blanco —comprendió Ibok—. Bien, capitana, prepárese para ser la primera sofonte en ver la luz de otros soles.

Lina asintió y aumentó la potencia de los impulsores.

GÁIMBELI

—¡Se está abriendo! —avisó el ayudante virtual.

En la imagen, la grieta se descompuso en otras más pequeñas, desgarrones en el continuo espacio-tiempo, y dejó salir algo. Más bien lo escupió, si es que ese término era aplicable. Pero no era lo que Gáimbeli esperaba, y por ello dio gracias.

En cuanto el objeto estuvo lo suficientemente cerca como para ser analizado por sus sensores, una tormenta de datos bañó los paneles. Cien mil ojos electrónicos la estaban analizando a la vez. Era una nave, sí, tan sólida como cualquiera de las que componían la flota. No una mancha de mercurio con conciencia propia y poder para arrasarse media galaxia. La cosa empezaba bien.

Gáimbeli se inclinó sobre la pantalla holográfica. La nave parecía una especie de balandro, a juzgar por su masa y tamaño. Los sensores captaban que poseía ojivas de armamento, pero estaban vacías. Y no fue la única en aparecer por la fisura: otros muchos vehículos, muchísimos, de formas, tamaños y propósitos tan distintos como podía serlo el diseño naval, vinieron detrás.

—Pero ¿qué demonios...? —exclamó la almirante, viendo el despliegue de puntos luminosos en la campana de radar. La grieta sólo llevaba abierta un minuto, y ya eran más de cincuenta mil.

Lo que sucedió en las horas posteriores a ese primer avistamiento no es fácil de resumir en unos párrafos. La súper manada de naves entrantes fue creciendo hasta un total aproximado de cinco millones de objetos, y pese a su número, se veía claramente que la mayoría estaban dañadas o a punto de decir adiós a su reserva de combustible y de soporte vital. Necesitarían ayuda, y de manera urgente.

Aquello no era un contingente de invasión, fue una de las primeras conclusiones a las que llegó Gáimbeli. No era una Armada, aunque algunas de aquellas naves sí fuesen claramente bélicas y tuviesen defensas preparadas para disparar. Era una columna de refugiados, ni más ni menos, procedentes de quién sabía dónde.

La siguiente conclusión a la que llegó fue que aquella banda no era homogénea, ni en tecnología ni en banderas o grupos de poder. De hecho, lo primero que hizo la súper manada al ingresar en la órbita del planeta y encontrarse de frente con la flota de De Whelan, esperándolos, fue buscar lo que todos los seres vivos habían buscado desde que tuvieron uso de razón ante la menor presencia de peligro: la fuerza del grupo. Las naves se arracimaron en torno a la más grande de todas, una titánica mundonave que más bien parecía el sumatorio fractal de muchas más pequeñas, y que rivalizaba en tamaño con el mismísimo Arconte. Se veía que necesitaban tiempo para organizarse. La almirante se lo concedió. Si hubiesen detectado en ellos la menor señal de agresión, De Whelan habría dado orden de atacar en ese momento en que la telaraña de comunicaciones de la manada era un caos, pero decidió concederles el beneficio de la duda. La almirante aún seguía con su máscara de guerrera indómita en la cara, pero su forma prudente de actuar le gustó a Gáimbeli. Ella habría hecho lo

mismo.

—¿Y bien? —Gáimbeli se cruzó de brazos, observando entre asombrada y divertida la pantalla—. ¿Ahora qué se hace?

—Lo que hacemos siempre, cuando tenemos visitantes en nuestra casa —dijo la almirante—. Enviarles un saludo amistoso, y preguntarles quiénes son.

* * *

Lina recibió una transmisión del carguero que pilotaba Valeris, con sus informes de estado y un saludo eufórico de Mineia. La joven, que hasta hacía unos minutos estaba absolutamente convencida de que iba a morir (¿quién no iba a estarlo, al ver que el guía de la columna se zambullía de cabeza y contra todo pronóstico en el cadáver de la estrella, y todos los demás lo seguían como borregos descerebrados?), no paraba de repetir que Lina era un genio, y que cuando fuese mayor quería ser piloto. Ninguna otra cosa, ni comerciante ni político ni artista ni militar. Sólo piloto. Lina rió y la tranquilizó un poco. Geishel también estaba muy contenta, aunque la tristeza por la pérdida de Vastee aún ensombrecía su semblante.

—¿Quién es toda esa gente, Lina? —preguntó su hermana, por el canal de radio. Se refería a lo que todos habían visto nada más ingresar en el espacio normal, a la Armada de naves de insólito y agresivo diseño que los rodearon nada más salir del túnel. Lina había visto muchas naves de guerra en su vida para saber reconocer una al instante, y rezó en silencio porque, fueran quienes fuesen, viniesen en son de paz. Aquellos cruceros de combate rivalizaban en tamaño con los urtianos, y parecían capaces de reducir incluso a la mundonave Ur a una nube de escoria radiactiva.

—No lo sé —dijo con sinceridad—. Pero no tardaremos en descubrirlo...

—Lina, llega una llamada por el canal principal —informó Valeris.

—¿Es de...? —Señaló a la flota misteriosa.

La doctora negó con la cabeza.

—No. Es de los urtianos. No te lo vas a creer, pero quieren que nos reunamos en torno a ellos, para que nos protejan.

—¿Para protegernos? —parpadeó—. ¿En serio? ¿Y qué dicen los nuestros?

El almirante Rodel no tardó en emitir su propio llamamiento a la unidad, por todos los canales, y avisó a las naves de que no trataran de superar el bloqueo, puesto que una acción así pondría en peligro al resto, y en esos momentos ni los aerobios ni los urtianos estaban en condiciones de aguantar un nuevo combate. Lina creyó ver cómo trotaban entre líneas los corceles de la diplomacia, y se imaginó a los diplomáticos de toda la Variedad llamándose frenéticamente unos a otros y estableciendo un punto de reunión para dialogar.

Lo que no esperaba era que la invitasen a ella.

—¿Yo? —preguntó, atónita, cuando la imagen de Rodel apareció en el Halo para hacerle la propuesta—. ¿Por qué yo? No soy política, sino una simple comerciante.

No sé cómo manejar acontecimientos de esta escala...

—Lo sabemos —insistió Rodel—. Pero tiene que venir. Usted, y su nave, han sido nuestra guía a través del agujero blanco. Necesitamos saber qué está pasando antes de tomar una decisión, y usted tiene que estar presente.

Lina miró fuera del Halo. Ibok y Heith se encogieron a la vez de hombros, en una coreografía no planificada que le resultó simpática. Acabó por acceder a la petición de Rodel, porque carecía de otras opciones. La Eurídice también se estaba quedando sin combustible, y ella, a pesar de su instinto rebelde, sin recursos.

—Iré —dijo, y se preparó para el encuentro en la cumbre. De fondo, Mineia seguía gritando que quería ser piloto, y que iba a enmarcar una holo de Lina en su cuarto para siempre, en cuanto encontrasen una nueva casa.

* * *

El encuentro tuvo lugar en el vacío. No en ninguna nave, ya fuera de un bando u otro, o a bordo de un vehículo neutral, sino en el vacío espacial que quedaba entre ellos. Los urtianos reunieron una isla de masa programable con forma de media luna, y establecieron allí su delegación diplomática. La atmósfera llegó justo después. Poco a poco fueron sumándose las delegaciones de los aerobios, y las embajadas de cualquier grupo de poder que hubiera sobrevivido a la catástrofe.

Jan Delvian tenía muy poco que hacer en aquella reunión, aparte de lo que había hecho ya. Había regresado a la nave de mando aerobia en cuanto los urtianos se sintieron seguros al otro lado de la brecha, dejando atrás al misterioso ente doble, masculino y femenino (al que esperaba no volver a ver nunca más en la vida), y a los misterios innombrables de la Noótica Ur. Todavía quedaban muchos enigmas por resolver en el laberinto urtiano, pero él ya estaba cansado. Que los resolvieran otros, o que quedasen ocultos para siempre. Con toda sinceridad, le daba igual.

Rodel se había deshecho en preguntas en cuanto divisó en el radar aquel ejército alienígena, y al verlo él también, Jan casi dejó escapar una lágrima de felicidad. El conocía muy bien aquellas naves, y aquellas insignias. Así se lo hizo saber al almirante.

—De modo que me dijo la verdad en todo momento —gruñó Rodel, recordando las sesiones de interrogatorio—. Estará contento. Por fin va a regresar con su gente.

—Eso espero, en cuanto ustedes me lo permitan y la diplomacia haya calmado lo suficiente los ánimos —asintió el soldado—. Estoy deseando volver con los míos, no se imagina cuánto... pero es mejor dejar que todo vaya fluyendo a su ritmo.

—Me gusta usted, Delvian —sentenció Rodel—. Es un poco demasiado independiente para mi gusto, pero me gusta. Aunque algún día va a tener que explicarme cómo es que su armadura desapareció de nuestros laboratorios de buenas a primeras —le reprochó—. Algunos de los científicos que la estaban analizando entraron en una crisis nerviosa, ¿lo sabía?

El soldado disimuló una sonrisa.

—Dícales que lo siento mucho, de verdad. No tuve otra opción que escaparme si quería participar en la lucha.

—¿Lo hizo por eso? ¿Por luchar a nuestro lado... o del suyo propio?

—Quise luchar por la resolución pacífica del conflicto —dijo Jan—. Ese era mi bando, ni los urtianos ni los aerobios. Lo siento, almirante, debí haberle consultado, es verdad, antes de atacar la base enemiga por mi cuenta. Pero en solitario tenía más posibilidades de infiltrarme y llegar hasta el núcleo que estando rodeado de tropas.

Rodel fue a replicar, pero estalló en una sonora carcajada, y le pasó un brazo por los hombros.

—Los tiene bien puestos, soldado, desde luego que sí. Me recuerda a mí, cuando era joven... —comentó, acompañando a Jan al círculo de diplomáticos—. ¿Le he hablado alguna vez de mi hija?

Lina se hizo la distraída cuando Rodel pasó a su lado. No quería dar más explicaciones por el momento, y aunque Valeris estaba de pie junto a ella y sí se tomó la molestia de saludar al almirante, la capitana permaneció en un discreto segundo plano. Miró de reojo, agotada hasta más allá de lo definible, a las naves que rodeaban la isla de materia. En concreto, observó su precioso balandro, y dejó escapar un suspiro. Todo estaba bien, o parecía estarlo, por primera vez en mucho tiempo. En armonía. Si estaba en lo cierto, aquella violenta y terrible fuga de la Variedad había sido sólo un primer paso, el pequeño prólogo en la larga saga de la búsqueda de un nuevo hogar. La gente de Jan los estaba observando, sopesando posibilidades, y seguramente esperaba que alguien alzase una bandera de parlamentario para, de esa forma, no tener que detonar bombas para aclarar aquel espinoso asunto. Sí, la paz era la mejor arma, el ramal más despejado de la encrucijada, sobre todo cuando una no tenía ningún otro sitio adonde ir.

Ahora que lo pensaba, esa frase... no era del todo cierta. Ella siempre había estado rodeada por los suyos, en realidad, viajando dentro de su casa de una parte a otra de la Variedad. Saltando como un insecto travieso de mundo a mundo y de sol a sol. Esa condición de su vida no había cambiado. Seguía teniendo a su familia alrededor, y su casa aún estaba allí, con los motores preparados para rebasar cualquier otro horizonte que se le antojara. La Eurídice ya había hecho historia una vez, atravesando el Bolzai, y nada aseguraba que no lo volvería a hacer de nuevo.

Era hora de enterrar el pasado y seguir adelante. Les costaría olvidar todo lo que se había perdido en el largo viaje, como Vastee y su tierna sonrisa, y todos los recuerdos del hogar, pero había un nuevo universo abierto ante ellos, lleno de estrellas con nombres desconocidos y nuevos y fascinantes planetas por explorar.

¿Qué más podía desear una Dama de Mandria?

IBOK

El Mystes asintió lentamente con la cabeza, satisfecho. La profecía que le había confiado su padre, la llave cabalística para acceder a los misterios de la Xfinge de Gemish, se había hecho realidad. Eso significaba que el paso al interior del Cubo estaba despejado. Tendría que volver a la Variedad y encontrarlo, para acabar de descubrir todos sus secretos. Sí, ése era sin duda el siguiente paso.

Se apoyó en su báculo, doblando un pie y apoyándolo en el otro al estilo de las aves zancudas. Zhinz y Jules le habían servido bien en aquel último tramo del viaje, pero ya no los necesitaba. Los había rescatado de aquel planeta moribundo porque eran supervivientes natos, y habían completado a su manera su propia gesta, el periplo vital que hace grandes y honorables a todos los seres que han nacido para recorrer caminos sin final, por humildes que fueran sus orígenes. Eso los calificaba para guiar a otros, en los días venideros. Los Quince necesitarían dentro de poco y con urgencia a viajeros expertos para poder encontrar su camino en un universo lleno de sendas solapadas, muchas de ellas letales. Así pues, los dejaría allí para que, si querían, conformasen la nueva tripulación de ese balandro histórico, el Eurídice, y acompañasen a su capitana allá donde la llamara el destino.

¿Y él? Continuaría su periplo en solitario, por supuesto. Cada cual era dueño de su propia vida, ahora más que nunca, y nadie podía tomar decisiones por ningún otro. Ni siquiera esos parlamentarios que estaban reunidos en aquella isla, que él observaba desde la distancia, aunque ya se darían cuenta de eso con el tiempo. Por el momento, lo mejor era que los seres inteligentes que habían sobrevivido al holocausto se organizaran para no acabar, como tantas veces antes, matándose sin piedad unos a otros.

Desde el puente de mando de la Eurídice, y antes de desvanecerse en la nada ante los atónitos ojos de Heith, Zhinz y Jules para retornar a la Variedad en busca de sus últimos misterios, el hijo de Norte contempló las siguientes fases en la negociación entre los recién llegados y los dueños de esa realidad, y le parecieron muy curiosas.

Sobre todo porque Jan, al no pertenecer al grupo de refugiados, por más que hubiese llegado con ellos, no fue investido por los aerobios con los ropajes del heraldo de la paz. El soldado volvió con los suyos volando por sus propios medios, enfundado en su milagroso traje, y cuando encontró a una vieja amiga en el hangar de la nave insignia, la abrazó con lágrimas en los ojos mientras ella chillaba: «¡¡Janelvian!!», fundiendo su nombre completo en una sola palabra, por la emoción.

No, Jan no podía ser el heraldo de aquella civilización casi extinta. Tenía que ser alguien que hubiese nacido entre ellos, en la Variedad, y cuando los diplomáticos comenzaron a proponer nombres, los urtianos fueron los que se llevaron la mayoría de los votos. La entidad que ellos proponían para que los representase a todos era

Charlemagne=Agnes, ya que la mitad femenina de ese ser ya había estado antes en este lado del agujero blanco. ¿Quién mejor que ella, pues, para llevar el mensaje de paz y la petición de asilo político a sus anfitriones?

Pero lo que en realidad hizo reír a Ibok no fue eso, sino que, justo en ese momento, en el otro bando, una mente despierta proponía que, ya que tenían que enviar a un cónsul para negociar, lo mejor sería que fuese alguien familiar a los refugiados. Alguien que perteneciera a su propio universo, para que se sintieran más cómodos. ¿Y quién mejor que la conciencia de Agnes que se había copiado en el código IA de la armadura de Jan, ahora que podían manipularlo?

Así que Ibok S'Naatrha, hijo del Mystes llamado Norte, vencedor de la bestia Xfinge y conocedor de sus secretos, rió a mandíbula batiente cuando vio que dos mensajeros de paz partían a la vez, uno de la mundonave urtiana y el otro del crucero Arconte, rumbo a un encuentro pacífico a mitad de camino.

Eran los dos heraldos que protagonizarían el primer y mítico encuentro entre aquellas civilizaciones tan dispares.

Y, por azares del destino, ambos eran el mismo.

MEL

El apartamento de Agnes estaba vacío, como la última vez que lo visitó. Pero Grozpo, el gato vivo y muerto a la vez, seguía comiendo de la caja de cereales mientras su yo cadáver lo contemplaba con una mezcla de fascinación y reproche.

Mel se dejó caer en un sofá. Había tenido un sueño... muy extraño, si esa palabra se ajustaba a lo que él sentía. Soñó que tenía alguien metido dentro de la cabeza, que le contaba historias horribles sobre gente que veía explotar sus mundos, y él también huía y era apresado por unos seres indefinibles que lo torturaban y le hacían preguntas sin respuesta...

Sonrió. Cómo de compleja era la mente humana. Si no se andaba con cuidado, dentro de poco empezaría a ver elefantes parlanchines jugando a las tabas en medio del salón.

Tenía un eco de migraña en la cabeza. Se levantó, fue hasta la cocina y espantó al gato (al vivo), que le enseñó los dientes, molesto. Se tomó una pastilla para aliviar el dolor. Si algo de verdad hubiese en el sueño, entonces significaría que sus secuestradores lo habían lobotomizado, lo cual explicaría el dolor de cabeza. Claro, eso explicaría muchas cosas. A uno nunca le sienta bien que lo lobotomicen, o eso había oído.

Entró en el cuarto de Agnes. Ella estaba allí, desnuda sobre las sábanas. A medio camino entre el sueño y la vigilia. Agnes siempre había tenido buen olfato. Cuando él

entró, lo sintió llegar por la pincelada de perfume que se había aplicado en el cuello esa mañana. Despertó y le regaló una amplia sonrisa.

—Hola, cariño —dijo, medio dormida.

Mel se sentó al borde de la cama, acariciando sus cabellos.

—Hola. ¿Cómo has dormido?

—Bien... creo. Tuve una pesadilla.

—¿Sí? —Mel arrugó el ceño—. ¿Qué soñaste?

—Pues... no lo sé con seguridad. Estabas tú, y una especie de inmensa nave alienígena, y... —Lo desechó con un ademán—. Da igual, lo importante es que estás aquí. Has recorrido todo ese larguísimo camino para regresar a esta habitación, y ahora estás aquí.

Alargó el cuello para besarlo en la boca, pero Mel retrocedió.

—¿Qué has dicho? —preguntó, confuso.

—¿Qué he dicho sobre qué?

—Sobre lo de... recorrer un camino largo... para volver a esta habitación.

Agnes se sentó en la cama, en posición de flor de loto. Su mirada despedía un brillo sincero, casi angelical.

—Pues eso —sonrió—, que me alegro mucho de que hayas vuelto a casa.

EPÍLOGO - Sendas en el tiempo

Los rayos del sol improvisaban tornasolados juegos de luces sobre el mar. A pesar de que era de día, y de la poderosa y brillante presencia del astro en mitad del firmamento, el cielo aparecía tatuado de estrellas. Las que iban de norte a sur giraban despacio hacia el este, mientras que aquellas que rodeaban el sol giraban majestuosamente alrededor del cénit.

La mujer descalza deslizaba los pies por encima de las olas, jugueteando con las crestas de espuma. En el aire flotaba un aroma delicado. De pie, en medio del océano, la chica parecía una diminuta islilla vestida de satén blanco que pronto atraería moluscos y gaviotas.

A Yara le gustaba aquel atardecer. La lógica que regía la Synder lo había pintado para ella a partir de unos pocos colores primarios, y no le faltaba una chispa de buen gusto, aunque las nubes eran una pizca demasiado ocres. Ella las habría diseñado de otra manera, y habría escondido formas ocultas en su danza.

Yara miró hacia el paquete de datos que llegaba en ese preciso instante desde el futuro, sincronizándose con su ahora; era un disparo de positrones cargado de información, unos diez mil millones de petabytes. Venía hacia ella dibujando estelas en el océano, escoltado por una cohorte de ballenas.

Cuando golpeó el mar, el paquete se abrió. La Anomalía surgió de su interior, congelada en el nanosegundo exacto de su llegada al universo de la Variedad. Yara sonrió y acarició su piel. Dos rostros permanecían tatuados en ella, el del guerrero que había arriesgado su vida por destruirla, Jan, y otro, el de una joven de rasgos cincelados en metal noble.

Yara descartó la imagen del soldado (él ya tenía un lugar asignado en el devenir de las cosas) y se concentró en la chica. Su impronta estaba más allá de la Anomalía. En cierto modo, ella era la Anomalía.

—Espíritu de nácar, formula la pregunta —dijo el fantasma de la emperatriz Sandra.

Yara sólo tenía una:

—¿Hay alguna forma, por remota que sea, de salvar los universos decoherentes antes de que se extingan? ¿Hay esperanza para los viajeros sin hogar?

El reflejo de Sandra desapareció. Fue sustituido por una imagen del espacio profundo, donde un superátomo de gas cobraba forma.

Yara lo ubicó: era el centro de la Variedad, su eje de giro, una potente breña estelar de agujeros negros que hacían de engrudo para mantener unida la realidad. Todas las especies sofocadas con capacidad de Hipervínculo habían visitado aquel lugar, buscando respuestas, sin que ninguna lograra desentrañar su secreto.

Ahora los agujeros negros habían desaparecido.

En su lugar había un caja, flotando, en medio de la nada.

Era una Xfinge.

—¿Qué es esto? —se extrañó la joven descalza.

—Aquello para lo que fueron creadas las Xfinges —contestó Sandra—. Conductos que traspasan información entre universos, tesoros conceptuales. Y éste... es el mayor tesoro de todos. El intelectado de mi cerebro. El intelectado de Dios.

—El círculo se ha cerrado, por fin —dijo Yara, satisfecha, mientras lo que había dentro de la caja desplegaba sus tentáculos de sombra y su glorioso manto de tetrapectos. Sus ángeles.

El Último Emperador tardó exactamente doscientos cincuenta segundos (progresión temporal de la Rejilla) en renacer y recuperar su estado energético simple. Adoptó la forma de una joven de quince años que había nacido un milenio atrás en un planeta distante, y a través de sus ojos miró al cosmos que ella misma había creado.

Extendiendo sus tentáculos de energía negativa, abrazó los restos de estrellas y nebulosas calcinadas, los cuásares vacíos y los pilares de materia oscura, y lo atrajo todo hacia sí, aglutinando la realidad en un gigantesco disco, como aquellos que veían brotar de su seno estrellas y galaxias.

Tras el breve lapso de su propia muerte, y mientras los escasos sofones que habían escapado a la destrucción huían hacia tierras más tranquilas (fueran de este universo o del superior), el Emperador Gestáltico retomó la tarea que había sido interrumpida un milenio atrás por su muerte. Voces de personas que existieron hacía siglos resonaron en su memoria, ecos de seres que llevaban en la tumba, mucho, mucho tiempo. Arpas rasgadas en lejanos templos que le hablaron de secretos que una vez conoció, pero que ya había olvidado: Evan, Moriani, Beatriz, Elena, Ventrell, Silus...

Las Arpas renacieron, y su música pudo ser escuchada una vez más en las intrincadas bóvedas de la Xfinge.

La Anomalía extinguió su luz. Sandra también se marchó, rodeada por un anillo de esferas-universo en constante crecimiento (¡había tanto por hacer, todavía!) y Yara se quedó sola, de pie en medio del océano.

Nada quedaba a su alrededor. Nada.

Sólo canciones de ballenas para atemperar su silencio.

Dramatis personae

Acrisia, Eklan

Alférez de servicio en la comandancia de espionaje e inteligencia externa de Ciudad de Cruces.

Adyanti, Valeris

Doctora en astrofísica. Fue una de las primeras científicas en enunciar una explicación para el fenómeno de decoherencia del universo subsidiario de la Variedad.

Anncourt, Agnes

Periodista y pareja sentimental del astronauta Mel Pankratis hasta su desaparición y absorción por una poderosa entidad alienígena en la frontera con el mar de Bolzai.

Cesbron, Jutnar

Experto en unidades psicométricas de Ciudad de Cruces. Charlemagne Ulner acude a él para pedirle consejo la primera vez que analiza la cabeza de su amigo Mel Pankratis y descubre lo mucho que se ha expandido por el neuroespacio de su cerebro la unidad Gill.

Delvian, Jan

Soldado del suprauniverso principal (cuna de la deoEmperatriz Victoria) especializado en luchar contra las «Manifestaciones» de entes alienígenas que invaden su realidad. Durante uno de estos combates, Jan es absorbido y presuntamente destruido por una de estas anomalías estelares, pero en realidad se transporta a uno de los universos subsidiarios, donde conoce a la capitana Lina y a la doctora Valeris. Muy a su pesar, Jan será una pieza clave en el devenir de la historia de estos subuniversos.

Fust, Joviann

Empresario aerobio, líder de la gran corporación AREAN&TERRA, que jugará un papel de extrema importancia en la guerra contra los urtianos.

Gill

Unidad psicométrica de inteligencia artificial instalada en el cerebro de Mel Pankratis, en soporte líquido. Su función inicial era neuroformatear su cerebro para ayudarlo a superar el mal de espacio profundo, una psicosis habitual de los astronautas, pero acabó expandiéndose por toda la masa encefálica y adquiriendo unas capacidades que ni el estupefacto Mel ni sus instaladores sospecharon jamás. Su nombre se lo puso Ulner en honor a una antigua paciente suya a la que él había asesinado.

Glek, Valeria

Secretaria del psiquiatra Samuel Verk.

Heith

Pareja sentimental de Lina Kolbrand. Es un abogado especializado en resolver pleitos de propiedad relacionados con puertos estelares y las cargas que se estiban en ellos.

Humat

Espía industrial de Joviann Fust, con cierta fama dentro de sus círculos por ser capaz de infiltrarse incluso en los bancos de datos protegidos de los urtianos. Eso mismo fue lo que le costó la pérdida de su cuerpo físico y la descarga de su cerebro en un androbot durante la última misión encomendada por Fust.

Ihmmazer

Héroe legendario del pueblo de Zhinz que, según su elaborada tradición oral, fue quien guió a los marsupiales a la independencia, como pueblo y como especie sofonte, de la

raza que los había sacado del barro y los hizo evolucionar artificialmente hasta alcanzar la sapiencia. También es el nombre de una deidad ancestral cuyos atributos eran la Creación, el Fuego y el Relámpago y sobre cuyo esqueleto, abandonado junto al sol tras la gran batalla que le costó la vida, sus hijos edificaron el mundo actual de los marsupiales.

Ilba

Primera mujer de Mel Pankratis, antes de la irrupción en su vida de Agnes. Amante de los perros de pequeño tamaño, a ser posible sin implantes, Ilba era una programadora de datos de bajo nivel obsesionada con escalar posiciones en el escalafón social.

Jask

Primer hijo del matrimonio Geishel-Neit, al que llamaron así en honor al explorador que descubrió la Espingarda Púrpura.

Kaetar

Científico semivarón elandi que dirige uno de los grupos de análisis del Fenómeno con sede en Vai Surugy.

Kingdrom, Evan

Legendario guerrero espíritu de los tiempos de la deoEmperatriz Sandra, que mató en combate singular al Ser Supremo creado por aquélla, una de las mayores hazañas de la historia del multiverso. Posteriores estudios demuestran que fue Kingdrom el que, al matar al dios entropico antes de que éste tuviese tiempo de completar su tetrapecto de universos, provocó que éstos no fueran estables y acabaran por desplomarse con el tiempo.

Kolbrand, Geishel

Hermana mayor de la capitana Lina Kolbrand, que al igual que ella aspiraba a convertirse en una piloto estelar algún día, pero a la que las circunstancias de la vida fueron empujando poco a poco en otra dirección. No consiguió ser una Dama de Mandria, pero aún guarda ese anhelo en su corazón.

Kolbrand, Lina

Capitana y corsaria estelar, dueña de la nave Eurídice y correligionaria de las Damas de Mandria. Su asalto a un convoy de transporte urtiano (y el consiguiente robo del huevo del Dragón y su almacenamiento en la bodega de la Eurídice) es lo que desencadena acontecimientos que cambiarán para siempre el destino del subuniverso que ella habita.

Lanoi, Irsha

Secretaria personal de Joviann Fust.

Lepp

Antiguo compañero de andanzas de Jules Van Zan, que le enseñó a cazar y domar walabs en los ríos de la selva.

Mineia

Hija mayor de Geishel Kolbrand.

Monikai Kodan

Amigo de Joviann Fust, que trabaja con él en la rama de obtención de información. También es un experto en guerra empresarial de alto nivel, así como un sagaz espía.

Neit

Marido de Geishel Kolbrand, y principal culpable de que ésta abandonase su incipiente carrera como piloto estelar para dedicarse por completo a su familia.

Norte

Nombre con el que se conoce al último Mystes, un sabio errante que ha dedicado su

vida a perseguir y resolver los misterios de los cubos Xfinge. Ciertas especies de la Variedad lo llaman por otros nombres, como Shatalan.

Nuara

Sobrina de Joviann Fust.

Pankratis, Mel

Segundo oficial de la nave exploradora Lazirian. Antigua pareja sentimental de la periodista Agnes Anncourt y único superviviente de la misión exploradora del Bolzai en la que esta nave, supuestamente, entró en contacto con un Ángel y fue derribada por él.

Proteus

IA que controla los sistemas inteligentes de Anthelia, así como los de los satélites y las naves tripuladas que entran en la órbita baja del planeta. También es una pieza clave en el «intelectado» de los miembros de la familia Fust.

Rek

Mujer encargada de realizar los ramidabras (tatuajes) de la tribu Axha. Sólo ella conoce los misterios de la piel a un nivel tan profundo como para crear tatuajes que no se borrarán nunca y que crecerán con su poseedor no sólo en tamaño, sino en complejidad algebraica.

Rodel, Daguerzel

Almirante de la flota naval de Cruces. Es el encargado de custodiar e interrogar al soldado Jan cuando éste llega a la Variedad.

Runí

Compañera piloto de Semra en la saltoárea.

Sairyan, Volhé

Una de las Damas de Mandria más famosas y madre de Filhas. Exploró una gran cantidad de nuevas estrellas a lomos de su valiente corcel cuántico, el sin par Desafío Final. Sus hazañas inspiraron a Lina Kolbrand a la hora de elegir una carrera.

Sairyan-Med, Filhas

Dama de Mandria, hija de la famosa Volhé Sairyan. Fue la primera piloto en la historia en volar hasta el centro galáctico de la Variedad y datar con sus instrumentos la edad del ser que se esconde allí dentro, la misteriosa Entidad de Carbono Pensante. El resultado de este análisis probó que ese ser gigantesco es más antiguo que el mismo universo.

Sandra

Niña-emperatriz-diosa del suprauniverso principal. Según la historia que relata Jan Delvian, fue su mente la que dio origen al ser supremo que creó la Variedad y el resto de los subuniversos, a semejanza de una estructura conceptual llamada «tetrapecto». Esta joven legendaria tuvo varios nombres: Sandra, Alejandra, Victoria Valeska, el Tercer Nombre del Emperador...

Semra

Hermano de Joviann Fust y uno de los guardianes del colosal secreto de Anthelia.

Sivain

Prima segunda de Joviann Fust, inseminada por Semra durante la fiesta de la fertilidad de las mujeres, en Anthelia.

Smakys, Gáimbeli

Experta en estrategias del suprauniverso principal y compañera de Jan Delvian. Lideró la mayor parte de las batallas contra las Manifestaciones de poder mnémico que aparecieron en los años previos a la fusión de los universos subsidiarios y los grandes

éxodos de especies sofontes hacia las realidades superiores.

S'Naatrha, Ibok

Hijo que Norte tuvo en el poblado de los Axha con la joven Zula. Su nombre significa, literalmente, «heredero de las preguntas sin respuesta». Como depositario de la sabiduría de su padre, el joven Ibok se convirtió al crecer en un Mystes, un experto en resolver enigmas ancestrales.

Ulner, Charlemagne

Psiquiatra de Mel Pankratis y principal responsable de la implantación de la unidad psicométrica Gill en su cerebro. Fue una pieza clave del plan de los urtianos para escapar de la Variedad, sólo que él no lo supo hasta que fue demasiado tarde.

Van Zan, Jules

Humano amigo del marsupial Zhinz. Su profesión, en los últimos años de su vida, fue la de carroñero, es decir, vagabundo recuperador de tecnología abandonada para su posterior desguace y venta en el mercado negro.

Van Zan, Kharos

Hermano gemelo de Jules Van Zan. Parálítico y operado infinidad de veces de las vías motoras nerviosas que enlazan el cerebro con las fibras musculares. Fue asesinado por los urtianos durante una incursión en las Zonas.

Vastee

Hijo menor de Geishel Kolbrand.

Velnier, Ana

Una de las pacientes (y víctimas) del psicópata Charlemagne Ulner.

Verk, Samuel

Observador humano no culturalmente inercial con la especie Ur. Los urtianos usan su forma de pensamiento y su inteligencia no global, como sí lo es la de las matrices pensantes Ur, para que emita juicios y consejos que aporten un punto de vista aerobio a su toma de decisiones.

Viajero, el

Nombre con el que Norte llega transformado en un anacoreta al planeta del Cubo, para estudiar y tratar de descifrar su acertijo. Durante mucho tiempo, los nativos de ese planeta, que adoraban al Cubo Xfinge como a un dios, se refirieron a él utilizando el nombre de Shátaylan (o Shatalan), que significa «viajero en la noche sin caminos» en su lengua arcaica.

Yara

Hermanastra de Joviann Fust y amor platónico de su juventud. Fue traicionada por éste cuando las circunstancias obligaron a los miembros de la familia a posicionarse en bandos distintos frente al incierto destino de su patrimonio.

Yerkog, Valasnian

Capitán de la astronave exploradora Lazirian. Su apellido es una especie de nombre parlante en la jerga de su planeta natal, y significa algo así como «el que escarba en la suciedad del cielo». Un apodo muy apropiado para su labor como rastreador de las peligrosas Zonas.

Zayb, Delmor

Comandante en jefe de la sección de investigación astronáutica de Ciudad de Cruces, entre otros cargos.

Zula

Joven cazadora de arena de la tribu de los Axha, que se enamora de Norte cuando él le

empieza a descubrir las múltiples variaciones de los secretos del Cubo Xfinge y, en consecuencia, de la vida misma. Tendrá un hijo suyo llamado Ibok S'naathra, que al llegar a adulto se convertirá en un nuevo Mystes errante en los mundos del suprauniverso.

Glosario

Aerobios

Familia de especies respiradoras de oxígeno que habita la Variedad. Otras especies los llaman despectivamente fernouklis, o «generadores de metano», por la huella perfectamente reconocible que sus procesos digestivos dejan en la atmósfera de sus respectivos planetas.

Ángeles

Misteriosas criaturas no orgánicas que viven en las vastas profundidades del Bolzai. Muy poco (o nada) se sabe sobre ellas, sólo que su aspecto recuerda vagamente al de un ave mitológica hecha de luz, y que raramente interactúan con los sistemas solares de la Variedad o con las especies que los habitan. Gran cantidad de leyendas circulan sobre ellos, pero ninguna tiene una base probada. Una de estas leyendas los vincula a los cubos Xfinge, pero de qué manera y por qué aún sigue siendo material para cuentos de hadas y leyendas de taberna.

Anomalías

Manifestaciones del poder psíquico del Emperador Gestáltico que cada cierto tiempo aparecen en el universo principal. Los soldados como Jan Delvian han sido entrenados especialmente para combatirlos.

Anthelia

Planeta madre del linaje de Joviann Fust. Fue vendido por éste a consorcios de comerciantes para intentar subsanar las deudas de su familia, sin el consenso previo de ésta.

Arboles Juk

Enormes árboles endémicos del planeta natal de Zhinz que, en ocasiones, pueden llegar a sobrepasar el kilómetro de altura. Su estructura orgánica es una mezcla de materia vegetal y eflorescencias calizas, lo que les confiere una resistencia a medio camino entre el mundo vegetal y el mineral. «Árboles roca» es la traducción literal de su nombre en el idioma nativo. Las ciudades de los marsupiales cuelgan como enormes frutos de las ramas de los juk, generando un vaivén con el viento que ayuda mucho en los nacimientos de la genoplia (ver entrada «genoplia», primera acepción).

Arcología

Gran conjunto residencial e industrial con identidad propia e independencia casi total de recursos. Funcionan como grandes islas autosuficientes en el paisaje urbano, produciendo su propia energía, sus alimentos y piezas de repuesto. Poseen hangares y taller de reparación para naves, pistas de aterrizaje, hospitales, escuelas y polideportivos, etc. Incluso entrenan su propia fuerza policial de seguridad, independiente de la del resto de la ciudad.

Axha

Nombre que se dan a sí mismos los pobladores del Cubo. Este término, en su lengua arcaica, significa «síntesis de todos los dogmas», y ejemplifica su creencia de que el Cubo Xfinge es el resumen de todos los misterios del universo.

Bolzai

Titánica extensión de espacio libre de estrellas y de cuerpos celestes que pudieran servir como oasis o para repostar combustible para las naves que intentasen cruzarlo. Es un océano de nada absoluta que rodea la Variedad, manteniendo aisladas a sus estrellas y planetas y a las especies que en ellos viven del resto del universo conocido. Un estudio basado en lentes gravitatorias lejanas le adjudica una longitud aproximada

de seis galaxias espirales colocadas en sucesión.

Carroñeros de chatarra

Clanes humanos de rastreadores de tecnología que patrullan las zonas más inhóspitas de algunos mundos, buscando restos de naves estrelladas y cualquier otro tipo de fuente de metal y de metatecnología que nadie haya reclamado. Jules Van Zan fue un carroñero durante bastantes años, hasta que sus andanzas le llevaron a cruzar la frontera del Bolzai.

Cielo

Unidad de longitud-tiempo con la que las IAs miden sus largos viajes interestelares. Se suelen usar expresiones del tipo «quince horas de cielo desde Damasco» y similares para expresar estas distancias, navegando a la máxima velocidad posible, vía ultraluz o a través del subespacio.

Circunnavegadoras solares

Naves capaces de viajar entre estrellas, de gran tamaño y normalmente destinadas a fines civiles. Sus motores utilizan una tecnología híbrida multidimensional que fagocita otras tecnologías adyacentes (este fenómeno se denomina en argot de mecánicos fagotecnosis) y las añade a su estructura atómica. Algunos creen que esto es una especie de evolución incontrolada de los entes tecnológicos, mientras que otros lo ven como un parasitismo nave-objeto.

Clepsidras

Enormes estaciones orbitales que sirven como puestos de atraque y aprovisionamiento para miles de naves en tránsito. Están situadas en puntos estratégicos de las grandes rutas comerciales entre sistemas, y normalmente actúa en ellas una especie de tratado de neutralidad, que las protege de los ataques cruzados de especies en conflicto. Lina y su novio usaban la Clepsidra en órbita alrededor del gigante gaseoso Horus como hogar provisional y astillero de reparaciones para la Eurídice.

Conexión Hyteriax

Corazón computacional de la Rejilla Pancultural. Más que algo físico, es una entelequia, el momento cumbre en que las mentes de los diferentes organismos sofontes que la componen se unen en una gestalt de pensamiento y suman sus entelequias a un todo informatizado.

Contemplaestrellas

Tribu que habita una ciudad apoyada en una de las caras del Cubo Xfinge. Ver entrada «Gemish III».

Damas de Mandria

Antiquísima orden de pilotos espaciales (no todos mujeres, aunque el epíteto ha trascendido) que exploró la Variedad en tiempos legendarios. Sus hazañas, dignas de los más arriesgados pioneros, siguen inspirando hoy en día a muchos pilotos para impulsarles a llegar con sus naves hasta donde ningún aerobio ha llegado antes.

Deaji

Dentro de las tradiciones folclóricas del planeta Anthelia, una que tiene muy asumida la familia de Joviann Fust es el Deaji o «fiesta de la fertilidad de las mujeres». Se trata de la celebración de un antiguo rito, según el cual los varones y mujeres en edad de procrear por primera vez se recluyen en una isla, ocultan sus rostros detrás de máscaras de animales y dan rienda suelta a sus más bajos instintos.

Délos

Antigua capital del imperio del Emperador Gestáltico, en el suprauniverso principal. Este planeta fue destruido por las fuerzas conjuntas de todas las armadas humanas el año en que el guerrero Evan Kingdrom combatió contra el Emperador.

Elandis

Especie semihumana, algunos dicen que descendiente de los simios antiguos, que conforma el grupo de poder aerobio más poderoso y avanzado de las Quince Especies, bastante por delante de los humanos. Ya casi nadie recuerda su forma original, porque debido a creencias religiosas relacionadas con el DNArte y la alteración genética, han ido mutando sus cuerpos durante siglos hasta el punto de que, actualmente, existen más de cien variedades de sendas genéticas elandis habitando la Variedad, todas distintas pero a la vez conservando el tronco común que les permite poseer unos cerebros muy desarrollados y voluminosos.

Enclave pancultural

Supermanada permanente de naves y estaciones orbitales que rodea el planeta de la Rejilla Pancultural, al que ninguna forma de vida puede descender físicamente. Forma un anillo alrededor del ecuador del planeta lleno de antenas que recogen las emanaciones dataempáticas de la Rejilla y las destejen para formar con ellas algo parecido a una red de datos informatizada.

Entidad de carbono pensante

Misterioso ser incognoscible que habita, supuestamente, en el horizonte de sucesos del agujero negro que conforma el centro exacto de la Variedad. Algunos lo veneran como a un dios, aunque hasta la fecha no se ha registrado ninguna interacción lógica entre esta Entidad y las Quince Especies (ver también entrada «fotóvoros»). También se lo conoce como Panteóvor.

Elos

Gran río navegable que serpentea por las selvas del continente donde está ubicada Ciudad de Cruces. Está lleno de walabs, mantis cartilenas y mil y un peligros desconocidos, que hacen que los únicos que puedan navegarlo a salvo sean los carroñeros y recolectores de tecnología.

Epena

Principal continente del planeta Anthelia, donde está situado el Telesterion, palacio de la familia de Joviann Fust.

Espingarda púrpura

Racimo de estrellas situado muy cerca de los mundos aerobios, densamente poblado y dominado por un consorcio de razas. Los urtianos cazan naves en las inmediaciones, ante la desesperación del comité de las Quince Especies, pero no reclaman mundos para su Imperio dentro de ese sector de estrellas, la mayoría binarias. Se desconoce el motivo.

Éxodom, Alianza de

Tratado histórico entre las especies sofontes de la Variedad, que sirvió como puntal de apoyo de una frágil paz tras la primera guerra entre especies.

Fenómeno, el

De esta expresiva manera bautizaron los habitantes de la Variedad al desplome de las galaxias visibles tras el mar de Bolzai.

Fotóvoros

Animales del vacío cósmico adaptados para alimentarse de una de las fuentes de energía más comunes y fácilmente recolectables del universo, la luz de las estrellas. Viven en supermanadas de millones de individuos y frecuentan los entornos altamente energéticos de los agujeros negros y los cúmulos de gigantes azules. Una variedad de esta especie es la de los magnetóvoros, organismos de la misma familia pero que liban electromagnetismo de los campos gauss de las estrellas. Los más radicales de entre estos seres son los gravitóvoros, pero su existencia es más un rumor que un hecho constatado. Se cree que uno de estos seres, el Panteóvor (también llamado Entidad de Carbono Pensante), una especie de enorme dios estelar primigenio, habita en el interior

del agujero negro que está situado justo en el centro de la Variedad, y que algún día acabará por tragarse todo el cúmulo de estrellas para procesarlo y dar lugar a un nuevo universo virgen.

Fraal

Planeta alrededor del cual Jan Delvian tomó parte en la batalla contra la Manifestación que lo «mataría», transportándolo por efecto de túnel cuántico hasta uno de los universos subsidiarios, en concreto al hogar de la capitana Lina Kolbrand, a la que conocería más tarde.

Frontera, la

También conocida como «Borde Exterior», «la Marca» o «el Anillo Fronterizo», es el volumen esférico más cercano de la Variedad a la frontera con el Bolzai. Engloba unas treinta estrellas, de las cuales el sesenta por ciento posee mundos habitados, y se considera unánimemente como una de las regiones menos militarizadas y más salvajes de la isla de soles. Muchos clanes de proscritos, bandidos, refugiados sin hogar y otros descastados viven aquí, así como unas pocas organizaciones de científicos y de exploradores extremos que han hecho del estudio del Bolzai su forma de vida.

Gemish III

Planeta desértico donde el Viajero encuentra por primera vez el Cubo Xfinge en su aspecto geométrico expandido (leviatán). Es el hogar de la tribu de los Contemplaestrellas, unos indígenas descendientes de los antiguos sabios que se enfrentaron al Cubo y fracasaron en su intento de resolver los enigmas ancestrales. Ahora veneran a la Xfinge como a un dios críptico y geométrico, máxima expresión de un álgebra divina que viene a ser el lenguaje en el que están expresadas todas las correspondencias del cosmos.

Genoplia 1

Estructura organizada para favorecer la reproducción de los habitantes del mundo natal de Zhinz. Incluye nidos, estructuras físicas y químicas, entramados sociales y alimenticios y todo aquello que ayude a que los nuevos miembros de la especie pasen por el difícil momento del parto y sobrevivan.

Genoplia 2

Literalmente, «esfera panespermica de infovida», en el dialecto metalógico de las IAs. Es la noosfera de datos y su relación con el entorno lógico y matemático que define la mente compartida de las naves estelares gobernadas exclusivamente por IAs. En teoría, todas las naves comparten aspectos de una sola mente cuántica, capaz por sus características físicas de estar potencialmente en cualquier punto del espacio a la vez. Cuando no hay vida cerca (es decir, IAs), esta potencialidad resulta en fracaso, en escasez de energía y ausencia de comprensión. Por eso, aunque la inteligencia puede nacer espontáneamente de una organización lógica de la espuma cuántica en cualquier lugar y en cualquier momento, sólo la presencia de observadores puede respaldarla para que no se consuma a sí misma.

Esto implica que cuando varias naves están próximas unas a otras, los conocimientos de cualquiera de ellas nacen espontáneamente en la mente de las demás. Es casi imposible ocultar secretos en una Genoplia, porque éstos surgen de improviso como «recuerdos» en las memorias de los individuos enlazados.

La Genoplia (con mayúsculas, para diferenciarla de la genoplia de los marsupiales) es lo más parecido a una cultura vírica que se autopropaga. Las propias IAs no han considerado oportuno desarrollar una «vacuna» contra este nicho conceptual en perpetua expansión y enriquecimiento.

Geum

Principal océano de Anthelia, conectado con otros mares mediante una cadena de estrechos que enlaza varios continentes.

Gobys

Especie menor no trascendida, con aspecto de nutrias provistas de caparazón y cilios manipuladores. Durante sus ciclos de apareamiento cambian de sexo intrínseco en diversas ocasiones, según las variaciones en la melodía de sus cánticos. No es una mutación real (los gobys son como enzimas; se reproducen acoplándose en zócalos de ARN para formar cadenas genéticas más complejas), sino psicológica.

Gusanos

Epíteto despectivo por el que se denomina a veces a los errantes de los mundos exteriores.

Horus

Gigante gaseoso de la Espingarda Púrpura, alrededor del cual orbita la Clepsidra que sirve de caravansar para Lina Kolbrand y su nave, la Eurídice.

Índice celestial (MIMIR)

Paquete de datos oculto en la mecánica cuántica del universo, en una frecuencia de onda inferior a la de la radiación de fondo, que supuestamente registra todo lo que ha acontecido en el cosmos desde su creación. Es, básicamente, una anotación masiva de las posiciones y estados de todas las partículas del universo durante su período total de existencia.

Las IAs de la Genoplia y su contrapartida en la Variedad, los urtianos, han buscado activamente este índice durante miles y miles de años, sin éxito. Muchas de ellas están convencidas de que tal índice existe, aunque en el fondo no deja de ser una teoría. El acrónimo con el que lo designan algunas de estas IAs es MIMIR, que traducido a su dialecto metalógico significa «registro indexado de las equivalencias energéticas universales». La exacta localización de este índice y la manera concreta de acceder a él es uno de los misterios que encierran los Cubos Xfinge.

Intelectar

Expresión que define la experiencia de formateo, separación y recolocación de la mente humana de un cuerpo biológico a uno simulado, o a un espacio reservado de memoria dentro del área de trabajo de una IA. Esta tecnología pertenece casi por entero a la familia de Joviann Fust y es muy diferente del tradicional y sencillo «umbilicado», la conexión cerebral de banda ancha con la Red Digital que usan normalmente los hackers.

Ionosis

Planeta colonizado por los aerobios, en concreto por los humanos, y uno de los principales refugios para esta especie en el cúmulo estelar de la Variedad. Una de sus ciudades más importantes y extensas es Ciudad de Cruces.

Kocras

Aves zancudas que los carroñeros del Elos usan como dispositivos vivos de alerta, debido a su buen oído y su feroz territorialidad. Su carne no es comestible, aunque la sangre se emplea para preparar algunos ungüentos con propiedades curativas.

Kodans

Una de las quince especies inteligentes que habitan la Variedad, poseedora de tecnología transluz y con un aspecto lejanamente parecido al de un armadillo múltipodo de dos metros de estatura.

Kush

Puñal de doble filo dentado que usan para una gran variedad de cosas los carroñeros del Elos. No sólo les sirve como arma defensiva, sino también para cortar pieles, lianas, fabricar atavíos, etc.

Lanhut

Expresión en el idioma de los Axha que significa «la duna lejana» y que viene a ser una

metáfora sobre lo que no se entiende, lo abstracto o inaprensible. De esa forma se refiere Zula a Norte durante los primeros años de su convivencia juntos.

Lapsa

Jugo de agua de lombriz de arena que los Axha utilizan como protector solar contra los rayos UVA y como escudo dérmico contra la abrasión de los vientos del desierto.

Lazirian

Nave exploradora del Bolzai, en la que servía en calidad de segundo oficial Mel Pankratis. Esta nave desapareció durante una de sus exploraciones profundas del Bolzai, supuestamente yendo a la caza de una de las míticas criaturas conocidas como «Ángeles», y reapareció de nuevo estrellada en un mundo controlado por los urtianos, con una misteriosa carga alienígena en sus bodegas.

Leviatán

Estado de máxima expansión del Cubo Xfinge del planeta Gemish III antes de la llegada de Norte.

Lindstrom, escalpelo de

Herramienta de incisión planetaria que el equipo de la doctora Valeris Adyanti usa para hacer sus experimentos con la red de materia oscura. Es básicamente un anillo de treinta mil kilómetros de diámetro, tan delgado como un bisturí y mantenido a altísimas temperaturas, que puede penetrar en la masa planetaria hasta que la barrera térmica y electromagnética de su núcleo lo detienen como un yunque invisible.

Lyndur

Urbe del Borde Exterior. Uno de los últimos enclaves habitados antes de la nada del Bolzai. Allí es donde Norte encuentra las primeras pistas que lo acaban conduciendo hasta el gigantesco Cubo Xfinge.

Manifestaciones

Concreciones físicas del poder psíquico del antiguo Emperador Gestáltico de Délos. A veces son llamadas también Anomalías. Parecen indestructibles y dotadas de cierta inteligencia, aunque el contacto directo con un ser humano (se desconocen las razones) suele ser anatema para ellas.

Mystes

Antiguos sabios errantes, buscadores y descifradores de secretos, que recorren los mundos de la Variedad en busca de los Últimos Enigmas. Dos de estos Mystes, los únicos de los que se tiene noticia en la actualidad, son Norte y su hijo.

Naves-Guía

Así denominan las naves de la Genoplia a sus hermanas más antiguas, las primeras que fueron construidas en los astilleros humanos y dotadas de inteligencia artificial. Sirvieron como consejeras y líderes de manada para las IAs más jóvenes en el período de caos posterior a la destrucción del sistema Sol, aunque en la actualidad ya no queda ninguna de ellas operativa. O eso se cree.

Navesluz

Misteriosos artefactos capaces de viajes intergalácticos y (según se rumorea en algunos universos no subsidiarios) capaces también de cruzar las barreras permeables entre estos universos, creando puentes llamados «cascadas de incertidumbre». Poco más se sabe de estos extraños aparatos, cuya leyenda está envuelta en velos de misterio.

Nuht, hierba

Opiáceo de origen farmacológico, producto del tratamiento de ciertas especies de adormideras grises con ingeniería genética. La adicción a esta hierba es inocua para los humanos, pero no para otras especies respiradoras de oxígeno, aunque a la larga provoca un deterioro serio en el sentido de la proporción espacial a cualquier

consumidor. Se dice que algunos de los arquitectos humanos más radicales en sus diseños (y algunos ingenieros de naves estelares, también) eran consumidores entusiastas de nuht.

Paraninfo de la armonía fractal

Sínodo de reuniones entre especies construido por los urtianos en una de sus colonias, como extraña concesión a la política intergaláctica, donde Samuel Verk conoce al empresario aerobio Joviann Fust.

Principio iatrópico

Teoría sobre la configuración del universo, según la cual éste tiene que crear por fuerza la vida inteligente, como colofón a su estado de máxima organización. El principio iatrópico sostiene que las IAs, como forma suprema de inteligencia (sapiencia cuántica en supremacía frente a la sapiencia biológica), tenían que haber sido inventadas por alguno de los mecanismos del universo, inevitablemente, y estarían destinadas a gobernarlo.

Puerto Kaidok

Ciudad maderera de comerciantes y truhanes situada en el mismo mundo que Ciudad de Cruces, junto a una inmensa selva que colinda con un puesto avanzado de los urtianos en ese planeta. En esta ciudad sin ley se puede colocar con relativa facilidad mercancía «dura», como la llaman los carroñeros: naves pendientes de desguace y restos de metatecnología por los que estos aventureros sacan buenas tajadas, que luego se dejan en buena medida en los bares y prostíbulos cercanos.

Purok

Antiguo juego de dados que causaba furor entre los adolescentes de Anthelia, en tiempos de Fust.

Quince especies, las

Nombre genérico con el que se conoce a las especies sofontes de la Variedad.

Radicórtex

En el núcleo más profundo de una Inteligencia Artificial se encuentra el Radicórtex, la fragua del código M, la pleamar de qbits con conciencia de sí mismos que forma su entelequia, lo que otros seres en otras culturas habrían denominado jocosamente el «alma de la máquina».

Ramidabra

Literalmente, «tapiz de los mandalas del universo». Es el complicado tejido de tatuajes que los Axha se hacen dibujar sobre la piel a medida que van creciendo, para recoger sus logros y su crecimiento personal como individuos. Un detalle curioso sobre estos mandalas es que su significado varía conforme los años añaden experiencia vital al individuo, y un mismo dibujo puede comunicar distintas cosas dependiendo de la edad de quien lo porte. Cuando el Axha muere, sus hijos o amigos lavan y hacen desaparecer el ramidabra de su piel, para enterrarlo virgen de karma y dispuesto a comenzar de nuevo en otra vida, con el alma limpia. Los Axha creen en la reencarnación del cuerpo, pero sin cargas tántricas procedentes de vidas anteriores. Se dice que a los Axha que han cometido delitos de sangre, cuando mueren, no les borran la parte de los tatuajes que rememora tales delitos, para que carguen con ellos en la otra vida.

Rejilla pancultural

Red de datos compartidas por todas las especies sofontes, incluyendo a los urtianos, que tiene una base física en un mundo psicosenible en pleno centro de la Variedad. Actúa no sólo como paraninfo de reuniones y asambleas, sino también como lugar para el intercambio de datos entre especies, en lo que se ha venido a llamar «fondo de compensación noótica universal». A la supermanada permanente de naves y estaciones orbitales que espera en torno a este planeta se la conoce por el nombre de Enclave Pancultural.

Sheetor Mun

Registro de los hechos históricos concernientes a la época de la Alianza del Éxodom, guardado y mantenido por los elandis, que se encuentra a disposición de todo aquel estudioso que quiera cotejar las leyes históricas con los acontecimientos que las vieron nacer, para así respaldarlas o refutarlas.

Sofontes

Cada una de las especies inteligentes que habitan la Variedad, sean aerobias o no. A veces también se aplica este calificativo a Inteligencias Artificiales, aunque su uso más común es para designar a especies con base orgánica, no a sus vástagos tecnológicos.

Synder, tecnología

Tecnología de transmisión de pensamiento exclusiva de la familia de Joviann Fust, y que se encuentra a años luz del vulgar intelectado que usan los habitantes de la Variedad para conectarse neuronalmente a sus Redes.

Tanjet

Planeta situado en uno de los sistemas estelares de la Espingarda Púrpura, famoso en toda la Variedad por sus apoteósicas (y a menudo destructivas) fiestas de carnaval. Es un puerto turístico de primer orden y se dice que sirve de hogar para nueve de cada diez bohemios y personas de vida estrafalaria, costumbres sociales insólitas o perversiones artísticas que habitan la Variedad. También es un planeta donde la privacidad, entendida como concepto personal, casi ha desaparecido, ya que sus habitantes viven rodeados por Colectivos, grupos de amigos que forman su esfera social y que les acompañan a todas partes en forma de cámaras virtuales. Se dice que el carnaval, único momento en el que no es una grosería apagar los Colectivos, es la válvula de escape psicológica de la sociedad de Tanjet ante semejante intrusión en la vida privada de sus habitantes.

Telesterion

Palacio senatorial de la familia de Joviann Fust, sito en el planeta natal del linaje, Anthelia.

Tesalys

Ciudad de Vai Surugy donde residía la hermana de Lina, Geishel, junto a su familia, hasta el momento de la trágica evacuación del planeta.

Tigh

Peces con inteligencia compartida (transmitida y procesada como una señal submarina de radio) que habitan los ríos del planeta Anthelia.

Urtianos

Especie sofonte de la Variedad, con base distinta al carbono. No se sabe mucho sobre ellos. Algunos opinan que son un ente colectivo, otros que constituyen una sola mente que posee la capacidad de replicarse y moverse por diferentes espacios simultáneos. Hay quien piensa que los verdaderos pobladores de la mítica Ur desaparecieron hace tiempo y que son sus creaciones, máquinas pensantes y autorreplicantes, quienes los han sucedido. Actualmente son la especie más poderosa de la Variedad, la más avanzada tecnológicamente. Lejos de defender una política de cooperación y apertura, ven a las demás especies como futuros esclavos y a sus mundos como potenciales enclaves urtianos.

Uzan

Planeta cuyos cielos sobrevuela la arcología flotante Aeria Primus.

Vai Surugy

Planeta natal de la capitana estelar Lina Kolbrand.

Variedad, la

Denso cúmulo de estrellas (más de cincuenta mil) que conforma la única isla de luz en el interior del Bolzai. Este cúmulo está habitado y presenta una amplísima variedad de especies basadas en el carbono o en el silicio, quince de ellas inteligentes, aunque ninguna de las cuales sabe cuál es su propósito (si tienen alguno), ni quién creó un amasijo de soles que parece artificial por sus insólitas y predefinidas órbitas concéntricas.

Veletia Cygnus

Planeta donde residió durante su adolescencia Mel Pankratis y donde estudió la carrera espacial. Fue una de las últimas paradas en su largo viaje de exploración a la Frontera antes del incidente Lazirian.

Walab

Pez manta de agua dulce que habita las selvas de Ionosis. Jules los utiliza como remolcadores para sacar la misteriosa nave hundida de su estancamiento en un meandro del río Velg.

Xfinges

Misteriosos artefactos procedentes de otro universo (¿realidad, paradigma, conjunto de planosferas sofontes...?) distinto al de la Variedad. Su leyenda genera mitos en muchos mundos y, aunque muy pocos de estos Cubos han sido localizados, hay personas especializadas en rastrearlos y descifrar sus secretos, los Mystes. En muchas culturas se los ha antropomorfizado y se los considera monstruos mitológicos que plantean enigmas a los guerreros que se les enfrentan, matándolos si no logran resolverlos.

Zharappa, nubes de

Galaxias situadas frente a otras con distribución simétrica de masas positivas y negativas situadas en el confín del universo observable. Los efectos de lente gravitatoria que forman con sus hermanas tienen peculiaridades insólitas y permiten medir a los científicos a qué distancia está situada la esfera de negrura que señala este confín.

Zhing

Consorcio de comerciantes que suele operar en los alrededores del planeta Tanjet y sus vías comerciales. Tienen justa fama de ser contrabandistas de especies peligrosas, aunque también de respetar al pie de la letra los tratos que firman, por lo que todos los pequeños comerciantes y los transportistas independientes (como Lina Kolbrand, sobre todo en la época en que aún no asaltaba convoyes Ur) quieren trabajar con ellos.

Zonas

Dentro de la variedad, regiones del espacio o de la superficie de ciertos planetas que entrañan un peligro altísimo para la vida, en todas sus variantes, y a la vez una potencial recompensa (en minerales o tecnología valiosa y abandonada por especies ancestrales) para aquellos que superen sus desafíos.

Agradecimientos

Un libro no se acaba sin dar gracias, bien a las Musas por haberme soportado durante tanto tiempo, bien a las personas terrenales que hicieron más fácil mi trabajo. La primera parte es más difícil (uno nunca sabe lo traviesas que son las Musas, ni qué le pedirán a cambio de sus favores); pero la segunda sí es sencilla: quiero agradecer a mis padres su continuo apoyo, y su amor, sin los cuales no habría llegado a escribir ni una sola palabra. Y también a mi mujer Ruth, a Thais, a Luis, a Jaime y a Nena, simplemente por estar ahí, por su increíble ayuda y su confianza.

Esta historia está dedicada a todos los que siguen huyendo, a los que tuvieron que abandonar su casa por circunstancias apremiantes (y angustiosas) y un día se despertaron dándose cuenta de que su vida se había transformado en una inmensa senda sin término, una carretera que serpentea hasta perderse tras el horizonte, y cuyo destino final sólo puede intuirse, nunca saberse a priori. ¿Tienen fin estos interminables viajes? Quizá esta frase sea una paradoja. Quizá no haya vuelta atrás para los que un día pusieron un primer pie en el camino. En fin, sea como sea, a vosotros está dedicada esta epopeya sobre emigrantes y viajeros. Ojalá encontréis algún día vuestro sitio en el mundo.

Tampoco me olvido de Howard Shore y de sus maravillosas bandas sonoras. ¿Qué habría sido de este libro sin su inolvidable e inspiradora música sonando de fondo, mientras tecleaba páginas y páginas en mi ordenador? Letras amontonadas sin melodías ni ritmos que les confirieran un sentido, ni más ni menos.

Bien, es hora de cerrar para siempre esta novela y comenzar a escribir la próxima. De contar la siguiente leyenda en torno a ese fuego imaginario que nos da calor y esperanza. Dicen que el hogar de un escritor se encuentra donde está su pluma. Así pues, con música y palabras en mis alforjas, y muchos horizontes todavía por explorar, igual que Lina Kolbrand... THEID MI DHACAIGH!, como decían los antiguos celtas. ¡Voy a casa!